Univ. of
Toronto
Library

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 23. NUM. 271.

LA ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

JULIO 1911

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 23
no. 271-73

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

DE BUENOS AIRES Á LA PLATA

La *Universidad Nacional de la Plata* es la más moderna de las argentinas; son tres las nacionales que hay en la República: la de Córdoba, la Universidad histórica, tradicional; la de Buenos Aires, diseminada, y como perdida en el hervor febril de las agitaciones extraordinarias de la gran ciudad moderna, que sin cesar crece en el remanso de emigrantes y de capitales; y la de La Plata, fundada ayer, como quien dice, en una población más tranquila, que le permite tomar relieve y condensar esfuerzos en organismo vivo.

Pero no trato de establecer comparaciones entre los tres grandes centros de la enseñanza superior de la República Argentina. No estoy en condiciones, por falta de datos suficientes. Habría sido preciso haber vivido en una intimidad análoga con las tres Universidades para apreciar lo que importa más: su respectivo espíritu. Porque es bien poca cosa conocer de una casa de educación los programas ó planes, el número de sus cátedras, la matrícula de alumnos, y es todavía poco haber visitado sus instalaciones: clases, laboratorios, bibliotecas, clínicas, etc. La Universidad no es eso; y *lo otro,* lo de adentro, y el ambiente, el calor de vida, la fuerza del ideal, cuando lo hay, sólo he podido apreciarlo con respecto á la de La Plata, en una labor de tres meses y en una intimidad estrecha, de comunión simpática y efusiva con los hombres más re-

presentantivos del núcleo culto que la ha creado y la mantiene.

Por otra parte, al hablar aquí de la Universidad argentina, no es para componer un capítulo informativo, completo, de la enseñanza universitaria en aquel país; es otro el propósito: quisiera expresar, en estas líneas, la impresión recogida é intencionalmente intensificada en las relaciones con una institución docente, procurando hacer ver á través de ella, y merced al contacto mantenido, algo del alma argentina que se forma y transforma, y un poco de la orientación próxima y del porvenir más remoto de aquel pueblo, del porvenir espiritual quiero decir, base y condición de todo lo demás que un pueblo quiera y pueda ser.

La Argentina está, sin duda, en un momento de supremo interés para el que guste de observar é interpretar el espectáculo y el proceso de la formación de una nacionalidad, y es de excepcional importancia considerar cómo actúa la *ética* en la evolución de aquel proceso; y aunque, claro es, las fuerzas *éticas* no se concentran exclusiva y necesariamente en una institución, es un buen dato, para apreciar su intensidad, dirección y eficacia social, analizar serenamente la sensación de un ambiente universitario, que es, después de todo, el más adecuado para las manifestaciones de la conciencia ética colectiva.

Acaso sea obra del influjo de una preocupación de *Viejo mundo;* pero en los tanteos respecto de la vida social argentina, lo que más me ha entrenido fué, en todo momento, buscar su raíz ética, su fondo espiritual, para calcular la resistencia de sus sentimientos especial y específicamente humanos, ó sea de aquellos que diferencian al hombre de la bestia. ¿Cómo, en efecto, imaginar la formación y la permanencia de un pueblo sin que exista un germen ético expansivo y condensador? No bastan ni la abundancia de pastos y de bosques, ni la fuerza atropelladora del espíritu conquistador, ni la tierra, ni el ganado, ni el grano, ni el peso... Todo eso se lo lleva la trampa en una

crisis; todo es prestado, y puede generar, dejado á sí mismo, la barbarie más desenfrenada ó refinada.

No estoy bien seguro—¡quién puede responder!—de si habré logrado una buena y exacta perspectiva, en la contemplación real é ideal de la gran República, un tanto desvanecida ahora por el espejismo imperialista; pero, á mi ver, en el mapa psicológico de sociedad tan mezclada y perturbada por mil causas, debe ocupar un lugar muy saliente el dinamismo que puede simbolizar una Universidad como la de La Plata, no tanto ya como realidad actual operante y fuerza renovadora eficaz, cuanto como proyección genial y como sugestión colectiva, como ideal acariciado y aspiración de tonos nobles que, á veces, parece disonar—por fortuna para ella—en el concierto ensordecedor de las inquietudes económicas, en aquel coro á una sola voz y que canta la valorización de las tierras, el mejoramiento del vacuno y del lanar, los trasatlánticos cargados de trigo y de maíz.

En una Argentina de vida interior, esto es, directora y consciente del gravísimo y complejo problema que supone la formación de un pueblo, con bandas de gentes que á diario llegan, muchas de ellas desprendimientos dolorosos y desesperados de naciones envejecidas, y que, en cuanto llegan, apenas desembarcan, tienen que lanzarse á la más ruda de las luchas, en una Argentina, repito, íntima, seleccionada, de espíritu y de mirada de águila, el rinconcito universitario de La Plata, más quizá que cualquier otro, por razones de estrategia, podría y debería ser una firme esperanza para lograr al fin el más fuerte y poderoso de los fundentes: el fundente del espíritu ético.

Considérese que ese fundente no puede alimentarse allí en aquellas fuentes de donde manan las reservas ideales de otros pueblos: la tradición, que apenas existe...; la filosofía, que quizá ni se vislumbra como necesidad del espíritu de la juventud; el arte, que no es todavía un sentido colectivo; la pasión religiosa, que no se nota en el ambiente saturado de

materialismo financiero, económico. Hay que esperarlo todo de aquella otra fuente, característica de los modernos tiempos, de la cultura y de la ciencia, y que tiene por órgano natural y específico la Universidad. Pero ¿qué Universidad? Nunca la cristalizada, desconfiada y temerosa ante los vientos del espíritu libre, y acobardada al solo anuncio de las ideas nuevas, de las hipótesis atrevidas, y menos aún la que sólo lo es de nombre, que no pasa de centro oficinesco, preparador de boticarios, picapleitos, vivos y audaces, ambiciosos sin freno, armados con las armas de la sofistería y de la poca aprensión.

La Universidad, que puede ser fuente de vigorización moral y seria, es otra; la austera y científica, la que, empezando por recogerse en sí misma entregándose á su obra, ansía luego verterse desbordada por la Pampa espiritual, como la otra sequerona y polvorienta, y amenazada también por las nubes desoladoras de una langosta mil veces más voraz y arruinadora que la que con tanta frecuencia deshace las cosechas.

Quizá parezca raro, en medio del despilfarro argentino y de la abundancia que á una cantan todos, proclamar la urgente necesidad de cultivar allí el espíritu de austeridad, de sobriedad y hasta de pobreza. Y, sin embargo, de nada á mi ver está tan necesitada la joven República. Y, por ello, alcanza ese valer nacional inconmensurable la labor creadora de la Universidad científica y educacional, que persiga como á una peste la vanidad colectiva, y siembre, como quien siembra bendiciones, la semilla del desinterés, del sacrificio, de la devoción por las cosas ideales, y del amor santo al trabajo, que menos precio tiene en el mercado.

Nadie admirará más que yo la grandeza actual de la República Argentina. Pocas veces he sentido con más fuerza el orgullo de raza, que al contemplar aquel mundo que surge, aquella obra de conquista de la tierra por el hombre; sus grandes estancias, sus rebaños enormes, los alfalfales interminables, el mar infinito de la Pampa entregándose día por día; el movimiento incesante de Buenos Aires, de Rosario; los puertos

de Bahía Blanca, los viñedos y bodegas de Mendoza, y cuanto se descubre subiendo por los Ríos...

Pero, eso no es todo, y resultaría seco, áspero, inaguantable para el hombre europeo, si no surgieran oasis del ideal en los inmensos desiertos del prosaísmo. Y surgen, y quizá no hay otro, por el momento, que aventaje en frescura al que supone la Universidad de La Plata.

Alrededor de ella he podido yo recoger las indicaciones más sugestivas del porvenir ético en la República de Sarmiento y de Alberdi.

Más de sesenta veces crucé la llanura igual, monótona, que une la capital federal con la de la provincia. Conservo el trozo aquel de la Argentina grabado con tintas indelebles en el recuerdo; trozo simbólico, que condensa en cincuenta y tantos kilómetros el mapa geográfico, industrial y sociológico de buena parte de la gran República.

Lunes y jueves, cuando no otros días más de cada semana, durante los tres meses de labor, y más tarde, después de haber recorrido Chile, Paraguay y Uruguay, tomaba el tren, la mayoría de las veces en la destartalada, sucia y fría estación ó barracón provisional de Casa Amarilla (vía Quilmes), en el corazón casi de la aglomeración obrera, cerca de los muelles de Buenos Aires, para ir á La Plata á trabajar en mis cursos.

El ferrocarril recorre primero un verdadero mar de casas y casuchas, almacenes, talleres, grandes depósitos de maderas y carbones: todo negro y polvoriento, rozando casi los vapores y veleros de gran porte que, arrimados á los muros de los diques, arrojan sin cesar toneladas de carga, procedentes quizá de todas las regiones del mundo. Cerca, destácase la mole de ladrillo oscurecido del Mercado central de frutos, el más «alto exponente» que diría un argentino, del momento actual de la República; un conjunto de larguísimos almacenes, donde se recogen ó depositan las lanas, los granos, los «frutos» que la Argentina lanza al mundo, y que constituyen su razón económica de ser.

El tren sigue, atraviesa Barracas, pasa el Riachuelo, de tonos de cloaca; cruza otras barriadas, cada vez más claras y ralas, con más aire y menos polvo, quedando atrás poco á poco la monstruosa metrópoli chata, pegada al suelo, sin relieve casi, y envuelta entre humos y brumas de polvo, y de nieblas que despide el río.

Empieza la llanura libre: pára el tren Quilmes, que ofrece como monumento la gran fábrica de cervezas, que puede producir mensualmente unos 30.000 hectolitros del solicitado líquido; y sigue la llanura igual, antes interrumpida por grupos de casitas de zinc, muchas sobre pilotes, grupos análogos á los que surgen en la Pampa como gérmenes de futuros pueblos, cerca siempre de la vía férrea, que es allí el gran instrumento de penetración y de conquista de la tierra, por ahora, para la agricultura y la ganadería.

Por eso dice la gente que la Argentina atraviesa hoy por el período agro-pecuario. Pero en el ambiente industrialista que impone el mercado internacional, y con las preocupaciones y problemas que agitan á la sociedad moderna. No se trata ya de un pastoreo como el de nuestros padres los arios, ni de una ocupación agrícola espontánea que surge allí por obra de la invención de las razas nómadas, que se transforman merced á un cambio del útil de conquista del suelo. Es Europa, la Europa de las máquinas y de la lucha de clases, la que ayuda ahora á realizar el milagro sociológico de disipar los misterios de la Pampa.

La línea de Quilmes toca en Percira, cerca de la gran estancia, en espléndido bosque de eucaliptus que interrumpe con nota de vida y de frondosidad la monotonía de la llanura, como luego, Villa Elisa, grupo atractivo cercado de jardines, de arbolado, de flores...

Otras veces, las menos, el viaje se hacía por la estación de Constitución, una buena estación, de amplísima plaza, relativamente céntrica, y una de las grandes cabeceras de la red ferroviaria argentina, que anda ya por encima de los 30.000 ki-

lómetros. Es ésta la vía hacia La Plata (Bahía Blanca, etc.), que va por Temperley; tiene muy otro aire la ciudad por esta vía: el tren cruza por un océano de tejados y azoteas, salvando calles, bulevares, almacenes, fábricas, por Barracas, Banfie'd, con los talleres inmensos de la Compañía ferroviaria, en un área de más de 1.700.000 varas; Lomas de Zamora, villa risueña, alegre, de más de 14.000 almas; lugar de veraneo, lleno de jardines, Temperley; también lugar de veraneo y entronque de varias líneas, donde se separa la que va á Bahía Blanca (á 693 kilómetros) de la de La Plata (que está á 48), y luego Mármol, F. Varela, J. M. Gutiérrez y Villa Elisa, donde las dos líneas de Quilmes y Temperlay se unen, para llegar á Tolosa, antigua ciudad obscurecida por La Plata cercana... y, por fin, á La Plata.

Y entre los pueblos, la llanura siempre; un momento á lo lejos, se presume el río, destacándose en días claros los buques que cruzan constantemente la llanura inmensa, que no termina, que sabemos sigue y sigue hacia el Norte hasta tropezar con los bosques y con el Chaco, hacia el Sur... por la Patagonia, hacia Poniente hasta perderse en los Andes.

La he visto á todas las luces: llena de sol espléndido, con horizonte claro, y todo tranquilo, sin moverse una hierba, gozando desde la ventanilla del tren al contemplarla insondable, y al imaginármela quieta, solemne, solicitadora: al atardecer, á Saliente, brumosa, fría, con tinte plomizo, y cárdena y sonrosada á Poniente, en los últimos detalles del sol que se oculta con la misma soberana suavidad que entre las aguas del Océano, resbalando. Y otras veces aparecía la llanura hosca, siniestra como ceñuda, entre niebla húmeda, obscura, agitada por el terrible Pampero, que siega; y en otros momentos, cielos y tierra se confundían á lo lejos en mancha plomiza, negra, de negro de tinta, al fin, bajo la nube espesa, más que espesa, que avanza cargada, y que pronto, después de convertir en noche plena el pleno día, se desgarra, dejando caer en catarata sonora verdadera sábana de agua que lo inunda todo; y á

la tarde, acaso, surge la llanura fresca, despejada, en calma, ó el ambiente suave, tristón, nublado, en lo alto, pero ofreciendo el horizonte limpio y diáfano.

«Allí—leemos en Sarmiento,—la inmensidad por todas partes: inmensa la llanura, inmensos los bosques, inmensos los ríos, el horizonte siempre incierto, siempre confundiéndose con la tierra entre celajes y vapores tenues que no dejan en la lejana perspectiva señalar el punto en que el mundo acaba y principia el cielo...» (1).

Este Sarmiento, inmenso también como la Pampa y rudo como su raza en los días trágicos, es de los que han sentido de modo más natural, con sus nervios y por espontáneo impulso del vivir, como si la tierra tomase en él conciencia, la grandeza salvaje y desenfrenada de la geografía argentina; le ha sentido con la raíz más íntima del espíritu y con la originalidad del hijo de aquel suelo y de su tiempo, en los momentos de tragedia que le tocaron: una tragedia nacional, obra de mil complejos influjos que acaso reflejaba, con rasgos de la Pampa y de los bosques, la misma tragedia de la madre patria (2).

No hay lectura más sugestiva que la de *Facundo* para penetrar el alma de la tierra argentina, no la aparente, ahora más inconexa y en grave crisis, la más honda y nacional, que persiste enfrenada, pero palpitante, y que acaso deba ser, cultivada y espiritualizada, el núcleo fundente y caracterizador del enorme conglomerado étnico que remansa en Buenos Aires y se vierte como ola de Océano por la Pampa.

Ved estos párrafos típicos:

«La parte habitada de este país, privilegiado en dones, y que encierra todos los climas, puede dividirse en tres fisonomías distintas que impriman á la población condiciones diver-

(1) De *Facundo*, por Sarmiento.

(2) V. *Facundo*, introdución á la edición de 1845: «¡Qué!—se lee—¿el problema de la España europea no podría resolverse examinando minuciosamente la España americana, como por la educación y hábitos de los hijos se rastrean las ideas y la moralidad de los padres?»

sas, según la manera como tiene que entenderse con la naturaleza que le rodea. Al Norte, confundiéndola con el Chaco, un espeso bosque cubre con su impenetrable ramaje extensiones que llamaremos inauditas, si en formas colosales hubiese nada inaudito en toda la extensión de la América. Al centro, y en una zona paralela, se disputan largo tiempo el terreno la Pampa y la selva, domina en partes el bosque, se degrada en matorrales enfermizos y espinosos, preséntase de nuevo la selva á merced de algún río que la favorece, hasta que, al fin, al Sur, triunfa la Pampa, y ostenta su lisa y velluda frente, infinita, sin límite conocido, sin accidentes notables; la tierra como en el mapa: la tierra aguardando todavía que se la mande producir plantas y toda clase de simientes.»

Ya llega ese tiempo deseado. .

Pero Sarmiento supo como nadie recoger la nota estética y psicológica del medio argentino—quiero decir del medio físico, de la base geográfica nacional,—no la que tiene sus tonos heroicos precisamente en aquellas zonas centrales donde Buenos Aires ha acumulado las energías más potentes, y donde La Plata tendrá que ejercer su función *ética* si quiere dar su «contribución» regeneradora, por la cultura y por la ciencia, al país futuro.

Y he aquí esa nota.

«...por sobre todos esos accidentes peculiares á ciertas partes de aquel territorio, predomina una facción general, uniforme y constante; ya sea que la tierra esté cubierta de la lujosa y colosal vegetación de los trópicos, ya sea que arbustos enfermizos, espinosos y desapacibles, revelen la escasa porción de humedad que les da vida, en fin, que la Pampa ostente su despejada y monótona faz, la superficie de la tierra es generalmente llana y unida, sin que basten á interrumpir esta continuidad sin límites las sierras de San Luis y Córdoba en el Centro y algunas ramificaciones avanzadas de los Andes, al Norte, nuevo elemento de unidad para la nación que pueble un día aquellas grandes soledades, pues que es sabido que las monta-

ñas que se interponen entre unos y otros países, y los demás obstáculos naturales, mantienen el aislamiento de los pueblos y conservan sus particularidades primitivas.»

*
* *

Leyendo á Sarmiento, el hombre más representativo de los períodos de transición de la vida bárbara á la vida moderna, y observando el vagón del tren, en los sesenta viajes desde Buenos Aires á La Plata, y oyendo y hablando con gentes de mil clases... todo ello como encuadrado en el paisaje monótono de la llanura invadida por los luchadores de Europa, puede estudiarse bien, como en una clínica, en un laboratorio y en un archivo, la realidad simbólica de la nación que viene á la vida con paso de gigante, y puede, sobre todo (y este era mi caso), formarse idea del problema fundamental, el *ético,* de la gran República, y vislumbrarse, en la lejana perspectiva del porvenir moral de la Argentina ideal ó idealizada, lo que toca hacer á una Universidad, como aquella de La Plata, que no ha venido al mundo caprichosamente ó por obra de una reflexión burocrática, y respondiendo á necesidades de simetría administrativa, sino obedeciendo á la concepción reflexiva de un político, y como aspiración de alta política.

Porque esta es la verdad. Si la Universidad de La Plata, respondiese á un plan de la organización de la enseñanza superior en el territorio de la República, sería una creación absurda. Y así lo han creido cuantos, discurriendo con cerebro de burócrata, han estimado que no hacía falta una Universidad más, á cincuenta kilómetros de Buenos Aires, que tiene ya de antiguo una. Si hubiera de atenderse sólo á la geografía, á las distancia y á la simetría, más justificada estaría una Universidad en Corrientes ó en Tucumán, centros lejanos, río arriba el primero y tierra adentro el segundo, de la gran capital del Plata.

Pero el Dr. González, iniciador, fundador y mantenedor

de la nueva Universidad, tenía otro punto de vista, muy distinto del de un Jefe de negociado, punto de vista en el que un análisis podría descubrir mezcladas la noble ambición de un gran político que busca una razón suficiente para una acción de influjo personal, y la de un pedagogo activo, que aspira á dar vida concreta á un ideal educativo. Es para nosotros mismos muy raro, y lo es mucho para los argentinos, el espectáculo de un político que busca la justificación de su actuación en el país, en la creación de una Universidad. No se trató jamás, en la fundación de la de La Plata, de simetría administrativa, sino, quizá, hasta de todo lo contrario: de remover, de perturbar, de inquietar la conciencia de las gentes, aun provocando las rivalidades y odios—¡cómo no habían de suscitarse...! —, mediante la organización de algo que se saliera de los moldes corrientes, en sitio estratégico idealmente, aunque fuere, en concreto, muy peligroso. Porque, precisamente el estar tan cerca de Buenos Aires tenía de todo; era bueno porque permitía utilizar fuerzas intelectuales de la capital, y no andan sobradas tales fuerzas por la República, y además porque, nada quizá, más, aceptaba para establecer una Universidad que una ciudad tranquila, pero no lejana de un gran centro de población (1). Mas era peligrosísimo; ¿no había ya Universidad

1) V. *La Universidad Nacional de La Plata. Su desarrollo, progresos y éxito comprobado.—Mensaje á sus detractores*, por *Un amigo de la Educación* (Buenos Aires, 1907). En la página 10 de este curioso folleto se lee esta interesante y razonada apreciación de M. Samuel Baxter, acerca de la Universidad de La Plata: «Se han realizado—dice—últimamente los proyectos de una gran Universidad Nacional en la ciudad de La Plata. La ejecución del plan quedó asegurada por sanción del Congreso Nacional en 1905. La Plata, bajo muchos aspectos, se convertirá en un sitio ideal de estudios. Es una ciudad hermosa y magníficamente delineada, concebida y ejecutada, «toda de una pieza», mediante el gasto de muchos millones. Su nuevo rango de ciudad universitaria, la Oxford argentina, le dará una importancia muy considerable, y probablemente satisfará las esperanzas que se concibieron al fundarse, hace un cuarto de siglo. A una hora de Buenos Aires, por ferrocarril, está suficientemente cerca para tener fácil

en Buenos Aires? Bien se vió si lo era en la guerra abierta y sorda que se hizo y hace á la Universidad de La Plata, y de la que, cuando se hable especialmente de ésta, será preciso hacerse cargo...

Por otra parte, se quería romper, no sólo con la simetría administrativa, sino con la que, por llamarla de alguna manera, llamaríamos pedagógica. Y ello intentando crear un núcleo educativo de composición nueva, y con otro ideal que condensara, bajo otras fórmulas, ó sin fórmula concreta *à priori*, esfuerzos con distinto oriente, para laborar en la producción de una corriente depurada en medio de la llanura monótona de la vida espiritual argentina.

El Dr. González es un político de estos que ahora conciben al Estado como al órgano supremo de la educación social; y siguiendo á Sarmiento—una tradición nacional pura,—tiene por norte la indicación del hombre de la escuela: *gobernar es educar;* y él, que gobernó mucho con Roca y con Quintana, y que gobierna constantemente desde el Senado, piensa, como resultado de una experiencia de político práctico, que de nada necesita su pueblo tanto como de excitantes espirituales, en su tremenda crisis actual, producida por una sobrexcitación del optimismo materialista, que cree que sólo de pan vive el hombre. Nada para el político más patriótico que generar centros intensivos de conciencia cívica, de austeridad y de recogimiento desinteresado.

Pero no es éste todavía el momento de exponer el pensamiento íntimo, intencional y guía teórico de la novísima fundación universitaria argentina. Necesita este punto esclarecimientos especiales que acaso intente en otra ocasión. Baste lo dicho para el objeto presente, con esta otra indicación: La Universidad de La Plata es la que ha iniciado una labor

---

acceso á la gran capital, y su vida cosmopolita, y bastante alejada, como para asegurar á la vida académica la serenidad deseable para el estudio serio.»

conveniente siempre en todo pueblo, sobre todo cuando se propende al sueño y á la pereza pedagógicos, ó cuando se manifiesta una quieta conformidad con lo existente, como si fuera el mejor de los mundos: la labor de dislocar los moldes aceptados, de deshacer con esfuerzo original los conceptos recibidos, y ya secos de puro recibidos y aceptados, de la Universidad encastillada en el grado superior de la jerarquía administrativa de la Enseñanza, y sin aire de fuera ni compenetración verdaderamente social.

En rigor, la Universidad de La Plata ha procurado orientarse, desde el primer momento, hacia el ideal de las Universidades modernas, trayendo á su acción tutelar otros grados de la enseñanza, para emprender una labor educativa en la secundaria, y además quisiera renovar los métodos y representar un programa avanzado en la pedagogía nacional, abriendo sus puertas—en realidad no tienen puertas—á la vida social, é iniciando la relación internacional de la Universidad argentina; ella llamó al insigne Mr. Rowe, ilustre publicista norteamericano; ella llevó á Altamira, solicitó al político Ferri, al sabio francés M. Vallé...

He ahí, por otra parte, bien razonado por qué tenía que surgir en el espíritu el problema de analizar la participación efectiva y posible de la Universidad de La Plata en la elaboración del ideal ético de la Argentina. Fué ésta, como ya he indicado, una constante preocupación mientras vivíamos en aquel medio social y natural saboreado con intensidad y sin reservas, como propio, y dándose á él con toda el alma para suscitar una correspondencia compensadora. Contacto inolvidable, generador de sensaciones muy nuevas, el de aquella temporada de labor gratísima, con ocasión de los viajes y de los cursos, y en el goce de aquel espectáculo constantemente renovado, no obstante su aparente monotonía geográfica y moral, que tiene siempre, aun el de la tierra llana y severa, más de espectáculo interior que de mero paisaje, porque el paisaje mismo vale allí, sobre todo, como escenario his-

tórico y actual de lucha de mil géneros, y ahora, y para mí, de una heroica lucha del ideal que allá probablemente germina, estrellándose mil veces contra la corteza dura, resistente, del medio psicológico de un pueblo embriagado en la conquista del suelo, con la inevitable corte de traficantes y especuladores que convierten la tierra, lo más sólido y quieto, en valor cotizable y en motivo de juego de Bolsa, naturalmente, sin entrañas.

Porque repito que el momento argentino actual es soberanamente crítico, y además interesante en extremo. No es todavía el de las crisis del espíritu; quizá no hay tiempo para que esas inquietudes ideales, sinceras, que agitan á las sociedades europeas surjan allí con toda su intensidad renovadora. Hay sus inquietudes: las propias de la incertidumbre en la orientación nacional. Pero las crisis vienen del lado contrario, del económico y material, del atropello con que se vive en la conquista de la riqueza: del peso, de la plata; es ello un poco, la inquietud de la inestabilidad en un medio que se asemeja algo á un campamento renovable, que avanza por las soledades circundantes, buscándose, sin embargo, el efecto principal en las oficinas de tierras de las ciudades, especialmente de Buenos Aires.

Claro, no es sólo aquello especulación bravía de valorizaciones de terrenos; por bajo esa marea turbia y revuelta se condensa y solidifica el trabajo serio y sufrido, la labor de ocupación definitiva, honrada, del cultivador, del ganadero, de las gentes que verdaderamente hacen la patria futura, ocupando un pedazo del suelo, plantando en el campo sólo su casetón de tablas y de zinc, calando el arado, creando el alfalfar ó la sabana de trigo, consolidando en la soledad pampeana un espíritu vivificador, y sembrando y fecundando la semilla del alma vegetativa nacional...

Pero con esto y con lo otro, con lo noble y sano, y lo bajo y codicioso, se teje el porvenir de lo pueblos. Aquel ahora, sin embargo, es un mundo de gentes febriles, dominadoras y lu-

chadoras, negociantes y artesanos, estancieros, ganaderos, que incesantemente van y vienen. Y eso que el tren que tantas veces tomamos no es el más característico de la Argentina adentro; pero si no da la impresión que produce, v. gr., el que atraviesa la Pampa desde Mendoza hasta Bahía Blanca, y los que de este punto van á Buenos Aires, sirve, como ninguno quizá, para observar la sociedad más hecha de la República, la gran burguesía acomodada, de núcleos de funcionarios, de políticos de provincias, de abogados y de muchachas que luchan heroicamente por adquirir una cultura y ganarse la vida, y de estudiantes que persiguen á veces algo más que lo que da pródigo el ambiente de la especulación y de la lucha material.

Más aún: en este mundo especial que circunda á Buenos Aires y se relaciona con La Plata, el aire es siempre de país en construcción; en renovación constante, atropellada y caliente, en lucha sin cuartel. Porque la mayoría de aquellas gentes, son gentes de trabajo, aunque demasiado *urbanas*, sin duda, para simbolizar el carácter nacional que se forma. Tiene el caso de Buenos Aires no poco de los que parten de Londres, París, Barcelona, y, naturalmente, la Argentina es la Pampa, los ríos, los bosques y el puerto de Buenos Aires, y los que crecen con rápido desenvolvimiento, en Rosario y en Bahía Blanca. Pero la impresión de la Argentina tampoco resultaría completa sin la sensación de estas relaciones típicas entre la capital federal y la capital de la provincia, obra, esta última, artificial que poco á poco toma tierra y se hace un accidente naturalísimo del proceso de formación del pueblo.

Observemos los viajeros que de ordinario llenan los coches de los trenes que incesantemente, de hora en hora, van ó vienen de Buenos Aires á La Plata: uno es el diputado ó senador de la provincia, que acude á la sesión de la Legislatura, ó el juez, ó el profesor que tiene ocupación en las dos poblaciones, ó el abogado que acude á practicar cualquier diligencia profesional, ó el negociante en tierras que va ó viene de un rema-

te, ó el exportador de frutos, ó el viajante, ó la familia que de Quilmes va á la capital de compras, ó los *muchachos bien,* que no se sabe por qué ni para qué se mueven. Fisonomía, de mil variados tipos: rubios alemanes, estirados y elegantes ingleses, parlanchines franceses, italianos de todas las cataduras... y no digo españoles, porque se confunden con los nacionales puros fácilmente, hasta en el tono argentino con que cantan el dulcificado castellano, algo andaluzado, meloso y lleno de ternuras y halagos.

Por lo general, toda la gente aquella es de buen aspecto, bien trajeada, limpia, y no poca, más que esto, pulcra. El argentino burgués, de Buenos Aires sobre todo, es por lo común pulcro y cuidadoso: sus botines parecen siempre nuevos; además no son ruidosos los viajeros, ni atropellados en sus maneras; nadie se precipita á codazos para tomar ó dejar el tren; luego es raro oir una palabra fea... rarísimo; es suave, aun siendo muy apasionado, el tipo medio. Si hablan, no puede decirse que gritan, ni gesticulan, ni disputan con violencia.

Todo el exterior, como el exterior de los servicios públicos mismos—lo que el observador ve al paso,—es de país civilizado y reglamentado, que se da cuenta de las ventajas del empleo de un instrumental perfeccionado, en la vida del comercio, del movimiento, de la comunicación y de la dominación de las fuerzas naturales.

Pero, conviene anotar, que en el alubión aburguesado y algo mate de la gente optimista y satisfecha, dispuesta en todo momento á cantar la gloria de la plata (con minúscula aquí), refiriendo las cosas estupendas de los negocios locos, obra del continuo subir de la ola invasora de la tierra, en ese alubión, entre las densidades de niebla que oscurecen todo rayo de luz ideal, no dejan de surgir sus focos, pequeños focos, de inquietudes simpáticas, de fermentos impulsores, de individualidades que se asfixian y que anhelan otra atmósfera más oxigenada y tienen otra escala de valores.

Es á veces el estudiante que ha leído algunos libros, que

ha pensado hondo con el alma entera y ha sentido escalofríos en el espíritu; otras, un doctor que ha vivido la vida de los pueblos hechos y hasta viejos, y respirado en ellos el aire de las regiones austeras, de la labor científica pura; otras, un soñador, que Dios sabe de dónde le vendrá el ensueño, pero que quisiera convertir su utopia en realidad; otras, el maestro de escuela, entregado á ella con todo su sér, y que se revuelve airado contra la aplastante del medio burgués y adinerado; otras, la joven ansiosa, luchadora, modesta, y lo sería más si el ambiente dominador se lo permitiera, pero que se salvará en la batalla diaria por la independencia económica... Y luego habría que analizar lo que significaría, como fondo de tantos anhelos de cultura y de reforma ética, la gran masa proletaria, conglomerado gigantesco, sobre todo en Buenos Aires, masa llena de los problemas propios de su condición, y en la cual se manifiestan tantas aspiraciones en el sentido del mejoramiento económico, moral, intelectual, de la elevación, en suma, en la tonalidad general de su vida.

Adolfo Posada

RECUERDOS

Aunque el Gobierno hizo lo que pudo para evitar el atentado, avisando al Rey con anticipación y procurando convencerle de que no asistiera aquella noche á los jardinillos, en último resultado, no quedó en postura muy airosa, ni ante el Rey, ni ante los palaciegos, ni siquiera ante el público.

Porque el aviso no fué debido ni al Gobierno ni á sus agentes, sino á un adversario político de la situación; de suerte que el mérito, en Palacio, se atribuyó á Topete, y la falta de vigilancia al Gobierno se atribuyó; como sucede siempre en estos casos, tengan ó no culpa los gobiernos, que, por lo regular, no la tienen.

En suma: el Gobierno liberal no ganaba terreno en las altas regiones, y los síntomas alarmantes, cada vez más alarmantes, se repetían con triste frecuencia.

***

Cito hechos, según van acudiendo á mi memoria, sin cuidarme para nada del orden cronológico.

Así es que, ahora, voy á recordar otro hecho, muy curioso y muy significativo, pero que pertenece á los últimos tiempos de aquella situación, sin perjuicio de volver atrás cuando me ocurra algo que pertenezca á la época anterior.

El hecho á que me refiero es uno muy extraño, que se re-

laciona con el nacimiento del Infante, ó, si se quiere, del Príncipe.

Cuando la época del nacimiento se aproximaba, Zorrilla, según nos dijo, habló con Don Amadeo para convenir con el Rey el ceremonial que hubiera de presidir en dicho acto.

Según Zorrilla nos manifestó, no sólo consultó con el Rey, sino que al Rey le dejó la decisión, asegurándole que el Gobierno no tenía interés político en que el ceremonial hubiera de ser de esta ó de la otra clase, ya reproduciendo el de los tiempos de Doña Isabel y de la casa de Borbón, ya siguiendo y ateniéndose al de la casa de Saboya.

Tampoco el Rey manifestó predilección alguna en el asunto que á su decisión se sometía, afirmando que á él también le era de todo punto indiferente.

Se redactó el decreto, y se lo presentó Zorrilla á Su Majestad, asegurándole de nuevo, y con repetición insistente, que podía introducir todas las modificaciones que considerara oportunas, agregando, suprimiendo, modificando todo lo que le pareciera bien.

Al fin, el Rey firmó el decreto, y el decreto se publicó en la *Gaceta*.

¿Podía nadie imaginar que cuestión tan sencilla, y que de tan perfecta armonía había marchado, pudiera concluir con un gravísimo conflicto?

Pues por un conflicto, y muy grave, terminó.

Y es que en Palacio, la atmósfera de desconfianza, y no quiero decir de hostilidades contra el Gobierno, iba siendo cada vez más densa.

La máquina gubernamental crujía. Si la situación hubiera tenido aparatos de alarma, es bien seguro que hubieran estado en constantes vibraciones.

Llegó la época del alumbramiento de Su Majestad la Reina; celebrábamos aquella noche sesión en el Congreso, y le trajeron á Rivero la noticia de que la Reina, aquella misma noche, iba á dar á luz.

¿Quién trajo la noticia? No lo sé.

El que mandó la noticia no fué Don Amadeo, porque salió de caza por la mañana, y no había vuelto.

Pero la noticia era cierta, y Rivero levantó la sesión, y á toda prisa salieron los avisos correspondientes, para que se avisase á todas las personas que, según el decreto del ceremonial, habrían de concurrir á Palacio.

*
* *

Y á Palacio fuimos los ministros en seguida, y la Comisión de diputados, y la de senadores, y la Comisión de la grandeza, y el Cuerpo diplomático, y los altos Cuerpos del Estado.

En suma, todos los que tenían obligación de acudir á dicho acto.

Ibamos llegando al gran patio, y la escalera de honor estaba cerrada y casi á obscuras, y á medida que llegábamos, los porteros nos conducían al Ministerio de Estado, que se hallaba por entonces en la planta baja de Palacio, y á ministros, senadores y diputados, Grandes de España y diplomáticos y demás personajes, á todos nos iban, por decirlo así, enchiquerando, y perdóneseme la palabra, en el Ministerio de Estado, como queda dicho.

¡Preguntas, extrañezas, asombros! Nadie sabía lo que había ocurrido, ni por qué se nos obligaba á hacer cuarentena.

Por último, vino D. Manuel Ruiz Zorrilla, de gran uniforme, y bajaron los ayudantes del Rey y el Mayordomo mayor, mostrando tanto asombro como nosotros, y sin atreverse casi á dar explicaciones á Zorrilla.

—Pero, ¿por qué no subimos? ¿A qué esperamos?—preguntaba éste, poniendo la cara fosca.

Y tartamudeaba el Mayordomo mayor, y si no recuerdo mal, el ayudante del Rey, Sr. Rosell, poniéndose todo él al unísono de su pelo, que era muy rojo, empezó á explicar el

caso como pudo, mientras D. Manuel, en pie, con marcadas señales de impaciencia, quería precipitar las explicaciones.

Y los ministros, mirándonos unos á otros, esperábamos el desenlace de aquella escena, verdaderamente extraña.

—Pero yo digo que por qué no subimos—repetía D. Manuel, en voz que cada vez iba siendo más resonante.

—Porque no se puede subir—decía el Sr. Rosell.

—Porque no se puede subir—repetía el Mayordomo mayor.

—No se puede, no se puede—decían los demás ayudantes y empleados de Palacio, que habían venido al encuentro de Zorrilla.

—Pero ¿por qué, por qué?

—Porque está todo cerrado.

—¿Es que no ha venido el Rey de caza?—preguntó D. Manuel.

—Sí, señor; vino hace mucho, y está en las habitaciones de la Reina.

—Entonces, vamos allá—afirmó D. Manuel, iniciando un movimiento de avance que todos imitamos. Pero la gente de Palacio nos detuvo, y retrocedimos, perdiendo el terreno ganado, como buque que no logra arrancar del astillero.

Y Zorrilla, sin contener ya su enojo, volvió á repetir por la décima vez:

—Pues ¿por qué no subimos?

—Porque está prohibido.

—¿Quién lo ha prohibido?—preguntó enfurecido ya el Presidente, afirmando su enojo con un puñetazo sobre la mesa próxima, de aquellos puñetazos formidables que él solía descargar en sus momentos de ira.

—Lo ha prohibido el Rey—dijo el general Rosell; y siguió diciendo:—El Rey en persona lo ha prohibido, no quiere que suba nadie; ha dispuesto cerrar las puertas, y nos ha ordenado que despidamos á todo el mundo.

¡Tableau!

Estupefacción y silencio.

D. Manuel procuró contenerse, y se sentó junto á una mesa con el entrecejo fruncido, y apoyando en la mesa el puño cerrado como lo cerraba en las grandes circunstancias.

—¡Pobre mesa!—pense yo, y me senté también para esperar sentado lo que ocurriese.

Después de aquellos momentos de calma ó de estupor, empezaron las explicaciones. Según parece, el Rey había manifestado á sus ayudantes y al Mayordomo mayor, que en los sucesos íntimos de familia, él era como cualquier otro ciudadano, y que no permitía que interviniese ningún elemento oficial ni del orden político; que ya citaría para alguna recepción pública cuando llegase el caso, ó para el bautizo del Príncipe ó Princesa; mas por aquella noche no permitía que nadie entrase en Palacio.

—Pero, señor, se trata de cumplir un Real decreto—parece que se atrevió á insinuar uno de sus ayudantes.

Y afirmaron que el Rey, que nunca logró hablar correctamente el español, no pudiendo expresar en forma apropiada su pensamiento, se expresó de este modo:

—¿Soy yo un insensato?—Cuando firmé el decreto, ya sabía que no había de cumplirse.

Y la gente de Palacio explicaba esta frase extraña y excesivamente familiar, de este modo:

Era una formalidad, una costumbre; pero, al acceder á ella, abrigaba la esperanza de que, por precipitarse los acontecimientos ó por cualquier circunstancia fortuita, había de aplazarse, en sus formalidades externas, para el día siguiente.

En suma: una explicación más ó menos acertada para calmar el enojo del Presidente del Consejo, que iba creciendo por instantes, y podría tomar, de seguir creciendo, proporciones de escándalo.

Porque con D. Manuel estábamos todos los ministros, algunos ayudantes del Rey y gente de Palacio; pero fuera, puerta por medio, el Ministerio de Estado estaba macizo de diputados, senadores y personajes.

Y como Zorrilla hablaba en voz muy alta y con tonos coléricos, es casi seguro de que por fuera se oía todo su discurso.

Y su discurso era formidable, como pronunciado en momentos de gran excitación y en que sentía ofendida su dignidad, como hombre y como Presidente del Consejo.

De sus principales frases me acuerdo, como si las acabase de oir, y afirmo, como hombre de honor, que no son invenciones del dramaturgo.

—¡Yo no sufro esto!—Decía D. Manuel.—¡No lo sufro!—Y acentuaba su protesta con un enorme puñetazo.

—¡Yo respeto á Don Amadeo como Jefe supremo del Estado!

¡Yo estoy convencido de que es un Rey liberal y un Rey nobilísimo!

¡Yo no sólo le respeto como Monarca, sino que le profeso verdadero afecto como amigo!

¡Pero con todo este respeto, yo no sufro que nadie me abofetee!

¡No lo sufro y no lo sufro!—Y la mesa, protestando con un crujido, sufrió otro puñetazo.

—¡Yo soy dinástico verdadero! ¡Más dinástico que todos ustedes y que todos esos que están ahí fuera!

¡Yo creo que soy el único dinástico de España, y creo que si faltase el Rey, una catástrofe inmensa se desplomaría sobre mi patria!

¡Pero creyendo y pensando, y sintiendo todo esto, yo no tolero que, habiéndome llamado por la *Gaceta*, se me cierre la puerta y se me deje en la calle, ó en el patio, que es peor!

¡Y esto no nace de Don Amadeo.

¡Esto no es casual!

¡Algo han inventado ó algo le han dicho para obligarle á este desaire á todo el Gobierno liberal!

¡Y esto es preciso aclararlo, y aclararlo ahora mismo!

¡Yo subo y hablo con Don Amadeo!

Y se levantó, en efecto, y se dirigió á la puerta con ánimo resuelto.

Todos los que le rodeaban procuraron detenerle, y al fin le hicieron comprender que había que evitar á todo trance un escándalo en Palacio.

Y al fin y al cabo, se convenció; pasó de la extrema violencia á un gran abatimiento y una gran tristeza, y, encargándonos que fuéramos despidiendo á todo el mundo de la mejor manera posible, él se marchó el primero sin pronunciar una palabra más.

Y todo el mundo se marchó tras él; unos coléricos, otros burlones, y pensando sin duda todos que aquel extraño suceso, que tanto tenía de triste como de cómico, algo indicaba y algo suponía, y no dejaba muy bien parada la situación del Ministerio liberal.

*
* *

Un suceso como el que acabo de referir, y me atrevo á afirmar que con exactitud fotográfica, fonográfica y cinematográfica, hoy produciría en todo Madrid y en toda España una sensación enorme.

Pero eran aquellos tiempos tan revueltos, habían sucedido cosas tan grandes y flotaban en un porvenir inmediato tales catástrofes, que el efecto producido no guardó proporción con el hecho en sí.

Unos pensaron:—Un protocolo más ó menos averiado.

Otros dijeron:—El Rey no puede sufrir á los ministros liberales.

Y los conservadores, con la suavidad propia de la época, repetían bajo todas las formas:—Pero esa gente (por los liberales) no tiene vergüenza.

¿Qué hacen esos ministros que no han presentado ya su dimisión?

Les dejan en el zaguán, y nada, impávidos.

¡Nada! Será preciso que les barran á escobazos.

Con esta suavidad nos trataban, en corros y corrillos y en pasillos del Congreso y en salones aristocráticos, los conservadores de aquella época.

Verdad es que nosotros no les tratábamos mejor, y cuando el asunto de los dos millones, la mayor parte de nuestros correligionarios se hartó de llamar ladrones y bandidos á los del partido contrario.

Cuando dos partidos que deben turnar en el poder llegan á tales extremos de odio, de violencia y de insulto, ni hay partidos que turnen, ni monarca que pueda llamarles, ni organismo posible.

Verdad es que las palabras son palabras, pero casi siempre son llamaradas de fuegos interiores.

La verdad es que la situación del partido liberal iba siendo imposible, y la situación del Rey más imposible todavía.

Era la abdicación que estaba cuajando.

Y, sin embargo, no la veíamos nosotros.

La mayor parte, ni la veía ni creía que fuera posible.

* * *

La Comisión del Congreso, que en representación del mismo debió asistir aquella noche á Palacio, y que, en efecto, asistió, aunque no pasó del patio, tuvo que buscar asilo en el Ministerio de Estado, y de allí salió para marcharse por la Plaza de Oriente; la Comisión del Congreso, repito, dió cuenta del desaire sufrido á sus compañeros, y en la mayoría el enojo fué grande, y se preparaba una proposición para presentarla al Parlamento.

Proposición gravísima, porque no podía ocultarse que era un ataque al Rey.

No por los republicanos, sino por los monárquicos de la mayoría.

Martos salió al quite, hizo esfuerzos supremos; con su talento y palabra prodigiosa convenció á unos y á otros, quitó importancia al asunto, lo comentó en forma cómica, se admi-

ró de que los demócratas dieran importancia decisiva á formalismos palaciegos, convirtió el desaire en un exceso de sentimientos democráticos del Monarca, en su amor de familia y hasta en sus virtudes burguesas.

En fin, á todos convenció; la proposición no llegó á presentarse, y el asunto quedó terminado para el público, aunque, naturalmente, no quedó terminado para los ministros.

*
* *

Yo le vi algunos días después á Don Amadeo de Saboya, darle las gracias con toda efusión á Martos, en estos términos próximamente:

—Sé los esfuerzos que ha hecho usted por evitar el conflicto del Congreso. Le estoy á usted agradecidísimo.

Y se acercó á él y le estrechó afectuosamente la mano.

Parecía conjurada la tempestad, pero no lo estaba.

El Ministerio había quedado en una situación imposible.

Si las acusaciones de los conservadores no estaban justificadas, sus sarcasmos encontraban eco en todas partes.

Ya lo comprendíamos nosotros y ya lo comprendía Zorrilla, y desde el día siguiente al del nacimiento del Príncipe, le incitaba cada uno de nosotros á que viera á Don Amadeo y á que celebrásemos un Consejo extraordinario, en que se explicase el suceso y se aclarase nuestra situación, presentando, si era preciso, nuestras dimisiones.

Todo esto no se trató en Consejo, pero particularmente comunicábamos nuestras impresiones á D. Manuel, y él prometía hacer algo: ver á Don Amadeo, resolver el problema de una vez.

Pero Don Amadeo, en aquellos días, resultó invisible; no había modo de que Zorrilla le viese, y el mismo Zorrilla se sentía descorazonado y abatido.

La hostilidad de Palacio era evidente.

Un nuevo suceso, que fué á manera de corolario del que he descrito, agravó más la situación.

Pero esto requiere capítulo aparte.

José Echegaray

CORAZONES GENEROSOS

IV

Parecíale á Gudmund que había amado á Hildur Eriksdotter hasta el día en que le arrancó ella la promesa de despedir á Helga de Narlunda. Por lo menos, no hubo hasta aquel día ningún sér en el mundo al que más admirase y estimase. Ninguna muchacha le pareció digna de ser comparada con Hildur, y se sintió muy orgulloso de haber logrado conquistarla. Experimentó un real placer en imaginarse la vida que llevaría con ella. Serían ricos y considerados, y tenía el firme convencimiento de que sería grato vivir en una casa dirigida por Hildur. Tampoco le repugnaba pensar en todo el dinero que le reportaría la boda con aquella muchacha. Iba á poder mejorar los cultivos, reconstruir los edificios ruinosos y engrandecer la finca, hasta convertirse en un verdadero labrador opulento.

El mismo domingo en que volvió de la iglesia en compañía de Helga, fué por la tarde á Elvokra. Allí, Hildur se puso á hablar de Helga, y dijo que no quería ir á Narlunda hasta saber que estaba fuera aquella joven. Gudmund quiso, al pronto, tomar aquella idea como una broma, pero no tardó en comprender que Hildur hablaba del asunto con toda seriedad. Entonces Gudmund defendió con mucho calor la causa de Helga. Dijo que ésta era tan joven cuando la enviaron á servir, que no era verdaderamente asombroso el percance, sobre todo ha-

biendo tropezado con un amo tan malo como Per Mortensson. Desde que la madre de Gudmund se había encargado de ella, su conducta había sido siempre buena.

—Tal vez pueda ser injusto abandonarla—dijo.—En este caso, quedaría probablemente expuesta á nuevas desgracias.

Pero Hildur no quería rendirse á razones.

—Si esa muchacha se quedase en Narlunda, nunca pondré los pies allí—dijo ella.—Nunca podré tolerar la presencia en mi casa de una mujer así.

—No sabes lo que haces—dijo Gudmund.—Nadie ha sabido cuidar á mi madre mejor que Helga. Todos nos hemos alegrado mucho de su entrada en nuestra casa. Antes, mi madre era muy difícil, y estaba á menudo de mal humor.

—No pienso obligarte á despedirla—replicó secamente Hildur.

Era de toda evidencia que si Gudmund no le concedía lo que deseaba, estaba decidida á renunciar á los proyectos de boda.

—Pues bien, se hará lo que tú deseas—dijo entonces Gudmund.

Juzgó imposible arriesgar todo su porvenir á causa de Helga. Pero se puso muy pálido al hacer esta concesión, y permaneció silencioso y abatido toda la visita.

Este incidente hacía temer á Gudmund que tal vez Hildur no fuese tal como se la había imaginado. Evidentemente le desagradaba que hubiese podido ella imponerle su voluntad, pero lo peor era que no llegaba á persuadirse de que la joven hubiese tenido razón. Decíase que le hubiera agradado mucho ceder ante Hildur si ésta se hubiese mostrado generosa; pero, en vez de ello, se le apareció mezquina y desprovista de corazón.

En adelante, siempre que Gudmund veía á su novia, estaba al acecho para ver si aquel rasgo de carácter que creía haber descubierto en ella volvía á aparecer. Una vez despertada su desconfianza, no tardó en descubrir otras muchas cosas que no eran como él hubiera deseado.

«Creo que es de las que primeramente piensan en sí mismas», murmuraba en su interior cada vez que la dejaba, y se preguntaba cuánto duraría al amor que ella le profesaba si se pusiera á prueba.

Trataba de consolarse diciéndose que todo el mundo empieza por pensar en sí mismo, pero esta idea le traía inmediatamente al espíritu la imagen de Helga. Volvía á verla en el Juzgado, apoderándose de la Biblia, y de nuevo la oía gritar:

—Retiro la demanda. Le quiero todavía. No quiero que sea perjuro.

Así es como hubiera querido á Hildur. Helga había llegado á ser para él un término de comparación; con él medía á las gentes.

A la verdad, no había muchas que igualaran á la muchacha aquélla en amor y en caridad.

De día en día, menguaba el amor de Gudmund á Hildur, pero no se le ocurrió renunciar á la boda. Trataba de convencerse de que su desaliento no era más que un capricho. ¿Acaso no la tenía por la mejor de todas apenas unas semanas antes?

Si hubiera estado al principio del noviazgo, indudablemente se habría retirado. Pero ahora estaban ya publicadas las proclamas, se había fijado el día de la boda, y en su casa habían dado comienzo á importantes reparaciones. Y además, tampoco podía decidirse á renunciar á la fortuna y á la buena posición que le aguardaban. ¿Qué razón, en fin, invocaría para una ruptura? Lo que tenía que decir de Hildur era tan poca cosa, que se desvanecería al salir de sus labios al tratar de formularlo.

Pero á menudo le molestaba el corazón, y cada vez que iba al pueblo ó la ciudad, se proveía de cerveza y de vino en las tiendas, para recobrar, bebiendo, su buen humor. Después de vaciar unas botellas, sentíase de nuevo satisfecho de su boda y enamorado de Hildur. Entonces se le olvidaba lo que le había atormentado.

Gudmund pensaba á menudo en Helga y deseaba ardiente-

mente volverla á ver. Pero decíase que Helga debía de considerar un miserable al hombre que había hecho que la despidiesen, á pesar del compromiso en contrario, contraído espontáneamente. Como no podía ni explicarse ni excusarse, evitaba encontrarse con ella.

Una mañana, Gudmund se encontró en la carretera con Helga, que volvía del pueblo, adonde había ido á comprar leche. Gudmund se creyó en el caso de acompañarla. No pareció ella muy contenta de la compañía: apresuró el paso como si deseara escapar, y no desplegaba los labios. También Gudmund iba callado, sin saber cómo entablar conversación.

En aquellos momentos apareció un coche á lo lejos. Gudmund, absorto en sus pensamientos, no se fijó en él, pero en cuanto lo vió Helga, volvióse bruscamente á su acompañante.

—No sigas acompañándome, Gudmund, porque, si no me engaño, viene por allí el coche de los de Elvokra.

Miró Gudmund rápidamente, y, al reconocer el caballo y el coche, hizo un movimiento como para dar la vuelta, pero inmediatamente se irguió con altivez y continuó andando al lado de Helga, hasta que hubo pasado el coche. Entonces moderó el paso, y, como Helga seguía con el suyo apresurado, se separaron sin que él la hubiese dirigido una palabra. Pero, en lo restante del día, estuvo más contento de sí mismo de lo que hubiera estado desde hacía mucho tiempo.

V

Habíase convenido que la boda de Hildur y Gudmund se celebraría en Elvokra, el lunes de Pentecostés. El viernes de la semana anterior, Gudmund fué á la ciudad para hacer algunas compras, con motivo de la fiesta de bienvenida que había de darse en Narlunda al día siguiente de la boda. En la ciudad se encontró con unos jóvenes de su pueblo. Como sabían que era la última excursión de soltero de Gudmund, deci-

dieron organizar una verdadera orgía. Todos tomaron á empeño el hacer beber á Gudmund, y lo hicieron de tal modo, que el festejado concluyó por embriagarse hasta perder el conocimiento.

No volvió á su casa hasta la mañana siguiente, tan tarde, que su padre y el criado se habían ido ya al trabajo, y se quedó en la cama hasta mediodía. Al levantarse para vestirse, observó que su americana tenía varios rotos y desgarrones.

«Se conoce que me he peleado esta noche», se dijo, haciendo esfuerzos para recordar lo que hubiera podido hacer.

Recordó con claridad que á eso de las once de la noche salió del restaurant en compañía de sus amigos, pero no pudo precisar qué es lo que había hecho después. Era como querer penetrar con su mirada la obscuridad más absoluta. No sabía si se habían limitado á recorrer las calles ó si habían entrado en alguna parte. No se acordaba de si había sido él ú otro quien enganchó el caballo, y no conservaba ningún recuerdo de su vuelta.

Al entrar en la sala, la encontró limpia y arreglada para la fiesta. Había terminado el trabajo de la jornada, y las gentes iban á merendar. Nadie aludió á la excursión de Gudmund. Era cosa convenida que tendría plena libertad de hacer lo que quisiera aquellas últimas semanas.

Gudmund sentóse á la mesa para tomar el café como todos los demás. Mientras que le echaba de la taza al platillo y del platillo á la taza, para enfriarlo, la señora de Ingeborg, que había terminado, tomó el periódico que acababa de llegar y se puso á leer. Leía en voz alta, columna tras columna, y Gudmund, su padre y todos los demás, escuchaban.

Entre las noticias que leía así, se encontraba el relato de una riña ocurrida la noche anterior en la Plaza Mayor de la ciudad, entre un grupo de aldeanos ebrios y unos obreros. En cuanto se presentó la policía, los combatientes huyeron, á excepción de uno que yacía inanimado. Trasportáronle al puesto de policía, y como no se veía ninguna herida exterior, trataron

de reanimarle. Todos los esfuerzos fueron vanos, y por fin se le descubrió una hoja de cuchillo, metida en la cabeza. Era una hoja de un tamaño considerable; había penetrado en el cerebro y se había roto casi al ras del cráneo. El asesino había huído con el mango del cuchillo; pero la policía, que conocía muy bien á los que habían tomado parte en la lucha, abrigaba la esperanza de echarle prontamente mano.

Al escuchar la lectura, Gudmund dejó la taza, se metió la mano en el bolsillo y sacó su navaja, á la que echó una mirada indiferente. De pronto hizo un movimiento brusco, dió una vuelta al cuchillo y se lo volvió á guardar tan apresuradamente, que hubiérase dicho que le quemaba. No siguió tomando el café, y se quedó largo rato inmóvil, con aire de honda preocupación. Surcaron de pronto su frente profundas arrugas. Era ostensible que hacía esfuerzos para descifrar un misterio.

Por fin se levantó, se estiró, bostezó y se dirigió lentamente á la puerta de salida.

—Voy á dar una vuelta. No he salido en todo el día—dijo.

Casi al mismo tiempo se levantó también Erland Erlandsson. Había terminado su pipa, y fué á su cuarto en busca de tabaco. Mientras que cargaba la pipa, vió á Gudmund que pasaba. El cuarto en que estaba no tenía la ventana al patio como la sala, sino á un jardinillo, en el que había unos manzanos corpulentos. Al final del jardín había una charca llena de agua en primavera, pero que en verano se secaba por completo. Rara vez se dirigía nadie hacia aquel lugar. Erland Erlandsson observó con curiosidad los movimientos de su hijo. Vió que éste se metía la mano en el bolsillo, del que sacaba un objeto que tiró á la charca. Después cruzó el jardinillo, saltó una valla y se marchó por la carretera.

En cuanto Gudmund se perdió de vista, Erland salió á su vez y se dirigió á la charca. Metióse sin vacilar en el agua viscosa, y á los pocos momentos se inclinó para recoger un objeto que acababa de tropezar con el pie. Era un cuchillo cuya

hoja principal estaba rota. Le dió vueltas, examinándole cuidadosamente, mientras que seguía con los pies en el agua. Después se lo metió en el bolsillo, pero lo volvió á sacar para examinarlo aún varias veces antes de volver á la casa.

Gudmund no entró sino cuando todos estaban acostados. Se metió en la cama sin probar la cena que le esperaba sobre la mesa.

Erland Erlandsson y su mujer dormían en la habitación que daba al jardín. Al amanecer, Erland creyó oir un rumor de pasos bajo la ventana. Se levantó, corrió la cortina y vió de nuevo á su hijo que se dirigía á la charca. Descalzóse, se remangó los pantalones, se metió en el agua, que exploró en todos sentidos como el que busca un objeto perdido. Estuvo así rebuscando largo rato, y luego salió como dispuesto á marcharse, pero volvió en seguida á su operación. El padre permaneció una hora entera mirándole. Entonces Gudmund volvió á entrar en la casa, y se acostó otra vez.

El domingo de Pentecostés, Gudmund se disponía á ir á la iglesia. Cuando estaba enganchando el caballo, atravesó el patio Erland.

—Te has olvidado de limpiar hoy los arneses—dijo al pasar;—también el coche está sucio.

—He tenido que hacer otra cosa—contestó Gudmund con indolencia, y se marchó sin limpiar nada.

Después de la misa, Gudmund acompañó á su novia á Elvokra, en donde pasó el resto del día; había allí una numerosa reunión de gente joven, dispuesta á celebrar la última velada de soltera de Hildur, y se bailó hasta hora muy avanzada de la noche. Se bebió en grande, pero Gudmund no probó gota. En toda la velada no dirigió palabra á nadie; pero bailaba frenéticamente, y lanzaba á veces ruidosas y agudas carcajadas, sin que nadie comprendiese bien lo que le divertía.

Gudmund volvió á su casa á las dos de la madrugada, y en cuanto metió el caballo en la cuadra se dirigió de nuevo á la charca y se metió en ella. Era una clara noche de verano,

y el padre, entre las cortinas de su habitación, miraba las maniobras de su hijo. Le vió andar inclinándose sobre la superficie del agua, rebuscando obstinadamente como la noche anterior. De vez en cuando, salía á la orilla como desesperado de encontrar nada; pero en seguida volvía al agua. Una de las veces que salió á la orilla, fué al establo en busca de un cubo, con el que se puso á sacar agua como si tratara de vaciar la charca; pero no tardó en convencerse de que era trabajo perdido, y dejó el cubo. Reanudó la exploración, y paseó las manos por toda la charca sin sacar otra cosa que limo fangoso. Cuando, por fin, abandonó el trabajo, era tan tarde, que la casa empezaba á animarse. Estaba él tan fatigado y agotado por el insomnio, que vacilaba al andar, y se echó en la cama sin desnudarse.

A las ocho dadas fué á despertarle su padre. Gudmund estaba echado en la cama, con el traje lleno de salpicaduras fangosas, pero su padre no le hizo observación alguna; limitóse á decirle que ya era hora de levantarse, y salió cerrando la puerta. Al poco rato, Gudmund bajó á la sala vestido con su buen traje de boda. Su rostro estaba iluminado como por una luz interior. Creeríase ver un sér hecho de alma y de voluntad, y no de carne y sangre.

En la sala todo había revestido un aspecto solemne. La madre se había puesto su traje negro, y tenía echado en los hombros un hermoso chal de seda, aunque no había de asistir á la boda. Todos los criados se habían puesto también sus mejores galas. El hogar estaba adornado con hojas frescas de roble. Sobre el blanco mantel de la mesa había multitud de platos variados y suculentos.

Después de la comida, la madre de Gudmund leyó un salmo y unos versículos de la Biblia. Luego, dirigiéndose á Gudmund, le dió gracias por haber sido siempre un buen hijo, le deseó felicidades y le dió su bendición. La señora de Erlandsson sabía componer lindas frases, y Gudmund se conmovió hondamente. En varios momentos se humedecieron sus ojos,

pero logró, sin embargo, vencer su gana de llorar. También el padre pronunció algunas palabras.

—Nos será muy duro perderte—dijo; y de nuevo Gudmund estuvo á punto de romper en sollozos.

Todos los criados acudieron á estrecharle la mano y darle gracias por el tiempo pasado. Las lágrimas asomaban á los ojos de Gudmund durante toda esta escena. Tosía y se esforzaba en vano por hablar; apenas logró pronunciar una palabra inteligible.

El padre debía acompañarle á Elvókra para asistir á su boda. Salió para enganchar el caballo, y á los pocos momentos volvió á entrar anunciando que ya era la hora de marchar Al subir al coche Gudmund observó que estaba bien limpio. Todo estaba tan reluciente, tan bien cuidado como á él le gustaba. Al mismo tiempo le llamó la atención el buen orden que reinaba en el patio. La alameda estaba recientemente enarenada y limpia de piedras y pedazos de madera. A la entrada del patio, dos postes con guirnaldas formaban una especie de arco de triunfo, y de la veleta colgaba una magnífica corona de flores de ciruelo silvestre y había otros muchos adornos hechos con ramaje. De nuevo Gudmund se sintió con ganas de llorar. Apretó con fuerza el brazo de su padre cuando éste empuñaba las riendas.

—¿Qué quieres?—preguntó Erland.

—Nada—contestó Gudmund;—no era nada. Vámonos.

En el camino tuvo Gudmund otra despedida. Era Helga, la cual le esperaba en el cruce de la carretera con el sendero que conducía al Pantano Alto. El padre paró el caballo al ver á Helga.

—Les esperaba—dijo la joven,—porque quería dar hoy mismo la enhorabuena á Gudmund.

Gudmund se apeó entonces para estrechar la mano de Helga. Le pareció que ésta había adelgazado y que tenía los ojos enrojecidos. Indudablemente, se pasaba las noches llorando y pensando en Narlunda. Pero hoy quería mostrar una expre-

sión feliz, y dirigía á Gudmund su más bella sonrisa. De nuevo se sintió él muy conmovido, pero no dijo nada. Su padre, á pesar de que tenía fama de no hablar nunca sino apremiado por la más extrema necesidad, dijo:

—Creo que tu enhorabuena agradará á Gudmund más que otra cualquiera.

—Sí, es verdad—asintió Gudmund.

Volvieron á estrecharse la mano los dos jóvenes y se separaron. El, con la cabeza vuelta, la siguió mirando hasta que se la ocultó un grupo de árboles; entonces hizo un movimiento como para saltar del coche.

—¿Tenías algo más que decir á Helga?—preguntó el padre.

—¡Oh! No, nada—contestó Gudmund, volviendo á acomodarse en su asiento.

Siguió el coche su camino. El padre llevaba el caballo á un paso moderado, como si le gustara prolongar la compañía de su hijo. No parecía tener prisa por llegar.

De repente Gudmund, inclinando la cabeza sobre el hombro de su padre, rompió en sollozos.

—¿Qué tienes?—preguntó Erland dando tan violento tirón de las riendas que se paró el caballo.

—Que todos ustedes son buenísimos para mí, y yo no lo merezco.

—Ninguna mala acción has cometido, sin embargo.

—Sí, padre; he cometido una.

—No quiero creerlo.

—Sí; he matado á un hombre.

El padre lanzó un hondo suspiro. Hubiérase dicho que era un suspiro de alivio, y Gudmund, alzando la cabeza, le miró sorprendido. El padre volvió á arrear el caballo, y suavemente dijo:

—Celebro mucho que me lo hayas dicho tú mismo.

—¿Lo sabía usted ya?

—El sábado sospeché que había algo anormal, y luego encontré tu cuchillo en la charca.

—¡Ah! ¿Es usted quien lo encontró?

—Sí; lo encontré yo, y vi que una de las hojas estaba rota.

—Sí, padre; sé que la hoja está rota, pero no puedo hacerme á la idea de que sea yo el autor del hecho.

—Debiste de realizarlo estando ebrio.

—No sé nada, no me acuerdo de nada. Vi por el estado de mi traje, que me había peleado, y sé que la hoja ha desaparecido.

—Comprendí que tenías la intención de callarte.

—Me dije que, sin duda, mis compañeros estaban tan borrachos como yo, y que tampoco se acordaban de nada. No había más prueba contra mí que el cuchillo, y por eso me desembaracé de él.

—Comprendí que ese era tu razonamiento.

—Comprenda usted, padre: no sé quién es el muerto, quizá no le he visto nunca. No recuerdo haberlo hecho. Me pareció que no estaba en el deber de pagar por lo que no había hecho intencionadamente. Luego pensé que había obrado torpemente al tirar el cuchillo á la charca. Se seca en verano, y entonces le hubiera podido encontrar cualquiera. Por eso traté de recogerle y le busqué estas dos últimas noches.

—¿No se te ocurrió la idea de confesar?

—No; ayer no pensaba más que buscar el modo de tener secreta la cosa, y procuré bailar y divertirme, para que nadie pudiese notar un cambio en mi actitud.

—¿Así, pues, pensabas casarte hoy sin declararlo? Asumías una gravísima responsabilidad. ¿No comprendías que si eras descubierto, arrastrarías en la miseria á Hildur y toda su familia?

—Me pareció que era mejor no decirles nada.

Ahora iba el caballo al trote. El padre parecía tener mucha prisa en llegar. Seguía, sin embargo, hablando á su hijo. En toda su vida le había dirigido tantas palabras.

—¿Y qué es lo que te ha hecho cambiar de parecer?

—Helga, al venir á darme la enhorabuena. Entonces sentí

ablandarse la dureza de mi corazón. Esa muchacha ha acabado de convencerme. Mi madre y usted me conmovieron esta mañana, y á punto estuve de decirles que no era digno de su cariño; pero mi corazón permanecía duro y resistía aún; mas la presencia de Helga ha triunfado de mi resistencia. Pensaba que debía odiarme por haber hecho que la despidiesen de casa.

—Ahora se me figura que estarás de acuerdo conmigo para decirlo todo inmediatamente á la familia de Hildur—dijo el padre.

—Sí—contestó Gudmund en voz baja.—Sí, seguramente—añadió con tono más firme. No quisiera ligar á Hildur á mi mala suerte. No me lo perdonaría ella nunca.

—La familia de Elvokra estima su honor como todo el mundo—dijo el padre.—Y es preciso que sepas, Gudmund, que esta mañana, al partir, me dije que me vería obligado á contárselo yo al padre de Hildur, si tú no te decidías á hacerlo. Nunca hubiera podido asistir silencioso á la unión de Hildur con un hombre que en cualquier momento puede ser acusado de asesinato.

Dió un latigazo al caballo para apresurar la marcha, y siguió diciendo:

—Vamos á pasar ahora el momento más penoso. Procuraremos que pase pronto. Supongo que á los padres de Helga les parecerá muy bien que te acuses tú mismo, y espero que esto les hará más benévolos contigo.

Gudmund no contestó nada. A medida que se acercaban á Elvokra tenía aspecto de mayor abatimiento. El padre continuaba hablando para inspirarle ánimos.

—He oído contar un caso parecido—dijo.—Tratábase de un novio que tuvo la desgracia de matar á un compañero de caza. No lo hizo con intención, y no se supo que había sido él el homicida; pero, poco después, el día de la boda, al llegar á la casa en donde todo estaba preparado para la ceremonia, habló á su novia, y dijo: «No podemos casarnos. No quiero arrastrarte á la miseria que me aguarda.» Pero la novia, que se había

puesto ya la corona y el velo, le tomó de la mano y le llevó á la sala en donde los invitados estaban reunidos para asistir á la bendición nupcial. Allí contó en alta voz lo que su novio acababa de decirle. «He contado el caso para que todo el mundo sepa que no me has engañado—añadió, dirigiéndose á su prometido.—Ahora quiero que nos den inmediatamente la bendición. Porque sigues siendo el mismo que antes, á pesar de la desgracia que te aflige, y cualquiera que sea la suerte que te aguarde, quiero que la suframos juntos.

Cuando el padre terminaba esta historia, entraba el coche en el camino que conducía á Elvokra. Gudmund, con sonrisa melancólica, dijo:

—No ocurrirá eso ahora.

—¡Quién sabe!—dijo el padre irguiéndose en su asiento.

Miró á su hijo, y una vez más se asombró de lo guapo que estaba aquel día.

«No me chocaría que le ocurriese algo grande é inesperado»,—se dijo en voz baja.

La boda se iba á celebrar en la iglesia, y en la casa estaban ya todos los invitados. Algunos parientes, venidos de lejos, aguardaban con solemnidad el momento de salir para la iglesia. En el patio se procedía al enganche de todo género de vehículos. El violinista del lugar, sentado aparte, templaba su instrumento. Desde una ventana del piso superior, la novia, ya ataviada, acechaba la llegada de su futuro para verle antes de que él la viese á ella.

Erland y Gudmund, en cuanto se apearon, solicitaron celebrar una entrevista privada con Hildur y sus padres. Al poco rato estaban todos reunidos en la habitación que servía de despacho al labrador.

—Supongo que leerían ustedes en los periódicos el relato de una riña que ocurrió en la ciudad, la noche del viernes, y de la que resultó un hombre muerto—dijo Gudmund, tan de prisa, que se hubiera dicho que repetía una lección aprendida.

—Sí, lo leí—dijo el labrador.

—Es que esa noche estaba yo en la ciudad—continuó Gudmund.

Esta vez no hubo respuesta, sino un silencio de muerte. Le pareció á Gudmund que todo el mundo le dirigía miradas tan espantadas, que no pudo continuar. Pero entonces el padre vino en su ayuda.

—Gudmund fué arrastrado por unos amigos. Bebió sin duda con algún exceso aquella noche, porque al volver á casa no se acordaba de lo que hubiera podido hacer. Pero se veía bien que se había pegado con otro, porque tenía el traje roto.

Gudmund observó que el terror de sus oyentes crecía por momentos; pero él, en cambio, se iba tranquilizando. Un sentimiento de reto se apoderó de él, y tomó de nuevo la palabra:

—Entonces, cuando llegó el periódico el sábado por la tarde, y leí el relato de la pendencia y de la hoja que se había encontrado metida en el cráneo, saqué mi cuchillo y vi que le faltaba una hoja.

—Muy grave es la noticia que Gudmund nos da—dijo el labrador.—Mejor hubiera sido contárnoslo ayer.

Gudmund se calló; pero de nuevo su padre acudió en su ayuda.

—No era una cosa fácil para Gudmund. Era muy tentador no decir nada. Pierde mucho al hacer esta confesión.

—Sí, sí, hay que felicitarse de que al fin se haya decidido á hablar, para que no nos hayamos visto comprometidos en semejante asunto—dijo con acritud el padre de Hildur.

Gudmund miraba mientras tanto á su novia, que estaba engalanada con la corona y el velo nupcial, y en aquel momento la vió alzar una mano para quitarse uno de los alfileres que sujetaban la corona. Parecía hacerlo casi inconscientemente. Al notar la mirada de Gudmund, volvió á dejar el alfiler en su puesto.

—No está aún plenamente demostrado que Gudmund sea el homicida—dijo Erland;—pero comprendo que es de aplazar la boda hasta que todo se haya puesto en claro.

—No vale la pena de hablar de aplazamientos—dijo el labrador.—Se me figura que Gudmund está lo bastante seguro de su asunto para que podamos desde luego, de común acuerdo, abandonar toda idea de matrimonio entre él y mi hija.

Gudmund no contestó. Se acercó á su novia y la tendió la mano. Ella permaneció inmóvil, como si no hubiera visto el ademán.

—¿No quieres decirme adiós, Hildur?

Entonces ella alzó los ojos, en los que percibió él una mirada fría.

—¿Es esa mano la que empuñaba el cuchillo?—preguntó ella.

Sin replicar, Gudmund se volvió hacia el labrador.

—Sí, ahora estoy seguro de mi asunto. No hay que hablar de aplazamiento.

Y sin más, terminó la entrevista y se marcharon Gudmund y Erland. Hubieron de atravesar una serie de pasillos y habitaciones, y por todas partes veían preparativos de boda. La puerta de la cocina estaba abierta, y se veía á una porción de gentes afanadas. Salía de allí un olor de asados y hojaldres, y los hornillos estaban llenos de marmitas y cacerolas.

«¡Pensar que se toman tantos afanes por mi boda!»—se decía Gundmund al pasar.

Pudo entrever la riqueza de la casa. Vió el comedor en donde estaban preparando varias mesas. Pasó ante una habitación en la que estaban los cofres y arcones repletos de ropa; al salir al patio, vió el número considerable de coches, los magníficos caballos, las hermosas mantas de viaje. Abarcó con la mirada los establos, las cuadras, los rediles, los graneros y otras dependencias de la finca. «Todo esto hubiera podido ser para mí»—se dijo al subir á su cochecillo.

Acometióle de pronto un grandísimo pesar. Hubiera querido lanzarse del coche para ir á decirles que no era verdad lo que había referido. No había hecho más que burlarse de ellos, asustarles. Era una imbecilidad lo que había hecho. ¿Por qué

había obrado así? ¿Qué había conseguido? El muerto estaba bien muerto. No; la tal confesión no tendría otro resultado que el de entrañar la pérdida de otro hombre, la suya.

Las últimas semanas, no le había seducido tanto aquella boda, pero ahora que se veía obligado á renunciar á ella la apreciaba en su justo valor. Era mucho perder á Hildur Erikodotter y todo lo demás. ¿Qué importaba que fuese ella, egoísta y autoritaria? Era de todos modos la primera de las muchachas del país, y, gracias á ella, hubiera llegado de un golpe á la cumbre del bienestar y los honores.

No lo sentía únicamente por Hildur y sus bienes, sino por mil otras cosas de menor importancia. En aquellos momentos hubiera debido estar en camino de la iglesia, y todos los que le hubiesen visto pasar le habrían envidiado. Y hubiera hoy él ocupado el primer puesto en el festín nupcial. Hoy hubiera sido el centro del baile y de la fiesta. Era un gran día que le volvía la espalda.

Erland se volvió en varias ocasiones á su hijo para mirarle. No estaba tan guapo ni tan lucido como por la mañana; iba abatido, con aire de atontamiento, con la mirada apagada. Preguntábase el padre si es que su hijo lamentaba lo hecho, y se disponía á interrogarle, pero juzgó preferible callarse.

—¿Adónde vamos ahora?—preguntó Gudmund, rompiendo el silencio.—¿No sería mejor ir directamente á casa del comisario?

—Necesitas ir á casa para descansar un poco—dijo el padre.—No has podido dormir mucho estas últimas noches.

—Madre se asustará al vernos volver.

—No le chocará nada—dijo el padre.—Está tan enterada como yo. Seguramente se alegrará de saber que lo hayas confesado.

—Creo que mi madre y todos los de casa se alegrarán de enviarme á la cárcel—dijo Gudmund con amargura.

—Sabemos que pierdes mucho al obrar con arreglo á lo

justo—dijo el padre;—pero no podemos menos de felicitarnos de que hayas sabido vencerte á ti mismo.

Le parecía imposible á Gudmund soportar el que le felicitasen por haber destruído y echado el porvenir por la ventana. Buscaba un pretexto para no ver á nadie hasta haberse tranquilizado un poco.

En aquel momento pasaban frente al sendero del Pantano Alto.

—¿Quiere usted parar aquí, padre? Me alegraría ir á hablar un poco con Helga.

El padre se apresuró á complacerle.

—Procura volver lo más pronto que puedas para descansar—dijo.

Gudmund tomó por el bosque, y pronto se perdió de vista. No tenía la menor intención de buscar á Helga; quería únicamente encontrarse solo para no tener necesidad de contenerse. Experimentaba una ira irrezonable contra todos y contra todo; daba violentos puntapiés á las piedras que se encontraban en su camino, y á veces se detenía para arrancar ramas enteras, solamente porque una hoja le había rozado la cara.

Siguió el camino hasta el Pantano Alto, pero dejó atrás la cabaña y se dirigió á la cima de la montaña. Allí le costó trabajo abrirse camino. Había perdido el sendero, y para llegar á la cima tenía que franquear una serie de rocas puntiagudas. Fué un paseo peligroso sobre rocas escarpadas, y hubiera podido romperse brazos y piernas, de haber dado un paso en falso. Se daba perfecta cuenta del peligro, pero como si le agradara exponerse á él, continuó su marcha.

—Si me ocurre aquí una desgracia, no me encontrará nadie—se dijo.—¿Pero qué me importa? Lo mismo me da morir así que estar encerrado largos años entre los muros de una cárcel.

Todo fué bien, sin embargo, y llegó por fin felizmente al Pico Grande. En otro tiempo, un incendio había asolado el bosque por aquella parte. La más alta estaba todavía desnuda,

y desde allí se gozaba de una vista magnífica. Vió valles y lagos, bosques sombríos y ricas campiñas, iglesias, granjas, cabañas y pueblos. En la remota lejanía vió la ciudad, envuelta en blanquecina bruma, de la que emergían algunas torres que brillaban al sol. Caminos tortuosos surcaban los valles, y un tren pasaba, rápido, por la linde del bosque. Tenía ante los ojos una provincia entera.

Se tumbó en el suelo, sin perder, sin embargo, aquella vista espléndida. Había en este espectáculo algo augusto y grandioso, ante el que sentía la pequeñez de él y de sus pesares.

Se acordó de que, habiendo leído de niño que el Tentador condujo á Cristo á una elevada montaña para mostrarle todo el esplendor de este mundo, había siempre pensado que sería allí, en el Pico Grande, y repitió la antigua parábola:

—Te daré todo eso si te prosternas ante mí para adorarme.

Entonces tuvo la repentina impresión de haber sufrido él una tentación idéntica aquellos últimos días.

A la verdad, el Tentador le había conducido á una alta montaña, desde la que le mostró todo el esplendor de la riqueza y del poder.

—No tienes más que callar lo que creas haber hecho—le dijo—y te daré todo eso.

Al pensar esto, Gudmund tuvo al fin un vago sentimiento de satisfacción.

—Sin embargo, contesté que no—dijo; y se le apareció claramente el sentido de lo que había pasado.

Si se hubiese callado, ¿no se habría visto obligado á servir al Tentador toda su vida? Habríase convertido en un hombre vil y cobarde, en un esclavo del dinero. El temor del descubrimiento hubiera pesado siempre sobre él. Nunca hubiera podido sentirse un hombre libre.

Apoderóse de Gudmund una profunda calma. Sintióse feliz al comprender al fin que había obrado bien. Al evocar los días pasados, tuvo la sensación de haber andado á tientas en una

densa obscuridad. Era un verdadero milagro el haber salido de ella. Preguntábase cómo no se había perdido.

—Porque todos han sido buenos para mí en casa—pensaba,—y sobre todo por la enhorabuena que vino á darme Helga.

Permaneció algún tiempo en la montaña; pero pronto se dijo que debía ir á su casa cuanto antes, para decir á sus padres que por fin había hallado la paz de su alma. Al levantarse para empezar el descenso, vió á Helga sentada en un escalón inferior de la montaña.

Desde allí no podía gozar de la amplia vista circular; solamente le era visible un reducido rincón del valle. Era del lado de Narlunda, y probablemente podía ver una parte de la finca. Al descubrir á la joven, Gudmund sintió que su corazón, que todo el día había estado lleno de angustia y de congoja, empezaba á latir con palpitaciones ligeras y alegres, y al mismo tiempo experimentó una sensación de felicidad tan viva, que se quedó quieto, preguntándose lo que le sucedía.

—¿Qué es lo que me ocurre? ¿Qué me pasa? ¿Qué es esto?—pensó, al sentir que la sangre le bullía en las venas y que la felicidad se apoderaba de él tan violentamente, que casi tuvo una sensación dolorosa. Por fin, se dijo á sí mismo, con tono de asombro:

—¡Si es ella la que amo! ¡Pensar que he esperado hasta ahora para saberlo!

Esta revelación le sorprendió con la fuerza de un torrente desencadenado. Desde que conoció á Helga había estado comprometido con otra. Tuvo que prescindir de cuanto á la primera le atraía. Ahora que se había librado al fin de la idea de casarse con la otra, ahora podía amarla.

—¡Helga!—gritó; y se puso á bajar la pendiente á toda prisa.

Ella se volvió con un grito de espanto.

—¡No te asustes! Soy yo.

—¿Pero no estás en la iglesia casándote?

—¡Oh! no. No habrá boda hoy; Hildur no quiere ya casarse.

Helga se puso en pie. Apoyó una mano en su corazón y cerró los ojos. Debía de pensar en aquel momento que no era Gudmund el que llegaba. Evidentemente, tenía los ojos y los oídos fascinados por algún espíritu del bosque. Pero su presencia le era tan dulce y tan grata, aunque no fuese más que una apariencia, que cerró los ojos y permaneció inmóvil para retener aquella ilusión unos instantes todavía.

Gudmund estaba trastornado por el impetuoso amor que se había despertado en él. En cuanto llegó al lado de Helga, la abrazó y la besó en los labios, y ella se dejó hacer, porque estaba absorta y enajenada por la sorpresa. Era para ella un milagro demasiado grande admitir que Gudmund, que en aquellos momentos debía encontrarse en la iglesia al lado de su novia, estuviese en realidad con ella en el bosque. ¡Aquel aparecido, aquel fantasma de Gudmund podía abrazarla!

Pero el beso de Gudmund despertó á la joven y le rechazó vivamente. Después se puso á abrumarle á preguntas. ¿Era verdaderamente él? ¿Qué venía á hacer al bosque? ¿Le había ocurrido alguna desgracia? ¿Por qué se había interrumpido la boda? ¿Se había puesto enferma Hildur? ¿Le había dado una congestión al pastor en plena iglesia?

Gudmund hubiera querido no hablarle más que de su amor, pero ella le obligó á contar lo que había ocurido. Mientras que él hablaba, escuchaba ella con la mayor atención.

No le interrumpió sino cuando habló de la hoja rota. Entonces ella se sobresaltó y preguntó si se trataba de su cuchillo ordinario, el que tenía cuando ella estaba á su servicio.

—Sí, precisamente ese—dijo.

—¿Cuántas hojas rotas tenía?—preguntó ella.

—Una solamente.

Produjose cierta ebullición en el cerebro de Helga. Con el ceño fruncido, hacía visibles esfuerzos para acordarse de algo. ¿Qué fué? Sí, se acordaba muy bien de que había usado aquel cuchillo para hacer unas astillas la víspera de su marcha. Lo rompió al servirse de él, pero nunca tuvo ocasión de decirlo.

El la había evitado, y no quiso hablar con ella entonces. Y luego, Gudmund hubo de guardarse el cuchillo sin advertir que estaba roto.

Helga alzó la cabeza y quiso contárselo todo; pero como él llegaba al relato de su visita á Elvokra, en medio de los preparativos de la boda, prefirió dejarle concluir. Al saber cómo se había separado de Hildur, juzgó que era una desgracia tan terrible, que se puso á regañarle.

—Todo es culpa tuya—dijo.—Tu padre y tú habéis aterrorizado á la muchacha con esa espantosa noticia. No hubiera contestado así de no estar anonadada. Créeme que debe sentirlo ahora.

—Que lo sienta cuanto quiera—dijo Gudmund.—Yo sé ahora que no es sino de las que no piensan más que en sí mismas. Me felicito de verme libre.

Helga apretó los labios como para impedir que se le escapara el gran secreto. Todo aquello le daba mucho que pensar. No se trataba solamente de lavar á Gudmund de aquella acusación de homicidio. Habíase seguido rompimiento entre él y su novia. ¿Acaso no podría ella arreglar el conflicto, merced á lo que sabía?

De nuevo guardó silencio para reflexionar. Gudmund se puso á hablarle del amor que la tenía. Pero le pareció la mayor de las desdichas que sobre él habían caído aquel día. Malo era que estuviese á punto de perder una boda ventajosa; pero peor sería que se le ocurriera casarse con una muchacha como Helga.

—¡Oh! no. No vengas á contarme esas tonterías—dijo ella, levantándose bruscamente.

—¿Por qué no habría de decirlo?—dijo Gudmund palideciendo.—Tal vez te ocurra lo mismo que á Hildur: ¿Tienes miedo de mí?

—No; no es eso.

Quería explicarle que lo que él hacía era preparar su propia pérdida; pero Gudmund no la escuchaba, y dijo:

—He oído decir que en otro tiempo hubo mujeres que ayudaban á los hombres en los momentos de desgracia; pero hoy no debe de suceder así.

Helga se estremeció. Hubiera querido arrojarse en brazos de Gudmund, pero no se movió. Su deber era hoy el de permanecer razonable.

—Cierto es—continuó Gudmund—que no debía pedirte que fueras mi mujer el mismo día en que he de ir á la cárcel; pero oye: si supiera que me aguardabas hasta que saliera, sufriría todas las penalidades alegremente.

—No soy yo la que debe esperarte, Gudmund.

—Todo el mundo me va á considerar ahora como un malhechor, un individuo que se emborracha y asesina. ¡Pero si hubiera una sola persona que me mirase con amor! Esto me sostendría más que nada.

—Bien sabes que yo no pensaré nunca sino bien de ti, Gudmund.

Helga se enternecía. Los ruegos de Gudmund estaban muy cerca de vencerla. No sabía cómo librarse de él, pero Gudmund no lo comprendía; antes bien, empezó á creer que se había engañado. No debía ella de tenerle los mismos sentimientos que él. Se acercó y la miró como si hubiera querido ver el fondo de su alma.

—¿No has elegido esta roca precisamente para poder ver Narlunda?

—Sí; eso es.

—¿No piensas en esa casa día y noche?

—Sí; pero no en ninguna persona en particular.

—Y yo, ¿te soy completamente indiferente?

—¡Oh, no!; pero no quiero casarme contigo.

—¿A quién quieres, pues?

Helga no contestó.

—¿Quieres á Per Mortensson?

—Sí, dije que le quiero, ¿no lo oiste?—exclamó ya sin fuerzas.

Gudmund permaneció unos momentos mirándola con ojos sombríos.

—Está bien; vamos á separarnos. En adelante no volveremos á encontrarnos.

Y diciendo esto, se apresuró á alejarse, y no tardó en desaparecer bajo los árboles.

VI

Apenas hubo perdido de vista á Gudmund, Helga bajó también á toda prisa de la montaña por otro camino. Pasó por el Pantano Alto sin detenerse, y llegó corriendo por la pendiente á la carretera. En la primera casa que encontró pidió prestados un caballo y un coche para ir á Elvokra. Dijo que iba en ello la vida, y prometió pagar el alquiler. Ya algunas personas, al volver de la iglesia, habían traído la noticia de la suspensión de la boda. Todo el mundo estaba emocionado y lleno de compasión; no se negaron, pues, á ayudar á Helga, puesto que parecía llevar un mensaje importante para los interesados.

En Elvokra, Hildur Eriksdotter estaba en la habitación en donde se había puesto por la mañana el traje de novia. Rodeábanla su madre y otras mujeres. Hildur no lloraba, pero guardaba un silencio no habituado; estaba tan pálida, que se temía verla ponerse mala de un momento á otro. Las mujeres hablaban de Gudmund sin interrupción. Todas le censuraban y se mostraban satisfechas de que Hildur se hubiera librado de semejante matrimonio. Algunas acusaban á Gudmund de pocos miramientos con los presuntos suegros, por no revelar desde luego el mal paso en que se había metido. Otras decían que el que esperaba una felicidad tan grande hubiera debido observar mejor conducta. Otras, por fin, felicitaban á Hildur por no haberse casado con un hombre que se emborrachaba, hasta el punto de no saber lo que se hacía.

En medio de toda esta charla, Hildur pareció impacientarse y se levantó para salir. Apenas estuvo fuera, cuando una joven, que era su mejor amiga, le murmuró:

—Abajo hay una persona que te espera.

—¿Es Gudmund?—preguntó Hildur, cuya mirada se animó de pronto.

—No; pero creo que tal vez venga de su parte. No quiere decir á nadie sino á ti el recado que trae.

Ahora bien; Hildur se habría repetido mil veces que tenía forzosamente que ocurrir algo que pusiera fin á tan triste situación. No admitía que pudiera ocurrirle una desgracia tan terrible. Necesitábase algún acontecimiento extraordinario que la permitiera volver á ponerse el velo y la corona, é hiciese que el cortejo se dirigiera á la iglesia y recobrase toda la ceremonia su marcha regular. Al saber que la llamaban, Hildur acudió apresuradamente á Helga, que la esperaba en el vestíbulo.

Hildur quedó sin duda un poco sorprendida al ver que Gudmund hubiese delegado á Helga, pero se dijo que en plena fiesta tal vez no hubiera podido hallar otro mensajero. La saludó, pues, amablemente.

La hizo un signo para que la siguiese á la lechería, al otro lado del patio, y dijo:

—No veo otro lugar en que podamos hablar en paz. La casa está todavía llena de gente.

En cuanto hubo entrado, Helga se acercó á Hildur, y, mirándola bien á la cara, dijo:

—Antes de decir nada, necesito saber si quiere usted á Gudmund.

Hildur tuvo un movimiento de protesta. Desagradábale mucho tener que cambiar una sola palabra con Helga, y no tenía ningún deseo de hacerla su confidente. Pero en el estado de ansiedad en que se encontraba hizo un esfuerzo para responder:

—Me choca la pregunta. ¿Crees tú que si no le amase hubiera querido casarme con él?

—Quería decir si le sigue usted amando.

Hildur quedó como petrificada y no pudo mentir bajo la escrutadora mirada de la otra.

—Creo no haberle querido nunca tanto como hoy—dijo, pero en voz tan baja, que se hubiera podido creer que las palabras le hacían daño al salir de su boca.

—Entonces venga usted en seguida—dijo Helga.—Tengo mi coche en la carretera. Vaya usted á buscar un abrigo é iremos juntas á Narlunda.

—¿Para qué?—preguntó Hildur.

—Para decir á Gudmund que quiere usted ser suya, haya hecho lo que sea, y que quiere usted esperarle fielmente mientras que esté en la cárcel.

—¿Para qué he de decir eso?

—Para que se arregle todo entre ustedes dos.

—Es imposible. No puedo casarme con un hombre que haya estado en la cárcel.

Helga retrocedió unos pasos como si hubiera tropezado con una pared. Pero recobró prontamente ánimos. Hubiera debido comprender que las personas ricas y consideradas como Hildur razonan así.

—No hubiera yo venido á pedir á usted que vaya á Narlunda, si no supiera que Gudmund es inocente—dijo.

Ahora fué Hildur la que dió un paso hacia Helga.

—¿Lo sabes realmente, ó es tan sólo una figuración tuya?

—Mejor es que vayamos al coche, y se lo contaré todo en el camino.

—No; es preciso que me expliques antes lo que quieres decir. Necesito saber lo que hago.

Helga estaba tan impaciente, que apenas podía estarse quieta; pero tuvo, sin embargo, que contar á Hildur de qué manera supo que no era él homicida.

—¿Y no se lo has dicho en seguida á Gudmund?

—No; á usted se lo digo. Nadie más lo sabe.

—¿Y por qué has venido á decírmelo á mí?

—Para que todo se arregle entre ustedes todos. Él sabrá pronto que no ha hecho ningún mal; pero quiero que vaya usted á su casa como espontáneamente, para que se arreglen las cosas.

—¿No debo decirle que sé que es inocente?

—Es preciso que vaya usted como por su propia voluntad, sin decir que yo he hablado. De otra suerte, no la perdonará nunca las palabras de esta mañana.

Hildur la escuchaba en silencio. Había allí algo que ella no había encontrado nunca hasta entonces en la vida, y hacía esfuerzos para explicárselo.

—¿Sabes tú que fuí yo la que hizo que te despidieran de Narlunda?

—Sé muy bien que no fué á mis amos á los que debí el ser despedida.

—Entonces, no comprendo que vengas hoy aquí á ayudarme.

—Acompáñeme sin hablar más, y todo se arreglará.

Pero Hildur miró á Helga sin salir de sus reflexiones.

—¿Será tal vez que Gudmund te quiere á ti?—se aventuró á decir.

Pero al oirlo se acabó la paciencia de Helga.

—¿Acaso podría ser yo una mujer para él?—dijo con arrebato.—Bien sabe usted que soy la hija de un pobre jornalero, y que no es esto lo peor.

Las dos jóvenes salieron de la casa sin ser vistas, y llegaron al coche. Helga tomó las riendas y arreó al caballo. Iban de prisa y ambas guardaban silencio. Hildur no cesaba de mirar á Helga. Hubiérase dicho que la joven la asombraba más que todo.

Cuando estuvieron cerca de Narlunda, Helga entregó las riendas á Hildur diciendo:

—Ahora irá usted sola á hablar á Gudmund. Yo iré dentro

de un momento á contar la historia del cuchillo. Pero no dé usted á entender con una sola palabra que yo he ido á buscarla.

Gudmund estaba en la sala hablando con su madre. El padre, sentado á alguna distancia, fumaba su pipa. Veíase bien que, á su entender, todo iba perfectamente y que no tenía necesidad de intervenir.

—¿Qué diría usted, madre, si la propusiera á Helga por nuera?—dijo Gudmund.

La interpelada alzó la cabeza, y dijo con voz firme:

—Acogeré con gusto á la nuera que te plazca elegir, si sé que te quiere con el amor que una mujer debe tener á su marido.

Apenas se hubieron cambiado estas palabras, cuando vieron á Hildur Eriksdotter llegar al patio. Momentos después entraba en la habitación, pero casi estaba desconocida. No se adelantó con su aplomo habitual; parecía querer quedarse en la puerta como una pobre mendiga.

Fué, sin embargo, á estrechar la mano de los padres de Gudmund, y después dijo á éste:

—Quisiera decirte unas palabras.

Gudmund se levantó, y ambos entraron en la habitación de al lado. El ofreció una silla á Hildur, pero ella no quiso sentarse. Estaba roja de azoramiento, y las palabras salían torpes y tímidas.

—Yo estaba sin duda... Sí, tal vez fué un poco duro lo que te dije esta mañana...

—Nosotros llegamos un poco bruscamente—dijo Gudmund.

Ella se puso aún más encarnada de vergüenza.

—Hubiera debido reflexionar un poco. Hubiéramos podido... Mejor hubiese sido...

—Yo creo que todo ha sido lo mejor, Hildur. No vale la pena de hablar de ello. Pero es usted muy amable al haber venido.

Ella se tapó la cara con las manos y lanzó un suspiro que parecía á un sollozo, pero en seguida alzó la cabeza.

—No—dijo.—No puedo más. No quiero hacerte creer que soy más de lo que soy. Alguien ha venido á decirme que eras inocente, aconsejándome que viniera aquí cuanto antes para arreglarlo todo. No debía decir que conocía tu inocencia, porque entonces no harías gran caso de mi venida. Preferiría que se me hubiera ocurrido á mí tal idea; no la tuve, pero he estado pensando en ti todo el día y haciendo votos para que las cosas fuesen como antes. Y, de cualquiera manera que esto termine, necesito decirte que me alegro vivamente de tu inocencia.

—¿Quién fué á darte ese consejo?—preguntó Gudmund.

—No debería decirlo.

—Me choca que lo sepa ya alguien. Mi padre acaba de llegar de casa del comisario. Telegrafió á la ciudad, y le han contestado que está ya preso el verdadero asesino.

Al oir esto, Hildur sintió que flaqueaban sus piernas, y se dejó caer en la silla. Tuvo miedo ante la actitud tranquila y cortés de Gudmund, y empezó á advertir que no tenía ya su antiguo imperio sobre él.

—Comprendo que no puede usted olvidar mi conducta de esta mañana.

—Sí; no la guardo á usted ningún rencor—dijo él con el mismo tono tranquilo.—No hablemos más de ello.

La joven se estremeció, bajó los ojos y esperó.

—Tenemos que felicitarnos, Hildur—dijo él yendo á darle la mano—de que esto haya terminado así, porque hoy he adquirido la certeza de que amo á otra. Creo que la amaba desde hace mucho tiempo, pero no lo he sabido hasta hoy.

—¿A quién ama usted?—preguntó ella con voz sorda.

—No vale la pena de decirlo. No me casaré con ella, porque ella no me quiere, pero no me casaré con otra tampoco.

Hildur alzó la cabeza. Es difícil decir con exactitud lo que pasó por ella, pero comprendió claramente que ella, la hija del labrador rico, con toda su belleza y todos sus bienes, no era nada para Gudmund; pero tenía su orgullo, y no quiso se-

pararse de él sin hacerle ver que, además de esas cosas, tenía un valor personal.

—Deseo, Gudmund, que me digas si es Helga á la que quieres.

Gudmund no contestó.

—Porque si es á Helga, puedo decirte que también ella te quiere. Porque ella es la que vino á decirme lo que había de hacer para recobrar tu amor. Ella sabía que eras inocente, pero no te lo dijo porque quería decírmelo á mí antes.

Gudmund la miró fijamente.

—¿Y eso le parece la prueba de que me tiene un gran amor?

—Puedes estar seguro, Gudmund. Lo garantizo. Nadie en el mundo podrá amarte más que ella.

Dió unos pasos Gudmund por la habitación. Luego se dirigió á Hildur.

—¿Y por qué me dices tú todo eso?

—Porque no quería ser inferior á Helga en materia de generosidad.

—¡Ah, Hildur, Hildur!—exclamó él, poniéndola las manos en los hombros y presa de la más viva emoción.—No puedes imaginarte lo que te quiero en este momento. No puedes imaginarte lo feliz que me has hecho.

. . . . . .

. . . . . .

Helga estaba sentada á orilla de la carretera. Con la barbilla en la mano miraba al suelo. Trataba de imaginarse la felicidad de Gudmund y de Hildur.

Mientras que estaba allí, acertó á pasar un criado de Narlunda, y se paró al verla.

—Has oído esa historia de Gudmund, Helga?

Asintió la joven con la cabeza.

—Felizmente, no era verdad. Ya han prendido al verdadero asesino.

Y el criado se fué, pero Helga siguió sentada á orilla de la carretera.

¿De manera que lo sabían ya en la casa?... Ya no necesitaba ir á contarlo.

Sintióse extrañamente abandonada después del ardor que le había animado durante el día. No había pensado en ella, preocupada solamente por la idea de reconciliar á los novios. Pero ahora vió todo lo sola que estaba. Era muy duro no ser nada para aquellos á quienes se ama. Ahora Gudmund no la necesitaba, y su hijo lo había hecho suyo la abuela. Apenas si la permitían mirarle.

Pensó que tenía que levantarse para ir á su cabaña. Pero se le aparecieron tan largas y penosas las cuestas, que no sabía si tendría fuerzas para subirlas.

Acercábase un coche del lado de Narlunda. Helga vió sentados juntos á Hildur y Gudmund. Sin duda iban á Elvokra á llevar la noticia de su reconciliación. Y mañana se celebraría la boda.

Al ver á Helga pararon el caballo. Gudmund entregó las riendas á Hildur y se apeó. Hildur saludó con la cabeza á Helga y siguió.

Gudmund se quedó en la carretera ante Helga.

—Me alegro de que estés aquí, Helga—dijo.—Creía que iba á verme obligado á trepar hasta el Pantano Alto para encontrarte.

Dijo esto en tono brusco, casi duro, y, con ademán resuelto, la cogió por un brazo. Y Helga leyó en los ojos de él que ahora sabía á qué atenerse. Ahora ya no veía ella medio de escapársele.

SELMA LAGERLOF.

FIN

SALAMANCA

El Tormes y las rameras.—La Celestina.—Lazarillo el de Tejares.—Don Diego de Torres Villarroel.—Los árcades.—Fr. Luis de León y visión de la Flecha.—Gabriel y Galán.—Aguas abajo: Garcilaso, Juan de la Encina.—Teresa. La Escuela y los Colegios.—Las dos catedrales.—Las brujerías de D. Enrique de Villena.—Doña María la Brava.—Torres de Monterrey.—Conclusión.

Los que estudian las piedras en los libros, y no las piedras en las piedras, las de oro de Salamanca, encendidas y rojas, como el sol de las llanuras, les desalienta y aturde. Conocen el Romancero, y Zamora les da la sensación cabal. Saben de memoria el libro de Cervantes, y no conciben los sueños de Don Quijote más que en las llanuras de la Mancha.

Para desenterrar la vida de Isabel, visitan Talavera y Medina del Campo. Estudian el alma plácida del encendido Juan de la Cruz en Fontiveros, los paisajes teresianos en Avila y en Alba de Tormes, dan con las entrañas castellanas en Burgos. Como Castilla es tierra de hombres, quiero decir, de personalidades recias y fuertes, cada pueblo tiene su héroe—guerrero ó místico—que imprimió á su pueblo el marchamo de la personalidad. Salamanca no es un pueblo de un hombre, sino de muchos hombres; no de una generación, sino de muchas. Y Salamanca despista. Las impresiones de los ojos, cargados de lecturas y de cronicones, no saben encararse con las piedras; la sensación que les da Salamanca no es la sensación libresca; como el sol

ciega y las piedras se encienden en festival de luz, niegan su valor á Salamanca, que no es pueblo austero. Echó raíces en su ambiente la sencillez bizantina, la transición de lo románico á lo gótico, pero solamente florecieron con pujanza de vida, con entusiasta brío juvenil, las góticas magnificencias. La vida, el arte del Renacimiento, los primores plateresco de Salamanca comienzan para el espíritu español con la fundación de su Escuela; expansión de ella es toda la ciudad, que está saturada de su ambiente. Los muros de las calles llenos están de leyendas rojas, de vítores y novatadas universitarias; los conventos, henchidos de la vieja sombra de Daza, el amigo de Colón, de Fr. Luis, el cantor de la Flecha asentada en las plácidas llanuras del Tormes; el espíritu ciudadano de los rencores de los bandos que apaciguara San Juan de Sahagún, y de aquellos otros rencores mozos de las *naciones* estudiantiles, que en la Escuela comienzan y en la Escuela se apagan. Distintos elementos forman la vida de la ciudad é integran su encanto. Mil literaturas tienen en la noble ciudad leonesa su escenario favorito. A la entrada de Salamanca, junto al puente romano, flotando en el ambiente plácido de las tenerías, de las herrerías, de las posadas, surge la sombra del mancebo Calixto, de la dulce Melibea y de la cotorrona Celestina. Y allí mismo, bajo la peña famosa que bautizara la grey estudiantil con el nombre vulgar de la tragicomedia del bachiller Rojas y Montalbán, brota, graciosa, la tradición. ¿Sabéis por qué se llaman *rameras* á las mozas alegres y dadivosas? El Concejo salmantino echaba á tan despreocupada gentecilla de su recinto murado en los días austeros de la Semana de Pasión. El domingo de Ramos salían las mozas, acompañadas por los escolares procesionalmente, en barcas que hendían el Tormes, hacia el Matadero Viejo. Allí vivían las mozas, con su cohorte obligada de terceras y zurcidoras de voluntades, viejas proxenetas expertas y mocitos afeminados de voz de flauta, los dias santos y la semana de Pascuas. Después, el lunes de Quasimodo—«lunes de Aguas» para toda la provincia, que la tradición cundió,

llevándola los escolares á sus pueblos—tornaban á la ciudad las mozas. Hoy mismo, se celebra la tradición con merendolas en mesones y ventas, junto al Tormes, consagrando la tarde, calurosa y limpia por lo común, á Venus y, más que á Venus, á Baco.

Y muy cerca del Puente Romano y de la Peña Celestina—destruyóse el torreón glorioso—Tejares, el pueblucо vecino, arrabal de la ciudad, que también se contempla al espejo del claro río, henchido de quietud. Y el pueblucо, sin embargo, es asiento de pícaros. Solamente en estas planicies abiertas al sol, abrazándose con la inmensidad del cielo, solamente en estos parajes donde no pasa nada y todas las cosas dejan su huella de eternidad, la mente es fecunda en sutilezas, escamoteos, aventuras y picardías. En el Tormes, por azares especiosos de la fantasía, nació el Lazarillo, «por la cual causa tomó el sobrenombre»; pero en Tejares vieron la luz sus padres, Tomás González, ladrón corriente y moliente, y su madre, Antonia Pérez, que lo pare, acaso, de retorno de alguna pillería por aceñas y mesones. Y Tejares es el principio del mundo para el pícaro inteligente y ducho en malas artes; Tejares es patria de hampones y de nómadas, de gente inquieta y trashumante. Del otro lado del puente se piensa y se rima, se ama y se parte á puñaladas el corazón de los bravos; del otro lado del puente, en Salamanca, los escolares de sopa boba, que comen las sobras á la puerta de los conventos entre regaños de un lego malhumorado; los segundones de casa solariega, que entretienen su hambre sutilizando, retorciendo silogismos, pariendo dilemas, cantando y poniendo en limpio las *liciones* de los maestros, pararán en Lázaros; en Tejares, quieto y manso lugarejo, el hijo de Tomás González y de Antonia Pérez, sin filosofías, azotado por la quietud y por la fantasía, pone desde luego en práctica lo que luego justificarán, entre rosarios de argucias, los letrados pobretones.

Y junto á Tejares, lugar de la picardía, el Zurgnén. Acaso pensando en sus huertas escribió la donosa Condesa de Pardo

Bazán que «Castilla, especialmente Salamanca, son la Arcadia española». Al Zurguén van los poetas, que cantan el amanecer, pereceando en el lecho hasta medio día; los árcades hueros, que huelen, no á romero, á tomillo ó á cantueso, sino á estufa y á cristales, á flores de trapo y á rosas deshojadas y mustias, de trapo también. Cantan el Zurgüén los poetas artificiosos y vanos del siglo XVIII; D. Juan Meléndez Valdés, admirable en sus informes forenses, que fabrica, en los ratos de ocio, pastorcillos de cartón, en una calle donde suenan constantemente los martillos de los herreros, donde los artífices bordan y labran láminas de plata, donde reinan el barullo, la canción monótona, el prosaísmo y la ciudad; Iglesias de la Casa, preocupado en salir del callejón de sus achaques, luchando á puñadas con la vida ingrata, con un temperamento pobre, que no puede soportar el frescor del alba ni el *recencio* de la noche; Jovino, amanerado y trivial en temas campestres; Francisco Sánchez Barbero, hombre de recio temple, de gran saber de humanidades, ingenuo y descuidado versificador, que cree gustar del campo porque le gusta á Horacio... El que sabe gozar la quietud del paisaje, el que se llena de su mística armonía, mientras desconcierta á sus colegas á fuerza de paradojas, arbitrariedades y extraños embolismos; el muy humano, inquieto y zumbón doctor D. Diego de Torres Villarroel. Las gentes le creen un mago y un brujo, y él se ríe de las gentes. La plebe crédula y boba, el pueblo que oye de boca de los escolares toda suerte de fantasías y de hipérboles, rodea á don Diego de una aureola de misterio, mientras D. Diego, amigo de desconcertar, de quemar troncos verdes de molleras vacías, á fuerza de calor y de vida, pasea todas las tardes por las afueras de la ciudad dorada, antes de saborear el grato soconusco. Y no pierde nunca la mocedad de su brío ni el ímpetu de la energía contenida. Aumenta su vitalidad con los años «que le iban dando fuerza, robustez, gusto y atrevimiento para desear todo linaje de enredos, discusiones y disparates».

Y del otro lado de Salamanca, en la ribera derecha del

Tormes, la Flecha. El paisaje es aquel donde dialogaban, en preñadísimos diálogos sobre los nombres de Cristo, Sabino, Marcelo y Juliano, en la quinta agustina. A lo lejos, se esfuman las torres de la ciudad, las catedrales, con su bosque de agujas, el cimborrio macizo de las Agustinas, la flecha pretenciosa de San Juan de Sahagún, los dos centinelas de la Clerecía. Corta la monotonía del llano, con sus tierras pardas, con sus surcos derechos que parecen curvos, la línea azul de la Sierra de Béjar. El río defiende su curso en semicírculo. El campanario de Aldearrubia, con sus casucas de adobes apretujadas; las motas blancas de las casas de los camineros; la silueta de algún gañán que canta una tonada larga á pulmón abierto para que impregne el aire y se la lleve aprisa, no son parte para distraer el espíritu de su unción religiosa. Solamente en aquel paraje, en tarde calurosa de Junio, en mañana fresca de Abril, oyendo el cantar de las aves no aprendido, oyendo las endechas aldeanas, bañándose en el río á la caída de la tarde, en que todos los ruidos de la ciudad se estrellan y agonizan, menos el tañido de alguna campanada grave que estremece la tierra, solamente allí puede olvidar el espíritu agitado las preocupaciones ciudadanas, el mundanal ruido y el fragor de los imperios que se hundieron; solamente en la Flecha, mientras el aire orea el huerto y menea los árboles con un manso ruido imperceptible para el profano, se olvida el agui ón del oro, el peso del cetro imperial y se desea un plato de tosca loza de Alba en rural mesa de pino; solamente en la Flecha puede Fr. Luis calmar las violencias de su espíritu, hecho á las peleas del claustro, murmurador y cominero, que no le perdona su intuición artística, su elegancia horaciana y su amistad con Martínez de Cantalapiedra. Sigue la huerta, bien poblada de árboles, puestos sin orden ni concierto. Sigue la pequeña fuente, con su hilillo de agua fresca y cristalina. Sigue la alta y hermosa alameda. Sigue torciendo su curso el Tormes por aquella vega. Siguen los mozos sentados en la cuesta caída, cabe las aguas, gozando de la paz del campo y

de la fresca sombra de los chopos amigos. Tornó á cantar aquella paz y aquel sosiego Gabriel y Galán. Sonó, serena y breve, la voz que pedía sementeras á los campos yermos y á los espíritus estériles. La musa del fraile agustino resucita, inconsciente, en el poeta labrador de las pardas onduladas cuestas, de los mares de enceradas mieses y de las castas soledades hondas. Roba el poeta el secreto al llano, á fuerza de arañar sus terrones, de removerlos y de solearlos. El campo, que es religioso, la llanura, que es templo para Gabriel y Galán, habla de eternidad y de vida. Pasan las ciudades, pasan los hombres, y queda la llanura fecunda, retoñando cada año y devolviendo con prodigalidad la simiente con que el hombre la nutre. Aquella ansia de perpetuación, de retoño, de paternidad copiosa y patriarcal, ¿no se la insinuó á Galán el campo, que le hizo poeta? Galán, que en viendo verde, como los pájaros y como su maestro, tiene que hablar ó cantar, renueva el gesto clásico en estos tiempos de olvido y farándula:

La vida era solemne;
puro y sereno el pensamiento era;
sosegado el sentir como las brisas;
mudo y fuerte el amor, mansas las penas,
austeros los placeres,
raigadas las creencias,
sabroso el pan, reparador el sueño,
fácil el bien y pura la conciencia.

Y el Tormes que nos recuerda sucesivamente el desenfado del bachiller, las andanzas de Lázaro, la bobería y artificio de los árcades, la zumba de D. Diego, el estro de Fr. Luis y la espontaneidad campesina de Gabriel y Galán, evoca, tierras abajo, los amores del cortesano Garcilaso, la frescura de Juan de la Encina y el empaque de Calderón de la Barca junto al castillo de los Duques de Alba. Allí también, á la sombra de la torre del homenaje del mismo castillo, flota el espíritu libre y simpático de Santa Teresa, la monja andariega y donairosa.

Mirad si habla al espíritu el «sacro río» que añorara Garcilaso en sus églogas elegantes y armoniosas, compuestas para ser recitadas calladamente al oído de alguna dama gentil.

* * *

Recorramos una mañana temprano la ciudad á la hora en que el cimbalillo universitario despierta á los escolares. Vivimos, por ejemplo, en una calle típica, la de Libreros, junto al patio de Escuelas Menores. Y nos detenemos en el sugestivo patio. Poca gente. Chiquillos con el manualete al brazo, que entran en el Instituto, cuya fachada coronan dos soberbios medallones. De oro mate son las piedras del patio. Una lápida de mármol, plebeya y fea, que recuerda una tragedia estudiantil reciente, rompe la armonía del tono. Los paredones llenos de trazos rojos. Enfrente, la fachada plateresca de la Escuela, recargada de adornos, elegante, detallista, labor mujeril, bordado en piedra roja y obediente. La fachada, que ocupa todo un lado del cuadro, vive aislada entre dos muros almenados. A la izquierda, la casa rectoral, de soberbio balconaje, suntuosa. El Hospital de Estudios, hoy Secretaría universitaria, sobrio y severo.

Entrad en la Escuela; el cimbalillo sigue trenzando sus notas alegres en el silencio de la mañana. Inscripciones latinas de viejos poetas; trazos contemporáneos, anecdóticos, de la edad presente. Penetrad en un aula. Todas las de la parte baja son iguales. Un púlpito frailesco al centro, unas estancias sombrías, obscuras, hechas para rumiar ideas ó para soñar pláticas de reja; los bancos rotos, con nombres de mujeres grabados á navaja; ventanales anchos, conventuales, hacia la calle, hacia el mundo. ¡Grato sosiego el de estas aulas! Veinte generaciones de mozos condensaron en este claustro sus ensueños. Si cantaran las sombras, sonaría un himno de mocedad que haría brincar de gozo á las piedras doradas. Y en el coro sagrado surgiría la voz de Fr. Luis, serena y armoniosa, cantan-

do las excelencias de la dama casta y limpia, enamorada de su marido, mirándose en sus hijos.

La cátedra de Fr. Luis de León, donde hoy los estudiantes de Salamanca celebran sus reuniones tumultuosas, es más grande que sus hermanas. Yérguese en el centro el púlpito del «decíamos ayer», frase que no pudo pronunciarse porque el maestro no tornó á explicar sus lecciones en la Escuela, después de sus querellas con el Santo Oficio. Constantemente el fraile reclama dineros al claustro, que se le adeudaban de los tiempos de su magisterio. Pero, ¿qué más da? Lo cierto es que Fr. Luis hubiera dicho la hermosa frase, llena de perdón, ante los escolares traviesos que ahondaron las divisiones del claustro para derribar al Agustino, que era hombre de fuertes pasiones, y quizás, poco cauto.

Pero la Universidad no es este patio, ni la espléndida escalera levantada en tiempo de los Reyes Católicos, ni la estupenda biblioteca. En Salamanca, como en Bolonia, la Universidad se extiende, se ramifica, desparrama su espíritu por la ciudad. La Escuela que en 1569 contaba, según Chacón, con diez cátedras de cánones, diez de leyes, siete de teología, siete de medicina, once de lógica y filosofía, una de astrología, otra de música, dos de hebreo y de caldeo, cuatro de griego y diez y siete de gramática y de retórica, no podía encerrarse en aquella angostura. Y comienzan, como en Oxford, los Colegios que viven hoy. Se levantan, primero, cuatro mayores: San Bartolomé ó el Viejo, el de Cuenca, el de Oviedo y el del Arzobispo. El Colegio Viejo copia los estatutos que para el Colegio de San Clemente, de Bolonia, estableciera su fundador el Cardenal Gil de Albornoz. Don Diego de Anaya, fundador del Colegio, instituye quince becas y dos capellanías.

Los colegiales serán de buena opinión y de sangre limpia. No han de ser de la ciudad ni de cinco leguas en contorno. Anaya nombra á su fundación heredera de sus bienes. De los claustros del Colegio que ahora mismo se alza gallardo frente

á la Catedral nueva, junto á la casa matriz, surgen el Tostado y San Juan de Sahagún. Luego, Cisneros copia aquellos estatutos para regir fundaciones análogas de Alcalá. Por aquel Colegio se desliza la vida de toda la ciudad. Benedicto XIII, Martín V y otros Pontífices cubren á los colegiales de privilegios. Tórnase el Colegio en señor de pueblos, en patrono de Iglesias. Pierde la humildad y la pobreza primitivas. Carlos V reforma el Colegio, extranjerizándole. Los colegiales tienen tan buen valimiento de fortuna al concluir sus estudios, que, luego, son en la vida cardenales, padres del Concilio de Trento, virreyes, grandes inquisidores, presidentes de consejo y de chancillería. El manto y la beca se codician con tesón por los nobles para sus mayorazgos. Las cátedras universitarias se cubren entre colegiales por concurso; de cinco vacantes, cuatro son para ellos y una para los colegiales menores ó de «manteo». Son rígidos en las etiquetas de corte; suscitan mil incidentes pintorescos, de los que están llenos los archivos universitarios. En la catedral, los canónigos no se atreven á desairar á los colegiales opositores. Carlos III intentó echar de los colegios gente ociosa; no le fué posible. Hoy, el rasero burocrático ha matado los internados, menos el de San Ambrosio, y los privilegios; pero no los excelentes efectos de tales instituciones que funcionan y que ya enviaban mozos al extranjero cuando el Estado no se acordaba de ello. Destrozaron las balas francesas los Colegios de Oviedo y de Cuenca. El del Arzobispo, habitado hoy por los nobles católicos de Irlanda, que se consagraron á la vida sacerdotal, merece detenida mención.

Goza del patio más bonito de la ciudad, y cuidado que Salamanca puede llamarse la ciudad de los patios. El de los Irlandeses es una muestra del arte plateresco, tan frecuente en Salamanca. Tan holgado y espacioso es, que en él caben unos cuantos millares de almas. Tiene dos cuerpos: los del primero dan un sabor clásico en la esbeltez de su medio punto; los del segundo, por fustes caprichosos, retroceden al arte de transición.

La portada que da al patio de Alonso de Covarrubias, aunque pertenece al Renacimiento, conserva huellas del greco-romano. La espaciosa capilla ojival—como el patio—es obra de Pedro de Ibarra, y el retablo de la capilla, del famoso Alonso de Berruguete, «quien—escribe el Sr. Villar y Macías,—según escritura otorgada en 3 de Noviembre de 1529, se obligó á hacerle en año y medio... y le fueron anticipados seiscientos ducados de oro».

Y los colegios se extienden por la ciudad, los mayores y los menores, convertidos ahora en cuarteles, en oficinas, en casonas deshabitadas y tristes, y Salamanca recibe el alma de su Escuela, que hoy mismo, silenciosamente, incuba sueños de grandezas futuras en los estudiantes. Acaso torne de nuevo la edad de oro.

***

¡Cuántas mañanas he pasado en la Catedral Vieja, saboreando el silencio, contemplando sepulcros de guerreros y princesas, en esa Catedral Vieja de Salamanca, de la que escribe el Baedecker: «avec des tombeaux et des tableaux insignifiants.»

¿Insignificante aquel silencio que tan mansamente susurra la historia pretérita? ¿Insignificante aquella paz, semillero de inquietudes?

Se fundó en el siglo IX. Los repobladores de Salamanca, Raimundo y Urraca, pusieron la primera piedra de la vieja iglesia, que es fortaleza y templo, castillo y altar, como la ruda religiosidad primitiva, como el alma nacional que nos legaron los visigodos. Treinta obreros comienzan á levantar la fábrica un lunes Santo. Alfonso el Emperador los declara exentos de pecho y tributo. Confirman el privilegio, según va levantándose la fábrica, otros Monarcas.

¡Y qué iglesia! Fuera, la torre del Gallo, pirámide de torreones, perfectamente oriental, que nos da la sensación de tierras lejanas llenas de luz. En el Patio, lleno de cadenas, so-

bresale el brazo de un crucero, se descubren tres ábsides románicos; luego, en el interior, fresco y sedante, entre la doble serie de columnas que avanza hasta el crucero, se respira quietud. Hay ricos capiteles románicos en el sagrado recinto. Sobre los capiteles, ménsulas. Las ventanas, de arcos semicirculares.

Hay epitafios en los sepulcros, epitafios sabrosos, que vamos deletreando con sosiego, queriendo llenar los nombres del contenido. Junto al retablo, á la diestra del presbiterio, está el enterramiento de D.ª Mafalda, hija del rey D. Alfonso VIII de Castilla... «que finó por casar en Salamanca, año de 1204». ¡Que finó por casar! Princesita lejana, que vivió para el amor y que llevó á la tumba su secreto, ¿no dice su epitafio mucho más que el relato menudo del cronicón farragoso?

¿Y la sombra de D. Jerónimo, el amigo del Cid? ¿Tampoco le inspira una página al Baedecker? Este D. Jerónimo, monje benedictino, oriundo de las tierras mimosas del Perigueux que, al decir del poema del mío Cid, era recio en manejar la espada y en domeñar el caballo, está enterrado en la vieja Catedral. El poema glorioso nos ha cantado las andanzas del obispo salmantino, guerrero y monje, amigo de Rodrigo Díaz de Vivar. D. Jerónimo ruega á su amigo que le permita pelear con moros, y Rodrigo quiere hacer del monje arzobispo de Valencia:

En tierras de Valencia fer quiero obispado.
E dar-gelo á este buen christiano.
Vos cuando ydes á Castiella levaderes buenos mandados.
Plogo á Alvar Fáñez de lo que dixo don Rodrigo;
A este don Yherónimo y al otorgar por obispo,
Diéron-le en Valencia ó bien puede estar rico,
¡Dios que alegre era todo christianismo
Que en tierras de Valencia sennor avie obispo!

El viejo poema rudo nos recuerda, varias veces, al obispo salmantino. En medio de la llanura le contemplamos más tarde á caballo, recibiendo á las hijas del Cid:

El obispo don Yherónimo adelant se entraua
Y dejaba el cauallo pora la capiella adelinuaua.

Y hay un pasaje en que el obispo, después de decir misa, y de bendecir sus huestes, y de absolver á los pecadores, pide al Cid entrar en el combate, á la cabeza.

Pido-nos un don: é seam presentada
Las feridas primeras que las aya yo atorgadas.

¡Atorgarle las feridas primeras!

De esta recia estirpe espiritual son los varones que encierran los sepulcros de la Catedral Vieja.

Estas piedras nos hablan de las turbulencias de la Edad Media, del gracioso balbuceo del romance, de la formación lenta, segura, del espíritu leonés. Las piedras se levantan con sosiego; años y años dura la construcción de la fábrica. Desde 1102, en que empiezan las obras, la infanta D.ª Urraca y D. Ramón de Borgoña, su marido, colman de beneficios y legados, materiales y espirituales á la basílica; imítanles monarcas y pontífices. La Catedral nos habla de Alfonso VI y de Sancho IV. Y de D.ª Berenguela y D.ª Constanza, princesas castellanas, protectoras del culto.

Pero llega un momento en que el templo parece mezquino, estrecho, pequeño, para la piedad y la oración. Y construye la Catedral Nueva, opulenta, clara, elegante, rica, de fachadas suntuosas, de cúpula airosa y sencilla, amplia, risueña, amiga de la vida y de la pompa. Las dos catedrales juntas, tapando la novel á la hermana mayor, dan una sensación distinta. No he de descubrirlas menudamente; no hace falta. Acuda el erudito á sus libros, que yo vierto sólo mis recuerdos. No son estas páginas para turistas.

Se dijera que no es el mismo Dios el que se venera en ambas catedrales. La Catedral Vieja, silenciosa siempre, limpia de adornos y artificios, austera, con su claustro lleno de sarcófagos y sepulcros, remota, severa, llena el espíritu de unción y puebla la mente de recuerdos. La Catedral Nueva, mundana,

con el órgano que llora las tristezas de David, haciendo crujir la bóveda de espanto, cuando suenan las trompetas y los canónigos sostienen perezosamente la canturia lenta, hablan de multitudes llenas de fervor. La Catedral Vieja es dogma y la nueva liturgia; aquélla entraña y ésta vestidura. Espléndidas las dos, nos hace pensar si la Reforma no penetró con cautela en el dormido espíritu religioso de nuestra raza, heredando del paganismo su inconsciencia y su luz.

* * *

Don Diego Pérez de Mesa, catedrático de la Universidad de Alcalá, que moceó en Salamanca en 1560, escribía, condensando sus recuerdos: «De la Universidad finge el mundo la cueva, que no sé por qué es llamada de Clemesín, en donde entraban debajo de tierra siete estudiantes á estudiar por siete años, aprendiendo el arte mágica de una cabeza de alambres, y al cabo de ellos, se quedaba uno allá adentro, sin tornar á verse más» (1). Y añadía Pérez de Mesa: «Estudiando yo en Salamanca, procuré averiguar la verdad, y hallé que el maestro Francés, gran filósofo y catedrático antiguo de Salamanca, estaba en opinión de que la invención de esta fábula fué de la manera siguiente: un cetre de la iglesia de San Cipriáu sabía mucho de las artes mágicas vedadas y prohibidas: enseñábalas á algunos estudiantes, y entre ellos, á un hijo del Marqués de Villena, y porque no le hallaran en aquella lectura y pasantía, metióse con los discípulos á enseñarles en una cueva, ó concavidad grande, que había detrás del altar mayor de dicha iglesia; logró sacar á algunos discípulos bien diestros, y entre ellos al referido D. Enrique de Villena.» ¿Recordáis la famosa cueva de los brujos, las burlas de D. Enrique, la preocupación de la ciudad encarándose con el misterio? En 1322

(1) *Dorado:* Compendio histórico de la ciudad de Salamanca.—*Villar y Macías:* Historia de Salamanca, tomo I, pág. 522.

acaecen estas burlas y travesuras. Se habla en Salamanca de geomancia, de hidromancia, de piromancia, de aeromancia, de necromancia, de astrología judiciaria. El cetre de la iglesia de San Ciprián—iglesia que estaba junto á la Plazuela de Carvajal, unida con la iglesia de San Pablo—era harto diestro en engañar escolares, en ofrecerles, mediante dineros, la suerte de quebrar sin riesgos la honestidad de las doncellas, de asegurarles montones de oro para disiparlos en francachelas, de regalarles polvos milagrosos para sonrosar el cutis, aguas para remozar el cuerpo, fortificar el brazo, gozar de garbo y de apostura. El cetre ó sacristán tuvo siete discípulos, entre ellos D. Enrique de Villena. Dejemos la relación al profesor don Juan de Dios, que informa al curiosote Padre Feijóo de los incidentes de la famosa cueva: «Los siete primeros discípulos que tuvo el tal maestro—escribe D. Juan de Dios (1)—propusieron qué estipendio se le daría, y acordaron determinada cantidad, y echaron suerte entre los siete á cuál había de tocar pagar por todos, pactando primero, que al que tocase pagar, si no pagaba pronto, había de quedar detenido en un tránsito ó aposentillo que había en la misma sacristía, hasta que sus amigos se lo prestasen ó se lo enviasen de su tierra, y que habiendo otros siete discípulos, los nuevos hubiesen de hacer lo mismo, y creciendo el número siempre para la paga, se procediese por el número septenario. Sucedía que unos podían pagar luego y otros no, y así solían estar detenidos ó presos tres ó cuatro juntos. Duró esto hasta tres curias, en una de las cuales vino un hijo del Marqués de Villena; y como en el sorteo, los compañeros le barajasen la suerte, pagó una vez por todos. Pero haciendo con él la misma trampa segunda vez, quiso ser de los detenidos; pero fué para hacer una pesada burla al maestro, sin ser bastante á estorbarla cuantas artes sabía, y desde entonces cesaron dichos estudios en la cueva ó sacristía.»

El Marqués de Villena se hace invisible. Desaparece, se eva-

(1) Obras escogidas del Padre Feijóo, edición de Rivadeneyra.

pora; su destino excita el miedo, el terror, la fantasía juvenil de sus compañeros. En la cárcel de los tramposos, donde su triste destino le condujera, cuenta un viejo manuscrito que había una tinaja; en la tapadera trastos, achiperres y cachivaches de la sacristía. En la tinaja se metió D. Enrique, á la sazón en que su criado, acompañado por el cetre, le llevaba luz y cena. Al no verle los dos, quedaron mudos de sorpresa. Nadie más bobo que el engañador profesional, nadie más crédulo que el embustero recalcitrante. Encima de la mesa del aposentillo, extraños libros de artes mágicas. Criado y cetre salieron de la estancia, dejándola abierta. El mozo D. Enrique de Villena, salió de la tinaja, y presumiendo que la gente dormitaba ya, subió á la sacristía. Entró en la iglesia, y advirtiendo que un altar del Santo Cristo tenía cortinas, metióse detrás, hasta que á la mañana siguiente el monago abrió la puerta de la iglesia.

La aventura creó todo un fárrago de libros sobre la magia salmantina. Ercilla, hablando de Salamanca, escribe:

> ... Salamanca que se muestra
> Felice en todas ciencias, do solía
> Enseñarse también nigromancia.

Ora en una comedia de Ruiz de Alarcón, ora en un sainete de Cervantes, ora en una pieza de Rojas y Zorrilla, se alude desembozadamente á los brujos y magos de la ciudad del Tormes. Hartzenbusch resucita la tradición clásica con *La Redoma Encantada*.

* * *

Las agitaciones del reinado de Don Sancho, las minorías de Don Fernando IV y de Don Alfonso XI, llenan de rencores las ciudades leonesas. No puede sustraerse al ambiente tumultuoso Salamanca, ni otros pueblos cercanos, Ciudad Rodrigo, Ledesma, Zamora, luchan con tesón, ya por la preponderancia de los blancos, ya de los negros. Los Estúñigas, los Solís, los

Monroyes, viven en continua pelea. Y de la historia de los bandos no hablaríamos, si ellos no hubieran servido para probar el temple de ánimo de la dama salmantina, Doña María la Brava, famosa en la historia y en la leyenda famosa.

Un cronista local, D. Alfonso de Maldonado, contemporáneo de Doña María la Brava, testigo tal vez de los sucesos, nos cuenta, sencilla y vigorosamente, el épico relato. Cuenta Maldonado que Doña María de Monroy casó con el caballero de la ciudad, Enrique Enríquez de Sevilla, señor de Villalba. Murió el marido; quedó la viuda harto moza y hermosa, solicitada por los galanteadores y enamorados, con dos hijos y una hija. Los varones, Luis y Pedro, trabaron amistad con dos mozalbetes, Simón y Alonso Manzano. Porfiaron los amigos y sobrevino una refriega. Se echó mano á las espadas; los Manzanos y sus domésticos hirieron mortalmente á los Monroyes, añadiendo al crimen la cobardía. Muerto Luis, los Manzanos decidieron, para ocultar su mala desgracia, rematar al pequeño. Huyeron los Manzanos, después de la perfidia, á tierras portuguesas. Conocido el crimen por toda la ciudad, fueron llevados los hijos muertos á la madre. «Doña Maria—dice el cronista—les ponia los ojos sin echar una lágrima, ni hacer ningun acto mujeril; mas estaba con el corazon tan fuerte, que ningun varon romano se le igualara; asaz se parescia en su gesto la ferocidad de su ánimo, y todos tomaban espanto de vella con tanto sosiego. Los parientes de los mancebos muertos le dijeron que los enterrasen; Doña Maria respondió: que ellos hiciesen dellos lo que quisieran; y en siendo noche, Doña María cabalgó, y se fué á Villalba.»

Se fué á Villalba Doña María la Brava, con veinte caballeros, á fin de sorprender á los Manzanos. Y recomienda á sus deudos que no sean traidores. Y en el camino, de noche, después de una larga y fatigosa caminata, arenga á los suyos Doña Maria. Dice que su corazón se nutre de odios y de rencores; que vive para la venganza; que hasta que no la sacie no tendrán luz sus días, ni reposo sus noches, ni manjares su

cuerpo, ni su lengua palabras. La arenga es fiera y recia. «En gran manera espantados los suyos—dice al llegar á este punto el cronista—le respondieron, que los Manzanos estarían ya en alguna fuerza de Portugal, adonde por entonces no podían ser habidos; Doña María respondió no haber cosa más fuerte que el corazón del hombre, y queste, queriendo, todo era suyo, y que ella quería dejar su hábito allí y usar el oficio de buen capitán; que en los peligros les prometía ser la primera; y diciendo esto, se fué á Portugal, y envió sus espías á saber dellos.»

La jornada es trágica. Doña María camina con los suyos por veredas desconocidas, aposentando en mesones plebeyos, en ventas donde discurre gente soez y mal nacida.

Un mes dura la investigación dolorosa. Al fin se topa á los Manzanos. Los veinte escuderos llevaban vigores y hachas para derribar portones. Llega Doña María á la posada de los matadores de sus hijos, ansiosa de sangre. Caen las puertas de la venta al suelo; diez escuderos protegen á Doña María en las piezas de la venta, dentro, y otros diez custodian las salidas. Los Manzanos pelean; llaman en su auxilio á los portugueses; arrecia la pelea. Llegan tarde las ayudas, y Doña María tiene las cabezas de sus rivales en la mano izquierda. Sin perder tiempo, al galopar de los caballos, torna á Salamanca, «fuése á apear derecha á la iglesia donde estaban sus hijos enterrados, y puso las cabezas que traía sobre las sepulturas de sus hijos, y de ahí se vino á su casa».

Y concluye la relación del cronista: «Gran espanto puso este hecho en toda la tierra.»

En la Plaza de los Bandos hay una casona solariega, triste, negra: la de Doña María. Ella inicia una calleja estrecha y silenciosa. De noche, diríase que se siente el galopar de los caballos al retorno de la venganza de Villalba.

***

Id á contemplar de noche las Torres de Monterrey. Tal vez regresáis del campo. El oro de las piedras se ha tornado mate. Anochece. Sobre el fondo de silencio de la ciudad se oye, á lo lejos, vocear de chiquillos en las plazas solitarias; luego, alguna guitarra escolar; después, un pianillo; finalmente, limpiando el aire de aquellas profanas estridencias, el tañido grave de una dulce campana de monjitas: *¡Ave María!* Por las calles de la ciudad, escolares. En alguna reja luminosa asoma una muchacha, que también espera, con anhelante esperanza, el final de un curso. Es Salamanca á la caída de la tarde, cuando el sol se ha hundido, dejando huellas de luz en el llano, encendiendo sus piedras, dorando las mieses de sus campos. ¡Las mieses!

De eternidad nos habla la ciudad al recogerse, de mieses del espíritu; á cantar nos enseña las horas de mocedad que lloraremos luego.

Y entramos en Salamanca, por el campo de San Francisco, casi siempre. El cimborrio de las Agustinas pone una nota de inquietud en el ambiente plácido: misterio, esperanza, muerte; no lo sé. Acaso, al abocar la plazoleta, suena la esquila del convento. Y pensamos en las monjitas, en su vida quieta, en los deliquios y en las pláticas con el Esposo Amado; en la vida monótona, tranquila, limpia, de aquellas tapias. Pero, enfrente, se alzan románticas y soñadoras las torres de Monterrey.

Hablan de ensueño aquellas dos torres gallardas de la fachada, aquella graciosa sencillez de los muros. Solamente al remate, sirviéndoles de cimera, se alzan las galerías con sus arcos rasgados, con sus columnas de primorosos capiteles. Aquel encaje de atletas, dragmas, quimeras, desafía la limpidez del cielo, y dice que también la inquietud es noble, que bien vale el afán del vivir diario cuando unos ojos puros nos alumbran el sendero.

¡Torres de Monterrey! Se dijera que un juglar invisible dice endechas á la beldad de una dama; que detrás de los muros discurren pajes y bufones dialogando con sutiles razona-

res florentinos. Falta en aquella plazuela una mandolina, la queja llorona de un violín, la blasfemia de una guitarra que hace crujir sus cuerdas de celos; falta la princesa encantada.

En aquella hora, ante aquel silencio, las torres de Monterrey hacen resbalar por el espíritu toda la poesía, todo el encanto de la ciudad plateresca, sostenida por manos veladas de magas que no olvidaron que la ciudad era de mozos que estudian y, sobre todo, que sueñan.

Pero Salamanca, lentamente, por incuria, por dejadez, va encerrando sus recuerdos, haciéndose avara de ellos, ignorando acaso que los tiene.

Pocas ciudades más sugestivas y más nobles. Da la esencia de la raza, la piedad unida á la fantasía, la austeridad al verso, la sobriedad á la locura. Orgullosa de su tesoro, no quiere mostrarlo á plena luz. ¿Por qué? ¿Hay, por ventura, algunas piedras más evocadoras que las que escondieron las tercerías de Celestina, las malas andanzas de Lázaro, los encantamientos de Enrique de Villena, los sueños de noche estrellada de Fr. Luis de León, las boberías de los árcades y el canto aldeano de Gabriel y Galán?

José Sánchez Rojas

LAS CORTES DE LA REVOLUCIÓN

CRÓNICAS PARLAMENTARIAS

Suspensión de garantías personales.—D. Pedro Antonio de Alarcón. El Duque de Génova.

El 3 de Octubre (1) se presentó á las Cortes un proyecto de ley sobre suspensión de las garantías constitucionales, en vista del estado de rebelión en que se hallaba el Principado de Cataluña, al grito de ¡viva la república!, dando lugar á escenas sangrientas, que causaron la natural alarma en el país. *Ipso facto* vino la suspensión mencionada.

Los diputados republicanos esperaban que el Gobierno tomase esta medida, y arremetieron contra él briosamente, arrojando la culpa, como en los sucesos de Jerez, de que ya hemos hablado, al desacierto de las autoridades.

Algo de esto ocurrió, pero no puede negarse que no hubo motivo para cometer ciertos actos, ni para quitar la vida al secretario del Gobierno civil de Tarragona (2), que hacía las veces de gobernador, por estar ausente el propietario. Veamos cómo refiere el hecho el mismo Estanislao Figueras, quien procuró atenuarle todo lo que pudo, con su fácil y correcta palabra:

«Así que llegó, ó poco antes de llegar el General D. Blas

(1) 1869.

(2) D. Raimundo Reyes García.

Pierrad, estaba la estación llena de gente, y tenían enhiesta la bandera los toneleros (1). Llegó el secretario del Gobierno civil, y les ordenó que quitaran el lema de la bandera. El lema de esta bandera estaba impreso ó escrito con letras de papel dorado sobre un *calicot* (2) colorado, que había estado expuesto mil veces á la acción del sol, y las letras estaban pegadas con goma. Sin embargo de que esto era ilegal y atentatorio á los derechos individuales, los toneleros despegaron con agua el papel dorado en que estaban impresas aquellas letras, y las quitaron; pero como el *calicot* se había descolorido, y como la goma había dado fuerza y mayor consistencia á los tejidos, resultó que, quitadas las letras impresas ó escritas con papel dorado, quedaba más fuerte el color del lienzo que las letras cubrían, y el lema estaba tan claro como antes. *(Risas.)*

«A poco de esto, llegó el general D. Blas Pierrad, entró en el coche que le tenían preparado, y al llegar á la mitad del camino de la ciudad bajó el desgraciado secretario del Gobierno civil de Tarragona, y fué á arrancar la bandera mencionada al que la llevaba en la mano en el pescante del coche: el que la llevaba la retiró; el secretario se empeñó en cogerla, y marchando el coche, fué cuando lo cogieron, sin que pudiera verle el General Pierrad, que estaba en el fondo del coche, y sin que oyera lo que pasaba. *(Risas.)* Los señores diputados saben que, desgraciadamente, el señor General Pierrad es sordo. *(Murmullos.)* Si se niega la sordera del General Pierrad es inútil que digamos nada. *(Risas.)* Puede ser que el General Pierrad se haya hecho el sordo toda su vida; pero en ese caso, no le alabo el gusto. Hirieron al secretario y lo mataron, sin que estuviera el grupo de republicanos federales que se había formado, no viéndolo el General Pierrad; porque si él hubiera

(1) Pierrad venía de Tortosa, adonde había ido para tomar parte en una sesión del pacto federal. La tonelería era una industria importante de Tarragona: llevaban una bandera con el lema de «¡Viva la república federal!»

(2) Percalina ordinaria.

visto lo que sucedía, de seguro que todos los que conocen sus nobles sentimientos no le harán la injusticia de creer que hubiera podido ser cómplice de aquel inicuo é infame asesinato.»

Los ministeriales negaban que el secretario dicho hubiera intentado arrancar la bandera republicana; pero aun como Figueras contaba el hecho, no tiene disculpa. El Gobierno necesitaba medios enérgicos de represión en aquellas circunstancias, cuando Cataluña estaba alzada en armas, y las Cortes votaron su proyecto de suspensión de garantías individuales. A Pierrad se le procesó por haberse ausentado del punto donde residía sin permiso del Capitan general, corriendo la misma suerte otro diputado republicano, D. Gonzalo Sarraclara, á quien se prendió en una de las barricadas que se habían levantado en Barcelona durante aquella insurrección.

Además figuraban sublevados, según comunicación del Presidente del Consejo de Ministros á la Cámara (1), los diputados siguientes: Joarizti, Alsina, Paul y Angulo, Suñer, Noguero, Blanc, Alvarez Acevedo, Ferrer y Garcés, Llorens, Castejón (D. Ramón y D. Pedro), Benavent, Fantoni, Cabello y Carrasco.

El 14 de Octubre las Cortes declararon que condenaban la conducta de dichos diputados, concediendo autorización á los jueces y Tribunales para que pudieran proceder contra aquellos individuos de la Cámara que apareciesen complicados en el delito de rebelión.

Desde los primeros momentos de ésta, la situación de los diputados republicanos dentro de la Cámara era muy violenta, pues no podían aplaudir ni censurar el movimiento revolucionario; así es que aprovecharon la suspensión de garantías personales para abandonar el Congreso, en són de protesta, según decían ellos; pero cuando vieron que Prim no se había achicado por esta determinación, realizando la represión del alzamiento, con próspera fortuna y en breve espacio de tiem-

(1) 9 de Octubre de 1869.

po, decidieron volver á la Asamblea, presentándose inopinadamente el 27 de Noviembre.

Al verles Prim, les dirigió la siguiente salutación:

«No pensaba ciertamente tener el gusto de ver tan pronto á la minoría federal en este sitio. En un día de dolor para mí, de dolor para mis compañeros de Gabinete y de dolor para todos los señores diputados de la mayoría, os retirasteis de este sitio para ir á tomar las armas. Nos hemos batido, os hemos vencido; no guardamos rencor: seáis bien venidos al camino legal.»

Esta entereza de ánimo recordaba al Duque de Valencia y la suspensión de garantías personales también.

* * *

Dió mucho juego (1) un proyecto de ley para que se abonase á los militares las pagas que dejaron de percibir durante su emigración. Principió combatiéndole Méndez de Vigo, quien, sin oponerse á la esencia de la proposición, pidió que se diera á conocer el importe á que ascendían dichos haberes, á fin de no votar á ciegas cantidades que no se conocían. Abrigaba Méndez de Vigo el temor de que se repitiera el caso de 1854, pues en una provincia donde se habían sublevado diez y seis militares, luego solicitaron recompensa por aquel acto ciento cincuenta y cuatro individuos.

Prim contestó que se nombraría una Comisión para que formara los expedientes oportunos, y que el importe de las pagas en cuestión no era una cantidad exorbitante.

El Marqués de Sardoal se puso al lado de Méndez de Vigo, y pidió que en el proyecto se hiciera constar los nombres de las personas que merecían la recompensa.

Alvarez Bugallal (2) atacó el proyecto en su esencia, y ma-

(1) 28 de Octubre de 1869.

(2) Antiguo *unionista*, disidente á la sazón.

nifestó que en éste se establecía el principio de que la nación estaba obligada á sostener dos ejércitos, uno rebelde y otro leal, uno que la atacaba y otro que la defendía.

Madoz dijo que esta recompensa se había otorgado otras veces, como sucedió en los años de 1841 y 1843, pues él recordaba que varios oficiales, amigos suyos, cobraron las pagas que habían dejado de percibir en la emigración.

Habiendo sido aludido Alarcón (3) durante el debate, se creyó en la obligación de dar explicaciones de su consecuencia política, y dijo:

«Nosotros somos muy consecuentes, Sr. Bugallal; yo, al menos, lo he sido toda mi vida, desde que era demócrata y escribía en *El Látigo,* hasta hoy. Cuando yo era demócrata, á los veinte años de edad, y con la fogosidad propia de ese tiempo, ya señalaba al país que el cáncer que le devoraba era la dinastía. Me alegro tener ocasión de hacer esta declaración, que hace diez y seis años pudre dentro de mi corazón. Yo en el año 1854, á los veinte de edad, hablé contra la dinastía de los Borbones; sucedieron cosas, es cierto, que no quiero referir, pero de las que toda la responsabilidad fué de los que con más energía me aconsejaron. Pasaron los años; adquirí experiencia de los hombres y conocimiento de mi país; vi levantarse al ilustre general O'Donnell, con el pensamiento de hacer compatible el trono con la libertad; acerquéme á él en los momentos más legítimos, más solemnes en que un hombre puede acercarse á otro, cuando, ceñido con el laurel de la victoria en Africa, levantaba el nombre español á la altura de las épicas edades. Entonces me acerqué á ese General ilustre, y me acerqué para estar á su lado, como estuve cinco años, apoyándole con mi pluma y mis simpatías, sin tener puestos oficiales y sin conseguir otra condecoración que aquella con que me honró en el campo de batalla de Tetuán. Así, espontáneamente, estuve al lado del general O'Donnell, mientras el general O'Donnell

(3) D. Pedro Antonio.

creyó que era posible hacer compatible la dinastía con la libertad; pero el día en que comprendió que aquello era imposible, seguimos defendiendo la libertad contra los atropellos del Ministerio Narváez, en aquella célebre protesta que nos trajo á todos el destierro.»

Conviene advertir al lector que el autor de *El sombrero de tres picos* era un liberal á lo Posada Herrera.

El proyecto de la recompensa á los militares emigrados quería Prim que se aprobara como se había presentado, y se aprobó por 87 votos contra 14, entre los que figuraban Sardoal, Sánchez Ruano, Cruz Ochoa, Navarro Rodrigo, Moret, Elduayen, Alvarez Bugallal y Cánovas del Castillo.

* * *

Se dijo por entonces que, decidido Prim á abordar la cuestión magna y grave para el Gobierno de designar la persona que había de ocupar el Trono, el Presidente del Consejo había reunido una noche á la mayoría en sesión secreta, planteando desde luego el problema; y se dijo también que en aquella reunión quedó designada la candidatura del Duque de Génova (1) por 128 votos contra 52, que eran los unionistas, declarados partidarios del Duque de Montpensier. Lo positivo es que el ministro de Estado (Silvela), el de Hacienda (Ardanaz) y el de Marina (Topete), presentaron la dimisión de sus carteras, y fueron sustituídos, respectivamente, por Martos, Figuerola y Prim, que conservó también la de Guerra y la Presidencia.

Explicó Prim la crisis, haciendo creer que había sido para formar un Ministerio homogéneo por consejo de los mismos *unionistas;* pero esto no satisfizo á nadie, tanto más, cuanto que Topete se clareó el día 8 de Diciembre, al dar las razones por que había salido del Gobierno, manifestando que él continuaba al lado de la situación.

(1) Tomás Alberto Víctor, nacido en 16 de Febrero de 1854: era sobrino de Víctor Manuel, rey de Italia.

«Siempre he creído que todos nosotros estamos aquí comprometidos á aceptar lo que determinase la mayoría de esta Cámara. Hasta ese momento puede tener cada diputado convicciones propias; desde ese instante, desde que vosotros digáis: *éste va á ser vuestro rey,* ya concluyeron todas las aspiraciones, todos los deseos individuales; desde aquel momento, aquel será mi rey y lo defenderé; yo os lo prometo en mi nombre y en el de la Marina.»

No olvide el lector que Topete ya se había declarado abiertamente en la Asamblea partidario *enragé* del Sr. Duque de Montpensier.

Y, para remachar el clavo, dijo Prim el día 10, contestando á D. Fernando Garrido: «Yo no he oído á nadie que diga con cuántos batallones se contará para proclamar al rey, sino cuántos votos tiene hoy el Duque de Génova; y por cierto que no le faltan votos; que tiene muchos, y que antes de poco tendrá tantos, que habrá los bastantes para hacerle rey. Ya sé yo que el Sr. Garrido, lo mismo que el Sr. Castelar, no creen esto que estoy diciendo; pues créanlo SS. SS., porque se lo digo de una manera muy seria: antes de poco, tendrán SS. SS. el disgusto, y la mayoría y yo la satisfacción, de que se presente esa cuestión oficialmente, y de ver aquí coronado rey al Duque de Génova.»

Estas declaraciones confirmaron los rumores de que hemos dado cuenta, y ponían de manifiesto las discrepancias que, en cuestión tan importante, existían entre los diputados que apoyaban al Ministerio. Del Duque de la Torre no hablemos; ese estaba *preso en una jaula de oro,* como decía Castelar.

Ya nos habíamos convencido todos de que el Duque de Génova, se iba á sentar en el trono un día próximo, cuando el 4 de Enero (mal principio de año), al abrirse la sesión, y después de leída el acta de la anterior, anunció Rivero que el Ministerio estaba en crisis, por lo cual creía oportuno proponer á las Cortes, que éstas suspendieran sus sesiones hasta tanto que se constituyese el nuevo Gobierno. Así se acordó, y el día 11 se

presentó éste formado del modo siguiente: Gobernación, Rivero (1); Marina, Topete; Estado, Sagasta; Gracia y Justicia, Montero Ríos; Fomento, Echegaray; Hacienda, Figuerola, y Ultramar, Becerra. Prim quedó con el Ministerio de la Guerra y la Presidencia. Ahora bien; ¿cuál fué la causa de la crisis? Figueras nos lo dijo el mismo día 11: el gran fracaso de la candidatura del Duque de Génova. Y de que fué fracaso no hay duda: el mismo Prim, contestando al diputado republicano que calificó de ligereza la declaración de que el Duque de Génova sería rey de España, dijo:

«No hubo tal ligereza, á pesar de los resultados que tocamos; porque con los datos que poseía y los antecedentes que tenía, estaba más que autorizado para hacer aquella declaración; y añado á S. S. que, á no haberse atravesado un inconveniente invencible é inesperado, imposible de prever, *como es el de una madre cariñosa que teme por la existencia de su hijo*, en cuyo caso no hay argumentos que basten para convencerla de lo contrario, la declaración que yo hice se hubiera realizado, y el Duque de Génova se hubiera proclamado Rey de España por las Cortes Constituyentes.»

Al andar del tiempo parecerá extraño que el General Prim quisiera coronar la Revolución colocando en el trono de España un niño extranjero, de diez y seis años no cumplidos, desconocido completamente para el país que iba á ponerse bajo su Gobierno; pero el hecho es positivamente cierto, y ante las afirmaciones de Prim no cabe duda alguna de que así sucedió. Castelar había también manifestado días antes que tenía la seguridad de que la madre del Duque de Génova no permitiría, en cuanto de ella dependiera, que su hijo se sentara en el trono de España.

Este fracaso hizo renacer las esperanzas de los montpensieristas; por eso entró otra vez Topete en el Ministerio.

---

(1) Le sustituyó en la Presidencia del Congreso D. Manuel Ruiz Zorrilla, el 17 de Enero de 1870.

Las alhajas de la Corona.—Los estudiantes.—Castelar contra el Duque de Montpensier.

Durante la discusión del proyecto de ley sobre *desvinculación y venta de los bienos del patrimonio que fué de la Corona*, el señor Ramos Calderón preguntó (1) qué había de verdad en lo que se dijo á principios de la Revolución acerca de las alhajas que se habían llevado D.ª Isabel II y su madre D.ª María Cristina en tiempos anteriores.

Figuerola contestó que *las alhajas de la Corona habían sido robadas, y robadas de la manera más escandalosa, porque podía decirse que había sido un robo doméstico.* Hizo la historia de la vinculación de las alhajas de la Corona, desde Felipe II hasta la muerte de Fernando VII, con idea de demostrar su afirmación de que existían alhajas en Palacio y que tanto Doña Cristina como su hija Isabel, las habían hecho desaparecer, reconociendo el orador la circunstancia de que el *rey intruso*, según inventario que se inserta en el *Diario de las Sesiones*, se llevó alhajas por valor de 22 millones de reales.

Don Víctor Balaguer presentó en el mismo día una proposición incidental para que las Cortes declarasen que habían oído con satisfacción las manifestaciones dadas por Figuerola respecto á los Borbones.

Tutau y García López, diputados republicanos, hablaron en contra, censurando al Gobierno por no haber presentado ante los tribunales á los delincuentes, tan luego como habían tenido conocimiento de los hechos denunciados por el ministro de Hacienda.

La íntima relación que había entre la familia de los Borbones y la de los Orleans, á la que pertenecía el Duque de Montpensier, cuya candidatura al trono patrocinaban muchos individuos de la mayoría, hizo que la cuestión entrase en un sen-

(1) 1.º de Diciembre de 1869.

dero escabroso; así es que Prim, para no crear más dificultades al Gobierno, pidió á la mayoría que desechase la proposición de Balaguer, y, en efecto, fué desechada aquella misma tarde.

Pero al día siguiente, D. Cruz Ochoa, comprendiendo el partido que se podía sacar del asunto, á fin de desunir á la mayoría, presentó otra proposición para que las Cortes decretaran que, en atención á la gravedad de los hechos denunciados por el ministro de Hacienda, sobre robo de alhajas de la Corona, se nombrase una Comisión que abriese una información parlamentaria con el objeto de averiguar la verdad de lo referido, y se impusiese la responsabilidad correspondiente á quien la tuviera.

Pasada la proposición á la Comisión respectiva, ésta emitió dictamen favorable, que se presentó á las Cortes en 13 de Diciembre, consumiendo el primer turno en contra del Sr. Elduayen.

Inventarios, escrituras, cartas, documentos de todo género presentó Elduayen en su defensa, encaminados á probar el exiguo número de alhajas que constituían el vínculo de la Corona desde Felipe II hasta la muerte de Fernando VII, la desaparición de las joyas en tiempo del *rey intruso*, y el perfecto derecho que D.ª Isabel de Borbón y su hermana la Duquesa de Montpensier tenían á poseer las que habían heredado del peculio particular de su padre, según escritura otorgada en 29 de Enero de 1858 por los abogados D. José Cassaus, D. Santiago de Tejada y D. Manuel Cortina, en representación, respectivamente, de la Reina Isabel, de su hermana la Infanta y de la Reina madre D.ª María Cristina.

Esta señora había recibido de su esposo un caudal de alhajas por valor de 58.155.800 reales (cuyo pormenor consta en la sesión de 13 de Diciembre), y en la fecha indicada de 29 de Enero de 1858 las repartió entre sus dos hijas D.ª Isabel y doña Luisa Fernanda, entregando á cada una 29.077.900 reales, que forman en total la cantidad dicha de 58.155.800 reales (1).

(1) Según las palabras de Cánovas (15 de Diciembre de 1869), las joyas

Alvarez Bugallal estudió la cuestión jurídicamente, en favor de la ex-reina Isabel, y Cánovas apeló á todos los recursos de su ilustración y de su talento, tratando de llevar á la Cámara el convencimiento de que D.ª Isabel II y su hermana la Duquesa de Montpensier habían sido poseedoras de buena fe.

«No hay, pues, robo ninguno—decía,—no hay aquí delito; no le hay, sobre todo, clara y evidentemente, por parte de dos de las personas directas ó indirectamente acusadas; no lo hay, á mi juicio, por parte de ninguna de las acusadas, absolutamente ninguna. Lo que cabría aquí, en la participación de bienes de la testamentaría de D. Fernando VII, ó en lo que toca á las alhajas incluídas, ó no, entre los bienes reservables de D.ª María Cristina, sería una acción civil que ejercitar, si hay algún fundamento, que yo creo que no le hay.»

El asunto, más jurídico que político, merecía un estudio desapasionado, al que podrían servir de base los interesantes y curiosísimos datos que se manifestaron en esta discusión. Nos hemos concretado á dar cuenta del hecho como cronistas, renunciando á examinarlo detenidamente, porque esto nos apartaría de nuestro propósito.

Ríos y Rosas se levantó á decir que él y sus amigos se abstendrían de votar, y Topete manifestó que votaría en favor, á fin de que se hiciese luz en el asunto, y en la firme creencia de que las acusadas podrían probar su inocencia.

El dictamen de la Comisión pidiendo que se formara una para exclarecer el asunto de la desaparición de las alhajas de la Corona, fué aprobado por 130 votos, incluyendo á los republicanos, contra cinco.

* * *

En sesión de 20 de Enero de 1870 interpeló D. Gabriel Rodríguez al ministro de Fomento (1) sobre ciertos alborotos,

fueron reclamadas por D.ª Isabel á su madre, acto que induce á sospechar cierta tibieza de relaciones entre una y otra.

(1) Echegaray.

promovidos en la vía pública por los estudiantes de la Universidad, contra un Reglamento publicado por el Rector, D. Fernando de Castro. Los estudiantes habíamos gritado de lo lindo en las calles de Madrid, especialmente delante de la casa del Rector, en la calle de Leganitos, y de la de Echegaray, en la del Barquillo, si no recordamos mal, esquina á la de Gravina, manteniendo la población en un estado de alarma, parecido al que causamos durante los días 9 y 10 de Abril de 1865, de que hemos hecho mención en *Las Cortes de Isabel II.*

El Reglamento dividía los alumnos de cada asignatura en tres clases: matriculados inscriptos, simplemente matriculados y oyentes. Los primeros *tenían derecho* á ocupar en el aula un asiento con número fijo, formando parte la lista, y debiendo contestar á las preguntas y lecciones cuando el profesor lo estimase oportuno. Los alumnos inscriptos se entendía que renunciaban á los *derechos* enunciados anteriormente, cuando no asistían continuamente á clase ó se excusaban varias veces de tomar parte en las conferencias, es decir, cuando no se sabían la lección. Estos eran los puntos capitales de la protesta, porque los demás artículos no tenían nada de particular.

Los estudiantes considerábamos atentatorio á la libertad de enseñanza el *soi disant* derecho de que nos pasaran lista, pues comprendíamos que los que no hubiesen querido figurar en ella, iban á sufrir en el mes de Junio las consecuencias.

Este procedimiento lo había seguido, *á la táctica*, en los años anteriores, D. Alfredo Adolfo Camús, catedrático de Literatura Griega y Latina: durante los primeros meses del curso se aseguraba de quiénes eran los asistentes asiduos para preguntarles la lección con la frecuencia que el desarrollo de las conferencias permitía, dejando á los otros *entregados á su consciencia*. «Vosotros tenéis—decía—ocho meses para reiros de mí: yo, en cambio, tengo un solo día en el mes de Junio para ser un *Júpiter justisiero.*»

Cómo antecedente curioso, merece consignarse lo que nos ocurrió con el catedrático D. Vicente Lafuente, famoso por

sus ideas clericales, y á quien apreciábamos todos, aun los que simpatizábamos con la Revolución. Como Lafuente pasase lista diaria, y pusiera faltas de asistencia, se acercaron al profesor unos cuantos, en son de respetuosa protesta, diciéndole que, declarada la *libertad de enseñanza,* no debía obligarnos á asistir á clase; pero contestó que por lo mismo que se había proclamado la Libertad de enseñanza, *él enseñaba como le parecía bien.* Con lo que nos dejó corridos.

El propósito de obligarnos indirectamente á asistir á clase era bueno, archibueno y *non plus ultra* bueno; pero las circunstancias y el estado de ánimo de los estudiantes no ofrecían ocasión favorable á su implantación.

Echegaray defendió el Reglamento con verdadero entusiasmo, llegando hasta decir que lo hacía suyo: le gustaba porque era un acto vital de la Universidad.

Disculpó á los estudiantes, manifestando: «Esta agitación no debe alarmar á nadie; es el aprendizaje de la libertad de enseñanza. La libertad no se aprende en un día; la libertad no se establece inmediatamente después de conquistada. Es necesario que se encarne en el pueblo, que se infiltre en las costumbres, que se comprenda y se practique.»

El diputado D. Pedro Mata (1) quiso dar á entender, y era voz corriente, que los promovedores del tumulto habían sido estudiantes de la Facultad de Derecho. No es cierto. «Jurisprudencia y Medicina están siempre unidas—decía un alumno del Colegio de San Carlos;—y en cuestión de alborotos no hay más que una voz, una lengua, una garganta.»

La distinción de alumnos *oficiales* y *libres* ha resuelto, en lo moderno, aquel conflicto que preocupaba á D. Vicente Lafuente y á D. Fernando de Castro.

*
* *

El 24 de Enero (2) se puso á discusión una proposición de

(1) Catedrático de la Facultad de Medicina.
(2) 1870.

Castelar declarando inhabilitados á todos los individuos de la familia Borbón para ejercer la alta dignidad que al Jefe del Estado concedía la Constitución.

Castelar sabía de antemano que su proyecto no podía prosperar; pero quiso aprovechar la ocasión para promover un debate esencialmente político y poner á prueba la paciencia de los ministeriales antimontpansieristas, que forzosamente habían de votar en contra. Hizo un discurso, como todos los suyos, modelo de oratoria parlamentaria, encaminado á inutilizar en la opinión pública la candidatura del Duque de Montpensier, fustigando de camino al Ministerio con ingeniosas frases.

Vayan de muestra algunos párrafos:

«El iniciador de la Revolución, Sr. Topete, nos ha dicho mil veces, con esa franqueza que le es propia, y que tanto realza su carácter, que él no había pensado ni un momento, cuando abrazó la bandera revolucionaria, en destronar á los Borbones.»

. . . . . .

«El Duque de Orleans tenía medios para haber ascendido al trono vacante por la caída de Luis XVI; tenía montañeses y girondinos, tenía clubs, tenía ejército para luchar en los campos de batalla. ¿Cómo no subió? ¿Por qué no subió? Porque una noche célebre, la Convención votó la muerte de Luis XVI. Aún resonaban en el aire aquellas palabras del defensor del Rey: *Busco jueces y sólo encuentro acusadores*. Iban subiendo á la tribuna de la Convención los convencionales, y cada uno votó en público, y votaban en alta voz su decisión suprema sobre el Rey.

»De pronto todas las miradas se fijan absortas en un hombre. Aquel hombre era un Borbón (1), y aquel hombre subía las gradas da la tribuna para erguirse y decir: *Voto la muerte del tirano y la muerte inmediata*. Entonces, los concurrentes que habían aplaudido á otros votantes de la muerte inmediata,

(1) El famoso Felipe Igualdad.

estallaron en una indignación sublime, lo cual ahogó aquel voto con uno de esos espontáneos arranques, en los cuales palpita siempre la conciencia, y que nos reconcilian con el género humano hasta en las épocas más tempestuosas del mundo.

»Aún no ha perdonado ese voto la humanidad; aún no lo ha perdonado la Francia; no lo perdonará la conciencia de los futuros siglos; y no será jamás redimido ni purgado en los eternos infiernos que para todos esos crímenes de lesa humanidad guarda en su seno la Historia.

»¿Y qué hay aquí, señores diputados? El sentimiento de familia es más vivo en España que en Francia. Nosotros tenemos una familia más efusiva, más afectiva, más amante: la casa de los abuelos, es la casa de los nietos; los hermanos de nuestros padres, son segundos padres para nosotros; esta es una gran virtud de la raza española.

»Pues bien; aquí nadie puede comprender, nadie puede explicarse cómo un Príncipe que debía ser en sentimiento superior á los demás hombres, va, después de aquella hospitalidad, de aquellos honores, de aquellas distinciones, de aquellas grandezas concedidas por la Reina Isabel, á conspirar contra la Reina su pariente, que había convertido en paraíso su destierro. Los españoles, y sobre todo los liberales, no se explican cómo de aquellas dos tiernas niñas, las cuales dormían en una misma cuna durante la guerra civil, adoctrinadas por el gran Quintana y protegidas por el gran Argüelles, cómo de aquellas dos niñas, por cuyos derechos combatieron en Luchana y Morella, la una ha ahogado, quiero decir, ha destronado á la otra.»

. . . . . .

«Yo recuerdo todavía que el Sr. Presidente del Consejo de Ministros, en la primera sesión que aquí celebramos, se levantó, y hablando de la restauración de los Borbones, dijo: *Jamás, jamás, jamás*. Yo me preguntaba: ¿cómo es que S. S., de ordinario tan sobrio y conciso, usó tres veces el adverbio jamás? Pues yo me contestaba: el primer *jamás* fué para la dinastía

de D. Carlos; el segundo *jamás* fué para la dinastía de Doña Isabel II; el tercer *jamás* fué para la dinastía del Duque de Montpensier» (1).

. . . . . .

«Yo creo que el mismo Sr. Topete, así como sacrificó el Duque de Montpensier á D. Fernando de Portugal y al Duque de Aosta (2), sacrificará ahora el Duque de Montpensier á una solución aceptable.»

Echegaray le contestó con un discurso de esos que se llaman habilidosos, sin defender, ni censurar al Duque de Montpensier, porque no era santo de su devoción, y al mismo tiempo no quería disgustar á los partidarios de esta candidatura. Tuvo rasgos de humorismo que le valieron el aplauso de la Cámara.

«La Revolución representa—dijo—sobre todas las demás cosas, como principio supremo, el punto final de las dinastías de derecho divino y el comienzo de la soberanía *(nacional)*. Bien puede decirse que cuando sonó el grito de Cádiz, que cuando Isabel de Borbón huyó de nuestra patria y atravesó las hondas gargantas de los Pirineos, si aquellas gargantas hubieran tenido voz, por ronca que hubiese sido, y hubieran tenido memoria, aunque ésta hubiese estado un poco oscurecida, habrían podido decir: «¡Ah, reina Isabel, último vástago de la raza de reyes de derecho divino, qué á menos han venido los tuyos! Yo recuerdo haber visto pasar también por entre mis abismos y mis gigantes de piedra, otros reyes de derecho divino. Yo recuerdo ha tiempo, ha mucho tiempo, uno que llamaban Carlo-Magno; era un hombre; tú, eres una pobre y triste mujer; él traía corona de hierro en su frente; tú traes sombrero á la francesa; él traía espada de dos filos; tú traes un pañuelo empapado en lágrimas; él traía sus Doce Pares de

(1) Prim negó aquel mismo dia la interpretación que Castelar había dado á sus *jamases*.

(2) Nuevo candidato.

Francia, magníficos, gigantescos, épicos; tú no llevas ninguno..... ¡Ah! sí; llevas un par: Marfori y González Brabo. ¡Qué par, reina Isabel!» (*Aplausos y risas.*)

Declaró que el intento de la proposición presentada por Castelar, era el de dividir á los monárquicos, y que sería desechada por cuatro razones: 1.ª, porque era un procedimiento de estrategia parlamentaria; 2.ª, porque era una añagaza de la minoría; 3.ª, porque tendía á modificar el programa del Gobierno; y 4.ª, por su carácter eminentemente republicano. La proposición fué, pues, desechada por 151 votos contra 36; pero la candidatura del Duque de Montpensier quedó descontada ante la opinión pública.

Otra vez los Consumos.—La iglesia de las Calatravas.—Tentativa de Castelar para dividir la mayoría parlamentaria.—Desacato al General Prim.

La abolición del impuesto de Consumos que suministraba sus mejores y más seguros recursos á los pueblos, y la tenaz resistencia que en todas partes se demostró contra el llamado *impuesto personal*, sugirió al ministro de Hacienda la idea de dar una ley dejando en libertad á los Ayuntamientos para que impusiesen nuevas exacciones á sus administrados, mediante bases acordadas por la Cámara, ó que volviesn á los consumos, si no se les ocurría cosa mejor.

El impuesto de Consumos era odioso, más bien por la forma, que por su fondo, pues bien estudiado, resulta equitativo que cada cual abone su contribución sujetándose estrictamente á lo que consume; pero en aquel tiempo formaba parte del credo *progresista* la supresión de los Consumos, al tanto de que el Marqués de Albaida decía una vez, en la época de Isabel II: «Las revoluciones *progresistas* consisten en quemar las casillas de los Consumos, apalear á un polizonte y cantar el himno de Riego.»

Figuerola, siendo ministro de Hacienda, propuso, como ya

se ha dicho, para sustituir á los Consumos, un tributo que llamó *impuesto personal*, dándole por base que se estableciera en razón directa de los inquilinatos, y en razón inversa de los individuos que compusiesen la familia de cada vecino. La Comisión de Presupuestos rechazó esas bases, y estableció que el repartimiento de la contribución personal se hiciese sobre las utilidades de cada vecino, y la llamó *impuesto de capitación:* ni una ni otra forma fueron del gusto de los contribuyentes, y hubo que renunciar á la cobranza de la exacción; pero como algunos de los individuos que formaban el Gobierno, y muchos de la mayoría parlamentaria, habían ofrecido en la oposición suprimir los Consumos, Figuerola, para sacar del compromiso al Ministerio, inventó el proyecto de ley de *arbitrios municipales*, á fin de sacudirse las pulgas, pues, una vez aprobado, podría decir, parodiando al personaje del drama de Zorrilla:

«Que luego los municipios
se las compongan con él.»

El ministro de la Gobernación, D. Nicolás María Rivero, que había sido durante más de un año Alcalde de Madrid, confesó que el estado del Ayuntamiento de la Corte era en extremo aflictivo, y que no se encontraba manera de cubrir las atenciones perentorias y constantes del Municipio. Esta situación que apareció imponente y abrumadora desde los primeros momentos de la Revolución, obligó á Rivero á contratar un empréstito con la casa Erlanger y Compañía, por valor de 19 millones de pesetas, que se gastaron en *cuchiflainas,* como decía un antiguo concejal, y si no fueron *cuchiflainas* en el sentido que familiarmente damos á esta palabra, bien puede decirse que aprovecharon poco ante la necesidad apremiante de salir de los gastos corrientes, sin mejorar servicios ni desarrollar obras públicas. Hoy está todavía pagando el pueblo de Madrid la rotura de aquellos vidrios.

El proyecto de arbitrios municipales quedó aprobado en 15 de Febrero de 1870, y el Gobierno durmió tan tranquilo

aquella noche, creyendo que había hecho algo beneficioso para los Ayuntamientos.

Lo que tiene gracia es que el Gobierno había quitado á éstos el recargo que cobraban en la contribución territorial y de subsidio industrial, dándoles en cambio el *impuesto de capitación* que él desechaba como incobrable; y para mayor escarnio, Rivero dijo que con el proyecto de *arbitrios municipales* se realizaba la descentralización económica de los Municipios, que constituía una de las aspiraciones de la Revolución.

El presupuesto municipal de Madrid era de 44 millones de reales: los Consumos daban una entrada de 22 á 24 millones y los recargos de las contribuciones de territorial y snbsidio unos 12 millones; de modo que el Ayuntamiento se encontraba que las reformas hacían desaparecer su presupuesto de ingresos. Rivero se encontró únicamente 40.000 reales en las arcas municipales el día en que tomó posesión, y se debían de atrasos 7.500 duros (1). Por efecto de la crisis obrera, acentuada durante el invierno de 1868 á 1869, á consecuencia, naturalmente, del estado que al país había causado la Revolución, el Ayuntamiento se vió en la necesidad de dar ocupación á 19.300 jornaleros, que de otro modo hubieran sido una amenaza constante contra el orden público. Todo hay que tenerlo en cuenta.

***

Por un decreto del Gobierno provisional, dictado en los primeros meses de la Revolución, se declaró la supresión inmediata de todas las Comunidades religiosas establecidas desde 1837, excepto las de Hermanas de la Caridad y otras Asociaciones de beneficencia ó enseñanza, y el Gobernador de Madrid, Moreno Benítez, cumpliendo lo establecido por el citado decreto, dispuso que se trasladaran al convento de Comendadoras de Santiago las del llamado de las Calatravas, sito en la calle

(1) Rivero: 19 de Marzo de 1870.

de Alcalá; pero D. Manuel Silvela, en unión del General López Domínguez, de D. Cirilo Alvarez, D. José Luis Albareda y del Marqués de Sardoal, pidieron al Congreso que si se persistía en la traslación de la Comunidad de las Comendadoras de Calatrava, se conservase el templo abierto al culto, como recuerdo de un pasado glorioso, consagrando el resto del edificio á la enseñanza ó á otras atenciones del Estado.

La iglesia de las Calatravas era la predilecta de las damas elegantes de aquellos contornos y aun de barrios allende, y y allí se daba cita, piadosamente, la aristocracia de la sangre y del dinero, para oir la misa de once ó de doce, acudiendo por aquellos alrededores el joven y el viejo, para ver entrar y salir de la iglesia á las mujeres de buen palmito, de finos modales, de airoso porte, que lucían las últimas prescripciones de la moda.

Silvela, en un buen discurso, pronunciado con aquella naturalidad y sencillez que era la nota característica de su oratoria, consiguió convencer á Moreno Benítez y á Figuerola, el ministro de Hacienda, que accedieron á lo de que quedase subsistente la iglesia. No había más que siete religiosas en el convento, y, por lo tanto, resultaba mucha casa para tan poco personal; así es que las religiosas fueron trasladadas al dicho convento de Comendadoras de Santiago, en la calle de Quiñones, por más que éstas eran agustinas y las otras cistercienses. No hubo más remedio; el edificio de la calle de Alcalá se derribó, y se construyeron en el solar unas casas de buen aspecto con tiendas que dan animación al paraje. La iglesia subsiste, gracias á la defensa que las señoras hicieron por voz de D. Manuel Silvela.

***

Como el Gobierno no resolvía la cuestión de la persona que había de ocupar el trono, y el país estaba ignorante de las gestiones que para el caso se estaban practicando, Castelar (1)

(1) 12 de Marzo de 1870.

hizo una interpelación al Ministerio, llamando la atención sobre todas las cuestiones que en aquellos momentos preocupaban á la opinión pública.

Con Prim estuvo despiadado. «Un orador ilustre de esta Cámara—decía—llamaba al General O'Donnell la unidad seguida de ceros; pues yo llamo al General Prim un cero capaz de ser sumado con todas las cantidades imaginables. Dentro, se entiende, porque yo no quiero que mi palabra vaya más allá de mi pensamiento, dentro, se entiende, de las combinaciones políticas que caben en el interior de esta Cámara, y, señores, le llamo cero, no por lo que el cero tiene de nulo, porque ya sé yo que el General Prim es muy inteligente, es muy poderoso, es muy fuerte y es muy hábil; le llamo cero, por lo que el cero tiene de indeterminado. Vamos á un ejemplo: imaginaos que el papel de las probabilidades de una monarquía se cotiza en nuestra Bolsa política, es decir, en el *salón de Conferencias*, á 9: pues poned resueltamente en su favor, es decir, poned á su derecha al General Prim, y ese papel se cotizará mañana á 90. Poned á su izquierda, en su contra, al General Prim, y mañana descenderá ese papel á la categoría de un número decimal.»

Hizo alusiones directas, intencionadas á Madoz, á Topete, á Martos, á Ríos y Rosas, á Posada Herrera, á López de Ayala y á todos los ministros en particular; pero ninguno se dejó caer en el anzuelo.

«El Sr. Martos es mi amigo—dijo para hacerle hablar,—pero nunca tiene la dignación de hacerme confidencias políticas; yo conozco, yo adivino sus ideas por su actitud misteriosa. Esta Asamblea, en realidad, parece una Asamblea de sombras. Aquí nadie habla. Aquí no hay más que dos cosas francas, señores diputados: mi palabra y la cara del Sr. Topete. *(Risas y aplausos.)*

»El Sr. Martos se encuentra disgustado, profundamente disgustado con esta situación. El dijo aquí en cierta sesión célebre, con una sinceridad perfecta, que no podía salir el Go-

bierno de tan grandes y extraordinarios obstáculos como le rodean si no daba un cuarto de conversión á la izquierda. El Gobierno se ha empeñado en ir dando cuartos de conversión á la derecha. Y el Sr. Martos lo ve esto con gran disgusto, con gran dolor. ¿Por qué no habla? ¿Por qué? ¿Por qué no despliega su bandera? Hará este jefe lo mismo que los demás jefes: se encerrará en su silencio. Hará este grupo lo mismo que los demás grupos: se envolverá en el misterio. ¿Queréis la clave de tan extraño enigma? Yo os la daré. Callan todos porque todos esperan algo del General Prim para sus respectivas soluciones.»

Delineó primorosamente la situación de Rivero, el demócrata de toda su vida.

«¿Qué era el Sr. Rivero desde el 29 de Setiembre al 12 de Noviembre? Todo. Él mandó que las Juntas se disolvieran, y se disolvieron las Juntas; él mandó que las Juntas reconocieran el Gobierno provisional, y las Juntas reconocieron el Gobierno provisional. Cuando estaba en comunidad de ideas con su antiguo partido, lo fué todo. ¿Qué fué el Sr. Rivero después que firmó el manifiesto de conciliación? Nada, absolutamente nada. Yo creo que la ascensión del Sr. Rivero á esa silla (*señalando la Presidencia*), aunque fué la más alta investidura legal que pudieron darle los partidos conservadores, no representa otra cosa que una mera honra, desde la cual, desde cuyas alturas S. S. estaba asistiendo, como Carlos V en Yuste, según la tradición ó la leyenda, á sus propios funerales.»

Prim le contestó que su propósito había sido dividir á la mayoría, sin conseguirlo; Rivero pronunció cuatro párrafos, y no habiendo más señores que hubieran pedido la palabra, se pasó á otro asunto.

Los ministeriales dijeron que aquello había sido un fracaso de Castelar; pero sus principales cargos quedaron sin contestación.

* * *

El día 13 de Marzo de 1870 recibió el General Prim la primera prueba de que había perdido su popularidad, porque habiéndose encontrado casualmente, yendo él á caballo por las afueras de la Puerta de Alcalá, con una manifestación contra las quintas, fué silbado y apedreado, según él mismo lo refirió al día siguiente en el Congreso. Circularon del hecho varias versiones; pero la que más crédito nos merece es la del interesado. Oigamos al General Prim.

«El caso fué, señores diputados, que teniendo mi hijo el honor de pertenecer á los Voluntarios de la Libertad, como oficial de Estado Mayor y agregado al segundo batallón del Hospital, que manda el muy digno patriota Sr. Más, estuvieron ayer de maniobras. Yo salí á paseo con un ayudante, y me fuí á encontrar el batallón del Sr. Más para verle maniobrar y para recoger á mi hijo. No creía, ciertamente, que la manifestación política de los señores federales anduviese por allí.

»Vi un grupo, por cierto que en aquellos momentos les estaba perorando nuestro compañero y amigo el Sr. Sorní; pero yo, conociendo ya lo que es esa multitud, di un gran rodeo para llegar hasta donde estaba el batallón. Estuvo éste maniobrando bien: es un batallón muy lucido, y creí conveniente dirigirle la palabra, haciéndolo en un sentido que satisfizo á todos, porque les dije que era altamente satisfactorio para mí, como lo debía ser para todos los hombres liberales, ver que en aquella gran llanura había grupos donde se bailaba con todo regocijo, sin acordarse del mundo político para nada; que en otros grupos se veía la fraternal expansión y la alegría con que merendaban, mientras á su alrededor un gran grupo de federales hacía una manifestación política, y un batallón de la Milicia ciudadana estaba instruyéndose en el manejo del arma, en militares maniobras, por si un día la patria les necesitaba y les necesitaba la libertad. Les decía yo: Este es un magnífico espectáculo que debe regocijar el alma de todos los hombres liberales; que cada uno use de su derecho sin molestar el derecho del vecino, porque desde el momento en que usa de un de-

recho coartando el de los demás, el derecho no es derecho, es un abuso, es un atentado. Pues esto es lo que yo hubiera querido y lo que yo quisiera que los señores federales, que los señores diputados, que todos nuestros compañeros, les explicaran bien á esos hombres que, como he dicho, se les ha de enseñar como el *b a ba* á los muchachos, y como la doctrina cristiana, porque si no, son incapaces de comprenderlo.

Acababa de dirigir esas palabras al batallón de Voluntarios; todos, llenos de regocijo, vitorearon á la libertad, á los voluntarios y al General Prim. Yo, satisfecho también, me despedí de ellos y me retiré para volver á la Fuente Castellana; pero, ó fué casualidad de que había llegado la hora de disolverse el *meeting*, ó que algún buen intencionado les hizo saber que yo pasaba por allí; el caso fué que cuando estuve en frente de aquel tropel, acudieron á mí, me rodearon, empezaron con gritos desaforados, no con faltas de respeto, porque la verdad es que la mayor parte de aquellos hombres estaban con el sombrero ó la gorra en la mano, pero gritando como unos desaforados: ¡Abajo las quintas, fuera las quintas, no queremos quintas y no habrá quintas! Este grupo se componía, en su mayor parte, de muchachos y mujeres.

»En semejante situación fué creciendo aquella multitud hasta que me tuvieron completamente rodeado, así como á los ayudantes, á mi hijo y á dos ordenanzas, y ya casi en imposibilidad de moverse. Había algunos ciudadanos que hacían esfuerzos para que abrieran paso: acudió también mi amigo el Sr. Sorní, muy sofocado, pálido de pena de que tal cosa sucediese, y le repetí lo que le he dicho otras veces: ¿Qué quiere usted hacer con semejante gente, si no le tienen ningún respeto á usted mismo, que es uno de los jefes de su partido?

»Quise yo mismo dirigirles la palabra; hice la señal acostumbrada, para cuando uno quiere hacerse oir; me proponía explicarles de qué manera los ciudadanos deben usar de los derechos individuales, y cómo la cuestión de quintas pertenece por completo á las Cortes Constituyentes; pero no era posible,

por más que un corneta de órdenes que llevaba el batallón de Voluntarios que venía detrás los tocaba á silencio; nada, como si tal cosa. No me fué posible, pues, restablecer allí el silencio; como no les fué posible tampoco hacerlo ni al Sr. Sorní, ni al Sr. García, director de *La Discusión*, que con la mejor voluntad se acercaron á mí, y algunos otros señores que habían acudido con el deseo de que aquello se apaciguara. Vi ya que no había medio de hacerme oir, piqué espuelas á mi caballo y, naturalmente, me abrí paso.

»Pero tuve el disgusto de ver que la gente me fuera siguiendo, siempre con las mismas voces que me tenían ya atronado, y esto duró hasta cerca del Ministerio de la Guerra. Mas no fué esto lo más grave, sino que al llegar al arco de la Puerta de Alcalá hubo un desdichado que me tiró una piedra. Al sentir yo la piedra revolví el caballo: esto bastó para que toda aquella turba se dispersara, y el que me tiró la piedra tuvo la fortuna de que no lo vi; que si le hubiera visto, no lo hubiera pasado bien, porque en aquellos momentos seguramente no hubiese podido ser dueño de mí mismo.»

Añadió que luego los agentes de policía le presentaron al individuo que había tirado la piedra, jurando éste, *por todos los santos del cielo*, que era inocente de lo que se le imputaba. El General ordenó que le dejasen en libertad.

D. Juan Pablo Soler y D. José Cristóbal Sorní hablaron después para quitar importancia al hecho, deseando hacer constar que los grupos que acorralaron al General Prim no eran de republicanos, sino de gente extraña á la manifestación, instigada por los antiguos polizontes de González Brabo.

Y con esto quedó terminado el incidente.

¡Radicales, á defenderse!—Ley de Orden público.—La dimisión de Becerra.—Don José Echegaray íntimo.

Había marejada política, sin que hayamos podido descubrir la causa interna que la motivase. Vamos, pues, á exponer los

hechos, y el lector, con su buen juicio, formará, como fiscal en la causa, las conclusiones que estime oportunas.

Las apremiantes necesidades de la Hacienda obligaron á Figuerola á presentar un proyecto de ley para hacer una operación de crédito sobre los bonos del Tesoro y los que existían en garantía en la Caja de Depósitos. La Comisión dictaminó favorablemente, y se puso á discusión el proyecto en 18 de Marzo de 1870, manifestando desde los primeros momentos uno de los señores de la Comisión, García Briz, que aquella cuestión no era económica, aunque lo parecía, sino que llevaba envuelta la idea de dar un voto de confianza al Gobierno, á fin de que éste fijase el tipo y la ocasión de negociar los bonos y de determinar las condiciones todas de la operación.

Hablaron en contra Tutau y Cánovas, el uno republicano y el otro desafecto á la República, por lo que sus censuras no alarmaron á nadie; pero se presentó una enmienda, firmada por D. Manuel Silvela, Santa Cruz, Ríos y Rosas, D. Augusto Ulloa, Posada Herrera, Vega Armijo y D. Fermín Lasala, caracterizados unionistas y amigos hasta entonces de la situación, y como la enmienda venía indirectamente á desnaturalizar el proyecto, de aquí que se consideró este acto como una división de la *Unión liberal*.

«No concibo—decía Prim (1),—lo declaro con la sinceridad del hombre honrado, la actitud en que se han colocado los señores de la *Unión liberal;* porque si bien mi distinguido amigo el Sr. Silvela ha revestido de bellas y elegantes formas la oposición, oposición y ruda es la que hace S. S., no sólo al señor Figuerola, ministro de Hacienda, sino al Gobierno todo. Y así como á los federales y á los carlistas, y al mismo Sr. Cánovas, no tengo que interrogarles acerca de lo que se proponen, porque ya lo sé, que es acabar, no sólo con el Gobierno, sino con la situación y realizar sus fines, á la *Unión liberal* tengo necesidad de preguntarla: ¿Qué queréis? ¿Qué os proponéis?

(1) 19 de Marzo de 1870.

¿A dónde vais? Vais, indudablemente, á acabar con el Gobierno que tengo la honra de presidir, puesto que sabe el Sr. Silvela, porque he tenido el honor de decírselo, que el Gobierno pensaba hacer cuestión de gabinete el triunfo ó la derrota de la enmienda de S. S.

«¿Qué sucedería si el Gobierno fuese derrotado en esta cuestión? A los señores que se sientan enfrente les importa poco; cuanta más descomposición haya en la Cámara, cuanto más se quebrante la situación y más desorden se produzca, mejor para ellos y mejor para los carlistas. Pero ¿la *Unión liberal* puede querer eso? ¡Si no puede ganar nada con ello, políticamente hablando! Pues entonces, ¿qué es lo que se proponen? Y es tanto más extraña la conducta observada en este asunto por la *Unión liberal*, cuanto que con esa conducta, con esa actitud, destruye su pensamiento capital, que es el coronamiento de la obra.»

Estas últimas palabras produjeron sensación en la Cámara, porque lo del *coronamiento* creyeron algunos que se refería al Duque de Montpensier, y Prim en esta cuestión no transigía.

Siguió exponiendo sus quejas contra los amigos de D. Manuel Silvela, y terminó su discurso diciendo: «Yo he rogado á los señores de la *Unión liberal* que tuvieran todo eso en cuenta; sin embargo, no he tenido la fortuna de que así fuera. Sus señorías presentan la batalla, y á mí no me queda que decir más que ¡radicales, á defenderse! ¡Los que me quieran, que me sigan!»

(Estrepitosos aplausos en todos los lados de la Cámara. Momentos de gran agitación. Los unionistas se pusieron de pie, vociferando. El Ministro de Marina, con cara de mal humor, abandonó de mal talante el banco azul.)

Resumen: la enmienda de Silvela no se tomó en consideración por 123 votos contra 117; es decir, que el Gobierno contaba con media docena de votos más que las oposiciones. Y gracias que en la votación del proyecto se retiraron muchos unionistas, y pudo obtener 129 contra 79. Ya era algo.

Topete hizo dimisión del Ministerio de Marina, y le reemplazó el General Beránger.

* * *

«Qué el orden público es la necesidad más imperiosa de los pueblos, como que sin él no se concibe la libertad, la garantía más segura de los derechos y de los intereses de toda sociedad, es una verdad evidente, reconocida por todos los publicistas, cualquiera que sea la escuela á que pertenezcan. Por doloroso que sea, la historia de todos los tiempos nos demuestra que todos los pueblos, aun los más libres, apelaron siempre, en circunstancias extraordinarias, al salvador principio de *salus populi suprema lex, etc.;* y si poderes arbitrarios y despóticos, abusando de la fuerza, han conculcado por sí solos todos los respetos debidos á la santidad de los derechos del hombre, y hollado las leyes, con ofensa de la justicia, no por eso es menos evidente que en momentos supremos es una necesidad velar la estatua de la Ley. Cuando la Nación, representada en Cortes, acuerda cubrir temporalmente con un velo la tabla de tan preciosas garantías, hay una seguridad completa de que la arbitrariedad no se erige en sistema, y de que la imperiosa ley de la necesidad exige ese sacrificio. Cuanto más libre es un pueblo, más severo debe ser el Gobierno con aquellos que abusan de su derecho, violando el de sus conciudadanos.»

Así se expresaba la Comisión correspondiente en el dictamen que dió referente al proyecto de ley de Orden público.

Y añadió Rivero en su defensa (1):

«Nadie puede poner ni un instante en tela de juicio que en las sociedades humanas tienen lugar perturbaciones, agitaciones, convulsiones, durante las cuales si el Poder conservara todas las limitaciones que la Constitución establece para garantir estos derechos (*los llamados individuales),* y además hubie-

(1) 29 de Marzo de 1870.

ra de combatir la insurrección, la acción del Poder sería imposible, sería completamente estéril.»

Rivero tenía razón; pero como había defendido la teoría opuesta siendo revolucionario, Bugallal le contestó:

«Yo sostengo, señores, que los partidos que han estado hace mucho tiempo alejados del Poder, y que, por efecto de ese alejamiento, han profesado doctrinas en cierto modo anárquicas (1) de guerra abierta y constante contra el Poder público, al pasar por aquel banco *(el azul)*, por esa región del Poder, que tanto enseña y que tanto educa, modifican algún tanto, modifican á veces mucho sus principios absolutos. Y esto es una cosa lógica, que impone á los hombres de capacidad que ejercen hoy el Poder la gravitación natural de su talento, la elocuencia pavorosa de las necesidades públicas, que demanda la conservación del orden público, el planteamiento de los principios conservadores, principios comunes á todos los Gobiernos, principios á los cuales vosotros *(señalando al sitio donde se sentaban Castelar y sus amigos)*, el día que seáis Poder, apelaréis, si no queréis entregaros desde los primeros momentos á la demencia, que yo nunca consideré sublime, del suicidio.»

La ley se aprobó sin tropiezos el 31 de Marzo de 1870.

*
* *

El 1.° de Abril se dió cuenta á las Cortes de que el ministro de Ultramar, D. Manuel Becerra, había presentado la dimisión del cargo, siendo nombrado para sustituirle D. Segismundo Moret y Prendergast, Subsecretario de Gobernación y segundo Vicepresidente de las Cortes.

¿A qué obedeció la dimisión de Becerra? A una cuestión personal que tuvo con Romero Robledo.

Cuando se estaba discutiendo el proyecto de Constitución de la isla de Puerto Rico, Romero, que era de los abiertamen-

(1) Esta palabra no tenía una acepción tan determinada como hoy.

mente contrarios al Gobierno, presentó una enmienda, que no fué tomada en consideración, pero que dió lugar á una accidentada discusión.

Contó Romero (1) que varios amigos se le habían acercado, diciéndole: «Prepárese usted, porque el ministro de Ultramar le va á dirigir á usted un ataque que lo va á destrozar.» Al saber esto el batallador diputado antequerano, se presentó en el Congreso, armado de todas armas, y dirigió un reto al ministro, que seguramente lo buscaba. Parece que había un documento, una carta particular, que sin saber cómo, había *surgido* sobre la mesa del citado ministro, en la cual carta resultaba comprometido el buen nombre de Romero Robledo, porque, según el contexto de ella, un empleado de la Habana le ofrecía dos mil pesos, á cambio de que le proporcionase una credencial de administrador de Aduanas de Cienfuegos ó de Cárdenas, ó contador de Cuba. Romero abordó la cuestión á pecho descubierto; leyó en el Parlamento la carta original, facilitada por Becerra, y consiguió desvanecer, con fundados razonamientos, la atmósfera que en derredor suyo se había condensado. La carta era indudablemente apócrifa; el ministro, por exceso de buena fe, quedó en una posición desairada, y tuvo que dimitir. A Romero Robledo se le restituyó en su fama de caballero, pero el concepto de la administración ultramarina quedó muy quebrantado.

* * *

Preguntó un día (2) el Sr. Alvarez Bugallal si era cierto, como manifestaba un periódico, que el ministro de Fomento preparaba un decreto prohibiendo en las escuelas públicas la enseñanza de toda religión positiva.

«La pregunta que me ha dirigido el Sr. Alvarez Bugallal—contestó Echegaray—es grave. Yo no sé hasta qué punto tie-

(1) 29 de Marzo de 1870.
(2) 2 de Abril de 1870.

ne S. S. derecho para dirigirme esa pregunta. Sin embargo, yo pudiera contestar al Sr. Bugallal, y le contestaré de una manera concreta respecto á mis opiniones particulares; no contestaré respecto á hechos, porque los hechos no se han realizado. Mis opiniones son claras y concretas, mis opiniones particulares son radicales también; yo creo que, dada la solución que aquí se ha dado á la cuestión religiosa, llegará un día en que no podrá enseñarse en ningún establecimiento público docente, sostenido por el Estado, ninguna religión positiva. Pero sobre esto no hay todavía nada concreto, no hay ningún decreto formulado ni presentado al Consejo de Ministros.»

Acto seguido, Bugallal, Moreno Nieto, D. Francisco Silvela y Posada Herrera presentaron una proposición incidental, pidiendo á las Cortes que declarasen haber oído con sentimiento las palabras del ministro de Fomento sobre la enseñanza de la religión positiva. Tomada en consideración, Bugallal atacó duramente el criterio sustentado por Echegaray. Éste se defendió con valentía y con ingenuidad, diciendo:

«Yo no he de combatir la proposición apoyada por el señor Alvarez Bugallal; yo os la abandono completamente, yo os la entrego: resolved sobre ella lo que creáis en vuestra conciencia. Pero yo debo referirme á otro cargo que pudiera hacérseme. ¿Cuál ha sido mi conducta desde que tengo la honra de ocupar este puesto? ¿He sido causa de cisma? ¿He provocado algún conflicto? ¿He traído al Gabinete alguna resolución que produzca alguna tempestad política? No. Yo he estado aquí tranquilo, silencioso, encerrado en mi tienda; demasiado tranquilo, demasiado silencioso, para lo que mis aspiraciones, mis ideas, mis deseos y mi amor extremado á la libertad absoluta me aconsejan. Yo me he reducido á la nulidad, y sólo á resolver lás cuestiones administrativas.»

....

«Y protestando por última vez de que por ninguna práctica parlamentaria, de que en ningún Parlamento del mundo se puede exigir á un ministro que diga qué es lo que está pensan-

do, qué es lo que existe en el fondo de su alma, sino que únicamente sobre sus actos han de recaer los juicios y los votos, dicho esto, repito, concluyo dando las gracias á S. S. por haberme proporcionado la ocasión de manifestar cuál es mi pensamiento como diputado constituyente, no como ministro, sino como hombre político; y, por última vez, declaro que en todas ocasiones mi bello ideal, mi aspiración suprema, será la separación completa, absoluta, radical, de la Iglesia y del Estado.» *(Aplausos en los bancos de la izquierda.)*

Hablaron, defendiendo las ideas contrarias á las emitidas por Echegaray, Moreno Nieto y D. Francisco Silvela, y quedó bien patente la escisión que venía iniciándose entre la mayoría, al extremo de decir D. Gabriel Rodríguez:

«La Unión liberal, es, pues, la que se separa de la conciliación; y permitidme que haga esta apreciación, porque es en el concepto político, y tengo derecho á hacerla: la *Unión liberal*, de algún tiempo á esta parte, va haciendo un movimiento sobre la derecha, acaso para evitar el célebre movimiento sobre la izquierda, de que otra vez se ha hablado aquí (1). Y en tanto que en otras ocasiones veíamos al Sr. Ríos y Rosas levantarse á representar á la *Unión liberal* y hablar en su nombre cuando estabais conciliados con nosotros, hoy vemos que se levantan los Sres. Bugallal y Cánovas del Castillo.»

Verdaderamente, Cánovas no llevaba entonces la voz de la *Unión liberal*, pero sí defendía sus ideas y se ponía de su parte en las votaciones.

En esta cuestión obtuvo el Gobierno 78 votos contra 75, y en vista de este fracaso moral, presentó Echegaray la dimisión, que no le fué admitida.

CARLOS CAMBRONERO

(Continuará).

(1) Se refería á una frase de Martos.

PARNASO INTERNACIONAL

FANTASÍA

(De Augusto Lacaussade.)

Móvil estrella, de alas luminosas,
Que tarda cruzas la cerúlea esfera,
¿Nunca en tu ruta sideral reposas?
¿No tiene fin ni pausa tu carrera?
¿No hay ningún sitio en la extensión del cielo
Donde recojas tu incesante vuelo?

—

Dime, pálida luna pensativa,
En olas de éter triste navegante,
¿En qué seno de sombra ó de luz viva,
Buscas tú siempre con afán constante
Feliz descanso y plácido retiro,
Que pongan fin á tu cansado giro?

—

¡Oh, viento, que cual un desheredado,
Sin hogar vas, errante, á la ventura!
Benévolo contesta, viento airado:
¿Te reservó la próvida natura
Un remanso en los mares, ó escondido
En el bosque frondoso un blando nido?

—

Responde á mis preguntas, mar bravía,
Que agitan sin reposo las tormentas,
Y ruges y te quejas noche y día,
Y con tu propio esfuerzo te atormentas,
¿Encuentras á lo lejos dulces playas
Donde, apagando tu fragor, desmayas?

—

Y tú, sensible corazón, inquieto
Más que el viento y el piélago iracundo,
Y á insaciable ansiedad siempre sujeto,
¿Habrá un lugar, en este ú otro mundo,
Donde puedas, tras loco desvarío,
Olvidar y dormir, corazón mío?

UNA LUZ EN LAS TINIEBLAS DE LA NOCHE

(De Grandmougin.)

Duerme y se extiende á lo lejos
Silenciosa la campiña;
Bajo el cielo, cuyas luces
El otoño debilita,
Dan su perfume á los aires
Las últimas florecillas.
Entolda los horizontes
Vapor de grisáceas tintas,
Y los caminos blanquean,
En sus prolongadas líneas.
En desiertos y arenosos
Altozanos, sacudidas
Por el viento, secas ramas
Negros árboles agitan.
La tristeza del ocaso
Todo lo melancoliza;

De vez en cuando, una estrella
Aparece á nuestra vista,
Y en el cielo macilento
Apenas pálida brilla.
Mas, de súbito, allá abajo
Solitario se divisa
El resplandor tembloroso
De dorada lucecita;
Es la Religión, que vela
Sobre la Tierra, solícita;
A los pies de una Madona
En una estrecha capilla
Arde entre sombras piadosa
Una candela encendida.
Entre dos verdes senderos
Se alza la modesta ermita:
¿Quién aquella luz extraña
Encender pudo? ¿Sería
Algún marino salvado
De borrasca enfurecida,
O un amante cuyo pecho
Pasión volcánica abriga,
O una mujer desdichada,
Que lloró allí sus desdichas?
Fuera quien fuese, marino
Que gratitud atestigua,
Amante desesperado,
Que en la Madona confía,
O mujer desventurada,
¡Quizás bella y joven víctima!
Recibid, buenos creyentes,
Entre brumas y neblinas,
El saludo respetuoso
Que un soñador os envía.
Creer es goce supremo,

Que hasta el tormento mitiga;
Ser impertérrito y fuerte
En los trances que lo exijan;
En los amores crueles
Es celestial medicina;
Es transfigurar nosotros
La naturaleza misma;
Es perfumar para siempre
El corazón y la vida.

TEODORO LLORENTE

LA AMÉRICA MODERNA

La corrección de la doctrina de Malthus: el poder productivo de la población. Ejemplos europeos y americanos. La experiencia argentina: aumentos de población, de comunicaciones y de exportación.—Relaciones de posesion agrícola: Argentina y Estados Unidos.—Los graneros del mundo. Los científicos europeos y sus descripciones. La guerra de los trigos. Situación de España; olvidos de los agrarios.—El mal de montaña ó puna de los Andes.—Los institutos de educación para las razas inferiores. Los proyectos del Perú.—El loco-dios de los argentinos.

El material humano que conforme á la concepción malthusiana es apreciado principalmente en su aspecto consuntivo, es imprescindible como factor de producción, y en este aspecto le ofrece la experiencia histórica corrigiendo, aquella concepción teórica.

Población y densidad son dos supuestos de progreso. El bienestar y poder de los Estados están condicionados en primer término por la población. La población constituye el punto central de la economía social y los estados sociales; costumbres y cultura dependen de ella.

La magnitud de la población es hasta un cierto grado determinante para la fuerza de trabajo económico y para el poder político. Véase el esfuerzo de los franceses, que prolongan el tiempo de servicio militar, ya que la fecundidad francesa no da bastantes soldados.

Entre dos países que tengan iguales condiciones sociales, será más fuerte el más poblado. Esta consideración es elemental.

Un país que aumenta, puede llegar á alcanzar una significación importante con división social y económica del trabajo, y desenvolvimiento del tráfico y solidaridad social. Todo esto se traduce en poder político necesariamente.

Sin densidad de población no es posible realizar ni un progreso cultural, es decir, ni el proceso espiritual ni el fomento económico. Las investigaciones de los tratadistas sobre materias de población como Wappäus, los estudios de Courtenay de Kalb sobre América, de Blerzy sobre las colonias inglesas, confirman la conclusión del profesor Conrad, de Halle.

Hasta política hidráulica no es posible sin población.

«Desecaciones y riegos en gran escala, sólo pueden conseguirse mediante un gran número de fuerzas de trabajo. Un resurgimiento económico es imposible, pues, mientras la población esté diseminada. Todavía es menos realizable, en este supuesto, el cambio espiritual, la fundación de escuelas suficientes para ensanchar la vida espiritual», dice Conrad.

La Siberia, con todos sus millones esparsos, tiene menos fuerza económica que Bélgica ó Sajonia.

En 1850 tenían los Estados Unidos una población de 23,2 millones y en 1900 de 76,6 millones de habitantes; el patrimonio nacional se calculaba, en 1850, en 7.136 millones de dollars, y en 1890 en 65.037 millones. En cincuenta años, pues, la población tuvo un incremento relativo de 231 por 100, es decir, se hizo nueve veces mayor. Parecido ejemplo nos ofrecen durante todo el siglo XIX dos grandes Estados europeos: Alemania, cuya población se elevó desde 25 hasta 60 millones, é Inglaterra y Gales, de 9 á 32,5 millones, en tanto que la riqueza nacional subió mucho más y con ella el bienestar general.

La magnitud de la población ejerce decisivo influjo en la organización de la economía nacional y en el ulterior desenvolvimiento de la producción. Ahí está el ejemplo de la coloniza-

ción interior, ensayada en el siglo XVIII en España, Prusia y Austria; de Rusia en el comienzo del XIX en los distritos del Sur, de los adensamientos provocados por los Estados Unidos y las colonias inglesas como Canadá, Australia y Nueva Zelandia, en el XIX.

En la República Argentina se encuentra la más reciente confirmación de la importancia de la población desde el punto de vista productivo. He aquí la demostración estadística que claramente transparenta la relación en que está el aumento de población con el desarrollo técnico, agrícola y comercial (1).

AÑOS	EXPORTACIÓN Valor en pesos oro.	
	Productos agrícolas (2)	General.
1865	—	26.126.440
1873	98.000	47.398.291
1888	16.300.000	100.111.903
1891	26.542.926	103.219.000
1895	41.448.012	120.067.790
1900	77.426.359	154.600.4 2
1901	71.596.099	167.716.102
1902	68.171.332	179.486.727
1903	105.251.309	220.984.524
1904	150.328.529	264.157.525
1905	170.235.235	322.843.841
1906	157.654.692	292.253.829
1907	164.091.621	296.204.369
1908	241.677.164	366.005.311
1909	230.503.996	397.350.528
1910	—	—

(1) Véase F. T. Molinas: «La colonización argentina». Buenos Aires, 1910. Las fuentes utilizadas para la confección de los cuadros son:

La «República Argentina», por la Comisión de Inmigración de Buenos Aires, 1866.—«Las Colonias», informe á la Com. Nac. de Inmigración por Guillermo Wilcken, 1872.—Censo nacional, 1895.—«La producción Agrícola y Ganadera», informe por Alois E. Fliess, 1891.—«Registro Estadístico de la Provincia de Buenos Aires», 1865-1873.—Anuario de la Dirección General de Estadística de la Nación», 1888-1909.—Estadística de Ferrocarriles, Ministerio de Obras Públicas de la Nación (varios años).—Memoria de la Dirección de Inmigración (varios años).—Boletín Anual de la Dirección de Estadística y Economía Rural del Ministerio de Agricultura, 1899 á 1910.—Censo Agropecuario de la Nación, 1908.—Boletines de la Oficina Demográfica del Ministerio del Interior (varios años).

(2) No comprende la producción forestal.

AÑOS	PRINCIPALES PRODUCTOS: HECTÁREA			PRODUCCIÓN EN TONELADAS		
	Trigo.	Lino.	Maiz.	Trigo.	Lino	Maiz.
1865	—	—	—	—	—	—
1873	73.116	45	130.430	—	—	—
1888	—	—	—	—	—	—
1891	1.202.208	58.000	825.495	815.000	50.000	968.000
1895	2.049.683	387.324	1.244.182	1.263 000	232.000	2.240.000
1900	3.250.000	355.329	1.009.000	2.766.589	225.185	1.412.600
1901	3.379.749	607.352	1.255.346	2.034.458	389.954	2.510.692
1902	3.296.066	782.880	1.405.736	1.534.405	365.035	2.134.165
1903	3.695.343	1.307.196	1.801.641	2.823.853	711.052	3.783.452
1904	4.320.000	1.487.000	2.100.000	3.529.100	937.601	4.450.000
1905	4.903.124	1.082.890	2.287.040	4.102.600	740.000	3.574.153
1906	5.675.293	1.022.782	2.717.300	3.672 231	591.912	4.951.000
1907	5.692.268	1.190.617	2.851.300	4 245.434	825.584	1.823.000
1908	5.759 987	1.391.467	2.719 260	5.248.706	1.100.710	3.456.000
1909	6.063.100	1.534.300	2.973.900	4.250.086	1.088.852	4.500.000
1910	5.836.550	1.455.600	3.005.000	—	—	—

AÑOS	Población.	Inmigración radicada de 1857-1909.	FERROCARRILES		Extensión cultivada: hectáreas.
			Kmtros	Capital invertido: pesos oro	
1865.....	1.860.000	66.874	572	5.379.898	96.548
1873.....	2.045.028	300.998	1.104	30.658.587	500.000
1888.....	3.158.914	1.085.042	7.571	197.148.973	2.459.120
1891.....	3.490.417	1.305.242	12.475	680.343.952	2.906.048
1895.....	4.094.911	1.153.749	14.116	485.360.121	4.892.005
1900.....	4.894.149	1.731.700	16.563	541.575.623	6.427.417
1901.....	5.026.913	1.776.400	16.907	548.358.499	7.311.048
1902.....	5.102.248	1.793.058	17.377	560.946.206	7.683.475
1903.....	5.240.986	1.890.948	18.404	573.089.585	9.114.616
1904.....	5.460.028	1.925.429	19.428	588.597.929	10.655.511
1905.....	5.728.197	2.064.279	19.794	627.230.616	11.424.438
1506.....	6.024.771	2.262.676	20.500	671.688.874	13.081.461
1907.....	6.210.428	2.382.557	23.126	775.964.416	13.897.593
1908.....	6.484.023	2.558.617	23.722	847.587.343	18.141.344
1909.....	6.805.684	2.695.957	25.551	909.800.000	19.078.918
1910.....	—	—	—	—	18.775.672

En el transcurso de cuarenta y cinco años, la población en la Argentina, ha llegado á alcanzar incrementos á los cuales ha acompañado un gigantesco desarrollo ferroviario, en el cultivo, en la producción é inversiones capitalistas y en la exportación. Sin la afluencia del material humano, el desenvolvi-

miento argentino, como en todos los pueblos sucede, no habría alcanzado el nivel actual.

*
* *

Un aspecto importante del estado agrícola argentino, es la relación del cultivador con la propiedad. El Censo Agropecuario de 1908 no investigó la condición de los agricultores en la República, como lo hizo el Censo general de 1895, y es de sentirlo, porque sus cifras habrían servido para deducir otras consecuencias muy interesantes. Pero á pesar de esta dificultad, se pueden establecer comparaciones suficientes para confirmar las opiniones vertidas, valiéndonos al efecto de datos igualmente oficiales y autorizados.

En el total de propiedades exclusivamente agrícolas que, en número de 180.495, anotó el censo de 1895, se comprobó que el 60,7 por 100 eran explotadas por su propietarios; 30,6 por 100, por arrendatarios, y 8,7 por 100, por medieros y tercianeros.

Estudiando el Boletín anual de la Dirección de Estadística y Economía Rural, correspondiente al año 1908, se observa que del total de chacras exclusivamente de trigo y lino, que son las más y que figuran en los registros de cosecha, las explotadas en la provincia de Buenos Aires por sus propietarios sumaron sólo 26,2 por 100 mientras que ascendían á 61,8 por 100 las de arrendatarios y á 12 por 100, las de medieros. En Córdoba, los propietarios representaban 34,3 por 100; los arrendatarios, 51,5 por 100, y los medieros, 14,2 por 100.

Santa Fe y Entre Ríos ofrecían estos otros promedios:

	Provincia de Santa Fe.	Provincia de Entre Ríos.
Chacras explotadas por propietarios.....	48,3 por 100	51 por 100
Por arrendatarios	40,7 »	25,5 »
Por medieros	11 »	23,5 »

Comparando estos porcentajes con los generales averiguados por el censo de 1895, se evidencian las proposiciones notables que ha asumido la explotación de tierras arrendadas, sin perjuicio del aumento habido de propietarios, como resultado del adelanto del agricultor. El aumento en el número de propiedades vendidas durante el quinquenio de 1901-1906, nos lo enseña también el Boletín de la Dirección de Estadística Agrícola, registrando para la provincia de Buenos Aires el 35 por 100; para la de Santa Fe, 49,8 por 100; para la de Córdoba, 31,4 por 100, y para la de Entre Ríos, 44,9 por 100.

El sistema de arrendamiento que proporciona tierra laborable al colono sin propiedad y el cultivo extensivo que exige poco capital, han facilitado la colonización interior en la Argentina.

El número de propietarios ha aumentado durante el período que nos ocupa, pero la notable diminución del cultivo de las tierras por sus propietarios es algo que debe preocupar al político argentino.

La formación de una clase de propietarios territoriales absenteístas es de consecuencias funestas para el Estado. Los Estados Unidos, país que ofrece grandes analogías con la Argentina, en lo que á la colonización interior se refiere, ofrece una relación entre la actividad y la propiedad más tranquilizadora. El número de propiedades existentes (farms) en los Estados Unidos, en 1880, era 4.008,907; el por ciento de las mismas cultivadas por el propietario (Owners) era 74,5; por los arrendatarios (Cashtenants), 8,0; por medieros (Sharetenents) 17,5. En 1890, la relación era: propiedades explotadas, 4.564.641; tierras que estaban cultivadas por el propietario, 71,6; por arrendatarios, 10,0; por medieros, 18,4. Año de 1900: número de propiedades, 5.737.372; propietarios trabajadores, 64,7; arrendatarios, 13,1; medieros, 22,2 (1).

*
* *

(1) *Abstract of the Tirelfth Census,* 1900.

Cuando el distinguido escritor agrario Dr. Pohle examinaba, en su libro notable *Deutschland am Scheidewege*, las condiciones de concurrencia de la producción triguera ultramarina, hacía singular detenimiento en las condiciones agrícolas argentinas y de otros países concurrentes de la producción cereal de la Europa central del Sur (1).

Todos los grandes tratadistas agrarios coinciden en afirmar el carácter extensivo de la agricultura ultramarina, consideración que precisa tener muy en cuenta para averiguar la causa de su empuje como concurrentes de la agricultura europea. La cuota de producto neto es en media mayor en el cultivo extensivo que en el intensivo, al paso que el producto bruto es en media mayor en el intensivo que en el extensivo. La economía privada sale más beneficiada en el cultivo extensivo cuando éste se aplica en grandes extensiones de tierras de colonización que exigen poco capital.

El profesor Sering, de Berlín, estudió en 1887 la concurrencia norteamericana, y hacía las siguientes comparaciones de la producción del trigo (2). Número de hectolitros producidos por hectárea en los siguientes países: Gran Bretaña, 26,9; Bélgica, 24,3; Holanda, 21,6; Noruega, 20,3; Alemania, 17; Francia, 14,9; Rumanía, 12; Hungría, 11; Estados Unidos, 10,7. Otro tratadista famoso, y, como estadístico, superior á Sering, el profesor Ballod, confirma que hasta fines del siglo XIX la relación no ha cambiado (3). La media de producción de trigo por hectárea fué en kilogramos la siguiente: Alemania (1893-99), 1.700; Rusia (1893-99), 726; Estados Unidos (1896-1900), 875. Esto prueba el carácter extensivo del cultivo ultramarino y ruso. En esta categoría está comprendida la agricultura de la Argentina, Canadá, Australia, etc. En la

(1) Doctor L. Pohle: *Deutschland am Scheidewege*. Leipzig, 1902.

(2) Sering: *Die landwirtschaftliche Konkurrenz Nordamerikas in Gegenwart und Zukunft*.

(3) *Schriften des Vereins für Sozial politik*. Bol. 90.

Argentina, según Pohle (1), el producto medio por hectárea del cultivo del trigo fué, en 1900, de 853 kilogramos; en Australia (1899-900), 560 kilogramos.

Tal estado de la producción se comprende con la simple lectura de las descripciones de los países que se estudian. Los trabajos del profesor Schulze-Gävernitz (*Volkswirtschaftlichen Studien aus Russland*) y del Dr. Lehmann y Parvus (*Das hungernde Russland*), presentan á Rusia y su cultivo extensivo como una economía agraria, en la cual el capital invertido es enormemente pequeño. Consiste en una casa de madera en el Norte; en el Sur, de un armazón de mimbres cubierto con estiércol seco, las paredes se blanquean de cal y las techumbres son de paja; un pequeño corral, en donde se amontona el trigo, y unos cobertizos para el ganado; pero falta el granero: sobre unas tejas se deposita el estiércol, que el labrador emplea como combustible y como material de construcción. Tanto en el Norte como en el Sur, impera el sistema del cultivo á tres campos, al que va unida una pequeña porción de ganado. El trigo chamorro es lo que más se cultiva. La labor se hace á 1 $^1/_2$ pulgadas de profundidad cuando se emplea el gran arado ruso; si se emplea el pequeño, la labor penetra hasta de 2-3 pulgadas; muchas veces queda diseminada la semilla al pasar el rastrillo; la trilla se hace con dos rodillos, y el abono apenas se utiliza, á no ser en raros casos. Aun en las grandes explotaciones, el cultivo, siendo más cuidadoso, es extensivo. En las famosas tierras negras del Sur se cultiva casi siempre sin abono, trabajando las tierras durante cinco años y dedicándolas á barbecho después, durante quince años.

Los norteamericanos cultivan, según describe Sering, á diferencia de la Europa central y occidental, que hace intensivo el aprovechamiento de pequeñas parcelas, escogiendo grandes extensiones de terreno, trabajándolas con el menor empleo de trabajo y costo. El mismo Jorge Wáshington, en sus cartas,

(1) Obra citada.

aconsejaba este sistema. Esta clase de cultivo no significa atraso; antes al contrario, perfecto conocimiento económico de la explotación, pues si se empleasen procedimientos intensivos para obtener el mayor producto bruto posible, resultaría que, dados los altos salarios de Norteamérica y el gran valor de los capitales, la explotación no resultaría rentable.

En la Argentina, según el profesor Dr. Kaerger, muy conocedor de la América española (1), el cultivo extensivo imprime carácter á la agricultura del país. Tan característico como el arado es en la provincia de Santa Fe la profundidad de las labores. «Yo mismo—escribe—he medido algunas veces la profundidad de los surcos, y nunca han sido más grandes que la anchura de mi mano: ¡venían á tener de 8-9 cms.» En Alemania, las labores no se hacen de menos de 15,20 cms., y en los cultivos extensivos sajones son de 30-35 cms. Esta pequeña profundidad de los surcos, unido á que el ganado de labor es fuerte, es la causa de que, á pesar de la dureza de la tierra de Santa Fe, se pueda labrar diariamente tres veces más de lo que se consigue en Alemania ($1^1/_2$ contra $^1/_2$ hectáreas). Para el costo de producción del trigo, esta circunstancia es de gran importancia, lo mismo que el hecho de no abonar nunca los campos.

Considérese, pues, la fuerza que tienen estos países concurrentes de Ultramar y la situación de algunos pueblos europeos.

La Argentina es el país que produce cereales á más bajo costo. Una síntesis de las estadísticas publicadas durante buen número de años, arroja que el valor comercial de los productos cosechados ha representado, por cada hectárea sembrada, un término medio de pesos 58,73 para el trigo, 66,00 para el lino y 70,17 para el maíz.

---

(1) Kaerger: *Landswirtschaft und koloniation un Spanischen Amerika*. Leipzig, 1901.

El costo aproximado de los productos, por hectárea, es el siguiente, según las observaciones de F. T. Molinas (1):

	Trigo. — Pesos.		Lino. — Pesos.
Preparación de la tierra	4		4
Segunda preparación y siembra	4		4
Semilla	5		7
Siega y emparve	8		8
Trilla (800 kilos)	8	(670 kilos).	7,37
Bolsas á pesos 0,27	3,40		2,57
Acarreo á estación	1,60		1,34
Repuestos para máquinas y útiles	2,50		2,50
Contribuciones, impuestos y patentes	1,35		1,30
Fletes ferrocarriles (término medio, 250 kilos, á pesos 0,55 los 100 kilos)	4,40	(pesos 0,75).	5,03
Costo por hectárea	42,25		43,11

	Pesos.
Preparación de la tierra	4
Siembra y semilla	5,50
Aporcar	4
Cosecha (1.620 kilos, á pesos 0,65 por 100 kilos)	10,53
Desgrane, á pesos 0,15 los 100 kilos	2,44
Bolsas, á pesos 0,18	2,50
Acarreo á estación	3,24
Repuesto para máquinas y útiles	1,50
Contribuciones, impuestos y patentes	1,35
Fletes ferrocarriles, á pesos 0,48 los 100 kilos	7,78
Costo por hectárea	42,84

Nos hemos servido, dice Molinas, para fijar el rendimiento de los productos, de los términos medios que nota la estadística oficial en los últimos diez años (1900-1909), admitiendo también como transportada toda la producción para simplificar los cálculos, porque si bien las cantidades necesarias para semilla quedan en poder del agricultor, no tienen, empero, mayor importancia. La de trigo, que es el cultivo más exigente, sólo representa un 7 por 100.

(1) Obra citada.

Si tomamos ahora estos términos medios del costo y los del valor que han representado las cosechas, llegaremos al siguiente resultado:

		Pesos.
Valor comercial de la producción de trigo (1900-1909). Toneladas, 34.197.441 ..... $ m/m		2.522.121.000
Valor comercial de la producción de lino (1900-1909). Toneladas, 6.936.185		728.015.000
Valor comercial de la producción de maíz (1900-1909). Toneladas, 32.595.062		1.535.293.000
		4.785.429.000
Costo de la producción de lino, hectáreas, 10.406.514	448.625.000	
Costo de la producción de maíz, hectáreas, 20.111.586	861.580.000	3.117.726.000
Beneficio neto á favor de la producción		1.667.703.000

Este beneficio representa el 54 por 100 anual del capital invertido en el costo de los productos. Se puede también estudiar la parte correspondiente á los demás factores de producción.

Los agricultores han gastado para levantar sus cosechas (segar y emparver), de acuerdo con el cálculo anterior, una suma anual de 65.239.000 pesos, que ha debido pasar, en su mayor parte, á manos de los braceros, y el resto á las del comerciante; las faenas de trilla han absorbido otros 63.075.000 pesos, beneficiando á los empresarios de máquinas, á los peones de éstas y al comercio; y siguiendo en este orden de deducciones, anotaremos además otras cantidades en que va incluído el beneficio comercial:

	Pesos.
Bolsas	22.249.000
Carros para el acarreo á la estación	15.956.000
Casas de máquinas, herrerías, etc., por piezas de repuesto y composturas	12.199.000
Fletes ferrocarrileros, exclusivamente del transporte de los tres productos	39.696.000

Estos enormes capitales que han representado anualmente las cosechas, son la mejor explicación que podemos darnos del origen y causa del paulatino aumento en el valor de las tierras, de la actividad del comercio, del incremento de la inmigración, ferrocarriles y puertos, como de todo el conjunto de elementos de progreso que realzan actualmente á la República, y que han tenido como impulso eficiente la gran industria nacional.

No hemos incluído en el costo la parte correspondiente á la tierra, teniendo en cuenta que el agricultor-propietario no acostumbra anotar en sus cálculos suma alguna de compensación por el capital invertido en ella, porque sabe de antemano que, con su propio trabajo y el colectivo, así como también con el conjunto de bienes económicos que se incorporan á los centros de producción, surge la valorización constante de la propiedad rural, en proporciones muy superiores á las que representaría el interés del capital empleado.

La renta de la tierra, en caso de arrendamiento ó de medianería, gravita alrededor del 27 por 100, cantidad que deja el remanente de producción necesario para que el trabajador llegue á ser propietario. En España tenemos ejemplos como los siguientes, que conviene recordar constantemente: la hectárea dedicada al cultivo de trigo en la Coruña exige un gasto de 183 pesetas, y da un beneficio de 20,36 pesetas; el gasto absorbido por la renta de la tierra, es de 112,60 pesetas: la renta representa en aquel litoral el 61 por 100 del total de los gastos.

Añádase á esto, que el cultivo en España es en su mayor parte extensivo: de 1896-1905, el promedio de hectáreas cultivadas es 3.671.375, correspondiendo al promedio de secano 3,4 millones y al de regadío unas 219.000 hectáreas. La producción media por hectárea es de 800 kilogramos de trigo. De donde resulta que la ventaja económica del cultivo extensivo queda en España neutralizada por la altura desproporcionada de la renta. Los 100 kilogramos de trigo argentino se venden en la Argentina á 15,40 pesetas; y como el flete es bajo, puede competir con la producción triguera española, la cual, por los gran-

des costos de producción, no puede tener precio remunerador sino desde 25 pesetas los 100 kilogramos.

Esta es la gran ventaja de la Argentina, éste el gran problema agrícola español; y digo problema, porque no puede llamarse otra cosa al estado de una producción que, como la del trigo en España, representa un valor de 780 millones de pesetas anuales.

¿Cómo se quiere resolver entre nosotros cuando, como ahora sucede, el precio del trigo está por debajo del precio remunerador? Recargando el Arancel en 2,50 pesetas sobre las 8 que, por cada 100 kilogramos, paga el trigo importado. ¿Es ésta una solución? No entro á discutirla, pero hora es ya de que comiencen los políticos á pensar en la conveniencia de hacer remunerador el cultivo del trigo en España, no recargando el Arancel, es decir, neutralizando la acción bienhechora de la desgravación del pan, perseguida con la reciente ley de transformación del impuesto general de consumos, sino rebajando los costes de producción, atacando el capítulo de la renta de la tierra.

***

Un libro notable acaba de ser publicado por el profesor de la Universidad de Córdoba, Dr. Ducceschi, sobre *El mal de montaña ó puna de los Andes*. En este libro se hacen observaciones de excepcional interés para geógrafos, físicos, médicos, etcétera.

Según Ducceschi, el primero que ha descripto el mal de montaña en el hombre, fué el padre jesuíta español José Acosta, allá por el año 1580.

Este intrépido jesuíta recorrió varias veces los Andes peruanos. Al trepar la altísima sierra de Paviacaca con algunos compañeros, dice el padre: «Cuando subí, me dió una congoja tan mortal, que estuve con el pensamiento de arrojarme de la cabalgadura en el suelo, y porque aunque, íbamos muchos, cada uno apresuraba el paso por salir presto de aquel mal paraje,

sólo me hallé con un indio, al cual le rogué me ayudase á tenerme en la bestia. Y con esto, tantas arcadas y vómitos, que luego pensé dar el alma... Finalmente, digo que si aquello durara, entendiera ser cierto el morir...»

Por su parte, el Dr. Ducceschi dice: «Solamente quien ha subido á pie arriba de los 4.000 metros de altitud, se da cuenta de la transformación que sufre nuestro organismo en las altas montañas. Los pulmones, el corazón, el cerebro y el estómago se hacen el asiento de malestares en gran parte insólitos... El recuerdo de estos sufrimientos dura toda la vida junto con el majestuoso y fascinante panorama que se goza desde las altas cumbres.»

Con razón, entonces, los incas, según el P. Acosta, en los parajes más elevados de la montaña, erigían pequeños monumentos de piedra rústica, en homenaje á sus divinidades tutelares, para que les permitieran atravesar las cumbres sin sufrimientos. Sobre esos monumentos, llamados «apachitas», arrojaban calzados viejos, plumas y coca mascada. Por lo visto, las divinidades de los incas eran muy poco exigentes. Ahora, la simple buena voluntad de un funcionario público terrestre cuesta mucho más.

Casi dos siglos después del P. Acosta llega á los Andes la célebre expedición de la Academia francesa, compuesta por los sabios Bouguer, Condamine, Godin, etc., acompañados por los oficiales españoles Jorge y Antonio Ulloa. No deja de sorprender que estos sabios eminentes pasaran casi por alto el extraordinario fenómeno de la «puna», ó, mejor dicho, que sus conjeturas fuesen tan superficiales y erróneas. En cambio, los célebres oficiales Ulloa, de quienes se rieron al principio los sabios franceses, se ocuparon del asunto con una penetración y clarividencia admirable: ellos fueron los primeros que explicaron el fenómeno desde el punto de vista científico. Han sido, pues, los españoles los primeros que describieron y explicaron «el mal de montaña». No todo ha de ser peteneras.

Según Ducceschi, el mal de montaña en los Andes se ma-

nifiesta por un cansancio inexplicable, palpitaciones cardíacas, confusión de ideas, incapacidad mental, inapetencia, náuseas, vómitos, zumbido y dolor de oídos, hemorragias y atonía genésica. Después de haberse adaptado al nuevo medio, la mayor parte de esas dolencias desaparecen, menos la incapacidad mental y la atonía genésica.

De todo esto podríamos deducir muchas consecuencias interesantes: por ejemplo, vemos que los efectos del mal de altura físico son inversos á los de la altura del poder: recordemos la lucidez de espíritu de Sancho Panza cuando ascendió á la cumbre del poder en la ínsula. A más de cuatro mil metros sobre el nivel del mar, la inteligencia más brillante se anubla; en la cima del poder, el hombre más malo resulta un lince; se le aclara la vista, un apetito desordenado lo invade, no conoce el cansancio, ni mucho menos las náuseas, acabando por aumentar de peso y de volumen rapidísimamente.

Si consideramos otro de los fenómenos fisiológicos apuntados, creo que podría establecerse, con éxito, á más de cuatro mil metros de altitud, sanatorios para enamorados crónicos y eróticos. Así se explica la vida apacible y dulce de los monjes ermitaños: después de cierta altura sobre el mar, el tercer enemigo del alma desaparece espontáneamente. Pero sigamos con más seriedad. El estudio del Dr. Ducceschi tiene méritos resaltantes. Pone de manifiesto algunos errores y prejuicios de otros sabios y exploradores de los Andes que estudiaron nuestro mal de montaña, y abre nuevas vías y horizontes al estudio del fenómeno. Es un trabajo genuinamente argentino, pues no ha necesitado salir del país para ejecutarlo.

La cuna histórica del mal de montaña está en los Andes, y en los Andes argentinos se encuentran las mayores alturas, no superadas sino por algunas montañas del Asia. Esto es, sin duda, una novedad para muchos, pues, hasta hace poco tiempo, el Sorata ó Illimani de Bolivia eran considerados como los picos andinos más elevados; sin embargo, recientes triangulaciones han dado el triunfo á nuestro Aconcagua y Tupungato.

El Dr. Ducceschi ha llevado á cabo sus estudios en las sierras de Famatina, á 29 grados de latitud y cuatro y cinco mil metros de altura, donde se encuentran varios establecimientos mineros, con numeroso personal, ofreciendo un vasto campo de observación, experimentación é informe. Las dos regiones del mundo donde se ha estudiado el mal de montaña son los Alpes, en Europa, y los Andes, en América del Sur. De más está decir que el curioso fenómeno tiene por causa fundamental la diminución de la presión atmosférica. Cuando el barómetro marca alrededor de 76 centígrados, la atmósfera ejerce una presión sobre nuestro cuerpo ignal á un kilo y fracción por centímetro cuadrado. A cuatro y cinco mil metros sobre el nivel del mar—punto de referencia,—esa presión ha disminuído cerca de la mitad. Ahora bien; en los Alpes, los síntomas del mal aparecen ya á los tres mil metros; en los Andes, sólo á los cuatro mil. Esta diferencia sedebe, según Ducceschi, á la fatiga que ocasiona la ascensión en los Alpes—á pie,—mientras que en los Andes se hace cómodamente en mula. El frío en los Alpes es otro factor adverso. Cuando últimamente se trató de analizar, desde el punto de vista fisiológico, los fenómenos provocados en el organismo por la depresión barométrica en los Alpes, no se pudo deslindar muy bien los efectos del frío y del cansancio con los del enrarecimiento del aire, como ser algunas manifestaciones nerviosas, cardíacas y gástricas. Las investigaciones de Ducceschi en los Andes ponen en claro estas dudas.

Otra cuestión interesante y nueva es la que Ducceschi llama «puna de la bajada», fenómeno que da á conocer por primera vez este distinguido profesor. Después de estar adaptado al medio, si se desciende rápidamente más de dos mil metros, aparecen nuevamente los síntomas del mal. El estudio del mal de montaña en los Alpes se refiere exclusivamente al hombre, mientras que en los Andes las investigaciones pueden extenderse hasta los animales de carga, mulas y caballos. La muerte de éstos por hemorragias es muy común. Ducceschi saca

gran partido de ello. Recordemos que á San Martín, el paso de los Andes por Los Patos (3.565 metros) le costó la pérdida de cuatro mil mulas y setecientos caballos. Con la fatiga, la «puna» se agrava y complica. Investigadores europeos han confundido la puna de los animales en los Andes con envenenamientos de origen vegetal, como «la tembladera», etc. El Dr. Ducceschi deslinda la cuestión. En fin, las teorías en boga hasta hoy, acerca del mal de montaña, tendrán por fuerza que modificarse, basándose en las observaciones del profesor Ducceschi.

El fenómeno más simple en apariencia, si se analiza, si se le penetra, inmediatamente se complica. Dijimos que la causa fundamental del mal de altura es la gran depresión barométrica, el aire rarefacto; sobre esto no hay discusión; sin embargo, no es la causa única. Porque ¿cómo se explicaría entonces el fenómeno, tan conocido por los exploradores y viajeros en los Alpes y en los Andes, de que hay regiones mucho más bajas que otras, donde, sin embargo, el mal ataca con violencia?

Si el mal de montaña fuese una función simple de la presión atmosférica, de antemano ya sabríamos á qué altura exacta debíamos esperar el ataque; y no hay tal cosa. Los guías conocen muy bien esos lugares «apunados» ó endiablados, los que no siempre son los más altos. El nuevo factor no puede ser otro que la electricidad, la reina madre de todas las fuerzas en el Universo. Ya en 1833, los viajeros Cunningham y Scott, observaron en los Andes, que allí donde el mal de montaña era más intenso, correspondía siempre un potencial eléctrico muy elevado. Fisiólogos como Zuntz, Mosso y otros, son también partidarios del factor eléctrico, ó, para ser más estrictos, de una alta ionización de la atmósfera. Cualquiera que tenga un ligero ideal del papel que juega la electricidad en todos los fenómenos de la Naturaleza, le costará muy poco aceptar la sospecha. Basta recordar, que sobre las montañas de cuatro y cinco mil metros de altura, el potencial atmosféri-

co puede llegar á dos mil voltios! Viajeros y exploradores de los Andes refieren casos curiosísimos.

De noche, con frecuencia, las velludas orejas de las mulas se convierten en dos penachos luminosos; al tocar las ropas de lana ó vicuña, saltan chispas que pican y mortifican. Darwin dice, refiriéndose á su viaje por los Andes, «que si se frotaba en la obscuridad una camiseta de lana, aparecía como si hubiese sido lavada con fósforo». Los exploradores Tschudi, Bertrand, Güssefeldt, también refieren casos extraordinarios. En la Puna de Atacama sobre el pico de El Cadillal, de cinco mil metros de altitud, con motivo de unos trabajos de triangulación, al ir á coronar la columna de un hito, con una piedra larga y puntiaguda, se oyó una espantosa detonación, cayendo de espaldas los peones que operaban. Se trataba de un rayo en seco y cielo límpido. Esto refiere el explorador San Román.

Según Ducceschi, el Dr. Doering recorrió la Puna de Atacama, en 1900, sin comprobar ningún fenómeno eléctrico. «Esto indica—dice el primero—que no siempre son evidentes dichos fenómenos, y que la sequedad del aire no es tal vez la única causa necesaria para producirse.» Yo me permitiría indicar una causa que ha sido pasada por alto, quizá por encontrarse á gran altura: quiero referirme á la acción electromagnética del sol. Hoy en día es cosa sabida que la carga eléctrica terrestre varía según el estado de actividad del sol, especialmente cuando la región perturbada del astro cruza el Meridiano central, ó, si se quiere, más cincuenta horas después de este momento. Las oscilaciones del potencial eléctrico del sol en esa región perturbada, deben repercutir por inducción sobre la carga terrestre, aunque sea difícil explicar el cómo. Después de los experimentos y comprobaciones del ilustre especialista (1909) Dr. Nodón, astrónomo, químico é ingeniero, no puede dudarse ya. Ahora bien: ¿cómo se explicaría esa discrepancia absoluta entre los exploradores de los Andes, respecto á los fenómenos eléctricos? ¿Por qué razón algunos no han notado nada anormal, y otros, como Darwin, Schudi, Bertrand, Güs-

sefeldt y San Román, refieren casos sorprendentes? ¿No sería lógico suponer que esas variaciones tan grandes del potencial eléctrico en las montañas se deben al estado del sol en esas distintas épocas ó momentos?

Si tratáramos, por lo menos, de orientarnos «grosso modo» en este problema tan complejo, creo que debiéramos principiar por comparar las épocas de las observaciones de los exploradores con las del «máximum» y «mínimum» de la actividad solar, aceptando la manera de ver, casi unánime, de que á las épocas del «máximum» correspondería una sobrecarga en el potencial eléctrico del sol, y lo contrario en el «mínimum».

Veamos: el Dr. Doering no observa ningún fenómeno eléctrico en el año 1900. Período del «mínimum» del sol: 1900.

El Dr. Ducceschi tampoco observa nada extraordinario en 1910. Período del «mínimum» del sol: 1910.

Schudi, en 1838, observa fenómenos extraordinarios. Período del «máximum» del sol: 1838.

San Román, en 1896, fenómenos extraordinarios. Período del «máximum» del sol: 1894.

Bertrand, en 1885, fenómenos extraordinarios. Período del «máximum» del sol: 1883.

Darwin, en 1833, fenómenos extraordinarios. Período del «mínimum» del sol: 1833.

Güssefeldt, en 1888, fenómenos extraordinarios. Período del «mínimum» del sol: 1889.

En estos siete casos, podríamos decir que hay cinco favorables á la sospecha, y dos adversos, pues las fechas de Bertrand y San Román corresponden cada una á dos años después del «máximum», cuando todavía el sol pelea brillantemente en retirada. Los dos casos netamente contrarios serían los de Darwin y Güssefeldt. Esto no es más que un ligero revuelo, que me permito ejecutar por mi cuenta y riesgo, pues ignoro si el asunto ha sido tratado alguna vez desde tal punto de vista.

* * *

Uno de los problemas más interesantes de los pueblos iberoamericanos es el que plantea la existencia de la gran masa de población aborigen, que no ha sido asimilada por el elemento conquistador ni mezclada en la población mestiza, aborígenes que viven, ó aislados socialmente ó refractarios á toda adaptación de vida civilizada. No es posible dar ni un cálculo aproximado de la población americana aborigen existente hoy en distintas Repúblicas, pero puede afirmarse que es importante su número, y que constituyen una magnitud no despreciable como fuerzas de trabajo.

En el Perú, los indígenas de la sierra y de las montañas son objeto de un estudio pedagógico del ingeniero y profesor peruano Sr. Guarini, quien, inspirándose en los esfuerzos hechos por los Estados Unidos, Francia y Bélgica, en la educación de negros y pieles rojas, plantea para la República peruana, como cuestión tan trascendental como la colonización y las comunicaciones, la de la educación del indio. En los Estados Unidos fué imposible realizar la reexportación de toda la población negra al Africa, y se acometió la tarea de la educación de los negros, creando escuelas especiales.

En el Estado independiente del Congo existen varias escuelas profesionales para enseñar á los negros los diferentes oficios.

Al principio, la enseñanza de los indígenas en los Estados Unidos fué académica, pero los resultados fueron poco felices. Se debe al Instituto de Hampton el haber reaccionado con éxito contra esa tendencia, creando un gran Instituto profesional especial, donde predominan los cursos de agricultura y de los diferentes trabajos manuales.

El trabajo manual es la forma redentora de la enseñanza, para las razas atrasadas en general, y, sobre todo, para los indígenas de la sierra y de la montaña. Dichos indígenas son inteligentes, pero rebeldes á los estudios teóricos y abstractos. El cálculo, el dibujo, así como las nociones fundamentales de la Física y de la Química, no deben ser separadas de los he-

chos prácticos, porque su concepción no va más allá de los hechos particulares y del concreto.

No es sino difícil y gradualmente como se llega á las generalizaciones y deducciones, sacadas de un gran número de hechos, que impresionan sus sentidos.

En el Instituto de Hampton, donde existe una Escuela normal, para formar el profesorado especial de indígenas para los indígenas, toda la organizacion escolar tiene como objeto dar á los jóvenes indios la ambición en la vida, el valor y la habilidad, para abrirse un camino en las industrias y en los oficios.

Para resolver el problema de la educación de la raza indígena, el Sr. Guarini propone los siguientes medios:

«Poner á los indios en el más inmediato contacto con nuestra civilización.

Hacer lo posible para levantar su espíritu, en lugar de oprimirlo.

Generalizar la instrucción primaria entre los indios.

Atraer los hijos de los indios á la escuela, dándoles todas las facilidades posibles, por ejemplo, proporcionándoles almuerzo y comida en la escuela.

Para los indígenas adultos, organizar cursos ambulantes, eminentemente prácticos é intuitivos.

Llamar, bajo las armas, á un gran número de indígenas; enseñarles á leer y escribir, dándoles hábitos de trabajo, enseñándoles un oficio, dándoles una pequeña remuneración y utilizando sus servicios para la construcción de obras públicas, como se ha hecho ya, varias veces, en diferentes países europeos.

Crear en las escuelas de Artes y Oficios una sección especial para aprendices indígenas, donde se principiaría á enseñarles á leer y escribir, y después se les daría los mismos cursos que actualmente se dan á los aprendices existentes.»

Entre los inscritos se escogerían los más inteligentes y los más aptos para cursar en las divisiones superiores, con el obje-

to de formar instructores de la raza indígena, siguiendo así el sistema del Instituto de Hampton.

El estudio del profesor Sr. Guarini (1) hace pensar en otros países americanos que, como Bolivia, tienen una gran masa predominante de población aborigen. Como la inmigración no puede sustituir rápidamente ni desplazar la población aborigen, precisa sacar el mayor partido posible de ella; y, aunque la cuestión no se plantease de esta manera, siempre habría que pensar en si era conveniente la conservación de los elementos aborígenes en beneficio de las razas superiores que gobiernan las Repúblicas.

En la división del trabajo corresponde el trabajo no calificado, el esfuerzo puramente manual, á los trabajadores étnica ó socialmente inferiores. El trabajador que procede de una raza superior, que tiene capacidad progresiva, rápidamente se adapta á trabajos calificados; mientras que los trabajadores pertenecientes á razas inferiores, difícilmente se adaptan á grados superiores de actividad. Los psicólogos afirman que los hijos de los blancos, al aprender un trabajo, parece que no hacen más que recordar, mientras que los negros todo lo reciben como cosa desconocida.

La conservación de las razas inferiores, para dedicarlas á trabajos propios de su bajo nivel intelectual y de su potencial de trabajo, tiene un positivo valor económico, por cuanto su tenor de vida no exige consumos costosos y su capacidad productiva es superior á su consumo. Fuerzas de trabajo baratas, utilización de brazos desaprovechados para la civilización moderna, es lo que, en último término, significa, la educación de los elementos aborígenes de las Repúblicas americanas.

***

La Argentina celebra el centenario de Domingo Sarmien-

(1) *El problema de la educación nacional.* Lima, 1910.

to. La figura de este hombre es para la Argentina un ídolo, para la América un símbolo, para el resto del mundo que sin pasión mire las cosas, la fusión de varios temperamentos é idealidades en el cuerpo de los soñados escultores de pueblos.

La mentalidad de Sarmiento era la síntesis de voluntarismo avasallador de una imaginación creadora, de una cultura conseguida con devoción incesante, de un filoneísmo propio de los espíritus vírgenes y profundamente idealista. Por esto fué soldado, conspirador ante esos abortos de la política americana que, como Rosas y Melgarejo, no representaban progreso alguno; fué maestro de escuela, literato y... estadista de un pueblo en formación; que no otras podían ser las bases de su preparación para misiones de tal índole.

Admiro las glorias de Bismarck; pero admiro más á Cavour, porque Bismarck recibió una Prusia hecha, y sobre ella fundó el Imperio; Cavour tuvo que hacerlo todo ó casi todo. De la misma suerte que el gran estadista latino-italiano, el estadista latino-argentino tuvo que hacerlo todo, y para ello empleó la espada y la escuela, á fin de moldear con un material bárbaro una nacionalidad de alma ardiente.

La influencia intelectual más poderosa sobre la juventud de Sarmiento se debió al presbítero D. José de Oro, su tío. El clérigo Oro era todo un carácter, apasionado de la veracidad. *Recuerdos de provincia* trae este animado boceto de aquel despertador primario del alma de Sarmiento: «Mi inteligencia se amoldó bajo la impresión de la suya, y á él debo los instintos por la vida pública, mi amor á la libertad y á la patria, y mi consagración al estudio de las cosas de mi país, de que nunca pudieron distraerme ni la pobreza, ni el destierro, ni la ausencia de largos años. Salí de sus manos con la razón formada á los quince años; valentón como él, insolente contra los mandatarios absolutos, caballeresco y vanidoso, honrado como un ángel, con nociones sobre muchas cosas y recargado de hechos, de recuerdos y de historias de lo pasado y de lo entonces presente, que me han habilitado después para tomar con facilidad

el hilo y el espíritu de los acontecimientos, apasionarme por lo bueno, hablar y escribir duro y recio, sin que la prensa periódica me hallase desprovisto de fondos para el despilfarro de ideas y pensamientos que reclama. Salvo la vivacidad turbulenta de su juventud, que yo fuí siempre taimado y pacato, su alma entera transmigró á la mía, y en San Juan, mi familia, al verme abandonarme á raptos de entusiasmo, decía: «Ahí está D. José de Oro hablando», pues hasta sus modales y las inflexiones de voz alta y sonora se me habían pegado.»

La persecución política obligó al clérigo Oro y á su sobrino Sarmiento á refugiarse en una serranía de San Luis, en San Francisco del Monte. Allí continuó el trabajo escolar de Sarmiento. Su fe apostólica por la cultura le convirtió en maestro á los quince años, maestro de jóvenes mayores que él, y ricos por añadidura que no sabían leer. Su devoción por la cultura nació de su formación escolar; su fe apostólica, de la contemplación de las masas bárbaras de llaneros, que le hizo comprender la necesidad de regenerarles por la cultura y arraigar en él el sentimiento del deber de sacrificarse en tal empresa. Esas hondas emociones de que habla Lombroso, y como determinantes en la juventud de la vocación que ha de constituir después el trabajo de toda una existencia, las sintió el joven Sarmiento cuando vió entrar en San Juan á los montaraces llaneros de Quiroga.

«—¡Era yo comerciante y estaba parado á la puerta de mi tienda, frente á frente de lo que hoy es providencialmente la escuela Sarmiento, viendo llegar seiscientos... con el alarde triunfal que da el polvo y la embriaguez! ¡Qué espectáculo! Habían montado en briosos corceles, tomados de los prados artificiales, y entonces usaban para guarecerse, en los Llanos de los montes, de *garabatos*, enormes guardamontes, que son recios parapetos de cuero crudo, á fin de salvar sus piernas y aun la cabeza del contacto de sus espinas de dos cabezas, como dardo de flecha. El ruido de estos aparatos es imponente, y el encuentro y choque de muchos, como el de escudos y

de armas en el combate. Los caballos briosos, y acaso más domesticados que sus caballeros, se espantaban de aquellos ruidos y encuentros extraños, y, en calles sin empedrar veíamos los espectadores avanzar una nube de denso polvo, preñada de rumores, de gritos, de blasfemias y carcajadas, apareciendo de vez en cuando caras empolvadas aún, entre greñas y harapos, y casi sin cuerpo, pues que los guardamontes les servían de ancha base, como si hubiera también querubines de demonios medio centauros.»

Para formarse una idea de la vida de Sarmiento, habría que hacerse la ilusión de que pasaba ante nosotros una cinta cinematográfica con escenas de destierro, batallas, peregrinaciones, momentos de estudio, de gestación de obras, de discursos políticos, de lecciones de aula, de artículos de polémica... Esta fué la vida de Sarmiento. En el destierro, cuando se encuentra en contacto con un pueblo inferior á su cultura, se dedica á enseñar: tal vez una de las mayores glorias de Sarmiento fué la de haber enseñado á leer á millones de chilenos con su *Método gradual de lectura;* cuando se pone en contacto con un pueblo más culto que el medio donde se formó el héroe argentino, estudia, asimila y difunde después en su patria el ideario conquistado.

Llegó á ser gobernante. Como todos los argentinos reconocen, desde aquel momento comenzó el movimiento decisivo en la formación de la República.

Se empezó á subvencionar la educación común en las provincias, violando felizmente la Constitución, que da esa atribución á los Estados; creáronse premios á los que sobresalieron, y se edificaron escuelas. Se implantó el sistema de escuelas normales, introduciéndose «cerebro cultivado» con maestros, y esas admirables maestras norteamericanas que han modificado la cerebración argentina, desalojando la tradición escolástica; se crearon los colegios nacionales para localizar la instrucción y crear focos de vida intelectual independientes, con un plan de estudios, al que debiera volverse aún hoy en el concepto de

los entendidos; se fomentaron las bibliotecas populares; se crearon la Academia de ciencias exactas y el Observatorio astronómico, llamando á sabios ilustres, cuyos trabajos nos han acreditado mucho más en el mundo que las hazañas de nuestro heroísmo. Se crearon las escuelas militar y naval para corregir aquellas «montoneras con música», en que habían degenerado nuestras huestes, con jefes politiqueros. Se construyó la primera escuadra regular, adecuada á las necesidades de la época. Se creó el Arsenal de marina en Zárate.

Se sancionaron los Códigos Civil y Penal, y se impuso el sistema métrico. Los seminarios conciliares fueron destinados á preparar un clero nacional ilustrado, ya que el patronato nos defiende de la intromisión de prelados sin patria.

Se crearon el departamento de agricultura, las escuelas de agronomía, parques de aclimatación de plantas. La fundación del glorioso Parque 3 de Febrero, contra el indulgente escepticismo de sus amigos, contra la apasionada oposición de sus enemigos y contra el dictamen científico del higienista Rawson, en época en que nadie admitía su utilidad, es la obra personal de Sarmiento, su empeño individual y su gloria propia. Caminos, puentes, correos, ferrocarriles y telégrafos se construyeron y se impulsaron sin tasa. Se hizo la primera Exposición industrial en estas regiones, y leyes y decretos establecieron premios y facilidades para la expansión industrial. Se adelantó la conquista del desierto, introduciendo orden y método en las operaciones de frontera y, como consecuencia, se dió gran impulso á la colonización agrícola que transforma la pampa del pastoreo y de las incursiones de jinetes, en vastas regiones de cultivo, destinadas á ser un grande granero del mundo.

Se intentó la creación de un gran puerto en Buenos Aires. En la Administración se corrigieron abusos y despilfarros, á los que no pudo atender el honrado Presidente anterior, entre las dificultades que le tocaron en lote. Se introdujo regularidad en las finanzas, mediante la ley de contabilidad y prácticas

administrativas de alta moralidad. Se realizó el primer censo de la República. Al terminar su período, pudo anunciar que la inmigración había triplicado, que el correo había duplicado su movimiento, que el consumo de papel, que era en 1868 de doce mil resmas, había subido en 1874 á doscientas mil, y de 51.000 pesos gastados en libros, se había subido á 174.000, y las máquinas auxiliares del trabajo, que se evaluaban en 5.360, habían subido á 70.000. Como la población no había aumentado en esa proporción, era evidente que cada habitante había multiplicado la suma de bienestar de que gozaba, desarrollando más recursos, inteligencia y actividad. El estudio que compulsara los documentos de esa presidencia, hallaría en sus iniciativas, realizadas ó frustradas, todo un sistema de legislación, ampliamente humano y profundamente equitativo, que hubiera marcado rumbos sociales luminosos, siendo su empeño en hacer de las instituciones republicanas un organismo viviente que penetrara en la práctica de la vida, y no una entidad intangible, encubridora de todo capricho. Los debates políticos, enconados y ardientes, daban lugar, sin embargo, á la discusión luminosa de doctrinas, á que Sarmiento contribuía con mensajes conceptuosos, y hasta exponiendo sus ideas en la prensa diaria. Se mandaron traducir al castellano los mejores libros de la literatura política norteamericana, para formar conciencia de una nueva manera de entender la salvaguardia y el ejercicio de la libertad.

Estas son las ejecutorias de Sarmiento.

Fué llamado *loco* por sus enemigos. He aquí lo que pensaba el *loco* Sarmiento: camino del destierro grabó sobre una roca la frase de Fortoul:

On ne tue point les idées.

...Y en ellas buscó su fuerza el loco-dios de los argentinos.

VICENTE GAY,
Profesor en la Universidad de Valladolid.

EL ARCAÍSMO EN LA ARGENTINA

Hace algunos meses han podido conocer los lectores de esta importante publicación mis vistas sobre el porvenir que tocará en suerte al castellano usado en América. Ya que he tratado en tal ocasión del movimiento que se opera en nuestra habla común, voy á mostrar ahora que muchos de nuestros vulgarismos, contados por algunos de mis compatriotas, y por otros americanos, como voces y giros nuevos, como manifestaciones de un idioma propio en plena gestación, son, simplemente, voces y locuciones arcaicas que han florecido por España, allá por la edad de oro de la literatura castellana, y que traídas por los conquistadores españoles, se mantienen aún por nuestros campos, y llegan á las veces hasta las ciudades. Podrá desdeñarlas, cuanto se quiera, el habla culta y literaria; pero son moneda corriente, no sólo en el vulgo de la República Argentina, sino en el de toda América, y se verá también que aun en España mismo sobreviven no pocas empleadas por rústicos y plebeyos.

Cuántos, al oir en mi tierra en boca de alguna persona culta el expresivo y certísimo refrán de nuestros hombres de campo, «al que nace barrigón es al ÑUDO que lo fajen»; no se harán cruces, sorprendidos ante todo por el dichoso ÑUDO que supondrán un mero aborto de las pampas, ignorantes de que tie-

ne el alto honor de aparecer estampado en las obras clásicas, como pueden mostrarlo estos versos de Fray Luis de León:

«Si estrecha el ÑUDO dado» (*Oda á Felipe Ruiz*);
«ÑUDOS de amor estrechos, ciegos, crudos,
ÑUDOS de amor doy firmes y AÑUDADOS» (*Egloga* VIII).

En *Martín Fierro,* celebrado poema gauchesco del argentino José Hernández, se lee:

«Y más malo que su AGÜELA
Se hacía astillas el bagual.»

Bien sabido se está que así habló Sancho: «Tanto vales cuanto tienes, decía una mi AGÜELA, y del hombre arraigado no te verás vengado.» (*Quijote*, 2.ª parte, cap. XLIII.) Y hasta el presente están los rústicos de esos mundos por enmendar el término que así dijo un campesino español: «Y el AGÜELO ¿qué quería *usté* que hiciese?» (*El Destino*, cuento de D.ª Emilia Pardo Bazán, inserto en *Lecc. de Lit.*, pág. 127.) La misma atracción fonética que convierte la *b* en *g* se observa en GOMITAR, voz tan propia de nuestro vulgo:

«GOMITAO y trompezando
Del fogón pasé á la sala.»
(*Gobierno gaucho*, Estanislao del Campo);

como del habla arcaica, pues cita Nebrija, y hace de esto algunos siglos, la voz GÓMITO en su *Gramát. Cast.* (libro II, capítulo IV). Y no habrán dejado de oirse en España, alguna vez, expresiones como las que subrayo en estos versos:

«Deje: le hemos de buscar
La GÜELTA por otro *lao*.»
.....
«Ya es GÜENO *dir* ensillando.»
(*Fausto*, poema gauchesco de E. del Campo.)

Quien haya leído la *Guía de pecadores*, de Fray Luis de Granada, habrá dado con este pasaje: «Pues qué más quieres tú que comenzar *desde agora* á ser bienaventurada, y recibir DENDE acá las arras de aquel divino casamiento» (libro 1.º,

parte 2.ª, cap. 16); donde, como se ve, se muestran á la par nuestro *desde* y el arcaico DENDE que perdura en *Martín Fierro*:

«Hace *trotiadas* tremendas
DENDE el fondo del desierto»;

y en *Gobierno gaucho:*

«Mando que DENDE este instante
Lo casen á uno de balde.»

Y cuéntese que tampoco han olvidado esta anticuada forma los campesinos españoles: DENDE decía también *Bruno el Tejedor*. (Véase la comedia así titulada, de V. de la Vega.)

Todo aquel que se haya regocijado con las admirables páginas del *Quijote*, recordará la célebre carta enviada por Sancho á su mujer; allí se lee esta gran verdad: «De aquí á pocos días me partiré al Gobierno, *adonde* voy con grandísimo deseo de hacer dineros, porque me han dicha que todos los gobernadores nuevos van con este MESMO deseo. Este MESMO, que aún emplean los rústicos de España, circula también entre nuestro vulgo, como lo prueban estos versos:

«Mas quiso la suerte INDINA
De aquel maula que me errase,
Y hay no más lo levantase
Lo MESMO que una sardina.»

(Martín Fierro.)

«Pues allí la MESMA cosa
Le pasó al DOTOR, paisano»

(Fausto.)

Esa *g* que perezosamente omite nuestro popularísimo *Martín Fierro* al decir INDINA, tampoco la usan algunos provincianos españoles (véase *Los hombres de pro*, cap. II, y otras obras de Pereda), y tal pronunciación es arcáica:

«Toda la verdad del cielo
A tu mentira REPUNA.»

(Cervantes. – *El rufián dichoso*. Jorn. 2.ª);

«Con aquellas palabras más me INDINAS.»
(Cervantes.—*La casa de los celos.* Jorn. 1.ª)

Y fué tan propio del siglo de oro como lo sigue siendo para nuestro vulgo el suprimir también, por asimilación, la *m*, la *p*, la c y la *x* cuando figuran ante otra consonante de distinta sílaba, especialmente en las combinaciones *mn*, *pt*, *cp*, *ct*, *cc* ó *xc*. He aquí algunas muestras de antaño:

«COLUNA que sustenta el edificio
Donde moran las ciencias y el juicio.»
(Cervantes.—*Pedro de Urdemalas.* Jorn. 1.ª);

«La multitud del pueblo estaba atenta
A ver el ESPETÁCULO SOLENE.»
(Rufo.—*La Austriada.* Canto XIX);

«De este modo, yo lo ACETO.»
(Cervantes.—*Pedro de Urdemalas.* Jorn. 1.ª);

«El cual manifestando su CONCETO
Le ha escrito con fervor extraordinario.»
(Rufo.—*La Austriada.* C. XX);

«Sé en EFETO
Una, que sana el aprieto.»
(Cervantes.—*Pedro de Urd.* Jorn. 2.ª);

«Llegó en EFETO, como todo llega,
Si no es el bien PERFETO, en vida humana.»
(Rufo.—*La Austriada.* C. XX);

«Le juzgo por engañado
A nuestra SATISFACIÓN.»
(Cervantes.—*El rufian dichoso.* Jorn. 1.ª);

«O el cordobés poeta castellano
Intitulado así por ECELENCIA.»
(Rufo.—*La Austriada.* C. XXI.)

Y para no dejar de poner otras citas de ogaño, vayan siquiera las siguientes:

«*Cuasi* le da el ACIDENTE
Cuando á su casa llegaba.»
(E. del Campo.—*Fausto*);

«Mando, hoy que soy SUESELENCIA,
Que el que quiera ser *pulpero*
«Se ha de confesar primero
Para que tenga *concencia*.»

(E. del Campo.—*Gobierno gaucho.*)

Y no es raro hallar á las veces entre nuestros campesinos quien diga ACEUTO, EFEUTO, etc.; y es más común tal vocalización cuando obran dos *c:* se oirá, pues, á nuestros rústicos el mismo DESTRUICIÓN que puede leerse en *La Perfecta Casada*, de Fray Luis de León (cap. IV).

Volviendo á nuestro dichoso *Martín Fierro*, y sea por vez postrera para no cansar al lector con tanta cita, tiénese:

«NAIDES me puede quitar
aquello que Dios me dió»;

y volviendo una vez más al *Gobierno gaucho:*

«NAIDES tiene que pedir
Pase para otro partido.»

NAIDE dice también el mentado *Bruno el Tejedor*, de V. de la Vega. Y ha de saberse que este NAIDE, afortunada metátesis, que sobreviene al través de no pocos siglos (y metátesis ha de ser, pues del latín *nati* ó del bajo latín *nadi* mal podía nacer NAIDE antes que *nadie*), fué puesto en letra de molde hace ya buen rato por Santa Teresa, por Lucas Fernández y por T. S. de Iriarte:

«Ca no habrá NAIDE en toda la villa
Que, al verme en tal guisa, conozca mi gesto.»

(El retrato de Golilla.)

En la misma condición está NIERVO, tan común en nuestro vulgo como lo fué en el habla popular del siglo XVI:

«De osos las presas, de león los NIERVOS,
Y cuernos duros de ligeros ciervos.»

(Valbuena.—*El Bernardo*, libro IX.)

Escribió Villaviciosa:

«Sobre ella tanta máquina no cabe,
Y por pasar de presto se ARREMPUJA.»
(La Mosquea, canto XII);

la *a* (de la prep. latina *ab)* habrá holgado siempre, como huelga en ARRECOSTARSE, AMELLAR, ARREMEDAR, ASOSEGAR y ABAJAR, arcaísmos que también conserva fielmente nuestro vulgo; y hasta la *rr* suena mal hoy entre gente culta. Con *empujar* basta y sobra, aunque el Dic. académico dé carta cabal á *rempujar*.

Ercilla, primer cantor de las hazañas americanas, nos ha dejado estos versos:

«Era llegada al mundo aquella hora
Que la ESCURA tiniebla, no pudiendo
Sufrir la clara vista de la aurora,
Se va en el Occidente retrayendo.»
(La Araucana, canto XIV);

en ellos se muestra el vulgarísimo ESCURO, que puede verse también escrito por Fray Luis de Granada: «El cielo dice, yo te alumbro de día y de noche con mis estrellas, porque no andes á ESCURAS,» *(Guía de pecadores,* libro 1.°, parte 1.ª, cap. 3); y este ESCURO ó ESCURA, como ESCURECER, ESCURIDAD y ESCURANA ruedan aún por nuestros campos.

En el *Quijote* puede tomarse nota de otros muchos arcaísmos que son de uso corriente entre nuestro vulgo: «Vivamos todos y comamos en buena paz y COMPAÑA» (2.ª parte, capítulo XLIV); «le había dado un BOLSICO con doscientos escudos de oro» (2.ª parte, cap. LVII), etc. «Cuando le VIDO tan al vivo» (2.ª parte, cap. LVII), etc.

Y, para dejarme de tanta cita, bástame advertir que siguiendo los clásicos se irán hallando, cual otros tantos fósiles, nuestros comunes vulgarismos ADEVINAR, AGUAITAR, AGREARSE, ANSINA (es también voz del bable), ASEGÚN, COMPARANZA, CONOCENCIA, DISPAREJO, EMPRESTAR, ENDENANTES, ESCREBIR, LAMBER (usado también en Andalucía), NENGUNO, ÑUBLADO, ÑUBLAR,

ONDE (1), RECEBIR, TRISTURA, TROMPEZAR, TROMPEZÓN, TRUJO, VACIDO, etc., términos éstos que no revivirán en el lenguaje literario. Recorren, como se ve, su última etapa en boca del vulgo; pero, la civilización y el adelanto mismo de la lengua están llamados á hacerlos de lado, á extinguirlos completamente. Sólo quedarán entonces en las obras citadas, como corresponde á su fosil condición, pues ha de ocurrir en la vida de los vocablos lo que acontece en la evolución lingüística, donde se comprueba que las lenguas extinguidas no reaparecen jamás.

Por algo viene resultando infructuoso el afán del P. Mir, de la Pardo Bazán y de otros hablistas y escritores eminentes, por revivir algunas voces y giros arcaicos, dando en usarlos para concederles nervio y nueva vida, que no así como quiera se levantan los muertos.

Y aquí es muy del caso advertir que la docta Corporación encargada, según su propio lema, de *fijar, pulir y dar esplendor* al idioma, no se anda muy mesurada en la clasificación de los arcaísmos, ó trae como corrientes voces que ya han caído en desuso, ó se aventura dando como «anticuados» á vocablos que, si bien pueden estar en algún olvido allá por España, aún tienen vida potente por estos mundos, como que se oyen á cada paso en boca de gente culta y son puestos en letras de molde por escritores de valía. Creo que *alivianar, apasionamiento, atronante, deficiencia, desayuntar, enseñable, espectable, espigoso, expandir, prestigiar, resurgir,* y como éstas, muchas otras voces, bien pueden reclamar contra el dictamen académico que pretende lapidarlas. Y no haya cuidado, por ejemplo, de que esa abreviación «aut.» que sigue á *resurgir* en el Diccionario, alcance á desmerecer un ápice la insuperable be-

1) La forma más usada por nuestro vulgo, y especialmente por el gaucho, es ANDE; se me ocurre que el cambio de *o* en *a* nace de la común contracción con *á* (Á ONDE = ANDE) y con PA, apócope viciosa de *para*, PA ONDE = P'ANDE).

lleza de «El Misionero», inspiradísima poesía de Ricardo Gutiérrez, donde se lee:

«¡La ciencia, el arte, la verdad, la historia,
La civilización que alza en su huella
El hombre hasta la gloria,
Al *resurgir* la cruz renació en ella!»

Arcaísmos tenemos que sólo subsisten en la elocución poética; así la preposición, *cabe* que antaño no desdeñó la prosa, como puede verse en este pasaje de Santa Teresa: «Acaecíame en esta representación, que hacía de ponerme *cabe* Cristo,» (*Vida*, 1.ª parte, cap. 10). *Domeñar*, está en igual condición, aun cuando no conste como anticuada en el Léxico académico para uso alguno. Y otro tanto nos toca decir del adjetivo *silente*, que ni es mentado siquiera en el Diccionario:

«Como surgiendo de *silente* abismo,
El Mundo Americano
Alborozado se escuchó á sí mismo.»
(*Echevarría*, por R. Obligado);

«¡*Silente* asombro!... por la vez postrera
Tu voz escucha el mundo»...
(*La gloria del Libertador*, F. G. Pardo.)

Muchos, muchísimos de los vocablos que anota como anticuados el Léxico sobreviven, al menos en la República Argentina, á la par de las voces llamadas á reemplazarlos; en esta cuenta están *aflojadura* y aflojamiento, *barrial* y barrizal, *benefactor* y bienhechor, *brocato* y brocado, *cargoso* y cargante, *creatura* y criatura, *cuotidiano* y cotidiano, *decaimiento* y descaecimiento, *degollamiento* y degollación, *dejarretar* y desjarretar, *desavenimiento* y desavenencia, *desbaratamiento* y desbarato, *descargamiento* y descargo, *desfavor* y disfavor, *desfundar* (1) y desenfundar, *erro* y yerro ó error, *falla* y falta, *fístola* y fístula, *gradación* y graduación, *habitud* y hábito, *li-*

(1) Y bien puede subsistir *desfundar* sin dar motivo á confusión ó dificultad alguna, así como se admite á desencaminar y descaminar, desengoznar y desgoznar, desentornillar y destornillar, desenfrenar y desfrenar

berar y libertar, *llamado* y llamamiento, *maza* y cubo (de la rueda), *mensura* y medición, *mestura* y mistura, *mesturar* y misturar, *ramada* y enramada, *salvaguarda* y salvaguardia, *temperado* y templado (hago constar que subsiste el verbo «temperar»), *tusar* y atusar, *yantar* y comer, *yeguarizo* y yegüerizo, voces éstas que pudo dejar coexistir la Academia, ya que concede esta gracia á *cuasi, fierro* y *luengos*, que se mantienen tan puestos en razón como *casi*, *hierro* y *largos*. A fe que de algunas sé decir que más lozanas se muestran por estas tierras las que trae el Diccionario como anticuadas así: *barrial*, *cargoso, decaimiento*, *mestura*, *mesturar*, *turar*, *yeguarizo*, etc., tan usadas por la gente inculta como por la de guante blanco; y de *mistura*, por ejemplo, cúmpleme advertir que también está como quien peina canas, que la usaron, y va de esto un buen rato, Fray Luis de León:

«Casó Niso con Mopso ¿Qué *mistura*
No templara el amor? El tigre fiero»... (*Egloga 8ª*);

y Cervantes:

«¿Si viene con *mistura* de candela
Tan Grande novedad?»
(*La casa de los celos*, Jor. 1.ª)

Y de otras bien podemos aseverar que no tienen á menos usarlas, y con mucho donaire y gallardía, los mejores escritores de la madre patria; tal ocurre con *yantar*, por ejemplo, que donosamente pluraliza la Pardo Bazán en un artículo de la «Ilustración Artística» de Barcelona (número de Mayo de 1908), titulado «Vida contemporánea», donde comienza un párrafo con estas palabras: «*Yantares* eran aquellos muy de varones...»

***

Filón muy rico en vulgarismos que constituyen á la vez formas arcaicas, ajeno á los léxicos y poco explorado por filólogos y gramáticos, es el que ofrece la conjugación. El uso de los verbos y pronombres resulta en América, y muy especial-

mente en mi patria, la Argentina, de lo más ocasionado á infracciones gramaticales, precisamente por la intromisión de arcaísmos en el lenguaje vulgar.

Dice Bello (*Gramática Cast.*, Cap. XIII): «Hay en la segunda persona pluralidad ficticia cuando se dice *vos* por *tú*, representándose como multiplicado el individuo en señal de cortesía ó respeto; pero ahora no se usa este *vos* sino cuando se habla á Dios ó á los Santos: ó en composiciones dramáticas, ó en ciertas piezas oficiales, donde lo pide la ley ó la costumbre.»

Buen enredo nos ha dejado esta dichosa «pluralidad ficticia», que nos explica el insigne maestro, como que á ella debemos los hispano-americanos el andar tan retrasados en el uso correcto de las formas verbales que corresponden á la segunda persona: tenemos que este *vos*, forma primitiva ó apócope de *vosotros*, reemplaza á *tú*, acompañándose con formas arcaicas que fueron plurales, ó concordando disparatadamente con las que hoy corresponden al singular; el pronombre *ustedes* toma indebidamente para sí las formas verbales que han de ser regidas por el pronombre *vosotros* y las transporta á la tercera persona, de modo que el plural de la segunda sólo queda en la estantería gramatical para los usos literarios y para una que otra persona bien hablada, que no dejará de ser vista como redicha por los ignorantes.

Trataré de desenvolver algunos hilos de esta madeja, y advierto de paso que es misión noble de nuestros maestros el salvar estas corruptelas, en cuanto es posible, desde la escuela primaria.

En la segunda persona del presente de indicativo y del subjuntivo de los verbos pertenecientes á la primera conjugación, y en muchos de la segunda, mantenemos impropiamente las formas arcaicas AMÁS, AMES, PASÁS, PASÉS, TENÉS, TENGÁS, etc., que han precedido á las que corresponden actualmente al plural de la misma persona ó que con ellas han coexistido; y no es raro que tales formas anden aún por estos mundos desde que eran de uso vulgar en España, allá por la época de

la conquista. Granada, en su «*Vocabulario Rioplatense*» (página 87), aduce ejemplos tomados de las recomendaciones que dejó escritas D. Pedro de Mendoza, primer adelantado del Río de la Plata, á su lugarteniente D. Juan de Ayolas, donde se leen los MIRÁ, TRATÁ, CURÉS, y PONÉ, que hoy siguen viviendo en nuestro lenguaje vulgar, á la par de *vos*, que á la sazón fué también de uso común para dirigirse á inferiores ó personas de confianza, aunque siempre considerándolas como pluralizadas. Cuervo, el más ilustrado filólogo del habla castellana, en comprobación de esto mismo, trascribe en sus *Apuntaciones* (página 205, edición de 1907) algunos párrafos de un escrito en que Fernández de Oviedo, gobernador del Darién, habla á un subordinado suyo tratándole de *vos* y empleando las formas TENÉS, MURMURÉS y MEDRÉS; y en la misma obra (*Apunt.*, página 161) cita estos versos de Micael de Carvajal:

«No TENGÁS de eso cuidado
Que todo *vuestro* dinero
Yo lo tengo muy entero»;

y trae ejemplos del Marqués de Santillana, de Lucas Fernández y de otros autores, lo que basta para dejar probada la arcanidad de tales formas y usos.

La misma aplicación de las formas del plural, al dirigir la palabra á una sola persona, tiénese, usaba desde antaño, también en verbos de la tercera conjugación. Tal se ve en esta pregunta de Sancho: «¿Qué *decís vos* de esto, buen viejo del báculo?» (D. Quijote, 2.ª parte, cap. XLV); y en estos lugares de Tirso de Molina:

«¿*Venís* bueno?
Alférez. Y espantado
De la virtud que os ha honrado.» (*Marta la piadosa*);
«A qué *venís*, secretario?» (*El vergonzoso en palacio.*)

En las provincias de Cuyo (Mendoza, San Juan y San Luis), como en Chile, dice la gente del pueblo QUERÍS, VENÍS, TENÍS, VERÍS, VOLVERÍS, JUNTÍS, etc., por *quieres, vienes, tienes, verás,*

volverás, *juntés*, etc. Este trueque vicioso de *e* ó *a* por *i*, que se extiende á casi todos los verbos de la 2.ª conj. y á muy pocos de la 1.ª, en la 2.ª pers. sing. del presente y del futuro de indic., es, á mi ver, una asimilación de la desinencia arcaica *és* (y *ás* en muy contados casos) que ha venido á fundirse por analogía con la que es propia de los verbos de la 3.ª conjugación. No lo ve así el muy ilustrado filólogo español don R. Menéndez Pidal, quien dice: «como contracciones vulgares de esta persona, vos pueden señalarse *presumás*, *acordás*, *sabés*, usadas en el siglo XV-XVI, y hoy en la Argentina, y *vis*, *comís*, *querís*, de que se señalan ejemplos en Aragón y Chile; esta última no es una asimilación á la conj. -ir, porque también se ofrece en el *eis* del subj. -ar: *juntís*» (1). *(Gramát. Histor.*, pág. 207.)

Es hoy de todo punto intolerable la *s* final de AMASTES, BUSCASTES, HICISTES, etc., que tanto empleamos los argentinos, y cuéntese que caen en esta trasgresión hasta personas muy cultas que no andan al tanto con la Gramática. Corresponde la terminación *ste* para el singular:

> «Todo, rey de la lira, lo *abarcaste*,
> *Resiste* en todo la medida tuya»
> (M. M. Pelayo.—*Epístola á Horacio);*

y para el plural, la terminación *steis*.

Lanchetas *(Morfología del verbo cast.*, pág. 12) dice respecto á esto: «La Edad Media, con una lógica y fidelidad sorprendente, empleó casi exclusivamente la forma *stes*, lo mismo refiriéndose á una sola persona, cuando se trataba de *vos*, como refiriéndose á muchas»; y apoya esta aserción en citas

(1) Al menos en las provincias de San Luis y Mendoza, que he tenido ocasión de visitar, no he advertido en el habla popular el uso de la 2.ª persona en plural. Ha de ser contadísimo, si lo hay, la persona que diga, por ejemplo: «No os *juntéis* (ó *juntés)* vosotros»; lo común será oir: «no se *junten* ustedes», produciéndose la trasposición de personas que he indicado en párrafos anteriores.

de Alfonso VI, de Berceo y de Guevara. Ya puede colegirse de cuanta distancia nos trae esta vulgar trasgresión el dichoso *vos;* y aun perdura esta forma arcaica en pleno florecimiento literario del siglo XVI, como puede verse en estos ejemplos:

«No os envié yo á llamar; VOS me BUSCASTES
Y con falsas promesas me ENGAÑASTES.»
(Valbuena.—*El Bernardo*, libro VII);

«Calla, marido; y adonde lo PLANTASTES?»
(Lope de Rueda.—*Las aceitunas*);

«Tan en hora mala SUPISTES vos rebuznar, Sancho; y ¿donde HALLASTES vos ser bueno el nombrar la soga en casa del ahorcado?» (1). *(Quijote,* 2.ª parte, cap. XXVIII); y llega también al siglo XVII:

«Esa dama á quien HICISTES
Conforme VOS me DIJISTES,
Anoche fiestas en el río
Es causa de mi tormento.»
(Juan Ruiz de Alarcón.—*La verdad sospechosa.*)

No se ha librado el modo imperativo de los trastornos que aporta este *vos;* antes bien, dada su misma naturaleza, desde que quien manda, ordena ó ruega no está por lo común en ánimo de entrar en dilaciones para discernir cuál es la forma más correcta, cuál la que aconsejan gramáticos ó hablistas, viene á ser de suyo, el imperativo, muy ocasionado á yerros. Siendo, por otra parte, el modo verbal que más se acompaña, con pronombres, da ocasión sobrada para que el terrible *vos* haga de las suyas.

No es, pues, de extrañar que aún se mantengan en el habla de América formas del imperativo, que ya desde el XVI, y especialmente en los albores del siglo XVII, comenzaron á des-

(1) Aun cuando he confrontado con la 1.ª edición (facsímile publicado por la casa Montaner y Simón) todas las citas del *Quijote* que anoto, creo innecesario el trascribir todos los términos con la ortografía original.

aparecer del lenguaje literario, que es reflejo fiel del decir más culto y correcto.

En *Las aceitunas*, de Lope de Rueda (edición de Ochoa), se lee: «Hora *andad*, vecino; entraos allá dentro, y TENÉ paz con vuestra mujer»; ya, en este pasaje, si no se trata de un error de imprenta, se tiene oportunidad de ver indistintamente usadas las dos formas, la que hoy es correcta *(andad)*, y la arcaica (TENÉ), que sigue viviendo en nuestra habla popular.

Recorriendo *El vergonzoso en palacio*, de Tirso de Molina, he podido contar los tres siguientes ejemplos, que prueban cómo han alcanzado tales formas al siglo XVII:

«ECHÁ vino, Hernán Alonso;
Beba el cura y vaya arreo» (Acto II, Esc. XIV);
«*Responded;* DEJÁ el temor» (Acto III, Esc. VIII);
«Ahora bien, CORTÁ una pluma» (Acto III, Esc. XVII)

Los *mirad*, *pasad*, *tomad*, *salid*, *venid*, etc., sólo pueden tolerar hoy la apócope de la *d* antes del enclítico *os: miraos*, *pasaos*, *tomaos*, *salíos*, *veníos*, etc.

Ir resulta excepción, forma *idos* y no *íos*. Queden, con esto, advertidos los que por estos mundos dicen familiarmente «ITE cuanto antes», «*i* disponiendo lo necesario», etc., que esta *i* peregrina no constituye hoy de por sí ninguna de las inflexiones que corresponden en castellano al verbo *ir;* apréndase una vez por todos á decir *vé*, *véte*, en la segunda persona del singular, como se tiene en estos ejemplos:

«A su esclavo prevén; y tú á mi estancia
Vete y aguarda allí.»
(V. de la Vega. — *La Muerte de César*, acto II, escena 1.ª);

«*Ve* y cuéntale lo que pasa.»;
(Hartzenbusch.—*La ley de raza.*);

«*Vete* ya, no te entretengas,
Y ponte en observación.»
(M. de Echegaray.—*Entre parientes.*)

Es elemental que corresponde el empleo de *id*, *idos*, cuando

se habla á varios; y á fe que necesitan esta explicación muchos de mis compatriotas, quienes tendrán que andarse con más tiento si quieren salvarse del enredijo que les aporta este pícaro *vos*, que ha venido á resultar algo así como temible serpiente puesta en el paraíso de la conjugación.

Creer que puedan servir en nuestro lenguaje culto y literario, que es el verdadero idioma nacional, estos usos arcaicos á la vez que vulgares, es como estar á la espera de que nuestros militares vuelvan á calarse celada y á embrazar adarga ó rodela, como en los tiempos de rompe y rasga, que puso en ridículo el sublime loco nacido de la pluma de Cervantes.

Y ya que he mentado al bueno de D. Quijote, permítaseme traer á colación, de sus sabios consejos, el siguiente: «Cuando te sucediere juzgar algún pleito de algún tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria y *ponlas* (1) en la verdad del caso.» (2.ª parte, cap. XLII.) El verbo subrayado servirá á muchos Sanchos de nuestra literatura para venir en conocimiento de la forma apocopada que corresponde hoy al imperativo sing. de la segunda pers. de *poner*.

Ese PONE, que hoy no deja de medrar más de lo debido, no obstante su incorrección, es forma intermedia entre el arcaico PONÉ y el actual *pon*.

En corroboración de mi aserto, veo anotado por Lanchetas (*Morfol.* pág. 148) que *pon* es apócope de PONE y que se explica tal apócope por la ley fonética, que dice: «la *e* y la *i* finales átonas, influídas por los sonidos circundantes *n l*, se perdieron».

He aquí algunos ejemplos que muestran cuál es la forma consagrada por el buen decir:

«Pues *ponte* como una Eva
Para que caiga este Adán.»
(Agustín de Moreto.—*El desdén con el desdén*);

(1) En la primera edición del *Quijote* (facsímile citado) dice *ponlos*, error de imprenta, seguramente; que mal puede atribuirse al gran Cervantes tal falta de concordancia.

«*Ponme* debajo del vecino carro.»
(Trad. de A. F. Moratín.—*Oda de Horacio, A. Aristio Turco*)

«Al que lleva detrás *ponlo* delante.»
(Campoamor.—*Los hijos y los padres.*)

Y así, con la radical solamente, han de conjugarse *tener, hacer, venir, salir* y otros verbos que indebidamente damos en usar con terminación análoga á la del plural. Se dirá, por tanto, *ten, haz, ven, sal*, etc.

La transgresión indicada se extrema con los compuestos de estos mismos verbos; muchos son los que dicen: COMPÓNELO, DISPÓNETE, PREVIÉNELE, DETIÉNEME, ENTRETIÉNEME, DESHACE, REHACE, etc.; y lo gracioso es que caemos en estas infracciones por ignorante atildamiento, por huirle á las formas más vulgares y arcaicas, COMPONELO, DISPONETE, PREVENILE, DETENEME, ENTRETENEME, DESHACÉ, REHACÉ, etc., y fácilmente nos mantendríamos á salvo de tales barbarismos y del ridículo consiguiente, si se tuviera presente que estos compuestos han de conservar las formas simples de que provienen; siendo éstas *pon, ven, ten, haz*, etc., no caben otras formas correctas que *compón, dispón, prevén, detén, entretén, deshaz, rehaz*, etc. (1). Y ya que la transgresión cunde tanto, al menos por estas tierras, aun entre gente que se precia de culta y leída, entresaco de mi acopio de papeletas número suficiente para dejar convencido al más incrédulo sobre cuáles son las formas que adopta invariablemente el decir más correcto.

Con todo, no me faltará algún ejemplo para comprobar que las formas que tacho han podido tener uso, sirviendo de eslabón entre las más vulgares y arcaicas y las que actualmente corresponden al lenguaje culto y literario. Helo aquí:

«DISPÓNETE, que tuya es la ventura.»
(Fray Luis de León.—*Égloga* 8.)

(1) *Satisfacer* tolera las dos formas, pues Bello encuentra que son admisibles *satisfaz* y *satisface;* Lanchetas corrobora esto mismo (*Morfol.*, página 143), y no faltarían ejemplos para probar que las formas imperativas *deshace* y *rehace* son también aceptables.

Y van ahora los ejemplos que han de tenerse en mejor cuenta:

«*Dispón* desde hoy, amigo Sancho, seis camisas más.»
(Cervantes.—*Quijote*, 2.ª parte, cap. LXIX);

«Escucha, aguarda, *detente*.»
(C. de la Barca.—*La vida es sueño*, Jor. 1.ª, Esc. VIII);

«Y aun *prevente* tú también.»
(José de Cañizares.—*El dómine Lucas*);

«Tu rostro *compón*.»
(Hartzenbusch.—*El mal apóstol y el buen ladrón*);

»En Francia... En fin, *entretenla*.»
(V. de la Vega.—*El hombre de mundo*, Acto III, Esc. XIV);

«*Contén* un poco tu genio.»
(V. de la Vega.—*Una boda improvisada*.)

Los compuestos de *decir* no siguen la regla apuntada: El imperativo *(di)*, que ha de usarse apocopado, según puede leerse en estos ejemplos:

«*Dilo* tú que en el templo
Vagas inulta en medio á los despojos.»
(R. M. Baralt.—*A Cristóbal Colón*);

«Del lago, di, no temes la pérfida sirena.»
(C. Guido y Spano.—*Celada*);

se convierte en *dice* cuando se trata de los compuestos *bendecir, condecir, contradecir, desdecir, maldecir* y *predecir (bendice tú, condice, contradice, desdice, maldice* y *predice)*.

Seguiré con algunos casos particulares.

Ya he tenido ocasión de citar el arcaico TRUJO. Esta *u*, que era común á todas las formas del pretérito de *traer*, encuéntrase en los clásicos del siglo XVI y llega hasta el siglo XVII; antes existieron las formas TROXO, TRUXO. Perdura entre los campesinos españoles como en los nuestros.

Nuestro vulgar TRAJIERON es antiquísimo; puede vérsele en las obras de Berceo. Y el TRAIN y el TRAY, que son hoy tan co-

munes vulgarismos, habitan también en las obras de nuestros clásicos, como que las empleó Santa Teresa y pueden leerse en estos versos:

«Amor es duende importuno
Que al mundo asombrado TRAY.»
(Antonio de Solís.—*El amor al uso.*);

«Si no en cuidado te TRAY,
Para obligarle no hay
Medio como tu hermosura.»
(Agustín de Moreto.—*El desdén con el desdén.*)

Y para que el lector no crea que era ésta la única forma consagrada en los clásicos, trascribiré otro verso de esta misma pieza de Moreto, el que dice:

«Porque ella la *trae* pegada.»

Nada más común que el vulgar REÍTE que para colmo de males á las veces se convierte en RÉITE y para el gaucho en RAITE. Ya que tan dada es la gente á reirse, sepa siquiera que ha de decirse *ríete*. Y no es raro que se cometan infracciones con el imperativo cuando andan todavía en boca del vulgo los RIYÓ, RIYERA, RIYESE, antiguallas que hace buen tiempo se mandaron guardar:

«RIYÉRAME, á no ver que aquesta noche
Los dos habemos de cenar con Cristo.»
(Tirso.—*El vergonzoso en palacio,* Acto 1.°, Esc. VI.)

Las formas actuales, *rió, riera, riese,* tienen á su favor, aparte de la corrección, el mérito de ser de sonido más grato. En las mismas irregularidades ha caído *freir* (de la 3.ª clase de Bello); cuéntase, por tanto, que los FRIYA, FRIYERA, FRIYESE, FRIYERE, etc., ni en la cocina caben hoy; se caen ya de viejos, y es hora de suplantarlos, como manda el buen decir, por *fría, friera, friese, friere,* etc.

Nuestro vulgo ignora la forma que corresponde á la 2.ª parte del subj. presente de *ir;* aun no ha aprendido el empleo de *vayas, vayáis,* y encaja, muy malamente, en su lugar el VAS ó

VAIS, que sólo corresponde hoy al ind. presente. Mantiénese con esto un uso que ya debió pasar de moda, y para comprobar el arcaísmo, aporto estos ejemplos:

«No es, amigo, conveniente
Que VAIS á ver á Isabel.»
(Antonio de Solís.—*El amor al uso.*)

«Os suplico con todo encarecimiento que os VAIS y me dejéis.»
(Cervantes. *La señora Cornelia.*)

El vulgarísimo SOS que se usa indebidamente por *eres*, ó por *sois* en su maridaje con *vos*, es forma arcaica, viene á ser síncopa del *soes* del siglo XIV ó de su descendiente *sois*; se le encuentra en Lope de Vega:

«Deste habés de ser madrina,
Laura, pues SOS nuestra reina.»
(*El hijo de los leones*);

y aun se llega á ver en Tirso de Molina. Cuervo admite que también puede ser «forma del singular sacado por analogía de *yo so* ó *soy*, como *sois* lo es de *somos*» (*Apunt.*, pág. 162). Sea una ú otra su procedencia, resulta hoy inaguantable vulgarismo. Y más vulgar, ya que sólo se oye en boca del gaucho ó del *compadrito* (el chulo bonaerense), resulta el pl. SEMOS, usado en el bable, y que, según Puigblanch (Opúsc. Gram.-satíricos, núm 37), «es el antiquísimo *semus* latino, por *sumus*, ya anticuado en Roma en tiempo de Augusto».

El vicioso HAIGA, tan común en nuestro vulgo como entre los campesinos de España, nos viene desde lejos, pues se le ve muy campante en comedias de Rojas. Aunque Monlau (*Discursos académicos*) remonta su origen hasta hacerlo derivar del verbo gótico *aigan*, es más que probable que sólo se trata de una desviación de la forma genuina *haya*, forma antiquísima que aparece en Berceo y en el Cid; y habrá nacido por analogía con los mismos tiempos y modos de *caer, traer, oir* y otros verbos (*caiga, traiga, oiga*, etc.). Atribuyo también á influencia análoga la existencia de los vulgarismos DEA, DEAS,

DEAN (por *de, des, den*) que han de haber sido influídos por los tiempos correspondientes de los verbos *ver* y *ser* (*vea, veas, vean, sea, seas, sean*).

También de lejos, muy lejos, nos llegan los VÍA, VÍAS, VÍAN, que abundan en nuestra habla vulgar, como entre la de los asturianos; vense estas formas en letra de molde desde los primeros clásicos castellanos:

«Fué el Marqués juntamente avisado y requerido de personas que VÍAN el daño.» (Diego de Mendoza.—*Guerra de Granada*, libro 3.°);

«Yo sé una dama á quien dió
Cierto amigo gran cuidado
Mientras con cuello le VÍA.»
(Alarcón.—*La verdad sospechosa.)*

Lanchetas (*Morfol.*, pág. 139) explica su formación en los siguientes términos: «Si con el radical *ved* se formó *vedía*, con la forma más antigua, *vid,* se constituyó también *vidia,* y ésta produjo el VÍA, usado ya en los primeros tiempos del idioma castellano, y entre nosotros una que otra vez por los poetas.» Agregue en buena hora nuestro vulgo esa *e*, ya que hoy lo exige la correcta conjugación de *ver*; y quédense los arcaicos VÍA, VÍAS, VÍAN, para los poetas, desde que les facilitan en ocasiones un buen recurso para adaptarse al metro ó á la rima, licencia que no han dejado de aprovechar nuestros pulsadores de lira, como puede verse por estos versos:

«VÍANSE lanzas agudas.»
(Echeverría.—*La Cautiva.)*

«Y allá en su mástil ondear se VÍA.»
(B. Mitre.—*El Corsario.*)

Otros casos y muchos otros ejemplos podría agregar; mas baste lo que anotado queda para dejar probado que una buena parte de nuestros vulgarismos, de las transgresiones de la con-

jugación más comunes en nuestro lenguaje popular, son arcaísmos, rezagos de los mejores tiempos del habla castellana; que se irán perdiendo, que no revivirán jamás en el verdadero idioma patrio ó nacional, que es el idioma culto y literario.

JUAN B. SELVA

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO: Bellas Artes: El movimiento en el arte.—Psicofísica: El misterio de la música.—Geografía histórica: La toponomástica.—Feminismo: Notas de una literata sobre la carrera literaria.—Costumbres: El amor en los adolescentes.—Impresiones y notas: La neutralidad escolar.—Plagio inconsciente.—Enfermedades misteriosas.—Lamartine casamentero.—Tesoro encontrado en sueños.—El arte de juzgar: anécdotas.—El acento alsaciano y el asesinato del Duque de Enghien.

BELLAS ARTES

El movimiento en el arte.—En el Museo de Luxemburgo hay dos estatuas de Rodin que atraen y cautivan á Pablo Gsell: la *Edad de bronce* y *San Juan Bautista*. Hablando de ellas con su autor, le dió motivo para tratar de uno de los elementos más importantes en la estatuaria, el movimiento, y de la conferencia publicada en *La Revue* sobre este tema ofrecemos á nuestros lectores un extracto.

«Puesto que me tomáis por un hechicero, decía Rodin, voy á tratar de corresponder á mi reputación, ejecutando una tarea mucho más difícil para mí que animar el bronce: la de expresar cómo lo consigo. Notad, ante todo, que *el movimiento es la transición de una actitud á otra*. Esa es la clave del misterio.

En Ovidio se ve cómo Dafne se transforma en laurel y Progne en golondrina; el cuerpo de una se cubre de corteza y de follajes, y los miembros de la otra se revisten de plumas, de

modo que en cada una de ellas se ve la mujer que va á dejar de ser y el arbusto ó pájaro en que se va á convertir. El pintor ó el escultor, al hacer mover sus personajes, realiza una metamorfosis de esta clase: figura el paso de una actitud á otra, indicando cómo insensiblemente la primera se desliza en la segunda. «¿Os acordáis, agrega el artista, del *Mariscal Ney* de Rude. —Sí, contesta Gsell: el héroe levanta su espada y grita á sus tropas: *¡Adelante!*—¡Precisamente! «Pues bien; cuando paséis delante de esa estatua, miradla bien y observaréis esto: las piernas del mariscal y la mano que sujeta la vaina del sable están colocadas en la actitud que tenía cuando ha desenvainado; la pierna izquierda se ha borrado, para que el arma se ofrezca más fácilmente á la mano derecha que va á sacarla, y la mano izquierda se queda un poco en el aire, como si presentara todavía la vaina. El torso debía estar ligeramente inclinado á la izquierda en el momento en que se ejecutaba el gesto descrito; pero hele ahí que se yergue, que el pecho se saca, que la cabeza, vuelta hacia los soldados, ruge la orden de atacar, y que el brazo derecho se levanta blandiendo el sable. El movimiento de esa estatua es el paso de la actitud que el mariscal tenía al desenvainar, á la que tiene cuando se precipita hacia el enemigo con el sable al aire. El estatuario obliga así al espectador á seguir el desarrollo de un acto á través de un personaje. En el ejemplo citado, la mirada sube forzosamente de las piernas al brazo levantado, y como durante el camino que sigue encuentra las diferentes partes de la estatua, representadas en momentos sucesivos, tiene la ilusión de ver ejecutar el movimiento.

Examinando, en efecto, la *Edad de bronce*, se ve que las piernas de aquel adolescente, que no está todavía completamente despierto, están flojas y casi vacilantes; pero á medida que la mirada se eleva, se ve cómo se afirma la actitud: las costillas se alzan bajo la piel; el tórax se dilata; el rostro se dirige hacia el cielo y los dos brazos se estiran para acabar de sacudir su pereza. El asunto de esta escultura es el paso de la

somnolencia al vigor del sér dispuesto á la acción, representando simbólicamente la primera palpitación de la conciencia en la joven humanidad, la primera victoria de la razón sobre la bestialidad de las edades prehistóricas.

Pasando al *San Juan Bautista*, se veía al personaje apoyando con fuerza el pie izquierdo en el suelo, y pareciendo balancearse á medida que la mirada se dirige hacia la derecha; entonces se ve todo el cuerpo inclinarse en esa dirección, avanzando luego la pierna derecha y apoderándose el pie de la tierra; al mismo tiempo, el hombro izquierdo que se eleva parece querer llevar todo el peso del torso de su lado para ayudar á la pierna quedada atrás á volver adelante. Así se obtiene la impresión de un movimiento ejecutado con solemnidad casi automática. Se creería oir los pasos del profeta como los de la estatua del Comendador.

Pablo Gsell, reconociendo la exactitud de las observaciones, hizo al artista la objeción de ponerse en contradicción con sus principios, porque, lejos de copiar la Naturaleza con sinceridad, el interpretar el movimiento, se pone en desacuerdo con la fotografía.—No, respondió Rodin; la que miente es la fotografía, porque el tiempo, en realidad, no se detiene, y si el artista consigue producir la impresión de un gesto que se ejecuta en varios instantes de su obra, es mucho menos convencional que la imagen científica en que el tiempo queda bruscamente suspendido.

Como todavía mostrara Gsell alguna duda, Rodin le recordó el cuadro del *Embarque para Citerea*, de Watteau. En esta obra maestra, la acción parte del primer plano á la derecha para terminar en el fondo á la izquierda. Lo primero que se ve en la delantera del cuadro, bajo frescas sombras junto á un busto de Cipris, engalanado de rosas, es un grupo compuesto por una joven y su adorador: el hombre está revestido de una esclavina de amor, en la que está bordado un corazón atravesado, graciosa insignia del viaje que quería emprender; arrodillado, suplica ardientemente á la bella que se deje convencer.

Ella le ofrece una resistencia, quizá fingida, y parece mirar con interés la decoración de su abanico.

—A su lado—dijo Gsell—hay un amorcillo sentado sobre su carcax; le parece que la joven tarda mucho, y la tira de la falda, para invitarla á ser menos insensible.

Eso es; pero hasta ahora, el bordón del peregrino y el breviario de amor yacen en tierra. Esa es la primera escena. En la segunda, aparece á la izquierda del grupo anterior otra pareja; la amante acepta la mano que la tienden para ayudarla á levantarse.

Si se ve de espalda, tiene una de esas nucas rubias que Watteau pintaba con gracia tan voluptuosa.—Algo más lejos, tercera escena, el hombre coge á su amante por el talle para arrastrarla; ella se vuelve hacia sus compañeras, cuyo retraso la pone algo confusa, y al mismo tiempo se deja llevar con pasividad consentidora. Ahora, los amantes descienden á la playa, y, completamente de acuerdo, se empujan riendo hacia la barca; los hombres no necesitan ya usar de súplicas; son las mujeres las que se agarran á ellos. Por último, los peregrinos hacen subir á sus amigos á la navecilla que balancea sobre el agua su quimera dorada, sus festones de flores y sus rojos velos de seda; los nautas, apoyados en sus remos, están pronto á servirse de ellos, y, llevados por la brisa, revoloteadores amorcillos guían á los viajeros hacia la azulada isla que surge en el horizonte.—Veo, maestro, que os gusta ese cuadro, porque habéis retenido sus menores detalles. Es un encanto que no se puede olvidar. ¿Habéis notado el desarrollo de esa pantomima? ¿es teatro ó es pintura? No se podría decir. Un artista puede representar, no sólo gestos pasajeros, sino una larga acción, y lo mismo pasa con la escultura.—Aquí está, por ejemplo—dijo sacando una fotografía,—*La Marsellesa*, de Rude. *¡A las armas, ciudadanos!*, grita la libertad que hiende los aires con sus alas desplegadas; parece que se la oye, porque verdaderamente su boca de piedra vocífera hasta romperos el tímpano. Y á su llamamiento, los guerreros se preci-

pitan; es la segunda fase de la acción. Un galo, con crines de león, agita su casco como para saludar á la diosa; su hijo desea acompañarle: «Soy bastante fuerte, soy un hombre, quiero marchar», parece querer decir el joven oprimiendo el puño de una espada.—Ven, dice el padre, que le mira con cariño orgulloso. Tercera fase de la acción: un veterano encorvado bajo el peso de su equipo, se esfuerza por alcanzarlo; otro viejo, agobiado de años, sigue con sus votos á los soldados, y el gesto de su mano parece repetir los consejos que le da su experiencia. Cuarta fase: un arquero dobla su espalda musculosa para tender su arma; un clarín lanza á las tropas su frenético clamor; el viento hace chascar los estandartes; las lanzas se inclinan adelante; se ha dado la señal y la lucha empieza. ¿No es una verdadera composición dramática la que acaba de representarse ante nosotros? Mientras el *Embarque para Citerea* evocaba las delicadas comedias de Marivaux, *La Marsellesa* es una viril tragedia corneliana. No se dirá que la escultura y la pintura son incapaces de rivalizar con el teatro.

PSICO-FÍSICA

El misterio de la música.—Un arte que revela —como dice Schopenhauer—orden maravilloso bajo aparente desorden, *rerum concordia discors*, cuyo carácter, como indica Wagner, es «imponérsenos con la persuasión más irresistible, gobernando nuestros sentimientos con imperio tan absoluto, que confunde y desarma la razón lógica», y puede ocasionar la «percepción de un silencio, cada vez más elocuente», que ejerce frecuentemente tal fascinación, que hace bueno al triste, é inclina el bueno al mal, como dice Shakespeare; «por el cual, como agrega Schopenhauer, el compositor revela la esencia más íntima del mundo y expresa la sabiduría más profunda en una lengua que no comprende su razón», es realmente cosa extraordinaria.

¿Qué es la música?, se pregunta en *Luce é Ombra* el doctor

Pablo Bellezza. Para Hauslick, «es una lengua que comprendemos y hablamos, pero que es imposible de traducir»; para Heine, «está entre el pensamiento y el fenómeno, entre el espíritu y la materia»; es afín á las dos, y, sin embargo, es diversa de las dos: es espíritu, pero espíritu que necesita del tiempo; es materia, pero materia que carece de espacio». «Nuestro arte divino y sublime, escribe Rubinstein, tiene el triste privilegio de no poder jamás poner á dos músicos de acuerdo»; y, verdaderamente, las definiciones que se han intentado dar, desde la de Leibnitz, que la llama *ejercicio de aritmética*, á la de Schopenhauer, para quien es una metafísica, ó á las recientísimas de Laloy y Baur, que la llaman respectivamente la *revelación de lo inconsciente* y la *expresión de la esencia original* (Urwesen), hay para todos los gustos.

De lo que llama Wagner la profunda paradoja schopenhaueriana—la música revela la esencia de la realidad y expresa el sentido interno de las cosas—derivó su teoría. «Como hay en nosotros dos disposiciones esenciales de sentimiento, la alegría y la aflicción, dice el filósofo pesimista, así la música tiene dos tonalidades generales correspondientes, el sostenido y el bemol, y se mantienen casi siempre en una ó en otra. Pero, en verdad, ¿no es extraordinario que haya un signo expresivo del dolor, que no sea doloroso, ni física, ni convencionalmente, y sin embargo, tan expresivo que nadie puede engañarse cómo es el bemol? Lo más sorprendente es el efecto del bemol y el sostenido. ¿No es maravilloso que el cambio de un semitono, la introducción de una tercia menor en lugar de una mayor dé súbitamente inevitable sensación de pena y de inquietud, de la que liberta inmediatamente el sostenido? Se comprende cómo se pueda conmover con una hermosa novela ó un bello drama; si estuvieran escritos ó recitados en lengua que no conociéramos, no nos conmoverían. Los nuevos signos no tendrían para nosotros ningún significado. Y, sin embargo, tal es el caso de la emoción musical que es producida por sonidos que no tienen en sí significado particular ninguno. Además, es cosa no sólo

extraordinaria, sino verdaderamente inexplicable, que un arte tan íntimamente y más que ningún otro ligado á la materia pueda descender hasta las profundidades del alma. Podrá parecer paradójico que la música sea el arte más estrechamente ligado con la materia, á los que están acostumbrados á considerarla, con Clement, como «arte esencialmente inmaterial», ó con Chiapelli, como «el más incorpóreo». Ahora bien; si falta la palabra, articulada ó escrita, está el sonido (percusión, vibración, etc., de la materia), que no es por sí sólo música, pero es elemento primordial y esencial de la música. No se podría concebir un músico, por decirlo así, ideal, en el sentido en que se habla de poesía y de poetas, ó en el sentido en que Lessing ha dicho de Rafael, que hubiera sido un gran pintor, aunque hubiera nacido sin manos. Prueba de lo afirmado, es que la música es el único arte que está al alcance de las razas inferiores, de los seres de escaso desarrollo intelectual, de los locos y de los idiotas. La música es la primera en manifestarse de todas las artes. «Mientras sabios filósofos, estadistas, pintores, escultores, arquitectos, novelistas y poetas insignes confiesan cándidamente y sin avergonzarse que no comprenden una sinfonía, frecuentemente personas vulgares demuestran singularísima facilidad para comprender, en retener, en repetir en sus más delicadas particularidades la música pura, en advertir la menor incorrección de ejecución, y hasta para modificar y corregir del original», como dice Pilo.

Hasta Lechner había notado que no es raro hallar en individuos ignorantes ó poco inteligentes el sentido musical, de que carecen multitud de hombres geniales, entre los cuales cita á Kant, Lessing, los Goncourt, Rosmini, Balzac, Lamartine, V. Hugo, Darwin, Maupassant y aquel Gautier que definía la música el más raro y el más desagradable de todos los ruidos. Conocido es el aforismo de Hegel, de que sólo un músico puede ser grande siendo un imbécil.

Por último, es el único arte al que los brutos son sensibles. El dicho proverbial árabe, según el cual el canto del pastor

contribuye más á engordar el rebaño que no la calidad del pasto, tiene gran fondo de verdad. Son históricas la araña de Paganini y la perra de Berlioz: esta última aullaba de placer oyendo la tercera menor sostenida doble en el violín, y aquélla venía corriendo hacia el gran violinista cuantas veces tocaba cierta aria. También Gretry, cuenta de arañas melomanas, que bajaban á su piano en cuanto empezaba á tocar. Entre los experimentos hechos á este propósito, son famosos los del Dr. Mead, que dice que un perro murió en medio de convulsiones, prolongando en el violín un motivo en la misma tonalidad, ocurrido el 4 de Praderal del año IV en el Jardín de Plantas: una orquesta, compuesta de excelentes músicos, dió un concierto á un auditorio cultísimo de elefantes, extraordinariamente excitados por el aire vivo del *Ça ira*, tocado en *re*, se calmaron luego con un adagio de voces humanas. Kropotkine cuenta de un perro que, oyendo un vals de *Fausto*, tomaba «un aire completamente triste y hasta sentimental; así se comprende, porque lord Borland hacía dar un concierto á sus caballos una vez por semana para divertirlos,» y porque los arrieros, cuando quieren aliviar la fatiga de sus caballos, tocan ó silban.

La naturaleza física y sensual por excelencia de la música será objeto seguro de la fisiología del porvenir; entre los estudios apenas realizados con este objeto, baste recordar los de Binet y Courtier y Monin, de los cuales resulta que los acordes musicales causan agitación sensorial, acelerando la respiración. La audición del *Último pensamiento de Weber* atenúa el pulso; el canto de la taza de *Fausto*, como el de la estrella de *Tannhauser*, producen ondulaciones vasomotoras; la marcha fúnebre de Beethoven disminuye un octavo las pulsaciones.

La música puede llamarse, en cierto modo, un lenguaje, pero de naturaleza vaga é indefinida, mientras el verdadero lenguaje es determinado y específico. Sólo en este sentido se puede decir «dónde cesa el dominio del lenguaje y empieza el de la música», como quiere Wagner, quien reconoce que «el

que la música expresa es eterno, infinito é ideal»; no pinta la pasión, el amor, el deseo de éste ó aquel individuo en determinada situación; pinta la pasión, el amor, el deseo, en general, en las innumerables variedades extrañas é inaccesibles á toda otra lengua, siendo libre á cualquiera el deseo de gozar de él, según su fuerza y capacidad.

Cuando Eduardo Hauslick, el famoso crítico bohemio que sostuvo ásperas polémicas con Wagner, concede que la música, si no saca las cualidades de los sentimientos, saca su tono; si no expresa los sustantivos, expresa los adjetivos; si no reproduce la *murmurante ternura* y el *valor impetuoso*, reproduce lo murmurante y lo impetuoso, está mucho menos lejos de lo que parece de su gran adversario, que, á su vez, hace una concesión importante al admitir, por ejemplo, que las sinfonías de Beethoven no excluyen la posibilidad de interpretaciones diversas. Así, en efecto, sucede con la Novena Sinfonía, que se conoce con el título de *Oda á la alegría,* y en la que Rubinstein cree ver una oda á la libertad: «La alegría, dice, no se conquista, se ofrece por sí y se la posee, mientras que la libertad debe ser conquistada; por eso el tema de Beethoven empieza con un pianísimo por los bajos, pasando por algunas variaciones, para brotar al final triunfalmente; la libertad es cosa seria, y he ahí por qué el tema de la oda en cuestión es serio y no alegre.» «El claro de luna, observa también el crítico musical, requiere en su expresión algo de soñador, de melancólico, de pensador, de tranquilo, en una palabra, de ternura luminosa. Ahora bien; la primera parte de la sonata en bemol menor es trágica desde la primera hasta la última nota, y por eso representa más bien un cielo cubierto de nubes, una triste disposición del alma; la otra parte es tempestuosa, apasionada, y, por consiguiente, todo lo opuesto á una delicada claridad; sólo la segunda parte, brevísima, puede, en vigor, evocar la irradiación discreta de la luna. Y, sin embargo, esta sonata es la que se intitula *¡Claro de luna!*

Beethoven llamó á otra de sus composiciones *Sonata paté-*

tica; pero el título, dice Rubinstein, «no está justificado sino en la introducción y en la repetición episódica que se encuentra en la primera parte, y, si acaso, en la segunda». Lo mismo puede decirse de la *Sinfonía heroica*, en la que sólo la segunda parte responde á este título.

¡Cuánto no ha dado qué hacer á los críticos la sonata de Beethoven (Op. 81), *La despedida, la ausencia, la vuelta*. Marx demostraba que en ella se describen «las fases de la vida de una pareja de amantes»; *Leng* llegaba hasta ver la circunstancia de que «los dos abren sus brazos como las aves de paso abren sus alas». Rubinstein, observando que el carácter del primer *allegro*, después de la introducción de la primera parte *(La despedida)*, no corresponde á la idea que generalmente tenemos de un adiós doloroso, se preguntaba: «¿Cómo debemos entenderlo?», y se respondía: «La agitación y los preparativos que preceden á un viaje, los adioses sin fin, la simpatía de los que quedan, las diversas ideas evocadas para un viaje largo, los augurios de felicidad y, en suma, todos los sentimientos que se experimentan al dejar un sér amado». Por último, mirando mejor el manuscrito beethoveniano, resultó que *La despedida, la ausencia y la vuelta* se referían sencillamente á la dedicatoria á S. A. R. el Archiduque Rodolfo, que se marchó el 4 de Mayo de 1810 y volvió el 30 de Enero de 1811. A propósito de la famosa aria de Orfeo, *Che faró senza Euridice*, el mismo Gluck escribía que, «mudando solamente algo en el modo de expresión, se convertía en un *saltarello;* una nota más ó menos sostenida, un refuerzo descuidado de tiempo, de voz, una apoyatura fuera de lugar, un floreo, puede animar toda una escena».

Es precisamente una peculiaridad del arte musical que su producción se resiente de todo cambio ó retoque. Una misma frase, ejecutada en tonalidad aguda ó en tonalidad grave, produce efectos substancialmente diversos. La canción más viva se convierte en una marcha solemne, ó un patético nocturno en un desenfrenado galop. El *Adiós* de Mozart, ejecutado en

la cornamusa, produciría risa, mientras que el mismo instrumento, en una muñeira, produce excelente efecto. Así se ve, por ejemplo, que muchos de los trozos de las *Cantatas profundas* de Bach han sido utilizados para su *Oratorio de Navidad* y otras composiciones religiosas; en el *Mesías* de Haendel, admirado por su alta expresión religiosa, se encuentran duetos profanos y eróticos, compuestos para la princesa Carolina de Hannover, y sabido es que á las estrofas de la Marsellesa aplicó Rouget de Lisle la música del *Credo* de la *Misa solemne* número 42, de Goltzmann, como se demostró por la *Gaceta de Colonia*, que publicó el 24 de Abril de 1861 los dos documentos en los que aparecían las mismas notas en las místicas palabras del *Credo* que en las ardientes notas revolucionarias.

Es lugar común entre los músicos, la advertencia de Telemann de que «un verdadero compositor debe ser capaz de poner en música un pasaporte». Pero, suponiendo que el mejor compositor ponga en música un pasaporte por la orquesta más perfecta, ¿quién se atrevería á afirmar que no ya un auditorio, sino un solo oyente, había de adivinar que se trataba de un pasaporte musical? Admiramos el *Fortísimo* del duodécimo compás de la cabalgata de las Walkirias, en que se anuncia el desarrollo inicial del tema, como el caballo que avanza las patas y señala el salto del galope; pero nunca admitiremos que no se pueda obtener el mismo objeto con medios diversos. Si no es cierto, está bien buscada la anécdota de aquel compositor que puso música á *La traviesa Teresa*, y mandó copia á cinco amigos, invitándoles á que pusieran título á la composición, en armonía con la música, obteniendo los siguientes: *Puesta de sol*, *La muerte del conde Hugolino*, *El paso del Beresina*, *El perro rabioso*, *La agonía del paralítico*. Con cuánta razón dice Schubert: «Los críticos quieren siempre saber exactamente lo que los compositores mismos no pueden decirles: ¡Cielos! ¡Cuándo llegará el día en que no se pregunte lo que hemos querido hacer con nuestras obras ideales!»

Tal es el arte de los sonidos: ligado más que otro alguno,

á la materia es más que ningún otro poderoso para recrear y elevar el espíritu; no expresa ninguna idea, y las hace nacer á millares. La música es un misterio.

GEOGRAFÍA HISTÓRICA

La toponomástica.—Desde hace algún tiempo, ya en los Congresos geográficos, ya en las oposiciones á cátedras de Historia y de Geografía, se oye hablar de toponomástica, neologismo expresivo, de valor todavía poco conocido. En unas recientes oposiciones aparecía esta palabra en el cuestionario, y al copiarla los opositores se miraban unos á otros con aire de extrañeza, por ser la primera vez que tropezaban con semejante término. No es, pues, inútil dedicar unas páginas al estudio del concepto y contenido de la toponomástica, aprovechando al efecto el artículo que en la *Nuova Antología* publica Silvio Pieri.

La toponomástica es el estudio histórico y lingüístico de los nombres *(onoma)* dados á los lugares, *topos* en los diversos tiempos. Como se ve, se trata de una porción de la ciencia histórica, auxiliada por la lingüística, para reconocer los diversos lugares, identificando los nombres que han recibido, según los tiempos ó las naciones. Ese estudio es sumamente práctico, pues el que no sepa, por ejemplo, que la ciudad alemana de *Aachen* corresponde al francés Aix-la-Chapelle y al español Aquisgram, creerá que la *paz de Aquisgram* es cosa distinta de la *paz de Aachen* ó de la *paz de Aix-la-Chapelle*. A mí mismo me ha ocurrido preguntar en Suíza por Solenza, sin que me pudieran contestar, si no hubiera sido por acordarme de que el nombre alemán de ese mismo cantón es Solothurn. La toponomástica puede aplicarse hasta á los nombres de las calles, que desgraciadamente cambian con tanta frecuencia por necias adulaciones y culpables condescendencias.

El estudio de la toponomástica, además de este aspecto práctico, que nos permite relacionar Trinaria, con Sicilia, Bíl-

bilis con Calatayud, Lutecia con París ó Hispalis con Sevilla, tiene otro aspecto de pura erudición para explicar el cómo y el cuándo un mismo lugar ha recibido tan diversos nombres.

La razón de estas diferencias es bien clara: de hecho, las voces de una lengua hablada salen á veces del uso, y mueren cediendo el puesto á otras, y hasta puede morir toda una lengua sin que deje apenas huellas. Pero en cuanto á los nombres locales (caseríos, montes, corrientes de agua ú otros), no desaparecen con tanta facilidad, aunque su significación resulte incomprensible. Es lo que pasa con los nombres propios de persona. Que uno se llame *Simplicio* ó *Modesto*, *Ticio* ó *Brígido*, aunque los dos primeros tengan sentido claro y los dos últimos no se comprendan, todos ellos sirven para designar con precisión á cada individuo. Del mismo modo, los nombres de lugares, aunque deje de comprenderse su significación, continúan existiendo y vienen á ser como fósiles del lenguaje.

En estas indagaciones es difícil á veces penetrar el sentido intrínseco de un nombre. Los nombres de lugares, cuando no son voces de la lengua viva, no designan ideas generales sino sólo un lugar. Así, por ejemplo, cuando empleamos el verbo *andar*, se nos presenta una idea clara; pero si decimos *Po*, *Roma*, *Madrid*, *Alpes*, no sabríamos á qué se refieren esos sonidos, si no conociésemos las ciudades, ríos y cordilleras que designan. Por eso, en el estudio de la toponomástica, es ya mucho llegar á establecer la correspondencia formal entre los término actuales y antiguos de que derivan, pudiendo afirmar que el *Po* es el antiguo *Paches* ó que el *Ebro* es el antiguo *Iberus*.

La curiosidad, respecto al significado de los vetustos nombres locales, ha tentado siempre á los eruditos; pero, salvo algunos casos de felices intuiciones individuales, el éxito ha coronado pocas veces las investigaciones de los antiguos. En los tiempos modernos se encaminaron con paso más seguro, por disponerse de mejores instrumentos de indagación; pero hay todavía series enteras de nombres, especialmente de corrientes

de agua impenetrables, y que constituyen los más arduos problemas de la toponomástica.

Reduciéndonos con Pieri á los nombres locales italianos, diremos que hay muchos que se pueden entender y clasificar con ayuda de las lenguas antiguas, principalmente del latín y el germánico: la mayor parte encierran nombres de dueños del suelo como en la riquísima serie latina de nombres en *ano* (por ejemplo, Agliano, Casignano, Ponzano), y como en la serie germánica de los en *engo* é *ingo* (*Berardengo*, *Toringo*). Otros conservan todavía nombres más ó menos alterados en formas de no dudosa etimología (como *Faeto* ó *faedo*, del latín *fagetum; Tremoleto* de *tremuletum; Vitereta* de *veteretum*, *Figline* de *fliglina*, *Fiesso* de *flexus; Petroio* y *Petriólo*, de *prætoriun prætoriohum; Luco* ó *Lugo*, de *Lucus*, etc.

En el Mediodía y en Sicilia, muchos nombres locales presentan elementos griegos y árabes, y de lenguajes ya extinguidos quedan rastros vivos en determinados territorios que constituyen para la toponomástica, reliquias preciosas; tales son los nombres etruscos en *ina* y *ena* (Bibliena, Córsena, Cascina, Rufina, etc.), enigmas que esperan su solución de los estudios etruscos.

No menos que para la filología son importantes para la historia las indagaciones de nombres de lugar. Como ejemplo concluyente, pueden recordarse los nombres en *ago* y *acco* (Caternago, Leonacco, etc.), estudiados hace cuarenta años por Hechia en una genial monografía: estos nombres, que sólo se presentan en Italia, en los territorios de la Galia cisalpina, son testimonios todavía vivos de la reacción que hace más de veinte siglos ejercitó el antiguo lenguaje de los celtas contra el latín impuesto por los vencedores. En los nombres de esta serie, el núcleo radical está formado por un gentilicio generalmente romano, al que se añade para formar el adjetivo, el sufijo céltico *aco*, equivalente al *ano* latino; de modo ,que un nombre como *Casternago* de la alta Italia, es idéntico al Castrigniano de los demás territorios.

Baste lo dicho para dar la medida del alcance y múltiples aplicaciones que tiene la toponomástica en la geografía, historia y filología.

FEMINISMO

NOTAS DE UNA LITERATA SOBRE LA CARRERA LITERARIA.—«No esperéis, dice Marc Hélys en la *Grande Revue*, que yo la rebaje. Tengo cariño á mi oficio, y le estoy agradecida, no sólo por haberme dado la independencia, sino por haber transformado mi vida y haber cambiado mis valores. He sido impulsada hacia la literatura por mis gustos, y al oficio de escritora por las circunstancias, que me han obligado á intentar casi todas las clases de trabajo de que una mujer puede hoy vivir. Y en estas notas sobre la carrera literaria se me dispensará que hable mucho de mí como del asunto que me es más familiar.

Como se ve, Marc Hélys hace un artículo autobiográfico que constituye un documento por lo auténtico del relato. Clasifica las escritoras, sin tener en cuenta el talento, en tres grandes categorías: las que escriben por placer, las que buscan un aumento de bienestar y las que realmente necesitan escribir para vivir.

La primera categoría se compone de damas mundanas y ricas, que aspiran á la gloria por noble emulación; tienen á su disposición revistas que no pagan y editores que se hacen pagar. No es esto decir que desdeñen la remuneración de su trabajo; hay millonarias encantadas de recibir el precio de un artículo; pero la ganancia no es aquí más que una satisfacción de amor propio, y no hay para qué ocuparse de esas felices emancipadas, á quienes, por otra parte, se deben obras muy estimables.

La segunda categoría la forman señoras y señoritas que piden á la literatura los medios de gozar de mayores comodidades ó lujo. Claro es que si el escrito responde á sus esperanzas, ese lujo y, por consiguiente, el trabajo que supone, deja de ser

superfluo y se convierte en una necesidad; pero, en todo caso, si llega el fracaso ó la enfermedad, su existencia material no corre por eso peligro.

En la tercera categoría se amontonan las mujeres que no tienen más recursos que su trabajo. No escriben, como las otras, lo que les gusta, sino lo que las encargan escribir, lo que se vende, y se vende inmediatamente; no se cuidan de ser artistas ni pensadoras, ni sueñan con poseer la gloria. Se las encuentra dondequiera que el consumo diario exige original rápido: en los periódicos, en las revistas ilustradas, en las fábricas de novelas traducidas, en los talleres de vulgarización. La victoria es de la más lista, y la victoria nunca es muy brillante. Las más afortunadas sacan, año bueno con malo, de 4 á 5.000 francos. ¡Qué de esfuerzos de flexibilidad, de habilidad, de conocimientos, y á veces hasta de talento representa esta pequeña suma! ¡Y qué de suerte también! Las hay que han llegado á posiciones importantes; pero esa es la excepción, y aquí se trata de las mujeres que viven de sus artículos con el temor de no poder vivir siempre de ellos. «Cuando tuve necesidad de trabajar—sigue diciendo Marc Hélys,—fué para mí una gran humillación descubrir hasta qué punto una instrucción, bastante sólida sin embargo, dejaba desarmada á una mujer ante la vida. Consideraba yo con desencanto la variedad de mis conocimientos, idea que ayer me llenaba de valor. ¡Ay! Eran tan incompletos como variados, y ninguno de ellos por sí solo podía servirme de apoyo. Había aprendido literatura, pero no lo bastante para poder enseñarla. Tocaba el piano, pero hubiera sido incapaz de dar una lección de música. Pintaba sobre porcelana, pero nadie hubiera comprado mi trabajo de aficionada. Sabía arreglar un sombrero, pero ignoraba el oficio de modista. Sin embargo, por insuficiente que fuera el conjunto de estos conocimientos, me daba cierto valor de cultura al que se agregaba la experiencia con que la vida me había enriquecido y que aún no había cobrado. Cuando establecí mi inventario, comprendí que mi activo se componía de algunas lenguas

extranjeras y de numerosos viajes; había visto mucho, y me gustaba contar lo que había visto. Y he ahí cómo me convertí en escritora.»

Tomada su resolución Marc-Hélys, se detuvo ansiosa en el umbral de su nueva vida. Hubiera querido trabajar antes de producir; pero las circunstancias la obligaban á hacer su aprendizaje luchando, y tuvo que probar fortuna con su primer artículo. Lo había escrito lejos de Europa, por el simple gusto de reproducir algo del encanto de los países tropicales y de pintarse á sí misma las extrañas figuras que en ellos había encontrado. Era el gusto del momento, y tuvo esa buena suerte. Se presentó en la redacción de un diario, hoy desaparecido, en cuyos primeros números se hacía un llamamiento á todas las buenas voluntades, pero no consiguió nunca ver al director. Un secretario, cuyos bigotes estaban seguramente llenos de talento, la recibió y la dió á entender que para franquear ciertas puertas había que merecer toda su benevolencia; era mucho, y no pasó adelante. En París las mujeres penetran difícilmente en el periodismo. Los hombres defienden el terreno palmo á palmo, hasta el punto de redactar con nombres femeninos los artículos de modas. El año de sus comienzos se intentaba el ensayo de un diario dirigido, administrado, redactado é impreso por mujeres. Marc Hélys se presentó en él una tarde, y ofreció un *correo español*, destinado al suplemento extranjero semanal. Y he ahí un ejemplo de la buena suerte; la secretaria de la redacción no tenía original para el número. *La Fronde*, no sólo la pagó los artículos, sino que la dió confianza en sí misma. La tentativa del diario fracasó, pero abrió á las principiantes la carrera del *reportage*. ¡Qué carrera tan dura! No se sabe lo que es el día de una reporter; los desengaños, las fatigas y los riesgos de que está lleno. Marc-Hélys cita á una de las más favorecidas, la señorita X. En invierno, como en verano, X. saltaba de la cama á las seis y media; á su puerta estaba ya un tazón de leche, dos *croissants* y siete ú ocho periódicos; se los subía la vendedora de un kiosco vecino, á quien se

los devolvía después de leídos, pagándola con una lección que daba los domingos á su hijo. Mientras se desayunaba recorría los diarios, anotaba los sucesos del día, el paso de soberanos y celebridades, los escándalos y los sucesos sensacionales; retenía dos ó tres asuntos de información ó de entrevista, y se lanzaba á la calle. Todo el día lo pasaba corriendo París; apenas tenía tiempo de tragar un par de huevos en una lechería ó unos pasteles en un bar automático; su almuerzo no le costaba más de veinte perras chicas; pero nunca almorzaba á la misma hora. Entre doce y una volvía á su casa, se preparaba á escape una taza de té, y mientras lo bebía redactaba sus notas, que esperaban en el periódico. Hacía todas sus correrías á pie ó en ómnibus, pues no la pagaban coche sino en casos extraordinarios; se arruinaba en calzado y estropeaba á cada paso trajes y sombreros. Con dificultad llegaba á equilibrar su presupuesto. Vivía en las alturas de Montmartre, en un cuarto de 480 francos; gastaba, por lo menos, dos francos diarios en ómnibus y otro tanto en comida; su servicio de lavado, planchado y alumbrado absorbía 50 francos mensuales, viniéndole á quedar unos 50 francos para vestirse y para imprevistos. ¡Y si al menos su oficio le hubiera dado alegría! Pero vivía en agitación é inquietud perpetuas. Como sabían que era de buena familia, y que estaba muy recomendada al director, los hombres que la rodeaban no la apuraban demasiado con sus molestas galanterías; pero, en cambio, buscaban todas las ocasiones de poner en relieve sus faltillas profesionales, y todo eran dificultades para ella. ¿Se anunciaba una de esas pequeñas exposiciones que se abren todos los días? Corría á ella, contenta de trabajar al abrigo del viento y de la lluvia; pero cuando llevaba sus notas, el cronista artístico se quejaba de que hubieran invadido su dominio. Tenía la desgracia de hablar de un traje; el redactor de los ecos mundanos, cuya mujer ó amiga hacía *la moda*, protestaba enérgicamente. Y si cometía la imprudencia de nombrar á un fabricante ó inventor que no hubiera pasado por la caja, el gerente de la publicidad

le armaba un escándalo. Así llevó su existencia durante cinco años; perdiendo su buen humor, sus bellos colores y su ánimo. Luego, una noche, demasiado fatigada, se dejó caer del periodismo en lo desconocido...

El reporterismo para los *magazines* ilustrados y las revistas de modas está mejor retribuído. Las reporters no son redactoras, sino colaboradoras intermitentes; las pagan el coche, pero tienen que hacer gasto de *toilette*, poco en armonía con su fortuna, pues su elegancia entra por mucho en su éxito; sus entrevistas toman frecuentemente la forma de visitas de sociedad, y es preciso que se hallen en estado de asistir á recepciones y fiestas. La publicidad gratuita que representan les vale, dondequiera que van, la mejor acogida; las vanidades más inocentes están interesadas en agradarles. ¡Qué bonitos estudios pueden hacerse! ¡Qué frases se oyen! Marc Hélys recuerda la alegría de una de sus amigas al volver de casa de una célebre actriz. La había hecho visitar su hotel, cuyo mobiliario, puro Luis XIV, era el «marco indispensable, según decía, para su alma de Celimena»; pero había reservado para el final su cuarto de dormir, ocupado por el más magnífico de los lechos. ¡Qué monumento! Estaba rodeado de una balaustrada y maravillosamente esculpido, su copete en forma de corona real tenía un penacho de plumas blancas.—«¡Ha costado 103.000 francos!» exclamaba la actriz, trastornada de admiración por su propiedad, y luego añadía:—«Si quiere usted fotografiarlo, no ha servido nunca»; y como la reporter la mirara asombrada,—«Quiero decir, añadió, que no ha servido nunca á los fotógrafos».

El oficio tiene sus desventurillas molestas, á veces, cuando no son divertidas. A la muerte de la princesa Matilde, Marc Hélys, fué encargada de documentar un artículo para la *Vie heureuse*, y para ello se presentó por la noche en casa de un amigo de la princesa, á quien no había podido encontrar de día. La criada, campesina todavía con el pelo de la dehesa, vacilaba en introducirla; le dijo que anunciase á una señora de la *Vie heureuse* de la casa Hachette y la oyó gritar:—«Es de casa Ha-

chette.»—«Dela usted un franco», chilló una voz exasperada. Era en Enero, y la dueña de la casa estaba harta de aguinaldos. La chica volvió con un franco, que á toda costa quería que cogiera. La escritora soltó la carcajada; la oyeron en el comedor, y los dueños salieron servilleta en mano, y al verla se confundieron en excusas.

Las revistas atraían á Marc Hélys más que los periódicos; dejó éstos, y en diez años ha dado más de ciento cincuenta artículos á las diversas revistas de París. El mundo de las revistas es muy distinto del de los periódicos. Hay más cortesía y más delicadeza en la acogida; no se necesitan recomendaciones para llegar hasta los directores, y la aceptación del artículo depende de su valor y oportunidad. No hay prevención contra el trabajo de las mujeres, siendo la colaboración femenina, á veces con firmas masculinas, mayor de lo que puede suponerse. Sin embargo, la vida de una *articulista* es penosa, pues hay que conocer lo que representa el trabajo de llevar paralelamente el artículo que se está escribiendo, la documentación del siguiente y la busca de asunto para otro. ¡Cuántas dejan su cuarto en las brumosas mañanas de invierno para ir á tomar notas á la Biblioteca Nacional, almorzando allí en la cantina por un franco, ó comiendo, sin dejar de trabajar, su pan y su chocolate! Tras un día de trabajo asiduo, con la frente ardiendo y los ojos fatigados, con sus notas dobladas en su carpeta, corren á una revista á la hora en que recibe el director, y esperan nerviosamente el momento en que se las recibe.

¡Qué asunto tan curioso de estudio el de los salones de espera de las revistas! Las mujeres se miran de arriba abajo con miradas suspicaces, tratando de adivinar lo que encierra el rollo de papel, la carpeta ó el manguito de sus vecinas. «Con tal de que no me hayan cogido mi asunto», piensa cada una de ellas. Los hombres no muestran la misma angustia, porque, de ordinario, el artículo que vienen á colocar no tiene para ellos importancia vital; la mayor parte viven de otra cosa que de la literatura. Pero las mujeres, no; y entre las que esperan

se ven viejas obstinadas, de expresión casi trágica, y jóvenes que hacen sonreir por sus pocos años.

Se compadece uno de las obreras; pero no es más envidiable la suerte de la intelectual. A trabajo igual, las pagan menos que á los hombres; á salario igual, se las exige mucho más. Nada más minucioso que la redacción y arreglo por páginas de un periódico ilustrado. Hay que disponer el texto alrededor de los grabados, y el problema consiste en hacer que quepa el artículo en el estrecho espacio que ha dejado libre la ilustración; hay que suprimir líneas sin sacrificar demasiado el sentido; hay que reemplazar una palabra de ocho letras por otra de cinco; añadir aquí un adjetivo y buscar allá un adverbio que llene toda la línea. Para todo ello se requiere viveza de espíritu, lenguaje claro, gran rapidez de trabajo, cualidades todas que es raro ver reunidas. Trabajan de ocho ó nueve de la mañana á seis ó siete de la tarde, envueltas en malsano polvillo de papel, en el calor artificial del calorífero y del gas, en el enervamiento de las llamadas telefónicas, de los retrasos de pruebas, de los grabados estropeados, de los cambios que la actualidad ó el capricho imponen á última hora.

Las buenas casas les conceden dos semanas de vacaciones, por el verano, y algunos días por Pascuas. Sus sueldos varían de 150 á 300 francos mensuales; las expedicionarias y dactilógrafas cobran 150; las redactoras arregladoras de noticias, leyendas y *chapeaux,* de 2 á 300 francos. La secretaria de la redacción, á pesar de su gran responsabilidad, no gana más. Estas posiciones, sin embargo, que tanto arruinan la salud, son muy envidiadas, y quienes las alcanzan viven bajo la amenaza perpetua de verse reemplazadas por hombres.

Económicamente, las más afortunadas de las escritoras son las novelistas, cuyo talento, formado más por la habilidad que por el arte, tiene un público fiel. Algunas se han dedicado á escribir libros para niños, y entre ellas hay alguna que gana, un año con otro, 12.000 francos. La novela para jóvenes, ó simplemente la novela *decente*, produce también mucho; pro-

duce más que *la otra*. Se dirige á un público de mujeres, y se lee sobre todo en provincias. La compran las bibliotecas de colegios y patronatos. No es la gloria ni la fortuna; pero proporciona muy pasadero bienestar.

En otros géneros, se encuentran novelistas que tienen más talento, pero menos seguridad de triunfar. Sus libros tienen menos salida, y la suerte más brillante á que pueden aspirar es la de ser publicados en algún gran diario, lo que les produce dos, tres ó cuatro mil francos, y á veces un premio en la Academia.

Una información entre varios cientos de escritoras ha demostrado que el mayor número de novelistas lo dan las provincias. Desgraciadamente, el éxito lleva demasiadas á París. Algunas han enviado á la buena de Dios su manuscrito á un editor, como sucedió con *Mi tío y mi cura*, cuyo éxito fué prodigioso. Otras, gracias á relaciones de familia ó á alguna amistad, han podido darse á conocer en un periódico ó revista. Pero, en general, casi todas se han estrenado en concursos literarios de provincias. Gran número de ellas no pasan de ahí y limitan su ambición á coleccionar medallas, diplomas y laureles de papel dorado; claro es que esas medalladas no hay que contarlas entre las escritoras.

En París viven de su pluma centenares de mujeres. Ordinariamente viven solas, ó á lo más con alguna pariente ó amiga. Es natural que así sea, porque las periodistas necesitan libertad completa, y no pueden sujetarse á comidas regulares ni horas fijas; en cuanto á las articulistas y novelistas, temen el contacto de un pensamiento extraño al suyo, las conversaciones forzadas y todas las exigencias de la vida común. Los profanos no saben lo absorbente, encantador y tiránico que es un trabajo empezado. Sólo en provincias pueden todavía imaginarse que una mujer que escribe es fatalmente bohemia y desordenada. Si pudieran penetrar en la intimidad de las emborronadoras de papel, volverían de su error. Todos los cuartos se parecen: los de la orilla izquierda se componen de un

gabinete y una cocina, en casas viejas y grandes; los de la orilla derecha, de dos piececitas con cocina, generalmente con vistas al patio y casi siempre en el quinto piso; los precios varían entre 700 y 1.000 francos. Es mucho para el presupuesto de una mujer que gana, por término medio, 4.000; pero es un sacrificio necesario, porque una mujer sola no puede vivir en todos los barrios ni en todas las casas.

El interior bien ordenado revela los gustos y hasta las manías inocentes de las inquilinas: una no podría trabajar sino entre amarillo; otra necesita matices tiernos y maderas muy claras; la misma Marc Hélys no concibe escritura posible fuera del rosa viejo y verde. En casi todas se encuentra verdadero lujo de libros y fotografías, reproducciones de cuadros ó recuerdos de viajes. El escritorio ocupa el mejor sitio, y nunca falta un diván para la lectura y la meditación. No es raro hallar en el cuarto bibelots, pero no se ven labores; los dedos que escriben son, en general, rebeldes á la aguja. Si á esto se añade que una asistenta basta para el servicio, que se hace el desayuno en el restaurant, que se come frecuentemente en casa de los amigos y que se necesita mucha voluntad para resistir á la tentación de economizar tiempo y dinero sobre el alimento, se habrá dicho lo más interesante sobre el modo de vivir de las escritoras en París.

El presupuesto de una escritora que dispone de 4.000 francos se distribuye ordinariamente de este modo: alimento, servicio, calefacción y alumbrado, 125 francos al mes ó 1.500 al año; alquileres é impuestos, 1.000 francos: quedan 1.500 para vestir, placeres é imprevistos. La mujer que escribe gasta poco en divertirse: sus artículos y sus novelas le sirven de diversión. Jamás piden permiso para distraerse, sólo desean unas horas de calma y de soledad. Pero si las distracciones no cuestan poco, las sucede lo mismo con la *toilette*. Obligadas á salir en todo tiempo, gastan atrozmente sus vestidos y sus sombreros. Y luego que, «aunque trabaje como un hombre, la francesa sigue siendo mujer, demasiado mujer, ¡ay!, para su tranquili-

dad.» Vencidas las angustiosas dificultades del principio, su instinto de coquetería reclama sus derechos, y se traduce en una elegancia modesta y frecuentemente perjudicial. ¿No hay *reporters* con sombrero azul celeste y con zapatitos? El traje sastre ha prestado un gran servicio á las periodistas: un traje sombrío, de corte limpio y sobrio, que permita pasar por dondequiera sin llamar la atención, eso es lo que conviene á las periodistas.

COSTUMBRES

El amor en los adolescentes.—Recuerda Renato Ckerdyk en la *Revue Bleue*, que cuando Stendhal, á la edad de diez y seis años, dejó Grenoble para ir á París, su tío Román Gagnon, á falta de dinero, le prodigó sus consejos: «Amigo mío, le dijo, te creo una buena cabeza, y estás lleno de orgullo insoportable, á causa de tus éxitos en las escuelas matemáticas; pero todo eso no es nada; en el mundo no se adelanta sino por medio de las mujeres. Eres feo, pero nunca te echarán en cara tu fealdad, porque tienes fisonomía; tus queridas te dejarán. Ahora bien; acuérdate de esto: en el momento en que á uno le dejan, nada más fácil que quedar en ridículo; después de lo cual, un hombre no sirve ni para los perros á los ojos de las demás mujeres. Dentro de las veinticuatro horas en que te hayan dejado, declárate á una mujer; á falta de otra cosa, declárate á una criada.»

A este propósito, bueno es consignar la importancia que ha tenido siempre la *soubrette* en la evolución amorosa de Querubín. No hay muchacho de quince á diez y seis años que no se haya enamorado de la criada de su madre. Y aun es preciso que esta madre haya tenido la torpeza ó... la habilidad de rodearse de criaditas apetitosas, á falta de las cuales iría á buscar la dama de compañía de una de sus tías ó el aya de los hijos de su hermana. La camarista tiene la costumbre de este género de aventuras, y no la desagrada el pensamiento de ser

la educadora amorosa del joven; en cuanto á él, las miradas audaces, las mil coqueterías del tocador y de las maneras y el misterio del amor le turban y le encantan. Tiene, sin embargo, en el alma esa superioridad del amo, que le hace considerar á una criada como una quisicosa poco respetable, como un animalito indispensable ó como un juguete favorito.

En las *Vacaciones de un joven prudente,* cuyo protagonista es un Querubín bachiller, Enrique de Reguier nos presenta un jovencillo de diez y seis años, con traje militar, á quien su padre lleva á ver á una anciana pariente, la marquesa de Barincourt. La señora lo acoge con cariño, y cuando el joven iba á retirarse oye á la marquesa llamar á una de sus doncellas, y decirla en alta voz: «Y ahora, Toñita, lleve usted á merendar al señor oficial.» La primera impresión debió ser de despecho; pero como Toñita era ligera y graciosa, el cadete aguantó su rabia, mirando á la doncella con emoción elocuente.

Es grave inconsecuencia en los hombres despreciar las pasiones de los niños. Nada hay más interesante ni más sincero que un amor de adolescente. La primera cualidad de esta ternura es que nunca es vulgar. Mientras los hombres ya hechos dejan en gabinetes insignificantes partículas ínfimas de su sér, los primeros amores de niños son enteros, profundos y definitivos; lo cual no quiere decir que duren mucho tiempo.

Pero aquí se impone una importante distinción: hay Querubines que aman y Querubines que son amados. De los primeros, mejor es no hablar demasiado, porque esos no son «los chicos tiernos». El muchacho que no sabe que ama, es alegre; pero el que sabe que ama, y á quién ama, deja de serlo. Se haría mal en pensar que el pajecito de Beaumarchais, que confía sus emociones á los árboles, á las nubes y al viento, es el tipo único de Querubín: hay Querubines melancólicos, desolados, neurasténicos, tenebrosos, hipocondríacos y mohinos. Este último tipo es bastante frecuente. Hay enamorados cuyo espíritu es tan impenetrable como el de Hamlet, y que se harían cortar en pedazos antes que descubrir su amor. *El Fortunio* de

Musset es de estos últimos: pasea por medio de los alegres empleados su rostro triste, y sepulta su pasión en lo más profundo de su pecho:

«Si creéis que os voy á decir
á quien me atrevo á amar,
ni por un imperio osara
su nombre pronunciar.»

No será nunca este suspirante romántico «la pesadilla de las bellas, sino el Querubín libertino. A ése todo le está permitido. Se favorecerán sus impertinencias, no hallará más que miradas indulgentes, y si no se atreve á atreverse, se atreverán por él. Imaginemos á nuestro adolescente paseándose por los muelles del Sena en una clara mañana de primavera. Querubín buquinea. Entre los innumerables volúmenes que le son indiferentes, acaba de descubrir un librito que trata «De la manera de...» Aquel folleto ilustrado le ha trastornado con su título. Apenas vuelto á casa, se encierra en el amplio despacho de su padre, y sube hasta el último escalón de la escalerita de la biblioteca para sacar de lo alto los grandes Larousses. ¿Para qué servirían los grandes Larousses sino para informar á estos enamorados sobre las palabras que no comprenden? Querubín lo mira todo con mirada inquisidora y ávida, y sorprende así muchas cosas. Ya es un brazo encantador que roza su mano, ya es un olor íntimo que le turba, ó una garganta algo descubierta, ó la mujer que, al bajar del coche, deja entrever su pie. El espíritu del joven está sin cesar despierto, y aunque no acierte á precisar sus emociones, halla exaltados sus sentidos.

Los galanes de esta especie son amados antes de que ellos amen. Los han observado en una tertulia, en un baile, y se ha apercibido su turbación. Se oye á otras mujeres compartir esa opinión favorable, y entonces ya no se vacila; porque «una mujer, al tomar un amante, tiene más en cuenta el modo con que las demás mujeres ven á ese hombre que el modo con que lo

ve ella misma». Y he aquí ya al seductor presentado, admitido á hacer su corte. Y entonces solamente es cuando empieza á amar á su vez. Empezará á amar á la buena de Dios, y en seguida amará como un loco, como un niño que es, como un poeta. Torpe, no es eso lo que le piden. ¿Por qué no ha permanecido indiferente, por qué se ha hecho formal?. De encantador, de chispeante que era, se ha hecho insoportable. Querrá conocer su pasado, pretenderá dirigir el presente; la vigilará, la interrogará, se dará el ridículo de ser celoso. En lugar de animarla, en vez de arrodillarse ante esa criatura que con una sonrisa le ha revelado la felicidad, la atormentará, la celará, la molestará y, más que todo, la aburrirá.

El papel de Querubín, tan flamante, tan alegre al principio, ¡qué melancólico se va á hacer! Y es que el amor que inspiran los adolescentes es forzosamente cosa pasajera. El Querubín es un objeto de lujo, y el placer que proporciona se embota pronto. Querubín es, principalmente, la aventura; podrá ser *un amante*, nunca será *el amante*. No conoce los artificios, es sincero y está condenado de antemano; después de haber sido el amadísimo, se convertirá en el indiferente; después de haber sido el indiferente, se convertirá en el molesto, y entonces no será el marido ni el amante titular quien se formalizará por su presencia, sino la misma mujer, porque, parodiando un verso célebre, «lo que en él ella amaba era su propia embriaguez», y eso es lo que Querubín no ha comprendido. Pero ocurrirá que, tres días después de su gran disgusto, nuestro adolescente encontrará en una esquina á otra mujer que se pondrá á querer á su vez, y aunque se mostrará con su nueva conquista menos torpe que antes, esta amante, como todas las que la sigan, encontrará siempre algo nuevo que enseñarle. Hasta el día en que de pronto observará que ha envejecido y que lo toman ya en serio. Entonces, á su contento y su vanidad de ser un hombre se mezclará su desesperación de no ser ya Querubín.

IMPRESIONES Y NOTAS

La neutralidad escolar.—A título de información documental, tomamos de la carta abierta que el obispo de Bayona ha dirigido al ministro de Instrucción Pública, sobre el principio de la neutralidad escolar de que tanto se habla, los párrafos que siguen: «Sí, señor ministro, he condenado la enseñanza neutra no una vez, sino veinte veces. Los obispos de Francia la han condenado por unanimidad. Pero, ¿os habéis fijado en que hay muchos otros que también la han condenado? Vuestro compañero de ministerio, el Sr. Lafferre, ha escrito: «Si la neutralidad fuese admitida frente á la teocracia y la república, sería una traición para el pensamiento laico y la democracia.» El Sr. Aulard, que tiene más crédito que vos sobre el personal universitario (dicho sea sin ofenderos), ha escrito: «La neutralidad es una guasa, una ilusión, una palabra vacía de sentido.» Julio Simón ha dicho: «No hay escuela neutra porque no hay maestro que no tenga opiniones religiosas ó filosóficas. Si no las tiene, está fuera de la humanidad, es un idiota ó un monstruo; si las tiene y las oculta, por salvar su paga, es el último de los cobardes.» El Sr. Viviani, ministro de ayer, ha escrito: «La neutralidad fué siempre una mentira. Verdad es, que fué quizá una mentira necesaria.»

Se persiguió esta quimera para tranquilizar algunas timideces, cuya condición hubiera sido un obstáculo para la ley. ¿Os hablan de neutralidad escolar? Pues ya es hora de decir que la neutralidad escolar no ha sido nunca más que una mentira diplomática y una tartufería de circunstancias. La invocábamos para adormecer á los escrupulosos ó á los timoratos. Pero ahora ya no se trata de eso; hablemos con franqueza: nunca hemos tenido otro propósito que el de hacer la Universidad antirreligiosa, y antirreligiosa de un modo activo, militante y belicoso.»

***

PLAGIO INCONSCIENTE.—Realmente creemos que sólo se trata de una mera coincidencia de pensamiento, que ni siquiera llega á una coincidencia de forma de expresión, que es lo que caracteriza el verdadero plagio. Se trata de los famosos versos de Malherbe, en una oda á Duperrier, con motivo de la muerte de su hija:

Et rose elle a vécu ce que vivent les roses
l'espace d'un matin.

El articulista de *Hechos y documentos de la Revue*, de París, habla de que en Maguncia se acaba de descubrir una sepultura de una joven romana, muerta en la flor de la edad, cuyo epitafio termina con este verso:

Rosa simul floruit et statim periit,

que corresponde exactamente á la imagen admirada en la oda de Malherbe. ¿Ha conocido Malherbe este epitafio? El hecho no es imposible, dice la *Revue*, puesto que viajó por Alemania en compañía de un calvinista, muy erudito y muy buen latinista.

***

ENFERMEDADES MISTERIOSAS.—El Dr. Neuville dedica un artículo á varias enfermedades, como la parálisis infantil, el dengue, el púrpura, el mal de Addison, el de Basedow, el beriberi, la leucocitemia y la elefantiasis, y otras contra las que la ciencia moderna lucha infructuosamente sin conseguir dominarlas.

Entre ellas figura una, todavía sin nombre, pero tan misteriosa como terrible. El primer caso conocido se ha presentado en un pescador de Wáshington, que había sentido de pronto una viva comezón, causada por un grano en el hombro izquierdo; lo había picado, y de él había salido un gusano blanco y aplastado, de centímetro y medio de ancho, por dos centímetros de largo. La cosa le chocó, pero no la dió importan-

cia. Al año siguiente, descubrió en su pecho cuatro ó cinco escrescencias; las abrió con un cortaplumas, y en ellas se encontró gusanos de la misma especie. Entonces acudió á un doctor que no comprendió nada de su relato. Examinó al hombre en todo el cuerpo, y comprobó que en el ano y bajo la tetilla izquierda había otros granos: cada uno encerraba un gusano enquistado, y á veces, dos ó tres. Eran cisticercos, semejantes á un parásito del intestino, pero de especie científicamente desconocida. El doctor recogió algunos y los llevó al profesor Smills, experto en hermintología, agregado al hospital de la marina. Este reconoció un herminto, ya observado en el Japón y desconocido en los Estados Unidos, sin que nadie pudiera explicarse cómo estaba alojado en el cuerpo del pescador. Entretanto, se sometió el caso á estrecha vigilancia. El pescador, á quien no se podía proporcionar remedio, vió aumentar su mal; pronto sintió dolores insoportables y no tardó en volverse loco, muriendo en un acceso de *delirium tremens*. Se hizo la autopsia, y se vió que el cerebro había sido devorado por los gusanos que en él pululaban, siendo incomprensible cómo el pobre enfermo había podido sufrir tanto tiempo aquel suplicio. El gusano de que se trata no tiene forma regular; se arrolla, describe varias circunvoluciones y, á veces, ofrece vagamente el aspecto de un feto con varias cabezas. Su modo de reproducción, que recuerda el de la tenia, es extraordinario: las cabezas se separan y viajan á través de los tejidos, desarrollándose y convirtiéndose en nuevos hermintos, que se enquistan aisladamente y se alimentan del organismo humano.

Una mujer japonesa, examinada en 1910 en el hospital de Tokío por los profesores de fisiología y de patología interna de la Facultad de Medicina, presentaba la misma enfermedad. En diversas partes de su cuerpo había, por cada centímetro cúbico de tejido, hasta 1.500 gusanos. Con ellos se hizo un curioso experimento. Se echaron algunos en la hierba, y un buey lo comió. El herminto no le produjo ningún desorden intestinal, pero cuando lo mataron, el gusano había pasado á los múscu-

los, y de la carne del buey se ve que puede pasar al cuerpo humano como la trichina. La trichina se aloja en las fibras musculares del cuerpo, sin causar perjuicio al animal, y sólo se hace peligrosa para el hombre que la absorbe.

Probable es que lo ocurrido con el pescador y la japonesa sea que el parásito haya penetrado en sus cuerpos por los alimentos. La mujer de Tokío tenía treinta y tres años y el pescador de Wáshington cuarenta y ocho. Los dos han muerto y han dejado hijos, pero ninguno de éstos presenta síntomas de la misteriosa enfermedad, sin que por esto pueda todavía afirmarse que no sea contagiosa, pues no hay datos bastantes para asegurarlo.

***

Lamartine casamentero.—La imaginación de Lamartine tenía el misterioso poder de embellecer las cosas más ordinarias y de seducir con los primores del estilo á los numerosos lectores de sus obras. En su viaje á Oriente pasó dos días en una pequeña ciudad de Siria. Ya sabéis lo que es la Siria: como dice D'Heylli, es una región larga, estrecha, triste como un sauce llorón, y aburrida hasta tragarse uno la nuca en interminables bostezos. Pero es la tierra prometida de los hebreos; Semíramis, Jerjes, Darío, Jenofonte, Alejandro, Mario, Pompeyo, César, Godofredo de Bullon, Bonaparte, han dejado allí sus huellas; cada piedra está allí llena de recuerdos, y no es extraño que Lamartine se complaciera en recorrer aquellos parajes.

En la pequeña ciudad de que hablamos no había más que árabes, turcos, judíos, kurdos, maronitas y armenios, para quienes Lamartine no valía tanto como cualquier capitán mercante de falucho. Pero había también un cónsul francés con dos hijas, y aquel cónsul sabía, como buen francés, lo que significaba en el mundo el gran nombre de Lamartine.

Naturalmente el cónsul se había apoderado de Lamartine, alojándolo en su casa, agobiándole de atenciones y rodeándolo de cuidados. ¿Qué hacer para pagar aquellos favores? Las hijas

del consul habían sido muy medianamente dotadas por Dios, y si Dios las había dotado poco, con la dote del padre no había que contar; de modo que su matrimonio era más que problemático, y el porvenir se las presentaba más oscuro que boca de lobo.

Pero se publica el *Viaje á Oriente*, y Lamartine dedica nada menos que diez páginas á las dos infelices. Lamartine habla de ellas con entusiasmo: no sólo las presenta como lindas, sino como bellezas, como verdaderas diosas, como ángeles escapados del cielo; Fidias no ha esculpido nunca nada semejante; Aspasia era una fea y una tonta, comparada con aquellos prodigios de gracia y de talento. De aquella publicidad resultó que muchos turistas europeos se apartaron de su camino para ir á ver las dos maravillas que Lamartine acababa de revelar al mundo. La casa del consul fué casi un lugar de peregrinación. Los viajeros salían echando pestes del poeta, pero no faltaron dos—ingleses por supuesto—y muy ricos—eso no hay que decirlo—que, ateniéndose á lo dicho por Lamartine, se casaron con las hijas del cónsul, cerrando los ojos. Poco tiempo después de su matrimonio, uno de estos buenos hijos de Albión decía al patriarca de los marionitas que se lo ha repetido á A. P.: «He tomado mujer, porque Lamartine ha publicado que era una criatura deliciosa. Por más que hago, no puedo lograr ser de su opinión. Pero él debe ser mejor juez que yo en esas cuestiones.»

***

Tesoro encontrado en sueños.—El soñador cuenta su sueño del modo siguiente en la *Occult Review*: «Cuando yo era niño, tuve un sueño extraordinario, ó más bien una visión, porque fué durante el dormivela. Llamé entonces á mi abuela, que tenía su alcoba contigua á la mía y le conté que había soñado ver campanas.—«¿Campanas?—replicó ella;—si es así, duerme niño mío, y ve si puedes soñar algo más. Me volví á dormir, probablemente por sugestión hipnótica, y vi entonces soñando

campanas de plata que estaban enterradas á algunos metros de profundidad, en el suelo de un jardín de una gran casa contigua á la nuestra. Cuando mi padre y mi madre supieron mi sueño, se rieron de él, y pronto quedó olvidado. Pero un día mi madre se acordó de él y se lo contó al cura de nuestra parroquia, que con gran alegría exclamó: «Alabado sea Dios, que, por medio de su hijo, ha revelado dónde está nuestro perdido tesoro.» Entonces contó que durante la Revolución francesa, las dos campanas de plata pertenecientes á la parroquia habían sido escondidas bajo tierra por dos sacerdotes; éstos habían sido guillotinados, y se había perdido por completo toda huella de las campanas. Hechas en el jardín las oportunas excavaciones, fueron encontradas en el mismo sitio en que yo las había visto en mi sueño.

***

El arte de juzgar: anèdoctas.—Interesante y sincero es el *Ensayo sobre el arte de juzgar* de Ransson, y justísima la crítica de ciertos magistrados que quieren echarlas de graciosos, y que rayan á veces en bufones, exponiéndose á que los reos les repliquen como aquel condenado á muerte replicó al presidente del tribunal, que se entretenía con bromas de este género: «Tome usted mi cabeza, pero no se la pague usted.» Es preferible, en efecto, la actitud severa y digna del presidente á la antigua, que al acusado irreverente que le decía: «Póngase usted en mi lugar», contestaba con altivez: «No admito la hipótesis».

En el libro abundan las anécdotas, y por ellas se ve que en todas partes cuecen habas, y la justicia, allá como aquí, anda poco bien servida en ocasiones, encarnando en quienes menos debiera encarnar. Así, lejos de encontrarla acertada, nos escandalizaría la explicación que daba un abogado á un amigo, de la pérdida de un proceso que consideraba imperdible: «¿Qué quie-

res? le decía; defendía un asunto de nulidad relativa ante tres nulidades absolutas.»

Tampoco nos extraña, por lo mismo, la definición que otro abogado daba de otro tribunal, cuyo presidente pasaba por ser de oído algo torpe: «Es un Tribunal compuesto de tres magistrados: el primero, escucha, pero no oye; el segundo, oye, pero no escucha, y el tercero, escucha y oye, pero no entiende.»

Un presidente, de esos amigos de hacer chistes, al ventilarse un pleito de medianería, y habiendo empezado el demandante su discurso con las palabras: «Señores, Napoleón ha dicho...,» le interrumpió diciendo: «Maestro, pase S. S. á la restauración... del muro de vuestro cliente.»

Ransson da á conocer en su libro, como tipo de sentencias de esos jueces—que los hay—que prescinden de citas legales para exponer sus ideas personales, como si una sentencia fuera un artículo de polémica ó un manifiesto electoral, la dictada por un juez, en causa por accidente de automóvil, en la que declara no haber lugar á ninguna información para fijar responsabilidades, fundándola en los considerandos siguientes:

«Considerando que toda acción intentada contra los propietarios de automóvil puede estimarse *á priori* como justificada; que el hecho de recorrer los hermosos caminos de Francia en marcha vertiginosa, que no permite apreciar el carácter pintoresco del paisaje y de los sitios así atravesados, constituye ya, por sí mismo, una presunción de falta;

»Considerando que este modo de ver es tanto más racional, cuanto que los automóviles, por su forma inestética, hieren la vista; por los ruidos ensordecedores que acompañan su marcha mortífera, chocan al oído, y por los vapores pestilenciales que se escapan de su indiscreta trasera, ofuscan el olfato y envenenan la pura atmósfera de nuestros campos;

»Considerando, en fin, que inventados para la satisfacción estúpida ó los apetitos sanguinarios de la clase burguesa ó aristocrática, constituída por los favorecidos de la fortuna, esos vehículos homicidas parecen tener por objeto, en vista de

un goce en cierto modo sádico, matar ó herir á los más interesantes ciudadanos, es decir, á los peatones, categoría social generalmente formada por los laboriosos y los desheredados, á la que la justicia moderna, en su aspiración progresiva y humanitaria, debe ayuda y protección.»

Y así sigue todo lo demás. ¿Verdad que tiene gracia este dictadorcillo aplicador de leyes?

***

El acento alsaciano y el asesinato del Duque de Enghien.—Es curiosa la relación que Carlos Fischer establece, en *Les Marches de l'Est*, entre el acento alsaciano y la prisión del Duque de Enghien, seguida de su fusilamiento en los fosos de Vincennes, el crimen que nunca se ha perdonado á Napoleón.

«Era—dice Fischer—en los últimos días de Febrero de 1804. Se sabía que el heredero de los Borbones estaba en la orilla badenesa del Rhin, en Ettenheim, con su mujer, novia ó querida, la princesa Carlota de Rohan. Bonaparte, suponiendo que aquel maldito Ettenheim empollaba nuevas empresas militares, quiso informarse sobre los personajes sospechosos de que el príncipe se rodeaba. Real se esforzó, y desde Strasburgo se puso en camino un sargento de gendarmería listo; y aquí es donde el drama se enreda por el acento. Aquel sargento, aunque se llamaba Lamothe, era evidentemente un alsaciano. ¿Cómo si no hubiera podido jerguear el alemán de las aldeas? Con la pipa en la boca, lisonjeando á éste y pagando unas copas á aquél, recogió sus informes con aires de bendito, y no tardó en averiguar que entre los comensales de su Alteza figuraba cierto oficial cuyo nombre le chocó: era el señor *Thumery*, personaje sin importancia. Aquel apellido, pronunciado teutónicamente resultaba *Thoumery* (con *u* española y no francesa). Como Lamothe tenía acento alsaciano, el *Thoumery* le sonó á Doumery, y en seguida á Doumoriez ó Dtumoriez. El sargento desapareció, volvió á Strasburgo y afirmó que el general Du-

mouriez era de la banda.» Y el triste efecto del ceceo de la raza produjo la tragedia de Vincennes.

Enterado el primer Cónsul á toda prisa de que Dumouriez estaba en Ettenheim, era evidente que no podía estar allí él, el cómplice de Coburgo, sino para conspirar. Bonaparte consideró peligrosísima aquella inteligencia, dió orden para capturar inmediatamente al duque, y, sin más averiguaciones, lo mandó fusilar.

Después de todo, la versión de Fischer nada tiene de inverosímil, y quizá la muerte del pobre Duque haya realmente dependido de un cambio de nombre por el acento alsaciano.

FERNANDO ARAUJO

ÍNDICE

Págs.

De Buenos Aires á La Plata, por Adolfo Posada..... 5

Recuerdos, por José Echegaray..... 22

Corazones generosos, por Selma Lagerlof..... 31

Salamanca, por José Sánchez Rojas..... 61

Las Cortes de la Revolución, por Carlos Cambronero..... 80

Parnaso internacional: Fantasía, de Augusto Lacaussade.—*Una luz en las tinieblas de la noche*, de Grandmougin..... 112

La América Moderna, por Vicente Gay..... 116

El arcaísmo en la Argentina, por Juan B. Selva..... 143

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 164

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 23. NUM. 272.

LA ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

AGOSTO 1911

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

MOROS Y MORISCOS EN EL SIGLO XVI

Natural y justo es el entusiasmo que siento por mi Lorca, con la que no hallo otra ciudad alguna de nuestra patria que pueda asemejársele, en su historia del siglo xv; por aquellos cumplidos y esforzados caballeros, que en el pelear con los moros granadinos hallaban el descanso á las faenas de sus campos.

Así es que, separándonos del común sentir de los historiadores, y dejándonos tal vez llevar de cariñoso respeto hacia nuestros antepasados y de un sincero amor al pueblo mahometano, no atribuímos aquella lucha titánica, que tuvo su principio en 1493 y no acabó hasta 1630, después que uno de los contendientes había sido expulsado de la tierra, no la atribuímos, repito, á la intolerancia religiosa, ni á la tiranía de los monarcas, ni á las vejaciones de gentes constituídas en justicia, pues no hallamos tal en la historia, y si tal sucediera, no sería honroso para nuestros abuelos y fuera mengua para los moros.

La mayor parte de los historiadores atribuyen aquella lucha cruel, en que se vertió tanta sangre de moros y cristianos, á la falta de buena fe de los señores Reyes Católicos, que, sin guardar los pactos hechos con Boabdil y el Zagal, se obstinaron temerariamente en despojar á los vencidos de sus trajes, sus costumbres y su religión, tomando así como causa lo que

sólo fué una pena. Según dichos historiadores, sin la intolerancia de los reyes y sin las vejaciones de los clérigos, jueces, alguaciles y escribanos—más supuestas que reales,—aquel pueblo que tan grande fué en la historia, y que tanto luchara por su patria y religión, hubiera ahogado en su pecho el sentimiento religioso y patriótico, y permaneciera tranquilo, sin patria y sin altar, enriqueciendo á los vencedores.

No se ocultó esto á algunos modernos historiadores, que, como si pusieran una pica en Flandes, salieron á la defensa de nuestros reyes, culpando la tendencia ó el espíritu de aquel siglo, según dicen; aseverando que, después de todo, fué la medida de la expulsión altamente política, pero fatalmente económica, pues que ocasionó la ruina material de España.

Pérez de Hita, Mármol, Hurtado de Mendoza, Bleda y todos cuantos por aquellos tiempos escribieron del asunto de los moriscos, lamentan mucho la crueldad con que eran tratados; pero nosotros creemos que estos lamentos, más eran ocasionados por la hidalguía y nobleza de sentimientos que por la injusticia de los procedimientos que lamentaban.

Asunto es éste que hace tiempo ocupa nuestra atención, estimulada por el respeto que nos merecen aquellos escritores, por el amor á nuestra patria y por la consideración que queremos guardar á los moros; pero, confesamos nuestro pecado, tal vez la pasión colocó ante nuestros ojos cristales engañosos, y no vemos en la historia del reino de Granada, durante el siglo XVI, nada que amengüe la grandeza de aquellos reyes y de aquellos vasallos que fueron tan grandes, que arrancaron á los mares un nuevo mundo...

«Porque en el antiguo mundo no cabían.»

Vemos en aquel clero, que seguía la conducta iniciada por el Cardenal Cisneros, un celo que, lejos de ser imprudente, se templaba, quizá más de lo que debiera, ante la consideración de la lucha ó de la retirada de los catequizados. Vemos en aquellas justicias la magnanimidad de todos los magistrados españoles, y la imposibilidad en que se hallaban, no ya de ve-

jar ó molestar á los moros y moriscos, sino de proceder contra ellos con alguna severidad. Y vemos por fin, en el pueblo mahometano, á un pueblo vencido y sojuzgado, amante de su patria y de su religión, que en defensa de ellas apela á todos los medios que halla á mano.

Esto y sólo esto vimos en la historia, y aunque fortalecidos con el testimonio de nuestra conciencia, pudiéramos publicarlo con la frente erguida, conocemos nuestra pequeñez y vacilamos al escribir otra cosa que lo que escribieron respetables historiadores. Si nos equivocamos al publicar lo que en este punto aprendimos, sea sólo nuestra la culpa, al no estudiar cual debíamos; si, por el contrario, llevaren estos apuntes alguna luz á la historia, devolviendo á nuestra patria y á nuestros reyes la majestad que hijos alucinados y ciegos pretendieron arrebatarles, y á los moros granadinos la grandeza que les negaron, sea de la amistad la gloria, pues que amigos verdaderos nos lo mandan.

* * *

El año de 1488 llegaba ante los muros de la ciudad de Vera el rey Don Fernando V, con un ejército de 14.000 infantes y 4.000 caballos. Su alcaide y gobernador Malique Alabez hizo entrega de las llaves de la ciudad, junto á la Fuente de Pulpí, y allí rindió pleito homenaje á los señores Reyes Católicos. Ocurría esto el 10 de Junio, y no eran pasados veinte días después, cuando eran más de cuarenta los pueblos circunvecinos que se habían presentado á reconocer en Don Fernando á su nuevo señor. Quedaron todos estos pueblos en la condición de mudéjares, es decir, que conservaban su ley, su religión, su lengua y su traje, llamándose pueblos de moros, y después de moriscos. Fueron sus mezquitas convertidas en iglesias, y las tierras y censos pertenecientes á aquéllas quedaron propiedad de éstas. Los habitantes pagarían á los Reyes Cristianos los diezmos y tributos que pagaban á los reyes mo-

ros, y pertenecerían á aquéllos las fincas que á éstos pertenecían, más las de aquellos que, no aviniéndose con la dominación cristiana, se marchasen á las poblaciones ocupadas por los moros.

Los Reyes Católicos echaron los cimientos de la nueva ciudad, que estaría cercada de fuertes murallas y no contendría más de trescientas viviendas para otros tantos cristianos viejos, caballeros y peones de su ejército. Fué de este modo la ciudad de Vera como una especie de fortaleza, en cuyas casas nunca habitaron los moros, que tenían las suyas en los arrabales y en el campo; en los demás pueblos admitieron y heredaron algunos, muy pocos pobladores, y nombraron gobernadorcillos de quienes dependían los cristianos, y quienes proponían las personas que habían de ser nombradas alcaldes del común de los vecinos.

En los últimos días del año 1489 se hallaban los reyes de Castilla y Aragón frente á Baza, con un ejército de 80.000 hombres. Defendía la ciudad el príncipe Cid Hiaya, con los habitantes de ella, los soldados que mandaba aquel valiente alcaide de Zujar, llamado Hubec Abdivar, y aquellos diez mil soldados de Almería, á quienes los autores suponen los más astutos, los más activos y los más valientes de los soldados del rey Zagal. Muy pronto se habló de capitulación, y Cid Hiaya y el veterano Mohamed, en nombre de la ciudad, y el comendador mayor de León, Mosen Gutierre de Cárdenas, por los Reyes Católicos, pactaron la entrega en condiciones muy parecidas á las que los reyes de su voluntad habían impuesto á la ciudad de Vera en el año anterior. Iguales fueron las pactadas en la misma ciudad de Baza y por aquellos días, entre el citado comendador mayor de León, el veterano Mohamet y Abd ala Soliman, secretario y alfaqui del rey Zagal, para la entrega de las ciudades de Almería y Guadix. De este modo quedaban reducidos á la condición de mudéjares todos los vasallos del Zagal, de aquel valiente hermano de Muley Hazen, que á su valor y á sus hazañas debió el compartir el reino gra-

nadino con Boabdil, el hijo de su hermano, de aquel valiente, cuyos últimos días fueron tan amargos como obscuros.

El 23 de Noviembre de 1491, los reyes Fernando de Aragón, Isabel de Castilla y Boabdil firmaban las condiciones para la rendición y entrega de la ciudad y reino de Granada. Quedaban los habitantes en la condición de mudéjares, pero se respetarían su religión, sus costumbres, sus trajes y su habla; perderían sus mezquitas, que se convertirían en iglesias, pero no pagarían á los nuevos reyes más tributos que los que á sus antiguos reyes pagaban. Boabdil recibiría algunos cientos de maravedís y el señorío de las Tahas de Berja y Dalias, Marchena, Boloduy, Luchar, Andarax, Jubiles y Poqueira. El día 2 de Enero de 1492, mientras que los ejércitos cristianos se disponían para entrar en la ciudad, salía por la parte opuesta una lucida, aunque pequeña cabalgata, en que iban el joven y desgraciado Boabdil, la sultana Edixa, la que con sus intrigas había alcanzado para su hijo la mitad del reino que el Zagal usurpara; y la agraciada Moraima, la hermosa hija del valeroso Aliatar de Loja, aquella que por su belleza, por sus virtudes y sus desgracias fué objeto de la poesía popular árabe que moría y de la poesía popular cristiana que al pie de los muros de Granada tomaba nuevos bríos.

El mes de Enero de 1492 era todo el reino de Granada de los Reyes Católicos: los moros habían ya variado sus reyes, perdido sus mezquitas. Pero... ¿por qué no continuaron de esta manera? ¿Fué acaso por la imprudencia de los monarcas? ¿Quizá por la intolerancia del clero? ¿Tal vez por vejaciones que sufrían de los cristianos? La historia dice que no, al decirnos cuál fué la causa.

Si los moros continuasen sumisos y obedientes á los reyes de España; si olvidados de la patria, hollada por el enemigo, y de la religión, profanada por los *perros cristianos,* no quebrantaran los pactos de Baza y Granada, ¿hubiera continuado la agricultura en aquel estado floreciente, digno de admirarse, aunque no tanto como pretenden los escritores que con tan

poco respeto tratan á nuestros reyes y á nuestros mayores? Ciertamente que no. Todavía no había muerto el viejo Muley Hazen, y ya la guerra civil devastaba los campos de Granada y Almería con los bandos de Boabdil y de Abu-Abdalá, el Zagal. En 1488, un ejército de más de 29.000 hombres penetraba por Vera y llegaba hasta Tabernas, talándolo y arrasándolo todo. En 1489, más de 80.000 talaban los campos de Baza, atravesaban la sierra de Filabrés y el río de Almería para llegar á la ciudad de este nombre, y faldeando Sierra Nevada, llegaban hasta Guadix.

Málaga, Loja, Antequera, Coín, Ronda y otras ciudades habían sido teatro de sangrientas y empeñadas luchas entre los ejércitos cristiano y mahometano, y durante muchos meses uno y otro se encontraron frente á frente en los muros de Granada en 1491, teniendo frecuentemente lugar aquellas escaramuzas que hoy como leyendas nos refieren los romances populares. Tan combinadas batallas, el paso de tantos ejércitos por territorio granadino, la manera de ser de aquellos ejércitos y el consiguiente abandono del cultivo de los campos durante aquellos años, ¿no fueran bastante para arruinar la más floreciente agricultura? Aún hay más. Cuando el rey Don Fernando tomó la ciudad de Vera, como después cuando se apoderó de las ciudades de Baza, Almería y Guadix, fueron muchas las familias moras que, vendiendo ó abandonando sus tierras y casas, se marcharon á Granada; y cuando esta ciudad pasó á poder de los cristianos, fueron muchos los moros que siguieron el ejemplo que les dejara el anciano alcaide de Purchena, Alí Aben Fahar, trasladando al Africa su residencia. La disminución de la población fué grande, y ésta, después de los estragos de una guerra de más de diez años, no debía dejar muy pujantes la agricultura, la industria y el comercio. No se culpe de ello á los reyes de España.

Pero tampoco puede echárseles en cara la triste situación y el fin desastroso del pueblo granadino, puesto que, para evitarlo, hicieron mucho más que la razón y la justicia podía

exigir de ellos, y fueron más allá que la piedad y la prudencia podían llevarlos. Todavía no era pasado un año desde que Boabdil vivía tranquilo y resignado en la Cobda de Andarax, cuando Don Fernando y Doña Isabel le proponían vendiese sus nuevos Estados y se trasladase á Africa; y aunque Boabdil lo repugnó, su secretario Aben Cominxa abusó de su confianza, y firmó el contrato de venta en Febrero de 1493. Si Boabdil vivía resignado en sus Estados, sin cuidarse de otros asuntos que no fuesen sus cacerías y sus mujeres, ¿por qué los Reyes Católicos, que el año último le habían ofrecido aquel retiro, pretenden ahora arrojarlo de él? Aquellos nobles caballeros, ligados con íntima amistad al infortunado rey de Granada, y que llegaron á merecer toda su confianza, como D. Juan Enríquez, el de Baza, pudieran contestar á esta pregunta con aquellos razonamientos que aconsejaban á Boabdil no aceptase señorío alguno ni permaneciese en territorio del reino de Granada. En el mes de Febrero se embarcaba en Adra el rey Chico con su familia y más de mil, que quisieron seguir la suerte de su señor, y no había pasado un mes, cuando se descubría una conspiración de los moros de las Alpujarras y del río de Almería.

Entonces dió principio aquella serie de levantamientos, fracasados unos, otros aplacados, no sin dolorosos y grandes sacrificios. No falta quien quiera suponer que todos estos movimientos y conjuraciones, que sin interrupción se sucedieron hasta el año de 1502, fueron ocasionados por la severidad del Cardenal Cisneros, que pretendía fuesen bautizados por fuerza los moros de estos reinos; pero quien tal diga no está en lo cierto. El Cardenal Jiménez de Cisneros no vino á Granada hasta el año 1495, y desde 1493 venían sucediéndose las conspiraciones y levantamientos.

Es indudable que aquel gran político preveía que serían vanos todos los esfuerzos hechos hasta entonces para conseguir la unidad nacional si no se lograba establecer la unidad religiosa; opinión que no fué exclusiva de aquel grande hombre,

sino que era la dominante en aquel siglo de gloria para España, pues si tuvo algunos impugnadores, sólo fué entre aquellos que temían la pérdida de sus intereses si se llevaba á cabo. Pero no habrá quien acuse al arzobispo de Toledo de haber ejercido ni adoptado medios violentos para conseguir que los moros abrazasen la verdadera religión; es verdad que aumentó su celo por la enseñanza y predicación, ¿pero acaso no le era esto permitido? Han querido algunos demostrar las violencias que puso en juego el Cardenal, refiriendo á su manera lo ocurrido con el Zegrí Zaator, mas de tal suceso no se deduce tal. A la llegada de Cisneros á Granada comenzó á predicar, y, debido á su facundia, se hicieron muchas conversiones; llevaron esto á mal algunos moros, y uno de éstos fué dicho Zegrí, que comenzó á predicar públicamente, censurando á los conversos y animando á los demás á permanecer en su reprobada secta. El Cardenal ordenó poner en prisión al Zegrí Zaator, y mandó á su secretario para que discutiese con él y procurase atraerlo á la verdadera fe: pocos días pasados, el Zegrí Zaator recibió el santo bautismo, y dicen aparentó hipócritamente hacerse cristiano, para evitar así las prisiones y tormentos; pero esto no pasa de ser una presunción más ó menos lógica, pues el hecho es que ni en el de rebelión, que sucedió inmediatamente, ni en los que después ocurrieron, tomó parte alguna Gonzalo Fernández Zegrí (con tal nombre se había bautizado), portándose siempre como buen cristiano y español.

No ocurría así con los cristianos *nuevos* ó moros convertidos, pues el pueblo, que veía las trazas y astucias de que se valían para eludir el cumplimiento de los deberes religiosos, los llamó, con ese sentido práctico que encierra tanta filosofía, *moriscos,* porque á pesar del bautismo recibido seguían siendo muy buenos moros; y cuál fuera el sentido que el pueblo daba á esta palabra, lo comprueba otra que ha nacido de aquélla: *morisqueta.*

Lo que de cierto consta, es que no faltaba quien tuviera interés en hacer creer á los moros que los harían tornar cristia-

nos por fuerza. Así se deduce de aquella carta que en 27 de Enero de 1500 escribieron los reyes desde Sevilla á todos los moros de la Xarquía, en la que decían los monarcas: «Sepades que nos es fecha relación que *algunos* vos han dicho, que nuestra voluntad era de vos mandar tornar e haceros por fuerza cristianos; e por que nuestra voluntad nunca fué ha sido ni es que ningun moro torne cristiano por fuerza, por la presente vos aseguramos e prometemos por nuestra fe e palabra real que no habemos de consentir ni dar lugar á que ningun moro por fuerza torne cristiano... etc.» ¿Quiénes eran estos que engañaban á los moros? Puede suponerse; y es lo cierto, que la causa por que se preparaba aquel movimiento, que los Reyes Católicos trataban de evitar, no era el temor de que los obligasen á recibir el bautismo, pues no obstante la promesa y la palabra real, se sublevaron los moros de las Sierras y de las Alpujarras, teniendo que acudir precipitadamente los reyes con el Gran Capitán, con gran copia de soldados y derramando mucha sangre para tomar los pueblos de Guejar, Lanjarón y Dalias, en donde se habían fortificado los sublevados.

Después de esto, ¿habrá quien no considere rotos los pactos de Granada, al menos respecto de los pueblos sublevados? Y, habiéndolos vencido, ¿no pudieron los Reyes Católicos imponerles nuevas condiciones? ¿No pudieron arrojarlos del país? ¿No parecía procedente el severo castigo de los cabezas del motín?

Pues nada de esto hicieron los Reyes Católicos; perdonaron á los sublevados y continuaron siendo mudéjares. Por cierto que tan noble proceder fué muy mal correspondido, pues en el mes de Julio del mismo año alzáronse en armas los moros de la sierra de Filabrés, teniendo que venir con bastante gente D. Diego Fernández de Córdoba, alcaide de los Donceles, á poner en paz y sosiego á aquellos pueblos, lo que no pudo conseguir sino después de haber combatido y tomado el castillo de Velefique, en donde se habían hecho fuertes. Vencida esta otra sublevación, impone el vencedor por vez primera la

condición de que sólo permanezcan en aquellos pueblos los moros que recibieran el sacramento del bautismo.

¿Estaba en su derecho para imponer tal condición? ¿Era conveniente? ¿Tenía algo de impolítica? ¿Puede considerarse como antieconómica? De tal manera vemos clara y sencilla la contestación á estas preguntas, que no la consignamos aquí, pues basta fijarse en las preguntas para adivinar las respuestas.

Aunque así los moros lo creyeran tenían decidido sublevarse, y cuando todavía no se había aplacado la rebelión de la sierra de Filabrés, alzáronse en són de guerra los de Arahal, Sierra Bermeja y Villaluenga, en la serranía de Ronda. Imponente fué este movimiento, y de tal importancia, que á combatirlo acudieron todos aquellos caudillos que tantas pruebas de valor tenían dadas ante los muros de Granada. En la Sierra Bermeja habíase parapetado el Feherí de Ben Estepar con aquellos moros que gozaban fama de valientes y feroces, y eran apellidados los *gandules*. Comprendieron los cristianos cuán conveniente sería desalojarlos de aquellas escabrosas posiciones, y hacia ellas se dirigieron; pero como les alcanzara la noche en un barranco mal situado, determinaron detenerse, aguardando allí el día, lo que, advertido por el Feherí, dejó sus alturas, y cayendo de improviso sobre el ejército cristiano, metió en él la confusión y sembró la muerte. El sol del día 17 de Marzo de 1501 descubrió las faldas de Sierra Bermeja teñidas en sangre de cristianos, cubiertas con cadáveres de héroes y sembradas de banderas rotas, que en otro tiempo ondearon sobre los muros de las ciudades musulmanas. Allí estaban mal heridos los condes de Cifuentes y de Ureña y D. Pedro Fernández de Córdova; allí se veía el cuerpo del hijo del conde de Ureña despedazado por los alfanjes enemigos; el de aquel don Francisco Ramírez de Madrid, que fué general de la artillería de los Reyes Católicos, desde el sitio de Vélez hasta la toma de Granada, magullado por las piedras que le arrojaron; el de D. Alonso de Aguilar, hermano mayor del Gran Capitán, que

fué respetado por la muerte en todas las campañas que acompañó á aquellos reyes, y ahora había sido atravesado por la gumía del Feherí. Y... ¿á qué continuar? Sierra Bermeja, en una palabra, fué la tumba de los héroes que quedaban, de aquellos que coronaron su vida de gloria con la toma de Granada. ¡Bien vengaron los moros la afrenta que sus padres sufrieran!

La derrota fué tal, que asombró á los mismos moros, los cuales, arrojando las armas, acudieron á pedir perdón á los Reyes Católicos, que se habían aproximado hasta Ronda; los monarcas no quisieron que se vertiera una gota de sangre, que se impusiera castigo alguno; pero, como en Sierra Filabres había hecho el alcaide de los Donceles, mandaron desalojar la tierra á los que no quisieran ser cristianos. Una triste y dolorosa experiencia venía á demostrar con cuánta razón el nunca bien alabado Jiménez de Cisneros decía «que si los moros no eran cristianos, nunca serían españoles». Ya no había que guardar respeto á aquellos pactos, que sólo se habían hecho con los moros de la Sierra de Filabres, Guájaras, Alpujarras y Serranía de Ronda, que eran los que los habían quebrantado. La experiencia había demostrado que sin la unidad religiosa no se haría nunca la unidad nacional, y por eso el día 14 de Febrero de 1502 publicaron los Reyes Católicos desde Sevilla aquella Pragmática, mandando salir de sus reinos á todos los moros que no se prestasen á recibir el bautismo. ¿Puede censurarse por esto á dichos monarcas? No. Con más razón se les pudiera censurar por haber sido demasiado considerados con los enemigos de la religión y de la patria. Ante el desastre referido, ¿qué hubiéramos hecho nosotros, que blasonamos de más cultos y civilizados, que nuestros antepasados todos?

¿Cómo ha habido, pues, españoles que otra cosa escribieron? ¿Por qué hubo quien procuró acallar la verdad de la historia para justificar sus censuras? Es que, amén de los moros, hubo en este asunto una parte interesada: todo lo que fuera molestar á los moros, era obligarlos á abandonar la tierra, y

la falta de vasallos disminuía las rentas de los señores. Por eso, aunque en 1502 sólo quedaron en el reino de Granada aquellos que estaban dispuestos, y aun aparentaban desear recibir las aguas bautismales, que fueron como unas dos terceras partes, cuando en 1526 nombró el Emperador visitadores que averiguasen la verdad de los agravios de que los moriscos se le habían quejado; decían los visitadores «que eran los moriscos muy finos moros; que había veintisiete años que recibieron el bautismo, y no había entre todos ellos veintisiete cristianos, porque los señores habían procurado protegerlos, pero no doctrinarlos».

No es exacto que movimiento alguno de los moros y moriscos reconociese como causa los malos tratamientos que de los cristianos recibieran, pues ni moros ni moriscos fueron molestados por sus creencias religiosas, si no se sentían cristianos, no siéndolo. Ya hemos dicho, cómo los señores, según refiere Sandoval y declararon los visitadores nombrados por Carlos I, más cuidaron de proteger á sus vasallos moros que de hacer fuesen buenos cristianos; y no fué, sin embargo, esta protección bastante para evitar que se alzasen en armas siempre que de ello tenían ocasión. Las Reales cédulas de los Reyes Católicos y de Carlos I para perseguir á los salteadores, demostraron siempre que la lucha con los moriscos fué una lucha constante, con un adversario que no se presentaba si no llevaba consigo el triunfo, y que tenía su guarida segura entre los mismos moriscos que no hacían la guerra con las armas, pero sí prestando auxilio á los que las empuñaban. Sólo en 1513 se presentaron en cuadrilla numerosa, que haciendo asiento en el sitio conocido con el nombre de Soto de Roma, tuvieron en jaque largo tiempo á las tropas de Granada, imposibilitando el comercio y comunicación de la ciudad con las demás poblaciones del reino; y en 1520, cuando las Comunidades de Castilla se alzaron en armas, el tristemente célebre Mercadillo sublevó los pueblos de la Hoya de Baza y los del Marquesado del Zenete y algunos otros; y llamó á las armas á todos los demás,

siendo gran fortuna para España que no contestaran en aquella sazón.

La venida á Granada del rey Carlos I no reconoció otra causa que calmar los ánimos levantiscos de los moriscos, que se consideraban agraviados, ó al menos así lo publicaban. Presentaron sus quejas por D. Fernando Venegas, D. Miguel de Aragón y Diego López Ben Ahara, que eran también moriscos, aunque de distinción, y el Emperador nombró visitadores que examinasen la quejas presentadas, y una Junta, compuesta de los arzobispos de Sevilla y Granada, de los obispos de Osma, Guadix, Almería, Mondoñedo y Orense, y de los consejeros Fray Antonio de Guevara, D. García de Padilla, Francisco de los Cobos, los doctores Guevara y Quintana y el canónigo Pedro López.

Después de muchas reuniones, esta Junta acordó:

1.° Que la Inquisición que residía en Jaén se trasladase á Granada, para espantar á los conversos que de otras partes habían venido, y á los moriscos;

2.° Que se perdonasen todos los delitos que se habían cometido hasta aquel año de 1527 por los moriscos, pero que entendiese la Inquisición en los que después cometiesen;

3.° Que no hablasen algarabía y que los contratos los escribiesen en castellano;

4.° Que las marlotas que solían traer en vez de sayas y las halmalazas que usaban en vez de mantos, las abandonasen, y moriscos, como moriscas, vistiesen como vestían los cristianos;

5.° Que los sastres no cortasen ropas, ni los plateros fabricasen alhajas moriscas;

6.° Que al parto de morisca asistiese partera cristiana, para que no hiciesen en tales actos las ceremonias de los moros;

7.° Que se construyesen colegios en Granada, Guadix y Almería, para doctrinar los hijos de los moriscos, pues de éstos no había que esperar lo hicieran.

Tales fueron las disposiciones adoptadas por aquella Junta, tan censurada de fanática, como calificadas de tiránicas sus resoluciones; aunque una y otra cosa sin nada de razón ni de justicia. Los Reyes Católicos pudieron arrojar y arrojaron de de España á los moros que se sublevaron desde 1500 á 1502, y exceptuaron de tal pena á los que quisieran ser cristianos. El Emperador Carlos V encuentra que apenas hay veintisiete que sean cristianos. ¿No pudo en justicia arrojarlos á todos de España? ¿No pudo decirles: «en tanto quedasteis aquí, en cuanto seríais cristianos; puesto que no lo habéis querido ser, dejad vuestras tierras que son mías; vuestras casas que no os pertenecen, é id fuera de España, como lo fueron vuestros hermanos, más nobles y menos embusteros que vosotros»? Esto pudo hacer, y, sin embargo, aquel rey, tan censurado por sus tiránicas disposiciones, se limitó á adoptar medidas para que se hicieran cristianos. ¿No querían serlo? Pudieron hacer lo que sus padres en 1502, cuando se negaron á recibir el bautismo.

Pero, á pesar de las disposiciones de la Junta, no obstante que la Inquisición fué trasladada, siguieron los moriscos siendo muy finos moros, bautizando tan sólo á algunos de sus hijos, vistiendo sus marlotas y halmalazas, y sobre todo, dando buena cuenta del cristiano que se atrevía á pasar de una población á otra, si no se hacía acompañar de buen número de soldados. No habían variado en nada sus usos y costumbres en 1567 cuando se publicó aquella Pragmática que reproducía todas las disposiciones acordadas por la Junta que Carlos I había nombrado en Granada, sin añadir otra cosa que la prohibición de los baños y las zambras, y que, según la mayor parte de los escritores, fué efecto del fanatismo religioso y causa de aquella general rebelión que costó tanta sangre y la expulsión de los moriscos del reino de Granada, trasladados entonces y repartidos en ambas Castillas.

Nosotros creemos que la Pragmática del 17 de Noviembre de 1566 no fué efecto del fanatismo, ni causa próxima ni remota de aquel levantamiento, que con la pragmática y sin ella

se hubiera efectuado. No es de creer que sólo por la prohibición de los baños y las zambras, moviesen los moriscos tan cruda guerra contra la religión y contra España, no habiéndola movido en 1527, cuando se publicaron las disposiciones de la Junta de Granada; y mucho menos, cuando ya la experiencia les había enseñado que cuantas disposiciones acerca de esto venían adoptándose eran letra muerta. Creemos, sí, que algunas medidas adoptadas en Granada para la aplicación de la pragmática adelantaron aquel movimiento, con grave perjuicio de los moriscos y mucha ventura de la patria, pues de otra manera aguardaran mejor ocasion, como se les presentara, poco tiempo después, en las guerras con Portugal.

No fué, pues, dicha pragmática, efecto del fanatismo, sino de haber conocido, aunque tarde, cuánta razón asistía al Cardenal Cisneros, cuando decía que si los moros no se hacían cristianos, no serían nunca españoles. El rey podía lanzarlos de su territorio y quitarles sus bienes, porque los había vencido más de una vez, y era éste el derecho establecido *ab initio* y practicado aquí desde Covadonga. Si en vez de despojarlos y arrojarlos de España, se procuró hacerlos cristianos, siempre era, respecto de ellos, una pena menor de la que habían merecido. Jamás pueblo alguno toleró lo que el pueblo español toleró á moros y moriscos, ni dió como España la sangre de sus mejores hijos, para conseguir hacer españoles y cristianos á los que en buena lid había vencido, y en buen derecho podía hacer esclavos ó arrojarlos de la tierra. Ya hemos dicho cómo en 1493 comenzaron aquellas cuadrillas de salteadores (monfíes), que robaban, cautivaban ó mataban á los cristianos que se atrevían á salir de las poblaciones. El rey Carlos I, y después Felipe II, publicaron muchas Reales Cédulas, mandando que no se consintiese á los moriscos el uso de armas de ninguna clase, y que los cristianos viejos pudiesen llevarlas todas; que se repartiesen armas á los cristianos y se registrasen escupulosamente las casas, y se recogiesen las que tenían los moriscos; que á éstos no se permitiese pernoctar fuera de

las poblaciones, y que los cristianos pasasen la noche con los gobernadores dentro de las fortalezas. Estas reales disposiciones, ¿se promulgaron sin fundamento alguno? ¿Fué acaso el único móvil de ellas, vejar y atormentar á los moriscos? No. Cuando se examina la historia de cada uno de los pueblos del reino de Granada, se comprende que con ellas sólo se trataba de defender á los cristianos que allí vivían, cuyas vidas y haciendas se hallaban á merced de los moriscos.

En 1505 nombró el rey Don Fernando un Capitán general de la costa para que con gruesa escuadra recorriesee stas playas, evitando cualquier desembarco de turcos, y sobre todo que los moriscos se llevasen cautivos á los cristianos, como venían haciéndolo los de las marinas.

En 1530 vivían en la villa de Nijar algunas familias cristianas, en muy buena amistad, al parecer, con los moriscos que allí había, cuyos hijos apadrinaban en el Sacramento del Bautismo, con fingido contentamiento de los padres. Un día, algunas familias de moriscos invitaron á varias de los cristianos para celebrar unas zambras en el campo; los cristianos cayeron en la red, y ni moros ni cristianos volvieron por la villa, y no habían transcurrido muchos días y ya se presentaban moros en Almería ofreciendo para rescate á los cristianos cautivos en Níjar, que suponían haber comprado. De estos hechos y otros semejantes están llenas las historias de los lugares del reino de Granada, siendo lo más chocante que los moriscos que se ausentaban, vendían anticipadamente sus tierras y sus casas, por lo cual sus convecinos no podían ignorar su propósito. A estos hechos obedecía la publicación de aquellas Reales Cédulas que antes dijimos.

En el año de 1566 acordó el Cabildo de la Iglesia Catedral de Almería mandar en comisión á S. M. al maestrescuela de la misma, Dr. D. Diego Marín, quien salió de la ciudad acompañado del capellán Ortiz, yendo á pernoctar á Tabernas, villa que contaba entonces con unos doce vecinos, cristianos viejos, y más de doscientos moriscos, y era de notable importan-

cia por su mucho comercio. Aquella noche entraron en ella sólos quince turcos, cautivaron á todos los cristianos viejos y al maestrescuela, mataron al capellán Ortiz, y se retiraron muy tranquilos, yéndose con ellos hasta cien familias de moriscos, que eran los que habían fletado los nueve navíos en que se embarcaron y en los que los turcos vinieron.

En 1567 se tuvo noticia en Almería de que los turcos habían entrado en Quiciliana, cautivando á todos los cristianos que allí había y matando á un caballero de Baza, que dormía en una posada servida por moriscos. D. García de Villarroel, Gobernador entonces de la ciudad, dispuso saliesen de ella hasta doscientos hombres, que siguiendo por la playa, buscasen los navíos en que los turcos habían venido, y esperasen allí á aquellos que volverían para embarcarse. Junto al Cabo de Gata, encontraron los soldados dos navíos; picaron las amarras y los mandaron á Almería, apostándose para esperar á los turcos, que no se hicieron esperar, y traían algunos cautivos, viniendo con ellos todos los vecinos de Quiciliana. No bien apercibieron á los soldados, soltaron los cautivos y se dieron á huir, dispersándose por todos los lugares del río. Inútiles fueron cuantas perquisas hicieron los nuestros para encontrar á los turcos; cuantos caían en poder de los soldados eran reconocidos y reclamados como parientes, amigos y convecinos de los de Quiciliana, y éstos bendecían á los cristianos, porque los libraron de la cautividad á que los turcos los llevaban. Sólo dos, porque eran moriscos de Almería, que habían renegado algún tiempo antes, y fueron reconocidos por los soldados, no pudieron ser apadrinados, y en ambos se hizo justicia al día siguiente.

Y no eran sólo los acontecimientos de esta clase los que con frecuencia tenían lugar, y ocasionaban las Reales Cédulas que dijimos. En Octubre de 1525, el marqués de Mondéjar, aquel tan acérrimo partidario de los moriscos, acudió á S. M. Don Carlos I, suplicando le permitiese pasar al Africa, en compañía de algunos caballeros, porque varios moriscos le habían dicho

que el Peñón de Vélez se hallaba desguarnecido, y con su ayuda podrían entrarse en él. Accedió S. M., y llamando el de Mondéjar á los más esforzados caballeros de Granada, Úbeda y Baeza, cruzaron en una noche el Mediterráneo, para caer en una muy preparada emboscada, en la que unos fueron muertos y quedaron los más cautivos. ¿Partió la emboscada de los que movieron el ánimo del crédulo marqués? Se ignora, pero tampoco supo de ellos dicho marqués.

Así es que, cuando se sabe todo esto, causa grima escuchar que la pragmática de 17 de Noviembre de 1566 era efecto de un exagerado celo religioso; decir tal, es una notoria injusticia contra los que por tantos medios procuraron retener en el país que habían conquistado á los que habían sido vencidos, pero habían nacido en él.

Y no se diga que los malos tratamientos y los atropellos y vejaciones que sufrían los moriscos, tenían aparejado su ánimo para la rebelión; que tales atropellos, vejaciones y malos tratos nunca existieron; es más, nunca pudieron existir. Desde 1492 hasta 1504, hicieron merced los Señores Reyes Católicos de la mayor parte de los pueblos del reino de Granada, á todos aquellos caballeros que en la conquista les habían acompañado. En uso de su derecho, nombraban éstos á los gobernadores y justicias, sin que apenas interviniese en los lugares la Justicia del rey.

Ahora bien; es notorio que los Señores procuraron proteger á los moriscos, para que no abandonasen la tierra y disminuyesen así sus rentas. Los Señores fueron los que más se opusieron á que se les obligase á recibir el bautismo. Los Señores fueron los que más trabajaron cerca de la Corte para alcanzar el perdón de los desmanes que aquéllos cometían. Los Señores fueron los que más hicieron para evitar la extracción de los de Granada y, más tarde, la expulsión de todos. ¿Cómo, pues, habían de ser los Señores los que los maltratasen, atropellasen y vejasen?

Tampoco podían hacerlo los cristianos viejos, en el reino

de Granada avecindados. Cuando los Reyes Católicos conquistaron ese reino, colocaron en las grandes poblaciones á algunos de los caballeros y peones de su ejército, heredándolos con bienes de los que fueron de los reyes moros, ó de los que á los reyes moros siguieron, y según los pactos quedaban en poder de dichos monarcas. Pero si se exceptúa alguna ciudad, como la de Vera, que, levantada de cimientos por los mismos Reyes Católicos, sólo podían morar en ella los trescientos pobladores designados, pues la ciudad era como un presidio ó fortaleza, en las demás, apenas si los caballeros heredados llegaron al número de cinco por cada ciento de los vecinos moros. En Almería heredaron los Reyes Católicos hasta quinientos; nunca vendieron allí más de trescientos, y pasaban de doce mil las familias moras; ¿qué vejaciones podían ocasionarles aquellos trescientos cristianos? Y esto era en las grandes poblaciones. En los pueblos pequeños sólo había tal ó cual familia, que vino allí con el beneficiado ó con el gobernador, y muertos éstos, si habían adquirido relaciones con los moriscos, se quedaban entre ellos. ¿Serían éstos los que los molestaban?

¿Acaso lo hacían los gobernadores? Ya hemos dicho que los Señores se mostraron siempre los más interesados en pro de los moriscos; y los Señores nombraban los gobernadores de sus Estados. En los pueblos realengos nombraba el rey los corregidores ó alcaldes mayores; pero éstos, como los que aquéllos nombraban, eran residenciados cada cuatro años, y en la residencia intervenían los Concejos, que entonces estaban formados de moriscos. No podían los gobernadores dejar á los pueblos, porque frecuentemente daban cuenta de sus actos. El Consejo del marqués de Villena, que residía en la villa de Escalona, mandó á galeras á un gobernador del Estado de Serón, por atropellos que hizo á los moriscos de aquel Estado. No podían tampoco cometer vejaciones los cristianos viejos, porque su número era insignificante, comparado con el de los moros y moriscos. En el año de 1546 se hizo en la catedral de Alme-

ría oposición á la canongía doctoral, á la que sólo se opuso el doctor Diego Marín, aquel de quien dijimos que siendo maestrescuela fué cautivado por los turcos en Tabernas. Y como el cabildo catedral debía proponer á S. M. dos opositores, para que designase á quién se daría la prebenda, sólo propuso al Marín, haciendo presente á la Corona que «nadie quiere venir á esta tierra poblada de turcos y moros». Y si no querían venir á ser prebendados en la capital, ¿vendrían á avecindarse en los lugares?

No negaremos nosotros que fueron alguna vez vejados los moros y moriscos, y que fueran maltratados y atropellados; pero esto no fué de otra manera ni por otras causas que lo eran en iguales circunstancias todos los españoles. Fuéronlo alguna vez los granadinos por los eclesiásticos, pero esto sólo pudo ser hasta el año de 1510. Como más de una vez hemos dicho, por los pactos de Baza y de Granada, las tierras que fueron de las mezquitas se incorporaron á las iglesias, y los eclesiásticos daban en arrendamiento estas tierras á los moros y moriscos, que deseaban satisfacer sus rentas con gemidos y lágrimas. Los eclesiásticos mandaban cobradores, y es de suponer que fueran éstos de la misma calaña que fueron siempre los cobradores judiciales. Mas esto sólo pudo tener lugar hasta el año de 1510, en que aparecen todas las fincas de la iglesia dadas á censo á los moros más principales.

Fueron indudablemente vejados también por los alguaciles. Estaban obligados á pagar ciertos tributos, y nunca se hallaban dispuestos á ello, por lo cual, alguaciles y escribanos tomaban á su cargo hacerlos efectivos. ¿Eran estas las vejaciones? Pues las mismas sufrían los cristianos viejos. ¿Acaso los moriscos, por serlo, estaban exentos de aquellas cargas? Y no se crea que los alguaciles y los escribanos los tratarían con más crueldad ó con menos consideración que á los cristianos viejos; pues ya procuraron los Reyes Católicos evitar que así sucediera, nombrando en todos los pueblos autoridades de los mismos moriscos. Y aunque no las nombraran, ni de amparar-

los se cuidasen, no había posibilidad de causar injuria á los moriscos.

Los que otra cosa creen, desconocen completamente la historia de este reino. Se figuran que después de los Reyes Católicos, ó después que los moros fueron bautizados, quedaron como parias y á merced de cuatro cristianos viejos que aquí se establecieron, lo que es un error. Por los pactos celebrados en Baza y en Granada, se respetaba la propiedad que los moros tenían, y como había algunos que eran muy ricos, bien pronto se enlazaron con las familias cristianas, consiguiendo para ellos la consideración de cristianos viejos, y viniendo á ser los protectores de todos los demás. Necesitaríamos hacer demasiado extensos estos apuntes, si nos propusiéramos dar noticia de las familias de moriscos que se enlazaron con las más nobles familias castellanas. Bermúdez de Pedraza refiere algunos enlaces de la familia real de Granada, y se infiere de lo que escribe, que apenas habrá familia de la nobleza española que no lleve en sus venas sangre de aquellos reyes. En la taha de Andarax vivía, desde el año de 1506, el morisco D. Pedro de Granada, es decir, el príncipe Cid Hiaya, cuidando sus ricas y extensas posesiones; en Tabernas estaba avecindada D.ª Brianda de Granada, ó sea la hermosa Fátima, hija del anterior; en la taha de Boloduy vivía D. Alonso de Granada y Venegas, hijo del mismo; el sobrino de Reduan y Abulcacín Venegas, el que fué nombrado por D. Fernando V capitán general de la costa de Granada en 1505, y confirmado en este cargo por los gobernadores del reino, Cardenales Cisneros y Adriano, en 1516; aquel á quien los moriscos sublevados fueron á ofrecer la corona del reino de Granada. En la taha de Luchar poseía inmensas tierras D.ª Blanca de Granada, es decir, Luna, hija también de Cid Hiaya; en las sierras de las Alpujarras poseían grandes heredades, y residían de ordinario D. Juan y D. Fernando de Granada, hijos de la sultana Zoraya. En la serranía de Ronda eran ricos propietarios, Reduan y Abucalcín Venegas; en la taha de Berja tenía

inmensas posesiones D. Francisco de Belvis, ó sea Abdalá Solimán, secretario y alfaquí del rey Zagal. En Almería... pero ¿á qué continuar? Málaga, Vélez, Loja, Lucena, Guadix, Baza, todas las poblaciones de alguna importancia, contaban entre sus pobladores algunas familias de moriscos; respetables por su riqueza y poderosas por su enlace con las principales familias del reino. ¿No es absurdo suponer que estas familias consintiesen que se vejase sin motivo á los moriscos? ¿Qué podían representar los gobernadorcillos que la Real Chancillería ó los Señores nombraban, ante la consideración que á estos señores moriscos daban sus riquezas y sus enlaces de familia? Y si se apela á los grandes fueros de que gozaba la autoridad en aquellos días, bien supónese la justicia con que estos señores reclamarían.

Pero nunca tuvieron necesidad de recurrir en queja de malos tratos á los moriscos inferidos; antes por el contrario, quejábanse con razón los cristianos viejos de las atenciones y respetos excesivos que se les obligaba á guardar con los moriscos. En casi todas las ciudades habían ocupado los moriscos las plazas de regidores perpetuos, y en cuanto de ellos dependía, procuraban que no fueran molestados los moriscos y aun que se les atendiese, con desatención de los cristianos viejos. Era costumbre en Almería celebrar el día 26 de Diciembre la toma de la ciudad por los Reyes Católicos, que tuvo lugar en igual día del año 1490. Solía sacarse en procesión el Pendón de Castilla, que aquel día se enarboló en las torres de la Alcazaba, y que los Reyes dejaron á esta ciudad; y el año de 1558, á pesar de las protestas de algunos regidores, acordó el Concejo no sacar en procesión el Pendón, porque esto causaba mucha pena á los moriscos, y se retiraban al interior de sus casas; y no se celebrara más aquel aniversario, si los regidores que habían protestado no acudieran en queja á S. M. que despachó su Real Cédula para que bajo pretexto alguno dejara de festejarse aquel día, y sacar en procesión el Pendón que dejaron los Reyes Católicos. Cuando esto acontecía, ¿puede suponerse

que se tolerasen los atropellos y vejaciones á los moriscos? En manera alguna. No fueron los malos tratos los que produjeron la rebelión de 1568, ni lo fué tampoco la pragmática de 1566.

Acostumbrados estaban ya los moriscos á las pragmáticas, Reales Provisiones y Reales Cédulas, que por lo que á ellos tocaba eran letra muerta; como ya hemos dicho, se mandó en 1502 que saliese del reino todo aquel que no quisiere ser cristiano, y, sin embargo, hay pueblo en donde se conservan los libros parroquiales, y constando entonces de seiscientos vecinos, sólo aparecen setenta ú ochenta bautismos desde 1502 á 1568. Más de una vez se mandaron recoger las armas de los moriscos, y éstos se quejaban de las pesquisas y de los pesquisidores, y, sin embargo, en 1568, pudo verse que las tenían todos los que eran capaces de empuñarlas. En 1527 se les prohibió hablar *algarabía*, y en 1568 seguían hablando su lengua y escribiendo en ella sus contratos. En 1527 se les prohibió el uso de las marlotas y almalazas, y en 1568 seguían usándolas lo mismo que las alhajas moriscas, y no sólo en los campos, sino en las ciudades y en la misma Granada. Si esto ocurría, ¿cómo había de influir en ellos la pragmática de 1566 hasta el punto de lanzarlos á lucha tan desesperada? Esta venía preparándose de mucho tiempo atrás. Los moriscos no habían interrumpido sus relaciones con los turcos, y con frecuencia soñaban despiertos en las escuadras de turcos y en los ejércitos de moros que venían á devolverles su reino; las consecuencias de estas ilusiones no se ocultan al entendimiento más obtuso.

El día 24 de Diciembre de 1568 se sublevaron todos los pueblos de la Alpujarra y los del Río de Almería, hasta Gérgal, y debe notarse en esta rebelión que, si bien el pueblo contribuyó mucho á ella, hízose á impulsos de algunos caciques y de no pocos turcos que á este fin vinieron. Saquearon los rebelados todas las iglesias, destruyendo las más; proclamaron su rey y se prepararon á la defensa. La Sierra de Filabres y el Río de Almanzora no respondieron á tal movimiento, aunque parece

se hallaban comprometidos, pues el lugar de Overa se alzó ese mismo día, y al siguiente hubieran metido á su beneficiado en una caldera de aceite hirviendo que tenían preparada, si una buena morisca no diera el oportuno aviso á aquel sacerdote, que huyó á Lorca, su país. Aben-Zaide, de Seron, el Malech de Purchena, Abenaix el de Cantoria, Farax el de Zurgena y Aben-Hari de las Cuevas, que habían asistido á la proclamación de Aben-Humeya, salieron para sus pueblos, con el fin de alzarlos en armas; y no debía ser muy grato al pueblo este movimiento, cuando fué raro el lugar en que se atormentase á los cristianos, exceptuando en la Alpujarra y Río de Almería, recorridas por el feroz y cruel Farax, y los pueblos en donde aquellos caudillos residían. Así se ve que en Gérgal y Velefique matan á los cristianos porque allí estaban los caudillos Puerto Carrero y Abdala Agib. En Serón, en Purchena, en Cantoria y en Zurgena, el día 10 de Enero de 1569 matan á los cristianos que han al alcance, porque hicieron el movimiento Aben-Zaide, el Malech, Abenaix y el negro Farax. En cambio, en los demás pueblos, no sólo no vejaron á los cristianos, sino que los dejaban reunirse para sus ceremonias religiosas, aunque ellos no asistían.

De esta manera comenzó aquella lucha, en que se multiplicaron, confundidos, los actos más heroicos con las más bajas felonías: los héroes y los traidores. Aquella terrible rebelión que puso en movimiento todos los ejércitos de España; á tributo los generales más expertos y valientes, y en peligro de perderse aquella unidad territorial que á costa de tantos esfuerzos y tanta sangre se llegó á conseguir; aquel movimiento que comenzara en 1568 y no pudo extinguirse hasta algunos meses despues de la muerte de Aben Abó, que era el segundo reyezuelo que habían proclamado.

Con esta ocasión púsose en armas la ciudad de Lorca, que permanecía tranquila desde 1492, en que con la toma de Granada había desparecido aquel frontero campo enemigo, donde sus caballeros tantos laureles cosecharon en el siglo XV. Ya no

existían aquellos caballeros que, por pasatiempo, apresaban la novia de Serón, y tomaban á Vélez Rubio, y á María, y á Vélez Blanco, y á Oria, y á Albox, y á Mojacar, y las conservaban hasta que las faenas agrícolas los llamaban á sus campos; pero contaba Lorca aún con aquellos soldados que salieron á esta campaña comandados por aquel cumplido y esforzado caballero D. Luis Fajardo, segundo marqués de los Vélez, aquel á quien Bleda llama el diligente, el guerrero, el animoso; aquel de quien Pérez de Hita dice que la inclemencia de los tiempos fué siempre su buscada compañera en sus cacerías y diversiones; aquel de quien Mármol cuenta que era tan temido de los moriscos, que bastaba escuchasen su nombre para entrar en razón, y á quien por esto llamaban *Ibiliz Arruez el Adid* (diablo con cabeza de hierro). Este, decimos, comandó á aquellos soldados que Lorca conservaba, y que dieron á entender eran hijos de buenos padres en Huécija, en Félix, en Berja, en Válor, en Ohanez, en Galera, en Serón, en Oria, en Cantoria y en cuantos puntos los pusieron á prueba. Aquellos soldados que supieron hermosear con la gloria los sayos pardos y rotos que los cubrían, haciendo que se pronunciasen con respeto y se escuchasen con admiración los nombres de *Tercios viejos, Tercios rotos, Tercios pardos.*

Y no sólo tuvo Lorca en esta ocasión á los soldados que al Vélez acompañaron, sino que los hijos de sus antiguos caballeros limpiaron el moho de sus armas y fueron á Vera á combatir al reyezuelo que la sitiaba, y derrotaron á Farax, el *negro,* en Guazamara, y creyendo habían tornado aquellos tiempos de gloria de sus padres, acometieron algunas hazañas que hoy sólo se conservan en empolvadas ejecutorias. Gonzalo Pérez Monte, que era hidalgo de los que en Lorca vivían, salió de caza á la Sierra de Enmedio, y como lo vieran unos moriscos de los que Abenaix mandaba, le cautivaron y llevaron á Cantoria. Súpolo Andrés Pérez Monte, su hijo, y llamando en secreto á un su amigo, proveyéronse de armas, y excusando su presencia al paso por Overa, Zurgena y Arboleas, llegaron á

las puertas de Cantoria al amanecer: dejaron los caballos en el río, y como divisasen á las puertas de la villa un espía calentándose junto á una hoguera, llegaron á él con sigilo y le prendieron sin que pudiera dar un grito. Poco después salía otro compañero del primero, con el cual hicieron lo mismo, y regresando adonde tenían los caballos, se vinieron á Vera, desde donde ofrecieron sus dos cautivos en rescate de Gonzalo Pérez Monte.

A mediados de 1571 se publicó la pragmática para que los moriscos de estos reinos fuesen internados y repartidos en ambas Castillas. Pérez de Hita, Mármol, Hurtado de Mendoza, Bleda y cuantos refieren este asunto lo pintan con tan vivos colores, que parece lo ven con los apasionados de sus sentimientos hidalgos y generosos que con la mirada severa y fría de la justicia. Los hechos referidos, y muchos más que callamos por no ser un libro lo que escribimos, demuestran que si alguna censura merecieron los reyes de España, fué por lo tardos que anduvieron en adoptar las medidas adoptadas en 1571 y 1610, ú otras más duras que éstas fueron; pero siempre hablará en pro de nuestros reyes y alabanza de nuestros mayores, no haber acudido al derramamiento de sangre en represalias de las revueltas de moriscos, y no apelar á la expulsión sino después de un siglo de tolerancia y de prueba. Era la pena más leve que podía imponerse al delito cometido.

Pero hay otra consideración que los citados escritores no pudieron tener á la vista, y que no podemos olvidar nosotros. Ante la pintura que nos han dejado de la conducción de los moriscos á las Castillas ó de su embarque para la expulsión, parece deducirse que se establecería un ojeo que no dejara morisco en tierra, y, sin embargo, nada menos exacto. No se espatrió á los que estaban enlazados con familias cristianas, y fueron muchos, muchos, los que consiguieron Reales Provisiones para poblar en los mismos pueblos del reino de Granada, considerándolos como á cristianos viejos. Además de todos estos, que siempre fueron tenidos como tales, debieron quedar muchos sin salir de aquí, toda vez que, treinta y nueve años

después, cuando de orden del rey Felipe III procedió el Marqués de San Germán á formar las listas de los moriscos de Andalucía, para expulsarlos, había en el reino de Granada treinta mil.

Tampoco debió ser esta expulsión muy escrupulosa, puesto que, pocos años después (1613), publicaba el rey una Real cédula para que no se molestase á los moriscos del reino de Granada, y en 1621 otra para que se lanzase de las ciudades de la costa á todos los moriscos. Esta contradicción tiene fácil y clara explicación en las Reales cédulas que se sucedieron desde 1601 hasta 1630, previniendo las costas, porque, entendidos los moros de allende y los moriscos de aquende los mares, venían escuadras ó se preparaban ejércitos de turcos y moros.

Tal es la verdadera historia de los moros y moriscos durante el siglo XVI y principios del XVII, dentro de cuyo espacio de tiempo se desarrolla la mayor parte del poema de Ginés Pérez de Hita. Por lo que dejamos transcrito, se podrá juzgar si tenemos razón para extrañar haya españoles que, no sólo pretendan arrancar á la patria y á nuestros monarcas la gloria que en estos sucesos alcanzaron, sino que quieran convertir en sambenito lo que es brillante aureola. Si alguna censura merecían nuestros antecesores, recaería sobre Pelayo y los que con él comenzaron la obra de la Reconquista de Covadonga, nunca sobre los que, con los Reyes Católicos, Carlos V, Felipe II y Felipe III, la terminaron en Granada. Nuestros padres pudieron matar al enemigo que contra ellos hacía armas en 1500, pudieron matarlos ó reducirlos á la esclavitud en 1569: se limitaron á expulsarlos de su tierra, cuando vieron que no había medio de reducirlos. Escogieron, pues, la pena más leve entre las que pudieron y debieron imponerse.

Procuremos dar á conocer ese período de nuestra historia, y deje alguna vez de considerarse como mengua de nuestros mayores lo que es el mayor timbre de su gloria. Que no se diga que, porque no somos capaces de imitarlos, no queremos comprenderlos.

FRANCISCO CÁCERES PLA,
C. de la Academia de la Historia.

LAS CORTES DE LA REVOLUCIÓN

CRÓNICAS PARLAMENTARIAS

La *sagastitis*.—Romero Robledo clerical en plena revolución.—Cómo las gastaba Rivero.—Buscando rey.—La abolición de la esclavitud en Cuba.

«Sres. Diputados—decía una vez Sagasta (1):—el Sr. Castelar, en una frase feliz y elocuente, como todas las frases con que S. S. sabe revestir sus brillantes discursos, me atribuía hace algunos días, en su última interpelación, y á consecuencia de haber yo salido del ministerio de la Gobernación, una enfermedad triste, una enfermedad cruel. No tenía razón el Sr. Castelar; en cambio, yo la tengo, y bien fundada, para poder atribuir al Sr. Castelar, al Sr. Figueras y á todos sus amigos otra enfermedad más triste que la que ellos me atribuían á mí, otra enfermedad más cruel, y, lo que es peor, de más difícil curación. El Sr. Castelar suponía que yo sufría, que me moría de nostalgia al verme fuera del ministerio de la Gobernación. ¡Con cuánta más razón puedo yo decir que los señores Castelar y Figueras y sus compañeros republicanos federales son víctimas de una enfermedad que, por lo visto, es completamente incurable: la enfermedad que padecen se llama

(1) 5 Abril 1870. Era ministro de Estado.

sagastitis. (Risas.) Apenas hay cuestión política en la que los Sres. Castelar y Figueras y sus amigos tomen parte, sin que traigan al debate, sin motivo y sin razón, mi pobre nombre; y es tal lo que les preocupa, que hasta para hablar de los demás ministros se equivocan, llevando el olvido de sus nombres hasta el punto de que, para citar al de Fomento, al de Gobernación, al de Ultramar ó al de cualquiera otro departamento, sólo se acuerdan del humilde apellido mío, de Sagasta. ¿Qué extraño es, pues, que yo crea que vosotros padecéis la enfermedad *sagastitis,* al ver que mi apellido no se os cae de los labios, y parece ser vuestra constante y única pesadilla?»

«Es posible que así sea—replicó Figueras;—pero la nostalgia es un mal crónico, y se cura difícilmente, mientras que la *sagastitis* es un mal agudo, que desaparece con una buena sangría.» *(Risas.)*

Téngase en cuenta que Sagasta era el alma de aquel Ministerio y el oráculo del marqués de los Castillejos.

*
* *

Hablando Romero Robledo contra el proyecto de ley de matrimonio civil, decía (1):

«¡Ah, señores! Yo he oído una razón en esos pasillos y en el salón de conferencias, que aquí no ha sido osada á mostrar la faz; he oído reservadamente decir que era necesario quitar su influencia al clero. Los que tal dicen, de seguro no saben lo que dicen. ¡Quitar la influencia al clero! ¿Pues esto, qué es sino arrancar de la conciencia humana el sentimiento religioso? ¿Y qué influencia vais á quitar al clero? ¿Qué posición política, qué riquezas, qué nada tiene hoy si no es el ascendiente con que le brinda la conciencia del individuo, adonde no podéis tocar?

. . . . . .

»¿Quién no recuerda con pena que aquí mismo, dentro de

(1) 5 Mayo 1870.

la Cámara, ha habido quien (1), por extravagancia, por mal entendido orgullo científico, por afán triste de celebridad, se ha atrevido á insultar las creencias del pueblo español, olvidando, si era rasgo de orgullosa sabiduría, que, como dice una autoridad incontestable, la poca filosofía aleja de la religión, y la mucha atrae hacia ella? Pues qué, ¿no recordáis que la Cámara se ha levantado igualmente agitada cuando desde el banco azul el ministro de Fomento (2), olvidando que lo era de una nación católica, sentó principios que no pudo menos de rechazar la conciencia de todo el país?

»Yo temo que el matrimonio civil pueda tomarse como un síntoma más del espíritu antirreligioso de que por ahí, calumniándonos, se nos supone poseídos; de la repugnancia, secreta fruición ó pública indiferencia con que el Gobierno parece que mira estas gravísimas cuestiones. Alguna crónica, escandalizada, cuenta que en una provincia española hubo un ciudadano (3) que se atrevió á desafiar el poder de Dios, reloj en mano. En la capital de España ha habido otro que ha pretendido hacer entrar en una iglesia un asno cargado de hortaliza, á la hora del culto, y en esta Asamblea se han oído palabras que han ofendido vuestros oídos.»

Romero pronunció contra el matrimonio civil un discurso tan enérgico como hubiera salido de labios de D. Cruz Ochoa.

***

Sucedió que el día 8 de Mayo de 1870, al regresar á Vitoria la Junta foral del valle de Llodio, donde había celebrado sus sesiones ordinarias, fué recibida por los vitorianos con grandes demostraciones de alegría, músicas, arcos, campanas, cohetes y los demás agasajos comunes en este género de fiestas; pero sucedió también que, sobre si la música había ó no

(1) Suñer y Capdevila.
(2) Echegaray. Asunto de que hemos dado cuenta.
(3) Suñer y Capdevila.

de tocar el himno vasconavarro, conocido por el *¡Ay, ay, ay mutillac!*, se armó un alboroto, del que resultó un hombre muerto, sin olvidar los gritos de ¡viva Carlos VII! con los mueras consiguientes; en vista de lo cual, el Gobernador civil de la provincia mandó cerrar el Casino carlista, cuyos individuos eran, según partes oficiales, los causantes del tumulto.

El diputado tradicionalista Ortiz de Zárate interpeló sobre este hecho al ministro de la Gobernación (1), y éste defendió á la autoridad de la provincia en los términos en que él sabía hacerlo, leyendo ante la Cámara la comunicación telegráfica que había dirigido al Gobernador, y que es como sigue:

«Enterado del despacho de V. S. de hoy, ¿se han dado vivas á D. Carlos? Si esos vivas no tienen carácter subversivo, si no se refieren á proclamar á D. Carlos ni otro rey sin la suprema autoridad de las Cortes, no encuentro motivo legal para impedir que los amigos de D. Carlos le vitoreen cuanto tengan por conveniente. Por el contrario, ¿estos gritos son subversivos? ¿tienden á perturbar el orden público? Pues entonces, V. S. no ha debido darme cuenta del suceso sin participarme al mismo tiempo que los perturbadores, pocos ó muchos, estaban todos en la cárcel y á disposición de la autoridad judicial.

»Revístase V. S. de toda su autoridad; reclame del Capitán general la fuerza necesaria para que V. S., y sólo V. S., resuelva la cuestión de orden público, adoptando todas las disposiciones convenientes al efecto, y deteniendo á cuantos muestren conato de alterarlo.

»V. S. me pregunta si cierra el Club carlista. Apenas comprendo la pregunta. Cumpla V. S., que es su deber, la Constitución y las leyes.»

Y el Casino carlista quedó cerrado.

Otra vez (2), un sábado, que era el día destinado para hacer

(1) 2 Mayo 1870.

(2) 30 Abril 1870.

preguntas, Fernandez Vallín dijo: «Al ver que el señor ministro de la Gobernación, apenas instalado en su puesto, altera todo el personal de Gobernadores de provincias, todo el personal de Secretarios de los Gobiernos civiles, todo el personal del ministerio de la Gobernación, ¿me podré permitir preguntar á S. S. si le es posible manifestar al país á qué responde ese movimiento?»

Rivero le contestó:

«En primer lugar, no he cambiado los Gobernadores de esa manera que dice el Sr. Fernandez Vallín; en segundo lugar, no he cambiado los Secretarios; y en tercer lugar, no he trastornado el ministerio que está á mi cargo. Y después de todo, el ministro de la Gobernación tiene la facultad y el derecho de hacerlo. No hay ejemplo, ni podrá haberlo, de que el ministro de la Gobernación, ni ningún otro, estuviera obligado á dar á las Cortes, á las Asambleas políticas, al Congreso, cuenta de su conducta sobre el particular. Cuando el ministro que hace eso, sea bueno ó malo, no merece la confianza, se presenta un voto de censura: lo que no se hace es desconocer y trastornar las funciones respectivas de los miembros del poder público.»

***

Díjose que el General Prim iba á hacer declaraciones importantes sobre las candidaturas para ocupar el Trono de España, y la expectación de los diputados y del público de las tribunas era grande en la tarde del 11 de Junio de 1870. El Marqués de los Castillejos, dando á su discurso mayores proporciones de lo que generalmente acostumbraba, pues era sobrio en sus argumentaciones y en su oratoria, se sinceró con insistencia de los proyectos de ambición personal que se le atribuían para decir un día, como Napoleón III: «Aquí mando yo.» También quiso desvanecer la especie, que por algunos se propalaba, de que pretendía dar tiempo para madurar la restauración del Príncipe Alfonso. A este propósito dijo:

«Hechas quedan, pues (1), dando nuevas seguridades de lo que aquí espontáneamente dije un día, de que las palabras *jamás, jamás, jamás*, que salieron de mi pecho, como expresión de mi más íntima y sincera convicción, hoy las repito con mayor fervor, si cabe: *la restauración de Don Alfonso, jamás, jamás, jamás.*» (*Grandes aplausos.*)

Luego contó las tribulaciones que había pasado buscando la persona que quisiera ocupar el Trono de España, pues como él mismo decía, excitando la hilaridad de la Cámara: «El hacer un rey es más difícil de lo que parece á primera vista.»

Dijo que se habían hecho gestiones privadas cerca de la persona del rey viudo Don Fernando de Portugal, y que este señor, alarmado por lo que dijeron en contra suya los periódicos, tanto españoles como portugueses, al cabo de algunos meses de vacilación, declinó la honra que se le ofrecía.

Después se buscó al Duque de Aosta, hijo segundo de Víctor Manuel, y tampoco quiso aceptar el ofrecimiento.

Se dió un segundo golpe á la casa de Saboya, dirigiéndose al Duque de Génova, que aceptó *sub conditione* del asentimiento de su madre, porque el joven era mayor de edad.

«Lo que pasó entonces en la corte de Italia es sabido por muchos señores diputados. Las intrigas de que se valieron los que no quieren que España se constituya; los mensajes que allí se mandaron; las exageraciones que se hicieron llegar á oídos de la Sra. Duquesa de Génova, pintándole la situación del país con los más negros colores y excitando su cariño maternal con los peligros inmensos que suponían iba á correr su hijo, no hay para qué referirlos; baste saber que se llegó hasta el punto de decirla: *Madame, si vous envoyez votre enfant en Espagne, ¡priez pour votre enfant!* De lo que resultó que la señora duquesa, que ante todo se fijaba en los peligros á que podía estar expuesto su hijo, fué la que se opuso resueltamente; tuvo más influencia que el jefe de la familia, Víctor Manuel.

(1) Protestas contrarias.

El resultado fué también el que saben los señores diputados: tercer contratiempo.»

.....

«Los señores diputados esperan sin duda que yo pronuncie el nombre de ese cuarto candidato; permitirán que no lo pronuncie, porque no sería discreto; podría traer complicaciones, y además de esto, tengo empeñada mi palabra de honor, y los señores diputados respetarán sin duda mi reserva.»

Ríos y Rosas contestó con un discurso de tonos templados, pero de oposición, terminando con estas palabras:

«Cuando todo está en incertidumbre, cuando todo se considera posible, todo se imputa á los hombres que mandan. Es un mal, es una injusticia, pero es un efecto natural de las circunstancias. ¿Queréis que no os calumnien? ¿Queréis que no os atribuyan que sois partidarios de la restauración? ¿Queréis que no os imputen que esperáis á que llegue á la mayor edad, á que cumpla catorce años el Príncipe Alfonso? Buscad un rey, y encontradle.»

No fué muy piadosa la intención que guió á Ríos y Rosas al pronunciar el último párrafo de su discurso, porque con él daba pábulo y fomentaba las impresiones del vulgo respecto á la posibilidad de que Prim acariciase la idea de una restauración con el hijo de Isabel II. El Gobierno, cualquiera que fuese su plan, se estaba poniendo en ridículo. Desde el 29 de Setiembre de 1868 al 11 de Junio de 1870, había transcurrido un año, ocho meses y once días, sin haberse constituído en el país una situación definida y estable, contemplando á Prim como un pordiosero, de puerta en puerta, mendigando un rey por amor de Dios.

¿Quién era ese cuarto candidato que Prim tenía en cartera, y cuyas gestiones realizaba con tanto secreto y reserva? El cronista lo sabe, pero no es ocasión de descorrer el velo con que misteriosamente quiso cubrirlo el Presidente del Consejo de Ministros, sin conseguir su objeto, como verá el lector en los capítulos sucesivos.

Castelar pronunció un brillante discurso (1) defendiendo la abolición total de la esclavitud en Cuba, contra un proyecto de ley del ministro de Ultramar, en que declaraba la abolición parcial.

Dirigiéndose á los unionistas, decía:

«Sometisteis Cuba al despotismo militar; nuestros reyes, que eran aquí constitucionales, eran allí absolutos; nuestros ministros, que eran aquí responsables, eran allí arbitrarios; teníais su prensa bajo la censura y su opinión con mordazas; disponíais de sus derechos sin oirlos y de sus tributos sin consultarlos; la tierra de la libertad concluía en las islas Canarias, y cuando comenzaba el nuevo mundo español, comenzaban los dominios del absolutismo, que ningún pueblo puede soportar sin gangrenarse; jamás reconocisteis el derecho de verse aquí representados á nuestros colonos; y cuando nosotros pedimos que se reconozca en los más desgraciados de todos ellos un derecho que no deben á nadie, que recibieron de la misma naturaleza, proclamáis nuestra incompetencia, y pedís que vengan los blancos á decidir la suerte de los negros, que vengan los amos á decidir la suerte de los esclavos; ¡ah! de los esclavos, libres sin ellos y sin nosotros; libres á pesar de ellos y de nosotros; libres por hijos de Dios, por soberanos de la naturaleza, por miembros de la humanidad; y todo poder que desconozca esos derechos primordiales, sea cualquiera la ley ó el pretexto que invoque, comete el asesinato de las conciencias, crimen que castiga la cólera celeste y que se purga con una eterna infamia en el eterno infierno de la Historia.

. . . . . .

»Pero se nos dice: ¿Olvidáis que esta ley debe ser una ley de transacciones porque se refiere á la propiedad? ¡Propiedad! ¿Propiedad de quién? ¿Propiedad de qué? ¿Propiedad cómo? ¿Propiedad con qué títulos? ¡Ah, señores diputados! La propiedad supone cosa apropiada. Probadme que el negro es una

(1) 20 Junio 1870.

cosa, probadme que es como vuestro arado, como el terrón de vuestra tierra, que no tiene personalidad, ni alma, ni concienciencia. La propiedad es *jus utendi et abutendi*. Luego, ¿podéis usar y abusar del esclavo? Luego, ¿podéis usar y abusar á vuestro antojo de una imagen divina, de una naturaleza moral, del alma, de la conciencia, del derecho? Si un hombre puede ser objeto de propiedad, todos los hombres pueden se objeto de propiedad. Mañana vienen las grandes catástrofes sociales, que tanto se parecen á las grandes catástrofes geológicas; se cambia el sentido general humano; la piel blanca y el pelo rubio es para aquella sociedad lo que la piel negra y el pelo crespo para la sociedad de las Antillas; y en tal caso, señores, ¿cuál sería la suerte de mi elocuente amigo el Sr. Romero Robledo? (*Risas.*)

. . . . . .

»No quiero hacer elegías, no quiero conmover vuestros corazones; yo sé muy bien que los corazones de los legisladores suelen ser corazones de piedra. La esclavitud antigua tenía una fuente, al fin heroica, que era la guerra; la esclavitud moderna, la esclavitud contemporánea, tiene una fuente cenagosa, que se llama *la trata*. ¿Comprendéis un crimen mayor? ¿Creéis que hay en el mundo algo más horrible, algo más espantoso, más abominable que el negrero? El monstruo marino que pasa bajo la quilla de su barco, el tiburón que le sigue, husmeando la carne, tienen más conciencia que aquel hombre. Llega á la costa, coge su alijo, lo encierra, aglomerándolo, embutiéndolo en el vientre de aquel horroroso barco, ataúd flotante de gentes vivas. Cuando un crucero le persigue, aligera su carga, arrojando la mitad al Océano. Bajo los chasquidos del látigo se unen los ayes de las almas con las inmundicias de los cuerpos. El negrero les muerde las carnes con la fusta, y el recuerdo de la patria ausente, la nostalgia, les muerde con el dolor los corazones.

. . . . . .

»Buscad el negro en la sociedad. ¿Puede haber sociedad

donde se publican y se leen estos anuncios? ¿Les daría á leer estos periódicos de Cuba el señor ministro de Ultramar (1) á sus hijos? No puedo creerlo. No se los daría. Dicen: *Se venden dos yeguas de tiro, dos yeguas del Canadá; dos negras, hija y madre; las yeguas juntas ó separadas; las negras, la hija y la madre, separadas ó juntas. (Sensación.)* La pobre negra que ha engendrado su hijo en el dolor moral, que lo ha parido en el dolor físico, cuando ese hijo puede consolarla, una carta de juego, una bola de billar, deciden de su suerte. Se juegan las negras, y muchas veces gana uno la madre y otro la hija, y el juego separa lo que ha unido Dios y la naturaleza. El negro nace con la marca en la espalda; crece, como las bestias, para el servicio y el regalo de otro; trabaja sin recoger el fruto de su trabajo; sólo es feliz cuando duerme, si sueña que es libre, y sólo es libre en el día de su muerte.»

Moret le contestó con sensatez y cordura, defendiendo el proyecto del Gobierno; que había querido respetar los que se llaman intereses creados. La Revolución, contenida en sus arranques por el partido unionista, que era en ideas el conservador, no demostró tendencias sociales, sino simplemente políticas, y aun éstas, comedidas, pues se contentó con el destronamiento de la dinastía reinante, con el matrimonio civil y con el sufragio universal; así es que la abolición total de la esclavitud se salía fuera del círculo de las aspiraciones del Gobierno.

«España, señores—decía el joven y elegante ministro de Ultramar,—no llega tarde en la época de las reformas, ni es la última, ni piensa obrar lentamente. Todas las citas de leyes abolicionistas que el Sr. Castelar ha hecho, necesitan, cuando menos, una aclaración. Bolívar, cuyo nombre puede citarse con la esperanza de que sea oído con respeto, Bolívar empezó por decretar sólo el vientre libre, y treinta años después de haber dado la ley, había todavía esclavos en los Estados de la

(1) Moret.

Unión. El Brasil vacila todavía el aceptar el dictamen del Consejo de Estado, que proponía la libertad de los nacidos. Holanda acaba en estos últimos años, en medio de la paz y la prosperidad, de hacer la emancipación de un número de esclavos relativamente pequeño, y los demás países tampoco han marchado con una rapidez extraordinaria. Podría citar todos los países del mundo, y se vería que España es la primera que ha presentado de pronto una ley sobre la abolición de la esclavitud, que no sólo declara el vientre libre, no sólo redime á los ancianos y á los que auxilien las armas de España, no sólo acaba con el régimen de emancipados, sino que compromete al país á hacer la emancipación completa. Si miráis, pues, que éste es nuestro primer paso, y que, hace cinco años, el Gobierno no creía poder hablar siquiera de emancipación, convendréis en que es la ley más radical que se ha hecho sobre la materia.»

El proyecto de ley fué aprobado en 21 de Junio de 1870. El día 23, con motivo del calor, se suspendieron las Cortes.

Elección y jura del Rey Amadeo I.

Durante las vacaciones de verano quedó elegida la persona que había de ocupar el trono de España. Oigamos lo que dijo Prim en 3 de Noviembre de 1870:

«Recordarán los señores diputados que, al hacer el desconsolador relato á que me he referido, indiqué que quedaba una negociación pendiente; no manifesté grandes esperanzas de que diera el buen resultado que nos proponíamos; pero el hecho es que hice ciertas reservas, refiriéndome á una negociación pendiente. Aquella negociación dió un resultado más satisfactorio, y más pronto del que tal vez nos proponíamos en aquellos solemnes momentos; yo he de insistir poco sobre el particular, toda vez que sus consecuencias han llegado á ser

fatales (1). Con más ó menos fundamento, que esto tampoco lo hemos de examinar ahora, surgió la terrible guerra que aún tiene en cruenta y devastadora lucha á dos naciones amigas. Yo tengo por ello una profunda pena, y estoy convencido de que igual sentimiento domina en los señores diputados; pero tengo la conciencia tranquila, como la tienen mis compañeros de Gabinete, pues si las consecuencias de aquella negociación han podido ser fatales para dos naciones amigas, nunca se nos podrá echar á nosotros la culpa; la historia en su día será justa, y no hará cargos gratuitos á los hombres que, en virtud de su derecho y de su autonomía, hacían lo posible para constituirse como lo creían oportuno, y con la persona que estimaban conveniente (2).

Pocos días después de aquella aceptación, estallaba ya la amenazadora y terrible guerra entre la Francia y la Prusia, y el esclarecido príncipe, que no necesito nombrar porque todos sabéis quién es (3), aconsejado por un noble y elevado sentimiento, y deseoso de evitar males á su patria y de evitárselos también á nuestra vecina Francia, retiró voluntariamente su candidatura. Nos encontramos otra vez sin candidato.

. . . . . .

«La primera vez que el Gobierno de S. A. el Regente del Reino se dirigió á la casa de Saboya, ya saben los señores diputados que no nos dió el resultado á que aspirábamos, puesto que el Duque de Aosta (4), no tuvo por conveniente aceptar

---

(1) El candidato era Leopoldo Hohenzollern Sigmaringen, Coronel de Caballería prusiana, y como Francia y Prusia tenían deseos de venir á las manos, buscaron aquí pretexto para promover una guerra, que fué de triste resultado para Napoleón III.

(2) En efecto, la gente achacaba al maquiavelismo de Prim la elección de la candidatura de Hohenzollern, para mortificar á Francia y producir el choque con Prusia. El maquiavelismo de Prim no tenía tanta trascendencia; era sólo para andar por casa.

(3) Hohenzollern.

(4) Hijo segundo de Víctor Manuel.

el ofrecimiento que se le hacía, ofrecimiento siempre condicional, como deben suponerse los señores diputados, porque el Gobierno no tiene autoridad, ciertamente, para ofrecer coronas, y, por lo tanto, sus gestiones tenían siempre por base y por principio el supuesto de que las Cortes Constituyentes se dignasen nombrarle. Pero si bien el noble Duque de Aosta no había tenido por conveniente admitir el ofrecimiento que se le hacía, su negativa fué tan bondadosa, fué tan delicada, la hizo con frases tan dignas y tan honrosas para España, y los motivos en que la fundaba fueron de tal naturaleza, que yo creí que aquella puerta, al cerrarse, quedaba en disposición de poder volver á llamar oportunamente á ella. El Consejo de Ministros se ocupó de si era conveniente ó no dirigirse otra vez á la casa de Saboya, y después de un maduro examen, el Gobierno creyó que podía abrirse nueva negociación.»

Dió cuenta á grandes rasgos de las gestiones que había practicado, y anunció oficialmente que el Duque de Aosta, luego Amadeo I, había aceptado la corona de España (1).

«Las amarguras que yo he pasado—añadió,—no son para que yo las exponga en este momento; cuando tengan publicidad todas las negociaciones que yo he seguido, cuando se conozcan todos los detalles y peripecias por que han pasado, yo tengo la convicción de que los señores diputados y el país me harán cumplida justicia.»

Castelar estuvo inexorable contra Prim.

«Os acaban de anunciar que se va á salir de la interinidad, que por fin vais á tener un rey, y nadie, absolutamente nadie se ha sonreído, nadie se ha regocijado, nadie ha aplaudido, nadie se ha levantado, nadie ha proferido un ¡viva! Todos habéis quedado fríos, como si al presentaros el monarca os hubieran presentado un cadáver. ¿Créeis que á la glacial tempe-

(1) Según Castelar, no quería Víctor Manuel dar celos á Napoleón con la preponderancia de la casa de Saboya; pero vencido el Emperador, desaparecía el inconveniente. A moro muerto, gran lanzada.

ratura de esta Cámara se puede forjar una corona, operación que necesita el fuego del entusiasmo? Las instituciones fuertes, los nombres populares, son impuestos por los pueblos á las Asambleas y no por las Asambleas á los pueblos.

.....

»Yo he oído á uno de los oradores más ilustres, no ya de esta Cámara, sino de la Europa entera, al Sr. Cánovas del Castillo, dolerse de la ausencia del Príncipe Alfonso y decir que es el candidato de su corazón, pero que está decidido á reconocer y acatar á otro candidato alzado al trono por la mayoría de la Cámara. Yo he visto á muchos partidarios del Duque de Montpensier, que le conocen, que le tratan, que le han seguido en el destierro, que saben los servicios por él prestados á la Revolución; yo les he visto sostener á ese candidato enérgicamente en otro tiempo, y así que se ha presentado uno nuevo, abandonarlo á incomprensible olvido. Yo he visto al partido progresista posponiendo al General Espartero, á un oscuro Coronel de Hulanos. Yo he visto á la mayoría de esta Cámara, indiferente á un rey del Norte ó del Sur, de las regiones boreales ó de las regiones tropicales, germano ó latino, mayor ó menor de edad, dispuestos por el Sultán de Constantinopla ó por el Emperador de Marruecos, á correr los azares de una guerra civil, ó de una guerra extranjera, con tal de que no se exigiese ninguna creencia á su espíritu vacío, ningún sacrificio á su empedernido egoísmo.

Haciendo la crítica de las gestiones practicadas por Prim para buscar canditatos al trono, decía:

«Desde Portugal pasó á Italia, y allí encontró un gentil niño, el Duque de Génova. El entusiasmo oficial creció de punto, y oyéronse discursos en los cuales se anunciaba que el joven Príncipe nos iba á traer en su bolsa de colegial de Harrouu, las artes italianas, la pintura, la escultura, la poesía, y sobre, todo la música de Italia. (*Risas.*)

.....

»El Presidente del Consejo dió un salto mortal: de Italia

pasó á Alemania. Todo el mundo sabía que un candidato alemán, un candidato de la casa Hohenzollern, iba á traer consigo una guerra inmediata. Yo lo dije así en el mes de Abril; muchos señores diputados conocen el documento en que este anuncio mío se halla escrito (1). ¿Lo ignoraba el Sr. Presidente del Consejo de Ministros? Si lo ignoraba, ¡qué imprevisión!; y si lo sabía y lo propuso, ¿cómo calificaréis su indiferencia? El candidato alemán no vino, y hoy tenemos sometidos á nuestros votos un candidato italiano. ¿Qué decir de la nación que en el mes de Julio tenía un rey alemán y en el mes de Octubre tiene un rey italiano?

.....

»¿Sabéis cuál es el Dios del General Prim? El acaso. ¿Sabéis cuál es su religión? El fatalismo. ¿Sabéis cuál es todo su ideal? Lo presente. ¿Sabéis cuál es su objeto para lo porvenir? Vincular el poder en su partido. A esto lo sacrifica todo. Por esto, y sólo por esto, coge en su mano la dictadura, y marca con su hierro hasta las generaciones.

.....

«El Sr. Presidente del Consejo de Ministros nos ha dicho que el Príncipe Hohenzollern no había previsto la gran catástrofe francesa, y yo le digo al Sr. Presidente del Consejo de Ministros: ¿no sabe S. S. que el Príncipe Hohenzollern, y el Rey Guillermo mismo, son instrumentos de una inteligencia más alta, que se calla sus procedimientos, sus motivos y á veces hasta sus fines? ¿No sabe S. S. cuánto le ha costado á esa altísima inteligencia traer al Rey á su política? ¿No sabe que desde entonces Molke y el Rey Guillermo, y no digo nada del Coronel Hohenzollern, todos son instrumentos de Bismark, porque representa la inteligencia y la razón?»

Moret, como ministro de Ultramar, y en representación del Gobierno, fué el encargado de dar la contestación á Castelar y pronunció un buen discurso, venciendo las dificultades que el

(1) *El Monitor Mejicano* de 20 de Mayo de 1870.

asunto ofrecía, pues al diputado republicano le sobraba razón para decir que el candidato extranjero no inspiraba entusiasmos.

Acto seguido, el Presidente señaló para el orden del día en la primera sesión la elección de Monarca, á lo que se opuso Ríos y Rosas (era incorregible), proponiendo que antes de la votación se discutiese la candidatura; pero Ruiz Zorrilla, comprendiendo lo expuesto que iba á resultar esta discusión en aquellas circunstancias, no transigió, y Rios y Rosas quedó deslucido.

La votación de Monarca se verificó el 16 de Noviembre, con arreglo á una ley aprobada en 8 de Junio anterior, y dió el resultado siguiente:

El Duque de Aosta.....	191 votos.
El Duque de Montpensier.....	27 »
La Duquesa de Montpensier.....	1 »
El Duque de la Victoria.....	8 »
La República federal.....	60 »
La República española.....	2 »
La República.....	1 »
D. Alfonso de Borbón.....	2 »
Papeletas en blanco.....	19 »

Entre los que votaron en blanco, aparecen Bugallal, Elduayen, Cánovas del Castillo, Ardanaz, D. Francisco Silvela, Vildósola, Ortiz de Zárate, Lasala y Vinader.

Antes de entrar en el orden del día, que era la elección de monarca, dijo Figueras que se habían tomado precauciones militares; Luis Blanc confirmó la noticia, añadiendo que fuera de la Puerta de Alcalá había un campamento, y Sorní remachó el clavo añadiendo que había fuerzas rodeando el edificio del Congreso, que hasta los Comandantes de la Milicia habían recibido órdenes al efecto, «y que él, como uno de ellos, las había recibido también».

Terminada la votación de la elección del Rey, Ruiz Zorrilla dirigió cuatro palabras á la mayoría, y con el asentimiento de ésta se suspendieron las sesiones de Cortes, hasta que una comisión de 24 diputados, que habían de salir de España con la mayor urgencia á ofrecer la Corona al Rey electo, volviese á dar cuenta á la Cámara de haber cumplido su encargo. En la Comisión, presidida por Ruiz Zorrilla, figuraban, como más conocidos, Madoz (1), D. Manuel Silvela, Ayala, Martín Herrera, Martos, Marqués de Sardoal, D. Juan Valera, López Domínguez, Gasset y Artime, D. Gabriel Rodríguez, Alvareda y Balaguer.

El 15 de Diciembre de 1870 se presentó dicha Comisión en el Congreso, celebrándose con este motivo la primera sesión, después de la suspensión mencionada, y leyendo el Secretario, Llano y Persi, los discursos pronunciados en la solemne recepción que tuvo lugar en Florencia, en el Palacio del Rey de Italia, el día 4 de aquel mes, y el acta de aceptación del Duque de Aosta.

El discurso que leyó Ruiz Zorrilla fué sumamente corto; se redujo á pedir la venia al Rey de Italia para ofrecer á su hijo el Duque de Aosta la Corona de España. Víctor Manuel contestó que hacía un gran sacrificio, pero que consentía. Luego, el Presidente de la Comisión, en otro discurso un poco más largo, hizo al Duque de Aosta el ofrecimiento indicado; el Duque aceptó, y acto seguido se extendió el acta, firmada por los individuos de la Comisión española, por Víctor Manuel, por Amadeo, Humberto y Eugenio de Saboya, el Marqués Gino Capponi y los Generales Cialdini y Menabrea.

No bien Llano y Persi leyó estos documentos, Figueras se levantó á preguntar si el discurso leído por el Duque de Aosta para contestar á Ruiz Zorrilla, estaba en italiano ó en español, á lo que el Presidente manifestó que en italiano, pero que se había traducido por la oficina de la Interpretación de lenguas.

(1) Que murió en Génova, durante la travesía.

Las discusiones que á partir de este día hubo en el Congreso fueron muy accidentadas, y algunas tomaron el carácter de borrascosas. Romero Robledo, Gasset, Figuerola y otros presentaron (1) una proposición pidiendo que se disolviesen las Cortes, una vez recibido el juramento al Rey, lo que produjo enérgicas protestas, no sólo de los republicanos, sino de los diputados de ideas conservadoras, como Ríos y Rosas, Cánovas del Castillo y D. Francisco Silvela; pero la proposición se aprobó por mayoría de votos, no sin que los individuos del Gobierno escuchasen de los republicanos y de los unionistas frases un tanto amargas.

Terminada la sesión de Cortes del día 27 de Diciembre de 1870, á las seis y cuarto de la tarde, se retiraba el General Prim al Palacio de Buenavista, donde, como ministro de la Guerra, tenía su residencia, cuando unos malvados, deteniendo el coche en que iba, le hicieron una descarga á quemarropa, produciéndole mortales heridas. Facilitó el atentado la copiosa nevada que estaba cayendo en aquellos momentos; apenas transitaba gente por las calles de la población, y menos aún por la del Turco (hoy Marqués de Cubas), donde se desarrolló el crimen, junto á las tapias del jardín de Riera, cerca de la calle de Alcalá.

Aquella misma noche nombró el Regente Presidente interino del Consejo de Ministros á D. Juan Bautista Topete, y al día siguiente se levantó éste en el Congreso á dar cuenta, con sentidas palabras, del acto criminal realizado contra el General Prim.

«Es triste y doloroso— decía,— que aquí, en la situación en que estamos, al cabo de los dos años que llevamos de revolución, del ejercicio más amplio y más completo de los derechos individuales, suceda lo que ha sucedido en el día de ayer, después de haber preparado la opinión (no hago alusiones de ninguna clase á ningún partido), llamando cobarde

(1) 19 Diciembre 1870.

al heroe de los Castillejos, llamando mal español al hombre de Méjico y llamando tirano al hombre que todo lo ha sacrificado, tranquilidad, fortuna y vida, en obsequio de la libertad. Así es como ha venido la tentativa de ayer; así es como se ha preparado el asesinato de ayer: se puede protestar, se puede decir todo lo que se quiera respecto del acto material de ayer; pero respecto de los medios que se han empleado para hacer odioso á la opinión al General Prim; respecto de las reticencias, de los folletos, de los periódicos, de las hojas sueltas para convencer al pueblo español de que él era el único enemigo de la libertad; respecto de eso, no cabe disculpa, porque los asesinatos, de la manera que ha venido el de ayer, no se preparan en un momento; necesitan la preparación que éste ha tenido, necesitan los auxiliares de que no me quiero ocupar ahora.» La alusión iba directa á Paul y Angulo y á su periódico *El Combate*.

El día 30, en la sesión verificada por la noche, y abierta á las diez y cuarto, Moret comunicó á las Cortes la triste nueva de la muerte del General Prim. Dedicáronle frases de elogio los representantes de todos los partidos: Olózaga, que ya era un orador decadente; Vinader, carlista, que terminó su discurso diciendo: ¡Dios le haya perdonado y le tenga en su santa gloria!; y, por fin, D. Eduardo Chao, en representación de la minoría republicana, que ensalzó las grandes prendas personales que habían adornado al difunto Marqués de los Castillejos.

El lunes 2 de Enero de 1871 (1), á las dos en punto de la

(1) Un día triste, nublado y frío. El piso de las calles estaba cubierto de nieve. Amadeo vino por la línea del ferrocarril del Mediodía; hizo su entrada á caballo, dirigiéndose, lo primero, á la iglesia de Atocha á visitar el cadáver de Prim; después fué al Congreso á prestar el juramento constitucional; luego al ministerio de la Guerra, donde residía la viuda del Marqués de los Castillejos, y después, por la calle de Alcalá, Puerta del Sol y calle Mayor, se dirigió á Palacio. Nosotros le vimos, en compañía de reducido número de curiosos, junto al Arco de la Armería (hoy derruído), y puede asegurarse que en aquel paraje no hubo ni entusiasmo ni vivas.

tarde, se abrió la sesión para recibir el juramento al Rey Don Amadeo de Saboya. Éste, precedido por una Comisión de diputados, se presentó en el salón, oyó sentado á la derecha del Presidente, y bajo el dosel, la Constitución del Estado, leída por Llano y Persi; prestó el juramento de rúbrica y se dió por terminado el acto, entre vivas que el *Diario de Sesiones* califica de entusiastas.

Quedaron en sesión los señores diputados, y Ruiz Zorrilla, después de cuatro palabras alusivas al acto, pronunció la frase sacramental de *Quedan terminadas las tareas de las Cortes Constituyentes.*

Eran las tres de la tarde.

Las Cortes de Don Amadeo de Saboya.—Los primeros incidentes. Las reforma del Reglamento.—La Fábrica de Tapices.

Don Amadeo encargó la formación del Ministerio al General Serrano, y se constituyó el Gobierno, entrando Martos en Estado; Sagasta, en Gobernación, su cartera favorita; Ulloa (1), en Gracia y Justicia; Ruiz Zorrilla, en Fomento; Moret, en Hacienda; Ayala, en Ultramar; Beranger, en Marina, y en Guerra, el Presidente del Consejo. Se convocaron Cortes para el 3 de Abril de aquel año (2), y en este día se verificó la apertura, leyendo Amadeo un discurso de frases hechas, en el que aprovechaba la ocasión para demostrar su agradecimiento al país que lo había elegido. Se dió un viva al Rey *et rien de plus.*

---

(1) De D. Augusto Ulloa decía un periodista:

«Cualquiera en Madrid alcanza
fama de hombre de talento
con un gabán ceniciento,
mucha voz y mucha panza.»

Entonces estaban de moda unos gabanes de color de ceniza, con cuello de terciopelo negro.

(2) 1871.

El Congreso acordó que rigiera interinamente el Reglamento, también interino, de 1854, y fué nombrado Presidente con el mismo carácter de interinidad D. Salustiano Olózaga. Aquí se promovió un ligero incidente, porque, según el artículo 9.° del Reglamento, concluída la votación de Presidente y de Secretarios, aquél y éstos debían ocupar sus puestos, no pudiendo hacerlo el Sr. Olózaga por no hallarse en el salón. Olózaga estaba enfermo, pero Sánchez Ruano no lo sabía ó fingió ignorarlo, pidiendo, para molestar al Gobierno ó quizá al propio D. Salustiano, que se anulase la elección de Presidente. Como la enfermedad de Olózaga era pasajera, y se contaba con que asistiese al día siguiente, Martín de Herrera, que presidía la sesión, la dió por terminada á las ocho y cuarto.

En la discusión del acta de Lucena, pueblo de la provincia de Castellón, fué proclamado diputado el Sr. Ríos Portilla contra el candidato conservador Sr. Conde de Cheste, que le disputaba el puesto. Combatió el acta, defendiendo al derrotado, el Conde de Toreno, y hubo de decir esta frase, que disgustó al Presidente del Consejo de Ministros: «El Sr. Duque de la Torre guarda tal vez cierta animosidad al Conde de Cheste, y por poco pudor político que se conceda al Duque de la Torre, ¿cómo he de creer yo que le fuera grata la presencia del Conde de Cheste en este sitio? (1).

Airado se levantó el Duque cuando le contaron lo que había dicho Toreno, pues estaba en el Senado mientras éste pronunciaba su discurso, y protestó enérgicamente contra lo que de él habia manifestado el diputado conservador. Tan resentido estaba, que acabó su discurso diciendo: «El que me concede poco pudor político es indigno; al que me concede poco pudor político le reto como caballero, y permítanme los señores diputados que lo diga: le reto á duelo.»

Al oir esto, protestaron las minorías á grandes voces, y se produjo una confusión grande entre los diputados. Ródenas

(1) 26 Abril 1871.

pidió que se escribieran las palabras de Serrano, y Nocedal que se leyera el título del Código penal que estaba encabezado con el epígrafe: *De los duelos*. El duque de la Torre se rectificó diciendo: «Le reto, digo, á duelo aquí, en la esfera moral y política, para demostrarle su injusticia, porque yo sé muy bien que las cosas de hombre á hombre se tratan fuera de este sitio.» Toreno explicó sus palabras; Nocedal terció de amigable componedor en el asunto, y quedó terminado el incidente parlamentario.

Se produjo otro en la discusión del acta del distrito de Tudela (Navarra), por donde había salido triunfante el Sr. Alonso Colmenares, ministerial y derrotado el carlista D. Mauricio Bobadilla. Un diputado del mismo partido, el Sr. Echevarría, defendió á Bobadilla, y en su discurso intercaló tres frases que produjeron sucesivamente tres llamadas al orden por el señor Presidente (1).

«Tenemos—decia el diputado—el derecho de hablar de carlistas y del Rey que nos...»

La campanilla del Presidente no le dejó concluir la frase.

«Tenemos el derecho de emitir libremente nuestras opiniones, ya á favor de la monarquía tradicional, ya á favor de la república, á fin de preparar la reforma de la Constitución, porque no está cerrado el período constituyente...»

Segundo campanillazo.

«Van á venir, Sr. Presidente, debates solemnes, en los que hemos de discutir la contestación que se ha de dar á un discurso eminentemente personal del Príncipe que ocupa el Trono, y nos interesa que quede perfectamente declarado hasta dónde llega nuestro derecho, y qué es lo que se entiende por...»

Tercero y último campanillazo, seguido de un réspice del Presidente que propuso *ipso facto* que se le retirase la palabra al Sr. Echevarría.

Confusión espantosa. Varios diputados piden que la vota-

(1) 29 Abril 1871.

ción sea nominal; otros reclaman á la vez la palabra, pronunciando frases que no se entienden por efecto de aquel barullo, y gritan desaforadamente Figueras, Soler, Díaz Quintero y Morayta. Principia la votación en medio de la mayor agitación y de las voces de los que piden la palabra ó la lectura de artículos del Reglamento. Se retiran del salón muchos diputados republicanos, declarando á voces Morayta que lo hacían por no tomar parte en la votación; y 157 señores, contra 10, acordaron que á Echevarría se le suspendiese en el uso de la palabra.

Castelar presentó un voto de censura contra D. Salustiano, pero no fué admitido.

En 13 de Mayo de 1871 quedó constituído el Congreso, nombrándose á Olózaga Presidente por 161 votos, con 114 papeletas en blanco, y Vicepresidentes Martín de Herrera, Montero Ríos, Becerra y Alvareda, obteniendo respectivamente cada uno 275, 152, 140 y 151 votos. El número considerable de votos que obtuvo Martín de Herrera, obedece á que le apoyaban los conservadores, que votaban en blanco á los candidatos progresistas.

***

La Comisión encargada de estudiar y formular el Reglamento definitivo del Congreso (1), compuesta de Martín de Herrera, Pasarón y Lastra, Montero Ríos, D. Sabino Herrero y el Marqués de Sardoal, dictaminó en 19 de Mayo de 1871, como preparación, quizá inusitada, del cometido que tenía á su cargo, que «las proposiciones que tuvieran por objeto la reforma de la Constitución, ó de alguno de sus artículos, no podrían ser presentadas al Congreso sin estar autorizadas por la mayoría de las Secciones»; y á mayor abundamiento, Becerra, Gasset y Moreno Nieto presentaron otra proposición pidiendo que «mientras no se resolviese lo que el Congreso estimase conveniente res-

(1) Se regía por el del año 1854.

pecto del dictamen antes mencionado, no se diera curso á ninguna proposición en este sentido».

El juego estaba claro. En tanto que no se aprobase ó se desechase el dictamen sobre la reforma del Reglamento, que interesaba sólo al art. 56, la proposición de Becerra y sus amigos resultaba de una oportunidad muy discutible, aprovechando esta ocasión las oposiciones para armar un revuelo espantoso. Becerra intentó hablar para defender su proposición; pero las voces de los diputados de las oposiciones le interrumpían constantemente y no permitieron oirle, sin que Olózaga pudiera restablecer el orden. Por fin, después de esperar largo rato, mientras duraba la agitación, esforzó Becerra la voz y pronunció un breve discurso, del cual nada pudieron entender los taquígrafos. Como el Gobierno tenía interés en que la proposición de Becerra se tomase en consideración, se procedió á votarla obteniendo 152 votos contra 17, pero en medio de un barullo indescriptible. Unos diputados hablaban, otros pedían la lectura de artículos del Reglamento, y muchos entraban y salían en la sala, aumentando la confusión.

Ni aquel día (1) ni en el siguiente, pudo discutirse la proposición de Becerra, por efecto de la obstrucción de las oposiciones confabuladas, y hubo que apelar al recurso de una sesión permanente, que comenzó á las ocho de la mañana del día 24 de Mayo y terminó á las diez y cuarto de la noche, aprobándose por 143 votos contra 28, entre los que figuraban Esteban Collantes, Toreno, Fabié, Elduayen, Cánovas, Silvela (don Francisco), Vega de Armijo, Suárez Inclán y Ríos Rosas. Los republicanos no tomaron parte en la votación.

El dictamen de la Comisión, sobre reforma del art. 56 del Reglamento del Congreso, también se aprobó, tras largo debate, en 29 de Mayo de 1871.

***

(1) 22 Mayo 1871.

Cruzada Villamil, presentó (1) con Reig, López Guijarro y el Marqués de Sardoal, una proposición declarando comprendida entre los bienes que formaban el patrimonio de la Corona la Fábrica de Tapices. Había salido ésta á subasta en el mes de Abril; pero no habiéndose presentado postor, se volvió á anunciar la subasta para el mes de Junio. El terreno que la Fábrica ocupaba era un promontorio en las afueras de Madrid, próximo á lo que fué Puerta de Santa Bárbara, y casi lindando con la Cárcel de hombres conocida por el *Saladero*. La Fábrica, con sus dependencias, ocupaba una extensión de 100.000 pies, quedando más de 200.000 sin uso determinado, para que el Estado pudiera venderlos en pequeños lotes y urbanizar aquella parte.

Cruzada Villamil hizo, de camino, la historia de la Fábrica de Tapices. Contó que la manufactura tapicera había comenzado á desarrollarse en Salamanca; que cuando Carlos V vino á España trajo consigo un tapicero flamenco, llamado Juan de Nicolai, que montó en la Casa Real un taller, utilizando los obreros de Salamanca.

«A mediados del reinado de Felipe IV, esta industria española había adquirido mayor preponderancia, pues vemos algunos fabricantes y maestros salmantinos trasladarse á Madrid á impetrar del Rey que se les facilitara una casa para plantear en ella una fábrica. Dióseles una que pertenecía al Patrimonio, en la calle de Santa Isabel. Todos vosotros conocéis una estancia de esta casa, porque ¿quién no ha admirado el cuadro de *Las hilanderas*, pintado por Velázquez? Pues ese cuadro es una prueba inconcusa del estado en que se hallaba la Fábrica de Tapices de Madrid en aquel tiempo. Ese cuadro, señores diputados, manifiesta que la manufactura tapicera existía en Madrid, porque si bien lo habéis examinado, habréis visto que lo que en él se reproduce no es una escena de las operaciones de *retupir* y *limpiar*, como se dice en términos

(1) 26 Mayo 1871.

técnicos, sino que es una operación de *obra nueva*, de verdadera fabricación.»

Dijo también Cruzada Villamil que, durante el reinado de Carlos II, los tapiceros salamanquinos solicitaron algún apoyo para su industria; pero nada consiguieron, á causa de la precaria situación del Tesoro.

Felipe V, por instigaciones del ministro D. José Patiño, se decidió á montar un gran taller en Madrid, con destino á las necesidades de la Real Casa, para lo cual se contrató á Vandergoten, hábil tapicero de Flandes, con el objeto de que se estableciese en esta corte, no sin la oposición de las autoridades de aquel país, que le prendieron, cerraron su fábrica y secuestraron sus telares. Por fin, la astucia de Vandergoten y la protección decidida del Rey de España, consiguieron que el tapicero escapara de su prisión, y se estableciera en Madrid, primeramente; luego en Sevilla, cuando en 1727 residió la Corte en aquella ciudad, y, por último, otra vez en Madrid, instalándose definitivamente en la casa que llamaban *del Abreviador*, porque la había ocupado un eclesiástico encargado de despachar los Breves á Roma. En este edificio se instaló el *telar alto*, con arreglo al nuevo sistema de fabricación que traía Vandergoten de su país, dejando el primitivo local de la calle de Santa Isabel para el *telar bajo*, ó sea el antiguo sistema empleado por los tapiceros salamanquinos. Carlos III dió nuevo impulso á la Fábrica, encargando á Mengs que la dirigiera; pero Mengs no encontró en España pintores que interpretaran su pensamiento para formar los *cartones* de los tapices, y tuvo que echar mano de los italianos que estaban á la sazón decorando los techos del Palacio Real.

Floridablanca hizo que se llamase á Goya para pintar originales con destino á la tapicería de Palacio; pero todo se paralizó á causa de la guerra de la Independencia. Sin embargo, Fernando VII, cuando volvió á España, habiéndosele presentado un descendiente de Vandergoten, exponiéndole el estado de abandono de la Fábrica, mandó que se principiara á traba-

jar inmediatamente, reproduciendo obras de Goya. «¿Y sabéis la noble y magnánima conducta que este Rey, antimagnánimo en todo lo demás, siguió con Goya? Pues Goya que se encontraba en España, y que, ¡dolor grande me causa decirlo, pero lo diré porque es verdad!; Goya, que había sido afrancesado, fué mandado llamar por el Rey, y éste le dijo: *Te vuelvo tus honores, te vuelvo tus pensiones*; y aun es fama que añadió: *seguirás siendo mi primer pintor de Cámara, mi primer artista, aunque como español debiera ahorcarte.*»

Elogiando la rica colección de tapices del Patrimonio, decía Cruzada Villamil:

«Existe guardada en los sótanos de Palacio una riqueza inmensa; y tanta, que ni en Alemania, ni en Inglaterra, ni en Francia, ni en Italia, la riqueza en este ramo del arte, no es, y no exagero, ni la décima parte, en cantidad y en calidad, toda ella reunida, de la que hay encerrada en los sótanos del Palacio de Madrid, y colgada en las paredes de los aposentos de los Reales Sitios. Allí se conservan los mismos tapices con que los Reyes Católicos colgaban su oratorio en los Alcázares; allí hay todavía los grandes tapices de la *Apocalipsi*, únicos en el mundo; allí los mejores de Arras, del siglo XV; allí las empresas de Túnez y la Goleta, mandados tejer para España en los Países-Bajos; allí las batallas del Archiduque Alberto; tapices que son todos ellos cuadros históricos importantes, en que están los retratos de los grandes capitanes y de los soldados de nuestros tercios que en aquellas batallas se encontraron; allí hallamos además los grandes tapices de Alberto Durero, de Vander-Weiden y todos los mejores pintores flamencos; allí los llamados de Rafael, que se conocen con el nombre de *Hechos de los Apóstoles*, copias de los que ocupan una de las galerías bajas del Vaticano, pero en mejor estado de conservación que los originales mismos que Felipe II hizo tejer para ponerlos en El Escorial, y aquí, en fin, las más artísticas y bellas colecciones de adornos y grutescos del más clásico ornato.»

. . . . . .

«Los tapices, como toda obra de arte que no está producida en materias duras, han menester restauración continua, han menester de una conservación especial; y si desaparece esta Fábrica, que continuamente está produciendo buenos *retupidores*, porque antes hace buenos *tapiceros*, es imposible que nazcan obreros que puedan llegar á restaurar aquella riqueza.»

La proposición fué tomada en consideración, y pasó á las secciones para nombramiento de Comisión al efecto.

El discurso de Cruzada Villamil se oyó con mucho interés por los diputados, y se comentó favorablemente en los cafés por los aficionados á las Bellas Artes.

CARLOS CAMBRONERO

(Continuará.)

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

EL ASNO DE CARLO DOTTORI Y EL QUIJOTE

El asno asustará á las gentes, sirviéndonos de trompeta.
LA FONTAINE.

Y como un rebuzno de asno satisfecho—tenía de trompa la marcial invitación.
L'Asino, IV, 2.

¿Quién no sabe que el asno tiene una vasta literatura? En el Antiguo y en el Nuevo Testamento se nos aparece en varias ocasiones como un honrado animal, y hasta algo más todavía, si recordamos la Burra de Balaam; Luciano nos dió un *Asno*, cuyo rebuzno resonó en todos los ámbitos de la tierra; Apuleyo tiene también un *Asno* refundido por Tirenzuola; Pontano creó un *Asno* excelentísimo, en pleno Renacimiento; un *Asno* (ó, mejor dicho, medio asno) nos dará Maquiavelo; un *Asno*, M. Colombo; un *Asno*, Guerrazzi; un *Asno muerto*, J. Janín; en ningún siglo, en fin, hay nunca penuria... de asnerías.

Luego se debe á los asnos...
gloria y hosanna.

Sin duda, es conocido del mundo entero el burro de Sancho Panza:

Sobre él anduvo (con perdón se miente)
Este manso escudero, tras el manso
Caballo Rocinante y tras su dueño;

¿pero quién conoce el *Asno*, poema heroico cómico de C. de Dottori de Padua? (1).

Casi solamente es conocido de los literatos, á lo menos por vía indirecta, esta buena obra, no indigna, á la verdad, de figurar al lado de la *Secchia Rapita;* y he aquí en pocas palabras la urdimbre del poema.

> Vivían los paduanos y vicentinos
> (Bien lo sabéis) en mucha paz y amor;
> Y se prestaban, como buenos vecinos

favores mutuos; pero el diablo no se duerme; y en un encuentro entre vicentinos y paduanos, ocasionado por el saqueo de Vagiano, el estandarte de los primeros (*un asno azul en campo de oro*) cayó en poder de los enemigos. *He aquí que una embajada de Vicenza estaba en negociaciones para la restitución del Asno; cuando un fingido rebuzno, lanzado por la pilluela chiquillería, lo echó todo á rodar. De aquí una guerra formidable:* están por Vicenza los veroneses y Ezzelino; Azzo de Este es nombrado General en jefe de los paduanos. La suerte de las armas es al principio favorable á los vicentinos, que vuelven triunfantes á su ciudad; mientras que en Padua, Tinca, para ultrajar á los enemigos, expone en las horcas la insignia asnal que es ocasión de tanta lucha. Esta se hace naturalmente más enconada, y Chontegalda cae en manos de Azzo; mientras que Ordano Mussati, vicentino, deja intacto el castillo del Tao, fascinado por los encantos de una dama, Elisa, que aparece oportunamente para refrenar con sus gracias el furor de los enemigos. Canfredolo, que cayó en poder de los

(1) Nació en 1612; murió en 1686.—Me valgo de una edición paduana de 1796: *l'Asino.*—Poema heroico cómico del co. *Carlo Dottori,* con los argumentos de A. Zacco y las anotaciones del co. S. Orsato—4.ª edición, revisada y mejorada, á la que acompaña una Memoria del señor ab. G. Gennari, sobre la vida y las obras del autor. El ejemplar leído por mí es uno de los tres elegantes impresos en papel ceniza.

vicentinos, es rescatado por los paduanos; pero Azzo es herido en el rudo combate de Carmíguano; y, tras una tregua de ocho días, mientras que Stretto mide en otra parte sus fuerzas con los vicentinos, el castillo concluye por ceder al ímpetu de los asaltantes. Ya los vencidos están decididos á recurrir á una nueva batalla, cuando, por mediación de los *Rettori* de Lombardía y de Pedro del Alamo, se pacta la paz.

Sobre esta sencillísima trama hay tejidos episodios varios y curiosos (aventuras de amor, disfraces, reconocimientos), sin que falte tampoco la parte sobrenatural.

Ahora bien; es indudable que, aparte la causa de la reanudación de la guerra, ó sea el fingido rebuzno, que agría el odio, *Don Quijote* es completamente extraño á la urdimbre general del *Asino;* no faltan, sin embargo, detalles y episodios, que encuentran semejanza en la novela española.

Notaba Busetto, que ha estudiado la vida y la obra de Carlo Dottori, en un grueso volumen, del que el *Giornale Storico* dice que «no se podría haber deseado nada mejor», no sospechó, en efecto, en el *Asno* la influencia de Cervantes; y solamente, al hablar de Tinca, observa que se *bamboleaba* «sobre un flaco rocín, con espada y lanza», *á lo Don Quijote,* como dice en el siguiente verso:

Que parecía Don Quijote de la Mancha (1).

Después de Busetto, el inteligente hispanófilo E. Mela, en su artículo: «Per la fortuna del Cervantes in Italia nel seicento», entre los escritos, sobre los que flota la figura del caballero de la Mancha, cita el *Asno* de Dottori, y cita estos tres versos, que se refieren á Tinca:

Ridículo de aspecto y atavíos,
Sobre un flaco rocín, con espada y lanza,
Que parecía Don Quijote de la Mancha.

(1) De la misma entidad es la observación que hizo á este propósito Belloni, en su *Seicento*.

Ciertamente, en el *Asno* la figura quijotesca más saliente es la de Tinca, cosa que no puede pasar inadvertida á ningún lector, mucho más con la explícita declaración del poeta mismo.

He aquí cómo se nos aparece el extraño guerrero en el canto V del poema:

(3)

Hacía de pirata y era infante—y se *paroneaba con títulos del aire*,—Que su rostro semejante al de un bandido,—Hácía le presentarse como listo.—Ofrecíase á caballo,—*Ridículo de aspecto y atavíos*,—*Sobre un flaco rocín con espada y lanza*—*Que parecía Don Quijote de la Mancha*.

(4)

Decía á menudo querer realizar grandes cosas.—Y á veces caminaba así armado,—Seguido por gentuza,—Acompañado por los aplausos de la chusma.—Al poco tiempo se quitó el sayal,—Y se le ocurrió ser soldado,—Azzo llegó á Padua con sus gente,—Y del banco el Gonfalón obtuvo.

(5)

. . . . . .

Ahora bien; en lo más animado de las fiestas—Tuvo Tinca una idea extravagante,—Para señalar el día aquel con una muestra—De su ánimo, que fuese noble y nueva.

(6)

Corrió arrogantemente al asno robado,—Y lo sacó del lugar en donde estaba;—Siguióle el loco vulgo alborozado—Aplaudiendo lo que hacer quería.—Estaban en la plaza (en donde aún se encuentra el sitio)—Las fuerzas formadas, como lo había dispuesto—Para obtener la militar licencia—Messer Jacop Stretto de Plasencia.

(7)

Corrió el gran Tinca (¡oh, memorable hecho!)—A las horcas, y allí colgó el trofeo.—Esto agradó al vulgo; río, y por el gran acto—Tributaba aplausos y alabanzas;—No quiso oir los consejos y razones—De alguien, que por lo hecho le reprendiera;—Y fué necesario dejar allí mucho tiempo el trofeo, porque nadie se atrevía á quitarlo.

(8)

Da entonces pasos de capitán español.—El Tinca, y luego se vuelve y mira;—Tiene la capa alzada con la espada,—Y *habla de haber conquistado la India.*—Rodéala un inmenso público de tenderos—y la chiquillería más desvergonzada,—que en desvergüenzas y tirar piedras—Supera con mucho á todas las demás de Italia.

También, en el canto VII, el mismo Tinca, que primero huye y después hace el bravucón, parece casi una caricatura de Don Quijote; é igualmente (canto XI) recuerda la novela de Cervantes (1) el lavativazo de espíritu de vino que el tendero, acercándose á Tinca, aplica al corcel, el cual se pone furioso y cocea como un mulo, mientras que el pobre caballero Tinca concluye por morder el polvo, dando grandes gritos.

Alguien podrá observar, sin embargo, que el verdadero personaje quijotesco del *Asno* es el *Conde de Culagna*, el cual declara:

Aquel Don Quijote en armas tan soberano,—Príncipe de los

(1) *Quijote*, II, 41 «*... por la cola de Clavileño le pegaron fuego con unas estopas, y al punto, por estar el caballo lleno de cohetes tronadores, voló por los aires con extraño ruido, y dió con Don Quijote y con Sancho Panza en el suelo medio chamuscados.*» Mejor todavía concuerda con esta aventura de Tinca la del cap. 61, II, en que Don Quijote, al entrar en Barcelona, se cae del caballo, por el prurito que provocaren al rocín los manojos de aliagas que bajo la cola le pusieron los muchachos. Véase también 11, II: *De la extraña aventura que le sucedió al valeroso Don Quijote con el carro ó carreta de las Cortes de la muerte.*

Andantes y de los Héroes,—Engendró de extranjera ínclita madre,—A Don Fletegante el hermoso, que fué mi padre.

Pero existen otras pruebas para sentar, casi con seguridad, que Dottori había leído la obra de Cervantes, de la que hubo de servirse en algunos accesorios de su trabajo; si no es que, hasta la idea del poema naciese también del *Quijote.*

Desde el canto primero, vemos á Marte desde largo tiempo ocioso, que ha descuidado sus armas en las mismas lamentables condiciones que las de Don Quijote, el hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua...; «cuyas armas, tomadas de orín y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón».

Estaba el escudo detrás de unas banquetas,—Lleno el borde de manchas de ratones,— Y la coraza, reluciente y bella,— Colgaba en compañía de una sartén.

Los lectores del *Quijote* se acordarán de Sancho Panza, que pone los requesones en el yelmo de su señor. Ahora bien; en Dottori, el burlón de Baco llena de buñuelos la celada del dios de la guerra.

Observad la figura de Tullio y de su caballo:

(10)

Tenía poco menos de cincuenta años,—De secas piernas y cóncavas mejillas;—Y se cuenta de él que no se atrevía—A salir nunca, cuando Aquilón soplaba.

(12)

Se calculó que su caballo—Tendría unas treinta libras de peso...

¿No parece tener aquí, ante los ojos, al Caballero de la Triste Figura con su Rocinante, *qui tantum pellis et ossa fuit?* «Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años; era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro...»

En el canto VI, el Barbero huye de la ira del asaltante Ordano

Con una bacía en la cabeza;

Y en el VII, Orinda, armada con

«...un yelmo con su cimera—Y una coraza bastante enmohecida, sale furtivamente de la casa antes del amanecer, en compañía de un criada disfrazada de escudero; corre mil peligros y realiza prodigios de valor para su Erasto».

El caballero de la Mancha, que ha tomado los carneros y ovejas por guerreros, impulsado por bélico ardor, lánzase impávido sobre los imaginarios enemigos, gritando desaforadamente: «A dónde estás, soberbio Alifanfarrón? Vente á mí, que un caballero solo soy, que desea de solo á solo probar las fuerzas...» Pero he aquí que «una peladilla de arroyo» «le sepultó dos costillas en el cuerpo», y «llegó otra almendra», «llevándole de camino tres ó cuatro muelas de la boca». Si queréis asistir á un parecido espectáculo, leed los siguientes versos del canto VIII:

(25)

El caporal de los guantes, un Medaglion—De gran estatura y con la voz gruesa,—Se adelantó con mucho estrépito,—Y gritaba, lanzando retos:—Vosotros, follones—que tenéis roja la punta de la nariz,—Avanzad, un Medaglion os reta;—A uno, á dos, y á todos y á quien los manda.

(26)

Mientras así razona, un maldito—Canto se le mete en la garganta,—Y él se retuerce con despecho,—Y escupe sangre y pierde la palabra.

Por último, el enredarse, en un mismo bosque, las aventuras de Orinda, que sigue las huellas de su Erasto, con las de Elisa que, disfrazada, va en busca del querido Ordano; y la solución final, por la que se hace que Ordano se case con Elisa y Erasto con Orinda, ¿no son acontecimientos que nos conducen en cierto modo, á Cardenio y Lucinda, á Fernando y Dorotea?

Cierto es que en todos los encuentros dichos no se da, en modo alguno, esa semejanza formal, que sería el indicio de derivación más seguro; pero, ¿quién no ve, sin embargo, aumentada la serie de los argumentos, que militan á favor de nuestra tesis?

Si nos pusiéramos á buscar semejante acopio de probables fuentes quijotescas en la *Secchia rápida* (*el Cubo robado*), fuera del Conde de Culagna y algún otro detalle quizá, nada se encontraría en el poema de Tassani que revelara la influencia del *Quijote;* por esto, aunque Dottori siguiera las huellas del mudenés, en lo que concierne al elemento, que se puede creer procedente del *Quijote,* atúvose tal vez á la novela española.

Esta, como dice Ríus (1), vió la luz con su ropaje original, en Miláu, en 1610; y de 1622 á 1625, Franciosini publicaba la versión italiana de la novela de Cervantes, la cual fué reimpresa por primera vez en Venecia, en el mismo año de 1625, y por segunda vez en Roma, en 1677.

La versión, nada perfecta, de Franciosini, fué muy bien acogida en Italia, y ciertamente contribuyó á acrecentar la inspiración cervantesca, de la que encontramos huellas en un buen número de obras de aquel siglo, como en las *Trastulli della Villa*, de C. Scaligeri de la Trata; en los *Dialoghi del Forastiero,* de G. C. Capacio (1634); en *Verrucaide* (de Anónimo); en la *Segretaria di Apollo* (1653); en el *Libro dell'Arte Rappresentativa,* etc., de Perrucci (1699). En 1680, hecho que se ha repetido recientemente con el *Don Quijote* de Massenet (2), representóse en el Teatro Canal Regio, de Venecia, un drama titulado *Don Chisciotte della Mancia*, versificado por Mr. Morossini y música de C. Sajon.

También es cosa digna de notarse, aun cuando pueda parecer extraña, que no solamente publicó, igualmente Dottori,

(1) *Bibliografía crítica de las obras de M. de Cervantes.* Madrid, Barcelona, 1895-1905.

(2) La ópera se estrenó en el teatro del Casino de Montecarlo, en los primeros meses de 1910.

una *Galatea* que no se parece, sin embargo, por lo que he podido indagar, á la obra homónima de Cervantes, y un *Parnaso*, aunque de trama muy diferente de la urdida por el gran español (1), sino que la primera obra del poeta paduano, *Alfenoro*, tiene relación de contenido con la última obra de Cervantes, *Persiles y Segismunda.*

En el *Alfenoro*, en efecto, novela que Dottori compuso alrededor de los veinte años, dos príncipes consortes, obligados á huir de Etruria, fingiéndose hermanos, llegan á la corte del rey de los Carni. Allí, Alcanoro, príncipe real, se prenda de la bella extranjera; pero Etalia, fiel á su marido, se aleja de allí con él. También Alcanoro deja la corte en compañía de un sirviente, y tropieza con bastantes curiosas aventuras; mientras que Etalia y Alfenora concluyen por hacerse pastores, enamorados de los bosques. He aquí que Alcanaro, asaltado por los corsarios, mata á Tosmir, su jefe, y liberta al joven Tesbio, el cual se revela como la princesa Statira, en quien, más adelante, Alfenoro reconocerá á su propia hermana. Habiendo quedado huérfanos, por la mala voluntad de Galón, príncipe de Sicilia, Alfenoro encontró hospitalidad cerca del rey de Etruria, y Statira quedó en poder de los ladrones. La muchacha concluye por casarse con Alcanoro; Alfenoro recupera el trono de Etruria.

La novela de Cervantes tiene un principio y un fin, que se pueden decir idénticos á los de *Alfenoro*: *Persiles y Segismunda*, dos príncipes amantes, son expulsados de la patria, y se hacen pasar por hermano y hermana. Segismunda, caída en poder de los corsarios, llega como esclava á la corte de Dinamarca, en donde el príncipe heredero, Arnaldo, se enamora de ella. Huye, y es encontrada entre los bárbaros por su Persiles, con el que corre infinidad de aventuras. También el anciano rey Policarpo suspira ardientemente por Segismunda, mientras que Sinforosa, hija del rey, se apasiona de Persiles;

(1) *El Viaje al Parnaso*, de Cervantes, vió la luz en Milán, en 1624.

aquí se repite, punto por punto, el mismo motivo, que ya hemos visto al principio. Las otras peregrinaciones de los dos amantes no tienen interés para nosotros, salvo el encuentro de Segismunda con Arnaldo, que tanto errara sobre sus huellas; sólo diré que la princesa, la cual, como observa bien A. Savj-López, se parece tanto á la Lucía mancomiana, al consagrarse á Dios en un peligro de momento, vierte en el alma del padre amante las mismas amarguras que experimentará más adelante en el Lazareto, el fiel Benzo. Pero he aquí el fin, la calma, las bodas, la felicidad.

Además del asunto principal (doble en Dottori para los casos de Alfenoro y Etalia, Alcanoro y Statina), las dos novelas se parecen en estar ambas constituídas por una copiosidad hidrópica de narraciones y episodios, que dan á las dos obras el aspecto casi de una cadena de novelas; sin embargo, ciertas cualidades comunes son debidas, sin duda, al carácter de los tiempos, como la reserva y la castidad de los personajes (nos encontramos todavía próximos al Concilio de Trento) y el elemento idílico. Ciertamente, Dottori podía encontrar á porfía modelos de novelas heroico-galantes, bastante conocidas, desde la Caritea y el Palesandro de Gomberville (1621 y 1672), hasta al Ibraim de madame De Sandery (1641); en sus narraciones se nota además la demostración de un tema propuesto, como ocurre en casi todos los novelistas del siglo XVII; pero ¿no podría también nuestro Cervantes haber tenido parte en la inspiración?

Todas las precedentes consideraciones me confirman en la opinión de que á Dottori pudo ocurrírsele la primera idea de su *Asno* por la lectura de los capítulos 25 y 27 (II.P.) del *Quijote,* en los que se pone donosamente en ridículo á dos pueblos en lucha entre sí, por la causa prima de un burro perdido y los consiguientes rebuznos humanos. En pocas páginas, Cervantes esboza un verdadero poema heroico cómico; un regidor de un lugar ha perdido un asno, y otro regidor del mismo pueblo llega á decirle que ha visto el asno errante y hura-

ño por el monte. Ambos, que saben imitar perfectamente la llamada del burro, se dirigen al lugar indicado, y yendo el uno por una parte del monte y el otro por otra, empezaron á rebuznar de trecho en trecho, seguros de que el asno respondería, si es que estaba en el monte. Pero los dos amigos rebuznan tan perfectamente, que, engañados ambos, corren el uno al encuentro del otro creyendo habérselas con el jumento; y, sorprendidos de lo raro del caso, alabábanse recíprocamente su habilidad... «se tornaron á dividir y á volver á sus rebuznos, y á cada paso se engañaban y volvían á juntarse, hasta que se dieron por contraseña, que para entender que eran ellos, y no el asno, rebuznaran dos veces una tras otra...» «Mas ¿cómo había de responder el pobre y malogrado, si le hallaron en lo más escondido del bosque comido de lobos»? Y en el libro de Cervantes se sigue leyendo: «Con esto, desconsolados y roncos, se volvieron á su aldea, adonde contaron á sus amigos, vecinos y conocidos, cuanto les había acontecido en la busca del asno, exagerando el uno la gracia del otro en el rebuznar, todo lo cual se supo y se extendió por los lugares circunvecinos; y el diablo, que no duerme, como es amigo de sembrar y derramar rencillas y discordia por doquiera, levantando caramillos en el viento y grandes quimeras de nonadas, ordenó é hizo que las gentes de los otros pueblos, enviando á alguno de nuestra aldea, rebuznasen, como dándoles en el rostro con el rebuzno de nuestros regidores. Dieron en ello los muchachos, que fué dar en manos y en bocas de todos los demonios del infierno, y fué cundiendo el rebuzno de uno en otro pueblo, de manera que son conocidos los naturales del pueblo del rebuzno, como son conocidos y diferenciados los negros de los blancos; y ha llegado á tanto la desgracia desta burla, que muchas veces, con mano armada y formando escuadras, han salido contra los burladores los burlados á darse la batalla, sin poderlo remediar rey ni roque, sin temor ni vergüenza.» Un día, Don Quijote «oyó un gran rumor de atambores, de trompetas y arcabuces»; y desde lo alto de una loma «vió al pie della, á

su parecer, más de doscientos hombres armados de diferentes suertes de armas», y vió las banderas; le llamó especialmente la atención una, en la cual «estaba pintado muy al vivo un asno como un pequeño sardesco, la cabeza levantada, la boca abierta y la lengua de fuera en acto y postura como si estuviera rebuznando; alrededor dél estaban escritos de letras grandes estos dos versos:

«No rebuznaron en balde
el uno y el otro alcalde.»

Apenas conoció Don Quijote que aquellos soldados eran del pueblo del rebuzno, de que había oído hablar, y que se encontraba en armas contra un país que se mostraba poco corrobo en su insistente burla, juzgó que la ocasión era oportuna para enderezar tuertos; y, alzada la visera, presentándose como caballero andante, empezó un sabio discurso, avalorado con el concurso de la historia, y dedujo que, no ya por fútiles motivos, sino por pocas plausibles razones solamente, se debían «desenvainar las espadas y poner á riesgo sus personas, vidas y hacienda: la primera, por defender la fe católica; la segunda, por defender su vida, que es de ley natural y divina; la tercera, en defensa de su honra, de su familia y hacienda; la cuarta, en servicio de su rey en la guerra justa; y si le quisiéramos añadir la quinta (que se puede contar por segunda), es en defensa de su patria». Pero tomar las armas, «por niñerías, y por cosas que antes son de risa y pasatiempo que de afrenta, parece que quien las toma carece de todo razonable discurso». Así, pues, los de la tierra de los Rebuznos debían deponer las armas, por ley divina y humana. A la elocuencia de su señor quiso añadir algunas joviales palabras Sancho; pero, demasiado sencillo, al mostrar su habilidad en rebuznar, obtuvo el mismo efecto que los chicuelos de Padua, cuando saludaron con rebuznos á los embajadores de Vicenza, llegados para ne-

gociar la paz. Y he aquí con un buen varapalo á Sancho; en fuga Don Quijote, entre una nube de piedras; y el pequeño ejército que persiste en su estúpido propósito y permanece firme en espera del odiado enemigo, que, con sentido mejor, no se presentará á la lucha.

Dos pueblos enemistados por un rebuzno (¡cuánto humorismo en esta fantasía de Cervantes!); un asno rebuznando por enseña: el rebuzno de Sancho que malogra todo el sermón de Don Quijote; el pueblo armado, la batalla que se cree próxima; ¿no es todo esto una parte, es decir, la primera del poeta heróico cómico de Dottori? ¿Y si Cervantes, con su esbozo de poema, hubiese inspirado á otros poetas nuestros en el españolesco Seiscientos? Se observará que la enseña del *Asno* es histórica; que histórico, ó al menos legendario, es el rapto de ella; que también en Tasconi aparece la divisa del asno; pero, después de todas las precedentes analogías y consideraciones, ¿se nos tachará de ligereza, si consideramos probable (*digo probable*) que el *Asno* de Dottori sea hermano, ó pariente más ó menos cercano del de Don Quijote?

He pretendido en vano examinar las armas de Mussati; en vano he pedido muestras heráldicas vicentinas y paduanas; pero, si hubiese podido estudiar las circunstancias del asno que campea en las armas de Mussati, me hubiese sido posible establecer si Dottori describe minuciosamente el animal, tal como se encuentra en ese escudo, ó bien si las particularidades, completamente idénticas á las del asno del *Quijote*, pueden ser un argumento más para mi asunto.

He aquí la descripción de Dottori; compáresela con la anterior de Cervantes:

Está sobre las patas traseras, y tiene las otras alzadas,—Exaltado, *y abierta la boca y las narices—Como el que parece que canta—Alegremente,* y aprende un baile.—No sé si Arcadia ó la *Isla Asnaria*—Alimentase nunca semejantes asnos;—No creo que Apuleyo estuviese tan gentil—Cuando le trocó enas no el licor mágico.

Doy fin á mis indagaciones; y si alguien tuviese la amabilidad de observar que también yo he hecho un poquitín el asno con mis disquisiciones, le contestaré que la Burra de Balaam, aunque burra, algo honró á su profeta, como yo creo haberlo hecho también al gran Cervantes.

M. A. Garrone

ASTRID

Entre las dependencias inferiores de las antiguas mansiones reales de Upsal, alzábase la Torre de las Vírgenes. Estaba construída sobre estacas como un palomar. Subíase á ella por una escalera que parecía una escala, y se entraba por una puerta que parecía una trampa. Las paredes, cubiertas de hiedra, hablaban de amor y de languidez apasionada. En el antepecho de las ventanucas, el desgaste de la madera había formado unos hoyuelos redondos, porque las doncellas asomábanse á menudo con los codos puestos para mirar al patio.

Llevaba unos días de ser huésped del palacio el anciano bardo Hjalte, y diariamente subía á la torre de las mujeres é iba á las habitaciones de la princesa Ingegerd, para hablarle del rey de Noruega, Olaf Haraldson. Y siempre que iba, Astrid la esclava de Ingegerd, escuchaba sentada al bardo con tanto gusto como la princesa. Mientras que Hjalte hablaba, las dos jóvenes le escuchaban tan ávidamente, que dejaban caer la labor sobre las rodillas y permanecían con las manos ociosas. Quien las hubiera visto entonces, no hubiera creído nunca que se trabajaba en la torre de las mujeres. Recogían las palabras de Hjalte como si hubieran sido hebras de seda, y con ellas tejían las dos jóvenes, como brillantes fantasmagorías, sendas imágenes del rey Olaf.

La imagen de la princesa era tan bella, que la joven hubie-

ra querido ponerse de rodillas para adorarla. Veía ella al rey, majestuoso y coronado, sentado en un trono. Un manto rojo, bordado de oro, descendía desde sus hombros hasta sus pies. No tenía la espada en la mano, sino unas Sagradas Escrituras; y su trono estaba sostenido por un Troll domado. Blanco como la cera, el rostro del rey resplandecía, entre sedosos rizos, vuelto hacia la princesa. La paz y la piedad lucían en sus ojos. Sentíase ella asustada casi ante el sobrehumano resplandor que irradiaba de aquel rostro pálido. Comprendía que el rey Olaf no era solamente un rey, sino que era un santo y el igual de los ángeles.

Astrid, la rubia esclava, que había sentido el frío y el hambre y sufrido muchas penalidades, y que, sin embargo, llenaba la casa con sus risas y su alegría, imaginábase de manera muy distinta al rey. No podía remediarlo. Cada vez que se hablaba de él, creía ver ella al hijo del leñador que, al atardecer, salía del bosque con el hacha al hombro. «¡Te veo, te veo también!»—decía Astrid á la imagen.—No eres alto, pero sí ancho de hombros y fuerte y ligero. Cuando has pasado todo el día en la penumbra del bosque, y sales al camino, te pones á reir y á saltar, y la última distancia la salvas en unos cuantos saltos. Tus dientes brillan, tus cabellos flotan. Me gusta verte. Te veo. Tienes la cara blanca y sonrosada, y unas manchas sanguíneas en la nariz. Tus ojos azules se ponen sombríos y tristes en las profundidades del bosque; pero, en cuanto descubres la cabaña en el fondo del valle, se iluminan y se enternecen. En cuanto descubres tu cabaña en el fondo del valle, te quitas la gorrilla, saludas y me descubres tu frente. ¿No le estaría bien á un rey una frente así? ¿No podría una frente así llevar el yelmo y la corona?»

Por diferentes que fuesen estas dos imágenes, la primera suponía más alto en su amor al santo rey, cuya figura evocaba, que la pobre esclava al apuesto mozo que venía hacía ella desde el fondo del bosque. Y si el bardo Hjalte hubiera visto las dos imágenes, seguramente que hubiera alabado á las dos.

Ambas se parecen al rey, hubiera dicho, porque el rey Olaf tiene el dichoso privilegio de ser un joven gallardo y alegre, al mismo tiempo que el héroe de Dios.

Aunque hubiese vagado de corte en corte y se hubiese mezclado con muchos hombres, Hjalte no habría encontrado á nadie en la tierra que le hiciese olvidar al rey Olaf Haraldson, nadie que fuese mejor, nadie al que más amara. Este bardo rudo, aunque ya muy viejo, conservaba negro el pelo. Era de tez morena, sus ojos lanzaban penetrantes miradas, y sus cantos eran tan rudos como su aspecto. Las palabras que acudían á sus labios no fueron nunca sino palabras de batalla. Las canciones que componía no fueron nunca sino canciones guerreras. Su corazón era semejante á las landas áridas y pedregosas en las que no brotan sino malezas míseras y hierbas punzantes. Pero he aquí que en la costa de Upsal había visto á la princesa Ingegerd, la más noble de las mujeres que hubieran visto nunca sus ojos. Tanto como el rey Olaf aventajaba en grandeza á todos los otros hombres, tanto aventajaba ella en gracia y pureza á las otras mujeres. Y súbitamente concibió el deseo de despertar amor entre la princesa sueca y el rey de Noruega. Y, desde que tal deseo arraigara en él, no cantaba ya los combates; no buscaba ya honor y gloria cerca de los rudos guerreros, sino que pasaba horas enteras en la torre de las mujeres. Tenía, para hablar del rey Olaf palabras tan delicadas y tan tiernas, que al oirle nadie hubiera reconocido al viejo Hjalte. El pensamiento de aquella boda había germinanado y crecido en su alma como una rosa rica de color, fina y perfumada, brota y se desarrolla en un desierto.

***

Un día, Hjalte conversaba con la princesa, cuyas servidoras todas, excepto Astrid, habían salido. Hubiera querido saber ahora si no tenía ya nada que decir del rey Olaf Haraldson, si sus palabras habían servido de algo, y lo que pensaba la

princesa. Comenzó, pues, á tender lazos, espiando las miradas, los labios, el rubor de la joven; pero la princesa, como mujer de alto rango, no revelaba sus sentimientos. No enrojeció ni sonrió, y sus ojos no dejaron escapar fulgor alguno.

El viejo poeta se avergonzó de sí mismo. «Es demasiado buena—se dijo,—para que se trate de sorprenderla con la astucia. Hay que abordarla abiertamente.»

—Hija de rey—dijo entonces Hjalte,—si Olaf Haraldson te pidiese á tu padre, ¿cuál sería la respuesta?

El rostro de la joven princesa se iluminó como se ilumina la fisonomía de las gentes que llegan á una altura y contemplan el mar. Contestó sin rodeos:

—Si es el rey y el cristiano que me has dicho, Hjalte, sería una gran felicidad para mí.

Pero apenas hubo pronunciado estas palabras, extinguióse el brillo de sus ojos. Pareció como si se hubiera alzado una bruma entre ella, y la magnífica perspectiva.

—¡Ah! Hjalte—añadió;—te olvidas que el rey Olaf es enemigo nuestro. No son peticiones de mano lo que esperamos de él, sino declaraciones de guerra.

—No te inquietes—dijo Hjalte.—Si tú lo quieres, todo irá bien. Yo sé lo que piensa el rey Olaf.

Hjalte estaba tan contento, que sonreía al pronunciar estas palabras; pero la princesa poníase cada vez más triste.

—No—dijo ella,—eso no depende ni de mí, ni del rey Olaf, sino de mi padre. Y tú sabes que odia al rey Olaf, y no permite ni que siquiera se le nombre delante de él. Jamás dará su hija á Olaf Haraldson.

Y, al decir estas palabras, la princesa prescindió de sus reservas y lloró.

—¿Por qué, por qué—siguió diciendo—haberme enseñado á conocer á Olaf Haraldson y á soñar con él todas las noches y á suspirar por él todas las horas del día? ¿No hubiera sido mejor que no hubieses venido nunca á hablarme de ese rey?

Pero Hjalte, alzó la mano, y exclamó:

—¡Dios lo quiere! Sois el uno para el otro. La guerra trocará su manto rojo por la blanca túnica de la paz; y vuestra felicidad alegrará la tierra.

Ante el nombre sagrado de Dios, la princesa inclinó la frente; luego la volvió á alzar con un nuevo suspiro.

*
* *

El bardo salió por la puerta baja de la torrecilla de las mujeres y, al avanzar por la estrecha galería, le alcanzó Astrid, que llegaba corriendo.

—¡Oh, Hjalte!—exclamó ella.—¿Por qué no me preguntas lo que yo respondería al rey Olaf Haraldson si quisiera casarse conmigo?

Era la primera vez que Astrid dirigía la palabra á Hjalte. Éste no echó sino una rápida ojeada á la rubia esclava, cuyos cabellos de oro rizábanse sobre las sienes y la nuca. Llevaba brazaletes muy anchos y pendientes muy pesados, una falda anudada con cordones de seda, y un corpiño tejido de perlas, rígido como una coraza. Hjalte prosiguió su camino sin contestar. Pero Astrid continuó:

—¿Por qué no lo preguntas más que á la princesa Ingegerd? ¿No sabes que yo también soy hija del rey de las Svear? ¿No sabes que mi madre, por esclava que fuese, fué, no obstante, el amor de la juventud del rey? ¿No sabes que mientras que ella vivió, nadie se atrevió á recordar su origen? ¡Oh, Hjalte! ¿No sabes que únicamente cuando murió, y cuando el rey se casó con una reina, fué cuando se recordó que no era libre? Se ha necesitado que tuviese yo una madrastra para que el rey se acordase de que yo era hija de esclava. Pero en vano mi padre me mira como una humilde y despreciable criatura, y me pone entre la muchedumbre de los esclavos; de todos modos, soy una hija de rey, Hjalte. Mi madrastra me dejaba en harapos, mientras que mi hermana iba vestida de seda con bordados de oro; pero soy, no obstante, una hija de rey. Soy una

hija de rey, aunque mi madrastra me haya obligado á cuidar de los gansos, y aunque me hayan castigado con el látigo de los esclavos. Y, puesto que soy una hija de rey, ¿por qué no me preguntas si quiero casarme con Olaf Haraldson? Mira, tengo cabellos de oro rizados que me rodean la cabeza como copos de vilano. Tengo hermosos ojos y mejillas sonrosadas. ¿Por qué no había de amarme el rey Olaf?

Siguió á Hjalte á través del patio hasta el palacio. Pero Hjalte hizo tan poco caso de sus quejas, como un guerrero armado, de las piedrecillas que tirara un muchachillo. No prestó á la esclava de los rizos de oro más atención que á una urraca charlatana que chilla desde las altas ramas de un árbol

***

El bardo no se contentó con haber ganado el corazón de Ingegerd: el día siguiente tuvo el valor de hablar al rey. Pero apenas hubo nombrado á Olaf Haraldson, interrumpióle el rey, y el islandés comprendió que la princesa tenía razón. «Y, sin embargo, se dijo, es preciso que se realice esta boda: es la voluntad de Dios.»

A los pocos días, llegó un mensajero del rey noruego, encargado de negociar la paz con los Svear. Hjalte fué á verle, y la dijo que la mejor manera de consolidar la paz sería casar á la princesa Ingegerd con el rey Olaf. El mensajero se asombró de que el bardo hubiera podido disponer así del espíritu y del corazón de una joven á favor de un extranjero. Sin embargo, la proposición le pareció buena, y prometió á Hjalte sostenerla en el gran ting de Upsal.

Entonces Hjalte fué de casa en casa, por todo el vasto llano; se metió en los bosques profundos; bajó hasta las orillas del mar. A todos los que encontraba, hablaba del rey de Noruega y de la princesa Ingegerd: «No hay en el mundo hombre más noble y mujer más bella. Es la voluntad de Dios que crucen juntos la vida.»

Fué á ver á viejos Vikings, que invernaban cerca de las olas, y que, antaño, habían raptado mujeres en todas las costas. Y les hablaba de la princesa hasta que, puestos en pie, y con la mano en la empuñadura de la espada, juraron ayudarla á conquistar la felicidad. Fué á ver á viejos campesinos autoritarios, que no habían escuchado nunca las quejas de sus propias hijas, y que las casaron como lo exigían la prudencia y el honor de la familia. Y les hablaba del matrimonio de Ingegerd con tanta cordura, que se comprometían por juramento á destronar al rey antes que no ver realizarse semejante unión. Y Hjalte se dirigía también á las muchachas. Les hablaba tan dulcemente, que le prometían no mirar bien en adelante sino á los jóvenes que apoyaran en el ting la proposición del mensajero noruego. Hjalte fué recorriendo así el país hasta el día en que el ting de invierno iba á reunirse, y en que las gentes empezaron á encaminarse por las nevadas sendas hacia los túmulos de Upsal.

Desde la apertura del ting, la solicitud del pueblo fué tal, que se hubiera dicho que las estrellas del cielo perderían su luz si no quedaba resuelta la dicha boda. De nada sirvió que el rey contestase en dos ocasiones con un *no* muy seco. «¡No queremos la guerra con Noruega!—gritó la asamblea.—Y queremos que esos dos seres, tan superiores á los demás, atraviesen juntos la vida.» ¿Qué podía hacer el anciano rey, cuando el pueblo estalló en amenazas contra él, y cuando todos le ahogaron la voz golpeando en sus escudos? Para salvar la corona, hubo de prometer que su hija marcharía y que, al verano siguiente, se encontraría en Kungahalla con el rey Olaf.

Así fué como todo el pueblo favoreció el amor de Ingegerd. Pero nadie se cuidó en lo más mínimo de Astrid; nadie pensaba en la felicidad de aquella joven; nadie la preguntaba por su amor. Y sin embargo, aquel amor vivía, como el hijo de una pobre viuda de pescador, entre privaciones y penas, y, á pesar de todo, crecía lleno de esperanza y de alborozo.

Había en ella, como en el mar, vientos frescos, luz, espuma y olas que se rompen.

***

En la rica ciudad de Kungahalla, cerca de la frontera, alzábase un antiguo palacio real. Estaba rodeado de altas murallas cubiertas de hierba. Ante la puerta había enormes piedras, puestas como centinelas; en medio del patio, crecía un roble que le daba sombra. Casas de madera, bajas y largas, extendíanse en el recinto, tan viejas que estaban invadidas por la hiedra. Las gruesas vigas de sus paredes habían crecido en el bosque virgen, y, pulimentadas por los años, eran de un blanco de plata. Los tejados florecían y verdeaban.

A principios de verano, el rey Olaf llegó á Kungahalla, y preparó todo lo necesario para la boda. Durante dos semanas, hubo por la calle que conducía al palacio un largo desfile de campesinos con sus caballejos, que traían pellas de manteca, sacos de quesos, sal, rábanos y harina. Después, durante otras dos semanas, tocó el turno al desfile de invitados. Pasaron señores y damas en sus sillas de mano, seguidos de un interminable cortejo de criadas y de esclavos. Luego llegaron compañías de juglares y cantores, y muchos comerciantes que proponían al rey regalos de boda. Y cuando todos los cortejos hubieron terminado, no se esperó ya más que el de la novia.

Tardaba en llegar. Todos los días esperábase verla desembarcar en el puerto y subir al castillo, precedida de músicos, de jóvenes alegres y sacerdotes graves. Pero nada aparecía en el horizonte, y todas las miradas buscaban en la del rey Olaf signos de tormento ó de inquietud. El rostro del rey permanecía tranquilo: «Si Dios quiere que posea á esa mujer—decíase,—vendrá.» Cortóse la hierba en los prados; las campanillas azules florecían en los campos de centeno. El rey esperaba. Seguía esperando cuando las moras maduraron en las zarzas, y el fruto del agabanzo enrojeció en las breñas peladas.

***

Hjalte había permanecido todo el verano en Kungahalla, en espera de la boda. Nadie deseaba más ardientemente que él la llegada de la princesa. La esperaba con más emoción que el mismo rey. No gustaba de la compañía de los guerreros de casa real. A orillas del río, un poco distante de la ciudad, había un puente desde el que las mujeres de Kungahalla seguían con los ojos á sus maridos y á sus hijos cuando partían para largos viajes. En verano, reuníanse allí y acechaban los veleros y lloraban por los ausentes. Allí iba Hjalte todos los días. Gustaba de encontrarse entre las que suspiraban y derramaban lágrimas. Y ninguna de las mujeres sentadas en el puente de las llorosas, con la mirada clavada ansiosamente en la desembocadura del río, mostraba más inquietud ni mayor anhelo que él. A veces, iba á la iglesia de Santa María. No rezaba allí solamente por él; recordaba á los Santos que aquella boda debía realizarse, que Dios mismo la había favorecido.

Pero lo que prefería sobre todo, era hablar á solas con el rey Olaf. Contábale lo que había dicho á la princesa. Describíale cada facción de su cara. «¡Oh, rey!—decíale,—ruega á Dios que venga. Yo te veo todos los días salir de caza contra el viejo paganismo que, como gato montés, permanece oculto en las tinieblas del bosque y las cavernas. Pero tu halcón no vencerá nunca al gato montés. Solamente una paloma podrá hacerlo, solamente una paloma.» El rey quería romper todas las resistencias y reinar sobre todo el país; pero nunca lo conseguiría hasta poseer la corona que le había elegido Hjalte: una corona de tal nobleza y tal esplendor, que todos obedecerían á quien la ciñera. El rey se esforzaba en adquirir el dominio de sí mismo; pero no lograría domeñar su propio corazón sino con el escudo que Hjalte había visto en la torre de las mujeres de la mansión real en Upsal. Era un escudo en el que se reflejaba la pureza del cielo, y que protegía contra la malignidad y los apetitos de la carne.

***

Llegó el otoño, y la princesa no había llegado; uno tras otro, los magnates que habían llegado á Kungahalla para las fiestas de la boda, se fueron. El viejo bardo se fué el último. Izó las velas, levó anclas, y, con el corazón acongojado, puso proa á Islandia adonde había de llegar antes de Navidad.

Al salir del archipiélago rocoso, en la desembocadura del Nordre Elf, se encontró con un largo navío. A la primera ojeada reconoció el «dragón» de la princesa Ingegerd. Palpitó de gozo. «Voy á contemplar una vez más á la bella princesa—se dijo.—Su dulce rostro será el último que yo vea antes de mi llegada á Islandia.» Ordenó á sus remeros que abordasen al navío; y cuando puso el pie en él, la satisfacción le había transfigurado de tal manera, que parecía haberse borrado todas las arrugas de su rostro. Unos jóvenes alegres le saludaron. Dió un anillo de oro á la doncella que, respetuosamente, le condujo á la popa en donde estaba la tienda de las mujeres.

La mano de Hjalte tembló al levantar la cortina. Aquel instante le pareció el más hermoso de su vida. «Nunca he luchado por una causa más noble—se dijo.—Nunca he deseado nada con tanto ardor.» Pero apenas hubo dado un paso en la tienda, cuando se quedó paralizado, confuso. Una mujer alta y bella adelantábase hacia él con la mano tendida; y aquella mujer no era Ingegerd. Seguramente era la hija de un rey. Sólo la hija de un rey podía mirarle con tan arrogante mirada y saludarle con tan digno saludo. Llevaba una tordera de hierro y atavíos regios. Pero no era Ingegerd.

—¿Quién eres?—preguntó él.

—¿No me reconoces, Hjalte? Soy la princesa real á la que tú has hablado del rey Olaf Haraldson.

—Yo he hablado del rey Olaf á una princesa que se llama Ingegerd.

—También yo me llamo Ingegerd.

—No importa; no eres ella. ¿Quería engañar al rey Olaf el rey de los Svear?

—No hay engaño alguno... Envíale su hija como le prometió.

Hjalte echó mano á su espada, y hubiera dado muerte á aquella extraña, si no hubiese pensado que no convenía á un guerrero arrancar la vida á una mujer. Pero como no quería perder el tiempo en palabras, fué á marcharse, cuando la extranjera le llamó con voz dulcísima:

—¿Adónde vas, Hjalte? ¿Vuelves á Kungahalla para advertir al rey Olaf?

—Esa es mi intención—contestó él, sin mirarla.

—¿Por qué no te quedas conmigo? También yo voy á Kungahalla.

Entonces Hjalte se volvió hacia ella, y la miró fijamente.

—Eres lo suficiente mujer para tener compasión de un viejo—dijo.—Entonces te diré que con toda mi alma anhelaba esa boda. Dime mi desgracia. ¿No vendrá Ingegerd?

—Entra y siéntate—contesto la princesa.—De nada serviría ocultarte la verdad. Te lo contaré todo. Escucha.

Y le hizo el relato que sigue:

Estábase ya al final del verano. Una mañana, el rey de los Svear volvía de caza. De su silla colgaban una faisana, de un negro brillante y azulado, y cuatro de sus crías. El rey estaba contento y orgulloso. Ahora bien; aquella mañana, la princesa Ingegerd, rodeada de sus sirvientes, le esperaba en el puente levadizo. Entre las sirvientes, había una, llamada Astrid, que, lo mismo que Ingegerd, era hija del rey de los Svear; pero teníanla como esclava porque nació de madre no emancipada. Astrid había indicado á su hermana las golondrinas que se reunían sobre los campos y se elegían jefe para su largo viaje por encima de los mares. Recordóle que el verano huía, aquel verano que debía presenciar las bodas; y la exhortó á que preguntase al rey por qué no la había enviado á Noruega. Astrid ardía en deseos de marchar con su hermana. Parecíale que todos los días de su vida serían días de felicidad, con tal de que solamente pudiera contemplar una vez al rey Olaf Haraldson.

Cuando el rey vió á su hija la princesa, guió su caballo hacia ella.

—Mira, Ingegerd—le dijo,—estos cinco faisanes que cuelgan del arzón de mi silla. He matado cinco, esta mañana. ¿Qué rey ha hecho nunca mejor caza?

La princesa, despechada al oirle jactarse de su habilidad cuando le cerraba á ella el camino de la felicidad, y deseosa de terminar con la inquietud que la devoraba, le contestó:

—Es un gran honor, seguramente, haber matado cinco faisanes; pero conozco un rey que, en una sola mañana, cautivó cinco reyes: es Olaf, el héroe que me has elegido por esposo.

Al oir esto, el rey se apeó de un salto, y, con los puños cerrados, se adelantó á la princesa.

—¿Qué Troll te ha mordido?—exclamó.—¿Qué hierba te ha envenenado? ¿Qué sortilegio ha llevado tu corazón hacia ese hombre?

Ingegerd, asustada, había dado un paso atrás. Su padre se calmó.

—Hija mía—dijo,—¿no sabes lo mucho que te quiero? ¿Cómo voy á entregarte á un hombre que odio? Jamás te poseerá el rey de Noruega.

—¡Ah!—dijo la princesa.—No te lo pedí yo. Pero es la voluntad del pueblo.

—¿De modo—replicó él—que el rey de los Svear es un esclavo, un esclavo que no tiene el derecho de disponer de sus hijas? Estate tranquila. Tengo hombres en mi consejo y sabrán hallar un medio...

Volvióse hacia los guerreros que cabalgaban tras él.

—He prometido—les dijo,—pero es preciso desligarme de mi promesa.

Ellos se callaron.

—¿De qué sirve vuestro talento?—exclamó él.—¡Pobre talento! Yo quiero ser libre.

Como ellos continuaban callados, se adelantó Astrid. Se le había ocurrido una idea; pero—y ella suplicaba á Hjalte que

la creyese,—no era más que una idea, que le había parecido divertida y que estimuló su lengua. Ni por un instante había pensado que la proposición pudiera ser lanzada en serio.

—¿Por qué no me envías á mí?—dijo ella.—También yo soy tu hija.

Al oir á Astrid, Ingegerd palideció intensamente.

—¡Cállate y vete!—exclamó.—Vete, alma vil y pérfida, que propones á mi padre semejante vergüenza.

Pero el rey retuvo á Astrid. La atrajo á él; la estrechó contra su pecho; reía y lloraba al mismo tiempo.

—¡Qué idea!—exclamaba.—¡Qué idea! ¡Qué buena jugarreta podemos hacerle! Llamaremos á Astrid Ingegerd. El noruego se casará con ella; y, cuando se sepa que se ha casado con una esclava, se reirán muchas gentes; y en todas partes se burlarán de ese hombre gordo.

Entonces Ingegerd se acercó á su padre implorándole:

—¡Oh padre, padre, no hagas eso! Yo quiero al rey Olaf, y me es demasiado penoso que quieras engañarle.

Renunciaba voluntariamente á sus esperanzas de matrimonio; pero le pedía, en cambio, que no infiriese tal afrenta al rey noruego.

Pero el rey de los Svear ni siquiera oía sus ruegos. Teníale embargado Astrid. La acariciaba y la encontraba dulce como la venganza misma.

—Pronto marcharás, querida hija. Marcharás mañana. Vamos á equiparte á escape. El rey Olaf te espera. No piensa más que en la alegría de poseer á la nobilísima hija del rey de los Svear.

Ingegerd comprendió que todo era inútil. Entonces, fué á su hermana, le echó los brazos al cuello, y la llevó á sus habitaciones. Allí quiso que se sentara en el asiento suyo, de la princesa, y ésta se sentó en un escabel, á los pies de su hermana. De esta suerte se acostumbraría Astrid á llenar el rango que ocuparía en su calidad de reina. Era preciso que el rey Olaf no se avergonzase de su mujer. Envió en busca de sus

mejores galas y del equipo que tenía preparado. Hablábale todo el tiempo del rey Olaf. Hablaba de él como se habla de los santos hombres de Dios y no de los reyes; y Astrid no comprendió gran cosa de tales palabras. Sin embargo, comprendió que la primera trataba de insinuarle todos sus buenos pensamientos, á fin de que el rey Olaf no fuese burlado como lo deseaba su padre. Y Astrid, que en el fondo no era quizá tan mala como se la suponía, olvidaba todo lo que había sufrido por causa de su hermana, y hubiera deseado poder decirle: «No me voy.» Y confesó este deseo á Ingegerd, y ambas lloraron; y por primera vez se sintieron verdaderas hermanas. Pero Hjalte debía darse cuenta de que Astrid no era de las que se ahogan en las lágrimas y sufren largos quebraderos de cabeza. En cuanto se encontró en alta mar, disipáronse sus penas y sus temores. Había sido soberana á bordo; servíanla como á una hija de rey. Por primera vez, desde la muerte de su madre, habíase sentido feliz.

* * *

Durante todo este relato, Hjalte no hizo movimiento alguno. Astrid le miró, y palideció ante el dolor que tenía impreso en su cara.

—Dime lo que piensas, Hjalte—dijo ella.—Pronto estaremos en Kungahalla. ¿Qué me sucederá? ¿Me matará el rey? ¿Me despedirá marcada con el hierro rojo? Habla, Hjalte, dime la verdad.

Hjalte no contestaba. Hablábase á sí mismo. Astrid le oyó murmurar que allí, en Kungahalla, nadie conocía á Ingegerd, y que él no tenía ningún deseo de volver. Por fin, su mirada sombría se posó en la joven; y se puso á interrogarla. Acababa ella de decirle que tuvo el sincero deseo de no ocupar el puesto de su hermana. Pues bien, cuando desembarcara en Kungahalla, quedaría libre. ¿Qué haría? ¿Revelaría al rey quién era?

Esta pregunta dejó perpleja á Astrid. Permaneció un mo-

mento silenciosa; después pidió á Hjalte que la acompañase. Todos los que venían con ella habían jurado callarse; pero él diría al rey la verdad.

—Yo no sé lo que haría por mí misma—añadió.

Hjalte volvió á sumirse en sus meditaciones. Oyóle ella murmurar que no creía que ella confesara la cosa. «Pero es preciso, sin embargo, que le diga lo que la espera.» Y habló con voz grave:

—Oye una historia sobre el rey Olaf, que todavía no te he contado, Astrid. En tiempos en que el rey Olaf no era más que un reyezuelo de mar, y no poseía sino algunas naves y algunos guerreros fieles, soñó que un príncipe de la luz, un hermoso ángel de Dios, izaba las velas é impulsaba á la nave real hacia el reino de los abuelos del rey, del que había sido despojado. Y, en medio del rumor de las olas, la voz del angel repercutió diciendo: «Rey Olaf, poseerás para siempre ese país.» El rey interpretó estas palabras como una advertencia de que él y sus descendientes gobernarían siempre este país de Noruega; pero su sueño anunciábale otra gloria mayor, una gloria sobrehumana. Dios le significaba que gobernaría, desde un trono del cielo, el país noruego, y por la eternidad. El rey Olaf vacila: se cree solamente llamado á ser un rey terrenal. No tiende la mano á la corona de los Santos. Pero está cercana la hora en que tendrá plenamente conciencia de su misión, porque en él reside una fuerza celestial. Piensa, Astrid: cuando él haya comprendido las palabras del ángel, ¿qué mujer podría estar á su lado sino Ingegerd? ¿Qué mujer, salvo Ingegerd, sentiríase bastante noble y bastante pura para seguirle? Contéstame ahora. ¿Dirás la verdad al rey Olaf?

Astrid, asustada, contestó humildemente:

—¿Por qué no quieres acompañarme hasta Kungahalla? Si yo deseara engañar al rey, te prometería revelárselo todo, y te dejaría continuar su viaje. Pero soy débil; no sé lo que haré. Te ruego que vengas conmigo.

El rostro de Hjalte expresó la más terrible cólera. No, no

la ayudaría á evitar su suerte. No, no se mostraría apiadado de ella. La odiaba por el crimen que había cometido con su hermana. Había querido robar el esposo que estaba predestinado á Ingegerd; y, por duro guerrero que él fuese, su corazón sangraba al pensar en los sufrimientos de la princesa.

Su acento se hizo feroz y sombrío, como si pronunciase un anatema.

—Has hecho un objeto de escarnio del poema más bello que jamás haya soñado. No, no te acompañaré. No, no te protegeré contra ti misma. No, no te descubriré. Vé á Kungahalla. Si te callas, serás la esposa del rey. Pero entonces vendrá el castigo. Conozco al rey Olaf. No habrá día en que no desees la muerte.

Y, después de hablar así, se marchó.

Astrid se quedó inmóvil, pensando en lo que había oído. Después, se dibujó en sus labios una sonrisa. Olvidaba el viejo islandés que ella había sufrido todas las humillaciones y que había aprendido á reírse de los dolores. Pero la felicidad, ¡la felicidad la era aún desconocida! Astrid se levantó, descorrió las cortinas de la tienda, y vió el barco de Hjalte que se alejaba hacia Occidente. Pareciéle que distinguía allá lejos, muy lejos, la Islandia brumosa, cuyas frías tinieblas se cerraban sobre su ilustre hijo.

* * *

Es un día luminoso de otoño. No hay una nube en el cielo. En el fondo del largo valle en donde está situada Kungahalla las colinas redondeadas están cubiertas de bayas. Se han revestido de oro y púrpura, como señores que quieren ganar ricas esposas. En la isla de Hissingem, los álamos, amarillos y blancos, están vestidos de claro, como señoritas de honor en una boda. El río se precipita hacia el mar, con el mismo alborozo que si el otoño le hubiese llenado de un vino capitoso y chispeante. Las naves avanzan, una tras otra, hacia la ciudad, y, cuando dan vista á Kungahalla, cambian sus velas de lona

obscura por velas blancas, completamente nuevas. La población está reunida en el puerto. Descargan las naves. Las casas de provisiones reciben sal, aceite, armas preciosas y tapices polícromos. Interrógase á los recién llegados sobre el viaje.

De repente, el trabajo se paraliza; las miradas se dirigen á la desembocadura del río. En medio de los pesados barcos mercantes acércase á remo una elegante nave. La multitud se pregunta qué barco es aquel, que despliega velas bordadas de púrpura, y cuya proa es toda de oro. Vuela como un pájaro. Los remos, que baten las ondas á compás, relucen á lo largo de sus costados como alas. «Debe de ser la princesa sueca que viene. Debe de ser la princesa que el rey espera todo el verano.» Las mujeres acuden á los puentes, los hombres se lanzan á las lanchas ó trepan á los tejados. Cuando la princesa aparece, espléndidamente vestida, las mujeres la aclaman y los hombres se quitan las gorras y las agitan en el aire.

Allí, de pie en el desembarcadero real, el rey Olaf ha visto á la princesa. Su rostro se ilumina y la ternura brilla en sus ojos. Como ya no hay flores, las jóvenes arrancan hojas, doradas por el otoño. Alfombran con ellas el puente y las calles. Aprisa se adornan las paredes con variado ramaje. La princesa, que desde su nave domina la multitud, ve amontonarse las hojas de oro en el camino que va á hollar; y, en el extremo del puente, la sonrisa del rey le da la bienvenida. Se olvida de lo que tendría que decir. Se olvida de que no es Ingegerd. Se olvida de todo, excepto de que quiere ser la mujer de Olaf Haraldson.

*
* *

Un domingo, Olaf estaba de sobremesa y su reina estaba á su lado. Hablaba él, con el codo apoyado en la mesa y la cara vuelta, de manera que pudiera ver á Astrid. Cada vez que ella tomaba la palabra, bajaba él los ojos para escuchar mejor la dulzura de la voz. Hablaba Astrid largamente, y el rey se puso inconscientemente á grabar la mesa con la punta de su cuchi-

llo. Los hombres del rey Olaf sabían que nunca se hubiera permitido él semejante cosa si se hubiera acordado de que era domingo, pero tenían demasiada deferencia para advertirle que cometía un pecado. Cuanto más hablaba Astrid más inquietos se ponían ellos. La reina, que los veía cambiar miradas de inteligencia, no comprendía su significación. Habíase terminado de comer, y el rey Olaf seguía sentado escuchando á Astrid, y continuaba esculpiendo en la mesa, y el montoncito de virutas crecía ante él. Entonces su amigo Björ le preguntó á un paje:

—¿Qué día es mañana?

—Mañana es lunes—contestó el paje en voz alta y clara.

El rey alzó la cabeza.

—¿Dices que mañana es lunes?

Sin añadir palabra, se acercó á la chimenea, cogió un ascua y la puso sobre las virutas, que recogió y tenía en el hueco de la mano. Las virutas se inflamaron. El rey, inmóvil, las dejó arder hasta quedar reducidas á cenizas. Los guerreros se alegraron del hecho; pero la reina se puso pálida como una muerta. «¿Cómo me juzgará un día, cuando se entere de mi pecado—pensó,—un hombre que se castiga tan duramente por una falta tan venial?»

* * *

Acke de Gardariko había caído enfermo á bordo de su embarcación en el puerto de Kungahalla. Estaba en su reducido camarote y esperaba la muerte. Su pie, que no era más que una llaga abierta, empezaba á ennegrecer.—No estás perdido, Acke—le dijo su amigo Ludvig.—El rey Olaf está en la ciudad, y Dios le ha dado un gran poder á causa de su piedad. Haz que venga y ponga la mano sobre ti: curarás.

—No puedo recurrir á él—contestó Acke.—Olaf Haraldson me odia, porque herí de muerte á su hermano adoptivo, Reor el Blanco. Si supiera que estoy aquí, me mataría.

Cuando Ludvig hubo dejado á Acke, encontró en la calle

Mayor á la reina, que había ido al bosque á coger avellanas.

—Reina—exclamó Ludvig,—di al rey Olaf esto: »Acke de Gardarike, que mató á tu hermano adoptivo, está aquí enfermo, en su barco, y á punto de fenecer.»

La reina se apresuró á volver á palacio, y encontró en el patio al rey Olaf, que curaba á su caballo.

—¡Alégrate, rey Olaf!—exclamó ella.—Acke de Gardarike, que mató á tu hermano adoptivo, está aquí enfermo en su barco y á punto de fenecer.

Olaf llevó rápidamente el caballo á la cuadra. Después, sin espada y sin yelmo, salió y bajó al río. Allí buscó la goleta de Acke, y entró en su camarote antes de que á los tripulantes se les hubiese ocurrido impedírselo.

—Acke—dijo el rey Olaf,—muchas veces te he perseguido en el mar, y siempre te me has escapado. Ahora estás aquí, en mi ciudad, vencido por la enfermedad. Esto es señal de que Dios ha puesto tu vida en mis manos.

Acke no contestó: tenía ya la muerte en los labios.

Olaf Haraldson puso sus manos sobre el pecho del moribundo y rogó á Dios: «Dame la vida de mi enemigo», — dijo.

La reina, que había visto al rey dirigirse al puerto sin yelmo y sin espada, buscó en seguida armas y reunió algunos hombres. Llegó al barco. Pero desde la puerta del camarote oyó al rey rezar por el enfermo, y, bajo la mano de aquél, vió poco á poco desaparecer la palidez mortal del rostro del agonizante. Su respiración fué menos anhelosa, sus gemidos se amortiguaron; por fin, cayó en un dulce sueño.

Astrid se volvió lentamente al palacio real. Arrastraba penosamente la espada de su marido. Su rostro estaba más lívido de lo que momentos antes estuviera el del moribundo. Respiraba jadeante.

***

Era la mañana de Todos los Santos, y el rey Olaf iba á ir

á misa. Salió del palacio y atravesó el patio. Varios hombres le esperaban para acompañarle, y formaron calle á su paso.

Desde el balcón del cuarto de las mujeres, Astrid miraba al rey.

Llevaba éste un ancho círculo de oro en la cabeza, y vestía una larga túnica de terciopelo rojo. Andaba pausadamente, con el rostro iluminado por la paz del domingo. A la reina se la encogió el corazón al ver lo mucho que su marido se parecía á los santos cuyas imágenes esculpidas ornaban el altar de la iglesia de Santa María.

Abajo, junto á la puerta, estaba un hombre envuelto en una amplia capa, y con un ancho sombrero sobre los ojos. Cuando apareció el rey, el hombre tiró la capa y dió un salto con la espada alzada. Pero, en el momento de ir á herir, la mirada del rey Olaf cayó sobre él, dulce y clara. La espada se le escapó de las manos, y el miserable cayó de hinojos.

El rey se había detenido, y le seguía contemplando con su mirada luminosa, y el asesino, que no podía apartar los ojos de aquella mirada, se puso á llorar y sollozar.

—¡Oh rey Olaf, rey Olaf!—gimió él,—tus enemigos me han enviado para matarte. Pero la santidad de tu rostro me ha desarmado y tus ojos me han aterrado.

Astrid se arrodilló en el balcón: «¡Ten piedad de mí, Dios mío!—suspiró ella.—¡Desgraciada de mí, que, con engaños y astucia, he llegado á ser la mujer de este hombre!»

***

Por la noche de aquel día, hubo una hermosa luna. El rey había dado una vuelta á las cuadras y á los establos, y se aseguró de que todo estaba en orden. Entró también en la casa que habitaban los sirvientes y los esclavos, á fin de ver si los habían tratado bien. Al dirigirse á palacio, vió á una mujer con la cabeza cubierta por un pañuelo negro, que se deslizaba hacia la puerta del palacio.

Creyó reconocerla y la siguió. Ella salió, cruzó la plaza, tomó por unas callejuelas y se dirigió del lado del río. Olaf Haraldson marchaba tras ella con paso silencioso. Detúvose la mujer en uno de los puentes, miró al agua que corría, después alzó los brazos, gimió profundamente y se encaramó tanto al pretil, que el rey comprendió que iba á tirarse al río. El hábito de los peligros le había enseñado á andar sin que se le oyese: se adelantó ligero, y, antes de que la mujer hubiera podido lograr su propósito, la cogió por el talle y la llevó á la mitad del puente.

—¡Desgraciada!—le dijo, ¿quieres hacer lo que Dios ha prohibido?

Al oir esta voz, la mujer se tapó la cara con las manos. Pero el rey Olaf sabía quién era. El crujido de su traje, la forma de su cabeza, el brillo de los brazaletes que adornaban sus brazos, habíanle ya dicho que era la reina.

En el primer momento, Astrid había tratado de desasirse. De pronto, se quedó quieta y trató de quitar al rey la idea de que había querido suicidarse.

—Oh, rey Olaf, ¿por qué sorprender así á una pobre mujer que ha venido al río para ver á la luna reflejarse en el agua?

Su acento era tranquilo. Parecía bromear. Pero el rey permanecía silencioso.

—Con el susto podías haber hecho que me cayera en el agua—añadió ella.—¿Creiste acaso que quería ahogarme?

—No sé lo que creo—contestó el rey.—Dios me lo hará saber.

Astrid rió dulcemente y le abrazó.

—¿Acaso se desea la muerte cuando se es lo dichosa que yo? ¿Acaso se mata alguien en el Paraíso?

—No comprendo—replicó el rey con su tono dulce y reflexivo.—Dios me dirá si yo soy la causa de que hayas querido cometer semejante pecado.

Astrid se estrechó contra él y le acarició el rostro. El respeto que el rey le había inspirado siempre habíale impedido

hasta entonces demostrar toda la ternura de su amor. Pero ahora le abrazó y le besó varias veces con transporte.

—¡Si supieras—le dijo ella—lo que te amo!

Le hizo sentarse en la quilla de una barca que estaba en tierra boca abajo, y se arrodilló á sus pies.

—Rey Olaf, yo no quiero ya ser reina. Cuando se ama como te amo, no se puede ser reina. Quisiera irme contigo, muy lejos, al bosque: sería tu esclava y te serviría siempre. Prepararía tu alimento. Haría tu cama. Guardaría tu casa durante tu sueño. Por las tardes, cuando volvieses de la caza, saldría á tu encuentro, y me pondría de rodillas en el camino y te diría: Rey Olaf, mi vida es tuya. Tú sonreirías; bajarías la punta de tu espada contra mi pecho, y dirías: Sí; no tienes padre ni madre; eres mía, y tu vida está en mis manos.

Mientras que hablaba, Astrid había sacado de la vaina la espada del Rey. Por juego, puso la empuñadura en la mano de Olaf, y apoyó la punta en su propio corazón.

—Dímelo—suplicó ella;—dime, como si estuviésemos en el bosque, que soy tu esclava y que mi vida es tuya.

—Tu vida es de Dios—dijo el rey.

—Mi vida es tuya—repitió ella con una ligera risa y una gran ternura.

Al mismo tiempo, el rey sintió que ella apretaba fuertemente la espada contra su seno, pero él tenía su arma con mano firme, hasta jugando. Separó á la joven, hízole soltar la espada, y se levantó de un salto. Por la primera vez en su vida, temblaba él. La reina había querido morir á sus manos; poco faltó para que lo consiguiera. Su espíritu se iluminó súbitamente.

—Dime—dijo, inclinándose hacia ella—qué delito has cometido.

Astrid se había desplomado sobre el puente y sollozaba con desesperación.

«La inocencia no llora así—pensó el rey.—¿Pero cómo pue-

de experimentar la noble Ingegerd semejante angustia? ¿Qué delito ha podido cometer?»

—Ingegerd—dijo,—¿qué has hecho?

Astrid, sofocada por los sollozos, se quitó, por toda respuesta, sus brazaletes y sus sortijas, y, con la cara vuelta, los tendió al rey.

«¡Qué poco se parece esto á la piadosa princesa de que me hablaba Hjalte!—pensaba Olaf.—¿Es en verdad la princesa de Hjalte la que solloza á mis pies?»

—¿Pero quién eres tú?—exclamó sacudiéndola por un brazo.—¿Quién eres tú?

Astrid seguía sollozando. Sin embargo, cogió unas hebras de su largo pelo, con las que enlazó, como con una cadena, sus dos brazos; luego permaneció con la cabeza baja y la espalda inclinada.

«Quiere indicarme que es de las que llevan cadenas—se dijo el rey.—Me da á entender que es una esclava.» Y de pronto:

—¿No tenía una hija nacida de esclava el rey de los Svear?—preguntó.

Un gemido fué la sola respuesta.

—¿Es que al rey de los Svear le pareció bastante bueno para mí darme á la hija de su esclava?

No hubo respuesta, pero el rey oyó que Astrid se estremecía y tiritaba.

—Y tú, á la que he hecho mi mujer, ¿tenías el alma lo suficiente vil para ser cómplice de este atentado contra el honor de un hombre? ¿Era tu espíritu lo suficiente bajo para que gozaras con la afrenta que me infringían mis enemigos?

Astrid olvidó su propio dolor ante el acento de aquella voz que acusaba tanto sufrimiento. Cesó de llorar, y exclamó:

—¡Toma mi vida!

El hombre antiguo que había en el rey Olaf le murmuró: «Mata á esa vil esclava. Demuestra al rey de los Svear lo que cuesta burlarse del rey de Noruega.» Nadie le censuraría por obrar así. Si no castigaba la injuria, los bardos se burlarían de

él en sus canciones, y sus enemigos dejarían de temerle. No sentía ya amor alguno por aquella mujer; no experimentaba más que un deseo: atravesarla con su espada. La colocaría muerta y ensangrentada en un barco, y la enviaría á su padre... Blandía su espada con la mano; pero en la empuñadura mandó grabar un día: *Bienaventurados los pacíficos. Bienaventurados los misericordiosos.* Y, al apretarla en sus movimientos de angustia, parecíale que cada letra de aquellas palabras se incrustaba en su carne. «Que estas palabras me quemen la mano—dijo una vez,—si llego á sacar la espada, arrebatado por la cólera ó para una causa injusta.» Y en aquel momento la empuñadura de su espada le quemaba la mano.

Volvió á envainar el acero y se puso á andar de un lado á otro. Astrid, que continuaba en la misma actitud, se encogía aún más cada vez que él pasaba á su lado.

—No te mataré—le dijo él con voz dura y cargada de odio.

Y á los pocos momentos:

—¿Cómo te llamas?

Se lo dijo ella. El contempló largamente á aquella mujer á la que tanto había amado y honrado, y que se arrastraba por el puente como un animal herido. La miró como el alma de un hombre muerto mira al pobre cuerpo que la albergó.

—¡Oh alma mía!—suspiró él;—hete aquí más desnuda que un mendigo.

Y habló como si Astrid no existiera ya y no pudiera oirle.

—Dijéronme que había una princesa, cuyo corazón era tan puro y tan santo, que cuantos se le acercaban gustaban la paz. Alabáronme su dulzura, una dulzura que el que la veía sentíase en seguridad, como el hijo cerca de una madre. Y cuando esa joven que está ahí, á mis pies, llegó á mí, creí que era ella. Su alegría y su belleza solazaban mis días. A veces, sus palabras y sus actos me chocaban, pero la amaba demasiado para dudar...

Reflexionó un momento sobre la felicidad que había entra-

do con ella en su palacio y que se había deslizado hasta en su alma.

—Podría perdonarla—siguió diciendo.—Podría levantarla en mis brazos. Podría aún hacerla mi reina. Pero mi alma continuaría, no obstante, desterrada. ¡Oh hermosa joven en la que se albergaba la mentira. A tu lado ya no hay seguridad.

Astrid se irguió bruscamente.—¡No hables así!—Exclamó. —Prefiero morir. Créeme.

Y ella le contó cómo había soñado con ser princesa, cómo había suplicado á Hjalte que le acompañase á Kungahalla, y cómo había sucumbido á las tentaciones.

—Cuando te vi, rey Olaf—dijo,—lo olvidé todo para ser tuya. Pensaba que me dejaría matar con alegría con tal de que pudiera ser tu mujer un solo día.

—Lo que considerabas tú como un fuego era para mí mortalmente grave—contestó él.—Tú viniste á decir á un hombre: «Yo soy la que tan ardientemente has deseado; soy la noble virgen que, en tus sueños de gloria, has anhelado tanto conquistar.» Y no eras más que una esclava mentirosa. Sábelo, Astrid: yo he suspirado por Ingegerd como jamás hombre alguno ha suspirado por una mujer. Yo quería ligarme á ella como las almas de los difuntos se cuelgan de los ángeles que las llevan al cielo. Yo esperaba que su gran piedad me ayudaría á vivir una vida sin pecado. Solo, soy demasiado débil. Ella me hubiera ayudado... ¡Oh Dios mío! ¿Por qué no has consentido que la princesa viniese á mí, ella que no tenía en el corazón ningún mal pensamiento?

Desfalleció y el cansancio de la desesperación se abatió en su alma.

—No puedo luchar. Sucumbiré. ¿Me habéis destinado, Dios mío, á ser el igual de tus apóstoles y de tus mártires? Pero no me has enviado la mujer que me hubiese sostenido en mi camino, y ahora sé que la corona de los santos no es para mí.

Callóse. Astrid se le acercó.—Rey Olaf, Hjalte y la princesa me habían dicho ambos que eras más que un noble intrépi-

do y que un noble rey. Pero no quise creerlos. Unicamente después de haber vivido en tu hogar he empezado á temerte. Vivir bajo tu mirada se me hacía peor que la muerte. Las virutas que quemabas en tus manos, la enfermedad que huía á tu mandato, la espada que la mirada arrancaba de manos de tus enemigos, todo esto me espantaba. Y quería morir antes de que supieses que te había engañado.

El rey no contestó nada. Sus ojos miraban al cielo.

—Cada día, cada hora cerca de ti me era un tormento. Rey Olaf, quería echarme al río para desembarazarte de mí. Un santo no puede tener á su lado á una esclava mentirosa.

El rey se callaba. Astrid alzó los ojos, y de repente exclamó:

—¡Rey Olaf, tu rostro resplandece!

Mientras que Astrid hablaba, Dios había abierto los ojos del rey. Vió que las estrellas del cielo dejaban sus puestos y volaban como un enjambre de abejas. Se reunieron en torno de su cabeza, y le coronaron con una diadema deslumbradora.

—Astrid—dijo él estremeciéndose,—Dios me ha hablado. Lo que dices es verdad. Seré uno de sus santos.

Su voz temblaba de emoción, y su rostro iluminaba la noche. La última esperanza de Astrid extinguíase en su alma.

—Adiós—dijo ella.—Sé quién eres. Piensa en mí con dulzura y piedad. Yo viví sin alegría y sin felicidad. Fuí golpeada; fuí vestida de harapos. Perdóname. Mi amor no te ha perjudicado.

Alejábase; pero Olaf, vuelto de su éxtasis, corrió tras ella.

—¿Por qué te vas?—Murmuró.

—Preciso es que me vaya—contestó ella en voz baja.—Tú eres un santo.

—Por eso debes quedarte—dijo él.—Yo no era antes sino un pobre hombre que temblaba y temía el mal. No era sino un pobre rey de la tierra, demasiado pobre para indultarte. Si tú eres débil, ¿qué importa? Yo soy el guerrero de Dios. Si caes, te levantaré. Dios me ha elegido, Astrid. Tú no podrías perju-

dicarme, y yo puedo ayudarte... Dios me ha llenado tan ricamente de su amor, que ya ni me parece que hayas obrado mal.

La estrechó dulcemente en sus brazos, apoyó en su hombro la cabeza de la joven que desfallecía y sollozaba, y ambos se encaminaron á la mansión real.

SELMA LAGERLOF

EL MAYORAL DEL FELIBRIGE Y MESTRE DEL GAY SABER

TEODORO LLORENTE Y OLIVARES

Cuando desde la lejana fecha de 1860, con motivo de la publicación de las *Poestas selectas de Victor Hugo* (1), traducidas en rima castellana, fué ya Teodoro Llorente objeto de panegíricos de Emilio Castelar, y en 1875, por las nuevas traducciones que formaron las *Leyendas de oro* (2) por los del eminente crítico D. Manuel Cañete; y en 1882, por la del *Fausto* de Goethe (3), por los del esclarecido hispano-alemán Johannes Fastenrath; y en 1892 por toda su intensa labor literaria, como poeta original castellano y lemosín, como traductor y como prosista, por los del reverendo P. agustino Blanco García (4); y en 1902, por su *Nou llibret de versos* (5) lemosinos

(1) *Poestas selectas de Victor Hugo*, traducidas por Teodoro Llorente —Madrid, 1860.—Imp. de Juan Antonio García.—4.°, 284 págs.

(2) *Leyendas de oro*, poesías de los principales autores modernos, vertidas en rima castellana por Teodoro Llorente (volumen V de la *Biblioteca selecta*, publicada por D. Pascual Aguilar).—Valencia, 1885: imprenta de José Domenech.

(3) *Fausto*, tragedia de Juan Wolfango Goethe, traducida en verso castellano por Don Teodoro Llorente.—Barcelona, 1882.—*Biblioteca de Arte y Letras*.—8.°, 316 págs.

(4) *Literatura española del siglo XIX*.

(5) *Nou llibret de versos*, escrit por Teodor Llorente, *Mestre en*

por los del gran polígrafo Menéndez y Pelayo; y en 1906 por sus *Poetas franceses del siglo XIX* (1), por los de la eximia Emilía Pardo Bazán; cuando últimamente, su coterráneo D. Juan Navarro Reverter ha completado la obra crítica y encomiástica sobre Llorente con el libro de *Su vida y sus obras* (2) y con el de *su coronación*, ¿qué ha quedado que decir á plumas de más modesto vuelo en la hora crítica de la reciente muerte del gran poeta, aunque por una parte las estimulen viejos afectos de amistad y compañerismo como los míos, y por otra, obedezcan el mandato del ilustre Director de LA ESPAÑA MODERNA, D. José Lázaro Galdiano, que, al recibir en tierra extranjera la noticia del fallecimiento del más esclarecido de los coloboradores de su Revista, de quien acababa de recibir los últimos originales, y tal vez la última carta que ha suscrito, quiere que esta publicación se asocie solemnemente al duelo de que han participado, y de que han hecho pública demostración, los Reyes y todos los Príncipes de la Familia Real de España, el jefe del Gobierno español y los ministros de la Corona, los reverendos prelados de Valencia, de Barcelona, de Urgel y de otras Sillas episcopales, las Reales Academias Española y de la Historia, con las de San Carlos, de Valencia, y las de Buenas Letras, de Barcelona y de Sevilla; los Consistoris dels Jochs Florals de Barcelona y de Colonia; Federico Mistral, desde Provenza, y en Valencia, y en Madrid, y en Mallorca, y en todo el resto de España y de la América Es-

---

Gay Saber.—Valencia, 1902.—Estamp. de Frederich Domenech.—(Biblioteca del *Rat Penat*).—8.°, 268 págs.

El *Llibret de versos* se había publicado ya por vez primera en 1885, y el autor, TEODORO LLORENTE, en esta edición sólo se daba el título de *soci de Lo Rat Penat*.—8.°, 198 págs.—Valencia: imp. de Domenech.

(1) *Poetas franceses del siglo XIX*, traducción en verso castellano por DON TEODORO LLORENTE.—Barcelona, 1906.—Imp. de los editores Montaner y Simón.—4.°, 398 págs.

(2) JUAN NAVARRO REVERTER.—*Teodoro Llorente: su vida y sus obras.—Florilegio de sus poesías*.—Barcelona: F. Granada y Comp.ª, editores.—Tip. *El Anuario* (s. a.).—8.°, 455 págs.

pañola, y en Munich, y en Bremen, y en todas partes del Imperio germánico, y en Italia y en todo el Mediodía de Francia, un número extraordinario de Corporaciones docentes y sabias, de personajes de elevada significación literaria, artística y política, y, sobre todo, las representaciones de todo género de la ciudad natal que, desde mucho tiempo antes, no se causaba de rendir sus tributos merecidos al hijo insigne y predilecto? (1)

(1) Hay que conservar en los Archivos de la Historia muchos de estos homenajes: no basta citarlos. Hay que conocer su espontaneidad y su letra, y á continuación transcribimos algunos de ellos:

TELEGRAMAS DE LA CASA REAL DE ESPAÑA

I. *El secretario particular de Su Majestad el Rey á la señora viuda de Llorente.*

«Sus Majestades se asocian al duelo general con motivo de la pérdida de su ilustre esposo, el eminente poeta, gloria de esa región y de España entera, y me ordenan la dé en su Real nombre su más sincero y sentido pésame.»

II. *El secretario de Su Majestad la Reina Doña María Cristina á la viuda del poeta Llorente*:

«Su Majestad la Reina Doña María Cristina me encarga trasmita á usted y á sus hijos el testimonio de su pésame más sincero por la muerte del ilustre vate, gloria de la poesía española.»

III. *El jefe de la casa de los Infantes D. Fernando y D.ª María Teresa á la señora viuda de Llorente*:

«Sus Altezas Reales se asocian de todo corazón á la humana pena de usted y su familia, y al duelo de esa región y de España entera por la pérdida de uno de sus más ilustres hijos.»

IV. «*Señora viuda de D. Teodoro Llorente.*—S. A. R. la Infanta doña Isabel le envía su más sentido pésame en su desgracia, lamentando mucho la pérdida que han sufrido las letras patrias en general y Valencia en particular.—*Alonso Coello.*»

TELEGRAMAS DE MADRID.

V. «*Ministro de la Gobernación al Gobernador.*—El señor Presidente del Consejo de Ministros se ha enterado con profundo dolor del fallecimiento de D. Teodoro Llorente, gloria de España y orgullo de Valencia, con quien unianle tan estrechos vínculos de amistad y cariño. Ruego á V. E. exprese personalmente á la familia del ilustre muerto el sincero pésame del Presidente, y sírvase llevar en el entierro su representación y ofrecer en su nombre una corona.»

VI. «*El Ministro de Instrucción Pública.*—La noticia del fallecimien-

No obstante, de los hombres en quienes se asumen representaciones tan trascendentales, como la de Teodoro Llorente en la España intelectual de toda la segunda mitad del siglo ante-

---

to de nuestro gran poeta D. Teodoro Llorente me ha causado intensa, penosísima impresión. Ruego á V. S. haga pública la expresión del sentimiento que me inspira esta pérdida, difícilmente reparable para las letras y para todos aquellos que supieron y pudieron apreciar su cariño á la tierra valenciana y su hondo amor á la patria.»

VII. «*El Ministro de Instrucción Pública al Gobernador.*—Haga presente personalmente á la familia del insigne poeta cuán de veras me asocio á su pena como antiguo particular amigo, y cuánto lamento como Ministro de Instrucción Pública pérdida tan irreparable. Ruégole dedique preciosa corona flores. Sería muy de mi agrado que á su entierro acudieran en numerosas representaciones todos los centros dependientes de este Ministerio.»

VIII. «En nombre de la Academia de la Poesía Española que preside S. A. la Serma. Sra. Infanta D.ª Paz de Borbón, asóciome al duelo de Valencia por la pérdida del gran poeta, su académico honorario. Cuénteme personalmente entre los suyos para todo acto en honor á su memoria.—*Mariano Miguel del Val.*»

IX. «Afligidísimo por la inmensa desgracia. Valencia y España están de duelo. Participa de su intenso dolor, *Navarro Reverter.*»

X. «Agobiado pena, envíole mi pésame. ¡Resignación! Su nombre es inmortal.—*Francisco Peris Mencheta.*»

XI. «Asóciome de todo corazón al dolor que embarga familia, Valencia, España entera, por pérdida hombre eminente, orgullo patria.—*Querol.*»

XII. «Envíole, en mi nombre y en el de toda la Redacción de *La Epoca*, el más sentido y cariñoso pésame por la muerte del querido insigne amigo y del ilustre compañero.—*Marqués de Valdeiylesias.*»

TELEGRAMAS DE CATALUÑA

XIII. «*Barcelona.*—Acabo de regresar á esta ciudad. Unome al justo sentimiento familia, Valencia toda, fallecimiento su buen padre. Concedo indulgencias pedidas.—*Obispo de Barcelona.*»

XIV. «Lloro y rezo por el gran valentino.—*Juan, Obispo de Urgel.*»

XV. «Consistori dels Jochs Florals de Barcelona plora al ilustre poeta que fou son president y acompanny familia en sou dol, *Matheu, Guimerá, Cabot, Puig, Martí Firozzini, Nadal.*»

XVI. «Ateneo Barcelonés s'asocia al dol de las lletras catalanas y de tot valenciá per la pérdua del insigne poeta Teodoro Llorente, á qui ha acordat dedicar, cuant comentsi el curs próxim, un tribut digne de la seva gloria.—El president, *Domenech y Montaner.*»

cedente, siempre hay mucho que comentar y decir, aunque, como con Llorente sucede, él mismo en la publicación de sus propias obras se adelantase á alzar el velo ante el instinto investigador y el espíritu crítico de los venideros, de los que fueron, de los que aspiraron, del lento curso del desarrollo de sus facultades y del poder magnético á que dejaron arrastrar toda la intensidad de su trabajo y todo el influjo de su acción.

Si es indispensable para conocer una personalidad distinguida en la alta intelectualidad comenzar por el bosquejo biográfico, que determina las líneas de su preparación por el estudio, ó de su disposición por el instinto natural, no hay personaje alguno en ninguna literatura de quien, en cuatro líneas,

---

XVII. «Orfeó Catalá s associa de tot cor al dol per la pérdua del gran poeta. Al cel sia. —President, *Matheu*.»

TELEGRAMA DE MISTRAL

XVIII. *Maillane* (Provenza).—3 Julio 1911.—«Queridos amigos: Mi esposa y yo tenemos una de las partes más vivas en el gran dolor que os trae la muerte de mi ilustre y muy antiguo compañero, el excelente amigo D. Teodoro Llorente. La poesía de nuestra lengua d'oc, valenciana, lemosina, catalana y provensal, tiene con ello una de sus mayores pérdidas. El gran patriota Llorente, eminente sucesor de Ausias March, había hecho que volviese á florecer, bajo las más puras formas, la lengua popular del reino de Valencia, y desde los primeros tiempos de nuestro Renacimiento meridional habíamos rendido homenaje á su maestría, otorgándole el título de *Mayoral* de Felibres. Él ha tenido la dicha de recibir, antes de morir, en las fiestas que Valencia le ofreció el año pasado, la dulce recompensa que el poeta ambiciona, la prueba tan conmovedora de su popularidad, ¡y yo creo ser el intérprete de todos los poetas de este lado de los Pirineos, al expresar á usted nuestro sentimiento y nuestro dolor! A ustedes, la viuda, los hijos y nietos del poeta, de todo corazón, *F. Mistral*.»

TELEGRAMA DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA

XIX. «*Buenos Aires*.—Círculo Valenciano deplora irreparable pérdida de su ilustre presidente honorario, gran poeta, esclarecido ciudadano, y únese al duelo nacional.—*Pla y Valor*, vicepresidente.—*Nicolau Roig*, secretario.»

Los telegramas del arte, de la amistad, de la política y de la admiración fueron tantos, que no pueden ser reproducidos.

no pueda trazarse ese bosquejo. Pero la biografía de Llorente, prescindiendo de esa condición por fechas y hechos correlativos, así no puede delinearse. Nació en Valencia, el 7 de Enero de 1836. Acerca de la procedencia de su familia, Navarro Reverter dice que no era de abolengo valenciano. «Como indican sus apellidos, escribe, sus progenitores por la línea paterna eran en el siglo XVII hidalgos riojanos, establecidos en Rincón de Soto. Allí nació el sacerdote escritor D. Juan Antonio Llorente *(Nellerto)*, autor de la *Historia de la Inquisición*, de quien se habló tanto á fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. En aquel tiempo, un individuo de esa familia se había trasladado á Navarra, fundando casa en Olite. De allí vino á Valencia el bisabuelo del poeta, y su estirpe arraigó aquí bien. Nuestro Llorente, aunque hijo amantísimo de Valencia, creía que existía en él algo que revelaba aquel origen septentrional.» A estas noticias Navarro Reverter añade: «Antes de ir á la escuela, su madre, D.ª María Olivares, le enseñó á leer; y apenas supo leer, cogió los libros como patrimonio suyo, y ya no los soltó en toda su vida.» ¡Siempre la madre augurando los destinos sublimes de los hijos! ¡Oh santas madres! ¡Todas, como en Jesús, dejan en sus buenos hijos el reflejo de María! De este primer período de sus estudios y de todos sus estudios elementales de niño Llorente nos dejó escrito:

«¡Cuántos libros ponían en mis manos!
¡Con qué inquietud los devoré anhelante!
En ellos, para todos los arcanos,
Busqué luz, sin hallar jamás bastante!...»

En otro lugar declara que en todas las aulas fué siempre, desde niño, *juicioso y aplicadillo*. En la Universidad, después, conquistó títulos académicos y honores escolares y se captó los primeros amigos: Trinitario Ruiz Capdepón, Bienvenido Oliver, Gerardo Estellés y otros; pero el más íntimo de todos, Vicente W. Querol, el poeta de más elevado vuelo que Valencia ha producido, y que él y todos le perdimos, cuando más

gallardas desplegaba por el espacio las alas de su genio. En la edición póstuma de las *Rimas* de Querol, cuyo prólogo escribió Llorente, decía éste: «Desde entonces, desde las aulas y para siempre, durante veinte años, apenas nos separamos un solo día: juntos proseguimos nuestros estudios literarios, juntos ideamos nuestras primeras obras y juntos escribimos algunas de ellas. Vivíamos vida común. ¡Interrumpiéronla las duras exigencias de la realidad! Querol tuvo que dejar su querido país natal: logré yo la dicha de permanecer en él. ¡Pero de lejos continuó nuestro pensamiento en comunicación constante, anhelando volver á reunirnos y pasar juntos el último tercio de la vida, con cuyo sueño en la mente prematuramente murió!» Como aquella amistad y los ejercicios de que se alimentaba constituyen uno de los principales fundamentos de la vida literaria de Llorente, hay que reproducir aquí algunas de las notas con que Llorente endulzaba sus recuerdos al escribir el prólogo de las *Rimas* de Querol. ¿Qué eran para ellos, cuando estudiaban juntos, los claustros de la Universidad valentina y en sus aulas la *Instituta*, de Justiniano, ó el *Ordenamiento*, de Alcalá? Redes en las que sus almas, soñando otros ideales, se entregaban á volar sin pena por el éter esplendoroso de la poesía, devorando á hurtadillas, durante las explicaciones de los catedráticos, los libros de Quintana, de Espronceda, de Zorrilla, que caían en sus manos. «Antiguos ó modernos, Llorente escribió después, clásicos ó románticos, españoles ó extranjeros, todos los poetas nos atraían y nos arrastraban. Epopeya ó drama, epigrama ú oda, idilio ó elegía, todo nos lo apropiábamos, todo nos lo queríamos asimilar, sin que nada saciase el impaciente anhelo. El antiguo Parnaso, con el que nos habían familiarizado nuestros preceptores, fué pronto estrecho para nosotros, y á los poetas castellanos, sabidos de memoria, sucedieron los extranjeros. Dante, Petrarca, Tasso, bajaban de las espléndidas cimas de la gloria para guiar nuestros pasos: Camoens nos señalaba el dorado camino de Oriente; Corneille y Racine nos iniciaban en la pomposa majestad del teatro fran-

cés; Chateaubriand nos revelaba el nuevo mundo de las fantasías románticas; Lamartine encendía en nuestra alma el calor de una sensibilidad delicada y triste y Víctor Hugo arrebataba nuestra imaginación con el ímpetu de su genio desbordado. ¡Y aún queríamos más y más poesía! ¡Aún nos atraían con fuerza irresistible las fantasmas del Septentrión que envuelve Ossian entre nieblas y tempestades, y las sangrientas tragedias de los Nibelungos, y los personajes vivientes y apasionados de Shakespeare, y el infierno tenebroso de Milton, y los cielos brillantísimos de Klopstok, y las leyendas conmovedoras de Schiller, y las concepciones épicas de Goethe, y los lamentos sarcásticos de Byron! En nuestro punzante afán, hallábamos pálidas, desabridas, insuficientes las traducciones españolas y francesas de esos autores; queríamos penetrar más adentro en sus obras fascinadoras; comprender y juzgar su sentido liberal; encontrar y observar la medula de su pensamiento, y cuando veíamos abierto entre nosotros el texto original, aquellas palabras exóticas y enrevesadas, henchidas de sílabas impronunciables, nos provocaban y atraían, como á Edipo la esfinge tebana, y con el arranque de la mocedad irreflexiva nos lanzábamos á descifrar aquellas para nosotros sacratísimas letras... Pasando los ojos incesantemente de los oscuros versos al grueso Diccionario, hojeado y descuadernado, con mano calenturienta, fiando en nuestra intención mucho más de lo justo, transcurrían sin sentir largas horas, en las que del fondo negrísimo de aquellos extraños vocablos iban brotando, como de los pliegues de espesa niebla, las encantadoras imágenes, que quedaban grabadas con rayos de luz en nuestra imaginación, abstraída en su suprema belleza, tan arduamente conquistada.»

Ciertamente no parecerán éstas las disciplinas universitarias más propias de dos jóvenes alumnos de la ciencia del derecho; mas por eso, aunque tanto Querol como Llorente llegaron *con aprovechamiento* al término de su carrera académica, cuyos grados revalidaron y cuyos títulos merecieron, en el curso de sus

destinos posteriores, el uno en las oficinas de los ferrocarriles de Madrid, Zaragoza y Alicante, unidos á los de Valencia á Almansa, y el otro en el periodismo, en que por propia iniciativa se aisló, fundando periódicos propios, como *La Opinión* de 1861 y *Las Provincias* de 1866, y que todos tuvieron vida próspera, ni el uno ni el otro dejó tratado alguno de administración ó derecho, revelador de su aplicación facultativa, sino *Rimas* y más *Rimas* Querol, y *Rimas* y más *Rimas* Llorente, en uno y en otro testimonio perdurable de la grandeza de su genio respectivo, y en Llorente fundamento de una gloria que á tantas apoteosis le ha conducido, y que ha de ser imperecedera y perpetua. Por eso, cuando Teodoro Llorente por vez primera vino á Madrid en 1859, á cursar y tomar el doctorado en la Facultad de Derecho, no se trajo para acá ningunos comentarios á ninguna clase de leyes, ni ningún manual de ninguna rama de la ciencia en que sus títulos le decoraban, sino los borradores de las *Poesías selectas de Víctor Hugo,* las cuales, conocidas allá por su coterráneo Aparisi y Guijarro, y aquí por el serrano de la áspera Alpujarra, Pedro Antonio de Alarcón, que de las columnas de *La Epoca* salía aquel mismo año para ser genial testigo y narrador de la guerra de Africa, no solamente les arrancaron sus aplausos, sino le pusieron en camino para que Emilio Castelar, graduado ya por el prestigio de su palabra en las cátedras del Ateneo más que en la de la Universidad Central, le diera la mano para presentarlo, con el prólogo que puso á su obra, en el teatro de la opinión, primer paso necesario á la notoriedad y al ensanche de la vida pública literaria.

Como ningún testimonio vale más que la propia evocación del autor á sus recuerdos, traslademos aquí lo que á este propósito Llorente nos ha dejado escrito en el *Proemio* del libro posteriormente publicado que lleva por título *Poetas franceses del siglo XIX.*—«Tenía emborronado yo, dice, un gran número de cuartillas cuando lograron verlas algunos de mis amigos más íntimos. Halagáronme sus elogios, y entonces caí en la tentación de publicar mis traducciones. Uno de mis maestros, Apa-

risi y Guijarro, llegó á escribir para las de Lamartine un prólogo, que insertó en su periódico *El Pensamiento de Valencia*. Era esto en 1858. Fuí entonces por vez primera á Madrid, aún estudiante, llevando en la maleta el abultado paquete de mis versos. Encontré allí protectores benévolos: Pedro Antonio de Alarcón, á quien había conocido en Valencia, y que se ufanaba en patrocinar á Vicente W. Querol, quiso prestarme igual merced. Al contrario de Aparisi, ponía á Víctor Hugo sobre Lamartine, y quiso que se publicasen primero sus traducciones. Encargóse de ello la imprenta de *La Discusión*, periódico en que colaboraba también el futuro autor de *El sombrero de tres picos*. Pero faltaba un prólogo de algún escritor de muchas campanilias, que recomendase al novel poeta traductor. Alarcón me presentó con este objeto á Castelar, famoso ya en aquel tiempo. También al orador demócrata gustaba amparar á los muchachos cultivadores de las letras. A mí me recibió muy bien; me abrió de par en par las puertas de su casa y escribió el prólogo encomiástico. Con aquel prólogo salieron á luz mis *Poesías selectas de Victor Hugo traducidas en verso castellano*, y aunque tuve un momento de juvenil satisfacción, al ver mi libro, pronto conocí sus defectos.» Al fin, aquel libro no era más que un ensayo.

Así como las aulas universitarias de Valencia y el contacto con los jóvenes, tratados desde la infancia, sólo inflamaron en el corazón y en el cerebro de Llorente el ansia de saber, y el estímulo de aspirar, por medio de las inclinaciones desatadas de su espíritu; la influencia de Madrid en el breve espacio de tiempo que residió en la corte hasta poner sobre su birrete la borla y la muceta roja, y mientras activó sus diligencias para ver impreso el libro de las traducciones de Víctor Hugo, fué el primer aguijón que rompió en su alma las dormidas ambiciones de la política. No era esencialmente distinto aquel período de nuestra historia contemporánea, de cada uno de los en que puede dividirse nuestro desdichado movimiento de regeneración, que, iniciado en la orfandad del trono y entre

las desgracias de la invasión extranjera en las Cortes de 1810 en la isla, todavía permanece en la misma actividad, en la misma inquietud, en las mismas incertidumbres, á pesar de los desengaños experimentados y de las terribles pérdidas sufridas. Lo único que variaba en el tono general en las cosas eran los nombres, las circunstancias accidentales y el enigmático rumbo de los destinos nacionales. En el partido progresista, no sólo estaba abierta y sin cicatrización posible la herida cruenta de 1856, sino que estas mismas contrariedades y estas mismas decepciones le impulsaban á una actitud de verdadera desesperación, aunque momentáneamente lo contuvieran, por una parte, las divisiones interiores que lo despedazaban, y por otra, la hábil tregua que el General O'Donnell, representación única personal de la llamada Unión liberal, había sabido labrarse en su provecho con los entusiasmos que en toda la nación produjo la guerra de Africa. El partido progresista tenía una parte de sus hombres más importantes, sobre todo del elemento joven intelectual, resellado dentro del tercer partido que el General O'Donnell había formado para deshacer los moldes de los otros dos partidos antiguos constitucionales; otra parte de él, aun conservando su tradición revolucionaria, no como ariete para destruir todo lo existente, sino para imponerse hasta á las instituciones fundamentales como Riego se impuso al Rey Fernando VII en las Cabezas de San Juan, y Espartero á la Reina Cristina en Barcelona, no pensaba siquiera salir del molde monárquico, ni soñaba en un cambio de dinastía; por último, la masa popular que aún le quedaba, con Olózaga, el gran antidinástico, por oráculo, y Prim en perspectiva como brazo de acción, no hacía más que hilvanar el modo con que declararse frente á frente contra el Trono, aun sin pensar resueltamente si había de ser sustituído con el gorro frigio, aspiración de la democracia intelectual nacida en 1854 en el Teatro de Oriente, ó con la unión ibérica bajo la hegemonía de la casa reinante en Portugal, ó fundando una nueva dinastía nacional y popular á la manera de la antigua Regencia de

1840, y en cabeza del Duque de la Victoria. La guerra con el Xarifa de Marruecos había establecido una efímera tregua, y O'Donnell había querido endulzar la situación de sus rivales haciendo tomar parte en ella al General Prim y ponderando en cada ocasión sus heroísmos. Pero el rescoldo achicharraba por dentro debajo de aquella tenue capa de ceniza. Y aunque, cuando Llorente vino á Madrid á doctorarse, el *servum pecus* de los cafés y de los círculos sociales aparentemente no se enardecía más que con los fatuos destellos de lo que en la guerra de Africa habían concebido todos los falsos espejismos de una opinión perpetuamente ignorante y desorientada, en la redacción de *La Discusión*, que Llorente tuvo que visitar en sus entrevistas con Castelar, en las reuniones que los amigos de éste y de Alarcón tenían, no á diario, sino casi permanentemente, en el café Suizo, que aún subsiste, y en el de la Iberia, que se hallaba en la Carrera de San Jerónimo, aquel alma, antes enteramente serena, comenzó á sentir la irradiación de las pasiones dominantes, contaminándose un poco con ellas, si no por calor natural, por el que le imponían los sentimientos de gratitud á que se sentía inclinado hacia aquellos que en la aprobación de sus *versos* y en su disposición á publicarlos, le tomaban bajo una protección ambicionada, abriéndole el teatro de la notoriedad y del porvenir. Desde Madrid, pues, y bajo estas influencias, llevó á Valencia de retorno las vagas ambiciones que jamás antes había sentido, y sin darse todavía enteramente cuenta, puesto que aún no había entrado en reflexión consigo mismo, ni de las ideas que había de profesar, ni de los objetivos que había de perseguir. Tal era la disposición real de su ánimo, cuando en Valencia se fundó *La Opinión,* no como un suceso de circunstancias accidentales, sino como derivación del trabajo de reorganización y propaganda que el partido progresista había emprendido en medio de las impresiones de la guerra, desde el seno de la famosa *Tertulia* que había formado y desde la redacción de *La Iberia* que dirigía Calvo Asensio, y en la que colaboraban tantos jóvenes ilustrados de acción.

La cooperación de Llorente á la redacción de *La Opinión* no fué para él sino un estudio y una prueba sobre su propio temperamento, refractario á las exaltaciones de que entonces se nutría la política. Por otra parte, el momento elegido para la creación de aquel periódico no era el más oportuno; porque, á pesar de los esfuerzos de los directores políticos del partido progresista en Madrid, el estado de prosperidad en que el de la Unión liberal se hallaba en el Gobierno con los frutos espléndidos de la desamortización, el prestigio que le daba la multitud de empresas y grandes obras públicas que acometió, y, finalmente la fascinación de los laureles militares, alcanzados en los Castillejos y en la toma de Tetuán, esterilizaban completamente en la opinión aquellas tentativas, y los periódicos á que en varias provincias se quiso dar vida, como en Valencia á *La Opinión*, ni alcanzaron en ópimas suscripciones el favor del público, ni lograron conquistar aquellos elementos auxiliares que ayudan al inmenso presupuesto diario de este género de publicaciones. Al terminar el año 1865, la vida económica de *La Opinión* se había hecho imposible, y la moral y política no le habían dado una reputación suficiente á proporcionarse con ella elementos de subsistencia. Por otra parte, en el yunque de la discusión diaria, Llorente se había penetrado de que su papel no estaba en la representación de las ideas de un partido hacia cuyos actos desatentados instintivamente se sentía refractario. Conocía que en la vida moderna, la posesión de un periódico es la posesión de un instrumento de imponderable fuerza para todo género de tentativas eficaces y generosas, y desde este punto de vista le amargaba la idea de que *La Opinión* desapareciera; pero él, personalmente, en aquella prueba de más de tres años, se había dado públicamente á conocer bastante, para que en altas mentes pudiera entrar la cotización de su utilidad y de sus méritos, y aunque, en efecto, en los primeros días de Enero de 1866, *La Opinión* dejó de publicarse, como periódico de ideas de partido, en el último día de aquel mismo mes salió á la calle un nuevo periódico, titulado

Las Provincias, en el que no sólo habían sido sustituídos los nombres de sus redactores, sino las bases de su programa, quedando sólo de la antigua publicación el de Llorente, en la doble cualidad de director y de propietario. En este cambio, el programa de *Las Provincias* era diametralmente el contrario del que *La Opinión* había sostenido durante su breve vida.

Se ha dicho que la palanca de aquella transformación fué la esplendidez del banquero D. José de Campo, que, como los Girona en Barcelona, los Loring en Málaga, los Calderón en Granada, los Retortillo en Cádiz, émulos de las iniciativas gallardas y de las ponderadas prosperidades de Salamanca, quiso ser en Valencia el regenerador económico de su provincia y el protector decidido de sus hombres de mérito. En efecto, hechura del que se tituló después Marqués de Campo, fué el amigo, el inseparable de Llorente, Querol, á quien Campo destinó como secretario del ferrocarril de Valencia á Almansa y Tarragona; hechura del mismo el ingeniero Navarro Reverter, que, en brazos de sus talentos tantas posiciones culminantes ha ocupado y ocupa en la política; y si Llorente, al constituirse propietario y director de *Las Provincias*, le debió también su protección, el caso sólo probaría que el Marqués de Campo sabía escoger hombres. Entre el programa de *Las Provincias* y la realidad política de este periódico en sus cuarenta y cinco años de existencia, de los cuales, treinta y dos duró la dirección personal y efectiva de Llorente, median las diferencias que siempre existen entre todo ideal y toda realidad; pero Llorente, periodista de la masa de Juan Mañé y Flaquer, en Barcelona, y de Fernando de Arboleya, en Cádiz, ha sido uno de esos mentores de la opinión, de quien en ningún momento, ni en los más críticos de nuestra historia contemporánea, ningún interés noble, ninguna fe ingenua, ningún pensamiento patrio pueden recriminarle de haberles producido jamás la más leve decepción. Publicistas que en medio siglo de contiendas apasionadas pueden ostentar este *solo* título, por él merecen el ser beneméritos de la patria y de la civilización. Morote, en *El Mun-*

do, ha querido ponderar su espíritu de tolerancia, con el cual fué Llorente siempre respetado y querido: tome Morote para sí la lección, y propáguela entre los que con él comulgan. Con pasiones estrepitosas y exaltadas se conquista la popularidad de los necios y de los ignorantes, y se escalan indebidas posiciones. Con espíritus de la alta moderación y reposo del de Llorente, quizá no se va tan allá; pero la corona de amor y de respeto en que se engarza el propio nombre, vale más, mucho más, que las posiciones indebidas asaltadas, por culminantes que parezcan, y que los aplausos de las multitudes volubles, que un día maldicen lo que el anterior canonizaron. *Las Provincias*, durante el medio siglo de existencia que llevan, bajo el carácter y el impulso que Llorente las dió desde el primer día de su aparición, han sido y son en Valencia, no sólo la palanca y el asiento de todo lo que arguye vida, estabilidad y consideración, sino el reflejo del espíritu religioso de aquella región, de su espíritu monárquico, de sus ideas de economía y de orden, de su justa aspiración á todo progreso y á toda prosperidad, refundiendo en el teatro público en que ha vivido las virtudes privadas que fueron el timbre supremo de la vida de Llorente en lo recóndito de su hogar, en la expansión de su familia y en lo sincero de su sociedad.

Por eso, ni en las épocas de mayor agitación política en que en tan largo espacio de tiempo ha tenido que tomar parte *Las Provincias*, como periódico, en las emociones de la opinión, la serenidad inalterable con que Llorente asistía ó presenciaba el desarrollo de los sucesos, en su misión de narrarlos, comentarlos y darles su propio matiz, le impedía, á pesar de lo ímprobo de sus trabajos, descansar en el seno de sus aficiones predominantes y dedicar sus parcos ocios y descansos á la grata ocupación de la poesía. Redactando en *La Opinión*, emprendió con Querol la traducción de *El Corsario*, de Byron (1),

(1) *El Corsario*, poema de lord Byron, traducido del inglés en verso castellano por D. Vicente W. Querol y D. Teodoro Llorente. (Valencia, imp. de J. Domenech, 1863); 4.°, 104 págs.

y cuando, en 1866, D. Francisco José Orellana y D. Cayetano Vidal y Valenciano acometieron en Barcelona la empresa de publicar un *Teatro selecto antiguo y moderno, nacional y extranjero,* ilustrado con una *Introducción, notas y observaciones críticas y biográficas,* del cual, en 1868, ya llevaban impresos los seis volúmenes en que la publicación se contuvo, Llorente fué invitado á colaborar en la obra, para la cual ofreció su traducción de la *Zaira,* de Voltaire (1). Aunque edición más industrial que literaria, como la mayor parte de las obras de este género que dan á luz los editores catalanes, esta colección es bastante interesante, no sólo por la parte que desempeñaron en ella Vidal y Valenciano y Orellana, sino por lo bien escogidas que en los tres primeros tomos están las piezas dramáticas de nuestro antiguo *Teatro;* por la novedad que ofrecen en el cuarto las del teatro británico de Shakespeare, Vicherley, Otway, Thomson, Goldsmith, Byron, etc., y algunas del polaco y ruso, y finalmente, porque entre las del teatro francés que componen los tomos quinto y sexto, se reproducen algunas traducciones de insignes literatos españoles que están ya enteramente olvidadas, hasta para la erudición, como las de la *Fedra* y la *Atalía,* de Racine, que vertió al castellano D. Eugenio de Llaguno y Amírola; *La escuela de los maridos* y *El médico á palos,* de Molière, vertidas por D. Leandro Fernández de Moratín; *El hipócrita,* del mismo Molière, traducida por el abate D. José Marchena, y muchas de las trasladadas á nuestro idioma ó arregladas por nuestro insigne Bretón de los Herreros, como la *Andrómaca,* de Racine; la *Merope,* de Voltaire; la comedia *Engañar á la verdad,* de Marivaux, y otras muchas de Beaumarchais, Chenier, Ranouard, Delavigne, Scribe, etc. No hay que decir que la traducción de la *Zaira* que Llorente hizo, no se hizo para la ejecución teatral, sino para el modelo en el estudio literario.

(1) *Zaira,* tragedia de Voltaire, traducida en verso español por D. Teodoro Llorente. Barcelona, 1868. Est. tipogr. de Salvador Manero.—(Tomo V. *Teatro francés antiguo.)*

Esta aplicación al estudio de las literaturas extranjeras, no en los libros y tratados que de ellas surgen, sino en sus fuentes naturales y prixtinas, en las obras mismas que producen, ya sabemos, por confesión propia, que fué ejercicio apasionado que juntos acometieron desde las aulas de la juventud Querol y él; mas de esta unión de esfuerzos, solamente aparece en los documentos de la publicidad *El Corsario*, de Byron, traducido y versificado en perfecta asociación; porque aunque, como antes se ha dicho, en el prólogo de las *Rimas*, de Querol, Llorente afirmó que asociados también se aplicaron á la del *Fausto*, de Goethe, en la edición que de éste se hizo en 1882 (1), la traducción no se reconoce hecha sino por Llorente solo. Así lo fueron del mismo modo las *Leyendas de oro* (2) y las *Amorosas* (3), colecciones ambas de poesías de los principales autores modernos, de que nos ocuparemos después, y en cuya traducción y versificación Llorente se ha empleado hasta los últimos días de su vida, y así igualmente la de las *Poesías* de Heine (4)

(1) *Fausto*, tragedia de Juan Wolfango Goethe, traducida en verso por D. Teodoro Llorente. Barcelona, Bibl. de Arte y Letras, 1882; 8.°, 316 págs.

(2) *Leyendas de oro*, poesías de los principales autores modernos, vertidas en rima castellana por D. Teodoro Llorente. (Volumen V de la *Biblioteca selecta*, publicada por D. Pascual Aguilar.) Valencia, 1875. Imprenta de J. Domenech; 8.°, 240 págs.

Leyendas de oro, poesías de autores modernos, vertidas en rima castellana. Segunda serie. Valencia, 1908. (Bibl. selecta de Aguilar.) Imprenta de Vives Mora; 16.°, 256 págs.

(3) *Amorosas*, poesías de los principales autores modernos, puestas en rima castellana por D. Teodoro Llorente. (Bibl. selecta de Aguilar.) Valencia, 1876. Imp. de J. Domenech; 16.°, 214 págs.

(4) *Poesías de Heine: libro de los Cantares*. Traducción en verso, precedida de un prólogo, por D. Teodoro Llorente. (Bibl. Arte y Letras.) Barcelona, 1885. Imp. de Daniel Cortázar; 8.°, 256 págs.

Enrique Heine, poesías traducidas en verso castellano y precedidas de un prólogo, por Teodoro Llorente. Nueva edición, corregida, y aumentada con *El mar del Norte*, *Nueva primavera* y otras composiciones.— Barcelona, 1908. F. Granada y Comp.ª, editores. Imp. de la casa editorial; 8.°, 288 págs.

y la de las *Fábulas* de Lafontaine (1). Como todas estas traducciones tienen una importancia y un sentido en el giro de nuestra literatura moderna que no es posible desconocer, después de agruparlas aquí como precioso y tenaz empleo de la culta laboriosidad y del pensamiento sublime de Llorente, otra vez habremos de volver sobre su tema. Invítanos, entretanto, á no retardar el principio de la obra suprema de Llorente en el renacimiento de la poesía lemosina la inmensa trascendencia de esta manifestación de su gran espíritu, y á ella hemos de consagrar con preferencia algunas líneas.

Según las notas biográficas y críticas que el canónigo de Valencia D. José Sanchís Sivera ha reunido como complemento del trabajo crítico-biográfico de Navarro Reverter sobre Llorente, los primeros versos lemosines que éste escribió, de que hay noticia circunstanciada, fueron los que en 1861, teniendo el autor veinticinco años de edad, envió á unos Juegos florales de Barcelona. El título de aquella composición era el de los años de vida que contaba el autor, *Veinticinch anys*, y esta composición obtuvo ya un primer accésit. Sin embargo, se sabe que anteriormente los había hecho también, y que debió seguir escribiéndolos y tomando parte con ellos en el resurgimiento de la poesía provenzal, que no sólo se había despertado del lado allá de los Pirineos Orientales, sino en Cataluña, en Mallorca y aun en Valencia mismo, aunque con no tanta intensidad como la que Aribau, á quien siguió Rubió y Ors, le habían ya impreso en la capital del antiguo Principado. De que Llorente no sólo envió sus composiciones á aquellas festividades poéticas, sino que, trasladándose á Barcelona, contribuyó personalmente á los rápidos progresos que en breve hizo toda aquella nueva literatura, en los varios dialectos locales en que se halla dividida, sería prueba bastante el hecho de que para los Juegos florales de 1866 ya fué nombrado mantenedor. Con

(3) *Fábulas de Lafontaine*, ilustradas por Gustavo Doré: traducción de D. Teodoro Llorente. Barcelona, 1885. Montaner y Simón, editores. Imp. de los mismos; folio, 374 págs.

todo, en la primera edición de su *Llibret* de versos, hechos en 1885, cuando hacía cinco años que ya había tenido la honra de presidir el Consistorio, Llorente, en una nota dijo que «la idea de versificar en valenciano se la inspiró la lectura de *Lo Gayter del Llobregat*, siendo éstos los primeros versos catalanes que conoció. «Quedé tan hechizado de aquel nuevo lenguaje poético, añadió, que no podía sacármelo de la cabeza.» Entonces, á imitación de Rubió y Ors, empezó á escribir en valenciano, y decía: «Mis primeras composiciones valencianas sólo pertenecen al renacimiento por el idioma, y éste, aun encogido, no por el pensamiento, que respondía al platonismo amoroso y sentimental que me hizo escribir muchos versos de mi juventud.» Esto debía acontecer hacia 1859, teniendo Llorente veintiún años; pues del mismo modo confiesa que, conocidos sus ensayos por uno de sus maestros, D. Pascual Pérez Rodríguez, que á la sazón publicaba una hoja diaria con el título de *El Conciliador*, no sólo insertó en sus columnas algunas de estas composiciones, sino que dió á entender que en los versos del joven Llorente «veía apuntar el renacimiento literario de la lengua valenciana». De esta misma opinión fué el poeta balear D. Mariano Aguiló, el primero que llevó á Barcelona con entusiasmo los nombres literarios de los jóvenes valencianos Querol y Llorente. El pronóstico de Pérez Rodríguez en 1857, puede decirse que diez ú once años después, en 1868, estaba realizado. Esta solemne sanción se produjo en aquellos Juegos florales que en Barcelona se celebraron en Mayo de 1868, bajo la presidencia de Víctor Balaguer, y á los que no sólo asistieron Federico Mistral, el Príncipe Bonaparte White y otros compañeros suyos, venidos de la Provenza, sino todos ó la mayor parte de los que cultivaban la nueva poesía lemosina en Cataluña, Valencia y Mallorca, y hasta algunos castellanos, como Núñez de Arce, que accidentalmente se hallaba en Barcelona, y Ruiz Aguilera, que había sido invitado por Balaguer, cuyo huésped fué; habiendo declinado su asistencia, aunque invitado también, el Conde de Cheste, á la sazón Capitán ge-

neral de Cataluña y Comandante general de Alabarderos, más que por las imposiciones de su carácter oficial, porque aquella junta verdaderamente internacional de poetas venía precedida de la sospecha de un fin político no abonable, en que tanto como las influencias revolucionarias de dentro, que pocos meses después estallaron en las aguas de Cádiz y se calificaron en los campos de Alcolea, parecía ejercerse también en los de otros cuadrantes exteriores ominosos á la integridad de la patria. El General Pezuela, que no quiso dificultar la celebración de aquella asamblea por su carácter público literario, la vigiló suficientemente en el político, para que no tuviera otro resultado práctico que el fin intelectual que había prometido. Y, en efecto, en los Juegos florales de Barcelona de 1868, puede decirse que quedó definitivamente constituída la asociación general de los poetas provenzales en todos sus dialectos regionales, y aquella asociación se llamó desde entonces el *Felibrige*, del nombre de *felibre*, que traían los compañeros de Mistral. Allí también se resolvieron las cuestiones de insignias y categorías. A los nuevos *felibres* se les otorgó la *vinca-supervinca;* la *cigarra de oro* á los *majonrals* y la *Santa estrella* de siete rayos al *capoulié*, ó jefe de todo el *Felibrige*, cuyo honor fué también en Mistral reconocido. Tres *majonrals* fueron nombrados para Cataluña, tres para Valencia y tres para Mallorca: los tres valencianos fueron Teodoro Llorente, Vicente W. Querol y José María de Torres, bibliotecario de la Universidad valentina, porque, aunque no era poeta, le habilitaba para este título honorífico su conocimiento profundo de la literatura y de la lengua lemosino-valenciana.

Desde 1868 hasta 1878 en que Teodoro Llorente y Constantino Llombart lograron, á fuerza de constancia, fundar *Lo Rat Penat, societat d'amadors de la llengua valensiana,* la labor poético-lemosina del primero equivalió á la resurrección de una lengua muerta, dotándola de la gallardía con que en el siglo xv pudo hacerse inmortal en ella Ausias March. Dice Navarro Reverter que lo primero que hizo *Lo Rat Penat*, apenas

fundado, fué restablecer los Juegos florales, y que en los primeros que se celebraron, Llorente fué el trovador premiado con *la flor natural,* y María Llorente, la tierna hija del poeta, *doncella no esclatada en lo jardí del amor,* la primera que con sus catorce vírgenes primaveras ocupó aquel trono de la gentileza, que en los siguientes decoró también de modo esplendente otra escritora valenciana de aristocrático rango, por la cuna y por sus obras literarias, la baronesa de Cortes, Ana Paulín de Frígola. ¿Qué importaba que en el primero de estos actos Llorente pudiera contarse como casi *el único* poeta de aquel Renacimiento? La escuela que fundó Llorente, pronto se henchió de brillantes alumnos: Querol, tan superior en la alta lírica castellana, no se sentía humillado en la lemosina, reconociéndose como discípulo de Llorente, y á una voz le daban el título de maestro Pizcueta, Labaila, Llombart, Iranzo, Matiol, Bodria, Bonet y otros de igual renombre. Aquel movimiento se hizo más simpático que el de Cataluña; porque mientras, explotado éste por la vecindad de la influencia francesa, siempre rival y enemiga de España, inflaba su fatuo orgullo en llevar su exclusivismo hasta constituir una palanca de disgregación de la unidad de la patria española, halagando el insensato separatismo, que ha sido siempre una tea encendida en el alma de los malos catalanes, el renacimiento literario lemosín-valenciano, bajo el impulso de corazones tan fieles y de inteligencias tan claras como las de Llorente y sus secuaces, no era más que otra manifestación sublime del espíritu nacional, que no se basa sólo en los elementos étnicos de que se formó la antigua corona de Castilla, ni tiende á la forzada uniformidad que en vano se ha pretendido establecer ni aun en Francia, sino que tiene por nacionales todas las lenguas y todos los dialectos que se hablan dentro de las fronteras patrias, siendo enriquecimiento de su vasto arsenal literario los progresos efectivos que cada cual en los suyos ha logrado alcanzar. Navarro Reverter reproduce, como la voz de la protesta de Llorente contra toda clase de tendencias autonomistas, las siguientes

estrofas de su *Cant á la patria*, premiado en los Juegos florales de 1883:

«Escolta, oh Patria, oh mare, mos cántichs, que la gloria
Entre entusiastes victors á totes bandes du;
Mon crit de renaixensa, mon himne de victoria
Ensomnis del pervindre, grandeses de la historia,
Tot es, anima y vida, ¡oh Espanya, pera tú!
Pera tu son les santes memories dels meus avis,
Los fruyts de una campinya, les flors el mon jardí,
L'enginy dels meus poetes, la ciència des meus sabis,
La mel de nou Himeto, que endolsa en los meus llavis
Aquesta, que't consagre, cansó de amor sans fi.
No la rebujes, Mare, perque la llengua oblides
Que en los paláus y els temples tan dolsa soná un temps;
Si en eixa parla escoltes tus glories repetides,
Si canta les grandeses, si plora tos ferides,
¿Qué es lo que tú recelas? ¿qué es lo que d'ella tems?
¿No veus, blanques ó grogues, morades ó vermelles,
Les roses resplandéixer ab diferent color?
Puix lo matiex aroma, te donen totes elles;
Les muses espaynoles son como eixes flors belles;
Parlem distintes llenguas, tenim lo matiex cor.

Esta resurrección de las literaturas de estas regiones peninsulares ha sido muy elogiada por Menéndez y Pelayo, el cual, á propósito, ha escrito:—«Si justificación necesitase el despertar de las hablas regionales, nos la daría el hecho de que con ellas se han multiplicado las energías poéticas de España, y han salido á la superficie las que estaban latentes, rompiendo la dura costra que los siglos habían acumulado sobre el núcleo tradicional. Lejos de ser un movimiento de disgregación, la nueva primavera poética ha sido el principio de una más alta unidad y armonía, una revelación más clara y esplícita de la conciencia de la raza, entorpecida y aletargada tanto tiempo por el centralismo árido, infecundo y escéptico.»—Llorente, que en los *Versos de su juventud* (1), primicias de un arte, «ya

(1) *Versos de la juventud*, por Teodoro Llorente: 1854 á 1866.—Madrid, librería de Fernando Fe, 1907, 8.°, 288 páginas.

muy seguro en sí», desplegó en la poesía castellana un buen gusto instintivo, admirable espontaneidad y corrección, y el reflejo de selectas y bien sazonadas lecturas, guardó, sin embargo, todos los secretos de su genio para aquella otra poesía del habla, aprendida en las faldas de la madre, y en la que, á pesar de su exquisita cultura, poseía como por instinto esas facultades recónditas, que no pone en funciones la voluntad, sino aquella espontaneidad para cuya exaltación no se necesitan auxilios del arte ni prevenciones de ninguna clase de artificio. No hay que buscar, pues, en Llorente al poeta, sino en lo que le es nativo, en lo que le circula por la sangre y en lo que forma su propia naturaleza; y esta naturaleza, esta sangre y este estro nativo no brota más en él que del suelo valenciano en que se meció su cuna, del ambiente valenciano que mamó desde la infancia en el seno de su madre y respiró en el hogar paterno, en el cuadro, para él siempre vivo y palpitante, de la vida valenciana, que le ofreció durante toda la suya los ejemplos de arrebatadora fe y de arrebatadora ternura que soberbiamente se delinean en todas sus composiciones, pero más que en ninguna otra, en *La barraca,* tan celebrada por propios y extraños, y en la que Menéndez y Pelayo ha encontrado el punto culminante y supremo de su arte lírico; en *Lo rosari de la viuda,* en el *Cant á la patria,* en las *Cartes de soldat,* en *El llibre de misa de meua mare,* en los *Romans de Visanteta quand anà á Saragossa,* en *La misa de alba,* y más que en todo y sobre todo, en el *Testament,* que no puedo dejar de trasladar íntegro en este lugar. Helo aquí:

TESTAMENT

Quant jo muiga, amada esposa,
si tú vius, y no't fa nosa,
tancam los ulls, ¡tos espills!
Si es morta ma companyera,
lo que ella amorosa fera,
feuho vosaltres, mos fills.
De fé y humiltat en proba

amortalleume ab la roba
del bon Pare Sant Francés;
de corones y garlandes,
de creus, insignies y bandes,
¡vanitats!, no'm poseu res.

En les mans lo Sant Rosari
vull portar; l'escapulari
del Carme penjat al pit;
y com signe ben notori
de mon dijós desposori,
l' anell d'or ficat al dit.

Quant me porteu á la fosa,
davant, ¡insignia gloriosa!,
vaja ben alta la creu;
si acompanyarme's dignaren
los que'n vida m'estimaren
tal favor els pague Deu.

Paseume per la capella
de la Verge pura y bella,
Patrona dels valencians;
y quant arrive á la porta,
canten en veu no mol forta
un *responso* els capellans.

Pera guardar mes despulles,
baixant á terra les fulles,
no plantéu ningún ploró;
plantéu un xiprer, que apunte
dret al cel, y al cel s'en munte
com s'en munta la oració.

La oració, que tota pena
conhorta, dolsa cadena
que unix els vius y el difunts,
això, mos fills, vos demane;
que preguéu vos encomane
sempre agermanats y junts.

¡Preguéu á Deu que'm perdone
y la santa gloria'm done,
ja que, indigne pecador,
si molt faltí en esta vida,
mon ánima malferida
sempre ha estat plena de amor!

L'amor sant, divina esencia,
endolce vostra existencia
donantvos dijes sens fi;
y quant, tranquila y confiada,
alcéu al cel la mirada,
enrecordeuvos de mi.

Y vosaltres, els insignes
trovadors, més que jo dignes
del que 'm donen dols tribut,
per traure d'ell l'armonia
que trovar jo no sabía,
prengáu mon pobre llaút.

La Musa volguda y santa
que les patries glories canta,
mare amorosa, el posá
en les meues mans febroses,
quant, coronada de roses,
de llarch somni despertá.

Més inspirats y més dostres,
¡Oh nobles amichs! ¡oh mestres
del Gay Saber triunfador!
feu vibrar totes ses cordes,
cantant en triples acordes
la Fe, la Patria y l'Amor.

Cantéu la Fe, llum segura,
que á la pobra criatura,
si enfosquixs son seny lo mal,
entre nubolades negres
mostra'ls resplandors alegres
de son reyne celestial.

Cantéu la Patria, y si á terra
baixa'l front, en mala guerra
ferit, digáu á una veu
que aquell que la desampare,
fill bort de tan bona mare,
no tindrá perdó de Deu.

Cantéu l'Amor, que agermana
tota la familia humana,
que entre tots partix el pa;
y en nostres vies asproses,

lliris entre carts, y roses
á pomells esclatar fa.
¡Y si la gloria vos dona
la cobejada corona
de un reynat que no te fi,
penséu ab quánta alegría
jo en vostre front la voria,
y enrecordeuvos de mí!

El poeta de cuerpo entero se halla en esta composición. Aquí encaja repetir, acerca de esta poesía de Llorente, lo que Menéndez y Pelayo ha dejado escrito acerca de *La barraca*: «Versos de este temple hicieron pocos nuestros ingenios del siglo XIX. Para encontrar alguna vez esta magnánima poesía, cristiana á un tiempo y social, ó, cómo dicen los italianos, *civil*, no basta el oído armónico, ni la rica fantasía, ni el raudal de la dicción poética: se requiere además aquella autoridad moral, aquel suave y benéfico influjo que Llorente ha ejercido sobre sus compatriotas. *Este gran ciudadano de Valencia es hoy la personificación más completa de su lengua y de su literatura.*»

Aunque ante tamaña representación, tan explícitamente declarada y reconocida por un criterio de la autoridad y las prendas de Menéndez y Pelayo, y aclamada en repetidos actos públicos por toda la generación contemporánea, que, con el mismo entusiasmo que asistía hace algún tiempo al memorable banquete de la Glorieta y á los homenajes del *Rat Penat* de los años 1885 y 1907, concurrió en Octubre de 1909 al hecho grandioso de su coronación, y ha concurrido ahora, al fallecer, el 2 del actual, al traslado ostentoso de su cadáver á la última morada, basta para poner en su punto la grandeza del genio y carácter de Teodoro Llorente, no pudo ponerse fin al homenaje á que este mal pergeñado artículo, trazado al escape de la pluma, equivale, sin añadir una nota siquiera al otro carácter que la vida literaria de Llorente ofrece, como importador á nuestra lengua y á nuestra poesía de un inmenso número de poetas de primera jerarquía, de todas las literaturas con-

temporáneas exóticas, y principalmente de los poetas de Francia (1). Estas traducciones deben ser consideradas bajo los dos aspectos esenciales que en sí han tenido y tienen.

Del primero, que es desenmascaradamente general, lato y público, Menéndez y Pelayo, á quien ha cabido el honor de ser el primer y más profundo crítico de toda la labor literaria de Llorente, también ha escrito: «Un alma tan poética como la suya, tan afectuosa y comunicativa, no podía menos de estremecerse al contacto de la inspiración ajena, y mezclarla con la propia inspiración. A casi todos los grandes poetas del siglo XIX, y aun á muchos de segundo orden, ha tributado espléndido homenaje, poniendo en rima castellana sus más selectas obras, ó las que más se conformaban con nuestro gusto y mejor podían adaptarse á nuestra lengua. De este modo ha contribuído más eficazmente que nadie á la educación literaria de nuestro pueblo, introduciendo con parsimonia y discreción elementos nuevos, no por medio de secos análisis y adaptaciones crudas, sino haciendo verdaderamente españolas las composiciones que traduce, lo cual no es desfigurarlas, sino infundirlas una segunda vida poética y aclimatarlas bajo distinto cielo... Voz unánime de lectores y de críticos, es la que proclama á D. Teodoro Llorente príncipe de nuestros traductores poéticos en la era moderna... Y no se tenga este empleo su-

(1) En las *Leyendas de oro* y en las *Amorosas* publicadas en conjunto en 1875 y 1876, respectivamente, los poetas líricos traducidos ya por Llorente eran: Goethe, Schiller, Uhland, Byron, Longfellow, Lamartine, Víctor Hugo, Alfredo Musset y Heine. En los *poetas franceses del siglo XIX*, publicados por la casa de Simón y Montaner en 1906, formando parte de la *Biblioteca Universal Ilustrada*, en los que LLORENTE había recogido todas las composiciones diseminadas, apenas hechas, entre multitud de revistas, como LA ESPAÑA MODERNA; de semanarios ilustrados, como la *Ilustración Española y Americana* de Madrid, y la *Ilustración Artística* de Barcelona, el número de los poetas traducidos, desde T. de Bauville, Beaudelaire, Sully Prudhomme, P. Verlaine, Francisco Coppée, etc., es mucho mayor. Hay que advertir que con muchos de estos poetas Llorente se carteaba, y que algunos le ofrecieron la primicia de sus poesías antes de darlas á la estampa.

balterno en la actividad literaria, éste de la traducción, pues no sólo es viril gimnasia del estilo y del metro, la cual nunca han desdeñado los grandes poetas, sino creación de una forma nueva y personal del intérprete, cuyo hallazgo presupone recóndito sentido de la belleza, fantasía dócil para asimilársela y dominio absoluto de la técnica.»

El otro aspecto es más recóndito é indirecto. La labor de las traducciones de Llorente responde victoriosamente á los que, en alas de un movimiento que ha emanado de otros parajes, donde la aglomeración de todas las emigraciones del mundo resiste tener que fundir sus ideas de procedencia en la uniforme fusión del habla que allí dejaron los españoles, y que será siempre el principal distintivo de los pueblos de nuestro origen, con los rivales que tienden á dominarlos y absorberlos, ha inventado ese arte del llamado *modernismo*, por desgracia, inoculado ya en una gran parte de nuestras juventudes literarias, y que arranca de una raíz de imitación de otras literaturas extranjeras, y principalmente la francesa. Llorente, indirectamente protesta contra esa bárbara intrusión, que tiene por base una ficción sofística. Esos poetas que son el modelo del llamado *modernismo*, son los mismos á quienes Llorente vierte en forma y en espíritu al habla castellana, sin que nuestra elocución poética tradicional, sin que las formas tradicionales de nuestra preciosa métrica, sin que ningún otro accidente de la técnica sublime sirva de obstáculo para darnos en lenguaje y rítmica nacionales, las ideas, la originalidad, las bellezas, las combinaciones que son el encanto y la seducción de los que, por imitarlos, nos importan los procedimientos bárbaros del modernismo, sin que en tanta producción como á sus libertades anárquicas se someten, todavía se haya engendrado una sola capaz de resistir el pasajero imperio de la actualidad, y se sobreponga á los triunfos del éxito y del tiempo.

Se ha juzgado á Llorente como historiador, no sólo por su traducción de la *Historia de Jaime I El Conquistador*, traducida del Barón de Tourtoulon, sino por sus cartas sobre el

Viaje de S. M. Alfonso XII á las provincias de Levante y Mediodía de España, y visita á la escuadra de instrucción en el año 1877, á las que en 1867 y 1878 escribió para *Las Provincias sobre las dos Exposiciones Universales de París* en los años referidos, y, finalmente, por los dos tomos de su obra *Valencia*, publicada en los años 1887 y 1889, y que forman parte de la biblioteca titulada *España: sus monumentos y artes: su naturaleza é historia*. Un hombre del talento y cultura de Llorente, habituado además á mover á diario la pluma en el infatigable ejercicio del periodismo, de todo escribe y todo lo escribe bien. Pero no es necesario acumular tantos títulos sobre Llorente para presentarle al espectáculo de la admiración de sus coetáneos, á la gloria bien adquirida de su nombre y de su patria, y al culto y al respeto de la posteridad. Llorente tiene dos títulos sublimes, con los cuales ningunos otros se pueden comparar; como restaurador de la literatura lemosino-valenciana, él será siempre el *Majoural del felibrige* y el *Mestre* por excelencia del *Gay Saber:* como importador á la poesía castellana del torrente poético moderno de las literaturas exóticas de toda Europa, Menéndez y Pelayo le ha pregonado *Príncipe de los traductores españoles*. No necesita más títulos para justificar los homenajes que se le han rendido en vida y muerte, para sancionar la erección del monumento proyectado, y á cuya idea, los primeros en asociarse gallardamente han sido Sus Majestades el Rey D. Alfonso XIII y D.ª María Cristina de Austria, y para todas las exaltaciones del amor y de la admiración, en las cuales tomará siempre una primera parte La España Moderna, que por tantos años se ha honrado con su colaboración.

Juán Pérez de Guzmán y Gallo,
de la Real Academia de la Historia.

LA AMÉRICA MODERNA

El culto de tradiciones y leyendas como educación nacional. Países viejos y países nuevos. La tradición y la leyenda en la Argentina.—Posición de Méjico en la política internacional. La acción de los Estados Unidos.—La población mejicana. Comparación internacional. Masa de resistencia. Intervención asio-europea probable. La Universidad Nacional mejicana. Su constitución. El problema universitario. Tipos de Universidades europeas y americanas. Posición de España.—El comercio exterior de Chile en 1910. La explotación del salitre. Fuerzas productivas del país. Agricultura y minería.—El manganeso en la Agricultura. Ensayos en las chacras experimentales agronómicas argentinas.

Los educadores de pueblos, los promotores de grandezas nacionales, no solamente han de esforzarse en procurar un porvenir grande para las grandes comunidades en que viven, sino también en procurarse un pasado cuando un pasado no existe. Preparar y hacer historia, y sustituir la historia cuando no se tiene, es una labor igualmente grande; en definitiva, se resuelve en la misma finalidad. Cultivar el pasado investigando lo que ya es histórico, conservar la tradición y embellecer con la leyenda las páginas borrosas del pasado, es preparar el porvenir. Sin idea y sin sentimiento de nacionalidad, es imposible la existencia consciente de un pueblo, y tal idea y sentimiento son imposibles de formar sin la enseñanza de la historia, de la tradición y de la leyenda nacionales.

En los países de la vieja Europa, tradiciones y leyendas son venas copiosas del corazón nacional; es entre ellos el país alemán el que con más amor cultiva la leyenda; su tierra está

poblada de legendarias narraciones que toman extensas regiones como escenario de su vida. El Rhin puede llamársele el río de las leyendas: desde el Bajo Rhin al Alto Rhin, las leyendas (Rheinsage) se extienden como sartas de perlas de oriente que matizan los distintos pueblos ribereños, latinos ó germánicos. Del Rhin nacieron Lohengrin, Siegfred, Loreley; en él se levantan los castillos que ocuparon damas y caballeros facedores de grandes dramas, santos y religiosos, de poemas encantadores... Y apenas hay alemán que ignore el romance de Loreley, la seductora ninfa del Rhin ó la vida de esa exaltación de la fuerza que simboliza la espada de Siegfred. En Asia, el Japón hace de la religión del Shinto, nutrida de enormes ficciones, un verdadero culto legendario para la educación nacional y la acción japonizante.

En los países nuevos, como los ibero-americanos, se esfuerzan algunos pensadores por crear la leyenda nacional; no les basta considerar su historia entroncada con la de la madre patria España; ellos quieren también que la sombra romántica de la leyenda se proyecte sobre las tierras vírgenes de América. El prestigioso escritor americano Bunge plantea este problema para la Argentina, y le emplaza dentro del campo de la pedagogía. Conocer la patria, dice, es aprender á amarla, y ningún medio mejor de conocerla, que el estudio de su historia.

Universalmente admitido ese principio de la moderna pedagogía, surge la duda de si, á la par de la historia, conviene también la enseñanza de la tradición y la leyenda. La diferenciación de estas tres ramas de los conocimientos relativos al pasado—historia, tradición y leyenda,—es en todo punto clara y lógica. Refiérese la historia á hechos reales y comprobados; la tradición á hechos en parte reales y en parte ficticios, pero posibles y naturales, transmitidos de una generación á otra; la leyenda, á hechos fantásticos, más ó menos imposibles y maravillosos.

¿Sólo ha de enseñarse la ciencia positiva? ¿No han de co-

nocerse más que los hechos documental, científicamente comprobados como verdaderos? Y agrega Bunge:

«Por la completa exclusión del estudio de toda tradición y leyenda en la enseñanza general, se declararán inmediatamente los espíritus estrechos é incompletos; aquellos que no comprenden, en sus vastas proporciones, la eficacia del ideal y la realidad de la poesía. Dirán ellos que no debe llenarse á los niños la cabeza de fantasías y necedades. Dirán que únicamente el conocimiento de la verdad forma el espíritu práctico de los modernos tiempos. Dirán, en fin, que la ficción puede ejercer malsana influencia en el espíritu, apartándolo del atento y respetuoso examen y del método fecundo de lo puramente científico y positivo...»

«Esos pedagogos me recuerdan un personaje de Dickens. Refiérome á aquel cómico y grotesco institutor que figura en su novela *Días penosos*. Declarándose apasionado partidario de los hechos, enseñaba á sus tiernos discípulos sólo la ciencia de esos hechos, que genéricamente llamaba *hechología*, Lo demás merecía su desprecio olímpico. «¡Hechos,—hechos, hechos!»—clamaba en todo momento y de toda guisa; tal era su muletilla, su ideal, el apotegma básico de su pedagogía. Y la rica vena del gran humorista inglés se complace en ridiculizar de la más acerba manera al estúpido institutor, que, por otra parte, era naturalmente un pícaro.»

«Aunque ferviente partidario del positivismo científico, abomino yo de tales pedagogos: soy el más sincero convencido de la importancia de la ficción poética en la instrucción del niño. No creo, por supuesto, que se le deba engañar y mistificar. No creo que se le han de presentar sin criterio fábulas y fantasías como puras verdades. No creo que convenga siempre ocultársele la desnudez de la realidad con remendado manto de convención. Pero creo, muy fundadamente, que el cultivo de la tradición y la leyenda son parte importantísima é imprescindible de una sana y eficiente educación general.»

Bunge acarrea una serie de consideraciones subjetivas y objetivas en apoyo de su afirmación. La primera, pueden reunirse en un hecho de psicología de los niños: su inclinación á lo fantástico é imaginativo; la segunda en otro hecho: el efecto útil que para la nacionalidad tiene la enseñanza de la tradición y de la leyenda.

Por una parte, pues, no se debe contrariar la vida imaginativa del niño y extirpar una fuente ideal preciosísima. La pedagogía inglesa de Spencer y de Bain, es la negación de la parte ideal de la vida. Bain reduce en su libro *The Science of the Education* toda enseñanza ética al Código penal. El triunfo de la pedagogía alemana, sobre todo la de Herbart, que proscribe el ideal, tiene completa justificación. Por otra parte, destruir las ficciones hermosas en el orden nacional, es restar energías al alma colectiva. Así afirma Bunge.

«No es, pues, un vago y romántico sentimentalismo lo que á preconizar me lleva las excelencias de la enseñanza de la tradición y la leyenda. Es más bien el conocimiento del niño y el estudio del alma popular. En esta materia, lo artificioso y falso es el prurito de evitar toda ficción; lo positivo y real, dar á las ficciones su curso lógico y necesario, aunque depurándolas y sin ocultar su carácter de ficciones.»

La cerrazón positivista dejará fuera del círculo de sus valores toda esa ideología que contiene el *folklorismo*, pero estos estados del pensamiento nacional tienen tanta fuerza como las realidades físicas. Son *valores*, no realidades psíquicas ni físicas, pero son valores al fin, cuya autoridad en la conciencia es innegable; así lo ha definido el ilustre filósofo alemán Rickert (*Kulturwissenschaft und Naturwissenschaft*. Tübingen, 1910).

Reconocida la importancia de esta parte de las literaturas nacionales, el problema á resolver está en organizar la enseñanza de la tradición y de la leyenda conforme á las exigencias pedagógicas; pero ¿y aquellos países que carecen de tradiciones y leyendas? No queda más camino que producirlas. En este sentido, la formación de un cenáculo de poetas es tan im-

portante para una nación como la construcción de un ferrocarril.

Respecto de la Argentina, afirma Bunge que es harto escaso el material de la tradición y la leyenda. Pobre es nuestro *folklorismo*, afirma Bunge. Pueden contarse con los dedos las ficciones populares realmente oriundas de la tierra. Su origen es doble, indígena y español. Así, citaré como leyenda indígena, la del *Kacuy*, popular en las provincias del interior, últimamente narrada por Ricardo Rojas, en la soberbia prosa de su *País de la Selva*. Entre las leyendas coloniales recordaré la de Santos Vega, cantada por Rafael Obligado, en décimas realmente hermosas. Esta última, como ya lo he dicho otra vez, paréceme una transformación pampeana y acriollamiento de la antigua fábula edémica.

En los manuales de historia argentina pasa todavía por verdad histórica la bellísima tradición de Lucía Miranda. Parece ser ella feliz invención del cronista Ruy Díaz de Guzmán, en su historia llamada *La Argentina*, ó *Del descubrimiento, población y conquista del Río de la Plata*. El poeta Labarden la puso en versos clásicos, haciéndola asunto de su tragedia *Sísifo*, casi totalmente perdida. El deán Gregorio Funes la transcribió con castizo estilo en su *Historia Argentina*. Luego se ha venido copiando de libro en libro, á pesar de su completa falta de verosimilitud y de pruebas.

Hay que reconocer que nuestra patria historia, aunque tan gloriosa, está harto desprovista de elemento poético y novelesco. Allí, la tradición de Lucía Miranda constituye el más inesperado paréntesis. Es como un destello de inspiración en esa época ruda de la conquista. Es, en nuestra imaginación popular, lo que fuera para los antiguos griegos el rapto de Elena.

Pongamos, pues, el caso de la tradición de Lucía Miranda. Compónela una ficción que reúne todos los méritos: elevación épica, interés novelesco, nobles caracteres, ejemplo moral. Demostrada su falsedad histórica, ¿deberá ella excluirse por completo de la enseñanza en escuelas y liceos? ¿No se le quitará

así á nuestra historia y á nuestra poesía una de sus más ricas galas, una de sus lecciones más provechosas?...

Nada hay en ella que pueda ser nocivo á la inteligencia del niño, salvo la falsificación histórica. Pues bien; este último inconveniente se obvia con relativa facilidad, dándose al hecho, como en mi libro de lectura escolar titulado *Nuestra Patria*, su verdadero carácter ficticio de tradición. Se enseña por lo que es y en lo que es, por lo que vale y en lo que vale. El maestro no ha de olvidarse de decir que el episodio no está comprobado. Lo trae un historiador de la conquista; podrá tener algún lejano fundamento, y nosotros lo repetimos porque se grabara indeleblemente en la imaginación del pueblo. Constituye algo como un rasgo característico de nuestra alma nacional.

Dícese que hay que enseñar hechos, sólo hechos, siempre hechos... Pero, como lo apunté en el párrafo anterior, una tradición ó una leyenda populares, ¿no son hechos, en cuanto existen en la imaginación del pueblo? La existencia de la tradición de Lucía Miranda y la leyenda de Santos Vega, en la memoria del pueblo argentino, constituyen para mí dos hechos tan reales y evidentes como la victoria de Maipo ó la declaración de la independencia. Las ideas son hechos, cuando existen dinámicamente en la imaginación del pueblo, y son aún hechos indiscutibles y básicos. Así, al enseñar en la escuela esa tradición ó esa leyenda, se enseñan hechos, si bien, más que literalmente históricos, psicológicos y sociales.

Diráseme quizá, que enseñar un hecho, admitiendo que no tuvo realmente lugar, es dar una enseñanza negativa. Los educandos no atribuirán mayor importancia á lo que se les enseña... Pero esto es desconocer la verdadera naturaleza del niño y su propensión á aceptar las ficciones á la par de las realidades, sin distinguir netamente lo uno de lo otro. Yo he realizado la experiencia, prácticamente, y sé que nada se recuerda mejor de la enseñanza de la historia argentina que el episodio de Lucía Miranda, aun cuando el maestro advierta su probable falsedad.

No faltará quien observe que esa natural propensión del niño á confundir lo real con lo ficticio, constituye un inconveniente para que se enseñe lo segundo juntamente con lo primero. Aunque el maestro distinga la ficción de la realidad, y así lo advierta, no ha de distinguirlas igualmente el discípulo... Lo admito. Pero debo consignar que esa confusión no resulta tan nociva como á primera vista parece. Con el tiempo, el niño, oportunamente advertido, ha de ir separando lo imaginativo de lo positivo. La naturaleza obrará como por sí misma, reproduciendo en el desarrollo individual las sucesivas fases de la histórica evolución ancestral.

Además de la inavaluable tradición colonial de Lucía Miranda, que nos legara, desde 1612, el ingenio del cronista Ruy Díaz, corren algunas otras de tiempos más recientes, ¡de tiempos demasiado recientes! Recordaré la muerte del poeta Esteban de Luca y Patrón, cantada por Olegario V. Andrade en su leyenda *El arpa de oro,* y, muy especialmente, las tradiciones recogidas por Domingo Faustino Sarmiento en su inmortal *Facundo.* Ninguna de ellas debe ser olvidada en la enseñanza de las escuelas, pues que constituyen parte integrante de nuestra alma nacional.

Joaquín V. González, en sus libros *Mis montañas* y *La tradición nacional,* narra elegantemente tradiciones heroicas y locales. Son ellas acreedoras también á ocupar la enseñanza de la escuela. Yo recomendaría, especialmente á los maestros del interior, los que se refieren á la cultura quichúa precolombiana. Es muy hermosa la tradición, ya expuesta por el glorioso inca Garcilaso de la Vega, de aquel dulce é inteligente pueblo de los indios lules, que mandó embajadores á los incas para que, por la paz y la amistad, se les iniciara en los bienes y los males de la civilización.

El gaucho mismo, todavía una realidad, pasará pronto, adornado por la fantasía popular con exageradas calidades, á ser una bella leyenda. ¡Conservemos su recuerdo, puesto que fuera el primer tipo simbólico de la nacionalidad argentina!

Los poemas gauchescos, más de imitación artística que verdaderamente tales, de *Anastasio el Pollo* y de José Hernández, son valiosas joyas de nuestra literatura. El *Fausto* y el *Martín Fierro* merecen, pues, su espacio en los textos escolares de lectura y reclaman la atención del maestro.

El romancero castellano, por desgracia, siendo una tan rica y venerable fuente de tradiciones y leyendas, se ha perdido casi por completo en la memoria de nuestro pueblo. De mí sé decir que únicamente he oído recitar, cuando era niño, á los criados en la casa de mis padres un romance que comienza así:

Hilo de oro, hilo de plata,
que jugando al ajedrez...

Por cierto que esto es un bien pobre elemento *folklórico* de tradiciones y leyendas... A él tendría que agregar pasajes de *Martín Fierro* y de *Anastasio el Pollo*... El bagaje no resulta, sin duda, muy abundante. Pero su misma escasez debe ser, como ya lo he dicho, estímulo para que en la escuela se conserve y amplíe con nuevos elementos.

Es lástima que ese hermosísimo y frondosísimo romancero castellano posea tan pocos romances novelescos enseñables en la escuela. La mayor parte, casi todos, son demasiado atrevidos, recordando muchos, por su cruda picardía, á los *faiblaux* franceses. Algunos hay, sin embargo, en otros géneros, especialmente entre los moriscos, muy propios para la enseñanza escolar. Pero entre nosotros ofrecen el inconveniente de carecer de carácter verdaderamente argentino. Nos resultan, en este país, por mucha veneración que profesemos á las gloriosas tradiciones de la antigua metrópoli, desprovistos de todo color local. Necesitaríamos algo que más íntima y directamente se relacione con nuestra historia y con nuestra alma popular.

La escasez de elementos tradicionales y legendarios en el pueblo argentino estriba, ante todo, en dos causas: la poca an-

tigüedad de nuestra historia y la gran despoblación del antiguo virreinato. El pueblo no ha carecido de imaginación para enriquecer su *folklorismo;* más bien le ha faltado tiempo y número. Por eso debemos guardar la reducida herencia que de antiguo recibimos, si se me permite una expresión vulgar, «como oro en paño». Y la mejor manera de conservarla es iniciando en sus misterios, por la palabra de la literatura y la obra de la escuela, á las nuevas generaciones. Así escribe Bunge.

Ciertamente que los llamados futuristas, esos que lanzan retos á las estrellas y quieren hundir el pasado para producir un *futuro,* combatirán este tradicionalismo; pero es que el futurista resulta el engendro de lo más ilógico que se pueda imaginar. El presente contiene el pasado y engendra el porvenir. dijo un pensador; el futurista comienza por hacer abortar el presente para dar vida al porvenir.

* * *

Por ser Méjico el primer baluarte de los países iberoamericanos que se levanta ante la fuerza expansiva norteamericana, interesa sobremanera todo lo relativo á su posición internacional y á las posibles alianzas que con este motivo pudieran comprenderle. Constantemente preocupa á los escritores la suerte de la República Mejicana, y esto da lugar á copiosos escritos sobre el asunto, siendo de notar que en el problema internacional mejicano hay un entrecruzamiento de intereses europeos y asiáticos. Un escritor americano habla sobre esta cuestión:

«Algunos han pensado en que podría formarse una alianza de Méjico con otros países de Centro y Sud-América, para defenderse contra los avances americanos; pero es enteramente irrealizable é ilusorio, sin ningún resultado práctico, porque la falta de vías de comunicación, la falta de intereses comerciales entre sí, la de ejércitos que pudieran concentrarse en un punto deseado, y, por último, la falta de marina de estos paí-

ses para afrontar los combates navales con algún éxito, concentrando las escuadras en un punto conveniente, ó protegiendo el transporte de tropas, hacen inútil pensar por hoy en tal proyecto.

La alianza que está indicada es la que se llama A B C, de Argentina, Brasil y Chile, que son las tres potencias principales de Sud-América, naciones que tienen en total 30.000.000 de habitantes y una escuadra de siete ú ocho acorazados. Esta liga sería el primer esfuerzo en América para contrarrestar la influencia americana y proteger los intereses é independencia de la América del Sur; pero de ninguna ayuda positiva para Méjico.

Algunas naciones de Sud-América, contraen con frecuencia compromisos en Europa, que no pueden pagar debidamente. Entonces los banqueros europeos se entienden con los grandes financieros de Nueva York, traspasándoles sus créditos; y entonces la operación financiera se convierte en cuestión política; los magnates americanos, teniendo como tienen mucha influencia con su Gobierno, hacen que por los conductos diplomáticos se ejerza presión sobre los países deudores de Sud-América, estrechándolos al pago y amenazándolos por la fuerza; y para dar una forma concreta á la cuestión, envían barcos de guerra como una amenaza, logrando así reformar los contratos ventajosamente, consiguiendo garantías y seguridades. De esta manera las operaciones financieras que afectan intereses particulares únicamente, se convierten en conflictos internacionales.

En todas las dificultades y amenazas de invasión, es conveniente averiguar siempre cuál es el interés de los poderosos magnates americanos, que tienen tanta influencia en el Gobierno y en la prensa de los Estados Unidos.»

Los últimos resultados del censo mejicano arrojan los siguientes resultados:

La capital tiene 470.659 habitantes, por 719.062 que hay en el distrito federal.

Calculando que haya dejado de empadronarse, por los naturales incidentes de las operaciones del censo, el 1 por 100 de habitantes, puede estimarse en 475.000 el número de los que viven en la capital, y en 726.000 el de los que moran en el distrito.

Los datos de los censos de 1895 y de 1900 son los siguientes: 1895, habitantes de la capital, 325.707; 1900, 368.898.

En el distrito federal: 1895, 474.860; 1900, 541.166.

La proporción en que ha aumentado el número de habitantes es, pues, verdaderamente notable.

El censo de la ciudad y del distrito, con todos sus detalles, será conocido antes de cinco meses.

La población de los Estados se distribuye así, según las últimas noticias acerca de los datos recogidos en distintas publicaciones de la República:

Colima (capital): 1900, 8.975 hombres y 11.723 mujeres; 1910, 11.558 hombres y 13.590 mujeres. Aumento, 4.450.

Morelia: 1900, 14.984 hombres y 20.229 mujeres; 1910, 17.306 hombres y 21.810 mujeres. Aumento, 1.838.

Querétaro (capital): 1900, 14.984 hombres y 18.186 mujeres; 1910, 15.864 hombres y 19.147 mujeres. Aumento, 1.859.

Saltillo: 1900, 11.475 hombres y 12.521 mujeres; 1910, 16.525 hombres y 18.538 mujeres. Aumento, 11.067.

Tuxtla Gutiérrez: 1900, 4.650 hombres y 5.575 mujeres. Aumento, 822.

Hermosillo: 1900, 5.110 hombres y 5.503 mujeres; 1910, 7.141 hombres y 7.377 mujeres. Aumento, 3.905.

Chilpancingo: 1900, 3.671 hombres y 3.823 mujeres; 1910, 3.803 hombres y 4.040 mujeres. Aumento, 351.

Tlaxcala (capital): 1900, 1.205 hombres y 1.510 mujeres; 1910, 1.304 mujeres y 1.508 hombres. Aumento, 97.

Sujetando la progresión en el número de habitantes de la República Mejicana á un cálculo bien meditado, conforme á los cómputos enviados de la mayor parte de los Estados, puede

estimarse que la población del país es alrededor de quince millones de habitantes, con cuya cifra es de ocasión hacer algunas curiosas observaciones.

Este censo ha demostrado que la República Mejicana ocupa el segundo lugar en la América Latina, en cuanto al número de sus habitantes y el primero en densidad de población, relacionándola con su superficie.

El país que tiene más habitantes en Hispano-América es el Brasil. Lo habitan 19.340.000, que se hallan repartidos en una enorme superficie de 8.498.950 kilómetros cuadrados. Le sigue Méjico, con quince millones de habitantes, en 1.987.201 kilómetros cuadrados, y ocupa el tercer lugar la República Argentina, con 5.974.000 habitantes, en 2.806.400 kilómetros de superficie. Resulta que de estos tres países, Méjico tiene el tercer lugar en cuanto á su superficie y el segundo en el número de sus pobladores. Dada la grandísima superficie del Brasil, la densidad de la población es mucho mayor en nuestra República.

Después de la Argentina, sigue en importancia el Perú, con más de cuatro millones y medio de habitantes, y después la República de Chile, con cerca de cuatro millones.

La población conjunta de Chile, Colombia, Venezuela, Uruguay, Bolivia, Ecuador y Paraguay apenas sobrepasan en unos cuantos miles á la mejicana.

En número de habitantes, la ciudad de Méjico figura en tercer lugar en la América Latina. Le precede Buenos Aires, capital de la Argentina, con más de un millón y cien mil habitantes, y Río de Janeiro, metrópoli brasilera, con 811.256 personas. La capital mejicana ha obtenido en su censo 470.659 habitantes, y le siguen en importancia las siguientes capitales hispano-americanas:

Santiago, 338.420 habitantes; Montevideo, 273.665; Habana, 235.981; Lima, 133.000; Bogotá, 85.000; Quito, 80.000; Caracas, 72.000; Guatemala, 71.000; Port-au-Prince, 61.000; Asunción, 60.259; San Salvador, 59.136; Managua, 45.000;

Panamá, 30.000; Tegucigalpa, 26.000; San José, 24.770; La Paz, 20.000; Santo Domingo, 20.000.

La ciudad de Méjico tiene más habitantes de los que en conjunto tiene cualquiera de las siguientes Repúblicas: Panamá, Nicaragua, Santo Domingo y Costa-Rica.

Al hablar del censo, se hace el cálculo de darle á Méjico únicamente una población de 740.659 habitantes. Es cierto que esta cifra es exacta hablando de las personas que «duermen» dentro del período de la ciudad; pero no lo es si se toma en cuenta que una gran parte de las personas que dan vida á la metrópoli viven, para mayor tranquilidad, en las poblaciones de los alrededores.

Una mayoría casi absoluta de los habitantes de San Angel, Mixcoac, Tacubaya, Tacuba, Atzcapatzalco, Tlalpam, etc., puede decirse que sólo les sirven aquellas poblaciones para dormir, puesto que en Méjico se mueven y agitan en el mundo de los negocios, en el comercio, en las diversiones, etc.

Suponiendo que un 10 por 100 de los pobladores de las villas y ciudades cercanas no hacen comercio ni negocios en Méjico, resulta que, agregándose el resto á esta ciudad, puede calcularse que la población total de Méjico es de 693.786 habitantes que le dan vida diariamente. Tal es la masa de resistencia de población mejicana.

Durante el largo período de paz, el progreso de la nación ha sido grande; la riqueza pública ha aumentado considerablemente; la industria, el comercio y las vías de comunicación se han desarrollado, elevando el nivel intelectual del pueblo. Se ha formado la unidad nacional y las ideas de patria y de libertad se han generalizado en todas las clases sociales. Méjico, pues, ofrece una gran resistencia á cualquiera invasión mucho mayor de lo que se supone en el extranjero, porque la nación, á pesar de todo, está unida y fuerte para resistir cualquier ataque.

Cuando la campaña de Napoleón en España, ésta apenas contaba con ocho ó nueve millones de habitantes, y más de

medio millón de soldados perecieron en la campaña; ella fué el principio de la caída de Napoleón. Para la pacificación de Cuba, el Gobierno Español envió á la isla 289.000 soldados y quedaron en élla más de la mitad, teniendo Cuba apenas una población de millón y medio de habitantes. Es evidente, pues, que, dados los elementos de Méjico, su población y su espíritu patriótico para las guerras extranjeras, perecerían antes de subyugar al país más de medio millón de hombres. Esta es una consideración muy seria para cualquiera nación que intentara tan loca aventura, desconociendo los verdaderos elementos de resistencia de Méjico.

El país no se halla en las mismas condiciones del año 47. El país estaba entonces pobre y débil; hoy está rico y fuerte; entonces tenía treinta y siete años de anarquía, de desorden, de destrucción y de ruina; hoy hemos tenido treinta y cinco años de paz, de construir, de trabajar, de enriquecer y de acumular. El erario en aquella fecha estaba exhausto, el crédito era nulo, los presupuestos con enorme déficit; hoy hay fondos de reservas acumulados por 80 millones de pesos; crédito público de primer orden, superávit en los presupuestos. La más completa desorganización militar imperaba en aquella época; sin medios de comunicación; no había intercambio de ideas ni de productos; todos los elementos se hallaban disgregados y dispersos, sin coesión de ningún género; hoy, los intereses se encuentran identificados y se ha formado la Unidad Nacional, fuerte y vigorosa para resistir cualquier ataque exterior.

Puede hacerse el siguiente resumen de la cuestión internacional:

Primero. Los países conquistadores de la actualidad son: Alemania, Japón y Estados Unidos; y los conflictos probables próximos serán de los Estados Unidos con una de las otras dos potencias.

Segundo. Alemania necesita urgentemente de colonias, y las que más codicia son las de la América del Sur ó las posesiones inglesas.

Tercero. Siguiendo la menor línea de resistencia, preferiría la lucha con los Estados Unidos.

Cuarto. Alemania, sola ó aliada con Inglaterra, desconocerá la doctrina Monroe, y las probabilidades de éxito en el conflicto consiguiente serán á favor de Alemania.

Quinto. El fracaso en la lucha traería para los Estados Unidos la pérdida de su influencia y la limitación de su extensión territorial.

Sexto. Este acontecimiento aseguraría la integridad territorial y terminarían las amenazas de invasión á Méjico.

Séptimo. Es probable una lucha de los Estados Unidos con el Japón en Asia, y la victoria también probable para los japoneses.

Octavo. Esta lucha traerá beneficios á Méjico.

Noveno. Las leyes de equilibrio hacen creer que otras potencias vendrán á contrarrestar la influencia de los Estados Unidos en América, lo cual vendría á garantizar la existencia é integridad de las naciones Hispano-Americanas.

Décimo. Las luchas de partidos y los intereses encontrados en los mismos Estados, evitando así su intromisión en los países Hispano-Americanos, de manera que la salvaguardia se encontrara allí mismo.

Undécimo. La desmembración de Centro-América es un grave mal para Méjico.

Duodécimo. Ningún apoyo efectivo puede obtenerse de Centro ó Sud-América.

Décimotercio. Méjico está bastante fuerte hoy y en mejores condiciones que nunca para resistir la invasión.

Décimocuarto. Que la mejor política exterior consiste en mantener la paz interior, cumplir los compromisos de la nación en el extranjero, respetar á las personas y los intereses de súbditos extranjeros, para no dar pretexto á los países conquistadores para encontrar motivo de invasión.

Décimoquinto. Toda guerra en Méjico pone en eminente

peligro la existencia de la nación, y debe evitarse ó cortarse de cualquiera manera.

Décimosexto. Si los Estados Unidos invaden Méjico, no lograrán la anexión, porque antes de consumar el atentado tendrán conflicto con Inglaterra, Alemania ó el Japón.

***

Después de laboriosos proyectos y debates, el Parlamento mejicano ha procedido á adoptar una resolución de valiosa consideración para la cultura de su país, al constituir la Universidad Nacional. El nuevo cuerpo docente está encargado de «realizar con sus elementos superiores la obra de la educación nacional». La Universidad quedará constituída por la reunión de las escuelas nacionales preparatoria, de jurisprudencia, de medicina, de ingenieros, de bellas artes (en lo concerniente á la enseñanza de la arquitectura) y de altos estudios. El Gobierno federal podrá poner bajo su dependencia otros institutos superiores, y dependerán también de la misma los que ésta funde con sus recursos propios. El Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes será el jefe de la Universidad. El gobierno de ésta quedará además á cargo de un rector y un Consejo universitario. El rector es nombrado por el Presidente de la República, y su cargo dura tres años, pudiendo ser reelegido.

Entre otras atribuciones del rector, figura la de contratar profesores extraordinarios, con aprobación del secretario de Instrucción Pública, y la de dar el permiso necesario á las personas que soliciten establecer en las dependencias de la misma escuela una enseñanza determinada, «en el concepto de que se sujetarán á los programas de dicha institución si desean que sus cursos produzcan efectos para la colación de grados universitarios, y de que por regla general serán de su cuenta los gastos que sus clases exijan».

El Consejo universitario se compone del rector de la Universidad, de los directores de las escuelas universitarias y del

director general de educación primaria, como consejeros. Será integrado por cuatro profesores que nombre la secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes; por profesores ordinarios, en proporción de dos por cada escuela, designados en junta de profesores; por alumnos que las escuelas mencionadas elijan, en relación de uno por cada una de ellas. Estos alumnos pertenecerán al último curso escolar. El Consejo se renueva cada dos años en su parte de profesores, y cada año en su parte de alumnos.

La Universidad Nacional de Méjico queda constituída en persona jurídica, con capacidad para adquirir bienes de cualquier género que sean, con tal de dedicarlos al objeto de la institución. Contará con los fondos que le proporcione el Gobierno federal y los que adquiera por cualquier otro medio. Estos últimos serán considerados como fondos propios de la Universidad. El Consejo designará anualmente tres personas para la administración de esos fondos.

El grado de doctor conferido por la Universidad Nacional de Méjico constituirá la testificación más alta que puede dar ésta de los conocimientos de un individuo en uno ó varios ramos del saber humano. Sus doctores serán: universitarios ú *honoris causa, ó ex officio.*

La Universidad debe ser la encarnación del ideal pedagógico de su tiempo. La nueva Universidad Mejicana no deja conocer su ideal con la constitución administrativa descrita. Es un odre de forma determinada, pero su contenido no sabemos si es añejo ó de la nueva cosecha. Esto nos induce á hacer algunas consideraciones respecto de la gran cuestión universitaria, sin olvidar á España.

¿Qué es una Universidad?

¿Cómo está constituída en España la Universidad?

¿Cómo hay que constituirla?

Para los anglosajones, la Universidad es una corporación autónoma de comunidad claustral, en la cual la enseñanza y la educación tienden á exaltar la individualidad: hacer un per-

fecto *gentleman* es el ideal de Universidad de ese tipo; el científico se redondea fuera de ella. Para los franceses, la Universidad ha sido una dependencia burocrática del Estado, en donde *se enseña, es decir, el conocimiento se recibe ya formado,* que sirve las más de las veces para preparar mecánicamente la obtención de un título académico; el científico aparece en las academias. Para los alemanes, la Universidad ocupa un lugar intermedio entre estos dos tipos, y su característica está en que se enseña á investigar al alumno, á colocarle en las vías empíricas que conducen á la rebusca de lo objetivo, en que el profesor es un *investigador* ante todo. Cuando en Alemania se menciona un investigador, se pregunta: «¿En qué Universidad está?», como supuesto natural; y cuando se trata de un profesor, inmediatamente se pregunta: «¿Qué ha escrito, qué descubrimiento científico ha hecho?» Así deslinda los tipos de la Universidad moderna el profesor que fué de la Universidad de Berlín, F. Paulsen, maestro mío.

El carácter de la Universidad alemana se ha acentuado cada vez más, y los otros tipos de Universidades van orientándose hacia el tipo alemán. Hasta en Francia, país de las liquidaciones históricas, el que más se apartó del tipo universitario alemán, se camina hacia la constitución universitaria germánica. Clara prueba de esta tendencia se muestra en lo afirmado por Mr. Steeg, el *reporteur* en la discusión de presupuestos en 1907: la misión del profesor es la investigación. «Los pensadores más originales son los maestros más interesantes, y únicamente los investigadores pueden enseñar el arte de investigar.»

La Universidad se va mostrando como una corporación de hombres de ciencia, de investigadores, encargados de formar científicamente en la investigación á la juventud en los grados superiores de la rebusca científica. La Universidad no es una gran escuela que hay que descuartizar en escuelas especiales, sino corporación unitaria que aparece como tal afirmada en los países viejos civilizados y en los recién llegados á ella. La vieja

Inglaterra inaugura el siglo xx con la fundación de las Universidades de Londres, Liverpool y Leeds; el Japón, con la de Tokío.

A este tipo de Universidad y de profesor llega el alumno. En España suele ser el alumno que llega á la Universidad algo así como un catecúmeno de la ciencia. Apenas tiene preparación alguna; el material humano escolar está defectuosamente formado; apenas están indicados en él los cimientos de la formación científica, y sobre este material hay qne operar.

La preparación (la *Vorbilung,* como llaman los alemanes) no es sólo académica, sino social. La sociedad culta envuelve al joven, afina sus sentimientos y da un sentido *intelectual* á su manera de ser. Por otra parte, la Universidad se preserva de contactos perniciosos, regulando severamente la admisión de alumnos. Muestra de esto la ofrecen los americanos, los cuales, después de terminados los cursos escolares, establecen la obligación de cursar en los *college* cuatro años como alumnos internos, para recibir una educación que les capacite para ingresar en los estudios universitarios *(graduate school).* Allí, pues, no se edifica sobre la arena; se recibe la herencia de los dos primeros grados de enseñanza á beneficio de inventario.

La fe en el *maestro* y la comunión constante de *éste* con el alumno; el espíritu corporativo, que viene desenvolviéndose desde los primeros pasos de la vida escolar, con la formación de asociaciones escolares, con la adopción de colores y de emblemas, engendra esa admirable solidaridad de los elementos universitarios, de la cual no se tiene aquí idea alguna.

El profesor prestigioso se muestra como hombre de ideas, como adoctrinador desde la tribuna de la cátedra, explicando, y no llenando el tiempo con pasadas de lista ni preguntas cabalísticas; como investigador, aparece en el Seminario ó Laboratorio; como amigo, siempre partiendo el pan en la misma mesa que el alumno y leyendo en el mismo cancionero, en sus fiestas repetidas. El científico hace brotar la fe en el discípulo; el compañero, el cariño. Yo, cuando veo la rigidez afectada

de los que creen poseer más ciencia, envolviéndose en severa indumentaria y convirtiéndose en cómitres universitarios, recuerdo al buen profesor Paskowsky, de Berlín, el cual, después de pasar una semana de trabajos universitarios, era el primero en golpear el vaso de cerveza en el banquete de sus discípulos, en cabalgar sobre una silla, bonachón y sonriente, como el alemán-chino de las sátiras de Heine, guiándonos hacia imaginarias conquistas...; y todavía me acuerdo más de lo que escandalizó aquí á algunos mi modesto flexible de 2,50 que, me traje de Berlín, lo que me hizo dudar si al profesor se le distingue por su cabeza ó por su sombrero.

La Universidad española es un remedo estancado de la Universidad napoleónica en su constitución y relación con el Estado. La investigación apenas tiene puesto en ella; la sociedad, la familia y la preparación escolar apenas contribuyen á la formación cultural del joven.

El problema universitario es un problema *social* en gran parte; es un aspecto del problema de pedagogía social. El personal docente debe ser mejor formado también, puesto que los caminos que nos conducen á Europa son practicables y mejor atendidos; de lo contrario, los profesores tomarán tal profesión como cosa secundaria, dedicándose unos á vender bacalao, como en Barcelona; otros á cuidar sus viñas, quién á su tienda de abogado, á su clínica, menos aquellos que, como premio á su romanticismo, reciben miseria. La formación del personal docente supone una perfecta división social del trabajo, y ésta no puede ser perfecta mientras la nueva actividad no tenga una base económica suficiente para mantenerla.

Dos hechos relativos á la Universidad de Valladolid demuestran cuál es el ideal pedagógico español, si ideal puede llamarse á las representaciones dominantes en el pensamiento colectivo y director de hoy. El palacio de nuestra Universidad está ya derribado, y como última oración pronunciada en su Paraninfo quedará la proclama electoral del obispo de Jaca, hecha en el mismo corazón de la Universidad; la nueva Uni-

versidad se levantará sobre los solares de la antigua, rodeada de callejuelas, tabernas y lupanares. Y cuando á los defensores de este proyecto les hablábamos de las Universidades nuevas, levantadas en el campo, llenas de luz y de aire puro, con sus bibliotecas y seminarios, rodeadas de parques y tierras por donde puede en lo futuro desenvolverse la Universidad, algo distinto del palacio de los Bancos ó Ministerios, empotrados en la mefítica *City*, se nos contesta dándonos, como consolación y satisfacción á nuestro ideal pedagógico, con la promesa de levantar en una esquina del futuro edificio un torreón muy cuco y á propósito para postales.

¿Puede, una simple reforma administrativa, reformar el alma, dar el material humano que significan profesores y alumnos para resolver el problema universitario?

Menschen, nicht bloss Gesetze: hombres, no sólo leyes, clamaba Antonio Menger en su obra póstuma, como medio de conseguir toda reforma social. La actividad pedagógica supone una reforma del mundo interior, que no se consigue sino con el manejo de los coeficientes de nuestra vida espiritual. El ideal pedagógico no es un epifenómeno administrativo.

Así queda expuesto el ideal de tres grandes pueblos. Basta imitarles, y asimilarnos su procedimiento, y entonces aparecerá la Universidad como comunión espiritual y de amor, como productora de ciencia y como punto central de la cultura nacional.

*
* *

El comercio exterior de Chile, en 1910, alcanzó á pesos oro de 18 peniques 626.312.000, cifra que es la más alta que hasta ahora señalan las estadísticas del país vecino.

Para apreciar en su conjunto la marcha que ha seguido el desarrollo del comercio exterior de Chile y su progresivo aumento, basta—dice *El Mercurio,* de Santiago—examinar el siguiente resumen que da en libras esterlinas las cifras del primer año en que se tomó la estadística aduanera y los resulta-

dos obtenidos en los años correspondientes á las décadas pasadas:

AÑOS	Comisiones y exportaciones. — *Libras.*
1814	2.922.600
1850	4.842.280
1860	9.524.400
1870	11.039.800
1880	16.362.200
1890	21.464.000
1900	22.119.100
1910	46.973.400

Hasta 1880, el comercio exterior corresponde á un período de desarrollo normal, á pesar de haberse encontrado el país, al finalizar esa década, envuelto en las perturbaciones de una guerra.

Terminada ésta, interviene como factor nuevo la explotación del salitre; pero sus efectos no modifican de un modo extraordinario, como podría esperarse, la marcha señalada como normal antes de la guerra.

Sería muy largo y fuera de ocasión entrar á examinar las causas que han producido este resultado. Basta señalar el hecho.

En la década siguiente se advierte un retroceso, una perturbación profunda en el desarrollo del comercio exterior. De la comparación entre los años 1890 y 1900, resulta que apenas se logró mantener la cifra de diez años atrás. Prácticamente, no tuvo lugar el incremento normal correspondiente al crecimiento del país.

En la década última, por el contrario, el comercio exterior se duplica. Es bien sabido que en gran parte este resultado se debe al salitre.

Considerando la situación alcanzada desde un punto de vista estrecho, podría observarse que, descontando ese factor, el poder de expansión económica del país ha disminuído en

cuanto á los elementos de producción que mantenían, antes de 1880, su comercio exterior. Semejante observación, sin embargo, no tiene más que un valor relativo ó de circunstancias, que no dice nada en contra de la constitución actual de las fuerzas productivas con que Chile sostiene el intercambio. En la evolución incesante de la producción, cambian y se desplazan los factores de ella, se agotan unos recursos, se descubren nuevas riquezas, se utilizan nuevos elementos, se perfeccionan las industrias, y así sucede al trigo la viña y el pasto, al cobre el salitre. El progreso no se detiene, y cuando el salitre deje de ser industria productiva, el país se encontrará en grado de adelanto suficiente para dedicar sus energías y capitales á otras explotaciones, á otros trabajos, á otras industrias que le permitirán mantener intactas sus fuerzas para seguir adelante. El aprovechamiento del suelo arable por medio de la irrigación, por ejemplo, le ofrece el medio de ensanchar la producción agrícola, en proporción diez veces más considerable que la que hoy tiene. La utilización de la fuerza hidráulica de nuestros ríos podrá proporcionarle una fuente abundante de energía para la explotación de numerosas industrias y para la tracción de los ferrocarriles que cruzan el territorio. El desarrollo de la industria del hierro dará valor á los inmensos depósitos de este metal que existen en el Norte, y nos ahorrará el pago anual de varios millones de libras esterlinas por artefactos que ahora necesitamos pedir á la industria extranjera.

Pero, desprendiéndonos de estas consideraciones, vamos nuevamente á referirnos á las condiciones actuales del tráfico internacional para señalar las tendencias de su desarrollo.

En los últimos cinco años ofrece los siguientes resultados:

	Importación.	Exportación.
	Libras.	*Libras.*
1906	17.831.700	21.727.000
1907	22.031.580	21.011.200
1908	20.044.810	23.936.180
1909	19.656.200	22.982.240
1910	22 311.420	24.662.000

En las importaciones de 1907 se nota la influencia de la actividad despertada por las pérdidas del comercio de Valparaíso, á consecuencia del terremoto del año precedente, y á esa actividad forzada era lógico que sucediera un período de depresión, el cual se hace perceptible en 1908, y particularmente en 1909. En el año último vuelven las importaciones á tomar notable incremento.

En cuanto á las exportaciones, en 1909 se nota un retroceso de 1.000.000 de libras esterlinas; pero la cifra del año último sobrepasa á todas las del período.

Examinando el cuadro anterior, se nota en primer lugar que, salvo el año 1907, la balanza comercial es favorable al país; pero, comparando los resultados de cada año, se observa en seguida un hecho ya anotado por *El Times*, de Londres, á saber: el retroceso que viene experimentando esta balanza, y que coincide con la depresión del cambio internacional.

La balanza comercial de 1908 fué de 3.891.000 libras esterlinas, de 2.320.000 libras esterlinas en 1909 y de 2.350.000 libras esterlinas en 1910.

Volver al régimen normal debe ser—agrega *El Mercurio*—una de las preocupaciones más inmediatas del Gobierno, porque el país sufre enormemente en su prestigio y en sus intereses con el estado de bancarrota en que vivimos, sin causa que pueda justificarlo.

Remover las causas que contribuyen á desequilibrar la situación económica, poniendo orden en la Hacienda pública y modificando en forma conveniente la tarifa de aduanas, es una necesidad verdaderamente nacional. De ese modo se logrará dar solidez á la condición financiera y económica de este país, que cuenta con tantos recursos, y que se encuentra, sin embargo, en la situación de los pueblos más pobres y atrasados.

***

El campo de investigación del agrónomo es tan extenso como son los límites de la ciencia que debe dominar; en efec-

to, la agronomía es el conjunto de un sinnúmero de ciencias de un caudal profundo—y todas ellas son dignas de una atención preferente y sabia.—La química es quizás la más hermanada á la agricultura, y por ello debe el agrónomo alterar sus ensayos con los secretos de su principal materia.

Estas consideraciones nos ponen de relieve la importancia de las chacras de experimentación, donde el hombre científico práctico efectúa los ensayos sistemáticos que sirven de guía al agricultor.

En la Argentina, la agricultura debe ser materia «regional». Sus problemas deben resolverse bajo una faz práctica de inmediata aplicación. Estudiar la zona, su clima, su composición agrológica, su medio ambiente para aplicar las especies vegetales que, «ya clasificadas», le presten el medio «determinado» de desenvolvimiento.

Todas estas razones nos inducen á fomentar los campos de ensayos, y en esta oportunidad, es digna de mención la «chacra experimental agronómica», recientemente establecida en la estación Gándara (F. C. S.), por feliz iniciativa de su propietario, el doctor F. W. Gándara (químico), quien la dirige conjuntamente con el Sr. H. J. Fonseca (agrónomo).

El plan de trabajo que se ha impuesto la chacra de experimentación aludida, es bien benéfico, y los beneficios que á los agricultores y estancieros de la región reportará, son muchos.

Hemos recibido un folleto, en el cual se ocupa el doctor Gándara de unos ensayos practicados en la chacra experimental de su propiedad, y que, al conseguir resultados encomiables, confeccionó el proceso de sus ensayos, y los dió á la publicidad el 12 de Agosto en la *Liga Agraria*.

El folleto que acabamos de recibir transcribe totalmente la conferencia que dió el Dr. Gándara, bajo el título «El manganeso en la agricultura.—Su acción bioquímica.»

Empieza el autor ocupándose de las primitivas experiencias de Palissy, Lavoisier y Liebig; después forma un conjunto ameno y puro de las materias agrícolas, pintando, en un

lenguaje tan sencillo como brillante, el porvenir de la agricultura en nuestro país, bajo el amparo y diligencia de los diplomados agrónomos.

Es, pues—dice el autor,—un deber de todos los amantes de la naturaleza y de su estudio, contribuir en la formación de esa nueva ciencia, que en el presente siglo, joven y vigoroso, se recrece en todos los ámbitos de la tierra... Después de las experiencias de Liebig, la acción de los abonos se redujo al de las sales que entran en su constitución. Este químico clasificó á los elementos que figuran en las cenizas de las plantas, por orden de importancia bioquímica, según la proporción en que entran; el poder fertilizante estaba íntimamente relacionado con la cantidad.

Se ocupa luego el Dr. Gándara de las experiencias interesantes de Boussingault, Schele, Herapath, Richardson, Bertraud, en colaboración con el distinguido agrónomo Thomassin Van Bawer.

En seguida, consigna los ensayos practicados con el doctor Damianovich sobre el perejil, rábanos y otros vegetales. Se agregaron en proporciones de 50, 25, 12, 6, 3 y 1 grano de sulfato de cloruro de manganeso recíprocamente, y se llegó á la conclusión de que en el cantero que empleó 1 por 100, el resultado fué muy satisfactorio.

Estos ensayos contribuirán á una clasificación prolija del suelo agrícola, á dominar la «Agrología», y en esta forma el agricultor podrá entregarse á la explotación agrícola, con verdadero conocimiento de causa.

La chacra experimental de Gándara efectuará ensayos prolijos que revelarán verdades científicas de interés nacional.

* * *

Tengo á la vista todos los datos referentes á la cuestión comercial entre España y Cuba, y sobre ellos un folleto en el que se recopilan los trabajos salientes del gran americano José

Mejía, y se estudian sus esfuerzos en pro de la madre patria. Son, al parecer, cosas distintas y distinto su punto de arranque también. Yo, sin embargo, advierto en ello perfecto paralelismo é intentaré en el artículo próximo demostrarlo, entremezclando en las disquisiciones sobre la política arancelaria hispano-cubana, el sentimiento desmaterializado de José Mejía, del que tan necesitados estamos los arancelarios cubanos y españoles.

VICENTE GAY,

Profesor en la Universidad de Valladolid.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Medicina: Cómo se cuidaban en otro tiempo.—Cuestiones político-sociales. La patria y la humanidad.—Literatura: El erotismo en la novela.—Costumbres: El desnudo en el teatro.—Bellas Artes: El dibujo y el color.—Impresiones y notas: Una sentencia por ultraje á las costumbres.—Anécdotas sobre Renán.—La vuelta de España en automóvil.—La palabra *polipote*.—Anécdotas electorales.—La poesía de Mallarmé.—Una página de Emerson.—Cuatro mujeres embarazadas.—Mommsen, mensajero de Bismarck.

MEDICINA

Cómo se cuidaban en otro tiempo.—Sin hablar de la medicina hebraica, asiria, egipcia ó babilónica, ni siquiera de la griega y la romana, baste decir que en todo tiempo ha habido médicos, ó por lo menos personas que pretendían curar enfermedades. El carácter científico de la medicina que á veces llegaron á darle los Hipócrates y Galenos, se perdió casi por completo en la Edad Media, durante la cual, las prácticas supersticiosas, los rezos y las aplicaciones de reliquias eran los medios terapéuticos más corrientes. Sólo los árabes españoles consiguieron dar á la medicina cierto carácter científico, y de ahí el crédito de que llegaron á gozar los médicos moros y judíos, no sólo en España, sino en toda Europa.

En pleno Renacimiento todavía dominaban los empíricos en la generalidad de las ciudades. Carlos VI, con 22 médicos, no adelanta nada en su curación, y entonces echa mano de un hechicero, Arnaldo Guillermo, que se jactaba de curar al rey

con una sola palabra, pero que no consiguió nada, como es natural; dos frailes agustinos hacen tomar al rey perlas en polvo, y como tampoco producen efecto, les cortan la cabeza reemplazándolos con dos hechiceros de Dijon; éstos tampoco consiguieron curar al rey, pero, en cambio, fueron quemados en la plaza de Grève. Luis XI consulta á los charlatanes, y Carlos VIII, Luis XII y Enrique III cuentan siempre con sus astrólogos; Enrique IV mandaba á su médico que sacase el horóscopo del Delfín, y el mismo Luis XIV se dejaba administrar en su última enfermedad, por un empírico, un elixir, y autorizaba á la señora de Maintenon á que llevara al duque del Maine á casa de un charlatán de Amberes, que dejó al joven príncipe más cojo que antes.

Y así andaba la medicina hasta la misma revolución. En cuanto á la peste, en sus diversas formas, baste decir que Courcelles la atribuía á la conjunción pestífera de las estrellas, especialmente á la de Marte, Saturno y Júpiter; que Juan Swan declaraba gravemente en 1566 que «había que tener en cuenta los cometas que tienen la cola hacia Oriente ó que están situados en malos lugares del cielo»; que Benito Textor hacía responsables de la peste á los astros y los cometas que extienden sus colas en sitios malsanos del cielo; teoría aceptada todavía por Monginot, médico del príncipe de Condé. Todavía después, Duref, médico del rey, avisaba á los parisienses que tuvieran siempre á mano pañuelos embebidos en vinagre y tubos de pluma llenos de mercurio, y que tomaran por la nariz raspaduras de marfil, jacinto y rubí. En cuanto una epidemia se declaraba en las ciudades, todos los que podían, desde el rey hasta la misma Universidad, huían al campo; pero, en cambio, cuando se declaraba en el campo, se cerraban las puertas de las ciudades y no se dejaba pasar á nadie. Así sucedió en 1348 en Avignon; los estudiantes, que habían dejado la ciudad, piden autorización para volver á ella, á fin de examinarse, y se les niega; los estudiantes amenazan con escalar las murallas; la Facultad vacila, y decide que el Tribunal se situará en la torre de

Saint-Benezet, y los examinandos se pondrán debajo, sobre el primer arco del puente. Es de suponer que los exámenes serían cortos, y que los maestros, como dice H. de Galiet en *La Revue*, se mostrarían indulgentes.

Parece imposible que las personas de aquellos tiempos pudieran salir con bien de las medicinas y de las operaciones que, médicos, barberos y charlatanes les practicaban, sin anestesiar y sin instrumentos, aplicando á las roturas de arterias, por no conocerse entonces las ligaduras, cauterizaciones con hierro malvando ó con pez hirviendo. Aquellos cuerpos, indudablemente, tenían mucha más resistencia que los nuestros. La misma Catalina de Médicis, á consecuencia de una caída de caballo, sufrió la terrible operación del trépano, y se repuso de ella tan pronto, que pocos días después escribía alegremente á la duquesa de Guisa: «No he estado apenas herida, y sólo estoy marcada en la nariz, como los carneros de Berry.»

Por lo que hace al diagnóstico, puede decirse que mucho tiempo no existió. No se auscultaba á los enfermos, y los médicos no se preocupaban de descubrir la enfermedad que atormentaba al paciente. Precisamente lo contrario de lo que hoy ocurre, pues, por un abuso opuesto, lo primero de que el médico se preocupa es de encontrar un nombre á las enfermedades. Antes se declaraba sin escrúpulo que Felipe el Hermoso, por ejemplo, había muerto de un mal desconocido; hoy no se quiere que haya males desconocidos; á falta de específico que los cure, siempre se descubre un nombre para catalogarlos. Algo de esto se hacía, sin embargo, y así Arnaldo de Villanueva escribía en 1300 para sus alumnos: «Supongamos que no podéis comprender nada del caso de vuestro enfermo; decidle con seguridad que tiene una obstrucción del hígado; si responde que es la cabeza lo que le duele, afirmad atrevidamente que ese dolor proviene del hígado; tened mucho cuidado de emplear el término de *obstrucción*, porque los enfermos no saben lo que significa, é importa que no lo sepan.» Molière no lo hacía mejor.

Claro es que no faltaban en aquellas épocas ciertos médicos que, por intuición más que por saber, adoptaban remedios acertados, pero eran excepciones contadísimas. Los dos remedios universales en los siglos XVII y XVIII fueron la sangría y... ¿cómo llamarlo? ¿El clisterio, como le llamaban los franceses? ¿La lavativa ó la jeringa, como decíamos nosotros? ¿O el enema, como se dice ahora para que el vulgo no lo entienda? El instrumento existía en la Edad Media, y, según el Petrarca, el hombre tomó su idea de la cigüeña. En aquel tiempo, era una odre de piel de cabra, con un cañón de madera ó de hueso; era remedio que se tomaba por cualquier motivo y sin motivo: por la mañana, por la noche y, frecuentemente, por el día. Se tomaba en el retrete, en el cuarto tocador y, á veces, *coram populo,* en pleno salón, como lo hacía la Delfina. La señora de Maintenon, que también las tomaba, se revolvía contra la palabra, é hizo cuestión de Estado cambiar el nombre de *clistere* ¿qué hubiera dicho de nuestra *jeringa*? y, secundada por los jesuítas en tan grande empresa, consiguió que se adoptara el de *remedio*.

La sangría ha tenido en todo tiempo partidarios y detractores. El Petrarca acusaba á los médicos de haber matado á Clemente VI, por sangrarle demasiado. La señora de Sevigné atribuye también la muerte de Monteil á las sangrías que le hicieron, y á la undécima de las cuales sucumbió. Botal, que á fines del siglo XVI había ido de Italia á Francia, sostenía la teoría de que «cuanta más agua se saca de un pozo más buena viene, y lo mismo ocurre con la sangre y la sangría»; el mismo sostenía que «un viejo enfermo debe ser sangrado cuatro ó seis veces al año, y una persona bien constituída, si quiere conservar la salud, cada seis meses». Al rey Luis XIII, conforme á estos principios, le habían administrado en sólo un año 255 purgantes y le habían sangrado 47 veces; ¡qué salud se necesitaba para resistir á esta medicación! Guy Patin, para curar de una fiebre á su colega Martel, le propinó 32 sangrías, y para librar á un tal Cousinet de un reumatismo, 64. Por el menor

catarro se hacían sangrar siete veces. Se sangraba por todo: bronquitis y catarros, fiebres y enfermedades de la piel, dolores de muelas y sarampión.

Aparte de esto, en cuanto los médicos veían á un enfermo con fiebre, hacían cerrar herméticamente la habitación, para que ningún rayo de luz llegase hasta él. Cuando Talbot, más empírico que médico, llevó á Francia la quina en el siglo XVII, la Facultad le despreció; pero la señora de Sevigné cantó sus alabanzas por haber curado al señor de Coulange, y cuando Luis XIV se vió salvado de una mala fiebre por la quina, Talbot se hizo célebre; el rey le compró su secreto por 48.000 libras, señalándole además una pensión vitalicia de 2.000.

La Facultad tuvo que rendirse ante los hechos, pero siguió recomendando sus remedios tradicionales, entre ellos, estiércol de caballo. Guy Patin cuenta que el cuarto día de la última enfermedad de Richelieu, que se moría de un acceso intestinal, le llevaron una curandera que le hizo tragar excremento de caballo en vino blanco, «lo que los médicos aprobaron mucho». ¿Cómo no, si ellos mismos, muchos años después, rodeaban las piernas hinchadas de Mazarino con emplastos compuestos del mismo ingrediente?

Contra la rabia no se había todavía descubierto más que los baños de mar y la aplicación sobre el cráneo de compresas embebidas de saliva, ó la aposición en la frente de una muela de yegua; pero estos remedios, declara gravemente Guy Patin, deben ser practicados desde el principio del mal, pues en otro caso no queda más recurso que ahogar al paciente en su cama, á fuerza de mantas, que es lo que se hacía ordinariamente, salvo los que preferían ser envenenados.

Contra la apoplejía, la epilepsia y las convulsiones, los médicos empleaban la orina de jóvenes bebedores de vino mezclada con bálsamo calmante. Los famosos *vapores*, tan de moda en aquel tiempo, y que hacían tan interesantes á las damas, se curaban con el mismo remedio. «Para mis vapores, escribe sencillamente la señora de Sevigné á su hija, he tomado ocho

gotas de esencia de orina.» La cera humana, dice Limery en 1759, es soberana contra los panadizos, y la raspadura de uñas forma un excelente vomitivo. Bajo Francisco I, el médico del rey, Gaurot, aconsejaba contra la jaqueca hacerse rapar. La curación del asma, según el mismo, se obtenía con una poción, en la que entraban higos de Marsella, carne de dátiles, regaliza, pulmón de zorro lavado con vino y agua de escabiosa. Si se tenía ictericia, «empapad, decía Puech, todas las mañanas un dracma de excremento de pato en medio vaso de vino blanco; tomadlo durante nueve días, y veréis efectos sorprendentes»; también se preconiza para lo mismo una mixtura de gusanos de tierra, lavados con vino blanco, secados en seguida y tragados en una cucharada de vino. Para el mal de piedra se recomienda por el mismo beber todas las mañanas en ayunas un vaso de orines, y en seguida un poco de anís.

Para la gota, Gaurot manda picar un pato gordo y unos gatitos; se destila y con ellos se hace una unción. Para el cólico, Jerónimo de Monteux recomienda meter al paciente en aceite, por lo menos, hasta los riñones, y para el mal de piedra untar los riñones y el vientre con sangre caliente de zorro. Para las cuartanas, Donnel de Courval hacía que el enfermo llevase al cuello una araña encerrada viva en una cáscara de nuez. Todavía en nuestros tiempos hay gentes que la llevan en el bolsillo constantemente para evitar el reuma. La gota, tan frecuente en los siglos últimos, sobre todo en las clases elevadas, se curaba no sólo con el remedio de Gaurot, sino con orines de hombre, como purgante. La hidropesía la curaba el ilustre Van Helmont con aplicaciones de sapos vivos, alrededor de los riñones. Los dolores de muelas exigían ventosas, la sangría de la vena cefálica y gargarismos de vinagre y aceite rosado. Hasta la esterilidad se combatía colgando del cuello un pergamino con una fórmula mágica, y con atar una cerda á la cama de un enfermo aletargado para volverlo en sí. En fin, para curar las escrófulas, Gaurot aconsejaba lavados con cocimientos de puercos; otros opinaban en favor de la boñiga de buey, y

todos reconocían que el único remedio verdadero era hacer tocar á los escrofulosos por una joven, vírgen y desnuda.

Los remedios caseros corren parejas con los de la Facultad. Cuando la señora de Sevigné tiene erisipela en la pierna, rodea el miembro enfermo con panes de rosas empapadas en leche dulce, hervida y refrescada. El caldo de víboras representa gran papel en la terapéutica usual. La señora de Lafayette sólo consigue recobrar sus fuerzas con ayuda de ese brebaje, y la señora de Sevigné escribe á su hijo: «El señor de Boissy me va á mandar diez docenas de víboras de Poitou; coged dos cada mañana, cortadlas las cabezas, hacedlas desollar y cortar en pedacitos y rellenad con ellas el cuerpo de un pollo; á las víboras debo la plena salud de que gozo.» También estaban muy en boga los remedios de los hechiceros empíricos, frailes y monjas. Los de estos últimos, sino hacían bien, no hacían tampoco mal, pues generalmente estaban compuestos de substancias inocuas. Pero las drogas de los charlatanes eran muchas veces peligrosas.

CUESTIONES POLÍTICO-SOCIALES

La Patria y la humanidad. — Como primicias del libro *La Patria*, de Emilio Faguet, próximo á publicarse, aparece en *La Revue Bleue*, con el título que encabeza estas líneas, un artículo que no tiene desperdicio y que en estos momentos tiene palpitante actualidad.

«El patriotismo impide amar á la humanidad»; esta objeción á la idea de la patria es antiquísima. Voltaire la formulaba diciendo: «Es triste que para ser buen patriota se sea frecuentemente enemigo del resto de los hombres.»

El antiguo Catón decía, en cambio, al terminar todos sus discursos en el Senado romano: «Esa es mi opinión, y que se destruya Cartago.» Ser buen patriota es desear que su patria se enriquezca por el comercio y sea poderosa por las armas, y

es evidente que para que un país gane, otro tiene que perder. Sería de desear, quizá, que la voluntad de potencia no existiera. Pero ¿qué sería el hombre sin voluntad individual de potencia y sin voluntad colectiva de potencia? Pues sería un sér tan nulo, que cualquier especie de animal tomaría en su lugar el gobierno del planeta y le domesticaría en poco tiempo. Admitamos, sin embargo, que fuera de desear que el hombre careciera de voluntad de potencia. La desgracia es que siempre ha habido cierto número de hombres que han tenido esa voluntad, y ellos son los que han sometido á los demás. Puede, pues, contarse con que los habrá siempre, y, de haberlos, habrá siempre naciones y fronteras. Supongamos que llega un momento en que la humanidad, harta de rivalidades y competencias, se detiene en el reposo y en la abstención de deseo, ¿qué sucederá? Que bastará que una porción mínima de la humanidad, por razón de clima ó de menor fertilidad del suelo, se encuentre mal en su país, y sienta despertarse en ella el deseo de estar mejor, para que se aproveche del estado de voluntad del resto del género humano y se corte un imperio donde la parezca. Las naciones, en suma, no son otra cosa que núcleos sólidos del género humano, que se han anexionado las partes blandas ó reblandecidas de la humanidad. ¿Habrá siempre en la humanidad partes duras y partes blandas? Es de creer que sí. Luego habrá siempre naciones y habrá siempre también necesidad de patriotismo, necesidad de resignación á la esclavitud.

Hasta en el interior de un país civilizado, protegido por buenas leyes y por buena policía, ¿qué hace el hombre honrado? No es ladrón, pero espera ser robado, y por lo que pueda ocurrir, toma sus precauciones, y pone rejas en sus ventanas y cerraduras en sus puertas. ¿Qué se quiere que haga una nación frente á las demás en régimen internacional, en que cada cual se sostiene por la desconfianza recíproca? En algunas, el patriotismo es voluntad de potencia tan enérgica que se convierte en odio contra el género humano; en la mayor parte, el pa-

triotismo se reduce al deseo de no ser comido. En otras, no existe siquiera; pero no por confianza en las demás, sino por resignación más ó menos consciente á desaparecer.

La mayor parte de las grandes ideas humanas son cosas que no se realizarán nunca, pero que conviene tratar de realizar; y precisamente por el patriotismo se puede tender y realmente acercarse al ideal de la paz universal. El patriotismo está en razón inversa del espíritu de facción y recíprocamente. El pueblo que vuelve la vista á Aníbal, aplaza ú olvida sus discordias civiles. El pueblo patriota constituye, por pequeño que sea, una nación fuerte, que nadie pensará atacar, y el reposo general será un efecto del patriotismo de ese pueblo. Un pueblo dividido y, por consiguiente, débil, dando sin cesar tentación á los demás de conquistarlo ó repartirlo, mantiene en estado permanente en el género humano el espíritu de competencia y de agitación. Italia dividida, Alemania dividida, Polonia dividida, eran presas obligadas de los conquistadores, que, al excitar y atraer las ambiciones de los pueblos fuertes, han mantenido y avivado en Europa durante siglos el espíritu conquistador. Tan lejos está de ser el patriotismo el odio del género humano, como que sin ser el amor es como si lo fuese: es su protector sin quererlo. Se responde que no por eso es menos cierto que el patriotismo tiende á la guerra, y que la guerra es la plaga más espantosa de la humanidad. Religiones, causa de guerras civiles; patriotismo, causa de guerras internacionales. Hay que acabar con las religiones y con las patrias para acabar con las guerras.

Aquí los defensores de la guerra se dividen en dos categorías: unos admiten la guerra á causa del patriotismo, y otros quieren el patriotismo á causa de la guerra; unos mantienen la guerra porque la patria puede tener necesidad de la fuerza, y otros alaban el patriotismo para que la guerra subsista, por ser, en su opinión, una cosa excelente. Los primeros ven en la guerra una necesidad que lamentan; los segundos ven en ella una institución conservadora de las virtudes humanas. Los pri-

meros dicen: «Sed patriotas, y resignaos virilmente á la guerra, como Marco Aurelio, sin amarla, cuando la necesidad de la patria lo exija.» Los segundos dicen: «Es mucha fortuna que las patrias existan, porque eso trae fatalmente la guerra de tiempo en tiempo, y la guerra es saludable en sí. La guerra es sana, la guerra tiene una virtud moralizadora, la guerra es santa.»

Cien filósofos han sostenido esta doctrina, pero ninguno la ha expuesto más brillantemente que Anatolio France, en una página célebre, en que su profundo sentimiento democrático se revela plenamente: «Las virtudes militares—dice—han producido la civilización entera: industria, arte, policía, todo sale de ella. Un día, unos cuantos guerreros, armados con lanzas de silex, se atrincheran con sus mujeres, sus hijos y sus rebaños tras un recinto de piedras brutas; esa fué la primera ciudad, y esos guerreros bienhechores fundaron así la Patria y el Estado, aseguraron la tranquilidad pública, suscitaron las artes y las industrias de la paz, que antes de ellos era imposible ejercer, hicieron nacer poco á poco todos los grandes sentimientos en que todavía hoy descansa el Estado, pues con la ciudad fundadaron el espíritu de orden, de abnegación y de sacrificio, la obediencia á las leyes y la fraternidad entre los ciudadanos. Cuanto más pienso en ello menos me atrevo á desear el fin de la guerra. Suprimid las virtudes militares, y toda la sociedad civil se desmorona. Pero, aunque esta sociedad tuviera el poder de reconstituirse sobre nuevas bases, *sería pagar demasiado cara la paz universal, comprandola á costa de los sentimientos de valor, de honradez y de sacrificio que la guerra alimenta en el corazón de los hombres.*»

Palabras tan graves hacen reflexionar, y contienen, ciertamente, mucha verdad; sería, en efecto, una humanidad muy distinta, y sin duda inferior á la de hoy, la que resultaría de ladesaparición de la guerra; habría el luto de algo grande á la humanidad, el día en que la guerra quedara exterminada.

Pensándolo bien, ¿qué ganaríamos? Dejemos á un lado las

cuestiones de cobardía y de valor, de honra y de deshonra; ¿qué ganaríais con resignaros los que renegáis del patriotismo? ¿No hacer la guerra? La seguiríais haciendo incorporados á la nación que os hubiera conquistado contra los pueblos que quiera conquistar ó de los que tenga que defenderse. ¿Qué habréis ganado? ¿Cumplir el deber de no combatir? «Pero viola esa ley universal, y la viola sólo el que obliga á otro á violarla—dice Jaquet,—y vosotros sois los que os conformáis con la ley universal y los que estáis á su servicio reprimiendo á quien la viola.» ¿Qué habríais ganado? ¿Sacrificar vuestra Patria á la humanidad? Pero no la sacrificáis á la humanidad, sino sólo á la nación que os ataca y os absorbe. El único caso en que os sacrificaríais á la humanidad sería cuando el universo entero fuera de vosotros, formara una sola nación. Se comprende un pueblo de Oriente sometiéndose, sin combatir, al Imperio romano, en el siglo III, y aun entonces la historia nos enseña que esos inmensos Imperios piden poco, se desagregan, y dejan convertir sus restos en nuevas naciones.

Aparte de esto, hay que notar que existe un interés humanitario en mantener las patrias, porque las patrias representan géneros de civilización que no reaparecen cuando las patrias dejan de existir. Esos profesores que se empeñan en destruir la idea de Patria, ó no saben lo que quieren ó quieren que Francia sea absorbida por Alemania, ó repartida entre Alemania, Inglaterra é Italia. ¿Es eso un deseo humanitario y una aspiración culta? Cuantas veces desaparece una nación, la civilización retrocede. El deber general y eterno es defender su patria, y el deber de cada generación es defender su patria tal como existe.

Cuando llegue el tiempo, si llega, en que la humanidad no forme más que una nación, ó la civilización quedará destruída (la civilización artística y literaria, pues la científica, aunque lánguidamente, podrá continuar), ó, precisamente por la supervivencia latente de los genios particulares de los diferentes pueblos, se producirá una dislocación por la voluntad de po-

tencia de tal ó cual grupo humano, y se formarán nuevas naciones ó servirán las antiguas. Se ve, pues, que es un deseo presente el de amar y defender á la Patria, aunque sólo fuera por ese interés de humanidad civilizada que invocan los que la abandonan.

Y ahora, extractado el artículo de Jaquet, permítaseme citarme á mí mismo, reproduciendo una poesía que hace tiempo compuse sobre esta materia y se publicó en *El Diario de la Marina*:

EL SERVICIO MILITAR

(A los socialistas internacionalistas)

Dedicado á mi buen amigo el coronel Arráiz de Conderena.

I

En griego ya lo dijo el gran Tirteo:
«¡Feliz quien muere al defender su Patria!»
Sieyes y Mirabeau lo han declarado:
¡No hay muerte más gloriosa ni más santa!
¡Y preferís morir en una alcoba,
Con la lenta agonía del que acaba,
Entre ahogados suspiros y sollozos,
A morir en un campo de batalla!
¡Aquí silencio, sombras, egoísmos!
¡Allí estrépito, luz, sublimes ansias!
¡Aquí escuchando rezos... ó blasfemias!
¡Allí oyendo cañones y charangas!
¡Aquí luchando por salvar la vida
Con inyecciones, drogas y tisanas!
¡Allí, con el fusil y con el sable,
Luchando heroicos por salvar la Patria!
¡Aquí la muerte oscura del que muere
Como muere un caballo allá en la cuadra!
¡Allí la muerte heroica, que de gloria
Cubre al que muere por su Patria amada!
Ya, ya sé que vosotros, ¡renegados!
Afirmáis ¡malos hijos! que no hay Patria...

Tanto vale decir que no hay familia,
Que todos sois espúreos, ¡mala raza!
¿Sabéis por qué afirmáis tales simplezas?
¿Sabéis por qué decís tales infamias?
Por ser unos cobardes egoístas
Cien veces más burgueses que un Juan Lanas.
Porque os duele cumplir deber ninguno,
Cual si hubiera tortugas sin coraza,
Y suprimís la Patria y la familia
Por no tener que soportar sus cargas.
Sois el tipo burgués más acabado,
Sois el tipo vulgar de Sancho Panza:
Sin pizca de valor en vuestros pechos,
Sin pizca de ideal en vuestras almas.

II

¿Por qué sentís tan implacable odio
Por el noble servicio de las armas?
Veamos los potentes argumentos
Con que explicáis tan necia repugnancia.
Decís que el uniforme del soldado
Os humilla, os irrita y os degrada.
¿Es acaso más fea ó menos limpia
Que vuestra blusa la marcial casaca?
¿Es por ser uniforme el uniforme,
De igual paño, igual corte é igual marca
En toda veste militar? Y entonces,
¿Qué hacéis de vuestra causa igualitaria?
Si queréis igualdad, ¿por qué os irrita
Que vistan traje igual los camaradas?
¿Por qué no han de comer todos lo mismo?
¿Por qué no tener todos igual cama?
¿Es porque el uniforme significa
Que un amo os alimenta, viste y calza?
¿Y no es mejor servir al amo-Estado
Que al amo del taller ó de la fábrica?
El provecho del jefe del soldado
Está en el buen servicio de la Patria;
Y la Patria es tu madre, y son tus hijos,
Y eres tú mismo y son tus camaradas.

Al servir á la Patria, á ti te sirves;
Nadie de tu sudor provecho saca;
El amo del taller puede explotarte;
La Patria con tu amor queda pagada.
—¡Pero pide mi sangre!—Te la pide
Cuando por una guerra le hace falta,
Y al pedírtela entonces, te defiende,
Porque te da instrucción, y abrigo, y armas.
¿Y qué mejor empleo de esa sangre
Que verterla en defensa de la Patria?
¿No la vertéis por una mujerzuela
O por una disputa tabernaria?
Decís que los cuarteles os repugnan;
¿Y qué más que un cuartel es una fábrica?
¿Suena mejor quizá en vuestros oídos
Que un toque de clarín una campana?
¿Pretenderéis quizá que es más sabrosa
Que el rancho vuestra mísera pitanza?
¿O creeréis tal vez que es más higiénico
Tener la cara sucia que lavada?
Entráis en el cuartel casi desnudos,
Y allí os dan trajes de faena y gala;
Entráis hambrientos, y salís nutridos;
Salís con letras cuando vais analfas.
No hace más una madre por sus hijos
Que lo que hace magnánima la Patria;
Ni pedir á sus hijos puede menos:
Que defiendan su honor si alguien lo ataca.
Sois necios, y además inconsecuentes,
Y os pagáis, como tontos, de palabras,
Que ensayo es el cuartel de falansterio,
Y ese es el ideal de vuestra casa.
Lo que os irrita en el marcial servicio
Es esa disciplina con que os atan;
Es el que á ese Luzbel que lleváis dentro
Le dan en los nudillos con la pala.
Es el que allí os obligan á ser buenos,
Humildes y obedientes cual Dios manda...
Como lo manda Dios, ¡sí, renegados!
Ese Dios que no admite el que os engaña.
¡Ah! Queréis libertad para ser malos

(Para ser buenos libertad no falta),
Para decir blasfemias ó dislates,
Para sucios andar de cuerpo y alma.
Nada de eso le importa á vuestro amo,
Atento al logro del taller ó fábrica;
Pero á la Patria sí, porque á una madre
El hijo bueno y sano la entusiasma.
Habláis también de que el servicio odiado
Los goces del hogar os arrebata.
¡Mal las dulzuras del hogar se avienen
Con quien de temple tan viril se jacta!
Dejad tal argumento á esos burgueses
Que nunca aciertan á salir de Capua,
Y que lloran cual tímidos chiquillos
Si oyen hablar de heridas y batallas.
Esos derriten en su vida ociosa
Lo que con tu sudor sus padres ganan.
Desprécialos si quieres; ríe de ellos,
Que no merecen más. ¡Son tu venganza!
¡Que lloren y que chillen! ¡Son cobardes!
¡Que blasfemen también contra la Patria!
¡Son mentecatos! ¡Que hablen de automóviles,
De *sports*, de *chic*, de *stands!* ¡Son papanatas!
¿Qué tenéis de común con esas gentes,
Si sois de la nobleza que trabaja?
No habléis de hogar, porque esa es la careta
Con que el cobarde hipócrita se tapa.
Unos y otros, de grado ó á la fuerza,
Prestaréis el servicio de las armas;
Y allí se fundirán dos estulticias,
Y se harán hombres los que fueron mandrias.

III

Llegáis, para libraros del servicio,
Cual si de algo espantoso se tratara,
A pensar en huir á extrañas tierras
Que desde lejos os parecen Jaujas.
¡Qué engañados estáis! ¡Qué criminales
Son esos vividores que os embaucan!

Aquellas tierras, madres con sus hijos,
Con vosotros serán malas madrastras.
Allí también hay reyes, ó hay repúblicas
(Para el caso es igual, todas son patrias)
Y tienen todas que vivir alerta,
Y todas tienen que vivir en armas.
Que así como tú tratas á otro hombre,
Así tratan las patrias á las patrias;
Y así como tú riñes con tu amigo,
Así patria con patria riñas arma.
Y así como tu riña engendra un crimen,
Si en la riña llegáis á la navaja,
Si aquella riña hasta la guerra llega,
Engendra la invasión y las batallas.
Y por eso, te guste ó no te guste,
Aquí ó allá, doquiera que te hallas,
El tributo de sangre se te exige,
Y de grado ó por fuerza tú lo pagas.
Mejor fuera sin duda, que no hubiera
Riñas ni guerras, de hombres ni de patrias,
Y que en perpetua paz todos viviéramos
Y que á su sombra todo prosperara.
Pero estamos distantes todavía
De ese ideal de sociedad humana,
Y hay que aguantar, mientras el caso llega,
Las exigencias de la paz armada.
Esa es la realidad y esa es la vida,
Y así la hay que tomar ó hay que dejarla.
¿Qué piensas encontrar en otras tierras
Distinto de lo que hallas en tu Patria?
Allí hay Gobiernos, Leyes, Tribunales,
Policía, y Ejército y escuadras,
Cárceles y presidios, Parlamentos,
Escuelas, templos, hospitales, fábricas.
¿Imagináis quizá que aquellas gentes
Tienen otra figura ú otra pasta?
Son hombres y mujeres cual vosotros,
Personas buenas y personas malas
¿Creéis que allí os reciban en palmitas?
Hobbes lo dijo ya en pocas palabras:

«El hombre para el hombre siempre es lobo.»
Lo exige así la condición humana.
Allí y aquí la competencia es dura,
Y come únicamente quien trabaja,
Y es frecuente encontrar brazos de sobra,
Porque el trabajo con frecuencia falta.
¿Y dónde vas á ir, desventurado?
¿Piensas acaso en la vecina Francia?
Se reirán de ti porque no sabes
Ni pedir en francés un vaso de agua.
Se burlarán de ti porque has creído
Que van á darte lo que allí les falta;
Vivirás en perpetuo vilipendio,
Y como un perro morirás de rabia.
¿Vas á marcharte á Portugal? Si llevas
Algo que dar, pondránte buena cara;
Mas si vas á pedir, tal vez el olmo
Te dé antes peras que los lusos plata.
¿Vas á emigrar á Italia? Por millones
Salen de allí los hombres que trabajan,
Y no tendrás la pretensión ridícula
De que te den á ti lo que ellos no hallan.
¿Quieres ir á Alemania? Antes que entiendas
De alemán tres docenas de palabras,
Te han metido en la cárcel treinta veces
Y has estado famélico otras tantas.
¡Nada de Europa! ¡Europa es mundo viejo
Y está por todas partes ya gastada!
Irás al Nuevo Mundo, irás á América,
Porque no hay que pensar en Asia y África.
Te embarcarás con otros desdichados,
Iréis como sardinas en banasta,
Y pasaréis por mil humillaciones
Y un fardo más seréis allá en la cala.
Sufriréis los horrores del mareo,
Hambre, sed, asco, miedo, angustias, náuseas,
Y creeréis en Dios, ó al diablo mismo
Diréis que os libre de tortura tanta.
Pasados los tormentos del viaje,
Lo primero que haréis en tierra extraña

Es renegar del pensamiento loco
De abandonar por siempre vuestra Patria.
Abatidos de espíritu y de cuerpo,
Juguete de casuales circunstancias,
Serán allí explotados vuestros brazos
Si antes no perecéis en la batalla.
Y el estigma de infames desertores
Pesará como plomo en vuestras almas,
Y lloraréis con lagrimas de sangre
El crimen cometido por la Patria.
Y lanzaréis suspiros á diario,
Y temblaréis morir en tierra extraña,
Y pediréis á España que os perdone,
Y daréis vuestra vida por España.
.....
No aguardéis á tan tarde; hacedlo ahora,
Y ofreceos alegres á la Patria,
Y oídos no prestéis á charlatanes
Que ó son tontos ó son unos canallas.

LITERATURA

El erotismo en la novela.—Nuestro querido colega madrileño *Nuestro Tiempo* ha abierto una información, mediante una circular firmada por Luis de Terán, dirigida á las personalidades literarias más caracterizadas, rogándoles contesten á las siguientes preguntas: «¿Cree usted que, en efecto, se registra hoy una producción singularmente copiosa de novelas cuyo erotismo pueda ser censurable? ¿Cuáles son, en la valiosa opinión de usted, los imperativos de la moral artística en especial relación con la novela, y cuáles, por consiguiente, los preceptos y límites que impone?»

La condesa de Pardo Bazán contesta que las novelas muy eróticas no adolecen de excesivo realismo, sino de aquel procedimiento antirrealista de acumulación que tanto se echó en cara antaño á Zola. De la sobreproducción de novela erótica *(sic)*, que es un hecho innegable, no acusa tanto á los autores

y editores como al publiquito. Si el género corre que vuela, habrá siempre proveedores del género. Uno de nuestros males es que no haya juventud adolescente, que se salte de chiquillo á hombre, y que con el cigarro madure la sensualidad. En cuanto á los imperativos de la moral artística, los límites del arte los impone la belleza, y por erótico que sea el idilio de Dafnis y Cloe, es muy bello y merece su aplauso. Picón dice que el mal de que se escriban novelas licenciosas no es de ahora, sino de siempre; mas como suelen valer poco, se olvidan pronto, y si hoy el mal parece agravado, será porque hay mayor número de lectores para todos los géneros. El escritor debe tener libertad completa para pintar el amor en sus infinitas fases, sin otras restricciones que las impuestas por su buen gusto y propio decoro. La censura creada contra lo pornográfico atentaría pronto contra lo verdaderamente artístico. Que cada cual escriba lo que quiera, seguro de que el tiempo es un sepulturero que trabaja muy á prisa.

Unamuno dice que no lee, ni siquiera se entera más que por lo que oye decir, de que se publiquen novelas eróticas. En cuanto á lo de imperativo ético, prefiere hablar de los mandamientos de la ley de Dios. Tanto el escribir como el leer novelas pornográficas, supone una inferioridad mental y artística. Don Juan Tenorio era un majadero ó poco más, aunque no había aprendido á escribir. Viola con letra mayúscula. Es casi el mismo público el que consume las tonterías pornográficas, las tonterías anarquistas, las tonterías cientificistas; de lo que tenemos que defendernos es de la tontería, y nada conseguiremos mientras la cofradía de la pluma mercenaria, atenta al «hoy por ti y mañana por mí», siga en diarios y revistas elogiando, ó, cuando menos, disculpando verdaderas necedades, y contribuya así á dejar campo libre á los majaderos, dedíquense á mamporrear á viejos verdes ó á matar el tiempo.

Alberto Insúa cree que se registra hoy una producción singularmente copiosa de novelas, cuyo erotismo puede ser censurable; pero no por el erotismo solamente, sino por la igno-

rancia, el mal gusto y la vulgaridad que revelan, pues el erotismo, como el misticismo, es elemento de arte, y, como tal, invulnerable. El arte y la moral son cosas independientes é inconciliables, y, por consiguiente, no hay ningún imperativo de moral artística. Reconoce que escribe desde una estrella, y que la mayor parte de los preceptos y de las costumbres de la tierra le hacen sonreir. Así son en Marte, según él dice, donde sin duda no se han enterado todavía de que no han pasado de la categoría de habitantes planetarios y no estelares.

Julio Cejador dice que la novela erótica nos ha venido de Francia; pero que aquí va tomando un matiz agravante por la comezón que sienten algunos escritores de mezclar lo erótico con lo sagrado, con estúpido aplauso de los espectadores. El arte es libre y no está sujeto ni á la moral, pero es porque la belleza que sea inmoral deja de ser belleza. Tan enemiga de la belleza es la inmoralidad como la falsedad; el día que una belleza falsa sea belleza, podremos admitir que una belleza inmoral sea bella, y que el erotismo desnudo quepa en la novela artística.

Cristóbal de Castro cree que hay una producción copiosa, y aun copiada, de novelas cuyo erotismo no sólo puede, sino que debe ser censurado; afirma con Valera que la moral no tiene en absoluto nada que ver con la literatura, la cual, en todo tiempo y sitio, debe sujetarse á la decencia; y cree que es un punto de dignidad profesional el combatir esa avalancha sicalíptica con el silencio, que es el arma más eficaz.

La cultísima Carmen de Burgos (Colombine) dice que es deber de los novelistas no adular el gusto del público en una sociedad corrompida y viciosa, sin que valga acogerse á la definición de Stendhal (la novela es un espejo que se pasea á lo largo de un camino); pues la novela, sin apartarse de la realidad, puede ser la educadora de toda una época. Nuestra literatura patria fué desde las primeras gestas austera, como el alma de Castilla, y sus tipos de mujer tuvieron algo de místico y conventual. Al aparecer el *Quijote,* el público comprendió

más á Sancho que al caballero de la Mancha, y al aparecer la novela realista moderna pensó que el mérito consistía en apartarse de lo espiritual para buscar sólo lo grosero; se entendió que era más real describir un estercolero que un búcaro, y así nació la llamada novela erótica ó sicalíptica. El arte se ha de inspirar siempre en la Naturaleza, y ahí están nuestros libros de picardía y la Celestina, en demostración de que nuestra novela clásica no fué gazmoña; pero esos libros son como las estatuas griegas, desnudas sin impudor. La novela erótica, de importación extranjera, es al lado de la literatura erótica clásica lo que un cromo de diez céntimos á una pintura de Tiziano. El arte de los novelistas eróticos modernos, obra de decadentes, consiste sólo en desnudar mujeres ó describir aberraciones; sus tipos no son reales; sus mujeres no son ni madres ni hermanas; llevan estereotipado en el rictus de sus labios un gesto de Eden-Concert. Hay que oponer á la novela erótica la novela artística; á las groserías de taberna, la armonía de la poesía y de la música. La salvación de España está en enseñar al pueblo á sentir el arte.

Yo también, solicitado para dar mi opinión, he contestado lo siguiente:

Sí, hay verdadero exceso de novelas eróticas, de piezas *sicalípticas,* de postales obscenas, de periódicos indecentes, de artículos excitantes; es una oleada de lujuria la que pasa por el mundo invadiéndolo todo, manchándolo todo, la literatura y el arte, la conversación y las costumbres.

El erotismo de la producción novelesca, sobre todo, es altamente censurable, porque es un erotismo buscado, refinado, servido con todos los alicientes necesarios para despertar malos apetitos, encender perversos deseos y llevar las pasiones al paroxismo de la excitación. Las famosas novelas picarescas de Paul de Kock son concepciones inocentísimas al lado de cualquier novela contemporánea; aquello se leía y hacía reir, sin otras consecuencias. El mismo Zola, con sus bestiales escenas de *La Tierra* ó de *Nana,* no resultaba un calentador; claro es

que quien se sentaba al brasero de sus producciones se calentaba también; pero Zola no lo encendía para dar calor, sino para demostrar que sabía manejar la badila, con el fin de que el público le admirara. Hoy no: desde Louys hasta el mismo Bourget, desde Loti hasta el propio Huysmans, desde Prevost hasta Barrès (y cito á los dioses, á los académicos, á los que no exageran la nota, rinden culto á su nombre, sin hablar de los Annunzio ni de los del montón), todos, todos, todos, explotan el erotismo y descienden al innoble papel de calentadores, dándose casi la mano con los *souteneurs* y los rufianes.

Es fuerte, sin duda, lo reconozco, pero es verdad; el escritor que tiene talento y lo pone al servicio de la lujuria, excitando con sus descripciones, con sus diálogos, con sus narraciones al lector hasta irritar sus sentidos, hace oficio de ramera; éstas cobran sus servicios, y el novelista cobra los suyos; unos y otros se venden; unos y otros comercian con las pasiones bajas de la humanidad; y bien mirado, no vale más el escritor prostituído que la prostituta, que es de más precio la honra de una mujer que la honra de una pluma.

Volviendo al asunto: pasa con la novela como con la escultura y la pintura. ¿Habéis visto la Venus de Milo ó el Apolo de Belvedere? Son desnudos artísticos que no se dirigen á excitar los sentidos; y por eso los contempláis y os extasiáis con su belleza sin sentir nada inconfesable. Ved el cuadro de *La Inocencia*, de Delacroix; no hay desnudo más completo; pero lo admiráis con la serena impasibilidad de un artista que goza del puro deleite de la contemplación. Ved, en cambio, *El Columpio*, de Fragonard (no hablo de *La Gimblette*), ó *Las dos jaulas*, de Lavreince; allí ni siquiera hay desnudos; las dos piernas de la alegre columpiante están cubiertas con sus medias, y de las dos rivales de las jaulas nada se ve desnudo más que los rostros; y, sin embargo... ¡qué diferencia! Allí, con todo el cuerpo desnudo, nada impuro se siente; y aquí, con todo cubierto, el instinto del animal se despierta con voluptuosidad, pronto á dar un zarpazo.

Y ahí está el arte, y ahí está la culpa, y ahí está la solución de la segunda pregunta que usted me dirige: «¿Cuáles son los imperativos de la moral artística, y cuáles los preceptos y límites que impone?» ¿Imperativos de la moral artística? Este tan sólo: «No excites al prójimo á pecar.» ¿Preceptos y límites que impone? Todos los que se derivan de ese mandamiento. ¿Sientes el desnudo? Píntalo, descríbelo, escúlpelo, pero sin buscar el halago de los sentidos, sin rebajarte á servir pasiones groseras, como Delacroix pinta su *Inocencia*. ¿Encuentras arte en un coloquio amoroso, en una escena de seducción? Tradúcelo en las obras en lenguaje limpio, sin colores chillones, con absoluta verdad, en lo que tenga de artística, de modo que produzca la impresión serena de un espectáculo de la Naturaleza. Si ese mismo desnudo, si ese mismo coloquio, si esa misma escena ofrecen algo que sirva para provocar, excitar ó exaltar el erotismo, rompe tu pluma ó arroja tu pincel antes que rebajarte á servir de calentador de nadie; ese es oficio de rameras.

COSTUMBRES

El desnudo en el teatro.—Intimamente enlazado con el tema del erotismo en la novela, y formando otra fase del gran tema ético-estético de las relaciones entre el arte y la moral, se encuentra la cuestión especial del desnudo en el teatro, tratada por Saint-Alban en el *Mercure de France*.

En el siglo XVIII, las bailarinas apenas lucían las piernas, cosa no extraña, pues entonces no se usaban los pantalones. A mediados del pasado siglo aparecieron las primeras mallas, que produjeron bastante escándalo, porque con ellas pudieron las bailarinas lucir sus pantorrillas. El traje, que parecía tan anormal de aquellas damas de apoteosis, era exactamente el que hoy se ve en cientos de mujercillas en los escenarios de music-halls.

El gran paso estaba dado, pues el gran paso para Saint-

Alban está en pasar de la falda á la malla, y no de la malla al simple polvo de arroz. Como es natural, la primera vez que se vieron mujeres sin el tejido que impide admirar los lirios y las rosas de que está formada, según definición clásica, la piel de una joven bonita, fué en reuniones completamente privadas. Saint-Alban recuerda á una amazona martinicana, que hace quince ó veinte años oprimía vigorosamente en el circo Mollier, con sus muslos desnudos los flancos de su montura; su piel, de bronce dorado, resaltaba maravillosamente sobre la blancura de la del animal. Julio Roques, en las veladas que daba cada año á los suscriptores del *Courrier Français*, y en las que dominaban artistas y periodistas, les ofrecía el cuadro al natural del «Duelo de mujeres», de Emilio Bayard, y organizaba concursos de... riñones solos, destacándose sobre paños oscuros, con números por debajo para identificar á las concursantes, que penetraban en seguida en el baile vestidas, con sus números al cuello. El advenimiento solemne de la belleza femenina sin velos se celebró, sin embargo, en el primer baile de Quat'z'Arts, en 1892, en la sala del Moulin-Rouge, hoy transformada en teatro. Allí se vió, por vez primera, multitud de jóvenes yendo y viniendo en traje paradisiaco, en medio de grupos de artistas y poetas, sin que se convirtiera el baile en orgía, ni se cometiera ninguna inconveniencia.

La indignación provocada por semejante atrevimiento, hizo que la Liga contra la licencia de las calles lo denunciara á los tribunales. Los jueces tuvieron que reconocer que estaban desarmados, por tratarse de una fiesta privada, y al año siguiente se repitió la fiesta, aunque reduciéndola exclusivamente á los artistas, y eliminando hasta los músicos y los poetas; y desde entonces se viene repitiendo todos los años, con el carácter de exposición de modelos vivos.

Muchas bailarinas, acostumbradas á la semidesnudez de su traje de escena, quisieron rivalizar con los modelos, y obtuvieron efectos artísticos bastante atrevidos; pero este género de bailes estaba reservado á las reuniones privadas, de artistas,

de gentes de teatro y de clubmen de los grandes casinos. ¿Cuándo se salió de estos límites para invadir con el desnudo las escenas realmente públicas? Es difícil precisarlo.

La malla académica daba á la mujer en la escena la apariencia de una estatua. Se la reemplazó por una capa de pintura bronceada ó dorada que asemejaba la artista en sus posturas plásticas á un ídolo oriental. Este procedimiento, aunque autorizado por el tribunal, que se negó á castigar una exhibición de este género en Olimpia, ni era higiénico para las pacientes, ni satisfacía á los espectadores. Se dió un paso más, y en 1907, en el music-hall de *Bataclán*, se vió por primera vez una desnuda hasta la cintura: era un cuadro vivo *Psiquis cortejada por Eros*, y la ninfa dejaba caer el lienzo, que recogía púdicamente, ofreciendo á la vista la mistad de su cuerpo; en otro pasaje, una tropa de muchachas aparecían moldeadas en mallas, que debían haber sido tejidas á la medida por lo perfectamente que estaban pegadas á la piel; á menos de desnudez absoluta, no se podía hacer más completo desnudo. Dado el impulso, no tardaron en aparecer en los cafés-conciertos de París espectáculos semejantes, y no hubo revista que no ofreciera al espectador visiones voluptuosas: aquí era una bailarina abandonando uno tras otro sus velos de muselina en un claroscuro azulado, y allá una habitante del Olimpo surgiendo súbitamente de las tinieblas por encima de grupos y de coros.

Pero todavía esto era insuficiente para los defensores de la causa de la belleza integral en la patria de los radicales partidarios de la enseñanza neutra. Las Loie Fuller y las Mabel Love habían renovado ya el arte del baile, é Isadora Duncan revelaba al público parisién sus asombrosas interpretaciones de las grandes obras musicales; la Duncan bailaba en la escena del Trocadero, ante muchos miles de espectadores lejanos; otras bailarinas de gustos más íntimos preferían públicos selectos y salas discretas; se estableció un verdadero pugilato de atrevimientos, y el senador Béranger, al frente de la Liga

contra la licencia de las calles, tuvo que intervenir. Se persiguió á la bailarina griega Aymos, que aparecía en la Folie-Pigalle, sin más traje que unos anillos y un *pendentif*; á las Tres Gracias de *Princess'theatre*, que se dejaban admirar en traje de taller de Praxiteles, y á las mitilenas del Little Palace, que figuraban en una pantomima de mujeres que iban y volvían de Lesbos. El tribunal se vió en un apuro entre las excitaciones de los defensores de libertad y las protestas de los partidarios de las buenas costumbres; sin embargo, como Claretie declaró que en los pasos de la griega Aymos no había encontrado más que una belleza puramente estética, y aunque se rendía homenaje en el acta de los ujieres al gesto gracioso con que saludó al público una de las artistas, el tribunal no se dejó enternecer por aquel gesto, y condenó á las artistas del *Little Palace*, absolviendo á las del *Princess* y *Folie-Pigalle*.

Los jueces eran muy precisos en sus considerandos: «No constituye, decían, el delito de ultraje público al pudor el hecho de representar ó hacer representar en el teatro escenas en que figuren mujeres desnudas, cuando el alejamiento de los personajes, colocados en cuadro en el fondo de la escena, el colorete de que están recubiertos, sus posturas puramente plásticas, exentas de todo detalle que proceda de una inspiración lasciva, su inmovilidad durante la visión, el cuidado de hacer desaparecer todo lo que es susceptible de dar á los cuadros un giro obsceno y licencioso, autorizan á pensar que los artistas y los directores no han pretendido dar más que una impresión de arte, procedente de la belleza natural y plástica. Pero constituye el delito de ultraje público al pudor, á cargo del director y de los artistas que lo han hecho representar, ó lo han representado, una exhibición del desnudo que, extraña á todo sentimiento artístico y, acompañado de actitudes, enlaces, caricias y besos, no podría considerarse sino como una ostentación de pasiones perversas, y un llamamiento á la lubricidad más grosera, más turbadora y más peligrosa.» Este juicio pareció poco severo al senador Béranger, y en virtud de

apelación, la Audiencia, en sus sentencias de 16 de Diciembre de 1908 y 3 de Marzo de 1909, agravó la condena del tribunal inferior, convirtiendo además á los absueltos en condenados.

El mundo del teatro se alarmó, y se abstuvo durante algún tiempo de pantominas y de bailes. Bérenger no se contentó con este triunfo, y consiguió multar á los autores del anuncio de la revista *A nu les femmes*. Sin embargo, la cuestión sigue en pie, y es curioso que, cuando se cubre el pecho para respetar las susceptibilidades de unos, se permite descubrir bastante de lo demás, para dar gusto á otros: el traje de Salomé que llevan muchas cantantes y mímicas, se compone de una simple armadura de orfebrería que oculta la redondez de los senos, pero que deja desnudo todo lo demás, espalda, riñones, epigastrio, ombligo y vientre, sin que ninguna señora decente de la Ópera haya pensado formalizarse por ello. Una artista puede, pues, mostrar en la escena casi todo, salvo lo que por un lado caracterice á la Venus de Médicis, y por otro, á la Venus Calipiga.

Todo el mundo admite que el ultraje público al pudor debe ser castigado; pero ¿dónde empieza? La mujer árabe hoy mismo oculta su rostro, y la mujer española del siglo XVII ocultaba su pie, como las de hoy ocultan la región de las caderas; una dama no es impúdica yendo al baile en traje escotado, ni una bailarina lo es tampoco al salir á escena con traje de malla. El pudor sólo se ultraja cuando se le violenta; habiendo consentimiento, no hay violencia ni ultraje; un maniático aislado en el campo, comete ultraje público al pudor si se presenta desnudo ante una transeunte, porque ésta tiene derecho á que no se violenten sus miradas; una bailarina, aunque aparezca sin velo ante multitud de espectadores, no comete ultraje público, si todos esos espectadores sabían que se les iba á dar ese espectáculo. Esto es, efectivamente, muy jurídico, pero no puede admitirse como quiere Saint-Alban, sin ciertos distingos, como no se puede admitir que un hombre mate á otro, aunque éste se lo pida delante de notario. El mismo

Saint-Alban, admitiendo toda clase de rigores en las calles, plazas y paseos, exigiendo que los enamorados cierren bien sus persianas, si se les puede ver desde la calle, y pidiendo que se limpien los escaparates, y hasta los anuncios, y hasta las estatuas, de toda obscenidad, y pretendiendo que se dejen en libertad ciertos salones bien caldeados, inundados de luz y llenos de alegría, donde sólo acudan espectadores que sepan lo que van á ver, reconoce que hay que precisar qué salones son esos. Si un padre de familia que va con sus hijos á la Comedia Francesa ó á la Ópera Cómica, se encontrase sorprendido con un espectáculo impúdico, tendría derecho á quejarse. Aun limitados esos salones, reconoce también que, por el arte precisamente, conviene no abusar de ese género de visiones, pues el que ciertas bailarinas con pies desnudos hayan tenido éxito, no es motivo suficiente para que los directores de teatro despojen á sus pobres figurantas de su calzado y de sus medias, obligándolas á enseñar unas pantorrillas flacas, unos pies deformados y una epidermis cuajada de pelos irregulares, ó sembrada de manchas encarnadas. Como se ve, para Saint-Alban la libertad viene á tener tantas limitaciones, que es cien veces preferible conservar las buenas costumbres y mantener las prohibiciones dictadas por la moral tradicional. Convénzase Saint-Alban y todos los partidarios del desnudo libre.

BELLAS ARTES

El dibujo y el color.—Rodin, dice en uno de sus instructivos artículos de *La Revue* Pablo Gsell, ha dibujado siempre mucho, sirviéndose, ya de la pluma, ya del lapiz. Antes trazaba un contorno á la pluma, y luego añadía con el pincel negros y blancos; las aguadas resultantes parecían copias de bajorelieves, y eran visiones de estatuario. Después ha utilizado el lápiz para dibujar desnudos, sobre los que ha extendido tintas de color claro; son visiones de pintor, en las que se nota la im-

paciencia del artista que teme se le escape una impresión pasajera; á veces, todo un cuerpo está trazado de un tirón por una sola línea, y la piel aparece lavada por tres ó cuatro grandes cuchilladas sobre el torso y los miembros. El toque es tan brusco, que ni siquiera recoge el artista las gotas escurridas de cada pincelada; no son líneas ni color, es movimiento, es vida. Ultimamente Rodin, siguiendo usando el lápiz, ha dejado de modelar con el pincel, y se ha contentado con indicar la sombra difumando con el dedo los rasgos del contorno. Este frote gris-argentado envuelve las formas como en una nube, bañándolas de poesía y de misterio. Contemplándolas un dia, mostraba Gsell á Rodin la diferencia entre aquellos dibujos y los que suelen agradar al público.

—Es verdad—respondió Rodin—que lo que agrada más á los ignorantes es la inexpresiva minuciosidad de la ejecución y la falsa nobleza de los gestos. El vulgo no comprende nada de un resumen atrevido que prescinde de detalles inútiles para consagrarse sólo á la verdad del conjunto. En materia de dibujo, hay errores difíciles de rectificar: se imagina que el dibujo puede ser bello por sí mismo, y no lo es sino por las verdades y sentimientos que traduce. Lo que se llama ordinariamente un hermoso dibujo, no es en realidad sino prestidigitación buena para maravillar á los tontos.

Pasa con el dibujo en arte como con el estilo en literatura: el estilo que se amanera para hacerse notar, es malo; no hay más buen estilo que el que se hace olvidar para concentrar la atención del lector sobre el asunto tratado; el dibujo, el estilo verdaderamente bello, son los que ni siquiera piensa uno alabar, absorbido por el interés de lo que expresan, y lo mismo ocurre con el color.

Se admira el dibujo de Rafael con razón; pero no hay que admirarlo por sí mismo, por las líneas equilibradas con más ó menos destreza, sino por lo que significa; lo que constituye su mérito es la serenidad deliciosa del alma que veía por los ojos de Rafael y se expresaba por su mano. Lo que se debe admirar

en el dibujo de Miguel Angel, no son los rasgos en sí mismos, sus audaces escorzos y sus sabias anatomías, sino el poder rugiente y desesperado de aquel titán. Lo que se debe admirar en la coloración del Tiziano, no es su más ó menos agradable armonía, sino el sentido que presenta, dando la idea de una soberanía suntuosa y dominadora. La verdadera belleza de la coloración de Veronés, procede de la evocación de la elegante cordialidad de las fiestas patricias por la finura de su argentada irisación. Los colores de Rubens no son nada en sí mismos; su llamarada sería vana si no diera la impresión de la vida, de la dicha y de la robusta sensualidad.

Quizá no existe obra alguna de arte cuyo encanto dependa del sólo balanceo de las líneas ó de los tonos, y que se dirija únicamente á la vista; si las vidrieras de los siglos XII y XIII encantan por lo aterciopelado de sus azules profundos, por la caricia de sus suaves violados y por lo cálido de sus carmines, es porque esos tonos traducen la felicidad mística que esperaban gozar los piadosos artistas de la época en el cielo de sus sueños.

Claro es que si el dibujo es defectuoso, si el color es falso, la más poderosa emoción será incapaz de expresarse; las incorrecciones de anatomía harán reir cuando el artista quiere conmover. Es la desgracia que sufren hoy muchos artistas jóvenes: como no han hecho estudios serios, su inhabilidad les delata á cada instante. No hay, pues, que olvidar el oficio, y se necesita una técnica consumada para disimular lo que se sabe. La gran dificultad y el colmo del arte es dibujar, pintar y escribir con naturalidad y sencillez.

—Sin embargo, maestro—le dijo Gsell,—¿no puede ocurrir que obras maestras muy emocionantes pequen por alguna flaqueza de ejecución? ¿No se dice, por ejemplo, que los cuadros de Rafael tienen frecuentemente mala coloración, y los de Rembrandt un dibujo discutible?

—Equivocadamente: si las obras maestras de Rafael arrebatan el alma, es porque todo en ellas, el color como el dibujo,

contribuye á este encanto. El color del Sanzio es muy distinto del de Rembrandt, pero es precisamente el que reclama su inspiración: clara y esmaltada ésta, ofrece tonalidades frescas, floridas y alegres. Parece imaginario; pero es porque la verdad observada por el pintor de Urbino, no es la de las cosas puramente materiales; es el dominio de los sentimientos, es una región en que las formas y los colores se transfiguran por la luz y el amor. Un realista intransigente podría tildar esa coloración de inexacta, pero los poetas la encuentran justa. Lo que es cierto es que la coloración de Rembrandt ó la de Rubens, ligada al dibujo de Rafael, sería ridícula y monstruosa.

Del mismo modo, el dibujo de Rembrandt difiere del de Rafael, pero no es menos bueno; mientras las líneas del Sanzio son suaves, las de Rembrandt suelen ser rudas y encontradas. La visión del gran holandés se detiene en las rugosidades de los vestidos, en las asperezas de los rostros vetustos, en las callosidades de las manos plebeyas, porque para Rembrandt, la belleza no es más que la antítesis comprobada entre la trivialidad de la envoltura física y la irradiación interior. ¿Cómo mostrar esa belleza formada de fealdad aparente y de grandeza moral si tratara de rivalizar en elegancia con Rafael?

—De modo que ¿es un error creer que un mismo artista no puede ser á la vez buen colorista y buen dibujante?

—Seguramente, y no se explica cómo ha podido formarse ese prejuicio que goza todavía de tanto crédito. Acabo de probarlo con Rafael y con Rembrandt, y lo mismo podría demostrarse respecto de todos los grandes artistas. Se ha acusado, por ejemplo, á Delacroix de no saber dibujar, y la verdad es la contraria, que su dibujo se armoniza maravillosamente con su color. Lo que engaña á los semiperitos es que no admiten más que una sola clase de dibujo, la de Rafael, ó más bien la de sus imitadores David y Ingres, cuando en realidad hay tantos dibujos y coloridos como grandes artistas.

Alberto Durero, se dice á veces, tiene un color duro y seco. No tal; pero es un alemán, un generalizador; sus composicio-

nes son precisas como construcciones lógicas; sus personajes son lógicos como tipos esenciales; por eso su dibujo es tan apoyado y su color tan voluntario. Holbein es de la misma escuela: su dibujo no tiene la gracia florentina ni su colorido el encanto veneciano; pero línea y color tienen en él un poder, una gravedad, una significación interior, que no se encuentran quizá en ningún otro pintor.

En general, puede decirse que en los artistas muy reflexivos, como éstos, el dibujo es particularmente apretado, y el color de un rigor que se impone como la verdad de las matemáticas. En otros, en los poetas de corazón, como Rafael, el Correggio, Andrés del Sarto, la línea tiene más flexibilidad y el color más ternura acariciadora. En los llamados realistas, cuya sensibilidad es más exterior, en Rubens, Velázquez y Rembrandt, por ejemplo, la línea tiene una mancha viva, con rudezas y descansos, y el color, tan pronto estalla en resplandores de sol, como se atenúa en sordinas de bruma. Los medios de expresión de los genios difieren tanto como sus mismas almas.

IMPRESIONES Y NOTAS

Una sentencia por ultraje á las costumbres.—Si en el teatro se presenta con caracteres agudos la cuestión del desnudo y de la licencia, no reviste menos gravedad el desbordamiento de esa misma licencia, no ya en el libro de entretenimiento, novela ó cuento ilustrado, sino hasta en los mismos libros científicos de propaganda y vulgarización. El simple anuncio de la publicación de uno de ellos ha motivado una sentencia del 30 de Enero del año corriente, cuyos considerandos merecen ser recogidos por la buena doctrina que sientan.

Se trata de una denuncia contra el anuncio de la publicación de un libro en que se exponen los métodos anticoncepcionales, y el tribunal lo condena por las consideraciones siguientes:

«Atendiendo á que, por supresión del riesgo de embarazo, la propaganda anticoncepcional arrastra al libertinaje y al desorden, siendo en eso contraria á las buenas costumbres; considerando que la ley no ha querido atacar solamente el escrito obsceno, la expresión, es decir, la forma, sino que ha querido igualmente atacar los resultados, es decir, el fondo; considerando que los trabajos preparatorios no dejan subsistir ninguna duda en este respecto; considerando que en el Congreso de los Diputados es donde á la palabra *obsceno* se ha añadido la fórmula «ó contrario á las buenas costumbres»; que el proyecto del Gobierno proponía añadir á la palabra *obsceno* la fórmula «ó propio para excitar al desorden»; que en el Senado, el verbo *provocar* ha reemplazado al verbo *excitar;* considerando que, por haberle parecido más general, la Cámara ha preferido la fórmula finalmente adoptada «contrario á las buenas costumbres»; que no es dudoso que es contrario á las buenas costumbres lo que sirve para excitar ó provocar al desorden; que, quebrantando las últimas resistencias de la joven, todavía retenida por el temor de hacerse madre, la propaganda anticoncepcional, cualquiera que sea su forma y sus preceptos, cae bajo el golpe de la ley».

Es tal el desequilibrio intelectual existente en Francia y tales los estragos que está haciendo el libertinaje, principalmente de espíritu, en que allí se vive, que el *Mercure de France,* que publica esta sentencia, la critica con asombro, extrañándose de que se condene la propaganda anticoncepcional, por parecerle la cosa perfectamente lícita. ¡Y así anda de bien parada la estadística de nacimientos legítimos en la gran República europea!

***

Anécdotas sobre Renán.—En el *Samedi* ha recogido Suzy Leparc algunas, de las que entresacamos las siguientes:

—Alguien preguntó á Renán:—¿Existe Dios?—Todavía no, respondió Renán.

—La señora Aubernón tenía la costumbre, cuando un convidado de importancia se disponía á hablar, de tocar una gran campanilla. Un día, Renán la dió á entender con su música que deseaba decirla algo; la señora Aubernon agitó su campanilla; pero entonces, como si hubiera habido equivocación, saltó Renán:—¡Oh, señora, no vale la pena de tocar; quería sólo pedir guisantes!

—Cuando Freycinet, presidente entonces del Consejo de ministros, quiso entrar en la Academia, y fué á pedir su voto á Renán, éste le respondió:—¿Cómo no, señor? ¡Con mucho gusto! A condición, sin embargo, de que el señor presidente de la República no exprese el deseo de entrar en la Academia antes que usted.

—«Para hacer la historia de una religión, ha escrito Renán, es preciso no creer ya en ella; pero hace falta haber creído.»

—Cuando Eugenio Manuel fué aspirante á la Academia, confirió á su digna esposa el cuidado de hacer las visitas necesarias. Aquella excelente mujer abogaba por la caridad, y decía á Renán:—Si no le eligen, morirá.—Renán prometió su voto; pero Manuel no fué elegido, y las visitas de su mujer comenzaron de nuevo.—Dispénseme usted, señora, le respondió Renán, hubiera jurado que Manuel había muerto.

—Gastón Boissier llega una mañana muy alegre á casa de Renán, su compañero en la Academia Francesa y en el Colegio de Francia.—Tengo que anunciaros, le dice, una novedad que os va á humillar.—¿Cuál?—Mis autógrafos se venden más caros que los vuestros.—No me choca, respondió Renán; pero ¿cómo lo sabéis?—Ayer, en la sala de ventas de la calle de Drouot, se han sacado á subasta dos cartas: una vuestra y otra mía; la vuestra ha sido adjudicada en tres francos y la mía en cinco.—No me decís nada nuevo, declaró Renán, lo sé; pero no hay por qué envanecerse de ello: ¿conocéis la causa del hecho?—No.—Pues es que hay en vuestra carta tres faltas de ortografía. Ahí lo tengo en mi mesa, vuestro autógrafo. Uno de mis amigos, que se encontraba en la venta, es el que, notando las

perlas falsas que servían de ornato á vuestra prosa, ha pujado y se lo ha hecho adjudicar. En seguida me lo ha traído, diciéndome: «Entregará usted esta carta al Sr. Boissier, pues si se la dejara circular con sus ornamentos gramaticales, podía perjudicar á la Academia francesa.» En todas partes cuecen habas.

***

La vuelta de España en automóvil.—Tal es el título de un libro en que Pedro Marge nos ofrece las impresiones de su carrera á toda velocidad, de los Pirineos á Gibraltar y á Tánger y vuelta. El auto iba bien provisto de víveres, y sus ocupantes comían y á veces hasta dormían al aire libre, huyendo de la suciedad de las posadas de la Península. Así equipado, Pedro Marge (y nos limitamos á recoger el *compte rendu* del *Mercure*, sin más comentarios que alguna exclamación) visitó Barcelona, ciudad casi moderna (¡!); pero (ojo con este *pero*) cuya catedral, con el claustro contiguo, era soberbio; Zaragoza lo mismo, con una catedral interesante (¿cuál, el Pilar ó la Seo?): Tortosa, Valencia, la Valencia del Cid, patria de las naranjas y del célebre conquistador (¡!); Alicante, Murcia, Córdoba, donde no hay más que casas deshabitadas y legiones de mendigos (pase que en Zaragoza se coman una catedral, pues no es corriente que en una misma población haya dos; pero que se llegue á Córdoba y no se vea la Mezquita... ¡Vaya un turista!); Granada, cuya Alhambra es célebre con razón (muchas gracias); Sevilla, Mérida, Madrid y El Escorial, Toledo, Burgos, y vuelta por San Sebastián ó Irún.

Una de las observaciones más curiosas hechas por los viajeros, es la persistencia de la vida árabe: «ciudades enteras, como Benicarló, siguen siendo ciudades sarracenas; el país guarda imborrable la huella de los moros, con hordas de hidalgos famélicos. España, en suma, se sobrevive roída por legiones de malhechores y políticos, y no es más que un admirable museo. Conserva, es verdad, el privilegio de suministrar-

nos mujeres deliciosas, las únicas, acaso, en nuestra Europa atareada, que sepan todavía lo que es el amor.»

***

La palabra polipote.—¿Qué es ésto?—dirán los que no estudiaron, ó no se acuerdan de la Retórica.—Pues esta palabra extravagante—nos escribe el erudito catedrático de la Coruña, D. Rafael Pérez Barreiro, un docto desconocido, por no pertenecer á ninguna sociedad de bombos mutuos, y á quien pertenece por completo esta nota—es una triste muestra de hasta dónde puede llegar la rutina y la ignorancia entre los directores oficiales de la cultura de nuestra hermosa lengua. Porque todos cuantos han estudiado y estudian Retórica ó Literatura, desde los tiempos de Gómez Hermosilla (y ya ha llovido desde entonces), han tenido y tienen que aprender que *polipote* se llama la figura (ó elegancia, según Hermosilla) de usar un nombre en diversos casos: por ejemplo, *la razón de la sinrazón que á mi razón se hace...*

¿De dónde viene esta palabra?—se preguntó el que esto escribe, aficionado á darse cuenta de las cosas: y en vano buscó la etimología de ella en las docenas de Retóricas y Literaturas que hay en España, inclusas las que tienen etimologías de las demás figuras. Pues *polipote*, por analogía con las innumerables palabras científicas que empiezan por *poli* = mucho, por ejemplo, *polisílabo*, debe ser también cosa de mucho, y descompuesto en sus elementos *poli-pote*, ¿qué quiere decir?= mucho pote ó potaje. Y sin duda, algunos autores modernos han hecho la misma observación, porque, sin andarse en más averiguaciones, acentúan *polípote*.

Hube de buscar pacientemente en los primeros autores, y entonces la cosa, aunque inverosímil, resultó clara. Uno de los primeros traductores del neo-clasicismo francés tradujo de este idioma la palabra greco-latina *poly ptotoni* = de muchos casos, de *pto-sis* = caso, que, en francés es *poliptote:* por descui-

do ó errata de imprenta se olvidó la primera *t*, y hasta aquí nada había de particular. Lo incomprensible es la rutina tan completa en que se vienen copiando unos de otros autores sin cuidarse siquiera, cuando ven una palabra tan rara, y que tienen que repetir cien veces, y en el arte de bien hablar, de averiguar si aquello es así ó es una errata.

Verdad es que no es esta sola, desgraciadamente, la sola palabra disparatada que anda oficialmente por esos mundos: otra figura, *paranomasia*, se ha dicho y aún dice en bastantes libros *paronomasia*. Y hasta en la última edición del Diccionario de la Academia, hay una palabra, *grosca*, por ejemplo, que parte los corazones: es, según allí se dice, una serpiente muy venenosa (lagarto); y cansado yo de buscarla en vano en todos los Diccionarios de Historia Natural, acudí al de Autoridades, ó primera edición, á ver si allí había razón de una serpiente de Africa con un nombre que parece tan baturro como si fuera del propio Calatorao.

Y ¿qué dirán mis lectores que encontré, y puede encontrar todo el que tenga la misma curiosidad? Pues consultando la cita que allí se hace, y que me parece es del Marqués de Santillana (hace años, y no tengo la obra á mano), en la edición corregida, creo que por el académico Rosell, resulta que *grosca* es una errata, acaso por *rosca*, dirá alguno: pues no, sino por el nombre científico tan conocido *cerasta* = serpiente de cuernecillo, del gr. lat. *ceras* = cuerno; y ni el corrector se tomó el trabajo de comunicarlo á la Academia, ni en ésta se ocupó nadie en tantos años en compulsar palabra tan rara y tan fácil de corregir. Otras hay que, como no están en el Diccionario de Autoridades, no es posible saber de dónde salieron, pero que seguramente son erratas ó equivocaciones semejantes.

En fin: esto es un botón de muestra, que enseña que el estudio del lenguaje no se reduce á repetir unas cuantas palabras y definiciones como loros, sino que es una ciencia como todas, en la que sólo á fuerza de observación y trabajo se puede saber algo, muy poco, y siempre ignorando mucho más. Esta cien-

cia del idioma, sin embargo, base de todos, y consustancial con la patria, de la que es principal vínculo, ha estado y aun está completamente descuidada y entregada sólo á la rutina, Hoy se va empezando á estudiar algo en ella; pero ¡cuánto no queda que hacer para desechar, por un lado errores añejos, y por otro, etimologías vascuences y extravagancias semejantes, y ponernos siquiera al nivel de lo que se sabe sobre castellano en Alemania!»

* * *

Anécdotas electorales.—Son curiosas algunas de las recogidas sobre las últimas enconadas elecciones inglesas, por O. de B. en la *Revue Hebdomadaire*. He aquí un diálogo entre el agente electoral *(canvasser)* de un candidato radical y un buen obrero escocés de una pequeña ciudad imperturbablemente conservadora, islote tory perdido en medio de una región completamente liberal:—Veamos, supongo que esta vez nos dará usted su voto.—Jamás de los jamases: voto tory, como lo han hecho mi padre y mi abuelo.—De modo que usted desea que le pongan contribución á su alimento, que seiscientos pares impongan su capricho á cuarenta millones de hombres libres, que...—No conozco nada de eso, ni me importa; mi padre y mi abuelo eran torys y yo quiero ser tory también.—Pero esa es una razón que no tiene pies ni cabeza. Con ese sistema, si su padre y su abuelo de usted hubieran sido ladrones, ¿qué sería usted?—¿Si yo fuera hijo y nieto de ladrones? ¡Oh! Entonces ¡sería evidentemente liberal!

Una noble dama, cuyo hijo era candidato conservador, sabe que uno de sus colonos de quien se creía segura, había declarado que votaría por el liberal. Persuadida de que han dado ó prometido dinero á aquel buen hombre, y queriendo conocer el nombre del culpable, va en busca de la rentera y la interroga en vano. Por último se decide á emplear el gran recurso.—Daré á usted estas monedas, dijo sacando dos libras, si me dice usted quién ha decidido á su marido á votar contra mi hijo.—Pues

bien, he sido yo, prometiendo comprarle un terno bien caliente para este invierno; yo no sabía cómo podría cumplir mi promesa, pero la generosidad de vuestra señoría me saca del apuro.

En algunas circunscripciones de Irlanda, la lucha fué muy viva entre los nacionalistas ortodoxos, á los que favorecía el clero católico, y los disidentes ó brienitas. Un aldeano se dispone á votar por el candidato brienita, y su mujer le conjura para que cambie de parecer. Agotados sus argumentos sin resultado, le suelta esta enormidad:—El señor cura me ha dicho que si votas por el disidente te cambia en rata.—El marido alza los hombros, y sale para ir á votar. Al cabo de unos pasos da la vuelta, con aire preocupado, y dice á su mujer:—Oye, Biddy, antes de que vuelva, harías bien en matar al gato, por si acaso.

En un mitin, un elector demócrata, poco parecido á Adonis, interrumpió violentamente á un joven lord:—¿Y dónde diablos ha pescado usted su condenado título?, le grita.—¿Y dónde diablos, responde el otro, ha pescado usted su condenado rostro? Sin duda, se lo han dado á usted sus padres, como los míos me han transmitido el título que llevo.

* * *

La poesía de Mallarmé.—Alberto Thibaudet, en *La Phalange*, analiza con bastante penetración la labor poética de Mallarmé. El idealismo de Mallarmé—pues no es posible dejar de hablar de idealismo tratándose de este poeta—es un orgullo exagerado de la vida interior. Un poema de Mallarmé se define como una potencia de sugestión. Se trata de evocar poco á poco un objeto para mostrar un estado de alma, ó elegir un objeto y sacar de él un estado de alma. La poesía realiza una síntesis del silencio y de la palabra. Reproducir una emoción, en lugar de describirla; tal es el arte de Mallarmé, ligado en el fondo con el romanticismo lírico y opuesto, por una parte, á la poesía clásica, y por otra, á la parnasiana.

La noción en la poesía clásica tiene su valor propio, mientras que el poeta lírico no nombra las cosas, hace alusión á ellas. El teatro clásico propone caracteres que comprender y no pasiones que compartir. El teatro romántico busca en sus personajes un estado lírico del que seamos partícipes. El lirismo maneja el símbolo mejor que el clasicismo. En Mallarmé, la poesía no sale como un ensueño cristalizado y definitivo, sino como un motivo para soñar y conmover. Pero la palabra misma de que se sirve conserva su sentido cerrado y definitivo, y Mallarmé quiere excluir hasta eso: la palabra no debe tener otro valor que el de una alusión. De ahí el empleo preferido de las palabras negativas, de las *ausencias*.

La poesía no debe pintar, no debe ni aun nombrar directamente su objeto, sino nombrar lo que, al lado de ese objeto, suscite una emoción que se corresponda con él. El poeta designa el objeto á la manera que el jugador de carambolas apunta á la tabla para hacer su juego.

*
* *

Una página de Emerson—*La luz interior*.—La gran dificultad, es que los hombres no tienen suficiente alta idea de sí mismos; no consideran suficientemente lo que sacrifican cuando siguen en rebaño ó proveen á su establecimiento. No saben cuán divino es el hombre. Os oigo decir: tal tiene demasiada alta idea de sí mismo. ¡Ay!, «tal» es un perfecto ignorante. Anda á tientas todavía en las tinieblas exteriores, en la penumbra de sí mismo; no ha percibido su luz interior.

... *Cada hombre debe aprender de diferente modo.* ¡Cuánto se sacrifica á la imitación! Nuestros mejores amigos pueden ser nuestros peores enemigos. Un hombre debería aprender á descubrir y alimentar esta luz que, desde su interior, brilla á través de su espíritu, más que fuera, con todo el esplendor del firmamento. Abandona, no obstante, sin cuidado, sus pensamientos originales, á causa hasta de su originalidad. Tiempo

llegará en que subordine todo conocimiento adquirido á esta sabiduría espontánea, y esperará esta claridad más impacientemente que otros, por la mañana. Pues éste es el principio de todo conocimiento. De aquí la importancia de la educación personal...; toda educación es nula sin ella.

El hombre debe enseñarse á sí mismo, pues sólo su creador puede instruirle de lo mejor que hay en él. Esto, nadie lo conoce ni puede conocerlo, antes de que lo haya revelado el interesado. ¿Dónde está el maestro capaz de instruir á Shakespeare? ¿Dónde está el maestro de Franklin, Wáshington, Bacon ó Newton? Todo gran hombre es único. El scipionismo de Scipión, es esta parte de sí mismo que no podía tomar prestada. Por sí mismo es como todo hombre llega á las conclusiones comunes con mayor convicción...

La imitación puede ser bonita, cómica, popular, no es nunca grande.

* * *

Cuatro mujeres embarazadas.—Hojeando papeles viejos, tropiezo con un recorte de la antigua *Revue Anecdotique*, que trascribe de un diario de Marsella el relato siguiente, de cuya autenticidad responde el periódico marsellés hasta fuera de la Cannebière: «El sábado (un sábado de 1877), un juez de paz de los alrededores abrió su audiencia, y se encontró con que tenía que dirimir una querella de dos mujeres que se habían injuriado recíprocamente. Comparecía una de ellas, asistida por otras dos como testigos; la otra querellante estaba representada por su marido, que manifestó que su mujer estaba de parto, y siéndola imposible acudir á la citación, pedía una prórroga.

—¡Está bien!—dijo el juez.—Se aplaza por ocho días.

—Dispense el señor juez—replicó la otra querellante.—Dentro de ocho días precisamente es casi seguro que yo me encontraré en el mismo apuro.

—Entonces lo dejaremos para dentro de quince días.

—Imposible, señor juez—dijo una de las testigos.—Dentro de quince días me toca á mí, por mi cuenta.

—¡Vaya! Pues lo dejaremos para dentro de un mes; para entonces ya habréis librado las tres—contestó el juez dando por terminado el acto.

—Pero, señor juez—dice la otra testigo,—es el caso que dentro de un mes me hallaré yo en la misma situación...

—¡Ah, bah!—exclamó el juez sorprendido—Pero, ¿os habéis puesto de acuerdo las cuatro? ¡Vaya! Lo dejaremos para el año que viene, y no se hable más de ello.

***

Mommsen, mensajero de Bismarck.—De un artículo de «El Bibliófilo» en la *Rivista di Roma,* entresacamos un fragmento de las Memorias de la actriz Laura Bon, quien se expresa diciendo: «La cuestión romana se ponía cada día más candente... El Rey había recibido en el Palacio Pitti la visita de un mensajero muy secreto del Príncipe de Bismarck. Era un escritor alemán, un historiador erudito que viajaba frecuentemente por Italia y había estado en Florencia varias temporadas: su presencia no podía, pues, excitar sus sospechas. Por medio de un mensajero tan autorizado, que detestaba el gobierno pontifical tanto como admiraba y le agradaba estudiar el gobierno de la antigua Roma, Bismarck daba á conocer al Rey Víctor-Manuel todos sus modos de ver respecto á la solución de la cuestión romana y á la conducta que Italia debía seguir con Francia; y todo esto hecho fuera de las vías diplomáticas regulares, como se usa en ocasiones muy delicadas. El Rey hacía llegar sus respuestas al Príncipe de Bismarck, sin escribir nada nunca, lo mismo que lo hacia el Canciller; pero confiandolo todo á la memoria del inteligente y discreto mensajero.»

Todo hace creer que este mensajero secreto fuese Mommsen. No dejaría de ser interesante para los eruditos la confirmación de esta hipótesis.

Fernando Araujo

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

L'uomo. Storia naturale e preistoria, per Maurizio Hoernes. Fasc. 1-2, 3-4 y 5-6. Torino, 1910.—174, en junto, págs., 6 liras.

La Società Editrice Libraria, de Milán, poderosa empresa editorial que está dando á luz muchas obras de gran importancia y no menos coste, así nacionales como extranjeras, ha comenzado hace poco á publicar la traducción italiana del gran tratado de Antropología del profesor de Arqueología en la Universidad de Viena, Mauricio Hoernes. Y, según costumbre de la mentada casa, la edición, llena de buenos grabados ó ilustraciones, está hecha de manera que, por el lado material, no merece reparo alguno. En Italia, hoy, existen empresas editoriales como ésta que se esmeran mucho.

La obra, una vez terminada, será amplísima (unas 1.200 páginas en 4.°). Al presente, sólo están publicadas las cuatro primeras entregas del tomo primero y las dos primeras del segundo, las cuales comprenden, por una parte, una introducción histórica, donde el autor, con bastantes datos, expone la suerte que á la Antropología, como ciencia, le ha cabido á través de los tiempos y los distintos influjos que, sobre todo en épocas recientes, han contribuído á su constitución y progreso; por otra parte, un capítulo descriptivo del cuerpo humano (antropología física: cráneo y cerebro, estatura, etc.); y por otra, el capítulo cuarto (págs. 1 á 64 del tomo segundo), en que se estudia *La necesidad de reposo y de seguridad* (el fuego y la cocina, las cavernas, y demás habitaciones primitivas, etc.).

El sumario total de la obra, que va unido á las entregas publicadas, da una síntesis anticipada de todo el contenido de aquélla.

The law of the air-ship, by Simeon E. Baldwin.

Con la navegación aérea tienen que cambiar muchísimo las relaciones entre los hombres, las relaciones sociales é históricas, y, por consiguiente, las leyes y Códigos que las regulan, ó sea lo que se suele llamar derecho positivo y escrito. Cuando la navegación aérea llegue á ser un hecho corriente, la mayor parte del derecho legislado, si no todo él (civil, mercantil, penal, administrativo, acaso también el político), y hasta alguna porción del derecho no legislado ó semilegislado (me refiero al internacional), tendrán que sufrir profundas transformaciones.

Ya lo están previendo los juristas, y por eso han comenzado á ver la luz, en los últimos tiempos, bastantes trabajos que se ocupan del asunto. Al número de ellos pertenece este del Dr. Baldwin, profesor de derecho constitucional y de derecho internacional privado en la Universidad de Yale, y director del Bureau de derecho comparado de la *American Bar Association*. Es un breve folleto, tirada aparte de un artículo publicado en el número de Enero de 1910 de *The American Journal of international law*. Contiene, en medio de su brevedad, muchas indicaciones sugestivas sobre lo que pudiéramos decir aspecto legal (no quiero emplear el término «jurídico», por lo equívoco que es) de la navegación aérea.

Donne e Fanciulli.—Studii di vita sociale, per Lino Ferriani, con lettera-prefazione di Magnaud.—Roma, 1911.—Un volumen de XXIV-263 páginas, 3,50 liras.

Con la misma manera de escribir todos sus libros, tan característica de Ferriani, manera mitad literaria, mitad didáctica, y en donde se aunan, por partes casi iguales, y en excelente consorcio, un alto espíritu científico, un buen caudal de datos y conocimientos, un intenso dolor por las injusticias

y lacerias sociales, y un ardiente deseo de contribuir á la extirpación de las mismas, está también escrito *Donne e Fanciulli*, el último que el autor ha dado á la estampa, y el cual constituirá acaso, al decir del propio Ferriani, su testamento de escritor. A la verdad, se tiene ya bien ganado el descanso, pues la lista de las publicaciones que sucesivamente ha ido dando á luz no contiene menos de veinte obras, y por cierto, la mayoría de ellas consagradas al estudio de problemas relacionados con los pobres niños, ya delincuentes, ya abandonados, ya viciosos, y con las mujeres que los martirizan ó dan muerte («infanticidas» y «desnaturalizadas»), ó sea al estudio del mismo tema que sirve de objeto al nuevo libro, último quizá de la serie, como queda dicho.

Tan cuidado tipográficamente, y de lectura tan agradable como sus hermanos mayores, contiene *Donne e Fanciulli*, coleccionados, una porción de trabajos sueltos, que habían antes aparecido, en forma de artículos, en diferentes Revistas.

El título sugestivo de muchos de ellos revela su importancia pedagógica, psicológica y social: *El tabaquismo en los muchachos; Muchachos corrompidos; La vida sexual del muchacho; Los pequeños vagabundos; La curiosidad en los muchachos; La venganza en los muchachos; El concepto de la escuela en el niño; Coeducación; El sentimiento de la solidaridad en el muchacho; El sentimiento de la responsabilidad en el muchacho*. En cuanto á las mujeres, estudia las *Madres educadoras*, en las clases elevadas, en las clases medias, en las clases pobres urbanas y en las clases pobres rurales.

Para quien no lo sepa, diré que Ferriani es un antiguo magistrado, que ejerció casi siempre el oficio de fiscal. El dato es de gran significación, por razones que es ahora imposible exponer. Hoy, Ferriani está ya jubilado, pero sin dejar de trabajar, como antes, en sus investigaciones de psicología infantil, de profilaxis, patología y terapéutica moral de la infancia y la juventud desgraciadas.

P. Dorado

302.

ÍNDICE

	Págs.
Moros y moriscos en el siglo XVI, por Francisco Cáceres Pla.....	5
Las Cortes de la Revolución, por Carlos Cambronero.....	32
España fuera de España: El asno de Carlo Dottori y El Quijote, por M. A. Garrone.....	60
Astrid, por Selma Lagerlof.....	74
El Mayoral del Felibrige y Mestre del Gay Saber, Teodoro Llorente y Olivares, por Juan Pérez de Guzmán y Gallo.....	101
La América Moderna, por Vicente Gay.....	130
Revista de Revistas, por Fernando Araujo.....	157
Notas bibliográficas, por P. Dorado.....	199

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 23. NUM. 273.

LA ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

SETIEMBRE 1911

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

ITÁLICA

EL MISTERIO DE SU DESTRUCCIÓN Y SU RUINA

No sé, con verdad, qué extraña maldición fatídica é incontrastable parece haber pesado cruel constantemente sobre la infortunada Itálica, y sobre sus removidas ruinas.

Suenan en la Bética los nombres de poblaciones varias que vivieron en la Edad Antigua, y que, con alternativas muchas veces increibles, desde el periodo de la dominación romana, antes quizá, han perpetuado su existencia á través de los siglos, de las gentes diversas que las han habitado, y de incontables vicisitudes de engrandecimientos y decadencias, para llegar al fin á nuestros días, aunque desfiguradas, con alientos propios y suficientes para seguir viviendo largos tiempos, conservando memorias más ó menos elocuentes, de mayor ó menor importancia, á su pasado relativas y de su pasado fiadoras.

Fama dieron á Itálica sus hijos, entre quienes mencionan los emperadores Trajano, Hadriano y Teodosio, y verosímilmente Silio Itálico; fama después, la grandeza inagotable de sus ruinas! Pero aquella población largas centurias ha que ya no existe, y ni es en realidad conocida su condición verdadera, juntamente con su naturaleza y su categoría, aun sabiendo fué

Municipio y Colonia, ni modo hay de averiguar así la ocasión como la forma en que hubo de caer y ser destruída, para ocultar atropelladamente sus escombros en las entrañas de la tierra, debajo de la capa vegetal en que fué más tarde erigida la actual villa de Santiponce, y en aquella otra en la cual crecieron luego lozanos olivares, ó en el seno de irregulares collados ó «campos de soledad», según cantó el poeta...

Porque, en rigor, si, para que en él repararan sus fuerzas y se curasen de sus heridas los inválidos legionarios, eligió Scipión tan cerca de Híspalis aquel lugar, que estimó ventajoso y adecuado en todos conceptos para su propósito, y que, con el pretendido nombre de *Sancio,* existía de antes, hízolo sin duda, primero, por apartar de la vista de los vencidos españoles el espectáculo pungente de los mílites heridos y extenuados con las fatigas de la guerra; después, por ser aquél lugar seguro, ventilado, sano, de condiciones higiénicas favorables á la restauración de los inválidos, y por estar próximo á Híspalis, y ser fácil así la incorporación de los que sanasen á la legión de que procedían, cuando fuere necesario.

Burgo de condición rural, y de poca importancia sin duda hasta aquella ocasión, labradores debían de ser los habitantes expulsados, en cuyas humildes viviendas, como en improvisado sanatorio, se alojaron los legionarios maltrechos en las pasadas luchas, con la esperanza de recobrar allí la salud y las fuerzas. Glosando el texto de Appiano, único fundamento conocido é invocado por todos, el P. Maestro Flórez asegura que «por ser (á lo menos los más)» de aquellos legionarios «naturales de Italia», al lugar,—que llama ciudad con exageración Appiano,—dió Scipión «nombre de Itálica».

Creció con esto el poblado; acrecentóse su importancia; acudieron á el desde Híspalis las gentes adineradas en busca de salud, de recreación ó de sosiego, construyendo campestres residencias para templar en ellas los rigores estivales, y fué Itálica poco á poco extendiéndose y desarrollándose cual población independiente y nueva, que había logrado los honores

de ser declarada *Municipio*, y de batir moneda como tal, en tiempo ya de los emperadores. Si escasa fué su importancia en los días de la República, y el propio Julio César, cuya predilección por Híspalis acentúan los escritores,—incidental mención hizo sólo de ella,—no ocurrió de igual modo después, cuando uno de los que dicen ser sus hijos, Trajano, vestía la púrpura de los emperadores, como la vistieron Hadriano y el gran Teodosio, italicenses asimismo cual se pretende.

Fué á ellos Itálica deudora de su engrandecimiento y de su fama. Fueron ellos quienes, dentro y fuera de la ciudad, erigieron á porfía los grandiosos monumentos que la ennoblecían, y de los cuales apenas queda rastro. En su tiempo fué construído el *Foro* suntuoso, cuyo emplazamiento señalan en las que fueron *Eras del Monasterio* los anticuarios y hoy es *Barrio de la Alegría* (1); cuando fué erigido el grandioso *Anfiteatro*, cuya magnificencia admira con las ingentes ruinas descompuestas que aún, á pesar de todo, subsisten; cuando eran construídas las *Thermas* (2); cuando se extremó el lujo en la edificación de toda suerte de fábricas, y surgieron por aquellos apacibles campos las *villas* de recreo en las cuales hicieron ostentación y poderoso alarde los patricios de su riqueza y su fortuna.

Si me fuese permitido, diría, salvando los tiempos, que era

(1) «En cuanto al *Forum*, tampoco nos persuade lo existente en la actualidad para asegurar que lo fué», dice con buen acuerdo mi excelente amigo Gestoso, recordando á este propósito lo advertido por Hübner en la página 246 de su *Arqueología española*, de que «en ninguna de las ciudades antiguas de España cuyos recintos han sido excavados, como Cabeza del Griego, Talavera la Vieja ó Itálica, se ha podido determinar de una manera segura el lugar del *forum*» (*Sevilla monumental y artística*, t. III, página 607).

(2) Por donación de D. Carlos Lacave, se conserva en el *Museo Arqueológico* de Sevilla desde el año de 1902, un trozo de tubo de plomo, recogido cerca de las *Thermas*, con motivo de las obras del ferrocarril minero de Aznalcollar al Guadalquivir, donde se lee en dos inscripciones iguales de relieve: «IMP. C. HA- *Imperator Caesar Hadrianus*», pareciendo indicar fué Hadriano quien mandó construir las *Thermas* dichas, ó, cuando menos, que durante su imperio (117 á 138 de J. C.) fué colocada aquella tubería.

Itálica algo así como el Versailles de Híspalis; algo como esas colonias veraniegas, nacidas en torno de viejas poblaciones insignificantes, colonias formadas de *châlets* y de *hoteles* de mayor ó menor extensión ó de mayor ó menor gusto, donde los potentados acumulan para su comodidad y para su recreo todos los refinamientos de la civilización, de la molicie y del lujo.

Claro está que hay que distinguir de tiempos, y que ya en los de los emperadores, la urbe italicense, propiamente dicha encerrada por la sólida cintura de murallas y de torreones, de que había yo encontrado en Santiponce evidentes huellas, no era la población campestre en que los inválidos legionarios de Scipión habían sido reconcentrados para recuperar la salud perdida, sino que en su recinto dignificado, se erguían fábricas insignes, de que han dado testimonio los notables hallazgos esculturales y arquitectónicos verificados hasta el día.

«Lo poco que hay á flor de tierra,—decía justificadamente un escritor anónimo allá por los años de 1853,—basta para manifestar los tesoros artísticos encerrados en sus entrañas. Asómanse en varios puntos, fragmentos visibles, llamando la atención... sobre lo oculto, no de otro modo que ásperos crestones superficiales de cierta estructura geológica, revelan al minero la probable existencia de ricas vetas metalíferas en la estratificación subterránea,» bastando «en aquella comarca escarbar someramente el suelo, para encontrar... vehementes indicios de que allí hay un enigma digno de ser descifrado.»

«En lo visible y en los indicios de lo invisible,—expresaba más adelante, — las ruinas infunden la idea de una población poco extensa y exagerada en el ornato. Allí... sólo de palacios, termas, acueductos, circos, teatros y anfiteatros han hablado los arqueólogos antiguos y modernos... todo recuerda lo supérfluo..., cual si todos sus moradores, ó los más, hubiesen sido muelles y opulentos potentados, sin cortejo de clases modestas y laboriosas» (1).

(1) *Itálica, estudio histórico-artístico* por E. Ft., editado por la lito-

Todo cuanto yo había leído en libros antiguos y modernos relativo á Itálica; todo lo que se deducía de los hallazgos, más ó menos interesantes, verificados en aquellas ruinas antes del siglo XVIII y desde esta centuria; todo cuanto había visto y estudiado de los despedazados monumentos que la orgullecieron y en los Museos se conservan; todo, en fin, lo que había ofrecido en otras ocasiones á mi vista, y ofrecía á la sazón la que fué suntuosa y pretendida patria de Teodosio, todo, ¿por qué no confesarlo y reconocerlo?... todo, confirmaba la exactitud de estas observaciones anónimas, que no recuerdo se les hubieran ocurrido antes á otros autores.

Sí.—Itálica había sido una población de lujo, en la que agotaron su inspiración las artes y sus prodigios todos. Acaso no le fué dado competir con aquella otra ciudad famosa de la Campania, ahogada por sorpresa entre el oleaje hirviente del Vesubio, con aquella Pompeya, «famosa por su hermosura y sus delicias, con sus palacios voluptuosos, á donde se retiraban los patricios romanos cuando les fatigaba la agitación revolucionaria del Foro; su cuantioso comercio, la opulencia de sus habitantes, y el refinamiento de sus delicias», según escribe con galana pluma uno de nuestros primeros noveladores contemporáneos (1). Pero si no pudo competir con la ciudad de los deleites, comenzada fortuitamente á descubrir siendo modesto rey de Nápoles el que luego fué nuestro Carlos III, pudo al menos emularla hasta donde le era permitido en comarca tan distante del corazón del Imperio.

Recorriendo las desiguales calles de Santiponce; visitando los corrales de muchas de sus casas, sobre todo en las que fueron *Eras del Monasterio;* discurriendo por el sitio llamado *los Palacios;* los olivares entre los que se muestran informes frogones de recia construcción, semejantes á peñascos gigantes-

---

grafía alemana de Carlos Schlatter, calle de Génova, 57, Sevilla; págs. 6 y 12 (sin año de impresión).

(1) Blásco Ibáñez, *En el país del arte*, pág. 156.

cos; el sitio de *las Coladas*, célebre por los mosáicos en él descubiertos y perdidos; las *Thermas* procerosas, y el famoso *Anfiteatro* con sus graderías, sus precinciones, su podio y su aspecto solemne y doloroso, pensaba yo abstraído en todo esto, y una vez más, interrogando aquellas inertes reliquias de un pasado tan remoto, me preguntaba, cual si fuese la cosa más fácil de responder, cuándo y cómo fué arruinada Itálica.

¿Había quebrantado por aventura la ostentosa gentileza de aquella población insigne, en los días de Marco Aurelio y Lucio Vero (161-180 de J. C.), la terrible invasión de las hordas mauritanas (171) que devastaron el país, y á las cuales enfrenaba victorioso el procurador Caio Vallio Maxumiano, *fortissimus dux,* devolviendo la paz á la provincia de la Bética, y salvando de apretado cerco á los moradores del Municipio Singiliense, próximo á Antequera, por lo que Singilis é Itálica le dedicaban expresivo monumento? (1). Pudo, ciertamente, experimentar en aquella ocasión algún quebranto; y prueba del terror inspirado á los italicenses por la presencia de aquellos bárbaros, de la fama de su desenfreno, y de las rapiñas á que se entregaron, parece ser el condesijo de áureos y barras de oro y plata, hallado el año 1898 en Santiponce (2); mas hubo de reponerse la ciudad en breve, y tornar á su ordinaria vida, cual lo atestigua la hermosa tabla de bronce, descubierta el 10 de Octubre de 1888 en lo que parte fué de las *Eras del Monasterio* de la propia villa, y que, conteniendo largo trozo de una

(1) Dos son los hasta ahora conocidos. Figura el uno de ellos con el número 201 en el *Museo Provincial* de Sevilla; del otro, cuyo original procedía de *el Castillón,* cerca de Antequera, había copia hecha en tiempo de Felipe II, y colocada en el *Arco de los Gigantes* de aquella población, donde le vió Hübner, publicado con el núm. 2.015 de su *Corpus Inscript. Hisp. lat.* En la actualidad ha debido ser trasladada al edificio consistorial, para servir de núcleo con las restantes al *Museo Municipal* proyectado.

(2) Véase la excelente *Memoria* publicada el mismo año por Caballero-Infante, acerca de este descubrimiento, la cual he citado ya con el elogio merecido.

arenga oficial pronunciada ante el Senado por uno de sus *patres conscripti* en apoyo del proyecto de senado-consulto, con el propósito de reformar los espectáculos gladiatorios, es referida á los días de Marco Antonio y Lucio Commodo, al finar del siglo II, y el *Museo Arqueológico Nacional*, con el número 16.735 de su Sección I, conserva (1).

Mencionada en el *Itinerario de Antonino* al siglo III, quizá llegó Itálica á los fines del IV, adormecida entre placeres, engreída con sus riquezas y su fausto, y orgullosa de la persecución que contra los cristianos de los suburbios había cruelmente extremado. Tal depone y demostrar parece, el interesante descubrimiento, fortuitamente iniciado en la *Vegueta* de Santiponce el año 1903, de sepulturas de mártires cristianos, cuyos féretros de plomo figuran en el *Museo Provincial* de Sevilla, para enseñanza y luz de los estudiosos.

Aquel campo, extramuros de la ciudad, é inmediato á ella, sembrado de sepulturas de fábrica inviolables, anegado con frecuencia por las desbordadas aguas del Güerva y del Bétis durante siglos; aquellos féretros de plomo extraídos de las sepulturas, conteniendo restos de mutilados confesores, decorados con emblemas religiosos y labores diversas, y todo cuanto ha sido allí en la indicada fecha encontrado, testimonio es de predominio y vida para la ciudad gentil, adoradora de los falsos dioses, y de servidumbre, de opresión, de martirio horrendo para los italicenses que comulgaban en la fe de Cristo.

Probable es que cuando al terminar la expresada centuria, con el fervor de neófito, el gran Teodosio, «que no tiene á mancilla el humillar la púrpura ante la severidad de San Ambrosio» y «cediendo al mismo espíritu de persecución que había encendido la ira de los Césares, dicta leyes contra la vencida idolatría al proclamar el cristianismo como religión del Imperio»; y cuando con celo excesivo ordena «la destrucción de los tem-

(1) Véase el doctísimo trabajo que con el título de *El nuevo bronce de Itálica,* publicó el insigne epigrafista malagueño Rodríguez Berlanga.

plos del paganismo, y derribados por tierra los que en las más nobles ciudades existían, lanza igual fallo contra los que todavía se alzaban en las aldeas y en los campos»; que cuando «Honorio y Arcadio... en los primeros días de 399 promulgaban nuevas leyes para consumar la comenzada destrucción de los templos gentílicos», y los cristianos, con indiscreto celo, se lanzaban «en tropel á derribar aquellos portentos de las artes», agraviando «al par la autoridad pública» y poniendo «en peligro la seguridad de sus conciudadanos», lo cual contra los cristianos produjo en breve terrible reacción sangrienta (1), —probable es, repito, como Matute y Gaviria apunta (2), que abandonada á la sazón por sus opulentos moradores, perseguidos y llenos de pánico invencible; derribados con indecible saña los templos, arruinados los edificios públicos y particulares, cayera Itálica para siempre en aquella ocasión terrible... Y sin embargo, según hace notar el Dr. Rodríguez de Berlanga: Stephano de Bizancio nombra á Itálica cual ciudad de la Iberia en el siglo v (3), circunstancia respetable, que parece acreditar la vida de aquella población, después de tan horrible catástrofe.

Si no fué en ésta, «¿en qué sima se abismó aquel pueblo, que tan grande por sus restos aparece?...» Así me preguntaba, repitiendo las palabras del anónimo autor, á quien arriba he aludido, y con él me decía, al considerar las ruinas: «No pudo sucumbir á un desastre como el de Pompeya y Herculano, porque no existía en sus contornos un Vesubio que lo enterrase con una lluvia de cenizas; tampoco pudo hundirlo un temblor de tierra», porque sobre no ser volcánico el terreno en que estuvo Itálica emplazada, si ciertamente hubiere sido sorprendida por los sacudimientos irresistibles de inesperado terremoto,

(1) Mi Padre, que es de quien copio, cita al propósito las leyes 2, 3, 4, 6 á 11 y 16, título X del libro XV del *Código Teodosiano* (pág. 241, tomo I de la *Historia crítica de la Literatura Española).*

(2) *Bosquejo de Itálica,* págs. 95 y 96.

(3) *El nuevo bronce de Itálica,* pág. 223.

parece natural que «habrían sido muchas las víctimas, y se encontrarían en las excavaciones huesos... de hombres y animales, como sucede en Pompeya y Herculano»; pero «todas las exploraciones subterráneas de Itálica, hechas en varias épocas, sólo han ofrecido muchos despojos de *cosas* y ninguno de *personas*», lo cual mueve á «la casi infalible certeza de que cuando aquella ciudad pereció, carecía de moradores» (1).

Conjetura, sin embargo, la mayoría de los escritores que Itálica fué destruída en la ocasión en que los vándalos se arrojaron sobre la Bética el año 411, ó cuando, guiados por Gunthario, bajaban desde Galicia, inundaban la Bética, y entre otras ciudades, se apoderaban de Sevilla (422-428); y tan admitida está la conjetura, que el docto ilustrador de la llamada *necrópolis* italicense, por él en 1903 felizmente explorada, hablando del «hermosísimo trozo escultórico encontrado el año 1901» en Santiponce, y correspondiente á una estatua de Mercurio, hoy en el *Museo* de la provincia, no recela en escribir: «Es posible que el instrumento empleado [para destruir la escultura] fuera la maza de guerra manejada desde un caballo, y el ejecutante, alguno de los hombres de Gunderico (Gunthario) ó de Recchila, bárbaros de legendaria fuerza y ferocidad, venidos á la Bética para redimirla de añejos vicios y podredumbre». «Trátese de un vándalo ó de un suevo, la verdad es, concluye, que buenos puños debió tener el autor de la hazaña» (2).

Que la que había sido espléndida Colonia continuaba siendo lugar habitado, ya en el siglo VI, lo patentizan los epígrafes sepulcrales conservados en los *Museos* de la Provincia y del municipio, y los hallazgos frecuentes de capiteles visigodos (3), así como las excavaciones practicadas en 1839 por don

(1) *Itálica, estudio histórico-artístico*, cit., págs. 10 y 11.

(2) D. Manuel Fernández López, *Excavaciones en Itálica (año 1903)* (Sevilla, 1904), pág. LXXVIII.

(3) Gestoso, *Sevilla Monumental y Artística*, t. III, pág. 602.

Ivo de la Cortina. En los partes oficiales que de ellas mensualmente eran enviados á la Secretaría de Estado y despacho de la Gobernación de la Península y publicaba la *Gaceta*, indicaciones aparecen, con efecto, de fábricas ó de obras, al parecer posteriores al período de la dominación romana, tales como «paredes» que, á juicio del Sr. de la Cortina, pertenecían «al tiempo de la restauración de la ciudad por los sarracenos (¿?); y en algunas partes por los godos (1) y restos de un edificio, cuya argamasa y fabricación es del tiempo de los vándalos (2), por lo cual vuelve á apellidarle de «vandálico» (3); y en las breves páginas del libro que, con el título de *Antigüedades de Itálica*, comenzó á publicar en Sevilla el año de 1840 el Sr. de la Cortina, ya citado, se afirma fué «avitada (sic) Itálica por los Wándalos y Suevos, como no dejan dudar—según desembarazadamente escribe,—los vestigios despreciables de las paredes que lo muestran así por su fútil argamasa, y por el modo como fatalmente han desfigurado, creciendo como verrugas sus obras sobre los resplandecientes monumentos del mejor tiempo romano, para afear el semblante bellísimo de las producciones de su grandiosa arquitectura» (4).

---

(1) *Gaceta de Madrid* del 20 de Mayo, pág. 19. El parte tiene la fecha del 5 del mismo mes.

(2) *Id.* del 6 de Noviembre, pág. 2, copiando la relación del *Diario de Sevilla* del 30 de Octubre.

(3) *Id.* id.

(4) Pág. 23. En la lámina V, número 19, reproduce una moneda de oro, hallada durante las excavaciones del mes de Abril de 1839 *(Gaceta de Madrid* del 20 de Mayo). Pesaba doce reales, y corrigiendo lo que había consignado respecto de ella en la relación oficial, describíala de esta suerte en la pág. 46 de sus no concluídas *Antigüedades de Itálica:* «El anverso tiene el busto de un rey, que quizás podremos decir sea... de Gunderico rey wándalo .. á pesar de que algunos han querido suponer sea de Eurico», que es lo por él supuesto en la relación oficial mencionada. «Lleva una cruz en el pecho, y la corona... parece ser la radiante; alrededor se leen unos caractéres, entre deformes y regulares», que «D. Antonio Delgado, cuya opinión respetable he creído por la más fundada, dice leyó tra-

Por si esto no fuere bastante, existen además otros testimonios. Uno de ellos es el de Juan de Biclara, invocado ya por Matute (1). El Biclarense, por modo terminante, expresa en su conciso *Chronicon* al año 584, décimo sexto del reinado de Leovigildo, que este monarca reparaba ó reconstruía á la sazón «muros Italicae (2) antiquae Civitatis» (3). El otro, el recordado por Rodríguez de Berlanga, de que Justiniano envió tropas imperiales á estas regiones, á ruego de los católicos hispano-latinos (4). Viene, pues, á resultar por unas y otras pruebas, y principalmente por las arquitectónicas y las epigráficas, que al finalizar del siglo VI era Itálica aún lugar poblado y de relativa importancia, de la anterior muy diferente, cuando al reparo de sus defensas atendía cuidadoso Leovigildo para sofocar la rebelión de su hijo, á quien auxiliaba Justiniano con sus imperiales, y que no hay manera de fijar por consiguiente, con visos de histórica certidumbre, la ocasión en que hubo de ser totalmente destruída y aniquilada, tal y como aparece.

Haciendo á su modo la historia de España, cuenta ya en el

---

ducido á nuestros caractéres, Gunderico». «En el reverso tiene una figura, que cierto respetable conocedor de esta ciudad (Sevilla), dijo con mucha gracia le *parecía un grillo (una cigarra volando,* dice la relación oficial); pero indudablemente lo que es ó quisieron representar, fué una Victoria sentada, según expresa malamente, en una silla con dos alitas como las que ponen á los génios, y en la mano un círculo, que querrá ser la áurea corona; lo extraordinario sobre todo..., es que tiene en lugar de cabeza un aspa...; alrededor dicen algunos que leen *Pius Cordoba.*» Sobre que no hay ninguna moneda conocida de los vándalos, los tipos de las de Leovigildo, proclamado en Córdoba, y los de las de los demás monarcas que en esta ciudad las acuñaron, son bien distintos de la moneda descripta por el señor de la Cortina, el paradero de la cual es desconocido. Dudo mucho de que el insigne Delgado dijera lo que se le atribuye, ni que leyera lo que se dice leyó, tampoco.

(1) *Bosquejo de Itálica*, pág. 130.

(2) Italiae, en el manuscrito de Toledo, como advierte el P. Flórez.

(3) *España Sagrada*, t. VI, p. 390.

(4) *El nuevo bronce de Itálica,* pág. 223 citada.

siglo XIII Aben-Adhári de Marruecos que, arrojados del Africa por los cartagineses, los *Afaracas* (1) invadieron el Andálus, poseyéndole cerca de 150 años; que fueron once aquí sus reyes; que era su capital *Medina Thálica*, y que vencidos luego por los *Isbaniáh* (2), edificaron y poblaron éstos á Ixbilia (Sevilla), «dejando arruinada á *Medina Thálica*» (3). Por su parte Al-Maccari, tomándolo del Secundí, refiere que en los días del Califa Al-Hakém I (180-206 de la H.=796-821 de J. C.), fué hallada en el pago ó partido de Thálica, distrito de Sevilla, una figura femenil de mármol, acompañada por un adolescente (¿Psiquis y el Amor?), que parecía viva y excitaba el deseo, ponderando su belleza con decir que ni se oyó contar en las historias, ni se vió en los monumentos antiguos figura tan hermosa como ella, la cual fué colocada en las térmas (hamamat), y admirada allí por todos durante muchos años (4).

De esta noticia, interesante y no grandemente divulgada que yo sepa, ha de inferirse á mi juicio sin violencia, y si la indicación del tiempo es exacta, que á fines del siglo VIII y principios del siguiente, había aún población, por lo menos en parte del solar de Itálica, por aventura la que sirve de emplazamiento á la moderna Santiponce con corta diferencia (5);

---

(1) «Habitantes del Africa propia, descendientes, según los árabes, de Ifriquís-ben-Scifiyí-ben-Sibé-ben-Yahráb-ben-Cahtán» (F. Fernández y González, *Historias de Al-Andálus*, pág. 292).

(2) Los de Vespasiano, los romanos.

(3) *Bayán-ul-Mogrib*, pág. 3 del t. II (texto arábigo publicado por Dozy); págs. 7 y 8 de la traducción española de mi hermano político, señor Fernández y González, ya citado. Al-Maccari en sus *Analectas* (páginas 86 y 87 del t. I, texto arábigo), consigna también esta tradición.

(4) *Analectas*, texto arábigo, t. I, pág. 99.

(5) Como testimonio de la subsistencia de población en Itálica durante el período mahometano, alegaba en 1840 el Sr. D. Ivo de la Cortina el «muy reciente» de que «unos tabiques que unían los intercolumnios del *Forum*, fabricados,—dice,— de fracmentos romanos ligados por la despreciable argamasa de los tiempos bárbaros, *contenían el dorso de una cabeza de exquisito mármol, y del mejor tiempo de imperio*, la que, colo-

que la otra parte, acaso las *Eras del Monasterio, los Palacios, las Coladas* y los lugares más próximos al *Anfiteatro*, convertida en pago, no había sido comenzada á explotar todavía, cuando, quizás en la primera roturación del terreno, se apareció entera una escultura; que si en tales condiciones fué extraída ésta en aquel tiempo, es fábula respecto de Itálica todo lo del furor vandálico, y lo de «la maza de guerra manejada desde un caballo» por «alguno de los hombres de Gunderico ó de Recchila», «vándalo ó suevo», que debía tener «buenos puños» para partir de un golpe una escultura, y gozó con destruir las de los monumentos italicenses; y por último, que ó bien las *Thermas* del final de la *calle de Trajano* en Santiponce, ó bien las ruinas que con igual nombre son designadas no lejos del *Anfiteatro*, unas ú otras, probablemente las primeras, subsistían y estaban á la sazón en uso, cualquiera que fuese su estado, cuando en ellas fué colocada la estátua femenil descubierta, y allí permaneció muchos años, causando la admiración de las gentes, es decir, de los moradores del burgo constituído en parte de la antigua Colonia.

Ya después, sólo es mencionado el pago ó partido de Thálica, del cual se apoderaban el año 301 de la H. (913-914 de J. C.) en nombre del Califa Abd-er-Rahman III con los del Ax-Xarafe y de Huelva, los caudillos Mohámmad Ibrahím-

---

cada á guisa de ladrillo, era parte de la pared» (*Antigüedades de Itálica*, pág. 12). Habría sido precisa la conservación de estos «tabiques», para comprobar la fecha á que pudieran ser referidos; pues por semejantes indicaciones de «despreciable argamasa de los tiempos bárbaros», nada puede conjeturarse respecto del tiempo en que fueron labrados aquellos «tabiques», ni de la filiación de la gente que los hizo, la cual, lo mismo pudo ser musulmana hasta 1248, que cristiana, hasta el propio siglo XVIII. Del período muslímico habían sido halladas por el Sr. de la Cortina durante las excavaciones del mes de Abril dos monedas pequeñas de cobre (*Gaceta de Madrid* del 20 de Mayo), y según el Sr. Caballero-Infante, fueron en diversos tiempos encontradas «entre las ruinas monedas de oro y de cobre, acuñadas por los primitivos emires dependientes del Califato de Damasco» (Gestoso, Op. cit, t. III, pág. 602).

ben-Hachách y Cásim-ben Al-Gualid, según Aben-Adharí consigna (1), lo cual hace suponer quedó yermo aquel paraje, y en situación parecida á la que hubo de tener al tiempo de la Reconquista, conforme se desprende del *Repartimiento de Sevilla* publicado por Espinosa y citado por Matute (2).

Si á pesar de los esfuerzos de investigación hechos por los autores, no ha sido lícito para nadie señalar con la apetecida certidumbre la ocasión precisa en que fué destruída y cayó arruinada la ostentosa ciudad de Itálica, aun con registrar, como son generalmente registradas, las tres más dolorosas y principales catástrofes que hubieron de conmoverla y afligirla, y á que dieron sucesivamente causa los decretos imperiales de Teodosio mandando destruir todos los templos paganos en el Imperio al finalizar del siglo IV, la doble irrupción desoladora de los bárbaros devastadores en la Bética durante el siglo V, y la conquista de las Hispanias por los musulmanes en el VIII,—tampoco se ha podido descubrir,—pensaba yo,—ni poner en claro á despecho de todo, la forma en que la destrucción de la monumental Itálica hubo de verificarse.

Rechazada por lo común ha sido, cual origen único de tan misteriosa como total ruina, la intervención incontrastable y súpita de los fenómenos de la naturaleza que pudieron abatirla para siempre, convirtiéndola, á modo de sortilegio, de *hecho* esplendoroso en mísero *recuerdo*, conforme un escritor apunta (3), demostrándolo así, á su juicio, y según ya he indicado, el que en las exploraciones practicadas allí en todas épocas, «sólo han ofrecido» las ruinas «muchos despojos de *cosas* y ninguno de *personas*», es decir, de aquellos de sus moradores inopinadamente sorprendidos por la catástrofe natural, ya en la calle, ya en la casa, ya ocupados en sus menesteres habituales y cuotidianos.

(1) *Bayán*, texto aráb., t. I, pág. 133; 249 de la trad. cit. del Sr. Fernández y González.

(2) *Bosquejo de Itálica*, pág. 149.

(3) *Itálica, estudio histórico-artístico* cit., págs. 9 y 11.

Quedan, pues, como únicos factores posibles del terrible acontecimiento, el hierro y el fuego, al servicio uno y otro respectivamente de la saña desenfrenada de los oprimidos y perseguidos, trocados en opresores y perseguidores, y de la barbarie asoladora y cruenta de aquellos cuyas proezas repugnantes y terribles refiere Idacio conmovido, y á las cuales son atribuídas tantas desventuras como afligieron á la pobre España entonces.

Mas, por el estado en que suelen aparecer los restos monumentales escultóricos y arquitectónicos en las removidas ruinas, forzoso es admitir además en ellas, como factores, los espasmos terrestres, que contribuyeron verosímilmente con su intervención inesperada á extremar y concluir la destrucción de lo que á la saña de los hombres pudo haber escapado, y los desbordamientos asimismo é inundaciones producidas por las aguas del Guadalquivir, en ocasiones no registradas. ¿Quién conoce ni la intensidad ni la extensión del terremoto de que al año 1063 dan noticia los *Annales Toledanos II* (1)? La lápida arábiga de la *Colegiata del Salvador* en Sevilla, habla de «los frecuentes terremotos prolongados desde la noche del domingo, primer día de la luna de Rabiê primera del año 472» de la H, que con el domingo 1.° de Septiembre de 1079 coincide (2), fenómeno sísmico que pudo sin dificultad estremecer y quebrantar con sus violencias más aún de lo que lo estaban las ruinas de Itálica, y respecto del cual dice Abd-el-Halim de Granada, fué «espantoso temblor de tierra, como jamás se había dejado sentir en el Mogréb», que derribó «las torres, los minaretes y los edificios, é hizo perecer infinidad de personas bajo las ruinas, repitiéndose las sacudidas noche y día, desde el primero de Rabiê primera (que es la fecha de la lápida citada

(1) *Esp. Sagr.*, t. XXIII, pág. 404.

(2) Véase el epígrafe traducido por Gayangos en la pág. 396 del t. II del *Memorial Histórico Español*, y en las págs. 103-105 de mis *Inscripciones árabes de Sevilla* (Madrid, 1875).

de *El Salvador*) hasta el último de Chumáda segunda», ó lo que es lo mismo, si no hay exageración en la noticia, que las convulsiones terrestres duraron y se reprodujeron sin interrupción por espacio de cuatro meses seguidos (1).

¿Quién sabe el radio de acción de los terremotos de los años 1216 y 1221, registrados respectivamente en el *Chronicon de Cardeña* (2) y los *Annales II* de Toledo (3)? ¿Quién los del temblor de tierra del año 1755 que se sintió en Itálica? ¿Quién la generalidad de la riada del año 1113 (4), y la de aquella de 1257 conmemorada en el largo epígrafe del *Puente de Alcántara* en Toledo (5)? ¿Quién sabe los accidentes de una y otra naturaleza acaecidos por lo menos desde los días en que Leovigildo, según el Biclarense, reparaba ó reconstruía las abatidas defensas de Itálica? ¿Quién conoce los alcances de las riadas todas del Guadalquivir, de aquellas por lo menos de que han dado en 1903 tantos indicios, las excavaciones practicadas dicho año en la denominada necrópolis italicense, conforme el Sr. Fernández López consigna en su doctísima *Memoria,* á dichas excavaciones relativa?

Del hierro han creído encontrar algunos huellas indudables en la forma en que aparecen mutiladas las esculturas, advir-

---

(1) *Rudh-al-Carthás*, trad. de Beaumier, pág. 240.

(2) *Esp. Sagr.*, t. XXIII, págs. 375 y 376.

(3) *Id.*, íd., pág. 406: «Fue terremotus en Toledo en dos Decembre, é otro dia á la noche fizo grand diluvio toda la noche, é cayeron muchas casas, é en el muro é en las torres muchos logares, é fizo relampagos é tonos, Era MCCLIX.»

(4) *Id.*, íd., pág. 404: «Avenida de Tajo, que cobrio el arco de la puerta del Almohada (hoy Almofala), é andaban los barcos por el arravald» de San Isidoro, «Era MCII».

(5) Según allí se consignan, fué entonces «el grande diluvio de las aguas é comenzo antes del mes de Agosto é duro hasta el jueves XX é VI dias andados de Diciembre é fueron las llenas de las aguas muy grandes *por todas las más de las tierras é ficieron muy grandes dannos en muchos logares é señaladamientre en Espanna, que derribaron los más de los puentes que hi eran*».

tiendo en ellas señales de feroz ensañamiento (1). Del fuego, citaba el explorador de 1839 el fragmento de un bajo-relieve en que se dibujaba la «cabeza de una afligida matrona», el cual fragmento estaba «muy quemado» (2), haciendo constar en la relación del mes de Septiembre, y con ocasión del descubrimiento de un mosáico en las *Eras del Monasterio,* haber hallado allí «restos de dos edificios, uno romano (que era el del pavimento) y otro *vandálico*», y que los «que están próximos,—decía,—muestran por el carbón y ceniza que los envuelve, haber perecido por el fuego» (3).

Estas son las únicas indicaciones que había encontrado, y que respecto al hierro y al fuego recordaba. Quizás habría otras más, y más expresivas; pero si es presumible que la saña de quienquiera que fuese, se complaciera en despedazar sobre sus pedestales las obras de estatuaria, ya en los lugares públicos, ya en el interior de los edificios de todo género, ¿cómo comprender y cómo aceptar que á golpes del hierro fueran á fragmentos reducidos los fustes de mayor ó menor módulo de aquellas construcciones, los frisos, los frontones, los arquitrabes, y demás miembros arquitectónicos que enriqueció el cincel con sus labores? ¿Qué fuerza humana, más ó menos individual, desquició las columnatas, conmovió los muros é hizo rodar por el

(1) Hablando de la estátua atribuída á *Minerva* y encontrada en Itálica, decía el Sr. de la Cortina: «Tanto encono hubo según se conoce para este monumento, que lo manifiestan las mordeduras ó heridas á golpe destrozar del hierro destructor en que se presentan en el lado derecho.» (*Antigüedades de Itálica*, pág. 14.)

(2) *Gaceta de Madrid* del 16 de Abril. En su citado libro, decía respecto de este relieve que estaba «cuasi carbonizado», y que «por su estado se puede deducir, así como por el sitio en donde fué hallado, envuelto en ceniza y aun en palpable carbón, que las ruinas por lo menos de aquel punto determinado, como se demuestra en otros muchos sitios de la ciudad, que fué el incendio el medio más común de destrucción adoptado por los enemigos de la populosa Itálica» (pág. 17).

(3) *Gaceta de Madrid* del 6 de Noviembre, copiando la relación del *Diario de Sevilla* del 30 de Octubre.

suelo, quebrantándolos, aquellos primores de la Arquitectura?

Y si el desquiciamiento fué igual y simultáneo en todos los extremos de la población, ¿cómo y por qué, sobre los pavimentos de pintados mosáicos no han aparecido, ni aparecen, como yo en esta visita á Santiponce veía, los restos de aquellas fábricas suntuosas amontonados y en el desórden natural de su fragoroso derrumbamiento?

Por lo que hace al fuego, si en algunos parajes fueron halladas cenizas, piezas de madera hechas carbón y piezas de mármol calcinadas, ni hay señales de él en las esculturas, ni en los miembros arquitectónicos, ni sobre los mosáicos. El hacinamiento de las maderas ardiendo de las techumbres caídas en las estancias de los edificios destruídos, señales perennes habría dejado en los pavimentos; y yo tampoco recordaba en lo que refieren los investigadores, que nadie mención hiciera de ellas, ni las vi cuando el año de 1874 visité con mi tío don Demetrio á Itálica, y admiré los hermosos mosáicos por él descubiertos en *las Coladas*, ni las he visto después en los que sobre el suelo permanecían aún, ó estaban á medio descubrir todavía, y en los que yo mismo he descubierto. En cambio, acudía á mí la memoria de lo que acontecía en las excavaciones de la desaparecida Iponoba, cerca de la villa de Baena, en la provincia de Córdoba; allí, el afortunado explorador, mi buen amigo y pariente D. Francisco Valverde y Perales, halló, y yo vi en 1904, señales poderosas de destructor incendio.

No eran sólo piezas y esculturas de mármol calcinadas; eran oleadas de metal fundido que se extendían por el pavimento; eran vasijas de vidrio deformadas, al calor de las llamas; eran conglomerados informes de madera, pestillos y llaves; eran vigas enteras, que asomaban entre los muros aún en pie, consumidas allí por el fuego y carbonizadas; era, pues, el espectáculo terrible de una población de que las llamas habían hecho el artificial cabezo, que allí *Cerro del Minguillar* denominan; pero en Itálica, todavía á lo menos, nada que patentice, que demuestre por modo irrefragable la acción del incendio

asolador, furioso, voraz, pero lento é invencible, ha sido puesto de manifiesto, que yo sepa, durante el curso de las excavaciones hasta el día practicadas, y así viene también á resultar que si es un misterio impenetrable el de la ocasión en que hubo de ser arruinada Itálica, misterio es también el de la forma de su destrucción y su aniquilamiento (1).

Acaso nuevas exploraciones faciliten los medios de llegar á la resolución de ambos problemas; pero hasta el día, fuerza será contentarse con aceptar el hecho, sin remontarnos en alas de la fantasía á determinar las causas. Allí está el cuerpo sepultado de la gran población, que afrentó acaso con su lujo y su aparato á su vecina Iulia Romulea; sus restos son los únicos que pueden revelar el momento y la forma de su total ruina, é interrogados desinteresadamente, desinteresadamente también darán acaso la clave del misterio...

Ni podía, ni puedo aceptar la verosimilitud del supuesto hipotético del autor anónimo á quien antes he citado, y quien pretendiendo despejar la incógnita decía: «Si era [Itálica] una mansión de lujo ó una simple fortaleza, sin elementos de trabajo, no es extraño que, *abandonada por los romanos en su caída*, la mirasen con indiferencia los nuevos invasores, que no se pagaban de maravillas artísticas, y *la dejasen despoblada*». «Si así sucedió—prosigue,—era necesario que *se deteriorasen gradualmente los edificios hasta hundirse,* y que la natural superposición de nuevas capas en el suelo, enterrase los restos en más ó menos tiempo, como sucede en todo lugar inhabitado (2).

La peregrinidad de supuesto semejante es tal, que para

(1) He de confesar, con todo, que en algunos lugares, explotados por José Rodríguez Jiménez, halló éste, y conserva, y yo he visto, piezas de cristal aplastadas cual si hubieran sido de pasta maleable, y trozos de plomo fundido, lo mismo, aunque no en tanta abundancia que en Baena. Pudo haber incendios parciales; pero no incendio total, que es lo que se pretende y combato.

(2) *Itálica, estudio histórico-crítico,* pág. 13.

violentar aun condicionalmente, se hace preciso evocar el recuerdo de aquellos éxodos fabulosos en que una población en masa abandonaba su primitivo asiento, llevando consigo cuanto poseía, y dejando los lugares completamente desalojados y vacíos. Algo de esto ha acontecido, es verdad, con ocasión de la guerra, y por ser humano, se ha repetido y se repetirá constantemente. ¡Cuántas veces los ejércitos de Napoleón, en España y fuera de España, encontraron los pueblos y las aldeas huérfanos de sus habitantes, abandonados por ellos á la aproximación de los invasores, llevando consigo atropelladamente cuanto les era dable! Llenos están los relatos de la guerra franco-prusiana de 1870, de cuadros semejantes... Masas de pacíficos aldeanos, marchando en tropel confuso, cargados con lo que á mano hubieron, arrastrando en toda suerte de rústicos vehículos las mujeres, los hijos, los padres ancianos, los enfermos!

Pero si esto aconteció en Itálica, ó se dió caso á ello parecido, ¿cuándo fué? Porque, á pesar de las leyes de Teodosio, Itálica vivía en los siglos v y vi, y los escritores conmemoran que en el vii, cuando el anónimo de Rávena redactaba su *Cosmographia*, citaba á Itálica colocándola después de Hilipa (1). ¿Fué á la aproximación de las hordas furibundas y salvajes de vándalos y suevos? ¿Fué á la de los siervos bagaúdas, que infestaron un tiempo las Hispanias? ¿Lo fué á la presencia de los invasores musulmanes? Que no pudo ocurrir en este momento, dícelo la conducta que Muza-ben-Nosayr y Abd-ul-Aziz, su hijo, siguieron para con los sevillanos en las dos consecutivas veces que hubieron de apoderarse de la antigua Iulia Romulea. ¿Fué con ocasión de la lucha encarnizada con los beréberes durante el período del gualiato dependiente de Africa? Poco probable es. ¿Fué con motivo de la resistencia que los yemeníes, heredados en el Axarafe, opusieron á someterse á la autoridad de los Omeyyas en los días de Abd-er-Rahman I?

(1) Rodríguez de Berlanga, *El nuevo bronce de Itálica*, ibidem.

Tampoco es de creer, tanto más, cuanto que según el testimonio del Secunndí, que arriba he recordado, y que Al-Maccari reproduce, Itálica estaba ya en ruinas, aunque en ella se hubiese un aduar establecido.

Nada, pues, en conclusión, justifica la hipótesis, y el misterio sigue y seguirá todavía hasta que Dios sea servido esclarecerlo...

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS

LAS CORTES DE LA REVOLUCION

CRÓNICAS PARLAMENTARIAS

Supuesto atentado contra el Rey.—Erudición, agudezas y donaires de D. Juan Valera.

Se habló mucho, á principios de Junio de 1871, de un supuesto atentado de que había sido objeto el Rey Don Amadeo, y como los periódicos publicaron noticias contradictorias, veamos lo que dijo el ministro de la Gobernación en las Cortes, el día 10 del mes citado:

«Respecto del suceso de la Fuente Castellana, no tiene importancia. Se trata de un francés (1) que lleva algún tiempo en España; vago, que vive de limosna, que come donde puede, pero siempre bebe más que come, y que, aparte de su carácter estrafalario, como es dado á la bebida, está la mayor parte de las veces en un estado excepcional. En ese estado se encontraba paseando por la Fuente Castellana, pues su oficio hoy por hoy es pasear. Vió venir á S. M. el Rey, y dice que le dió alegría el verle, porque le había conocido de doce años de edad en Génova, y eso le impulsó á aproximarse á S. M. para darle los buenos días. El Rey le recibió como recibe á todo el mundo, con afabilidad, y el hombre quedó muy satis-

(1) Carlos Adolfo Pain.

fecho del recibimiento que le había hecho S. M. El Rey siguió su paseo, y á la vuelta, como el francés se había quedado tan satisfecho del primer recibimiento, quiso volver á saludar á S. M.; pero algunos agentes de Orden público que se hallaban á la vista, observando aquel personaje, de no muy buen aspecto, y que quería acercarse por segunda vez, y no sabiendo las intenciones que llevaba, le echaron mano. Por lo descubierto hasta ahora se sabe que no llevaba aquel hombre mala intención; que iba un poco en estado excepcional; que saludó al Rey una vez, y quiso volverle á saludar. Esto no tiene importancia ninguna; no se ha descubierto que tuviese intención ninguna hostil, como han creído varias personas. Ha sido una extravagancia de un extranjero que tenía la circunstancia de estar un poco bebido.»

Conviene hacer constar que Don Amadeo iba á pie cuando ocurrió el suceso: se había bajado del carruaje y estaba paseando por el final de la Castellana.

***

El autor de *Pepita Jiménez* es uno de los más puros estilistas de la literatura española del siglo XIX, y tiene derecho á que transcribamos algunos párrafos de un discurso que pronunció (1) defendiendo la Revolución y sus ideas contra las recriminaciones de los diputados tradicionalistas D. Cándido Nocedal y D. Valentín Gómez, porque este discurso, olvidado ya por todos, eso que está impreso en el *Diario de las Sesiones*, debería figurar en la colección de las obras de D. Juan Valera.

Decía:

«Una revolución es como un terremoto, es como un cataclismo. ¿Quién habla de derecho al terremoto, de derecho al cataclismo? Pero lo cierto es que si no hubieran venido los terremotos, no se hubieran levantado esas grandes montañas, en

(1) 15 Junio 1871.

donde se recoge la nieve y luego se derrama en arroyos de agua que vienen á fecundar los campos y á hacerlos fértiles. Y, sin embargo, ¿hemos de decir por eso que es muy útil, que es muy conveniente que haya un terremoto? No; un terremoto es una cosa pavorosa, un derecho natural, ineludible, pero anormal, que en sí no es bueno ni malo; puede ser bueno por sus resultados, y puede ser necesario por las causas que lo promueven. Pues lo mismo digo de la revolución; y, sin embargo, ya que ayer cité al P. Francisco de Vitoria, autor que no me rechazarán, ni recusarán los señores neocatólicos, diré que es de parecer de que no se debe sufrir al tirano cuando le hay, sino que se le debe expeler. Y me acuerdo del texto; dice así: *Per rempublicam rex non potest expeliari, nisi fuerit in tiranidem corruptus.* Por consiguiente, cuando el rey cae en la tiranía, el pueblo puede levantarse y expelerle, expulsarle.

»Hay más: discute otra cosa el P. Vitoria que es ingeniosísima. Dice que en las historias profanas y sagradas se advierte que cuando un rey peca, que cuando un rey obra mal, Dios permite ó Dios dispone que los súbditos sean castigados y azotados con gran número de males y calamidades. Y cita, por ejemplo, á Abimelé y á Faraón, que ambos se apoderaron de Sara, mujer de Abraham, y querían hacerla su concubina. Entonces Dios se enfadó tanto contra aquel acto, que envió las plagas más horribles contra los pobres súbditos de Abimelé y de Faraón. Y dice el P. Vitoria: ¿Cómo es esto? ¿No fueron los reyes los que pecaron? Sí; pero puesto que los súbditos sufrían á unos reyes tan malos, ellos tenían la culpa. ¿Y qué consecuencias saca de aquí? Sacaba la consecuencia que voy á decir: *Ergo tenetur respublica non commitere regiam potestatem nisi ei qui juste excerceat.* De modo que no solamente puede el pueblo expulsar al rey tirano, sino que está obligado á expulsarle; sino que Dios castigará á los súbditos que se dejan gobernar por un rey tan malo. (*Rumores de protesta en los bancos donde se sentaban los tradicionalistas, de lo que sacó partido el orador.*)

»Con el texto que acabo de citar, creo haber demostrado, como con gran júbilo he visto, con asentimiento del Sr. Nocedal y de otros señores del partido tradicionalista, que no solamente es lícita, sino, en ciertos casos, necesaria la insurrección.

Nocedal interrumpiendo.—Contra el tirano, contra el usurpador.

Valera.—¿Contra el usurpador? ¿De qué? Usurpadora fué entonces Isabel la Católica, la mayor de las glorias de España. ¿Quién más usurpadora que ella? Cíteme el Sr. Nocedal otro rey que haya sido más usurpador que Isabel la Católica. Usurpador fué entonces Alfonso Enríquez, fundador de la monarquía portuguesa, que era súbdito del rey de Castilla, y se rebeló contra él; y sin embargo, Gregorio VII, el más grande de los Pontífices, santificó y canonizó la usurpación: luego Gregorio VII se hace cómplice de la usurpación y del crimen. Usupador fué entonces el fundador de la monarquía carlovingia, y sin embargo, el Papa aprobó, canonizó la usurpación. Ahí tiene el Sr. Nocedal cómo S. S. es más santo y más respetador de la legitimidad que el Papa, y cómo S. S., al hablar de usurpadores, condena á Isabel la Católica, la mayor gloria de España, entre todos los que se han sentado en el trono. ¿Qué quiere decir usurpador? ¿El que reina en nombre de la nación entera? (*Rumores entre los Diputados tradicionalistas.*) De la nación entera, sí; porque basta la mayor parte, porque la mayoría es la que impone la ley en estas cuestiones.

«Y también el P. Vitoria ha previsto este vuestro argumento, y me ha dado armas contra él: *major pars reipublice,* dice, *regem supra totam rempublicam constituere potest.* La mayoría decide en esta cuestión. El P. Vitoria lo declara así. ¿Dice que es menester la unanimidad? No. Esta solamente se da en los concilios ecuménicos, porque el Espíritu Santo acude allí; pero no aquí, donde se tratan cuestiones civiles. ¿Dónde ha visto el Sr. Nocedal la unanimidad? En ninguna parte. Y aun en el Concilio último no ha habido unanimidad: sin duda el Espí-

ritu Santo no ha estado sino en parte, y no en todo el Concilio. La ley de las mayorías, es, pues, la verdadera ley.

»Yo quisiera que el Sr. Nocedal ó cualquiera otro neocatólico que esté en su caso, me dijese cómo es que ha servido á una usurpadora durante algunos años, porque es claro que si ahora creen que la legitimidad está en Carlos VII, tienen que convenir en que ha sido una usurpadora Doña Isabel II, á quien el Sr. Nocedal ha servido por error de entendimiento ó de voluntad. Se parece en esto el Sr. Nocedal á San Agustín, que después de ser maniqueo y de ser pagano, acabó por ser cristiano y Padre de la Iglesia. Incita en esto también el ejemplo de aquel famoso filósofo, llamado Peregrino, de quien habla Luciano, el cual, después de haber seguido todas las sectas, vino, por último, á hacerse cínico, y tomando á Hércules por modelo, acabó por la mayor locura en que puede incurrirse: la de quemarse vivo en presencia de los griegos congregados en los Juegos Olímpicos: fin trágico que no deseo, por cierto, al Sr. Nocedal.»

. . . . . .

«Decir (1): el cuerpo al diablo y el alma ponerla en Dios. Esa división es muy cómoda; es la base de la doctrina del P. Molinos. Por esa división, sin duda, uno de los grandes políticos que vosotros admiráis en el día de hoy, apela á la sandia gracia de condenar la civilización moderna, porque la gente se lava más en el día, porque es limpia, y ha dicho: ¿Qué ha de ser de una sociedad donde se lava la gente tanto? De manera que es menester ser sucio para ser buen cristiano y buen patricio.»

Hablando de la libertad de la ciencia, y combatiendo el sentido en que la definían los amigos de Nocedal, decía:

«¿Quién es el juez entre la verdad y el error? ¿Existe ese juez, ese gobierno? Entonces vendría una ciencia oficial y diría: esto se enseña porque es verdad, y esto no porque es

(1) Se dirige á los ultramontanos.

falso: tendríamos al Gobierno convertido en pedagogo, y se acabó la ciencia. Se dice, es la Iglesia la que define la verdad y el error. En esto cabe el distingo que S. S. ha hecho de un modo elegante y elocuente, porque hasta cierto punto es la misma distinción que hacía el ama de huéspedes que tenía yo cuando era estudiante (1).

»Dividía mi ama de huéspedes las cosas, en cosas de tejas arriba y de tejas abajo; era viuda y joven, y dicen que alegre; y dejando las cosas de tejas arriba, á las que tenía el mayor respeto, de las de tejas abajo hacía lo que le daba la gana. Esta distinción es tan arbitraria como la que establece el señor Gómez, porque, al cabo, las tejas se pueden poner más altas ó más bajas, y encima de ellas se ponen también los hombres, y sobre todo los gatos.

»Es muy difícil marcar esa línea divisoria, entre lo que el hombre puede juzgar y lo que no, porque si, como dicen los señores neocatólicos, toda cuestión política envuelve una cuestión religiosa, no hay cosa que pueda clasificarse entre las de tejas abajo; todo debería quedar comprimido por la Iglesia; la Iglesia intervendría hasta en los estudios de química, de astronomía y de mecánica; podría entender hasta en el arte de cocina, é intervendría en la pintura para determinar el modo de pintar las Vírgenes y los Cristos. Pues bien, señores; el arte, oprimido de esa manera, no es arte, ni la ciencia sin libertad puede ser ciencia.

»En cuanto á la moral, me ha acusado S. S. de que yo quiero un gobierno inmoral, que no se cuide de la inmoralidad privada; S. S. no me ha entendido. ¿Quiere S. S. que volvamos á los gobiernos antiguos, que penetraban en la vida de los ciudadanos, y arreglaban todas sus acciones diciéndoles lo que era moral y lo que era inmoral? Señores, la moral es lo íntimo, y el Gobierno, sin ser moral ni inmoral, no se mezcla en las acciones de los individuos, sino en cuanto están ó no confor-

(1) Alude á D. Valentín Gómez.

mes con las leyes positivas de la sociedad. El hombre puede cometer una acción inmoral sin que el Gobierno tenga nada que ver con ella; él dará cuenta á Dios; pero no tiene que dar cuenta á ningún hombre mientras no rompa la ley positiva y escrita.»

Contiene el discurso párrafos muy interesantes, que sirven para formar concepto del criterio político de D. Juan Varela, poniendo de relieve la figura intelectual de aquel galano escritor.

El aniversario del pontificado de Pío IX.—Castelar y la crisis.

D. Cándido y su hijo D. Ramón Nocedal presentaron, en 16 de Junio de 1871, una proposición para que se felicitase al Papa Pío IX, por haber llegado al vigésimoquinto año de su pontificado, y al apoyarla pronunció D. Ramón un discurso eminentemente político contra los gobiernos liberales, contra las instituciones representativas y contra los progresos de la civilización. El ministro de Estado (Sagasta) la combatió, y al ponerse á votación, en la duda de si se votaba íntegra ó por partes, surgió un incidente que pudo tener desagradables consecuencias. Pidió Canga Argüelles que se leyesen unos párrafos de la Encíclica pasada por Pío IX á los arzobispos y obispos de la cristiandad, con fecha 1.° de Noviembre de 1870, á lo que se opusieron el Presidente y el ministro de Estado (Martos), no considerando la Encíclica citada como documento oficial, por no haber obtenido el pase regio. Hubo protestas entre los diputados de la minoría carlista, grandes rumores entre los bancos de la mayoría y barullo en todo el salón. Canga Argüelles pronunció algunas palabras que Núñez de Arce estimó ofensivas, considerándose inminente un lance personal; los amigos de uno y de otro defendían á su respectivo patrocinado con grandes voces, armando tal confusión, que Olózaga, conceptuándose impotente para calmar aquel desorden, se puso el sombrero y levantó la sesión.

Esto fué á las cinco de la tarde.

Reunido el Congreso en sesión secreta, Canga Argüelles y Núñez de Arce se dieron mutuas explicaciones; el General Serrano echó su jarro de agua fría, para lo que demostraba especiales aptitudes, y se reanudó la sesión á las ocho de la noche, en la mejor armonía, desechándose la proposición de los Nocedales en ordenada y correcta votación.

El 18 de Junio era el día en que se celebraba la exaltación de Pío IX al Pontificado, y los católicos de Madrid hicieron alarde de sus creencias religiosas, adornando sus balcones é iluminándolos durante la noche, lo que produjo, por parte de ciertos elementos díscolos y contrarios, una protesta agresiva, infundiendo la alarma entre los habitantes de la villa. Varias turbas, en crecido número, recorrieron las calles de la población, apedreando los faroles que los católicos habían colocado en sus balcones y ventanas, y ya puede suponer el lector la mala impresión que esto causaría en el público.

El día 19 hizo el Marqués de Sardoal una interpelación al Gobierno, acusándole de falta de energía; Sagasta se defendió manifestando que la cuestión fué más política que religiosa, y que el Gobierno, de no haber ensangrentado las calles de Madrid, no podía haber hecho otra cosa que perseguir y detener cuantos alborotadores fueron habidos.

Cánovas, Alvarez Bugallal, Fabié, Elduayen y el Conde de Toreno presentaron una proposición pidiendo al Congreso que declarara haber visto con profunda indignación los atropellos cometidos; Vega Armijo, Alarcón y Suárez Inclán presentaron otra en el mismo sentido, y llegó á tal grado la excitación de la Cámara, que el Presidente del Consejo de Ministros se vió obligado á decir:

«Aquí ya no se trata de los sucesos deplorables de ayer, ni tampoco se trata de rendir un tributo de respeto al Padre común de los fieles; aquí se trata de derribar y acabar con el Ministerio.»

Y terminó declarando que consideraba esta cuestión como

de Gabinete, con lo que resolvió el conflicto parlamentario y fueron desechadas las proposiciones indicadas.

*
* *

El Gobierno quedó muy quebrantado á consecuencia del incidente promovido por la cuestión del aniversario de la exaltación de Pío IX al Pontificado; pero de tal manera, que hasta se habló de crisis, y los mismos individuos del Ministerio no ocultaron la posibilidad de un cambio de Gabinete. Había comenzado la discusión del proyecto de contestación al discurso de la Corona, el 31 de Mayo (1), y el 16 de Junio quedaban por discutir catorce enmiendas; en su vista, y deseando las oposiciones dejar expedito el camino para cualquier cambio político, á instancias de Rivero, retiraron las enmiendas presentadas, á cambio de que la Presidencia concediera á los que retiraban sus enmiendas, la amplitud necesaria para manifestar cuanto tuvieran por conveniente al discutirse la totalidad del dictamen de la Comisión.

Pero pasada la impresión de los primeros momentos, el Gobierno se rehizo y volvió á cobrar fuerzas, por lo que Castelar dijo en 22 de Junio (2):

«No podemos entrar resueltamente en una franca y extensa interpelación. Ahora llega este gran debate político en que podíamos dilucidar todo género de problemas; ahora, en esta única ocasión de ejercer con amplitud nuestro derecho de crítica, se alza el Ministerio y nos dice: *Sabrán ustedes que me he muerto.* Y cuando uno se encuentra delante de un muerto, sobre todo si el muerto era joven, lo primero que ocurre decir es: ¡Pobrecito! ¡Qué bueno era! (*Risas.*)

»Señores, se tomó por cosa tan formal la muerte del Ministerio, que algunos compañeros, algunos amigos míos de oposición se conmovieron, y teniendo presentadas proposiciones de

(1) 1871.
(2) 1871.

censura, las retiraron á esta sencilla frase: ¿Quién discute con un muerto? Yo, señores, desde este sitio me sonreía; no porque sea cruel; nada de eso. Sonreíame porque me acordaba de un cuento que oí referir á mis abuelos. Eran muy religiosos, y por eso creo no ofender los oídos de cierta fracción de la izquierda.

»Un devoto visitaba su parroquia en Jueves Santo, y escuchaba el sermón de Pasión. La iglesia era un mar de lágrimas; su atmósfera, una tempestad de sollozos. Y el devoto se sonreía con serenidad perfecta. Otro que le observaba, acercóse, y le dijo:—Usted tiene entrañas de cal y canto. ¿No le conmueve la muerte de Nuestro Señor Jesucristo?—No, porque estoy en el secreto.—¿En qué secreto?—En el secreto de que pasado mañana resucita.» (*Risas.*)

Son curiosos los párrafos siguientes del discurso de Castelar:

«Señores diputados: Si á todas las manifestaciones de la opinión se les da un sentido subversivo, no puede haber derechos individuales. ¿Los conserváis? Se pierde la monarquía, porque los derechos individuales, como os anuncié en una sesión célebre, son pólvora que hay bajo el trono. ¿Los abolís? Habéis abolido la legitimidad de la Revolución. De suerte que, si no fuera irreverencia de la Cámara, yo aconsejaría á la situación que entonase á los derechos individuales, al sufragio universal, á la conciliación de los partidos, este antiguo cantar español:

Ni contigo ni sin ti
mis penas tienen remedio;
contigo, porque me matas,
y sin ti, porque me muero.

»Así, no es maravilla que cada Ministerio sea un caos, y cada ministro el enemigo de su compañero. El ministro de la Gobernación *(Sagasta)* y el ministro de Fomento *(Ruiz Zorrilla),* con ser del mismo partido, no pueden ni ponerse de acuerdo, ni de acuerdo continuar en ese puesto. Hay en

el uno, en el ministro de Fomento, el instinto de su partido, que quiere, no atraerse, sino convertir en progresistas los conservadores; y hay en el otro, en el ministro de la Gobernación, instintos exclusivamente gubernamentales, que le llevan á querer convertir los progresistas en conservadores. Pero estamos vengados del señor ministro de la Gobernación: los conservadores le han llamado demagogo.

»Entre el ministro de Hacienda *(Moret)* y el ministro de Ultramar *(Ayala)* sucede lo mismo. Los dos han ocupado idéntico ministerio; pero el uno, economista, representa la transacción con la idea moderna; en tanto que el otro, poeta, representa la política de intransigencia, la política que consiste en conservar allí la Cruz, la Monarquía y la Metrópoli por los medios por que allá fueron llevadas. Y lo que pasa entre el ministro de la Gobernación y el ministro de Fomento, lo que pasa entre el ministro de Ultramar y el ministro de Hacienda, pasa entre el ministro de Estado *(Martos)* y el ministro de Gracia y Justicia *(D. Augusto Ulloa)*. Mientras el uno, en presencia del episcopado español, recuerda con orgullo que el Estado ha intervenido en la constitución de la familia y ha roto el yugo de la intolerancia religiosa, el otro, penitente arrepentido, sepulta aquellos proyectos de relaciones entre la Iglesia y el Estado, de que tanto se vanagloriaban los progresistas de la Constituyente, y pide poco menos que de hinojos la absolución para sí, y el óleo con que San Leandro ungió á Recaredo, y San Julián á Wamba, para el monarca de las barricadas y del sufragio universal, para el hijo del excomulgado (1), á quien declara completamente ajeno al nombre y á la política de su padre, á ver si puede por algún medio y de alguna manera reconciliarlo con la Iglesia.»

Hizo Castelar declaraciones importantes:

«Señores diputados: La última negociación entablada para traer al Duque de Aosta al trono de España, fué, por mi cuen-

(1) El excomulgado era Víctor Manuel.

ta, la cuarta. Yo diré cuál fué la primera: la primera fué poco después de aquel 22 de Junio (1) que yo conmemoraba ayer y que recordaba al Sr. Presidente del Consejo, porque constituye una de sus victorias y una de nuestras derrotas. El General Prim, después de sabida la triste catástrofe de Madrid, se dirigió á Italia; el General Prim tuvo una entrevista con hombres importantísimos de aquella nación; se trató ya de que la Casa de Saboya le prestara auxilio para la Revolución española. Hay más, señores diputados: la Casa de Saboya, al comienzo de su reinado en Italia, reciente la toma de Nápoles, gracias á la heroica abnegación de Garibaldi, habíase de tal suerte ensoberbecido, que creía posible mezclarse en los asuntos interiores de España y hasta conspirar con nuestros eternos conspiradores. Lo cierto es que mandó aquí una Embajada secreta, misteriosa; y esta Embajada en Madrid se divirtió más que trabajó, y se fué sin haber hecho cosa de utilidad. El General Prim celebró esta entrevista. Hubo promesas, mas no había recursos.

»Yo no quiero comprometer á un hombre de Estado italiano, el cual tiene mucha influencia allí, y, por consiguiente, no lo nombraré, no diré quién es; pero sí diré que me preguntaba cuando yo fuí á verle, y por cierto con una carta de Mazzini, me preguntaba:—*Dígame usted: ¿el General Prim tiene en el bolsillo la Corona de España?*—No, señor—le decía yo;—la Corona de España es, por desgracia nuestra, patrimonio, hoy, de Doña Isabel II; y si Doña Isabel II cae, será patrimonio mañana del pueblo. Y me replicó:—*Pues cualquiera diría que lleva la Corona de España en su maleta, según la ofrece.* Y, señores, aquí está mi amigo D. José María Orense, que intervino en esta segunda parte para disuadir al General Prim, y que afirmará cuanto yo digo.

»Viene la segunda negociación: el Sr. D. Joaquín Aguirre pasó á Italia, y en Italia volvió á tratar con la Casa de Sabo-

(1) De 1866. Hemos hablado de este hecho en *Las Cortes de Isabel II*.

ya ó con sus representantes. La Casa de Saboya volvió á negar todo género de auxilios y de recursos á la Revolución española... Sé muy bien lo que debo á la Presidencia y á la ilustre persona que la ocupa (1), y por lo tanto, no la mezclo en este asunto. Me limitaré á decir... pero no quiero decirlo, y solamente manifestaré que no fué muy favorable su intervención á la Casa de Saboya.

. . . . . .

«De los tres Generales que habían consumado la Revolución (2), sólo uno estaba impaciente por cierta candidatura, ya olvidada (3), el General que llamaré de mar. Los otros dos, el General Serrano, que había traído el Ejército á la Revolución, y el General Prim que había traído el pueblo, amaban sobre todo la interinidad. Allá en sus adentros, el General Serrano quizá estaba resignado al papel que yo le adjudicara con mi discurso contra la monarquía: al papel de Regente de la minoridad de la República; pero había un patricio, á la sazón Presidente de las Cortes soberanas, hoy ministro de Fomento (4), patricio de rectitud y de consecuencia, que ponía sobre todo interés el interés monárquico, y que sin estimar la dificultad de establecer una libertad próspera después de una tiranía reciente, juzgaba que todos nuestros males se acabarían con el advenimiento del nuevo Rey. Buscar Rey, en cualquier parte, á cualquier precio, fué su política.

. . . . . .

«Hoy hace cinco años que andábamos á salto de mata el Sr. Martos (5) y yo, huyendo del Sr. Presidente del Consejo de ministros; y á los cinco años, yo veo al Sr. Martos al lado del Presidente del Consejo de ministros en un mismo Gobierno, como si nada hubiera pasado entre ambos, cuando entor-

(1) Olózaga.
(2) Serrano, Prim y Topete.
(3) La del Duque de Montpensier, patrocinada por Topete.
(4) Ruiz Zorrilla.
(5) Ministro de Estado.

ces, si al Sr. Martos y á mi nos cogen, de seguro nos fusilan.»

. . . . . .

«Yo, señores diputados, iba á decir una tontería; iba á decir que yo nunca sería ministro, ni aunque viniera la República federal. Sé que si algo soy, no soy hombre de gobierno. La tribuna, la palabra, la propaganda, me entusiasman, y por nada en el mundo aceptaría un ministerio. Yo no quiero sino un Gobierno que exprese mis ideas, y no prestaría apoyo incondicional, por altas razones de patriotismo y amor á la libertad, á ningún Gobierno que no fuese presidido por los señores Pí y Margall, Orense ó Figueras; pero fuera de eso, no apoyo á ningún Gobierno, ni formaré en ninguna mayoría. Pero yo, señores diputados, disminuyo mi oposición á medida que los Gobiernos se acercan á mí. Yo tengo, si no sería un insensato, yo tengo grados de oposición; yo en esta misma situación reivindico para mí, reivindico para otra minoría, reivindico para el partido republicano el título I de la Constitución. Por consecuencia, yo, sin comprometerme á apoyar incondicionalmente á ningún Gobierno, ni formar parte de ninguna mayoría, prestaría, no apoyo, pero sí benevolencia, á un Gobierno radical. *(Rumores.)* Sí, sí; le prestaría benevolencia, señores diputados, ó mejor dicho, estaría en expectación benévola. Ya me siento, porque he dicho todo cuanto tenía que decir: ya, gracias á Dios, lo he dicho. Con un discurso que empezó ayer á las cinco y concluye hoy á las cuatro y media de la tarde, se prueba esta tesis; que el Rey es indiscutible é indiscutible la Monarquía.» *(Risas.)*

Pronunció Castelar estos párrafos en el debate sobre el proyecto de contestación al discurso de la Corona, debate que terminó el 23 de Junio (1), á la una y media de la madrugada, ganando la votación el Gobierno.

Sin embargo, el General Serrano, Presidente del Consejo de ministros, manifestó antes de comenzar la votación, que la

(1) 1871.

misión del Gabinete terminaba en aquel momento y que iba á presentar la dimisión del Ministerio.

En vista de estas declaraciones, Martín Herrera (1) levantó la sesión con la fórmula de que para la primera se avisaría á domicilio.

No se hizo esperar mucho, pues el día 27 Serrano se presentó en el Congreso, otra vez como Presidente del Consejo de ministros y con los mismos compañeros de Gabinete. Dijo que había entregado al Rey la dimisión el 24 por la tarde; que Su Majestad, considerando que no existía cuestión parlamentaria que lo motivara, no se la había querido admitir; que se consultó á los Presidentes de las Cámaras, habiendo éstos consultado á su vez á las mayorías de ambos Cuerpos Colegisladores; y que, por fin de estas discusiones y consultas, se le había encargado otra vez la formación del Ministerio, eligiendo las mismas personas que lo constituían anteriormente.

«Ayer mañana (2)—decía,— á las nueve, fuí á Palacio á poner esto en conocimiento de S. M. *(su insistencia en retirarse)*, y rogué encarecidamente á S. M., indicándole algunos nombres, que tuviera á bien encargar á otra persona la formación del Gabinete. A la una y media se presentó en la Presidencia del Consejo de ministros el General Rosell, primer ayudante del Rey, á decirnos, de orden de S. M., que subsistían las mismas causas, y que, no habiendo una cuestión parlamentaria, nos rogaba, y si era preciso, nos ordenaba, que nos presentáramos aquí.»

Tenía razón Castelar cuando contó el cuento del Jueves Santo, de que hacemos mención en este mismo capítulo.

Indemnización á Luis Blanc.—La nota discordante de Gasset y Artime.—El cuadro de Carducho.—Las 129 gracias.

Las Cortes Constituyentes votaron una ley concediendo 100.000 escudos, 250.000 pesetas en moneda corriente, para

(1) Que actuaba de Presidente.
(2) 26 Junio.

indemnizar á siete periódicos políticos secuestrados por el Gobierno á raíz de los sucesos del 22 de Junio de 1866. Estos siete periódicos fueron *La Iberia, Las Novedades, La Nación, La Soberanía Nacional, La Discusión, La Democracia* y *El Pueblo*. Pasó algún tiempo, y D. Luis Blanc, que había sido propietario de un periodiquito también secuestrado en aquella fecha y con igual motivo, aprovechándose de la jurisprudencia sentada, acudió á las Cortes en demanda de otra indemnización, á lo que se opusieron algunos señores.

Rivero Cidraque (1) expuso que, reconociendo los servicios que hubiera podido prestar á la causa de la Revolución el señor Blanc, llamaba la atención de la Cámara sobre el hecho de conceder una indemnización á un periódico clandestino. «La publicación de un periódico clandestino—decía— constituye un delito en todas las situaciones políticas; es una cosa reprobada por las leyes, cualesquiera que sean las circunstancias políticas que le rijan: por pública honestidad, no puede traerse al Congreso para ser motivo y causa generadora de una pensión de gracia, y las más vulgares nociones de la política y moralidad pública impiden que un Congreso, que una Asamblea política, que un Cuerpo legislativo, pueda conceder una pensión con este motivo; eso no es posible, eso es monstruoso, eso no puede ni debe ser.»

Núñez de Velasco defendió á Luis Blanc diciendo, entre otras cosas: «Yo he visto al Sr. Blanc después de condenado á presidio, con el pelo enteramente rapado, con la cara afeitada, con el traje de presidiario, con la manta al hombro. Yo le he visto así en el Saladero (2); yo le he visto así venir de Alcalá para ir á Cartagena, con las sandalias casi destrozadas, con los pies ensangrentados, con la mirada abatida; yo le he visto traspasado de dolor, por tener que abandonar á su mujer, á su madre y á su hijo. ¡A su mujer, señores diputados, á quien

(1) 5 Julio 1871.

(2) La cárcel que estaba entonces en la plaza de Santa Bárbara.

tuvo que darle el día en que fué á presidio, dos pesetas! ¡La mitad de su capital!»

Gamazo dijo: «Declaro, señores diputados, que mi único objeto, al pedir la palabra en este asunto, era hacer constar públicamente que en el estado económico del país, que en la situación que todos lamentamos, no se puede cometer la que yo considero falta, de regalar, no digo la cantidad que se propone como indemnización, pero ni siquiera una sola peseta.»

La indemnización propuesta en favor de Luis Blanc importaba 17.000 pesetas, y fué aprobada; pero no ya con motivo de haberle secuestrado el periódico, sino para resarcirle de los *perjuicios sufridos por causa de la libertad*.

*
* *

La coalición de los tres partidos unionista, progresista y radical, arrastró, desde los primeros momentos del triunfo de la Revolución, una existencia anémica y enfermiza. Los que habían gobernado y perseguido al elemento liberal bajo el reinado de Isabel II, mostrábanse siempre refractarios á fundir sus ideas con la nueva savia que los demócratas deseaban ingerir en la Administración del Estado; así es, que una vez D. Manuel Silvela, otra D. Antonio Ríos y Rosas y otra D. Cristino Martos, con causas fundadas ó con pretextos parlamentarios, andaban continuamente interponiendo obstáculos al Gobierno, cualquiera que fuese la influencia que en él predominara.

Esta vez le tocó á D. Eduardo Gasset y Artime, director de un periódico de gran circulación, dar la nota discordante. Tratábase de conceder al ministro de Hacienda ciertos medios para cubrir el déficit del Tesoro, ante la imposibilidad material de aprobar los presupuestos de 1871 á 1872, puesto que habían de regir desde 1.° de Julio, y había comenzado ya el período económico legal.

El día 7 de dicho mes se levantó Gasset á combatir el pre-

supuesto de Hacienda, y dijo que ya días antes había tenido este propósito, pero que había ofrecido desistir. «¿Y por qué lo ofrecí? Porque desde el Sr. Presidente del Consejo hasta mis amigos, los señores ministros que representan mis opiniones y se sientan en el banco azul, todos consideraron necesario el mantenimiento de la coalición, y decían que el sostener aquí estas ideas que yo había sostenido en la sesión secreta de la mayoría, era ocasionado á producir conflictos que podrían traer el rompimiento de la coalición. Aquella situación ha variado; yo me encuentro hoy desligado de aquel compromiso, puesto que el fundamento del Congreso era el siguiente:

«Usted y otros amigos aprueben el dictamen de la mayoría de la Comisión, y el pensamiento del señor ministro de Hacienda, porque de otro modo se retira el señor ministro de Hacienda, y retirándose éste, nos marchamos uno, dos ó tres ministros, y se descompone el Ministerio.»

. . . . . .

«La conciliación está rota; lo está porque no la queréis vosotros, ni la queremos nosotros; porque si la queréis vosotros, no la quiere vuestro partido que está fuera de aquí, y si la quiere alguno de nosotros, no la quiere tampoco, fuera de aquí, nuestro partido. Y si no la queremos es porque la primera condición que necesita hoy nuestro país es la de que haya un verdadero Gobierno, y eso no es posible mientras exista la coalición.»

Alvareda, que era de la mayoría, y Martos, ministro de Estado, ambos pertenecientes al grupo radical en que figuraba Gasset, desautorizaron á éste, no queriéndose hacer solidarios del acto político realizado; y el Presidente del Consejo pidió á los amigos del Ministerio que votasen el proyecto de autorizaciones sostenido por el ministro de Hacienda, para legalizar la situación económica de la Nación. Rogó también á la Cámara que se echara tierra al debate político iniciado por Gasset, y la cosa quedó en tal estado, pero la coalición herida de muerte.

El diputado Sr. Casanueva, interpelando al Gobierno sobre la incautación por el Estado del Convento de las Salesas, destinado hoy á Palacio de Justicia, hubo de llamar la atención de la Cámara acerca de la desaparición de un cuadro que, pintado por Carducho, existía en el Monasterio de Santo Domingo el Real, y que habiéndolo entregado á un delegado del Gobierno civil, «la comunidad ignoraba lo que había sido de aquel cuadro».

Cuando Casanueva explanó su interpelación, hallábase enfermo Moreno Benítez, y no pudo contestarle; pero tres semanas después, restablecido de su dolencia, quiso éste poner en claro los hechos, por haber ocurrido durante la época en que había ejercido el cargo de Gobernador civil de esta provincia, y debía, por lo tanto, declarar el sitio en que se hallaba el cuadro de Carducho (1).

«Sabido es—dijo Moreno Benítez — que cuando el Gobierna provisional dió el decreto sobre reducción de conventos en 18 de Octubre de 1868, se confiaba á los Gobernadores el encargo de ejecutarlo: sabido es también que yo dispuse que entre los conventos que habían de ser trasladados, lo fuese el de Santo Domingo el Real (2), y pasé la comunicación conveniente y atenta á la superiora del convento, después de haberla pasado al Arzobispo y á las personas que debían entender en el asunto. Después supe, como las autoridades saben esas cosas, que un cuadro notable, conocido en la iglesia, había desaparecido, que no estaba allí, y que ese cuadro de mérito representaba la Concepción, pintada por Carducho.»

El Gobernador quiso enterarse del paradero del cuadro, y á vuelta de varias comunicaciones, mediadas entre él y la superiora del convento, se vino á poner en claro que el lienzo de Vicente Carducho se había recogido dentro de clausura, como

(1) 8 Julio 1871.

(2) Estaba en la Cuesta de Santo Domingo ocupando una gran extensión de terreno, en la cual se abrió la actual calle de Campomanes.

garantía de cierto dinero entregado á la comunidad, exhausta de recursos en aquellos días. Moreno Benítez, al saber esto, quiso librar al cuadro de su inminente desaparición, interesando al Gobierno para que se buscase el medio de rescatar aquella obra de arte, abonando á las monjas la cantidad que habían recibido á préstamo. Moreno Benítez pidió el cuadro; la superiora le negó; el Gobernador volvió á insistir; no se le contestó, y así las cosas, un día, sin más orden ni aviso, «sin que nadie se presentara á entregar el cuadro, fué éste llevado al Gobierno civil de la provincia por cuatro mozos de cordel.»

«Entonces—añadió,—cumpliendo con lo que previene el mismo decreto que he citado antes, ó una orden superior, y correspondiendo esto, como objeto de arte, al ministerio de Fomento, dirigí una comunicación al Sr. Merelo, nuestro compañero, director entonces de Instrucción pública, diciéndole que allí tenía un cuadro, procedente de Santo Domingo el Real, y que esperaba que el ministerio dispusiera de él. El Sr. Merelo me contestó diciendo, que el ministerio autorizaba para recogerlo á D. Cosme Algarra, director del Museo Nacional. En su consecuencia, el Sr. Algarra se presentó en el Gobierno, se hizo cargo del cuadro, y entregó un recibo, del que tengo copia; y en uno de sus renglones dice: *un cuadro de lienzo, de Nuestra Señora de la Concepción, coro de ángeles y santos adorando, procedente de Santo Domingo el Real: 2,45 metros de alto y 1,60 metros de ancho.* El cuadro está en el Museo Nacional desde entonces.»

Así terminó el incidente del cuadro de Carducho.

***

El General Contreras presentó, en 13 de Julio (1), una proposición pidiendo al Congreso que se sirviera declarar haber visto con disgusto la concesión de empleos graciables al Ejér-

(1) 1871.

cito, realizada desde el 16 de Noviembre anterior, sin causa que la justificase y con infracción de la ley de ascensos. Según relación nominal, que entregó á los taquígrafos para que figurase en el *Diario de las Sesiones*, habían obtenido esta gracia las clases siguuientes:

Mariscales de campo	2
Brigadieres	4
Coroneles	17
Tenientes coroneles	12
Comandantes	18
Capitanes	17
Tenientes	28
Alféreces	16
Cadetes y sargentos	7
Administración y Sanidad Militar	8
Total	129

Decía Contreras:

«Los oficiales de filas, esos beneméritos militares que son siempre los que llevan el peso del servicio, tanto en guarnición como en campaña, esos son los que sufren más las consecuencias de estos atrasos, porque no tienen más protección que la de su abnegación y su buena conducta. Sabido es que todas las naciones tienen arreglado el orden de ascensos en sus ejércitos, que asegura el porvenir de sus oficiales. Continuando el régimen de desórdenes y arbitrariedad que se sigue, estén seguros los alféreces que no llegarán á comandantes.

»Es necesario ya que cese el escandaloso proceder de dar los destinos sin más razón que porque quiero y me da la gana. Yo creo, con buena fe, que los agraciados reunirán todas aquellas circunstancias que se requieren para los ascensos; que serán valerosos, leales y fieles; pero como yo no puedo negar esta circunstancia á los demás oficiales generales, jefes

y oficiales, porque sería hacerles un perjuicio grave, precisamente cuando recae en ellos la antigüedad, y los ascendidos son los más modernos, no puedo menos de llamar la atención de la Cámara sobre este asunto.»

El General Serrano, Presidente del Consejo de ministros, defendió con grandes apuros el caso de las 129 gracias, y desdiciéndose de lo que había manifestado en otra ocasión, se aventuró á declarar:

«En este país, por las convulsiones políticas que en él ha habido, por el estado turbulento en que hemos vivido, por las continuas revoluciones que nos han agitado, no ha sido posible hacer justicia imparcial y recta á todo el mundo.

»Si lo hubiera sido, si las circunstancias por que ha atravesado el país hubieran sido otras; si los militares no fueran hombres políticos; si no vinieran al Congreso y al Senado sino cuando alcanzasen las más altas categorías en la milicia, cuando llegaran á ser senadores, y lo fueran por sus cualidades civiles, porque un militar no debe ser promovido á General porque sepa mandar con decisión y arrojo un batallón de soldados, pues esta clase de servicios debería la patria recompensarlos de otra manera, y sólo debería serlo el que fuera capaz de arrostrar la inmensa pesadumbre, la inmensa responsabilidad que tiene el mando supremo de un Ejército en campaña, el que se distinguiera en la guerra por sus planes y operaciones militares, el que conociera perfectamente la legislación militar del país, y tuviera en circunstancias extremas la prudencia, el tino, la habilidad y demás condiciones de mando, así políticas como militares, para conducirse de la mejor manera posible en épocas de declaraciones de estados de sitio, de sediciones y de turbulencias; si nos encontrásemos, repito, en esa situación, sería más fácil y practicable atender á la antigüedad para la provisión de todas las vacantes que ocurriesen en el Ejército, excepto en la clase de Generales, como he dicho, porque éstos deben ser elegidos por sus cualidades civiles, no por sus cualidades militares.»

El General Serrano había dicho lo contrario en otra ocasión, de que ya hemos hecho mérito en estas crónicas.

La proposición de Contreras contra las 129 gracias fué desechada por gran mayoría de votos.

El Viaducto de la calle de Segovia.—Contra el ministro de Hacienda. Se rompe la coalición.

Por una de las condiciones del contrato para la construcción del Viaducto de la calle de Segovia se estipulaba que serían introducidos libres de derechos, á su importación en España, el material de hierro y los útiles necesarios para el montaje, siendo de cuenta del Ayuntamiento de Madrid el pago á la Hacienda de los respectivos derechos, llegado que fuese el cumplimiento del contrato. La situación precaria que esta Corporación venía experimentando desde tiempo atrás; su escasez completa de recursos en aquel momento, y la imperiosa necesidad de llevar á cabo una obra de tanta importancia para el vecindario, indujeron á la Comisión llamada á informar en el asunto, á proponer el siguiente proyecto de ley: «Se autoriza al ministro de Hacienda para que admita al Ayuntamiento de Madrid la cantidad á que ascienda el pago de los derechos arancelarios que adeuden á su introducción en España el material de hierro, con destino al Viaducto de la calle de Segovia, y los útiles necesarios para el montaje, como partida de cargo en la liquidación general de créditos y débitos entre el Estado y la Corporación.»

Los Sres. D. Eusebio Pascual y Casas y D. Joaquín Escuder se levantaron (1) para protestar contra el proyecto de ley y contra la construcción del Viaducto. El Marqués de Sardoal la defendió, poniendo de relieve las grandes ventajas que la obra iba á producir á la población. Contó que, en tiempo de Isabel II se había proyectado ya construir este

(1) 13 Julio 1871.

puente, pero la política creyó ver aquí un plan estratégico, á fin de unir el Palacio Real con el cuartel de San Francisco, y hubo necesidad de desechar la idea, cediendo ante la presión de la opinión pública equivocada. Desaparecidas aquellas circunstancias, se resucitó el pensamiento en beneficio del vecindario, convencida la Corporación municipal de que el Viaducto era conveniente y necesario.

Exponiendo la situación difícil por que atravesaba aquélla, decía Sardoal: «Todos sabéis las inmensas cuadrillas de trabajadores que, á expensas del Ayuntamiento, cobraban un jornal en aquellos días (1); todos sabéis cuál era entonces la situación del Ayuntamiento, que carecía de recursos en momentos en que la alarma había cundido, en que los capitales se habían retirado, en que sólo el patriotismo de Madrid supo alejar una gravísima cuestión social que nos amenazaba; todos sabéis que aquellos sacrificios se han traducido para el Ayuntamiento en una deuda abrumadora (2), cuyos intereses ascienden á una cifra bien superior á la que representa el importe de derechos cuya exención se pide.»

El proyecto fué aprobado, y Madrid tiene que agradecer al Marqués de Sardoal el interés que se tomó en la construcción del Viaducto de la calle de Segovia.

* * *

Allá por el mes de Mayo de 1871 pidió D. Francisco Silvela al ministro de Hacienda (3) que se sirviera remitir al Congreso un expediente sobre contrata de 11 millones de kilogramos de tabaco *Virginia*, en la cual contrata había, según el diputado interpelante, un vicio de tramitación; y era que, ha-

(1) Alude al invierno de 1868 á 1869. Hemos tratado este asunto en el artículo *Otra vez los consumos*.

(2) El empréstito Erlanger.

(3) Moret.

biéndose celebrado dos subastas, se prescindió de la tercera sin acuerdo del Consejo de ministros (1).

La petición de Silvela no era más que un ardid político para inutilizar al ministro de Hacienda, y ver si de camino podía inutilizar al Ministerio.

Moret llevó al Congreso el expediente y reclamó (2) que se nombrase una Comisión, sin tener en cuenta los antecedentes políticos de las personas que habían de formarla, á fin de que, en término breve, emitiera dictamen. «No de otro modo—decía—se puede y se debe resolver una cuestión que interesa sobre todo á la honra y á la dignidad de un hombre que en su conciencia está tranquilo.»

La Comisión se declaró abiertamente hostil al ministro, como no podía menos, pues estaba compuesta de enemigos políticos suyos: Ríos y Rosas, D. Cándido Nocedal, Cánovas del Castillo, Alonso Colmenares y D. Estanislao Figueras. Sólo Echegaray miró el asunto con serenidad de ánimo y disintió de sus compañeros, quienes sostuvieron en su informe las faltas que Silvela había indicado.

Moret (3) se defendió brillantemente, diciendo, entre otros argumentos incontestables, que, después de haber celebrado dos subastas, el decreto de 1852 le autorizaba á contratar privadamente, teniendo muchísimas razones para huir de la subasta tercera: la premura del tiempo, la urgencia del servicio, la absoluta necesidad de tabaco que tenían las fábricas, por cuya falta decaía visiblemente la renta, y la consideración de que una tercera subasta haría subir el precio, perjudicando los intereses públicos. «Si en estos momentos—decía—olvidé un trámite de pura fórmula, el de dirigirme al Consejo de ministros, no creo, señores, que, á sangre fría, podáis dar excesiva importancia á este olvido.»

(1) Corrió la misma suerte otro expediente, no de tanta importancia, sobre contrato, también de tabaco, de Puerto Rico.

(2) 4 Julio.

(3) 14 Julio.

Algún tiempo después, pero no mucho, porque aún no se había realizado la Restauración, hallándose el autor de estas crónicas sirviendo un insignificante destino en la Dirección de Rentas, tuvo ocasión de examinar detenidamente el dichoso expediente de la contrata de los once millones de tabaco *Virginia,* y, mediante las explicaciones del oficial que lo había despachado (que si no recordamos mal se llamaba D. Antonio Cabrerizo), pudimos convencernos de la buena fe del ministro, consignando en estas crónicas, valga por lo que valiere, nuestro modesto parecer.

Ardanaz, Elduayen, Ríos y Rosas, Silvela, todos reconocieron la *honorabilidad*, como decía este último, del Sr. Moret, y el Presidente del Consejo de ministros se levantó, en nombre de sus compañeros de Gabinete, *para tender una mano de amigo al Sr. Moret, con más sinceridad, con más cordialidad que nunca.*

El juego les salió un poco desigual á las oposiciones, pues si bien Moret presentó la dimisión, le sustituyó interinamente en Hacienda D. Práxedes Mateo Sagasta, y con esto se le echó un remiendo á la situación. Sagasta tenía recursos para todo.

***

El diputado Secretario D. Antonio Ferratges leyó en el Congreso, próximamente á las tres y veinte minutos de la tarde del 20 de Junio de 1871, la siguiente comunicación:

«Presidencia del Consejo de ministros.—Excmo. Sr.: Tengo el honor de manifestar á V. E. que el Gabinete de que soy Presidente se encuentra en crisis, por cuyo motivo los señores ministros no podrán asistir á las sesiones del Congreso. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid, 20 de Julio de 1871.—Francisco Serrano.—Excmo. Sr. Presidente del Congreso.»

Sánchez Ruano quiso hablar; Martín de Herrera, que actuaba de Presidente, no le dejó, y en medio de una grande

agitación, entre las protestas y rumores de las minorías, se levantó la sesión á las tres y media de la tarde.

Cinco días duró la crisis: hasta el 25 no se presentó á las Cortes el nuevo Ministerio, compuesto única y exclusivamente de *cimbrios*, como entonces se llamaba á los que Prim había bautizado con el nombre de *radicales*, y que ahora tomaban el de *progresistas demócratas*.

La conciliación se había roto; los unionistas ó conservadores estaban vencidos.

Ruiz Zorrilla quedó de Presidente del Consejo de ministros y ministro de la Gobernación, formándose el Gabinete del siguiente modo: D. Fernando Fernández de Córdoba, Marqués de Mendigorría, ministro de la Guerra é interino de Estado; D. Eugenio Montero Ríos, de Gracia y Justicia; D. Servando Ruiz Gómez, de Hacienda; D. José María Beranger, de Marina; D. Santiago Diego Madrazo, de Fomento, y D. Tomás María Mosquera, de Ultramar.

Hemos dicho que se había roto la coalición, y quizá la frase no exprese con exactitud el estado de la política en aquella época, pues la coalición venía ya profundamente resentida desde el día en que dijo Prim: «*¡Radicales, á defenderse!*»; y, si hemos de puntualizar bien el concepto de la coalición, se puede afirmar que ésta no tuvo nunca la cohesión de ideas, la compenetración de aspiraciones, que requiere todo Gobierno y que necesita la mayoría parlamentaria que le apoya.

Gasset había dado por rota la coalición; eran notorias las intransigencias de los unionistas, unidos en espíritu con los verdaderos conservadores Cánovas, Bugallal y Elduayen; y ya tenía declarado Serrano, pocos días antes, que se deseaba la caída del Ministerio que él presidía; así es que, deseoso de aclarar una situación tan nebulosa para la política, presentó la dimisión del Ministerio. ¿Por qué se decidió el Rey Amadeo á entregar el Gobierno al partido radical prescindiendo del partido conservador? Contaron minuciosamente lo sucedido el Duque de la Torre, Sagasta, Martos y Ulloa, y sus manifesta-

ciones nos sirven para reconstituir la historia de aquel acontecimiento político y formar juicio acerca de las causas que lo motivaron.

Los unionistas y los radicales de la mayoría se hallaban en completo desacuerdo, pues mientras unos se escandalizaban del *matrimonio civil*, los otros lo consideraban como uno de los timbres gloriosos de la Revolución. Esta disparidad de criterio político repercutió fatalmente en el seno del Gabinete, y allí mismo hubo quien se inclinó á la idea de que la coalición debería darse por terminada. No existía una causa parlamentaria, ni un acto ministerial que produjera la desavenencia entre los individuos que formaban el Ministerio; pero faltaba la unidad de pensamiento que debía informar la marcha del Gobierno, compuesto de elementos cada día más heterogéneos y contrarios, y en vista de esta dificultad, el Duque de la Torre cortó por lo sano.

El Rey volvió á encargar á éste formar Ministerio, y el Duque intentó hacerlo con la base de la coalición; pero se negaron á entrar los demócratas, y entonces se concretó á buscar la resolución del problema, con los antiguos progresistas y con los hombres procedentes de la *Unión liberal*, á los que se llamaba conservadores, como hemos dicho. El asunto marchaba bien, y el Gobierno estaba en vías de constituirse, cuando Sagasta, que era la clave del nuevo Ministerio, supo que no solamente los demócratas iban á combatirle, sino muchos de sus amigos, asiduos concurrentes á la *Tertulia progresista* (1), el sexto estado, como la llamaba un orador. La coalición, pues, se hacía ya imposible. Sagasta se hallaba enfermo en cama; muchas de las conferencias que celebró, inclusas las del Duque de la Torre, tuvieron lugar en su alcoba; pero, impaciente por cambiar impresiones con los hombres importantes de su parti-

(1) Casino ó círculo político de este partido. Se hallaba en el piso segundo de la casa donde está el Círculo de la Unión Mercantil, en la calle de Carretas.

do, abandonó el lecho y quiso convencerse por sí propio del estado de la política. La enfermedad y la evidencia adquirida de que todos deseaban el rompimiento de la coalición produjeron en Sagasta un estado tal de ánimo, de decaimiento moral, que el Duque de la Torre, después de haberle oido hablar, se fué á Palacio y declinó la honra de formar Gabinete. Los conservadores no quisieron constituir Gobierno por sí solos, y no hubo más remedio que llamar á los *cimbrios*, presididos por D. Manuel Ruiz Zorrilla.

Terminada la presentación del nuevo Ministerio, y después de algunas aclaraciones de Ríos y Rosas, Escosura, Montero Ríos y Alvarez Bugallal, se suspendieron las sesiones hasta el 1.° de Octubre.

Sagasta y Ruiz Zorrilla quedaron enemistados para siempre.

CARLOS CAMBRONERO

(Continuará.)

LA CONSTRUCCIÓN DEL MATERIAL DE GUERRA EN ESPAÑA

En todas épocas ha preocupado á los Gobiernos la construcción del material de guerra para armar y equipar á los ejércitos y escuadras nacionales. Y lo mismo en edades en que las armas y el resto del material eran rudimentarios, que actualmente, en que unas y otros revisten tan grande complejidad y requieren en su elaboración un utillaje industrial perfectísimo, siempre se ha considerado que un Estado no puede llamarse verdaderamente independiente si no cuenta con recursos industriales capaces de producir, en cada momento histórico, las armas y material requeridos para su defensa. Cierto, que esta axiomática verdad no puede hacerse extensiva á los Estados de corta población, y quizá con medios fabriles escasísimos, en los que la instalación económica de las fábricas militares modernas resultase un fracaso financiero; pero en los grandes y medios Estados, el principio sentado resulta evidentísimo. Y así en los tiempos actuales se ha visto con qué especial interés se ha mirado esta magna cuestión por todas las naciones, y cómo han llegado algunos Gobiernos, después de tomar sus medidas para fabricar en el país todo el material requerido por su Ejército y Marina, á prohibir en absoluto, á menos de una ley especial del Parlamento, la compra, en el extranjero, de su material de guerra, por insignificante que fuera su cantidad. De tal suerte han procedido y proceden los Estados

Unidos en estos últimos años. Cierto es que, para llegar á este punto, desde el año 1884 en que decidieron cambiar su política exterior, pensando ya, sin duda, en futuras empresas imperialistas, encontrándose con que su industria oficial y privada de construcción militar no estaba, ni con mucho, á la altura de la europea, con tenacidad inquebrantable, interesando á los grandes fabricantes del país, como Carnegie y otros, y con ayuda, por supuesto, de los establecimientos ingleses y franceses, lograron en plazo brevísimo la instalación de las industrias metalúrgicas y mecánicas, de las de construcción naval, de las de pólvoras y explosivos, y cuantas concurren á la fabricación, en su totalidad, del material de guerra terrestre y marítimo. Desde los tiempos históricos, la industria de las armas ha tenido como base la fabricación de los metales: primero, el bronce; después paralelamente con éste, el hierro, y, por último, éste únicamente, en las infinitas variedades formadas por sus aleaciones con metaloides y metales diversos caracterizadas por propiedades físicas y químicas bien definidas, y que, tratada cada una de ellas por procedimientos caloríficos y mecánicos, racionales y científicos, ofrecen al ingeniero multitud de metales con que realizar sus proyectos. No hay para qué detenerse en trazar un bosquejo histórico de la fabricación del material de guerra en España hasta nuestros días: baste decir que hasta la época de la aplicación del vapor á los buques de guerra, por lo que á la industria naval se refiere, y hasta el año 1860, por lo que á la del Ejército atañe, la industria española se ha bastado á sí propia para la construción de su material de guerra. Claro es que en determinadas épocas, cuando la aplicación del hierro colado á la fabricación de cañones lo hizo preciso, en Egui y en Orbaiceta, primero, y más tarde por Carlos III, en Liérganes y La Cavada, se fundaron fábricas completas de cañones y municiones con los que se artillaron los barcos de nuestras armadas y las baterías que defendían nuestras costas, durante las largas guerras que los soberanos de la casa de Borbón, aliados, sostuvieron con Inglaterra en el

último tercio del siglo XVIII, por el señorío del mar. Y juntamente con las fundiciones para la fabricación de la artillería de hierro colado, había otras en el país que producían la de bronce, como las de Barcelona y Sevilla, ésta última fundada á mediados del siglo XVI, y que, de propiedad particular en un principio, fué adquirida más tarde por el Estado, y en sucesivas transformaciones se convirtió, en el último cuarto del pasado siglo, en el hermoso establecimiento que se admiraba en Sevilla, con todos los elementos necesarios para la fabricación de la artillería de bronce comprimido. Suministraban las pólvoras negras, usadas exclusivamente hasta poco más de empezado el último cuarto del siglo anterior, las fábricas de Murcia y Granada. Y ya cuando, abandonada por el Estado la fabricación de cañones y proyectiles esféricos en los establecimientos de Liérganes y La Cavada, se amplía el de municiones de Trubia en 1845, para convertirle en productor de cañones de hierro colado, resulta que, siempre y en todo momento, el Estado español cuenta, hasta la aparición de los acorazados, con todos los recursos necesarios para la construcción de su material de guerra, terrestre y marítimo, y empleando todas las primeras materias, con ligerísimas excepciones, de procedencia nacional. Y para sentar esta verdad, claro es que no debe omitirse el decir que los Arsenales marítimos de España, disponiendo, como disponían, de excelentes maderas de construcción de la Península ó de las Colonias, de buenos talleres oficiales y privados, donde se forjaban anclas y cadenas y cuantas piezas de alguna consideración se requerían, de fundiciones en Liérganes y La Cavada para la fabricación de la artillería lisa de hierro colado, única usada á bordo de los barcos, podía construir navíos de línea y fragatas con elementos exclusivamente nacionales.

Todo esto cambia con la aparición de los barcos acorazados; con la sustitución completa de las velas, como elemento de propulsión, por las máquinas de vapor, que pasan del papel de simples auxiliares al de motor principal, y, por consiguien-

te, requieren una potencia más considerable; con la sustitución de la madera, en los cascos de los buques, por el hierro forjado, primero; más tarde, por el acero suave; por el empleo de este metal y de los sunchos de hierro forjado en la construcción de cañones. Todos los rapidísimos progresos alcanzados hoy día por el material de guerra marítimo y terrestre, puede decirse que arrancan de mediados del pasado siglo: durante más de dos centurias apenas hubo variaciones en la artillería: los mismos cañones de bronce y hierro colado, los mismos montajes, las mismas pólvoras, idénticos proyectiles. Se han regularizado, sí, los calibres, se ha sistematizado y clasificado la artillería; pero en lo esencial, en las condiciones balísticas de las piezas, en su trazado, se puede asegurar que no hay cambio sensible en los dos últimos siglos; y no de otra manera podía ser esto, que las ciencias primeras en que se apoya la construcción del material de guerra, la Mecánica, la Química, la Metalurgia, tampoco progresaban en gran manera. Y al iniciarse el período de los acorazados con los cascos metálicos, con poderosas máquinas de vapor, con cañones de tubo interior de acero y sunchos y manguitos de hierro forjado, y en el Ejército los cañones de acero para la artillería de campaña, se encuentra nuestro país sin elementos para construir, ni cañones de campaña, ni corazas, ni tubos de acero y sunchos para la artillería naval. Y comienza la era de las comisiones y de las compras de barcos completamente armados y de centenares de piezas de campaña de acero para el Ejército. Y en vez de haber tratado los Gobiernos de nuestro país de establecer en él cuanto fuese necesario para fabricar máquinas de vapor y corazas y cañones, creyendo, sin duda, que la industria privada y la oficial no serían capaces jamás de producir los nuevos elementos del material de guerra terrestre y marítimo, se abandonaron á la fácil tarea de las compras en el extranjero, siendo motivo del lamentable atraso de nuestro país en este punto. Cierto, que han contribuído no poco á semejante estado de cosas otras causas de cierta importancia, sin duda. Los modernos tipos de barcos y

de cañones diferían bastante de los que los habían precedido, y, naturalmente, ni en los astilleros del Gobierno ni en las fábricas de artillería había experiencia de las construcciones nuevas, ni se habían hecho estudios sobre estos asuntos: los técnicos sólo tenían conocimiento de ellos por las publicaciones científicas donde se exponían los nuevos trabajos. Pero mal podían llevarse á cabo estudios de investigación, si los ingenieros navales, llamados naturalmente á iniciarlos y proseguirlos, carecían de elementos adecuados para efectuarlos. Quizá la única excusa que, para descuidar este asunto que tanto interesaba á la defensa nacional, pudieran alegar los ministros de Marina españoles, se fundara en lo escaso de nuestras construcciones navales, en lo reducido de nuestro presupuesto de Marina, que no ha permitido consagrar á estudios experimentales y á subvenciones á fábricas metalúrgicas aquellas cantidades que hubieran sido precisas para asegurar en todo tiempo la independencia del extranjero en cuanto se refiere á la construcción naval. Importa reconocer que el Ministerio de la Guerra no ha sido opuesto á la implantación en España de cuantos elementos hayan sido necesarios para emanciparla de la tutela extranjera en lo referente á material de guerra. Pero siempre lo ha hecho más tarde de lo debido y obrando con una parsimonia que, en cierto modo, anulaba sus laudables propósitos. Y es que, de ordinario, obraba sobre aquel Centro la desconfianza, haciendo temer, sin duda, que los encargados de realizar las nuevas construcciones no salieran adelante con sus cometidos, resultando estériles los gastos hechos. Por fortuna, nunca semejantes pronósticos se cumplieron, y los nuevos trabajos se efectuaban luego de pasado el período experimental; que, al fin y al cabo, no se laboraba en una obra verdaderamente original, sino que se seguían las huellas de otras similares hechas en el extranjero. Las dificultades de construir el material de guerra marítimo y terrestre subieron de punto en los últimos años del pasado siglo y principios del actual, cuando quedó reconocida, sin dis-

puta, la supremacía del acero como metal superior y único, y en todas sus manifestaciones de simplemente fundido ó forjado y laminado y en sus aleaciones de níquel, cromo, tungsteno y vanadio para la construcción de cascos de corazas y de cañones, cuando se adoptaron las nuevas pólvoras químicas sin humo, cuando se aplicó la electricidad ampliamente á los servicios todos de un buque de guerra y á los de las baterías de costa, principalmente en las terrestres. Ya entonces el Ministerio de la Guerra español, que en 1896 había ordenado instalar la fabricación del acero Martín-Siemens, después de un ensayo, cinco años antes, en menor escala, ordenó completar la reforma de las Fábricas de Artillería de Trubia y Sevilla, de manera tal, que la primera fuera capaz de construir la artillería de costa hasta el calibre de 24 cm., inclusive, y con longitudes de 45 calibres, con sus montajes y proyectiles. Además, esta fábrica, con sus elementos de fundición y forja y temple del acero, había de suministrar á las de Sevilla y Oviedo cuantos elementos de aquel metal necesitasen para la fabricación de cañones de campaña, plaza y sitio, la primera, con sus carruajes respectivos y los cuerpos de los proyectiles que los exigiesen de acero, y á la segunda, los aceros laminados y las barras de cañón que se requiriesen para la construcción del fusil y carabina Mauser. Y cuando se ordenaban estas reformas en las Fábricas de Trubia y Sevilla, ya la de Oviedo había terminado la suya para la construcción del nuevo fusil Mauser, y le producía corrientemente, y en la Pirotecnia de Sevilla y en la Fábrica de Toledo se elaboraba sin dificultad, y en cantidades que llenaban perfectamente las necesidades del país, el cartucho para aquella arma portátil de fuego. No se había descuidado tampoco el Ministerio de la Guerra en el estudio de las nuevas pólvoras de guerra sin humo y de los modernos explosivos, propios para la carga de los proyectiles rompedores y otros usos de la guerra. Y como resultado de concienzudos estudios y visitas á las más renombradas fábricas del extranjero, se había convertido la antigua fábrica de pólvora de Granada en un moderno estableci-

miento, donde se producían todos los tipos de pólvora sin humo y explosivos que requieren nuestros cañones y proyectiles, y en cantidad suficiente para las necesidades presentes y las futuras que puedan preverse. Una vez sentados estos preliminares, expondremos detalladamente los recursos con que cuenta nuestro país para la fabricación del material de guerra, concretándonos exclusivamente al terrestre.

***

Ya van pasados algunos años desde que terminó la lucha entre el acero y los demás metales que, como el bronce y el hierro colado, habían monopolizado en los últimos siglos la construcción de cañones. Era inútil proseguirla; ni el bronce ni el hierro colado poseían las cualidades mecánicas del acero semisuave; ni el tratamiento mecánico dado al bronce para elevar su límite elástico, lo mismo que su tenacidad, por medio del mandrilado, bastaron á compensar las deficiencias de este metal, que si bien ganaba en estas dos cualidades, perdía, en cambio, la mayor parte de su ductilidad, propiedad también de las más importantes de un metal. Las exigencias, cada vez más crecientes, de los artilleros, en punto á energía de los proyectiles lanzados por los cañones, que exigen presiones normales hasta de 3.000 kgs. $\times$ cm. ^{2}, y la elevada temperatura á que da origen la combustión de las modernas pólvoras sin humo, han acabado totalmente con la idea de emprender nuevas tentativas con los antiguos metales para utilizarlos en la construcción de piezas de artillería. España cuenta hoy únicamente con la Fábrica de Trubia para la producción del acero destinado á la construcción de cañones. No hay ningún establecimiento privado que haya dirigido su atención á este importante ramo de la industria militar. La poca seguridad de los pedidos y los temores de falta de continuidad de éstos han sido, sin duda, causa de que los establecimientos metalúrgicos españoles no hayan pensado jamás en plantear fabricación tan importante.

La única vez que por la industria privada nacional se pensó seriamente en instalar talleres de acero con todos los elementos de fusión, forja y temple, fué en 1885, en el que el entonces Ministro de la Guerra, General Quesada, después de haber enviado á Inglaterra y Francia una Comisión de Oficiales para que le informase respecto de las modernas instalaciones de acero para Artillería y gastos que su establecimiento en España originaría, celebró varias conferencias con los representantes de «Hornos Altos», induciéndoles á montar fabricación tan delicada en Bilbao. Su negativa decidió al Gobierno á que se instalasen en Trubia aquellos talleres, sufragándose los gastos que se originasen, y que estaban calculados en cuatro millones de pesetas, con fondos del Consejo de Redenciones y Enganches. Los patrióticos deseos de los Generales Quesada y Cassola, éste último Director general de Artillería, quedaron por el momento incumplidos. Trubia hubo de aguardar diez años más para ver logradas las aspiraciones que estuvo á punto de conseguir en 1886. En el entretanto prosiguió los estudios con este metal incomparable, fabricando cañones de campaña Sotomayor por el método de crisoles, que tanto difiere, por lo que respecta á la manera de llevar la operación de fundir, del sistema Martín Siemens. En 1891 se hizo una tentativa modesta de instalación, construyendo un horno de aquel sistema, de capacidad nominal de 10 toneladas y efectiva de 16; una prensa de forjar de 1.200 toneladas y un pequeño templadero. De algo, de bastante sirvió esta instalación: desde luego sirvió á los Oficiales en la Fábrica destinados, para familiarizarse con la marcha del nuevo procedimiento; sirvió también para crear fundidores y forjadores, y desde luego fué motivo para que se substituyese el hierro forjado por el acero fundido, en todas aquellas partes del material de guerra, en Trubia elaborado, que anteriormente se construían con el hierro dulce. Asimismo fueron producto de esta nueva instalación los primeros tubos y manguitos para los cañones de acero de 15 cm. y 45 calibres de longitud de ánima. Durante la guerra de Cuba, en 1896, ani-

mados el Ministro de la Guerra y la Sección de Artillería del deseo de emancipar á España de la tutela extranjera, en punto á material de guerra, decidieron instalar en Trubia cuantos elementos de fusión, forja y tratamiento calorífico del acero fuesen precisos para construir en el país la Artillería de costa, fijando como límite máximo el calibre de 26 cm. Con estas bases se estudió el plan más conveniente para realizar los deseos del Ministerio de la Guerra, y en breve tiempo se levantaron los nuevos talleres metálicos; se instaló un nuevo horno Siemens, de 40 toneladas de capacidad nominal y 54 efectiva; se montó una prensa hidráulica de forjar, sistema Whitworth, de 35 pulgadas de diámetro, que corresponde, dada la presión por unidad superficial á que trabaja, á una potencia total de 3.000 toneladas, en números redondos. Claro es, que dicha prensa hidráulica tenía cuantos elementos eran necesarios para su servicio: grúas superiores de 70 toneladas y los hornos consiguientes de recalentado, y desde luego las poderosas bombas que habían de inyectar el agua en el cilindro de la máquina á la presión requerida. Un nuevo taller de temple con dos hornos verticales, uno capaz de calentar tubos de 12 metros de longitud, y otro susceptible de admitir manguitos ó tubos de 6,5 metros, con un tanque metálico de 15 metros de profundidad, constituían los elementos de recalentado y enfriamiento rápido del nuevo taller de temple, el que se completaba con los depósitos superiores de aceite, los inferiores para enfriamiento de este líquido y los tubos y llaves de comunicación de los depósitos superiores con el tanque y con los inferiores, y una grúa de 30 toneladas, movida por cable, que activaba una máquina de vapor á nivel del piso del taller situada. Para completar la instalación general de que nos ocupamos se adquirieron también varias poderosas máquinas útiles destinadas, una de ellas, á trepanar los grandes blocks fundidos de acero, preparándolos para la forja en hueco; otra para barrenar los tubos forjados en sólido, y otra para barrenar estos mismos tubos y manguitos antes de ser templados.

Tal es, á grandes rasgos, la instalación para fabricar acero en Trubia, que en su capacidad no ha tenido alteración desde entonces. Al mismo tiempo que se montaba cuanto queda enumerado, se substituía el antiguo tren de laminar chapa, que databa de 1855, por otro más moderno, aunque no de gran tabla, pero con máquina poderosa y dotado de cuantos modernos accesorios acompañan á los trenes reversibles laminadores. La construcción de los cañones de acero de 15 cm., la de los de campaña de nuevo modelo, ambos de tiro rápido, hicieron precisa la instalación de un taller de cartuchos metálicos, que suministrase los necesarios para la Artillería hasta el calibre de 15 cm. inclusive. Un hermoso taller de esta clase se erigió en Trubia, que, dotado en su totalidad de máquinas americanas, con excepción de la de vapor y su caldera, de procedencia inglesa, subviene á todas las necesidades de España en esta clase de material, como lo ha probado en los últimos años, en los que ha fabricado número considerabilísimo de cartuchos, reduciendo sus precios, como es natural, á medida que se adquiere más práctica en la fabricación y los pedidos son más considerables. Es de advertir también, que la primera materia para estas construcciones es, asimismo, de producción nacional, si se exceptúan los discos para los cartuchos de 15 cm. Los proyectiles perforantes que lanzan los cañones de costa contra las corazas de los buques, requieren una fabricación de extraordinario cuidado. Ya desde el año 1906 se producen corrientemente en Trubia los de todos los calibres hasta el de 30,5 cm. inclusive, después de haberse probado, con éxito más que satisfactorio, los de 15 cm., contra planchas de blindaje, de las mejores marcas, en el polígono de Carabanchel. Todo el secreto de esta fabricación reside esencialmente en el tratamiento calorífico que se da á una aleación de acero con níquel, con cromo, ó con una ternaria de cromo-níquel-carbono, que, tomando el manganeso en consideración, se convierte en una cuaternaria. Fabricación delicadísima en extremo, como dejamos dicho, es ocasionada á pérdidas no escasas en sus co-

mienzos; el temple al agua, sobre todo, origina el mayor contingente de aquéllas; mas en el curso de dos á tres años, con la práctica y con la disminución de la dosis de manganeso en el baño de acero, durante la fusión, se lograron reducir á un mínimo las pérdidas. Suele fundirse, en el extranjero, el metal de estos proyectiles en el crisol, procedimiento en extremo caro, mientras que en Trubia se ha fundido en el horno Siemens como los demás aceros, sin que las impurezas de los proyectiles perforantes españoles excedan las de sus similares extranjeros. Hoy, después de los combates navales de la guerra ruso-japonesa, parece rebajado el papel de los proyectiles perforantes, luego de ver que en la gran batalla naval de Tsu-Shima fué posible echar á pique los barcos rusos, ó ponerlos fuera de combate, sin atravesar una sola de las corazas. A pesar de todo, siempre serán necesarios estos proyectiles, por más que su importancia sea ahora menor que la de los de gran capacidad cargados con fuertes explosivos.

Las granadas de metralla puede decirse que casi constituyen el proyectil único de la moderna artillería de campaña y montaña de tiro rápido. La fabricación del cuerpo de acero para este tipo de proyectiles, lo mismo que sus similares de otros calibres hasta el de 15 cm. inclusive, ha sido objeto en Trubia, durante los últimos años, de cuidados especiales, mediante los que, no sólo se ha aumentado y mejorado la producción, sino que se la ha abaratado hasta un precio que hubiera parecido increíble hace algún tiempo. Fabricados en un principio con dos operaciones de embutición, que requerían, por la disposición especial de las máquinas que las efectuaban, dos calentados, apenas si se hacían 125 diarios, trabajando las horas normales de día. Pero dispuestas las prensas de manera que pudieran efectuarse las operaciones de embutición y estirado en una sola calda, trabajando día y noche é interesando á los obreros por medio del destajo, se han llegado á fabricar más de 700 en veinticuatro horas, durante la campaña de Melilla. Requieren estos cuerpos de granada, como en realidad lo exigen todas las

piezas de acero destinadas á la construcción del material de guerra, determinado tratamiento calorífico: así, las piezas de que ahora nos ocupamos requieren, exigen un temple y subsiguiente revenido, con lo que el metal, que es un acero al carbono, casi en la serie de los duros, adquiere el summum de sus propiedades mecánicas. Con los medios hoy día recién instalados en Trubia, hay capacidad para fabricar en veinticuatro horas 1.000 cuerpos de granada de campaña y montaña, número más que suficiente para las necesidades de nuestro Ejército. A fines de 1905, votados por una ley los créditos necesarios para la adquisición y construcción en España de la artillería de campaña de tiro rápido sistema Schneider, se creyó oportuno, por el Ministerio de la Guerra, dotar á la Fábrica de Artillería de Sevilla de todos aquellos elementos que le fueren precisos para la construcción mecánica de esta clase de artillería; y á la de Trubia, de cuanto requiriera para completar sus recursos de construcción de los cañones de grueso calibre, sus montajes modernos y proyectiles de todas clases. Se suponía, con muy fundados motivos, que no tardaría en votarse el crédito necesario para la adquisición de modelos de artillería de costa, que desde luego reproduciría la Fábrica de Trubia, llevándose paralela la construcción de estos materiales, en parte con los créditos ordinarios del presupuesto, y con mayor razón, y como es natural siempre que se trata de cambios radicales y profundos en el material de guerra, con los extraordinarios votados al efecto por las Cámaras.

La Fábrica de Trubia, que ahora nos ocupa, estudió su proyecto de reformas, consistente en la erección de un nuevo taller de montajes de 120 por 30 metros, con una nave central de 15 y altura de columnas de 14; prolongación del taller de artillería, hasta alcanzar una longitud de 145 metros, elevándose al mismo tiempo la cubierta nave en una altura de 2,80 metros. Se adquiría, al mismo tiempo, para este taller, un nuevo torno americano capaz de tornear en conclusión los cañones de 30,5 centímetros y 50 calibres de longitud de áni-

ma. Se alargaban, al mismo tiempo, algunos bancos de barrenar del mismo taller, de modo que también pudieran efectuar esta operación en las mismas piezas de 30,5 centímetros. Nuevas máquinas útiles se compraron para el trabajo de órganos pequeños, y de la preparación de elementos de cañones de campaña y montaña, antes del temple, y se transformaron las grúas de 40 toneladas, adaptándolas motores eléctricos que las permitieran verificar las operaciones con velocidades en armonía con las modernas necesidades. Después del nuevo taller de montajes descuella, en esta obra de reforma, la central eléctrica de nueva planta. Destinada á suministrar luz y energía á grúas y máquinas útiles de los talleres mecánicos, cumple sus fines de manera admirable. No contando con saltos de agua de capacidad adecuada, y teniendo muy en cuenta lo económicamente que pueden trabajar las máquinas de vapor de alta tensión, de expansión y condensación, y empleando el vapor recalentado, se decidió la instalación de dos grupos electrógenos, cada uno de 400 caballos, con calderas acuo tubulares Babcok and Willcox, máquinas Belliss compound verticales de gran velocidad, atacando directamente las dinamos Thomson Houston. Se transportó á este mismo local otro grupo de 160 caballos, formado de una máquina también vertical Belliss, actuando una dinamo Siemens. Quedó espacio en esta Central para instalar dos nuevos grupos de la misma capacidad. Inmediato á la Central se está levantando en la actualidad un nuevo taller de escarpa de piezas de acero, elegante edificio de hierro, cristal y ladrillo prensado, dotado de una grúa eléctrica de 25 toneladas, capaz de las piezas mayores de este tipo, que requieren los modernos montajes. Los talleres de fundición de acero y forja también sufrieron algunas variaciones de importancia: se montó una nueva grúa eléctrica de 50 toneladas de potencia, de marcha extrarrápida, y destinada muy especialmente al trabajo de los moldeadores de acero; se unió el taller de la prensa de 1.200 toneladas con la nave de hornos, y se prolongaron las naves central y menor del taller de fundición,

formando, ahora, un solo edificio metálico de 126 metros de largo por 40 de ancho, en el que se encuentran instaladas la fundición de aceros, la moldería del mismo metal, las dos prensas de forjar, la de embutir proyectiles hasta el calibre de 32 centímetros y las grandes máquinas de trepanar, barrenar y tornear antes del temple. Una amplia estufa de secar moldes para las piezas de acero se construyó al extremo de la nave central. Pero entre lo nuevo montado merece especial mención la prensa de embutir proyectiles de gran calibre y la transformación de la de 1.200 toneladas, sistema Dovy, que funcionaba con acumulador, en una de marcha rápida, trabajando con agua comprimida enviada directamente desde las bombas. Ofrece esta última prensa, tal y como se halla actualmente montada, la particularidad de haber suministrado Trubia las piezas de acero fundido, de peso de doce y catorce toneladas, que forman la cabeza y fondo de la máquina, lo mismo que las que constituyen las guías del vástago y el portayunque. Enviadas estas piezas, fundidas y escarpadas á los talleres de Davy Brothers, en Sheffield, volvieron á Trubia, formando parte de la prensa reformada. La de embutir proyectiles es de una potencia de 1.000 toneladas, en extremo robusta y capaz, como dejamos dicho, de efectuar aquella operación en los de metralla de los grandes calibres, hasta el de 32 centímetros ó quizá, quizá el de 34. Tienen las dos prensas, la reformada de forja y la nueva de embutir, unas potentes máquinas bombas comunes á las dos; máquinas bombas que exigen una energía de 600 caballos aproximadamente. Las bombas reciben su vapor de dos calderas Lancashire, una de ellas de 2,400 de diámetro exterior y de nueve metros de longitud. Para servicio también de las dos prensas existen las grúas de 30 toneladas de la antigua prensa de forja, habiéndose construído tres hornos de recalentado de nuevo sistema: uno para la de embutir y dos para la de forja.

* * *

Tales son los recursos metalúrgicos y mecánicos con que cuenta España para la fabricación de sus cañones, montajes y proyectiles de costa, de sus cartuchos metálicos desde el calibre de 57 milímetros hasta el de 15 centímetros inclusive, y quizá el de 24 centímetros si sus dimensiones no son demasiado exageradas, respecto de la longitud. Y dicho se está que si los recursos y elementos metalúrgicos son suficientes para la obtención de los tubos y manguitos de los cañones de costa, con mayor razón lo serán para los de las piezas de campaña, montaña y sitio y plaza. ¿Hasta qué calibre se puede llegar con los elementos enunciados? En la actualidad, tomando en cuenta la totalidad de los medios metalúrgicos que concurren á la producción de elementos para fabricar los cañones de costa, el límite superior en calibres de longitud, está determinado por la capacidad del templadero, que sólo consiente la de los tubos para cañones de 24 centímetros, con 45 calibres de longitud de ánima. Que hasta ahí se puede llegar, lo prueba Trubia con los de ese calibre, proyecto del General Ordóñez, que, dispuestos para las barrenas de conclusión y demás operaciones mecánicas subsiguientes, se encuentran en el parque de depósito del taller de artillería de Trubia. Como parece ser que este es el calibre máximo admitido por la Junta Superior de Artillería, no parece que haya necesidad de ampliar los talleres, para construir cañones de calibres superiores al de 24 centímetros. Mas si nos fijamos en que la aspiración suprema de los Gobiernos debe ser la de fabricar todo el material de guerra, tanto marítimo como terrestre, para llegar á producir tubos y manguitos destinados á los cañones de 30,5 centímetros con 50 calibres de ánima, necesitaría Trubia substituir el horno de acero Siemens de 16 toneladas por otro de 30 ó 40, aumentar la potencia de las grúas en la prensa de 3.000 toneladas y elevar su templadero en cinco metros, construyendo un horno de temple con una altura útil de 17 metros, y cambiar la grúa de 30 toneladas por otra de 45 ó 50. Aún resultarían escasas estas modificaciones si España, al prose-

guir la construcción de sus acorazados, luego de terminar los tres de «La Constructora Naval Española», adoptase, para el artillado de los futuros Dreadnoughts, los calibres de 33 ó 35,5 centímetros que montarán los monstruosos acorazados, en curso de fabricación de las grandes potencias. Entonces se impondrían nuevos talleres de fundición de acero, elementos más potentes de forja y de temple para abordar tamañas construcciones. Claro es que ya puesto el Gobierno español en este caso, había de ligarse el nuevo proyecto con el de fabricación de planchas de blindajes, que podría tener, en común con el de producción de elementos para los cañones de 33 y 35,5 centímetros, los mismos hornos de fusión.

No es cosa de discutir ahora si el nuevo establecimiento que se fundase había de estar bajo la dependencia del Gobierno ó confiarse á la industria privada: todo lo concerniente al examen de asunto tan vital para España ha sido discutido con la extensión que merece hace ya tres años, y no hay para qué volver sobre ello. En cuanto á los elementos mecánicos para la construcción de las piezas de 24 cm. y 45 calibres de longitud de ánima, Trubia cuenta con el suficiente número de bancos de barrenar, de máquinas de rayar y de tornos para dar los necesarios de este calibre, del de 19 cm. y obuses de 24 cm., distribuídos de tal manera que, contando con el presupuesto ordinario de Guerra y uno prudencial extraordinario, se terminase el armamento de nuestras costas en un plazo de diez á doce años. Y al hablar de esta suerte y con tanta seguridad, nos fundamos en la eliminación de todo período experimental, y en que Trubia se había de limitar á la reproducción de modelos aprobados en todas sus partes; la tarea se facilitaría desde luego extraordinariamente y los trabajos marcharían con rapidez. Un ejemplo de los buenos resultados que se han obtenido con un sistema semejante, nos le ofrece la construcción del material de campaña, modelo 1906, sistema Schneider, que ha quedado implantada en España, en su totalidad en este año, pudiéndose asegurar que quizás cuan-

do este escrito vea la luz pública, se estarán probando, ó á punto de probarse, por la Comisión de Experiencias, las primeras baterías construídas por las Fábricas de Trubia y de Sevilla, y bastante adelantadas las restantes que entre ambos establecimientos han de dar en todo el año actual. Puede decirse muy alto, y es bueno que el país lo sepa, que estas baterías son, en su totalidad, de producción exclusivamente española. Todo, todo, si se exceptúan las llantas de las ruedas y las planchas de goma de los carros y algunos elementos de puntería, es de fabricación nacional y ha sido construído en los Establecimientos á cargo del Cuerpo de Artillería. Trubia ha elaborado baterías completas, es decir, cañones y carros, suministrando tubos, manguitos, cunas, chapas ordinarias y de blindaje, y aceros laminados y fundidos, para la fabricación de estas mismas piezas, á la Fábrica de Sevilla, que también ha recibido cuerpos de acero, obtenidos por embutición, para las granadas de metralla y rompedoras, destinadas á estos mismos cañones.

La Maestranza de Sevilla y el Parque de Barcelona han hecho las ruedas; la Fábrica de Granada, las pólvoras sin humo y los explosivos de las rompedoras; la Pirotecnia, las espoletas; Trubia, los cartuchos metálicos, y en punto á primeras materias para estas construcciones, en lo referente á la parte metálica, importa hacer notar que Trubia toma su lingote y su carbón de las fábricas y minas del país para elaborar su acero ordinario, es decir, todo aquel que no se usa en los cañones propiamente dichos. Para obtener el metal de éstos se ve obligada á emplear lingote de Suecia, cuya extremada pureza, en cuanto á fósforo y azufre, no tiene rival en ningún otro lingote del mundo. Pero importa decir que todos los demás países, lo mismo Francia que Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos, se ven obligados á acudir á Suecia en demanda de este lingote para fabricar el acero de artillería. Claro es que también es preciso importar el níquel, dado que no se produce en el país; pero el costo de este metal es tan insigni-

ficante, comparado con el total de un cañón, que no merece la pena de mencionarse.

Por este cuadro que acabamos de esbozar, y que es la representación más fiel de la realidad, se ve cuán satisfactoria es la situación de la industria oficial española para acometer cuantas construcciones de artillería se la ordenen, siempre que no se aspire á construir cañones de costa superiores al calibre de 24 cm. con 45 de longitud de ánima. Para llegar al de 30,5 centímetros, ya hemos indicado los elementos que sería preciso instalar, cuyo valor no llega, seguramente, á un millón de pesetas. ¿Qué ocurre, pues, para que las Fábricas de Artillería no emprendan de lleno los trabajos para armar las baterías de nuestras costas, las de las plazas terrestres y las que han de formar el tren de sitio? ¿No constituyen el armamento actual de nuestras plazas marítimas piezas que, por sus condiciones balísticas y escasísima rapidez de fuego, son buenas, todo lo más, para la defensa cercana? ¿No son las de las baterías de plaza y sitio en extremo anticuadas? ¿No están pidiendo su reemplazo inmediato por otras que representen la última palabra de la ciencia artillera? La respuesta pueden y deben darla el Gobierno y las Cámaras, preocupándose de problema tan vital para el país y votando los créditos necesarios para tales construcciones. Lo sucedido con la adquisición y fabricación del material de tiro rápido debe ser una garantía para gobernantes y legisladores, de que los créditos nuevos que se concedan han de ser tan bien empleados como los invertidos en el material Schneider. Es de creer que el Ministro de la Guerra, penetrado, como sin duda lo está, de cuanto dejamos dicho, se apresurará á llevar á las Cámaras el oportuno proyecto de ley, que será votado por los legisladores, siempre propicios á favorecer cuanto pueda mejorar el material de guerra.

Como en este artículo nos hemos ocupado principalmente en cuanto se refiere á la Fábrica de Trubia, en el siguiente daremos una idea de los demás Establecimientos fabriles y su actual grado de adelanto.

LEANDRO CUBILLO

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

LA COLECCIÓN LÁZARO, EN MADRID[1]

Son relativamente raras en España las grandes colecciones privadas de obras de arte. Las más importantes se hallan en Madrid. Entre éstas son ya extensamente conocidas, por sus Grecos, sus Goyas y sus antiguos holandeses, las de los señores D. Pablo Bosch, D. Aureliano de Beruete y D. Ricardo Traumann; pero ni en cantidad ni en cualidad es inferior á ellas la colección Lázaro, que el propietario ha instalado con extremado gusto artístico en el nuevo y grandioso palacio que acaba de construir. Abarca esta colección todos los dominios del arte y del arte aplicado; pero, junto con su orfebrería de la Edad Media, merecen especial consideración sus pinturas, cuyo número sobrepasa á trescientos.

Los primitivos españoles están excelentemente representados. Al lado de un precioso y característico tríptico con la Virgen en trono, San Pedro y San Pablo, original de Juan Hispalense (alrededor de 1440), vense, sobre todo, obras de la escuela aragonesa, como la «Virgen del donador Speraindeo»

(1) Este artículo ha visto la luz en *Der Cicerone*, de Leipzig, año II, número 9.

(con fecha de 1439), procedente de la escuela del Maestro de la Virgen del Instituto Städel de Francfort; como el «San Miguel» y el «San Juan», tan vigorosa y plásticamente pintados del año 1460 próximamente; como la tabla del último cuarto del mismo siglo que, con manifiesta influencia de la escuela del Mediodía de Francia, nos muestra á Cristo crucificado, acompañado de un lado por María, San Juan y Magdalena, y del otro, por San Pedro, San Agustín y San Antonio Abad. Aragonesa me parece también la notable tabla de los comienzos del siglo xv con las figuras de la Magdalena, María Salomé y otro santo, obra de poderoso relieve, cuyo embaldosado, trabajado amorosamente, merece especial consideración.

A la escuela castellana pertenece el tríptico de Avila (con el nacimiento de Jesús en el centro), que Berteaux pretendió poner en relación con la «Imposición de la casulla á San Ildefonso» (del Museo de Artes decorativas de París), en un principio atribuído á Dalmau. Para mí, esta última tabla procede, sin duda alguna, de un maestro de la escuela del N. O. de Castilla (se hallaba, en efecto, antes en Valladolid), mientras que me inclino á considerar el tríptico de Avila como una obra de la juventud de artista que, en compañía de otro maestro ligerísimamente influído por Schongauer, pintó el altar de la vida de María, compuesto de seis partes, que actualmente se encuentra en el Museo del Prado. Reproduce una obra perdida del maestro Flemalle la imagen de una «Virgen amamantando al niño Jesús», y de un imitador de Memling es original el interesante retrato de medio cuerpo de Juan de Castilla.

Entre las pinturas españolas del siglo xvi debe ensalzarse, ante todo, el impresionante «Cristo llevando la cruz», por Luis de Morales, del cual modernamente se han hallado dos copias en el Comercio de Arte, de Madrid. A propósito de este cuadro, no se puede dejar de mencionar la característica y leonardesca cabeza de Cristo joven, cuyo encarnado esmaltado y cuyos tonos luminosos de púrpura recuerdan en algo la manera de la escuela francesa.

Entre los grandes pintores españoles del siglo XVII, Ribera está representado por un «Santo Domingo» lleno de carácter. A Murillo está atribuído un «San Diego de Alcalá», tela de gran efecto; pero esta hermosa obra, tanto por su técnica como por su composición, nada tiene que ver con este pintor. Con mayores probabilidades de acierto, la juzgaría yo original de Juan Rizi. De P. Caxes hay un retrato de Lope de Vega, y de Carreño otro, de D. Fernando de Valenzuela.

Goya, naturalmente, no falta á la colección. Junto á la deliciosa «Merienda», vense los retratos del Conde de Tepa y el de un anciano, llamado por unos Padre Lacanal, y José Duaro, por otros. Del sucesor de Goya, Vicente López, se aprende aquí principalmente á valorar el mérito por algunos excelentes retratos, tales como el del padre del autor, el del pintor G. de Lema, el de Alcántara Navarro y el bosquejo del de Fernando VII.

La escuela alemana está también representada por retratos. Uno de mujer se aproxima, por su factura, á la manera de Lucas Cranach; otro que, conforme á la inscripción, data de 1567 y representa á un sabio, posee grandes cualidades, y pasa por de Amberger. Esta atribución, sin embargo, apenas puede ser tenida en cuenta; pero no puedo yo tampoco afirmar nada acerca del verdadero autor del cuadro: las armas no nos dan ninguna explicación satisfactoria, y su forma italiana contribuye todavía más á aumentar nuestra confusión.

Entre las obras de la antigua escuela flamenca, citaré una «Virgen amamantando al niño Jesús», cuyo estilo se parece al del maestro de las medias figuras, y una «María orante», de la escuela de Quintin Metsys. Constituye, á más, un superior ornamento de la colección, las puertas de un altar de los comienzos del siglo XVII, sobre las cuales están representados un donador y su esposa, acompañados por sus santos protectores. Su autor no ha de estar muy lejos de ser Martín de Vos (1).

(1) Martín de Vos (1532-1603.)

Otras obras de los Países Bajos, tales como el «Cristo rodeado de Santos», por Van Balen; una «Tentación de San Antonio», por Teniers; un «Carnaval», por Miel, son de menor importancia. Los holandeses están representados por algunos sólidos retratos: retratos de mujer, por Long y Keyser, y un retrato de hombre, por Verelts.

Pero son los ingleses, sobre todo, los que brillan aquí en toda una galería de retratos. No falta ningún gran maestro de esta escuela: Gainsborough (niña con un perro), Reynolds (Lady Sondes), Hoppner (Mrs. Arbuthurst, Mrs. Fitz Herber y Anne Smith, con sus hijas), Raeburn (Benjamín West), Romney (retrato de una viuda) y Laurence (niña y niño); y aun supera en calidad á estas figuras un excelente paisaje de Constable.

Augusto L. Mayer,
Conservador del Museo de Munich.

Traducción del alemán por Juan Francisco Ibarra.

LA AMÉRICA MODERNA

Política comercial de España con la América española. El Tratado con Cuba.—Antecedentes españoles sobre política de Tratados. Crítica de economistas cubanos sobre el *modus vivendi* español.—El influjo norteamericano. Los monopolistas españoles en el Tratado con Cuba.—El ibero-americano José Mejía. Su obra en España. El españolismo de los ecuatorianos.—Pedagogía americana. La antropometría escolar en la Habana. Resultados comparativos.—Los estudios zootécnicos en la Argentina. Experimentos sobre la mejora de la ganadería.—Los alemanes en la Argentina. Sus triunfos económicos. Calidad de la inmigración alemana. Un ejemplo para los españoles.

Un cierto régimen monopolista caracteriza gran parte del comercio español durante bastante tiempo. Cuando teníamos colonias, la legislación colonial llegaba al ultraproteccionismo para el comercio de la Península; perdidas las colonías, los Aranceles vigentes siguen acentuando la nota cerradamente proteccionista en beneficio de muchos productos españoles, sobre todo los industriales; pero en las antiguas colonias, nuestro comercio ha entrado forzosamente en concurrencia abierta con el comercio extranjero. Lógicamente pensando, nuestros estadistas habrían de haber intentado el conservar las antiguas posiciones mercantiles del exterior, por medio de una inteligente política de Tratados, ya que carecíamos de la soberanía que amparaba de una manera ultraproteccionista, como queda dicho, nuestro comercio en los territorios que fueron nuestras colonias.

¿Qué era necesario para iniciar una era de Tratados? Evidentemente, que reformar el Arancel, y sobre sus nuevas columnas fundar los nuevos Tratados. ¿Se ha hecho así? Sólo en parte, porque se hizo el Arancel de 1906, pero los Tratados no han llegado.

Los promotores de la reforma arancelaria preparada en 1905 en España, pedían el nuevo Arancel para poder celebrar ventajosamente, después, los Tratados de comercio. Así reza la conclusión 7.ª del informe de la Liga Vizcaína de productores respecto de los nuevos Tratados de comercio de 1903:

«7.ª La celebración inmediata de Tratados, sin proceder previamente á la reforma arancelaria, entregaría á España completamente desarmada.»

Pero una vez forjada el arma del nuevo Arancel, con sus elevados derechos máximos, que habrían de servir para hacer *aparentemente* grandes concesiones á las naciones contrantes, el filo se dirigió contra nosotros mismos al prescindir de Tratados, y lo que era una añagaza para el extranjero se convirtió en privilegio para algunos productores nacionales, en perjuicio de otros. El Arancel, pues, no ha servido para tratar, sino para no tratar, y por ahí van la mayoría de los industriales cantando las excelencias de la intangibilidad arancelaria y de la conveniencia de no celebrar Tratados.

«Existe el peligro grave de que, por medio de impremeditados Tratados de comercio, se destruya la obra elaborada con tanto acierto, lo que nos obliga á permanecer arma al brazo, dispuestos á defender ardorosamente las posiciones que hoy ocupamos.» *El Trabajo Nacional* (órgano del Fomento de Barcelona), Abril de 1906.

Sin un aligeramiento de nuestro proteccionismo industralista, no se podrá realizar la aproximación económica de España con el extranjero.

Nuestra tarifa autónoma, representada por la 1.ª columna del Arancel vigente y la contractual por la 2.ª, tienen tan escasa diferencia, que en la mayor parte de los casos los dere-

chos máximos y mínimos no tienen de tales más que el nombre. De las 697 partidas del Arancel de importación son iguales los derechos de ambas columnas en unas 300; el resto ofrece pequeñísima diferencia.

Si Alemania, en tiempos del cancillerato de Bismark consiguió ventajas comerciales sin concesiones grandes por su parte, fué debido á la colosal fuerza del Imperio y á la labor personal de un estadista como el Canciller de Hierro; ya en 1891, alejado Bismark de la política, hubo de entrar bajo Caprivi, por el camino de las concesiones, aligerando el protec cionismo de su Arancel de 1879.

En la actualidad se nos depara una nueva prueba á los españoles. Cuba espera el establecimiento de estrechas relaciones comerciales con la Madre Patria; si sabemos establecerlas, ganaremos mucho, moral y económicamente; de lo contrario, junto á la pérdida material del mercado cubano para el comercio español, vendrá una pérdida moral inmensa, muy superior al valor representado en millones del volumen de nuestro intercambio con Cuba.

Hemos comenzado por mal camino, proponiendo un *modus vivendi*, eterna fórmula de la ignorancia ó de la cobardía.

¿Cómo juzgan nuestra política comercial en Cuba? Del estudio del material proporcionado por el profesor cubano Dr. Leopoldo Cancio, censor de la Sociedad Económica de Amigos del País, se desprende que se ríen los cubanos del *modus vivendi*, que nosotros comenzamos por establecer y que no es floja la corriente de simpatizadores de los intereses de los Estados Unidos (Revista bimestre cubana, Marzo-Abril 1911). He aquí el muestrario: «Pero donde más resalta la novedad de la proposición del ministro español, y se ve con toda claridad que es cosa diversa de las negociaciones iniciadas en 1909 para el concierto de un Tratado, es en las últimas líneas de la noticia oficial dada á la prensa, que al pie de la letra dicen: «Añade el señor ministro de España, que una vez estipulado el *modus vivendi, podría el Gobierno cubano formular concretamente sus*

peticiones respecto al tabaco en rama, con el fin de ver si sería posible dar á dicho pacto provisional el alcance de un verdadero Tratado de comercio.»

«Esa posibilidad que se deja á nuestro Gobierno para ver si puede; esa oposición en que se coloca á nuestra República dejándole el papel de pretendiente y aspirante, reservándose el proponente las bienandanzas de la posesión, *beati possidentis*; esa facultad que se pretende conferir á nuestro Gobierno para que busque y proponga novaciones á un contrato como el que tiene el Gobierno español con la Compañía Arrendataria de Tabacos, cuando aquél, respetuoso de sus compromisos y observante de su obligación, á tanto no se ha atrevido; todo eso antes y ahora subrayado es lo que nos hizo exclamar, cuando nos echamos á la cara la noticia oficial de nuestra Secretaría de Estado, que la proposición del *modus vivendi* era como los tratos que los emisarios europeos por la zona de influencia de sus naciones proponen á los magnates africanos salvajes ó bárbaros, cuando, á cambio de una casaca colorada ó de una caja de música, les piden ó les imponen el reconocimiento de la soberanía del territorio á favor de la nación de los proponentes.»

Con ser muy crudas estas palabras, no dejan de estar, en cierto modo, justificadas, dada la manera poco franca que nuestra diplomacia emplea para establecer las nuevas relaciones comerciales con Cuba; y si se tiene en cuenta que muchos de los partidarios del Tratado en Cuba son interesados españoles allí residentes, se ve que las dificultades que hay que vencer no son tan pequeñas que permitan el empleo de la buena fórmula del *modus vivendi.*

Por otra parte, el influjo norteamericano en Cuba es peligrosísimo para nosotros. He aquí cómo el Dr. Cancio defiende el interés norteamericano:

«Es inadmisible de todo punto que se haga un *modus vivendi* de duración indefinida ó por varios años, como por vía de experimentación. El *modus vivendi* es en la diplomacia lo que

el armisticio en la guerra: un alto en las operaciones para llegar á un acuerdo; y no se concibe cuando todavía no ha llegado el caso de que estén amenazadas las buenas relaciones con la otra nación. Un cambio de Arancel es una reforma legislativa muy difícil, y todavía no se ha hecho más que formular proyectos en nuestro Congreso. En todo caso, y si es tan eficaz la doble columna como se supone, lo natural sería que aprovecháramos el instrumento cuando estuviera bien aguzado, para exigir lo que nos conviniera, y no para tratar con una sola nación, que así resultaría con un margen exagerado, sino con el grupo á que afectaría la medida.»

«Tiempo se necesita para estos tratos, máxime cuando no hay apremio, y entretanto debe de ilustrarse la opinión con la publicidad de datos é informes de todas clases en folletos distribuídos profusamente. Hasta ahora no hay más literatura popular que la que suministran los interesados.»

«Por todo ello concluyo, como he sostenido en las reuniones: que no debe alterarse nuestra política arancelaria, sino perfeccionarla sobre la base de la puerta abierta para el trato con todos los pueblos, *sin perjuicio de la reciprocidad con los Estados Unidos.*»

Y estas mismas orientaciones se acentúan en los escritos del Dr. Cancio, cuando trata la reforma arancelaria cubana:

«Complicar nuestro Arancel agregándole una segunda columna, que se denominará máxima, teniendo ya otras las preferencias convenidas con los Estados Unidos en el Tratado de reciprocidad, es un retroceso en la política de nuestro comercio internacional; como que nos retrotrae á la vida colonial. Véase bien que ahora vendríamos á tener un Arancel con tres columnas: la de la tarifa mínima, aplicable á las naciones convenidas, la de la tarifa máxima, que sería la general, y la de las bonificaciones concertadas con los Estados Unidos; como tuvimos bajo la soberanía española cuatro columnas: la de las procedencias españolas en bandera española, la de las procedencias españolas en bandera extranjera, la de las procedencias

extranjeras en bandera española y la de las procedencias extranjeras en bandera extranjera.»

El yanqui está, pues, en lucha constante. En la actualidad, su intervención económica tiene consecuencias tan deplorables para nosotros como la intervención armada.

Así son las cosas allá. ¿Cuáles son las causas de nuestra actitud aquí? En Cuba las señalan. Véase lo que dice una poderosa entidad tabaquera cubana:

«No ignora esta Unión de Fabricantes que con el Gobierno español se han iniciado negociaciones para celebrar un pacto comercial que resulte provechoso para ambas naciones; mas, como parece que esas negociaciones tropiezan con el escollo que le oponen las ambiciones de la Compañía Arrendataria, y tal vez por esa causa fracase de nuevo el intento de ajustar ese Convenio que ya fracasó en 1904, no ve esta Corporación otro medio más apropiado para llegar á ese fin ahora, que acudiendo á la reforma de nuestro vigente arancel de Aduanas, estableciendo la doble columna, la máxima y la mínima, para de ese modo compeler á España y, junto con España, á las demás naciones, á que celebren con Cuba Tratados de comercio que favorezcan el consumo de sus productos, con preferencia los de su aludida industria tabacalera. En sentir de esta Unión de Fabricantes de Tabacos y Cigarros, no hay otro cambio más rápido y seguro que ése para llegar á conseguir lo que con tanta urgencia necesita la industria del tabaco. Si la reforma arancelaria se hiciera, y se estableciera una columna máxima con un recargo de un ¡cincuenta por ciento! por lo menos, según los casos, sobre los derechos de la columna mínima, dejando á salvo, como es consiguiente, el derecho preferencial concedido á los Estados Unidos por el Tratado de reciprocidad, que debe renovarse solicitando un aumento en el margen de favor otorgado á nuestros productos, es indudable que se beneficiarían los intereses generales de la República, y con ellos los de la industria del tabaco.»

Los monopolistas, esa clase de modernos publicanos, en

cuyo beneficio se explotan las más saneadas rentas del Estado español, son la causa principal de la perturbación de las relaciones comerciales hispano-cubanas. ¿Por qué? Pues porque no es posible aceptar las demandas de los cubanos, que se refieren, principalmente, á que la Compañía Arrendataria haga mayor consumo de tabaco cubano, y mantener al mismo tiempo muy elevadas las cotizaciones de la Compañía, ó, lo que es lo mismo, no se puede fomentar el comercio español y la corriente de intereses morales que lleva en arrastre el intercambio español con Cuba, y atender al mismo tiempo á las exigencias exorbitantes de un grupo de capitalistas españoles. He aquí cómo un grupo de plutócratas tuerce en España la marcha políticamente lógica y económicamente conveniente que debiera seguirse. Tiene razón el Sr. Sánchez de Toca al afirmar en su reciente libro (*Reconstitución de España en vida de Economía política actual*. Madrid, 1911) la acción funesta de la plutocracia que en España avasalla los partidos políticos á un sistema beneficiario, bajo su patronato.

No hay fundamento, ni económico ni de justicia, que abone el interés de la Arrendataria. Esta Compañía es símbolo de un sistema que sólo se sigue, fuera de España, en Portugal y en Turquía, que entregan la explotación de los monopolios á Compañías ó Empresas particulares. En el caso español, el monopolio de tabacos arrendado da origen á un organismo híbrido que tiene todos los inconvenientes de las organizaciones privadas, que sólo miran su interés particular, y los lados negativos de las asociaciones políticas puestas al servicio privado.

En vano clamarán los partidarios del arrendamiento de los monopolios en defensa de la Arrendataria. Esta Empresa influye, no solamente en la política interior, sino en la exterior de España. Dicen que no es política, y no se ven más que políticos desempeñando lucrativos empleos en ella; dicen que es beneficiosa su constitución, y no reparan en que con ella pierde el Estado anualmente 49,3 millones de pesetas.

No comprendo la utilidad que nos pueda reportar la constitución actual del monopolio de Tabacos, que tanto daña al Tesoro nacional y perturba nuestro comercio exterior, como bien patente lo demuestra la cuestión del Tratado con Cuba. El único argumento, al parecer de fuerza, que se aduce en defensa de la gestión administrativa é industrial de la Compañía es que, merced á ella, ha aumentado, desde que se hizo cargo del monopolio, el ingreso por tabacos. Pero este gran argumento es un gran error. Cierto es que la recaudación ascendió á 131,9 millones el último año en que el monopolio fué administrado directamente por el Estado, y que en 1910, ya administrado por la Compañía, la recaudación llegó á 212,4 millones de pesetas, con un promedio anual de 204,4 millones para el quinquenio de 1905-1909. Pero este argumento Aquiles se deshace si se tiene en cuenta que el precio de las labores de consumo más extendido se ha duplicado, y es, por lo tanto, atribuible al aumento de precio lo que los defensores de la Compañía atribuyen á su gestión administrativa é industrial.

Entre el interés de unos monopolistas y el del comercio español no hay vacilación posible, tanto más, si se piensa que los intereses de la renta de Tabacos no se dañarían obligando á la Compañía á comprar bastante más tabaco en Cuba del que compra, exigencia fundamental de las peticiones cubanas. Pero la Compañía se resiste porque, buscando la mayor ganancia posible, compra el tabaco barato en Filipinas, de peor calidad que el cubano, aunque esto perjudica al fumador español y al comercio hispano-cubano.

¿No es una profunda contradicción el ensalzar los lazos históricos de España con sus hijos de América, fomentar la aproximación cultural, hablar mucho de iberismo y dejar en el olvido la aproximación económica? No es el verbalismo literario la mejor prenda de hermandad; en gran parte hay que buscar la unión ibero-americana en la fusión de intereses económicos.

*
* *

Una nueva ráfaga de sentimentalismo orea mi frente al leer el trabajo de un ecuatoriano, César E. Arroyo, sobre José Mejía (1). De entre la ingenua prosa hiperbólica saltan latidos románticos é invocaciones de honda ternura á la madre patria, que hacen pensar en el tesoro emocional que existe en la América española para la antigua patria de origen.

He aquí la descripción de la figura y de la obra de Mejía:

«Mejía, sabio enciclopédico y orador glorioso, es un genio, que reúne y condensa en su personalidad toda la cultura de su tiempo, y deja de ser un hombre para convertirse en un símbolo de la época en que vivió, y del pueblo que lo produjo, los cuales, encarnados en las obras del genio que engendraron, se presentan á la luz de la historia, redivivos é intactos.»

Es un profesor del Instituto Nacional Mejía, el que escribe:

«Este Colegio, en el que se guardan en germen las espirituales fuerzas destinadas á producir la futura intelectualidad ecuatoriana, que se gloría de llevar, como una bandera, el nombre del orador inmortal, cuya vida admirable le sirve de alto ejemplo, acaba de declarar, á su vez, seguro de que interpretaba fielmente el sentir de la mayoría pensante de la Nación, «que la gloriosa memoria de Mejía es un nuevo lazo de unión espiritual entre España y sus hijas de América».

...Y cuando se sigue leyendo lo que el escritor americano escribe, parece que el Cid no ha muerto, que el Romancero entroncó en América y que viven latentes, como Sergi, el psicólogo italiano afirma, refiriéndose á España, las grandes energías que tanto la elevaron un día.

«España, la vieja é indomable España, que estaba débil y enferma, siente en su suelo la planta del atrevido invasor, y ve que un intruso trata de sentarse en el trono de sus reyes y empuñar el cetro de Fernando y de Isabel, de Carlos V y de

(1) César E. Arroyo. *José Mejía: Lazo de unión entre España y América*. Quito, 1911.

Fernando II. Entonces, la raza magnífica, formidable y heroica, del Cid y de Pelayo, la raza soñadora, noble y aventurera que se sintetiza en la sublime figura del Hidalgo manchego; la que contuvo la invasión árabe en guerra de ocho siglos; la que salvó á Europa en Lepanto famoso; la que sacó un Mundo Nuevo del mismo mar ignoto en que se había hundido la Atlántica soñada; esa raza terca y gallarda de espadachines, hidalgos y señores, se estremece y conmueve al sentir el infamante yugo extranjero. Los leones hispánicos rugen, sacuden su melena, afilan sus garras, se lanzan á un combate desigual y tremendo, y en Dos de Mayo, Bailén, Zaragoza, Gerona y cien combates más, causan la admiración del mundo por su heroísmo sin ejemplo.»

Así se escribe de la raza en América. La influencia de América en el período germinador del liberalismo español, lo señalan de la siguiente manera, al referirse á las Cortes de Cádiz:

«En esas memorables Cortes Constituyentes, que son el punto de partida del actual régimen constitucional en España, y cuyo primer acto fué proclamar la soberanía de la nación, América estuvo representada por sesenta y dos diputados principales y treinta suplentes; tenía, por tanto, igual representación que las provincias españolas de allende el Océano. Se instalaron en la fecha que acabamos de indicar y bajo la presidencia de D. Ramón Lázaro, diputado por Cataluña. José Mejía fué como diputado suplente por Quito; y es una circunstancia muy digna de anotarse, la de que la mayor parte de los representantes americanos que más se distinguieron en las Cortes gaditanas, como Mejía, el abogado Fernández Leiva de Chile, Gutiérrez Terán de Méjico, fueron diputados suplentes.»

«Nuestro insigne compatriota fué el primer diputado americano que habló en el recinto augusto de aquella Asamblea, para presentar y defender, en una de las primeras sesiones, un proyecto de ley, relativo á varias reclamaciones políticas ame-

ricanas. Después tomó parte muy activa y principal en casi todas las discusiones que se suscitaron sobre asuntos políticos, militares y económicos de la Península y de América. Sus discursos más admirables son el pronunciado en Octubre de 1810, en defensa de la libertad de imprenta, que, á su juicio, debía ser ilimitada, irrestricta, como corolario que es de la libertad de pensamiento; en Noviembre del mismo año, contra todo lo que tratase Fernando VII, durante su cautiverio en Francia; y sobre todo, la serie de prodigiosas oraciones que pronunció contra el tribunal de la Inquisición, monstruoso anacronismo que se trataba de restablecer en pleno siglo XIX.»

«La voz de Mejía era la voz de la América que sonaba en el noble solar castellano con inusitados, altísimos acentos, que tenían rumores de selvas misteriosas, cadencias de ríos majestuosos, fragores de volcanes encendidos. «España es como un coloso, decía, que, sentado un pie en Europa y otro en América, lucha á cuerpo perdido con el poderoso tirano del Continente: el punto de apoyo está allá; y, si le falta, la Monarquía se sumerje miserablemente en el Océano.»

«La voz de Mejía era también la voz de España; en su alma inmensa revivía una legendaria fibra heroica; en su verbo milagroso alentaba el espíritu de la vieja raza indomable: en él se funden, pues, en un solo clamor, el grito sublime de la América que quería nacer á la vida de la libertad y el apóstrofe supremo que lanzaba España, sin resignarse á morir á manos del coloso que le había clavado un puñal en la garganta. Dijérase que en su voz se unimismaban, en un solo acento, la voz del niño que reclamaba su derecho á la vida y la voz del viejo que protestaba contra la muerte.»

«Se ha dicho que Mejía trabajó sólo por América, y esto es inexacto: basta leer los discursos que de él han llegado hasta nosotros, para convencernos de lo contrario; esto es, de que trabajó también por la defensa de España, con tesón y energía, fulminando encendidos anatemas contra los invasores y laborando, con ardimiento de verdadero patriota, por los altos

intereses del reino. He aquí las conclusiones que, de la historia de esas Cortes, deduce un notable historiador y publicista contemporáneo: «1.° Que los diputados americanos tuvieron influencia y peso en las inmortales Cortes de Cádiz, á pesar de que mientras ellos actuaban en Europa, se desarrollaba la revolución en América. 2.° Que esos diputados se ocuparon en aquellas Cortes de Cádiz, no sólo de los intereses exclusivos de sus respectivos países, si que de asuntos generales y nacionales. 3.° Que en sus campañas acreditaron su talento y su ilustración, en justa correspondencia con sus compañeros peninsulares, evidenciando, no sólo la cultura de las clases intelectuales de América, si que la capacidad de este país para vivir la vida libre y constitucional que los españoles, con indiscutible derecho, aclamaron y procuraron asegurar en la Metrópoli. Y 4.° Que la aspiración más enérgica y constante de esos diputados fué la de la igualdad entre españoles y americanos» (1).

«Ya es tiempo, señores, de desvanecer prejuicios, de rectificar errores y de reivindicar á España en su acción como conquistadora y civilizadora de América. Sobre el maravilloso mundo que descubrió la Gran Madre, volcó todo el tesoro de su civilización milenaria. España se dió á la América intacta, toda entera; y América, al sentir el formidable soplo fecundador, se abrió como un ovario enorme temblando en génesis salvajes. Cierto que arrasó con la civilización incáisca, pero también es cierto que, en lugar de esa civilización vieja y caduca, que estaba destinada á perecer, levantó el monumento de la única civilización posible, de la civilización moderna. La filosofía de la historia, por boca de sabios alemanes, franceses y norteamericanos, cuya imparcialidad es indiscutible, afirma: «La conquista de América por España es la empresa más estupenda que han realizado los hombres, desde el Cristianismo á esta parte; la epopeya más gloriosa de los tiempos moder-

(1) Rafael María de Labra. *Orientación americana de España.*

nos, y España tiene derecho por ello al aprecio y reconocimiento de la humanidad» (1).

«No debemos tampoco olvidar que nuestra nacionalidad empieza y tiene por causa la Conquista; que hay solución de continuidad entre nosotros y la raza aborigen de la América, con la cual apenas si tenemos algunas débiles vinculaciones. Esto no quiere decir que niegue los grandes crímenes que se cometieron durante la Conquista y la Colonia, y sobre los cuales ha caído justiciero el fallo de la historia: defiendo la obra y no los abusos que trajo consigo; abusos muy explicables, si se tiene en cuenta que todo el progreso viene hacia el hombre destilando sangre y rodeado de un vaho de lágrimas.»

«La Colonia no fué esa noche tenebrosa de que nos habla la ignorancia, alumbrada por las hogueras de la Inquisición, y en la que reinaba un silencio de muerte, roto sólo por los lamentos de las víctimas. Fué esa una época de gestación, de formación, en la que cuajó nuestra verdadera nacionalidad, y, como tal, tenía que ser confusa, dolorosa, imperfecta.»

«Mejía el sabio, Mejía el patriota, es, como Maldonado y Espejo, una gloria producto de la Colonia; y si esto no es verdad, si todo fué ignorancia y no hubo cultura de ninguna clase, ¿cómo se explica entonces la formación de sabios como éstos, tan eminentes, que no ha habido hasta ahora quien los supere en nuestra patria?... «Dos criterios igualmente apasionados—dice el primero de nuestros historiadores—ha habido hasta ahora para juzgar acerca del estado de ilustración de estas provincias en tiempo de la Colonia: unos han condenado esa época, llamándola tiempos de ignorancia y obscuridad, en los cuales no hubo nada digno de alabanza; otros, por el contrario, han negado lo malo que entonces hubo y han exagerado lo bueno... Ambos asertos carecen de verdad: son aseveraciones demasiado absolutas y que no están de acuerdo con la

(1) Eduardo Gaylard Bourne. *Spain in América.*—Hubert. *Essai sur la colonisation espagnole an Venezuela.*

realidad de los hechos, examinados con un criterio histórico desapasionado» (1).

«Espejo y Mejía, los representantes de la cultura de la Colonia, los más altos exponentes de la ciencia de entonces, son además los precursores de la independencia americana: ellos son á la libertad de América lo que los enciclopedistas á la gran Revolución francesa, esto es, los genios privilegiados, en cuyos cerebros fulge primero la idea libertadora, y antes de convertirse en realidad dichosa, vive esa vida de gestación intelectual, previa á todas las obras humanas... Y quiso la fatalidad que ninguno de los dos viese realizado su ensueño. Espejo, el extraordinario y sublime vidente, murió en 1796, cuando la independencia de su patria no era sino un generoso ideal inaccesible; Mejía, el joven época, con verbo de profeta, sucumbió, víctima de traidora enfermedad, en 1813, cuando, si bien ya había sonado el somatén de Agosto, aún estaba lejano el sol de Pichincha.»

«Pero como toda idea es fuerza y no se pierde, las admirables enseñanzas de los precursores de la Independencia americana no fueron estériles, teniendo después realización cumplida, cuando Bolívar, el genio de las batallas, paseaba triunfante el pabellón del iris desde las cumbres del Avila á las del Potosí, desde las orillas del Orinoco á las del Amazonas; cuando Abdón se inmolaba en las cumbres del Pichincha y la Victoria besaba en Ayacucho la sublime frente del gran Sucre.»

«América había llegado á la mayor edad, y en cumplimiento de las supremas leyes de la vida, se separó de su augusta Madre, lo cual produjo un gran desgarramiento. «El dolor de España, al perder en este Continente el dominio político, es tan digno de respeto y tan natural como el de la madre al dar á luz un hijo, dice un brillante orador argentino (2).»

.....

(1) González Suárez. *Historia general del Ecuador.*

(2) Bellsario Roldán. *Discurso en el Ateneo de Madrid.*

«Han pasado cien años, y la reconciliación con la antigua Metrópoli es efectiva, fraternal y será eterna, hasta el punto que hoy resulta ridículo maldecir de todo lo español; maldiciones que han sido ya relegadas al arsenal de los lugares comunes de cierta literatura trasnochada y de mal gusto; al paso que los más esclarecidos representantes del pensamiento hispano-americano proclaman la unión de las naciones ibéricas como el supremo ideal de la época presente. Esto no quiere decir que se quiera retroceder al pasado. Al contrario; todos están empeñados en reconstruir una gran Patria nueva, sobre la base de la intensificación, de la fortificación de nuestra personalidad originaria, la cual, en vez de ser remedo ridículo de las características de otras personalidades étnicas y campo abonado á la expansión de imperialismos peligrosos á la vida de estas nacionalidades, aspira á continuar en el presente la altísima misión civilizadora que durante un largo período de siglos viene realizando la raza de los grandes destinos.»

Nadie podrá negar un valor real á estos estados sentimentales de los pensadores ibero-americanos; son puertas que se franquean á la corriente de fusión entre pueblos hermanos; son ideas cuyo alcance no se ha valorado bastante.

Todo sacrificio les parecería poco á pueblos que, como el alemán, están precisados de buscar nuevos territorios que aligeren el exceso de población del Imperio, con tal de poder encontrar países poblados por gentes de su misma estirpe, asimilados á su civilización y educados en su mismo idioma. Mientras Alemania ha dado su contingente emigratorio á los Estados Unidos, ha nutrido con él á un cuerpo extranjero en cuyo seno, tempranamente más que tarde, han de diluirse las gotas de sangre germánica. Para evitar esta pérdida, se esfuerza Alemania por conseguir espacios libres en Africa. España, por el contrario, todavía tiene en la América española un campo inmenso, en el cual viven pueblos que, en vez de desfigurar la sangre española, la multiplicarán. Por encima de los trastornos políticos europeos se asegurará la expansión de las razas ibé-

ricas en América, y esto será la mejor garantía del porvenir español.

Ciertamente que para los que solamente ven la grandeza en la extensión de la soberanía de un pueblo, esto significará poca cosa; para un espíritu lleno de preocupaciones guerreras, sólo hay poder hasta donde llega la punta de la espada.

Esto es imposible pensarlo tratándose de América y España, cuya independencia política recíproca quedó afirmada para siempre. ¿Dónde hay que buscar la grandeza? Figurémonos una España que sojuzgase parte de Marruecos, que volviese á tener su influjo en Flandes, su planta en Italia; y, por otra parte, una nueva imagen de España, la España fuerte en su casa solariega, de población acrecentada y culta, de problemas interiores que el tiempo acumuló ya resueltos, unida á la América española por un intenso intercambio, transmisora de cultura europea para aquélla, pobladora de los grandes territorios que aun esperan en las jóvenes repúblicas el esfuerzo del hombre, amada y reverenciada por millones de americanos que la invocan hoy con el nombre de madre... ¿Sería dudosa la elección? Bastaría recordar, para desechar vacilaciones, por qué en Flandes se puso el sol.

No han de ser sólo los españoles los que vayan á América; también los americanos, aun los de las más modestas repúblicas, deben emprender la ruta de España para hablar á nuestras almas en donde las almas se escuchan.

Sería la mejor manera de recordar á los políticos españoles que entre los problemas internacionales que afectan á España, el ibero-americano es de los más trascendentales. Cuba presenta en su cuestión comercial una fase, el Ecuador, por boca del profesor Arroyo, el otro aspecto.

*
* *

Los estudios de antropología, el empleo de los métodos antropométricos, tienen un gran valor, no solamente en lo que á

la antropología de los anormales se refiere, sino también para la antropología normal, y, en general, para las bases de las investigaciones sociológicas. Y es de entre estos estudios antropométricos, los aplicados á los niños, los de importancia decisiva, sobre todo, para la pedagogía moderna. Bastará citar los estudios realizados en Francia por Binet, en Inglaterra por Galton y en Alemania por Colin, para considerar su importancia.

Los estudios de sociología comparada tienen, en la experiencia que recoge en los Museos Pedagógicos, un excelente material que permite fijar la relación vital de esas grandes masas de protoplasma viviente que se llaman poblaciones escolares de los distintos países.

En las escuelas de la Habana ha llevado á cabo estos estudios el Museo Pedagógico de la Universidad. Pero en Cuba se presentan con mayor dificultad: la población escolar de ese país pertenece á cuatro razas diferentes: la blanca nativa, la blanca extranjera, la negra y la mestiza; es necesario, pues, hacer ocho trabajos estadísticos, es decir, cuatro para cada sexo.

Los instrumentos que el Museo Pedagógico emplea son: un tallador-pesador de construcción americana, un cirtómetro de Collin, un dinamómetro de mano del mismo fabricante y un espirómetro de los de tipo seco. Es de advertir, sin embargo, que el espirómetro seco da indicaciones algo más elevadas que el espirómetro húmedo, y que el dinamómetro de Collin no se adapta bien á la mano de los niños. El peso y la talla se han tomado de acuerdo con las reglas adoptadas por el doctor Dufestel, de París. La anchura de los hombros se ha tomado de acromio á acromio, por medio del cirtómetro ó compás de espesor. La fuerza y la resistencia muscular se han calculado por la mano más fuerte de cada niño, pidiéndole que hiciera ocho esfuerzos sucesivos con intervalo de unos diez segundos. La presión máxima ha servido para determinar la fuerza, y la media aritmética de las ocho obser-

vaciones divididas por el esfuerzo máximo expresa el coeficiente de resistencia muscular.

No se ha podido conseguir que los niños menores de ocho años manejen bien el dinamómetro de Collin y el espirómetro, por lo cual se les tomó solamente la talla, el peso y la anchura de los hombros.

Se han medido poco más de 200 niños varones, en su mayoría blancos y de las clases pobres de la capital. Los resultados no son todavía suficientes para formular un juicio exacto sobre el desarrollo físico de la niñez cubana; sin embargo, comparando los promedios calculados con los obtenidos por otros autores, se echa de ver que el desarrollo de los niños blancos de la Habana, aunque inferior al de los norteamericanos y de la Europa central y septentrional, no es tan pobre como se cree en relación con otros países, Italia, por ejemplo.

Niños varones de raza blanca: promedios.

EDAD	Peso en kg.	Talla en cm	Anchura de hombros en cm.	Capacidad vital en cm.	Fuerza muscular	Coeficiente de resist. muscular
6.....	18.04	107.6	23.5	—	—	—
7.....	21.92	118.4	25.5	—	—	—
8.....	22.14	119.9	25.8	1,340	2	0.19
9.....	24.40	123.0	26.1	1,560	4.2	0.41
10.....	26.82	128.8	27.3	1,780	5.6	0.50
11.....	27.88	130.1	28.0	1,800	8.5	0.55
12.....	31.13	136.4	29.1	2,060	12.0	0.67
13.....	33.26	147.3	31.7	2,110	15.0	0.72

Compárense estas mediciones con las de los niños de París, de Estados Unidos y de Italia, registradas en el cuadro siguiente:

Promedios de talla, en centímetros.

EDAD	Niños blancos de la Habana	Niños de París, según Binet	Niños de Chicago, según Smedley	Niños de Italia septentrional, según Pizzoli
6.....	107.6	108	110.69	109.0
7.....	118.4	114	115.82	112.0
8.....	119.9	121	120.93	117.7
9.....	123.0	125.5	126.14	121.1
10.....	128.8	130	130.91	125.9
11.....	130.1	136.5	135.11	133.7
12.....	136.4	143	139.51	136.0
13.....	147.3	148	145.54	141.9

Promedios de peso, en kilogramos.

EDAD	Niños blancos de la Habana	Niños de París	Niños de Chicago	Niños de Italia
6.....	18.04	18	19.73	—
7.....	21.92	20	21.61	—
8.....	22.14	23	23.81	20
9.....	24.48	26	26.33	22
10.....	26.82	28	28.70	24
11.....	27.88	29	31.22	26
12.....	31.13	33	34.15	28
13.....	33.26	35	38.08	31

La fuerza muscular de los escolares de la Habana parece notablemente inferior á la de los niños de otros países, mientras la capacidad vital observada resulta algo superior.

El Museo Pedagógico, dice uno de sus miembros, el señor A. M. Aguayo, continúa sus investigaciones sobre el particular, y las dará á conocer cuando llegue á conclusiones definitivas. En seguida emprenderá un estudio sobre la inteligencia, la memoria, el poder de atención del niño cubano y su resistencia á la fatiga.

*
* *

En la Argentina se ha planteado ya seriamente el problema del cruzamiento de razas para la mejora de la riqueza ganadera.

El jefe de la sección de Zootecnia, Sr. Leclerc, ha enviado al jefe de la División de Ganadería un informe interesantísimo, que el doctor Suárez acaba de presentar á la consideración del ministro de Agricultura, doctor Lobos.

Aproximándose el período de actividad parlamentaria, durante el cual ha de ser discutido el presupuesto para el año 1912, el Sr. Leclerc expresa una idea que puede considerarse como complemento necesario del plan de trabajo y de organización de la sección á su cargo, pues expone la conveniencia que habría en gestionar la inclusión en dicho presupuesto de una partida no menor de 200.000 pesos moneda nacional, para ser dedicados exclusivamente al fomento de la ganadería en algunos territorios nacionales y en algunas provincias del Norte, esto es, en las localidades en las cuales el fomento activo de la mejora ganadera tiene un interés superior para la economía nacional.

Para fundamentar esta solicitud, dice el informante que basta mencionar el programa que deberá cumplir la sección de Zootecnia, mediante la creación y organización de algunas estaciones experimentales, que tienen que resolver una multitud de problemas de orden práctico y científico. Entre ellos figuran los problemas relativos á la selección de los ganados criollos, á la mejora de los mismos por cruzamientos diversos, á la aclimatación de las razas extranjeras, etc.

Según el Sr. Leclerc, son muchos y de trascendencia los problemas zootécnicos que hay que resolver, aun los que á primera vista parecen de menor importancia. Por ejemplo, los medios de mejorar los ganados bovinos de algunas provincias; muchos opinan que dichos ganados deben ser mejorados por selección dentro de la misma raza criolla, mientras que cuando se viaja en dichas provincias, la opinión más general que se oye es que dichos ganados criollos deben ser mejorados por otros medios ó reemplazados por cruzamientos de absorción. Con frecuencia parecen tener razón unos y otros, y los argumentos de que se valen son dignos de ser tenidos en cuenta.

En un reciente viaje por la provincia de Tucumán, observó el informante que los novillos criollos de cinco años ó más, cuando se hallan en buen estado, se pagan de 50 á 60 pesos; las vacas criollas valen alrededor de 25 pesos; los novillos mestizos Hereford y Durham se pagan, á los cuatro años no menos, de 60 á 80 pesos; las vacas mestizas de cualquier raza, pero con especialidad mestizas Durham, se pagan, desde los tres años arriba, de 40 á 60 pesos; las de más alta mejora, capaces de producir, por lo menos, cinco litros de leche, de 80 á 100 pesos; las vacas mestizas holandesas de los tambos, que proveen la ciudad de Tucumán, son introducidas de las provincias de Santa Fe y Córdoba, y cuestan, puestas en Tucumán, 170 pesos, término medio; dan como rendimiento de 8 á 10 litros durante siete ú ocho meses del año. De ahí se deduce que las ventajas de los cruzamientos son tan evidentes que no pueden ser discutidas. El mismo hecho ha podido comprobar, en el valle de Tafí, donde el rendimiento de las vacas criollas es muy inferior al de las mestizas holandesas y Durham. En la provincia de Entre Ríos, el Sr. Leclerc ha oído juicios categóricos como éste: «No hacemos cuestión de Devon, Hereford ó Durham; lo que sabemos es que hay que eliminar el ganado criollo.» Lo mismo sucede en el E. O. del Uruguay y aun en el Brasil, donde se están introduciendo desde Inglaterra grandes cantidades de animales de plantel, sobre todo de Devons, para mejorar los ganados de la provincia de San Paulo. Todos estos asuntos son de orden exclusivamente experimental, y no pueden ser resueltos sino mediante estaciones zootécnicas ó campos experimentales.

Es indudable que la selección como método científico de mejora es una gran cosa para conseguir el perfeccionamiento de las razas ya en tren de mejora; pero las razas naturales ó primitivas como la criolla, son otra cosa, son duras para modificarlas, y hay que emplear mucho tiempo para acentuar algunas buenas cualidades. Todas las razas que actualmente se consideran como perfeccionadas fueron también en una época

razas comunes, pero ¡cuánto tiempo ha sido necesario emplear para labrar ese mejoramiento! También es una verdad que, una vez llegadas á estas alturas, representan una riqueza inestimable.

La opinión actual, personal, del Sr. Leclerc, es que, en realidad, este procedimiento de mejora no es aconsejable á los criadores, y especialmente á los que no son suficientemente ricos, que sólo tienen en vista, como es natural, los beneficios más inmediatos; pero el Estado sí puede hacerlo, tomándose todo el tiempo necesario y gastando lo que se debe gastar para llegar á la formación de un tipo de ganado que, evolucionando paulatinamente, puede adquirir precocidad y otras cualidades de valor económico.

Cualquiera que fuera el resultado á que se llegara por este camino, tendría, por lo menos, el valor de una experiencia científica bien documentada, y así se resolverían una vez por todas muchas cuestiones fundamentales. Si se tratara de un error, éste quedaría demostrado seriamente; si se llegara á crear una nueva raza de valor positivo, adaptada á una ó varias condiciones climatológicas de este país, se habría creado una gran fuente de riqueza que aprovecharán los descendientes. Esta es la diferencia que existe entre las experiencias de resultado inmediato y las de gran aliento. Lo que, encarado en vista de un interés inmediato, puede ser ruinoso para los criadores del presente, puede ser de trascendencia para los del porvenir y para el país, y esto, según el informante, sólo puede ser realizado por el Ministerio de Agricultura, ó, por lo menos, con su colaboración y sus recursos.

Todos los libros de Zootecnia y de Historia Natural hablan bien de la selección, y en un reciente Congreso científico, celebrado en Bruselas (1910), se presentaron muchos trabajos sobre ese tema: los cruzamientos, mestizajes, la consanguinidad, etc. Alude el Sr. Leclerc, con profusión de datos, á esos trabajos favorables á la selección, que aplicada á las razas mejoradas no se discute, aunque quedarían por resolver las gran-

des cuestiones relativas, cual es la raza que mejor se presta ó que produce más en determinados campos y regiones climatológicas, asuntos que son también de orden exclusivamente experimental, según el Sr. Leclerc.

Refiriéndose al complejo problema de los mejores cruzamientos, dice que es en esta clase de operaciones donde suelen cometerse muchos desaciertos, lo cual no tiene nada de extraño desde que se procede forzosamente por tanteos, y en no pocas ocasiones sin base alguna.

Cree el Sr. Leclerc que en muchas provincias se confunde la noción de «mejora» por «cruzamiento» con el «mestizaje». Así se dan toros mestizos de escaso mérito á vacas criollas; á las hembras que resultan de esa primera cruza, se les dan los mismos toros mestizos, incapaces de modificar profundamente de un modo eficaz el enérgico organismo criollo, el cual concluye por triunfar, volviéndose así al punto de partida. Estas prácticas, para que puedan ser modificadas y orientar en mejor sentido, necesitan la escuela del ejemplo, la granja ganadera regional, el campo de experiencia. La mejora eficaz debe ser progresiva, empleando para las vaquillonas de cada generación toros de mejor sangre y de mayor calidad, cada vez, puros por cruza primero y puros de pedrigree después.

Sólo así se puede llegar á la sustitución de una raza criolla local por otra mejorada extranjera, con grandes beneficios de orden inmediato y duradero; de manera que si en un campo simplemente experimental ó en una Estación Zootécnica se empieza la mejora en dos sentidos á la vez, hacia el criollo puro por selección, por una parte, y hacia la absorción por otra raza, se podrá llegar al cabo de un número X de generaciones á tener dos razas connaturalizadas con el medio ambiente, absolutamente aclimatadas, y es evidente que sólo entonces se podrán hacer comparaciones fundamentales sobre el valor de ambos métodos ó de ambas nuevas razas, y habiendo producido, por último, un caudal de experiencia de valor incalculable.

Cosas análogas expone á propósito de las razas caballares,

lanares, porcinas, crianza de aves, camélidos, etc., para fundar la conveniencia, la necesidad de orden superior, científico y práctico, de fundar en las campañas instituciones experimentales y de votar los fondos necesarios para ello.

El valor económico que resulta de los cruzamientos en general es, pues, considerable. Entre sus virtudes ó propiedades de naturaleza biológica se pueden contar, como consigna el informante, la rapidez del desarrollo, el aumento de fecundidad, la corrección de ciertas viciosas tendencias, como el excesivo engrosamiento de algunas razas ovinas y porcinas. Que se expliquen estos hechos por una superioridad de las funciones de nutrición ó por otras causas, lo cierto es que se trata de fenómenos dignos de estudio.

En zoología general y en botánica suceden fenómenos análogos. Sin embargo, y para acentuar más aún la importancia de estos estudios en esta parte de América, recuerda que en Europa, excepción hecha del Reino Unido, se habla muy mal de los cruzamientos; pero allá se les juzga desde un particular punto de vista: zootecnistas clásicos le han llamado método de destrucción de razas. Otro se expresa de este modo: «El cruzamiento es una operación difícil de dirigir. Su objeto es reducir la raza que se posee al tipo de una raza extranjera, en la cual se ha reconocido previamente superioridad y conveniencia; pero los cruzamientos nunca han producido y no producirán jamás sino mestizos variables, cuya utilización puede ser económicamente provechosa, pero que jamás podrán fundar una raza.»

Sin embargo, la experiencia demuestra, ó está en avanzado camino de demostrar, lo contrario, es decir, la posibilidad de la fijación ó combinación de ciertas condiciones morfológicas y fisiológicas capaces de dar carácter á una nueva raza, ó, lo que es lo mismo, que aquello que suele hacer la Naturaleza por efecto de los aislamientos accidentales ó forzosos, pueden ser determinados por el hombre mediante cruzamientos adecuados y la selección de los tipos resultantes. Pero aun cuando no se tratara de fundar una raza, sino únicamente de producir

«mestizos de producción económica provechosa», bastaría con esto, porque precisamente uno de los principales fines de la ciencia zootécnica es esa, «crear valores».

Pero si no fueran suficientes estas razones para decidir de la importancia de los campos experimentales, el informante hace esta última consideración:

«A medida que se valorizan las tierras por la multiplicación de las vías de comunicación y por el desarrollo de la agricultura, la ganadería cede el sitio y se aleja, haciendo con esto peligrar el «stock» existente, ó provocando su disminución, ó por lo menos no favoreciendo su prosperidad. Afirma que en la República Argentina se gasta anualmente más de 1.700.000 pesos, moneda nacional, para el fomento de la agricultura pura; pero la ganadería pura va viviendo como desapercibida, pues las subvenciones que suelen recibir las sociedades rurales y algunos otros estímulos aislados, no pueden ser considerados como verdaderas medidas de fomento. Una de las más decisivas medidas de fomento debe consistir en la creación de escuelas especiales, estaciones zootécnicas y campos experimentales, de que hemos hecho mención, y para cuyo paulatino establecimiento y desarrollo se necesita una suma inicial de alguna importancia. Además, en pocos años estos establecimientos estarían en condiciones de costear sus gastos por sí mismos, al propio tiempo que dejarían en pos de sí enseñanzas valiosas.»

Cree el Sr. Leclerc que con la suma mencionada podrán costearse también algunos otros trabajos de los que figuran en el programa general de la sección.

***

Tenía razón Leroy-Beaulieu, al decir de los alemanes que éstos eran los *arrieré* de la colonización. Son los retrasados en la colonización positiva y negativa, de que hablaba Roscher, el economista alemán. Por lo que á la Argentina se refiere,

los alemanes, como escribe Aníbal Latino, han entrado tarde, pero han entrado con un vigor extraordinario. Es el tipo alemán todo lo contrario de un latino, y, sin embargo, ha sabido penetrar bien y desenvolverse en la Argentina.

Un observador personal como Aníbal Latino dice que á los alemanes, pues, como á los ingleses, no se les puede juzgar simplemente por el número de sus inmigrantes y por la acción directa que éstos han desplegado dentro del país. Si nos limitásemos á decir que la inmigración alemana no empezó á revestir alguna importancia hasta después de 1880; que la totalidad de los inmigrantes llegados hasta fines de Diciembre de 1909 asciende á 43.419, que podemos elevar á 55.000, incluyendo los pasajeros, y que en la actualidad hay unos 32.000 en la República, de los que 6.000 en la capital, 1.500 en el Rosario, 900 en La Plata y 21 á 22.000 en el resto del país, diríamos bien poca cosa. Hay que agregar, para dar una idea más exacta, que la mayor parte disfrutan una posición desahogada; que muchos han llegado con capital á desenvolver su acción; que el capital alemán empleado en el país es ya superior al francés, si bien no haya entrado en liza para la construcción de puertos y ferrocarriles, y que el intercambio de productos, que era simplemente de 23.867.913 pesos oro en 1890, ha alcanzado en 1907 la magnífica cifra de 82.234.226 pesos oro, ó sea más de 411 millones de francos. Ninguna nación presenta ascensos tan rápidos en las cifras de su comercio. En 1908 hubo un descenso de algunos millones; pero, en cambio, hubo un nuevo y considerable aumento en 1909. En este último año, la importación de productos alemanes fué de 44.555.770 pesos oro, y la exportación de productos argentinos á Alemania alcanzó á 41.353.332 pesos oro, formando un total de 85.909.102, ó sean 429.545.510 francos. El aumento en menos de veinte años ha superado el 300 por 100, tanto en la importación como en la exportación. Es algo que admira y sorprende, porque no tiene casi precedentes en el comercio universal.

Alemania, por consiguiente, es, después de Inglaterra, el mejor cliente de la República, con la circunstancia favorable de que su intercambio está más equilibrado que el de cualquiera otra nación, pues el ascenso sigue una marcha paralela, tanto en las importaciones como en las exportaciones.

Los alemanes tienen en la Argentina dos Bancos importantes, Compañías de navegación de primer orden, una Compañía de electricidad que tiene á su cargo casi exclusivo la iluminación, la tracción y la fuerza motriz eléctricas de la capital de la República, y han fundado fábricas de extracto de carne, de extracto de quebracho, colonias, estancias y otros establecimientos no menos importantes. Débese á una Compañía de navegación alemana, la Hamburgo-Sud-Americana, una gran parte del incremento que en los últimos años han tomado la población y las explotaciones agrícolas en los territorios del Sur, porque en 1901, demostrando confianza en la vitalidad del país, estableció una línea de vapores grandes y cómodos, cuando el hacerlo era arriesgado y atrevido por los escasos habitantes y no menos escasos recursos de aquellos territorios. En ellos han hecho y siguen haciendo flotar además el pabellón nacional. El capital alemán ha tomado ya parte en algunos empréstitos argentinos, y promete un concurso aun mayor para lo futuro; y es sabido que los alemanes han fundado y mantienen su hospital, como las colectividades más numerosas; que su prensa cuenta con dos periódicos, y que dan prueba de vitalidad en cuantas ocasiones es necesario, igualando y aun superando por más de un concepto á los ingleses, porque ellos también realizan las cosas más grandes, las conquistas más importantes, en el silencio, con la mayor seriedad, sin los ruidos atronadores que hacen y los elogios desmesurados que con tanta facilidad se tributan á sí mismos los pueblos latinos.

Así proceden los retrasados en la colonización, y es de esperar que á estas horas ya se habrá enterado el honorable M. P. Leroy-Beaulieu. No hay por qué repetir lo dicho ya

por mí, respecto del influjo militar y cultural alemán en Sud-América.

Este proceder de los capitalistas alemanes envuelve una lección bien elocuente para los capitalistas españoles, incapaces de iniciativas que no tengan el amparo de grandes privilegios. Los alemanes, muy prácticos para la vida de negocios, saben muy bien que en los países coloniales el dinero tiene más valor, el interés es más alto, la concurrencia menos aguda, y se lanzan dejando el país viejo, en donde todas estas cosas se dan á la inversa, en busca de horizontes más amplios, formando estridente contraste con otros inmigrantes en la Argentina que, como casi todos los españoles y la gran parte de los italianos, llegan acosados por el hambre.

En España, el capital necesita de grandes remuneraciones ó de la seguridad que dan los préstamos al Estado. Quebraderos de cabeza, pocos. Si se ha de dedicar un capitalista á una industria, no se lanza si antes una ley ultraproteccionista no le ampara. Y es, por otra parte, de notar, que el capital español emigra. Para 1910 se calculan en 500 millones el montante de los capitales emigrados, siguiendo muchos de ellos el camino de Inglaterra. Piensen los españoles lo que representaría para España la inversión de la mitad de esos capitales emigrados á tierras viejas, efectuada en tierra argentina. Renuncio á describir cuadros futuros; me basta para mi propósito señalar el ejemplo y los resultados conseguidos por los adinerados alemanes en la Argentina.

VICENTE GAY,
Profesor en la Universidad de Valladolid.

LA NOVELA PICARESCA EN ESPAÑA

Las novelas de pícaros: sus orígenes y medio ambiente más antiguo.

Las novelas de pícaros que florecieron en toda Europa al despertar del Renacimiento, encontraron su desarrollo primero y más característico en España en el género novelesco del llamado *gusto* picaresco. Pero después de vagabundear en la propia patria, el pícaro español que vió la luz primera en las orillas del Tormes, se naturalizó por todo el universo, en Francia, Alemania, Holanda é Inglaterra. Adondequiera que llegó, sus proezas y los relatos destinados á conmemorarlas se fueron modificando más ó menos, según el genio de la nación y el talento de los intérpretes. El exquisito espíritu francés, aplicando sus energías al cultivo de este tipo, llegó á producir, después de un siglo de cuidadosos ensayos, el uso de lo más perfecto, aunque amalgamado, del *Gil Blas*. Los alemanes, que habían experimentado durante la guerra de los treinta años desórdenes parecidos á los que en la Península habían invitado de hacía mucho á ciertas personas á observar la vida, encontraron en Grimmelshausen un escritor de talento suficiente para injertar la rama española en el tronco teutónico. Los holandeses, á ejemplo de los franceses, y merced á sus relaciones políticas, produjeron un Nicolás Heinsius, el Joven; y los italianos, menos originales en esto que en otras cosas, se contentaron con trasplantar á su lengua el tipo español primitivo.

Pero al paso que toda la Europa continental permanecía fiel al tipo primordial, la Inglaterra, después de algunas tentativas sin provecho, desenvolvió un tipo peculiar suyo, determinado por condiciones nativas, como lo había sido el español. No era tan entretenido ni de tanto influjo como él, pero se identificó con los comienzos de la tercera y última fase de la evolución del género novelesco—la novela de carácter. El abismo que existe entre los relatos antiguos con finalidad en sí mismos y la moderna narración de la vida de costumbres, se salva por medio de las novelas picarescas que llegan de España á Inglaterra. Dondequiera que aparecieron señalaron un progreso seguro hacia la novela moderna. Así es que hay que descubrir en ellas, no sólo las trapacerías y proezas de vagos y aventureros, no ya la pintura vigorosa y antigua de las costumbres y de los tiempos, sino también el crecimiento orgánico de la literatura novelesca actual.

Aun cuando el cuento picaresco (1) es connatural con España, sus elementos han existido de muy antiguo y en todas las literaturas. Las novelas griegas han hecho uso de piratas y ladrones con indefectible regularidad. En ellas las figuras capitales eran jefes de tierra y mar, aunque como picarescas no ostentaran carácter ó mérito especial; porque en la novela griega, apropiada á vivir otra vez únicamente en el género heroico de los Gomberville, Calprenéde y Scudery, hasta los mismos pícaros eran héroes, no antihéroes. La comedia plautina había ofrecido un avance más hacia el ideal de la novela picaresca española en el *Epidicus*, *Mostellaria* y *Persa*, con sus esclavos marrulleros y sus parásitos de la escena clásica que ofrecen alguna semejanza con el pícaro que vive merced á su ingenio. Encolpio, en el *Satiricón* de Petronio, ha sido salu-

(1) *Picaresco:* lo que pertenece ó atañe á los pícaros, del español *picar*, pinchar ó pellizcar; *pícaro, pinche, granuja,* etc., vienen á ser sinónimos.

dado como precursor de los pícaros españoles (1), y el hecho de que la mayor parte de los autores de novelas picarescas hayan sido clasicistas y de que haya tenido boga especial el libro de Petronio durante los siglos XVI y XVII, indica para algunos la existencia probable de un nexo entre el *Satiricón* y las novelas picarescas. Mas las aventuras vilísimas de la voluptuosidad decadente ó los excesos del festín de Trimalción, tienen poco de común con las hazañas de los míseros pinches. El *Asno de Apuleyo*, al cambiar tan frecuentemente de amos, ofrece analogía más íntima con el pícaro y sus vicisitudes que cualquiera otro tipo clásico; y, sin embargo, Lucio, el hombre escondido bajo la piel de un asno, no era un pícaro; era, más bien, víctima de su mala suerte y de su propia curiosidad. Concediendo, empero, que no haya natural picaresco en el héroe, el *Asno de Oro* puede considerarse como importante modelo de novela picaresca. Sin contar con el hecho de que muchos de sus incidentes se incorporaron á las novelas españolas y á sus derivadas, esta composición proporcionó, sin duda, á las primeras narraciones picarescas la idea esencial de describir la sociedad mediante la narración de una persona que, al pasar del servicio de un amo al de otro, suministrara ocasiones para ejercitar la observación y la sátira. El método de Petronio se ve fielmente copiado hasta en la inserción de anécdotas é incidentes extraños, siendo demasiado fuerte la semejanza en su conjunto para que se la pueda considerar como puramente casual. En el curso de la mayor parte de las novelas españolas, recibe, por otra parte, honrosa mención el *Asno;* y la *Pícara Justina* se lo propone expresamente como uno de sus modelos.

Pero si Apuleyo ha dado la idea de la forma á la novela picaresca, el contenido fué un desarrollo lento é independiente de la vida de la Edad Media. Antes de levantarse hasta la no-

(1) Jan Ten Brink, *Eene studie over den Hollandschen schelmenroman der zeuentiende eeuw,* Rotterdam, 1885: «*Encolpius... schijnt de eerste vroolijke picaros te zijn, wegbereider van Lazarillo Guzmán, Pablo, Gil Blas, Estevanillo en Mirandor.*»

vela, estos siglos han producido ciertos catálogos y clasificaciones de gentes y sucesos, de que pueden ofrecer ejemplo el *Dit sur les états du monde,* ó la *Danza de la muerte,* en que las clases de la sociedad van desfilando, según su jerarquía social. Aquí se presentó ya ocasión para describir las clases y condiciones del mundo, al danzar la Muerte con el Papa, el Emperador, el Rey, y así sucesivamente, hasta llegar á la ínfima categoría social. Los nuevos relatos de observación se aprovecharon de estos esquemas escolásticos, revisando las diferencias de linajes, y señalando los rasgos de todas las profesiones desde el observatorio del sirviente. El *Roman de Renart*, asimismo con sus mascaradas y atrevidas parodias y su protagonista bribón el Zorro, adelantó un largo trecho en preparar la llegada del pícaro. Estos animales, Renart, Ysengrin, Tibert y demás, eran caracteres individualizados, actuados por motivos humanos, por entre los cuales se transparentaba la tontería humana; no era Renart el único bribón entre ellos, sino á lo sumo «el más redomado». El fraude y el engaño se glorificaron irónicamente; ninguna clase social se libró de sus ataques, y el espíritu caballeresco vió en esta sátira un enemigo. Inagotablemente jovial y sin consideración por nadie en la sátira, el *Roman de Renart*, que no perdonaba al *villain* más que al *chatelain*, se señaló por su simpatía con el antihéroe, y de él descendió hasta la novela picaresca, presentando en ella quizá el mejor dechado de la evolución de la picardía.

En las primeras fases de la novela de pícaros, la atención se limitó á enfocar menos al actor que á la acción: en consecuencia, las hazañas propias de pícaros rellenaban todo el cuadro. Estas acciones fueron trapacerías, artimañas y fraudes; y desde tiempo inmemorial han existido listas de ellas como parte de la provisión de cuentos populares. En gran número presentan ejemplos de esta clase los *fabliaux* y las *novelle* italianas, en las que aparece un estilo particular y anecdótico, aplicado exclusivamente á reseñar las artimañas que determinada persona ha empleado con otra. El *fabliau* de los

tres ladrones, de Juan de Boves, ó los *Ciegos de Compiègne*, de Courte-Barbe, eran episodios admirablemente dispuestos para acomodarse en la novela antiheroica, como lo fueran muchos de la *Gesta Romanorum* y algunos de las *Cento novelle antiche*. Massuccio, Straparola, Sacchetti y Cinthio proporcionaron incidentes de interés vivísimo, que más tarde se incorporaron á las novelas de pícaros, y la serie de burlas que experimentó Calandrino en manos de sus artistas hermanos, Nello, Bruno y Buffalmacco, en los días octavo y nono del Decameron, eran esencialmente del género picaresco. Además, al lado de estas marrullerías de que hemos hecho mérito, han dado las *novelle* á la novela española y sus descendientes una hueste de ingeniosas astucias y de situaciones trágicas.

Antes del nacimiento de la novela de pícaros, sin embargo, empezaron á robustecerse aisladamente á expensas de otras no pocos relatos agudos, que se fueron enhilando luego como cuentas del collar anecdótico á lo largo del hilo que ceñía á un personaje único. Estas agudezas y astucias sugirieron como eslabón conectivo al autor de ellas. Llevó el nombre de alguno que quizá existiera realmente y ganara reputación de astuto y hábil en el disimulo. Aun cuando, por el pronto, el hecho de su existencia actual se tuviera poco en cuenta y se le sustituyera por un nombre fingido. Luego, de las acciones que obrara fué surgiendo el actor mismo gradualmente; y esta correlación de astucias llegó á alcanzar su desarrollo máximo y más antiguo en Alemania, sin dejar de operarse este proceso en otras partes. En el *Pfaffe Amis*, de Der Stricker, y en el *Til Eulenspiegel*, de Tomas Murner, el pícaro del cuento empezó á alentar, si bien no lograra por mucho tiempo aventurarse á compartir porción igual de la atención que se dispensaba á sus acciones, y menos hacerlas servir al interés del protagonista. El *Schwänke* y el *Volksbücher* eran cuentos picarescos en embrión. Celebrábase en ellos á los bufones de los príncipes alemanes en verdaderos libros picarescos, como el *Salomon und Markslph*, de Gregorio de Hayden, y el *Narrenbuch*, de

Von der Hazen. Aparecía en ellos el diablo planeando travesuras, disfrazado con los hábitos de un fraile, como en el *Bruder Rausch*, y utilizaban á Esopo como á personaje principal de una biografía á lo pícaro en la obra de Heinrich Steinhöwel. Al comenzar el siglo XVII había, pues, en Alemania un florecimiento de relatos populares fuertemente amalgamados en lo que podían serlo con los últimos relatos españoles. Pero los héroes del *Schwänke*, en su mayor parte equivalen solamente á la suma total de las picardías por ellos obradas; y al paso que se evidencian las sátiras contra los engaños del mundo y la enemistad á la Iglesia, la observación de la vida era meramente incidental, y no como en España el objeto preferente. *Til Eulenspiegel*, que es el mejor ejemplar de su clase, y cuya primera edición apareció en 1519, saqueó á manos llenas y sin escrúpulos á sus predecesores; pues la única modificación que hizo de las ingeniosidades adecuadas, consistió en agruparlas en torno á la mocedad de Til, y las apropiadas á su enfermedad y muerte, y entre estos dos extremos pasar ordenada revista á sus añagazas obradas ante los soberanos, y sus estratagemas contra eclesiásticos, artesanos, aldeanos y mesoneros. No había conexión entre unas y otras, ni esmerado estudio de las costumbres; con todo, puede, en fin de cuenta, esta obrilla considerarse como lo más cercano que hay á la novela picaresca anterior á la aparición del *Lazarillo del Tormes*. Entre una y otra existía, á la verdad, enorme desemejanza, pues el antihéroe español había ya emergido de entre sus acciones como carácter distinto en un ambiente real é interesante, al paso que el antihéroe tudesco era no más que un nombre, el recuerdo del pícaro tradicional, desaparecido hacia la mitad del siglo XIV; pero al cual se le venían atribuyendo arbitrariamente astucias ingeniosas, allegadas de una y otra parte.

Desarrollo análogo, pero más tardío, promovió en Inglaterra el famoso Scoggin, conocido con el título de *Geystes of Skoggon*, en 1565-1566, y atribuído á Andrés Borde; siguiéndole en su carrera los *XII Mery Jests of the Wyddow Edyth*, en

1573, por Walter Smith, y los *Merrie Conceited Jests of George Peele*, impreso en 1607, cuyo héroe picaresco murió en 1598. Todos ellos superaron á los libros ingleses ordinarios de entretenimiento en el arte de concentrar las acciones en un sólo pícaro, con las hazañas separadas suficientemente pormenorizadas para que sirvieran como partes de un boceto picaresco cada una; mas decaen al hacer la narración de la vida del pícaro.

Las astucias de John Miller en los *Merie Tales newly inepinted and made by Master Skelton poet laureat*, con licencia en 1566-1567, fueron recomendadas en 1578 por la autoridad de Gabriel Harvey, que las declaraba superiores á las de Scoggin, Eulenspiegel y Lazarillo; pero la colección que las contiene, al igual de otras muchas de Inglaterra, carece de unidad. En Italia, el Salomón y la leyenda de Marcolfo, de origen oriental, que había representado parte principal en Francia, Inglaterra y Alemania, y vestida primeramente de latinas galas, alcanzó su principal papel á fines del siglo XVI en la *Vita di Bertoldo*, de Julio Cesare della Croce; pero sólo después de aparecido el *Lazarillo* cobró fama en España, y en campo muy distinto del de la novela picaresca. Los chistes y sagacidades de Bertoldo y su encumbramiento de simple labriego á privado del monarca, hizo de él más bien un héroe popular, como el inglés Jack de Newbury, que un antihéroe como el pícaro. En Francia, hacia el siglo XIII, un pícaro audaz, Eustache le Moine, había llegado á ser el asunto central de un *Roman* en verso, en que se exponen sus hazañas de ladrón y pirata; y Rabelais, el príncipe de las burlas, dió á los fabliaux un nuevo baño de vida. Su Gargantúa, cuya juventud se había pasado en marrullerías y agudas *baliverneries*, ostentaba no poco del modo de ser de un pícaro.

Añádanse además á las colecciones de agudezas, por una parte y por otra, los relatos de las hazañas obradas por mar y tierra por el histórico Robin Hood, y como cosa ya distinta, los Libros de Mendigos que ocupan importante lugar señalando

el influjo de la constante y detallada observación de la vida picaresca en la literatura. Estos curiosos catálogos de especies de pícaros y sus trapacerías, precediendo ó coincidiendo con la aparición del género picaresco constituyeron sus más preciados auxiliares, y fueron importantes depósitos de materia prima.

El *Liber vagatorum* en Alemania, de 1510, según parece, versificado en 1517, y prosificado por Martín Lutero en Wittemberg, por el 1528, fué la primera obra de este género. Inglaterra siguió con la *Fraternity of Vacabondes*, de John Andley, en 1561, y el *Caveat for Common Cursetors,* en 1567. Esta última fué el fundamento de esa serie de sagacisimos *pamphlets* de Greene y Dekker, que á su vez reviven en el siglo siguiente, en el *English Rogue* y otros relatos análogos. En Inglaterra, como en Alemania, se empieza á hacer gran aprecio del argot de los ladrones, y se hace uso de vocabularios especiales; así como también se observa esto en la colección de Libros de Mendigos, que empieza en Francia con la *Vie genereuse des mercelots, gueuz, et boesmiens,* en 1596. El dialecto germanesco siguió siendo tema más exclusivamente en *Le jargon ou le langage de l'argot reformé*. En la producción italiana, de esta clase, *Il Vagabondo*, de Giacinto Nobili, no se tratan más que treinta y siete órdenes de mendigos cuyas acciones van ilustradas por medio de anécdotas. Los Libros de Mendigos italianos y alemanes no eran más que listas amplificadas, al paso que los ingleses y alemanes muy á menudo adquirieron íntima naturaleza novelesca. Más los ingleses quizá, aun cuando sin alcanzar forma tan definida como la *Vie genereuse* francesa, en la que el cuento sin cuento puede reputarse era autobiográfico y del todo picaresco. En España, Juan Hidalgo, en 1609, publicó sus *Romances de Germanía* con el *Vocabulario por la orden del a. b. c.*, celebrando la jerga de los ladrones, y *Guzmán de Alfarache*, publicado en 1599, incluyó pasajes de la misma calidad que los del *Liber vagatorum* y sus sucesores. Aun más explícito, por lo que toca á la pillería reglamentada, era la *Des-*

ordenada codicia de los bienes ajenos, aparecida en 1619. Esta, de igual modo que la obrita de Hidalgo, puede estimarse como una especie de Libro de Mendigos español, aunque comprendía, por otra parte, un largo loor del hurto y de los hurtadores.

Pero aun cuando la novela picaresca se fuera desenvolviendo de otros ejemplares y obras individuales, como el *Asno* de Apuleyo y las revistas medioevales de las distintas clases sociales que suministraran el plan, y el *Roman de Renart* é historias de forajidos insinuaran la idea de la picardía abstracta, y las compilaciones de trazas é ingeniosidades y artimañas observadas en los Libros de Mendigos proporcionaran ejemplos de burlas y de engaños, la novela de pícaros, con todo esto, se fué más bien desenvolviendo negativamente de la noción del antihéroe. Así como en el drama la máscara, con sus solemnes ceremonias dió nacimiento á la antimáscara cómica, así en la novela el relato del héroe provocó la aparición del pícaro. En las huellas que al retirarse va dejando el héroe de la novela se fué moldeando el antihéroe de la sociedad, el pícaro español. Fué la parodia hecha carne del antiguo héroe la figura central de la ópera bufa. Pero como la observación y la pintura de la naturaleza están íntimamente unidas con su misma manera de ser, el pícaro supuso la aparición de otros antihéroes. Tratóse en un principio en contrastar unos tipos ideales con otros; ahora se perseguía el poner enfrente lo visiblemente real con lo fantástico. Estudiar la vida actual llegó á ser de esta suerte su objetivo, la observación, su método y lo más saliente de la vida ordinaria su asunto, como antes lo de la experiencia imaginaria había sido la materia de sus tipos. Sones discordantes, olores acres, todo cuanto era áspero para el tacto y fuerte para la vista, sedujo á sus autores. No había que esperar refinamiento alguno de sus relatos, ni ninguna otra cosa, más que una perspicacísima observación por instrumento de sentidos agudísimos de todo cuanto sirviera á producirles satisfacción inmediata. De esta suerte era la nove-

la picaresca groseramente real y ordinaria; es más, acusaba poderosamente y de todas las maneras, los elementos más ínfimos de la realidad. Desde el incomparable caballero ó noble, que todo él era perfección, degeneró hasta el ratero desprovisto de gracia. El palacio se derrumbó ante la zahurda; el coso pintoresco, ante el *hampa* de Sevilla; y así como al valor del paladín sustituyó la astuta cobardía del cortabolsas, así la guerra contra los monstruos y los encantamientos sucumbió ante el común conflicto, contra el hambre y la sed. Y en vez de pintarse en su integridad la vida, esta ficción reaccionaria del antihéroe vino á limitarse á un mundo peculiar suyo, del que quedaba excluída la mejor parte de la realidad.

En la forma, la novela de picardía era un retroceso, y vuelta á empezar. El narrar por narrar, sólo había llegado á una forma de reorganización elevada, mediante siglos enteros de cultivo; pero la nueva ficción desestimó la tradición de sus predecesores, y aprobó el tipo más rudimentario de la obra literaria. Su unidad era una unidad inferior, no la del tiempo ó la del lugar, sino la de identidad del héroe. Podía vagarse hasta lo infinito, podía consentir y consintió interminables adiciones. Estas se desenvolvían de la propia narración del héroe, como el procedimiento más sencillo y natural de exposición, y como no podía hablar de su muerte misma, se aseguraba por este medio prenda cierta de inmortalidad. El único escollo que su charlar podía tener, era el que su auditorio se negara á seguirle escuchando. Su falta de forma y de medida se fueron acentuando, á causa de la atención inmerecida que se dispensaba á las menudencias, y aun en las mejores muestras de novela picaresca se perciben faltas imputables á esta falta de simetría y unidad en el plan.

El espíritu de la historia del antihéroe era por necesidad satírico y corrector. Pintábase el mundo de la actualidad como cosa atacable, por más que en él encontremos ahora mucho de interesante. Por otra parte, tampoco se libraban de los zarpazos del autor los ideales extravagantes. Cualquiera que fuera

su mérito, las novelas de caballerías y pastoriles eran escritas en serio. El humorismo les era cosa hostil. Tendrían inconveniencias, pero el propósito que en ellas existía era cerrar los ojos ante lo inconveniente. Como graciosos edificios encantados, á la primera carcajada que dentro de ellos resonara, se habían de venir abajo, como Cervantes se encargó después de probarlo. Ya les amenazaba el peligro de las risotadas de fuera, porque la novela del antihéroe se había comprometido á convertir en cómico lo que había sido serio y campanudo; la influencia de la sátira á que estaba sometida, y la de las burlas y farsas medioevales, fortalecieron su impulso cómico, y si al principio no atinó á herir á sus rivales, siempre se albergó en ella la antipatía que había heredado.

De los tres competidores de la novela picaresca que la aguardaban ya á su estación de llegada, se hallaba pronto á hacer frente á la caballeresca y á la pastoral; la *novella* de modelo italiano vino á robustecerla. En las dos primeras, un mundo libre imaginario había de venir á chocar con el de la actualidad ambiente; pero la *novella*, que observaba la vida en sus sencillas realidades, dejó á un lado los viejos expedientes de lo simbólico y de lo sobrenatural. El asunto de la experiencia cotidiana, tenido durante tanto tiempo por indigno de la consideración del artista, había logrado alta estimación al influjo del Renacimiento, que obligó á que se le reconociera; si bien la *novella* italiana no muestra más que el comienzo de este proceso, y no deja patrimonio directo á las narraciones que la siguen. Señalando la línea de desarrollo en que había de triunfar, estaba destinada á no proseguir más allá en su camino, á causa de las limitaciones que la Edad Media le impusiera. En cambio, proveyó al teatro europeo de millares de artificios, y por este medio, y en la forma de intriga, introdujo de nuevo un raudal de narración transformada. Pero *le roman de mœurs*, y, en consecuencia, nuestra misma novela moderna trae su filiación de España y su novela picaresca. En la Península ibérica, la originalidad nativa fué acelerada y no regulada por el Re-

nacimiento. La alegría del vivir, descubierta con él de nuevo, halla su expresión, no en las escuelas, como en Italia, sino sobre todo en el arte. Con la agitación de los grandes acontecimientos y la mezcla y confusión de todas las clases sociales en actividad nuevamente despierta, la rutina de la vida actual suministró la materia para narraciones de la actualidad inmediata, y plegó la atención á ella. Y lo que es aún más de notar, el suelo de la Península estaba singularmente adaptado para el cultivo del antihéroe como tipo literario.

Porque la España del siglo XVI era el plantel de los aventureros. Conmovíala dentro de su mismo territorio una guerra romántica por la fe, contra los moros, que no había cesado hasta la conquista de Granada en 1492, y no paró en ello, sino que se aceleró el impulso aventurero alentado en empresas sucesivas. Las amenazas del Turco en el Mediterráneo y en Oriente habían excitado á los corazones ansiosos á recorrer el Atlántico hasta el Sur y hasta el Poniente, en busca infatigable de descubrimientos. El infiel, apostado antaño en el camino de las Indias, sin ser nunca vencido, se había retirado ahora, y á su antigua atracción se unía la de un mundo más rico que las Indias, otorgado por la fortuna. En ambas Américas había empezado la era del *conquistador*. Hecha la unidad de España, extendió sus brazos por Francia, Holanda ó Alemania é Italia. Con Carlos V, el último y quizá el más grande de los paladines, se dispersaron actividades inmensas, y de Africa al mar del Norte, de Nápoles al Pacífico, se extendió victorioso el dominio español. Acompañaba á esta expansión una fe firme en los destinos hispanos, que por igual compartían las clases elevadas y las inferiores. El entusiasmo patrio impelió hacia las filas de soldados y navegantes á cuantos, sin él no hubieran acudido por estímulo de ganancia; y todas las propensiones se encaminaron á exaltar el valor marcial, con mengua de la actividad industrial.

El feudalismo, que aún sobrevivía en España, después de haber desaparecido en las demás naciones, se desmoronó aho-

ra al peso de las nuevas influencias. En la transición del estado medioeval al moderno, los nobles, el pueblo y las ciudades, al perder las antiguas prerrogativas y fueros, cobraron otros. Ninguna clase poseía conciencia plena de sus nuevas funciones, de lo que se seguía general confusión. Pero según que la nobleza iba perdiendo de su prepotencia, la granjeaban el rey y el pueblo. Aliado natural uno de otro, el tercer estado, emancipándose, buscó el servicio del monarca; y el clero que, gradualmente se iba también divorciando de Roma, púsose asimismo al lado del trono. Los empleos palatinos en sus diversas formas fueron lo único digno de adquisición. De esta suerte, las únicas entradas para hacer carrera fueron la Iglesia, la Administración civil y el Ejército. Los hombres cultos y de talento eminente saludaron el empleo militar, alistándose como soldados vulgares para la guerra. Y hasta los ignorantes y rústicos desdeñaron continuar en el ejercicio paciente de la vida de los negocios. A esto hay que añadir que, con el destierro de los judíos y la creciente y rigurosa persecución de los moriscos, rematados con su expulsión por Felipe III, en 1609, se infirió un golpe irremediable á la labor productora; pues los judíos y moriscos eran las únicas clases que no habían sucumbido todavía, envueltos en el desprecio general por el trabajo.

En tanto que los proyectos militares absorbieron toda energía, premiados con el éxito, las consecuencias lamentables de este estado de cosas no podían apreciarse. Había, es verdad, escasez de comodidades, carestía en la adquisición de lo más necesario; pero la verdadera vorágine que abismó todo no se notó hasta la época en que España entera se lanzó á las conquistas. Y, sin embargo, ya antes del retiro de Carlos á Yuste, la visión de gloria había empezado á palidecer. La prodigalidad interior se veía compensada por las afortunadas adquisiciones del exterior. Con haber sido considerables los pedidos de hombres para la guerra, no habían podido asegurar siempre firme posesión donde iban. El entusiasmo general por servir al rey al són de los instrumentos bélicos había originado

una conscripción que bastó de sobra á rellenar los huecos que pudieran ocurrir. En América, el temor de la muerte no podía afectar sino á los indígenas indefensos. En Europa, por sanguinarios que fueran los combates, no dejaban de atraer gente voluntaria que acechaba el puesto de los que caían, ardiendo en codicia de peligros, para ganar fama, gloria y riquezas. Los empleos militares, de tal manera fueron solicitados, que llegaron á constituir una plaga peligrosa para la sociedad, pues los que fracasaban en sus intentos bélicos rechazaban cualquier otra ocupación. Eran en gran manera holgazanes; á millares los hubo que, en Sevilla y Sanlúcar, no encontrando acomodo en las flotas que partían para las Indias, chasqueados en sus sueños de descubrimientos, prefirieron á toda otra cosa alistarse como soldados para las guerras europeas. La reja y el arado se dejaron en el abandono por los que en aquella sazón no hubieran ya sabido servirse de ellos. Esta aglomeración de gente altiva y descontenta se insolentaba continuamente con los que, habiendo ya guerreado, vueltos á los edictos de la paz, se encontraban sin ocupación. Cargados de botín y arrogantes como conquistadores, trataban de seguir imponiendo su ley prepotente. Por espacio de algunos decenios, en un exceso de celo, había enderezado la España sus energías todas á la prosecución de sus planes de conquista; pero realizado su intento, debía seguírsele su ruina. Los caminos de la paz se habían olvidado, y abandonado las artes de la paz; la riqueza y vida próspera de la nación había sido minada por la fiebre de una ambición insana. Y precisamente en esta sazón, sobrevino una contracorriente de aventureros que retornaban, los cuales habían granjeado espléndida cosecha de oro, poniendo su mano en un momento en los tesoros que siglos enteros habían podido apilar. Estos despreciaron todo camino de las riquezas que no fuera el directo, y lo habían recorrido demasiado rápido para preocuparse de averiguar el valor y los medios de conservar lo adquirido.

Ahora bien; el aventurero fracasado vió en el próspero una víctima propicia. Y el que no se aventuró á salir, no tuvo más remedio, si no quería trabajar ó morirse de hambre, que desplumar al vagabundo engreído, aliviando su conciencia con la consideración cómoda de que el botín debería justamente repartirse entre ambos. Las artes que para ello empleara fueron la adulación y el engaño. Su ingenio suplió el defecto de sus manos. Estudió las añagazas con un esmero que, mejor dirigido, le hubiera granjeado respetabilidad. Y, por rara paradoja, la misma antipatía que sintiera por las ocupaciones bajas ó insignificantes de la vida, la vulgaridad y la humillación le redujo á una sordidez más miserable que la que había tratado de evitar. Nunca se había visto libre España del parásito oficial, el busca-empleos, falto de escrúpulos, cuya vida se pasa en los ministerios y en lamer las pisadas de los grandes. En los *catariberas* del satírico se juntan estos ladroncillos hozadores, contentos momentáneamente con la sopa que les arrojan, pero insaciables en sus demandas más y más. Estos pícaros, superficialmente corteses, reflejaron al punto los fraudes practicados por los más animosos de esta casta improductiva. Desde la corte á la zahurda, la verdad se subordinó á la diplomacia, la intriga y la marrullería dominaban enteramente, la gente vivía al día, y el espíritu caballeresco que habla en los viejos romances y encarna en Carlos V, no tiene ya otra aplicación, en tiempo de su hijo, que convertirse en picaresco. La línea del horizonte ha empezado á abreviarse, y el campo de las hazañas aventureras disminuyéndose más y más. Donde Carlos había sido magnífico, efusivo, Felipe era tétrico, frío. Al paso que Carlos había blandido la espada, el arma de Felipe era la pluma, y los baluartes que aseguraban su defensa, montañas de papel oficinesco. El padre había sido caudillo é inspirador de hombres; el hijo era un burócrata. Mas, con toda su omnisciente burocracia, es lo cierto que el país se iba quedando ya sin sus mejores hijos, y los recursos se iban por completo agotando. Y no sólo esto, sino que su insensata legisla-

ción de tal manera le ataba y tullía, que impedía el concurso natural de sus energías.

La gente del campo, que había permanecido fiel á su vocación contra las reducciones de riqueza fantástica, en lugar de recibir recompensa, no otra halló que la opresión. Tributación más onerosa se impuso al labrador frugal que al aventurero malgastador. Sus cosechas habían de quedar á disposición de las exigencias del Rey, y lo poco que se le dejaba no se le permitía si no lo hacía á cierta distancia. Cohibido con restricciones tan fatales, obligado á encontrarse cara á cara con la miseria, desconsiderado y menospreciado, ¿qué tiene de particular que el cultivador honrado, el fabricante, el mercader lucharan en bien desiguales condiciones? Algunos hubo que porfiaron; pero por su mayor parte el cultivo del campo quedó abandonado, el desierto invadió las campiñas, antes cultivadas y con haber sido España la envidia de los países vecinos por sus copiosas riquezas metálicas, pasó á ser la más pobre de todas, por lo que toca á las más apremiantes necesidades de la vida ordinaria. La falta de pan era la pesadilla de la nación. El hambre, «la calamidad española», como tema que ocurre á cada paso en la novela picaresca; y el carácter de la gente, nunca demasiado benigno, se hizo empedernido ante los golpes reiterados del infortunio real.

Con Fernando é Isabel, el ideal del Gobierno había sido la unidad política basada en la unidad religiosa. La Inquisición hubo de ser instituída para asegurar aquella primera unidad imponiendo la otra. Los infieles, que habían experimentado los primeros asaltos de esta terrible máquina, debieron alegrarse como vengados al ver cómo se volvía contra el mismo pueblo español, en cuyo amparo se creó. Ella alimentó cierto sentido de desconfianza, de ferocidad y perfidia, donde antes no se veía sino docilidad y buena fe. Los procedimientos eran los más propios para divorciar la creencia en la franca justicia, para inspirar subterfugios y quebrantar la familia y la sociedad. Felipe II, el monarca que todo lo veía sin ser de nadie visto,

empleaba en el Gobierno político el mismo sistema que la Inquisición había adoptado para asegurar la dominación religiosa. La vigilancia, el secreto, el complicado espionaje se encontraban donde quiera en vigor.

El individualismo en la lucha ofensiva que el soldado de á pie desarrolló cuando la introducción de las armas de fuego dió á la infantería tanta eficacia en la acción como nobleza á la caballería en la defensiva al tener el ciudadano privado que defender su palabra y su persona tan rigurosamente como el hidalgo. Cada uno fué para sí y el diablo en pos de todos. Y este individualismo arrollador, padre del egoísmo, se juntó con el fatalismo que provenía del contacto secular con los moriscos, favorecido además con la crueldad y la indiferencia ante el dolor ajeno, rasgo peculiar de la vida y de la literatura española.

La compasión desapareció, aunque su sombra persistía en la conducta que se observaba con los mendigos. Estos, por su parte, pudieron superar á sus colegas italianos. Su número era legión, y, como en Italia, se congregaban ante las puertas de las iglesias y monasterios. Se les veía en tropel por los caminos, de ciudad en ciudad, cantando sus plegarias. Así vivían, y aun cuando nunca les fué ajeno el hábito del robo, eran, ante todo, recipientes de caridad. No hay duda que la misericordia entraba, en gran parte, en el arte de dar limosna, pero, por lo general, era fruto de un sistema particular. Según que el poder militar iba decayendo, se ensanchaba y crecía el eclesiástico. Por toda la Península, cerca de unas diez mil casas religiosas repicaban todos los días las campanas, mañana y tarde; millares y millares de hombres y mujeres pasaban sus vidas en devoción allí, viviendo unos, de su fortuna privada, otros, los más, de piadosas liberalidades. Ellos también eran de la clase no productora, y un lazo de simpatía los unía con los mendigos, lazo á que daba más fuerza la institución de órdenes mendicantes, alentados constantemente con la promesa de ser galardonados por la asistencia que se les dispensaría en sus nece-

sidades. «Pobres, siempre los tendréis con vosotros», era la frase que ellos alegaban; había además cierta satisfacción de casta en obrar así. Ellos—los frailes y las monjas—eran los elegidos para traer la salvación eterna, una de cuyas condiciones era la caridad. El oficio del pobre dentro de su misma indigencia era proveerse de ocasiones para cumplir tal condición. A la verdad, considerábase como dón casi providencial el que no faltaran nunca pobres, porque, de otra suerte, ¿cómo conseguir las bendiciones perdurables? Los monasterios eran centros caritativos. Los mendigos y vagabundos no habían de padecer necesidad de esta manera, al paso que el pícaro y el hidalgo, con todo su orgullo, sí. Las enfermedades de los infortunados se miraban como visitas de lo alto y castigos por los pecados, del mismo modo que condenaban las tribulaciones de Job sus amigos. Había, pues, más de censura que de misericordia para el desgraciado, pero el socorro que se le prestaba tendía no tanto al beneficio temporal como al eterno beneficio del que lo prestaba. A pesar de los edictos reales prohibiendo el abuso de las limosnas, el ejemplo é influjo de los monasterios prevaleció entre las multitudes, y más entre aquella gente que se veía reducida á ello por las circunstancias. Estas eran ya tan incómodas que era menester colocar sus esperanzas de alivio en una vida futura, y, para ello, se privaban de buena gana de alguna satisfacción de esta. Además, no tenían que temer que el rey les confiscase sus riquezas por su desobediencia. Por su parte, los ricos y afortunados encontraban lo actual lo bastantemente aceptable para no tener que preocuparse seriamente de un futuro problemático. Conformarse con la voluntad real les era fácil, y concedían sus dones á los pícaros aduladores, mejor que á los que mendigaban. Pero unos y otros dispusieron siempre de un vasto campo en que alentar sus aficiones. En España todo favorecía la mendicidad y la vagancia, empezando por la conveniencia que ofrecía este sistema de caridad egoísta y acabando porque el clima mismo se adaptaba á la vida callejera. Esto explica también

que, siendo la proporción de hijos ilegítimos muy considerable, fuera tan raro el infanticidio, siendo en su lugar frecuente el abandono de la prole; estos niños abandonados se juntaban en bandas para sus rapacerías juveniles, nutriendo luego las filas de los pícaros adultos. De ello provino tal escándalo que, en 1552, hubieron de llamar las Cortes la atención sobre esto, pidiendo que se nombraran determinados funcionarios que se encargaran de facilitar trabajo á estos pícaros precoces que vivían en pleno salvajismo.

Los gitanos también, que habían entrado en Europa á principios del siglo XV, habían invadido el Occidente con increíble celeridad. De Bohemia habían pasado á Alemania, Suíza y Francia, encontrándoseles en París en 1427. La oposición que se les hizo en Francia, así como su espíritu desasosegado, detuvo su irrupción, volviéndose muchos de ellos á Bohemia y pasando á las soleadas tierras de España. Aquí encontraron un cielo, un país y una gente singularmente acomodada á sus gustos y aficiones. También ellos eran casta improductiva, á quienes nada debía la naturaleza en su aderezo. Todo lo tomaban según lo encontraban, cosechando donde otros sembraron, y no cuidándose para nada de sembrar ellos. Un solo oficio practicaban; en efecto, como hermanos bastardos de Vulcano, eran, generalmente, herreros. El estruendo de sus fraguas llenaba por las noches el silencio de los parajes solitarios. Pero más generalmente se dedicaban al tráfico de las caballerías, á la quiromancia y á engañar á las gentes. La Inquisición no les molestó nada; no merecían que se les hiciese caso. Si los judíos y los moros habían sido atacados con crueldad, tuvo la culpa de ello la avaricia y la envidia, pues superaban á los españoles en cultura y riquezas; pero los gitanos no ofrecían motivo que atrajese la atención de los defensores de la fe. Como de común acuerdo se desparramaron desde las puertas de los Pirineos, sin que persona lo impidiera, por Valencia, Murcia, la Mancha y Castilla la Nueva, si bien encontraron el verdadero asiento de sus correrías bajo el cielo de Andalucía. Para

el español pasaban por egipcios; para el moro no eran otra cosa que *charamí* (ladrones).

No se fijó el Gobierno, hasta 1499, en esta pestilencia que se había entrado profundamente en la Península. En un bando de dicho año, dado en Medina del Campo, los Reyes Católicos ordenaban á los gitanos que abandonasen su vida nómada y buscasen amos á quien servir, so pena de extrañamiento en el término de sesenta días. En 1539, Carlos V, en Toledo, añadió la pena de seis años de galeras á los que desobedecieran el susodicho bando; y Felipe II, desde Madrid, en 1586, confirmando las órdenes anteriores, exigió que sus transacciones comerciales se registrasen con sus nombres. Pero medidas tan hostiles produjeron poco ó ningún efecto en los gitanos. Eran como el azogue, incapaces de sujetarse bajo la mano del legislador. El siglo XVII, en las provisiones que á ellos se refieren, muestra una severidad progresiva, que no otra cosa prueba sino la ineficacia de cada una de las medidas anteriores. En 1619, Felipe III los desterró á todos, dentro del término de seis meses, bajo pena de muerte; permitiendo, sin embargo, se les acogiera en las grandes ciudades los que quisieran quedarse, renunciando á su lenguaje, nombre y vestimenta. En 1633, Felipe IV prohibió todo trato con ellos, instituyendo considerable multa por sus bailes, é imponiendo la observancia de la religión cristiana. En 1692, Carlos II prohibió se juntaran en un solo barrio, y el que vendieran bestias sin el sello del notario, y el que se dedicaran á ocupación cualquiera, salvo el cultivo de la tierra. Finalmente, en 1695, el mismo monarca amplía estas medidas que castigaban la vagancia, impidiéndoles su oficio de herreros y la posesión de bestias. Esta legislación, bien intencionada, aunque fútil, continuó durante el siglo XVIII; pero el antiguo alegato de Sancho de Moncada, en que apremiaba á Felipe III para que expulsase á esta gente, como se había hecho con los moriscos, no pudo prosperar nunca. «En todas partes se les tiene por famosos ladrones, y en lo tocante á esto, hay escritas cosas maravillosas.» Mas si

se acepta el testimonio de las novelas picarescas entre las cosas admirables que acerca de gitanos se escribieron, conclúyese de ellos que su relación con los pícaros era más bien de yuxtaposición que de entreacción. Sus procedimientos eran casi siempre los mismos. La ganancia fraudulenta fué el blanco de sus aspiraciones y el embuste su arma. Pero los gitanos no tenían valor individual, ni les animaba el espíritu caballeresco que brilla á través de los harapos de los más viles pícaros españoles. Eran de raza bien distinta, de una esfera ínfima é incapaces de vastas concepciones, aun en la acción picaresca. Llevaban vida común sin afiliarse con los pícaros más que con el resto del mundo, y cuando la novela picaresca los presenta aparecen como enemigos ó indignos rivales suyos. Pero el gitano desempeña su papel entre los pícaros con más ó menos vivacidad, por lo que contribuye á sostener el desorden imperante. Bandas de gitanos, confiadas arrogantemente en la fuerza numérica, saqueaban el país de cuando en cuando, siendo necesaria la intervención de tropas para sojuzgarlos. Acusábaseles de emponzoñar las aguas y los ganados, aprovechándose de las plagas que causaban para saquear las ciudades, cuando la resistencia era escasa (1). A ellos se les atribuía, así como á los moriscos, la desaparición de niños robados para venderlos como esclavos en Berbería. Fuera ó no cierta la opinión que sobre ellos tenía el vulgo, no se puede dudar que los gitanos eran el elemento más inútil de una inútil sociedad.

Felipe II, cuyos éxitos nominales en la administración interior vió neutralizados por sus fracasos reales en el exterior, suscitó, á causa de su intolerancia religiosa, una tempestad de protestas en Holanda que dió al traste totalmente con el prestigio de las armas españolas. Después, en sus proyectos hostiles á Inglaterra, había enviado la Armada á su destrucción, y, por lo que respecta á Francia, había visto muertas sus espe-

(1) Así en Logroño: Véase Francisco de Córdova, *Didascalia*, Lugduni, 1615, cap. 50, pág. 405.

ranzas con el advenimiento de Enrique IV al trono. Así es que, al inaugurarse el reinado de Felipe III, España había perdido la fe en sus fuerzas por mar y tierra. El cumplimiento de la ruina industrial del país siguió en breve con la expulsión de los moriscos, á quienes se dictó un plazo de tres días. Otros errores, resabios de la economía politica medioeval, dieron también sus frutos. La concentración de artículos no guardaba la menor proporción con la riqueza natural. Los precios eran fabulosamente altos. La única exportación era de materia prima, pues en artículos manufacturados fué España enteramente tributaria del extranjero. Onerosas contribuciones, levas y empréstitos se hacían cada vez más necesarios. Ya en 1573 y 1574, debía Felipe II á los mercaderes genoveses y españoles 37 millones, con interés de 22 por 100, que se negó á pagar más tarde, pues se le expuso fundadamente que el contrato, por la parte de los comerciantes, era «contra la caridad y la ley de Dios, y que si no se procuraba remedio, al cabo de un año no le quedaría un real para su sustento». Sir John Smythe, enviado por la reina Isabel para examinar las condiciones de la Península, en un trabajo cuidadosamente elaborado, en que investiga el debe y el haber de todo el reino, concluye que «poco es lo que pueda quedar al fin del año para un rey tan poderoso como el de España, toda vez que sus gastos son inmensos y sus reinos están tan diseminados» (1). Se puede apreciar bien la gran necesidad de dinero que padeció Felipe II, en el hecho de haber sido confiscado por cinco años consecutivos todo el oro traído de las Indias.

De esta manera pronto se inició la decadencia. El español, orgulloso y holgazán antes, se confirmó en su aversión al trabajo. El cardenal Navagiero, en comisión del Papa, recorrió España en 1524, y en sus relatos declaraba, acerca de este pueblo, que «no era industrioso ni frugal, ni gustaba de trabajar

(1) Sir John Smyte, Ms., Lambeth Palace, 1577. En esta obra se examina el pleito de los genoveses con gran detalle.

la tierra. Sino que eran los españoles inclinados á otras cosas, y preferían ir á la guerra ó á las Indias en busca de fortuna» (1). Pero ni las Indias ni la guerra eran ya el recurso seguro que habían sido en otro tiempo, y Sevilla que, por el escape de tanto aventurero, le pareció al cardenal abandonada por sus habitantes y casi en manos de las mujeres, hubo de ser repoblada, en parte al menos, por los más selectos pícaros del reino. Los *valientes* formaban una clase aparte. Había llegado á ser moda entre los caballeros, para evitar manchar sus manos ó exponer sus personas en conflictos con sus adversarios, alquilar un bravo para que ejecutara su venganza. Esta se cumplía dejando el honor satisfecho mediante un precio convenido, y el asesinato pagado, arte refinado que se importó de Italia y hubo de prosperar. Los ministros de la justicia eran impotentes para suprimir semejante organización de bravucones, y las componendas entre los soplones y los pícaros tenían lugar con no escasa frecuencia. La justicia se dejaba corromper por completo, llegándose á mitigar el rigor de las más duras sentencias mediante un leve soborno. Cuadrillas de salteadores, reclutados en las sierras, campaban por sus respetos á despecho de la Santa Hermandad, y no restaba otra seguridad á los viandantes que el reforzar su potencia numérica. Un siglo después de las observaciones de Navagiero, el mal se había acrecentado en tales términos, que Pedro Fernando Navarrete, en su *Conservación de monarquías y discurso político sobre la gran consulta que el Consejo hizo al Sr. Rey Don Felipe III*, exclamaba: «Atravesad los campos, antes fértiles; veréislos cubiertos de cardos y de abrojos, porque ya no se encuentra quien los cultive. La mayor parte de los españoles no hacen cosa; los unos so pretexto de nobleza, otros porque prefieren mendigar. Las calles de Madrid ofrecen singular espectáculo. Hállanse henchidas de vagabundos y haraganes que pasan el día jugando á los naipes, aguardando la hora de la

(1) *Il viaggio fatto in Spagna et in Francia*, etc. Venetia, 1563, p. 25.

comida á la puerta de los conventos, ó se salen al campo á saquear las viviendas. Y, lo que es peor, no es ya la vida de holganza que han adoptado, sino el que las plazas verbenean de aventureros y vagos, cuyos vicios corrompen las ciudades y pueblan los hospitales.»

Por estos tiempos pareció inaugurarse en España la era de las famosas imposturas. El pastelero Gabriel de Espinosa, que en 1595 pretendía pasar por el Rey Don Sebastián de Portugal, volviendo á sus dominios, diez y siete años después de su derrota y muerte á manos de moros en Africa, fué uno de los más pintorescos impostores. Llegó á engañar á la Princesa Doña Ana de Austria, á la sazón monja, y tuvo por cómplice un clérigo, Fray Miguel; pero al fin pagaron entrambos su acción en la horca, en la Plaza Mayor de Madrid, mientras la Princesa y sus doncellas fueron encarceladas y condenadas al retiro y silencio de un convento. Como otros impostores, el pastelero rey fué celebrado en folletos contemporáneos; suministró asunto á una comedia, y aun había de servir, en 1835, este nuevo Perkin Warbeck español, de protagonista para una novela. Alonso Pérez de Saavedra adquirió, en plazo relativamente breve, renombre en el mismo reinado como falso nuncio del Papa, y á más de ser interesante su historia, por los lances dramáticos en que abunda, su autobiografía salió «escrita de su propia mano izquierda, por habérsele cortado, en castigo de su falsedad, la derecha». La credulidad de los tiempos hizo asimismo de la pseudo-ciencia campo de provecho en que ejercitar las artes del engaño. Juan Arias de Loyola y Luis de Fonseca Coutiño, que pretendían haber hallado el punto inmóvil en 1603, y Lorenzo Ferrer, que embaucó á infinitos con los embustes de sus alquitaras y esencias, hasta que se vió obligado á huir, en 1609, eran no más que ejemplos de esta numerosa clase de pícaros demasiado frecuentes. La austeridad moral que en otras partes introdujo el Protestantismo, tratando de reavivar la primitiva sencillez de la Iglesia, fué combatida aquí por la Inquisición con éxito. Así se vió Espa-

ña en el siglo XVII obligada á purgar los yerros del siglo antecedente.

Mas en las artes y en las letras fué aquél glorioso período para España. Así como la novela caballeresca florecía cuando la edad de la Caballería había decaído, así la floración literaria del primer tercio del siglo tenía lugar cuando la raíz y el tronco del organismo social adolecían. Cervantes, cuyos padecimientos, privaciones personales, cautiverio y decepciones eran testimonio vivo de un conjunto de calamidades nacionales, templaba en ellas su sátira patriótica. Como en los días heroicos se había hablado de Guzmán el Bueno, así en esta época de los antihéroes el más menguado picaruelo se convertía para él en Cortadillo el Bueno (1). El genio sublime de Calderón podría entonar lamentaciones por la decadencia del misticismo religioso de su tiempo; pero á la misma pluma que escribió la *Devoción de la Cruz* se debe *El Alcalde de Zalamea*, pintura fiel de una vil soldadesca en conflicto con los antiguos ideales del honor. La religión y la moralidad aparecían divorciadas, y aun en los mismos *Autos Sacramentales* expresó Lope de Vega la perversión de los conceptos populares; pues su San Diego de Alcalá que había robado al despensero de un convento, aparece intacto en su santidad y preservado de la culpa por la conversión milagrosa de su hurto en rosas: por su parte, el *Imposible vencido*, de Moreto, nos muestra á un sacerdote acuchillando celoso al galán de su manceba. La extravagante generalización de Sismondi sobre la literatura española de este tiempo, no va, con todo, muy lejos de la verdad. «No sólo, afirma, se ve coronado con el éxito el disimulo en sus comedias, novelas y descripciones de las costumbres nacionales, sino que en todo esta cualidad aparece más honrada que la buena fe» (2).

---

(1) Emile Chasles: *Michel de Cervantes*, etc. París, 1866, págs. 256 y siguientes.

(2) Sismondi Literature du Midi de l'Europe.

Y si las obras serias acusan inconscientemente un desbarajuste de la verdad y de la justicia que eran demasiado primitivas, ¿qué no hará el talento cómico que se ha propuesto inmortalizar los reconocidamente injustos y desleales? Ya se ha manifestado que el pícaro era en la vida social española un producto de su decadencia, pero en la literatura era su más vigorosa protesta. Y por esta razón, el tono moral de las ficciones en que es protagonista es, después de todo, más honesto y sano que el de otras muchas producciones elegantes del arte en aquellos tiempos. A pesar de sus pretensiones de ofrecerse como modelos de virtud, hay mayor peligro en compañía de Persiles y Segismunda de inverosimilitud constante, que en codearse con los más viles embaucadores del gusto picaresco. El pícaro en literatura no fué más que lo que aspiraba á ser. Su creador le concibió con la idea de exponer en efigie los vicios del día. Arrancado de la vida en la que se encontraba fácilísimamente al revolver de cada esquina, se aparecía como el mejor instrumento para la sátira que se pudiera apetecer. Era á propósito para divertir. No había escondrijo ni grieta social inaccesible á su exploración, y, lo que es mejor, su puesto de vida era precisamente opuesto al del observador ordinario. Lo que él loaba, era infaliblemente digno de censura; lo que censuraba, era con toda seguridad digno de loa. Así se le entendía universalmente, y esto daba vigor á su vida y relatos; mas los valores del bien y del mal, de ordinario olvidados y confundidos en el concepto público, se definían mediante los procedimientos del género picaresco con acabada precisión. Hacía el pícaro lo que el artista hace muchas veces en su trabajo: invertía la pintura; volvía lo de arriba abajo; el mérito del verdadero color reaparecía en toda su frescura, haciéndose posible apreciación más aguda, mediante el claroscuro del vicio y de la virtud.

De esta suerte, las condiciones sociales de España en los siglos XVI y XVII, proporcionaban amplia margen para hacer que la reacción literaria fuese expresiva de la social. La deca-

dencia aparejaba todos los materiales propios para inspirar un género de literatura moralizante; y su forma peculiar fué determinada por el desarrollo literario que ya se había iniciado y prestádole impulso, y por los hechos sociales y reveses que ella había de realzar.

FRANK WADLEIGH CHANDLER

EL «DON QUIJOTE» SICILIANO [1] Y EL «DON QUIJOTE» ESPAÑOL

A la memoria de mi abuelo, *Comandante Pedro Ivaldi*, soldado en España bajo Napoleón I.

Palermo, atento de algún tiempo á esta parte á celebrar á sus hijos predilectos, de que tuvo y tiene tanta copia, dispónese á erigir otro monumento á su magno poeta Juan Meli; el cual, con su sonrisa fina y benévola, parecerá complacerse en su posteridad por haber ésta traído á buen fin muchos ideales anhelados por él, precursor de nuestra edad. La gloria de Cervantes fué más tardía en resplandecer con toda la plenitud de su luz; pero el inmortal escritor pudo regocijarse del golpe de gracia por él dado á los libros de caballería, que al principio del siglo XVII se habían ido desarraigando ya notablemente (2).

Para los dos poetas, la vida transcurrió en la amargura: Meli no tuvo que probar, como Cervantes, el horror de las cár-

(1) La más reciente edición de las obras de Meli es la 17.ª, á cargo de E. Alfano (Palermo, 1909); el libro (G. Meli, *Opere Poetiche)* se publicó sólo en 100 elegantes ejemplares.

(2) Después del chaparrón de libros caballerescos que vieron la luz en el siglo XVI, no volvió á escribirse ninguna nueva novela de tal género, y solamente se reimprimió *El Caballero del Febo.*

celes; pero él también, á pesar de protecciones de los poderosos (Cervantes disfrutó del apoyo no muy eficaz de Béjar, de Sandoval, de Lemos), vióse constreñido á soportar infinitos trabajos, y obtuvo tardía compensación pecuniaria, inadecuada á sus merecimientos.

Meli y Cervantes, ambos de sentimientos profundamente cristianos, resultaron tal vez ánimos é ingenios más semejantes de lo que á primera vista parece (1): uno y otro dedicaron en parte sus tareas á la crítica literaria, imitando Cervantes *(Viaje al Parnaso)* á César Caporali, poeta muy análogo á él; y dando comienzo Meli á su vida con *La Fata Galanti.*

Fué grata sobremanera á los dos poetas la poesía pastoral; pero al paso que el escritor español, gracias á los progresos realizados, estimó después como no ciertamente perfecta su *Galatea*, Meli es grande y único, hasta el punto de hacerse merecedor de la fama debida á los poetas principalísimos de todas las naciones en las poesías pastorales y anacreónticas.

El poeta de Palermo realizó, al decir de Cesáreo (2), el ideal de la Arcadia, bebiendo en las fuentes de la naturaleza y hallando así el camino que debe seguirse para hacer poesía verdadera; y análoga enseñanza, en otro género literario, nos fué aportada por Cervantes, el cual, con su *Quijote*, mientras por un lado demolió los insulsos libros de caballería, por otro llegó á la purificación y complementación de ellos, y nos ofreció otro nuevo poema con su predilecto *Persiles y Segismunda.*

Al igual del gran Cervantes, fué asimismo Meli ajeno á mendigar bajamente favores valiéndose de los lenocinios de la adulación (3); y, sin embargo, también él creó su *Don Chis-*

(1) La madre del poeta siciliano fué Vicenta Torigos, descendiente de notable familia española. *(El traductor pregunta si no será* Torrijos *el verdadero apellido castellano?*—Dr. L. M.)

(2) *Storia della Letteratura Italiana.*—Messina, Muglia, 1908.

(3) En la carta de Meli á Rehfues y en las *Dedicatorie* del poeta, encontramos confirmada su independencia de carácter; pero, si leemos las *Poesie Politiche*, podemos notar en ellas marcada tendencia al oportunismo.

ciotti, para velarse también á sí mismo con la macilenta figura del Caballero de la Mancha. La finalidad primitiva del escrito español fué ciertamente la sátira contra las novelas caballerescas (novelas necias como ellas solas, llenas de estrafalarias correrías). Pero, sin llegar á ciertas exageraciones de Baret (1), se puede admitir lo que este crítico pensó de la participación que las pasiones de Cervantes tienen en su obra. Según Baret, pues, en la novela española se nota: «la queja de un poeta, de un gran genio, de un espíritu enamorado de lo ideal, molesto y ajado por el prosaísmo de este bajo mundo. Cervantes compuso toda su vida de novelas; toda su vida buscó en el mundo de sus ensueños una compensación á las miserias de su destino». Estas palabras de Baret, que no ha mucho han hallado un eco fiel en L. Pirandello (2), correspóndense en cierto modo con las declaraciones hechas por el mismo Meli respecto á la razón de su poema, en la carta que el abate escribió á Rehfues.

Aspiraba aquél á la libertad y á la igualdad social, «de modo que el justo no se viera señoreado por el injusto, que el honrado hallase con qué vivir sin opresión y envilecimiento, que la virtud obtuviese la consideración á ella debida, y que las leyes no sirviesen para un tráfico vil y ruinoso del Estado... Pero luego, percatándome de mi mezquina condición privada y de la imbecilidad de mi entendimiento, túveme por casi desahuciado, proponiéndome ya no extender más allá de la propia esfera los deseos ni los pensamientos; un instante después, dando al olvido tal propósito, volví á los primeros delirios, y por segunda vez á reprobarlos y arrepentirme de ellos. Pues bien, semejante estado de perpetua contradicción conmigo mismo me determinó á enmascarar, con la alegoría

(1) Las expone y combate Renier en las págs. 93-95 de su trabajo *Ariosto e Cervantes*.

(2) *L'ironia comica nella poesia cavalleresca.*—Nuova Antologia, 1.° Diciembre 1908.

de *Don Quijote* y de Sancho, los períodos de mis delirios con los intervalos lúcidos del buen sentido.»

La obra de Cervantes es además la plena y armónica representación de la vida nacional española en el momento de su apogeo y de la inminente decadencia; y también Meli, observa Cesáreo (1), «significó, cual ningún otro poeta en Italia, el atolondramiento aparente y la secreta amargura de aquel extremo crepúsculo de una sociedad enferma de sentimentalismo lánguido, la cual, no obstante, presentía inminente la furia democrática del 89 y los rojizos resplandores de la revolución en todas las tierras de Europa». El objetivo del poema aparece todavía más claro en el *Programma per l'Editore delle poesie*: «El autor sólo ha querido en él (en el Don Quijote y Sancho Panza) escribir una sátira, no tanto contra el fanatismo de la caballería andante..., pero ha pretendido satirizar la moda que salió entonces de proyectar nuevas reformas en los sistemas políticos y económicos por quienes no tenían pasta entre manos y sal en la mollera, y pretendían reglarlo todo con algunos principios particulares de su propia cosecha y por lo común falsos como aquellos de Don Quijote (2); y también tuve el propósito, con la contraposición de Sancho Panza, de confirmar una vez más la verdad enunciada por Platón *(De legibus*, libro VII): «que una ignorancia absoluta no es el mayor de los males ni el más temible, y que es peor un montón de conocimientos mal digeridos». Por eso mismo, añado yo, quien carece de conocimientos puede tener capacidad para adquirirlos, la cual no existe en quienes se hallan provistos de los mal digeridos y de los falsos, como nuestro Don Quijote.»

El poema heroicómico de Meli, *Don Chisciotti e Sanciu Panza* (1770-1787) consta, como la *Secchia Rapita* de Tassoni,

(1) En una nota de la edición Alfano.

(2) La edad de Meli, en efecto, y como hace observar De Sanctis, fué «edad de renacimiento en toda Europa: fué en Francia la edad de Voltaire y de Rousseau y de la Enciclopedia; y en Italia fué la edad de Beccaria y de Filangieri, y literariamente la de Alfieri, de Parini y de Foscolo».

de doce cantos en octavas reales, de mayor amplitud que los de ésta; y la trama es como sigue (1):

No todas las empresas del gran *Manchego* pudieron llegar á ser celebradas por Cervantes; por eso de nueva materia conviene hacer versos y exaltar además al representante del buen sentido popular, Sancho Panza. Las aventuras se inician entre el blanquear de las nieves y el rigor de los hielos, escenario no antes usado en el teatro donquijotesco; y, hecho también nuevo y notabilísimo, desde el principio desaparecen las dos cabalgaduras á los golpes del caballero, seguro de que combatía contra los acostumbrados encantamientos (2). Llora Sancho á su caro pollino, tan tontamente muerto; pero su señor, acordándose de Hércules vencedor del león, desuella al pobre asno, y, cubierto con los nuevos despojos, camina majestuoso con aquella extraña cota de armas.

¿Quién no ve aquí, bajo el velo sutil de la ficción, un Alcides de burlas, el cual, en vez de juzgar el mundo de los monstruos que lo infestan,

Thracem, Bistoniasque plagas, Ismara propter (3),

miserable león cubierto con una piel de burro, acaba por destruir no á los leones de Nemea ó las hidras de Lerna, sino á los mismos animales más útiles al hombre? Si bien se considera, análoga empresa llevó á término *Don Quijote* cuando quiso libertar á los malhechores asegurados ya por la justicia; y

(1) El contenido del poema fué ya expuesto por Pipitone (*G. Meli.*—Sus tiempos, su vida, sus obras;—Sandron, 1898), y por Navanteri (*Studio critico su G. Meli*, Palermo, 1904); por eso hago de él un breve análisis, que, por otra parte, me parece indispensable para la mejor inteligencia de mi trabajo. En el cap. V, pág. 149, Pipitone hace un brevísimo paralelo entre Meli y Cervantes.

(2) Las ovejas y el morro asnales, horribles por estar rebosando de enemigos imaginarios, recuerdan á Fracasso con la nariz y las orejas llenas de almas de condenados (*Baldus*, XXIII).

(3) Lucrecio: *De rerum natura*, v. 30.

también cuando prestó aquel tan poco eficaz socorro al joven Andrés. «¡Llamad, señor Andrés, ahora al desfacedor de agravios, veréis cómo no desface aqueste» (1).

Hasta la conocida fábula del asno que hace de león, ¿no os parece aquí convertida en el reverso de la medalla, ó sea en el león que hace de asno?

Pero cátate nuevas desventuras: Sancho es tragado por un abismo; y Don Quijote tropieza con una banda de perros, combatiendo con los cuales valerosamente, queda al cabo bastante maltrecho. Acuden á escape algunos pastores para librar de la muerte al desventurado caballero, y un trofeo de piel asnal es puesto á orearse en aquellos bosques para la hermosa Dulcinea por su fiel Quijote. El modo con que después exalta ante los pastores los lisonjeros encantos y las dulzuras de la edad de oro, no es quizá inferior á las descripciones que nos ofrecen los mejores poetas; y aquí reproduce Meli una hermosa página del *Don Quijote* (2).

El caballero de la Mancha, angustiado por la pérdida de Sancho, ve en sueños un desmesurado gigante que va masculleando al caro escudero en la formidable boca; arde al punto el Héroe en noble ira, y á doce caballeros que le mueven pendencia, les dirige calurosas palabras de paz y de amor; desaparecen entonces los caballeros, y Don Quijote es saludado como arreglador del mundo.

En el *Quijote*, la aventura de la cueva de Montesinos es una sola cosa con la visión del encantador Merlín (3). En Meli, en cambio, el guerrero, después del sueño, se hace bajar á una gruta, donde halla al pobre Sancho, el cual, en la obra española cae juntamente con el rucio en un precipicio, y luego es libertado por los esfuerzos de su señor y de los criados del duque.

(1) *Don Quijote*, primera parte, cap. 4; véase también cap. 31 de la misma.

(2) *De lo que sucedió á Don Quijote con algunos cabreros.*

(3) Parte II, caps. 22 y 23.

Mientras que Sancho, extraído de las entrañas de la tierra con un anca rota y la nariz quebrada, viaja hacia la marina, Don Quijote es arrebatado por las aguas de un río subterráneo; luego de verse en salvo de ese percance, se da á conocer bajo la mentida forma de ermitaño á Sancho, que había pronunciado ya un juicio desfavorable respecto á su amo. Aquí se manifiesta el buen sentido del escudero, el cual nota oportunamente, por una parte, cómo se acumulan de todas maneras desdichas

Tutti reali, tutti veri e certi,

y por otra, el quimérico advenimiento de la felicidad, que huye *comu parpagghiuni* (1), sino que la atención del caballero es atraída por una nube, que él toma por un gigante, y contra cuya sombra se arroja impávido, tirando grandes estocadas y esgrimiendo como si contra un real y formidable enemigo combatiese. Un mosquito, penetrando en un ojo del héroe, no le impide seguir la prosecución de la titánica empresa; y finalmente, nuestro caballero, creyendo haber alcanzado al adversario, arremete á grandes golpes contra una roca. Pero:

Parturient montes, nascetur ridiculus mus! (2).

Hete aquí que de los *tentados tribulos* se echa afuera un puercoespín; y Don Quijote, fieramente mordido por aquella torpe alimaña, se asusta y clama venganza; mientras el buen Sancho va desternillándose de risa y burlándose de él. Muy significativa es luego la conclusión:

Ora conosciu appettu a sti giganti
Chi voli diri cavalieri erranti (3).

(Ya conozco de vista á esos gigantes
De que nos hablan caballero-andantes).

(1) Traducido al toscano sería *come parpaglioni*, y al castellano, «como mariposas».—Dr. L. M.

(2) Horacio: *Arte poética*, v. 139.

(3) Canto V, estrofa 71.

Sigue un conato de lucha entre caballero y escudero, en la cual acaba Don Quijote por llevar la peor parte; y mientras éste mira quién los viene á dividir, si necesitan verse libres de monstruos ó de trasgos, Sancho, más positivo que su señor, pide con qué aplacarse el hambre.

He aquí á los dos errabundos abandonados al capricho de un torrente, sobre una barca pescadora: Don Quijote se enciende en las más bellas fantasías, pero Sancho tiembla de miedo; y al loco señor que va evocando á los héroes de Virgilio y de Torcuato, le corta oportunamente en los labios las estrafalarias comparaciones, concluyendo:

Si leggirà, ma non si leggi ancora
Di dui minnale (1), comu voi e com'iu (2).

(Se llegará á leer, mas no se lee
De dos necios iguales á uno y otro).

Además, mientras Don Quijote, como en otro tiempo sobre el portentoso Clavileño (3), cree haber sido arrebatado á las regiones celestes y va haciendo almanaques consigo mismo acerca de mejoras sociales que proponer á Jove; Sancho, que en sueños está contendiendo con un demonio, descarga tan poderosa puñada á su compañero de viaje que le derriba cuatro dientes, como si fueran de requesón. Eso no basta: un pastorcillo que, infeliz en amor, como la *Aminta* del Tasso, había buscado en vano la muerte, se precipita de pronto desde lo alto de un peñasco en la barca, y luego se las echa de ser «el rey de los Mamelucos». Aquí, el leño no se puso por montera, como en la conocida aventura de la barca del *Quijote* (4); antes bien, prosigue su curso hasta el mar y luego se detiene junto á un escollo, que al caballero le parece un gran cetáceo

(1) La palabra siciliana *minnali* es en toscano *sciocchi;* en castellano, *necios*. Dr. L. M.

(2) Canto VI, estrofa 19.

(3) *Don Quijote*, segunda parte, cap. 41.

(4) Parte II, cap. 29.

que flota inmóvil (*Sembra un gran cetaceo che galleggi inmoto* (1). Antes de prepararse á combatir contra aquel nuevo monstruo, se acuerda tiernamente de su Dulcinea; y Sancho Panza replica:

E tempo di pinsari a la picciotta?
.....
E poi, cuannu vutamu nautru tomu
Cos' è' sta *Dulcinea*? Un puru nomu (2).

(¿Es tiempo de pensar en la muchacha?
.....
Y luego, al preguntar en otro tomo
¿Quién es la *Dulcinea*? Un puro nombre.)

El sentido práctico y utilitario del escudero se manifiesta después con harta vivacidad, cuando, habiendo penetrado Don Quijote en una gruta del escollo, por él creída la boca de la ballena, Sancho está entregado por completo á la faena de coger ostras y lapas en el dorso de aquel banco.

Pero el caballero no reaparece, y los dos compañeros, abandonándolo como persona perdida, tras laboriosa navegación llegan á una playa, donde el pastor se desposa con una fresca viudita, que con mucha agudeza es comparada á una luz apagada (*uno spento lucignolo*) que aún echa humo: «La viuda es mecha extinguida que humea» (*Viduva è mecciu astutatu chi fuma!*).

Se celebran las bodas, y Sancho, como hizo ya en aquellas de *Camacho el Rico* y de *Basilio el Pobre* (3), se aprovecha del festín y saca la tripa de mal año, mostrándose á la vez tan sensato que se granjea la admiración de los extraños.

---

(1) Marradi: *Tramonto Labrónico*.

(2) Canto VI, estr. 114. El mismo Don Quijote (P. II, c. 32), interrogado por la duquesa si es verdad que su dama existe únicamente en los reinos de la fantasía, responde: «La averiguación de estas cosas no se ha de llevar hasta el cabo.»

(3) *Don Quijote*, parte 2.ª, capítulos XX, XXI y XXII.

Pero cátate que una turba de malandrines ha asaltado en el camino á un caballero; acude Sancho á aquella trapatiesta, y con inmenso estupor reconoce en aquel valeroso combatiente á su señor, redivivo, Don Quijote de la Mancha. Ducho ya en las artes con que debe tratarse á un loco como él, recurre á una estratagema: se disfraza muy bufamente de caballero, poniéndose en la cabeza una calabaza por yelmo, cubriéndose las espaldas con una piel de carnero, embrazando por escudo una tapadera herrumbrosa y empuñando una maza de maestro calafate (*Una mazza di mastru calafatu*).

Con estas armas, el escudero sale atrevidamente al encuentro de Don Quijote y se le da á conocer por el Caballero de la Media Calabaza (*Menza Cocuzza*, *Mezza Zucca*), que necesita de su poderoso brazo para deshacer un encantamiento. Con bastante agudeza resuelve Sancho las dificultades puestas por las preguntas de su señor, y despliega una erudición mitológica que en Sancho es verdaderamente harto pasmosa. Así, la calabaza ha sido hecha impenetrable por obra de Juno; la piel de carnero es nada menos que el famoso Vellocino de Oro; el instrumento de calafate es aquel mismo con que se fabricó la primera nave, *in diebus illis;* la cola de caballo, noble trofeo de oriental victoria; el escudo fué antaño de Palas guerrera; por último, la coraza (esta es la más gorda) era un tiempo la piel de la cabeza del invulnerable Orlando. Pero aún hay más: el gran mago *Mustamacucco* se ve abrasado por un fuego de inextinguible lujuria, y con sus artes diabólicas hace víctimas entre las más graciosas doncellas, logrando burlar la vigilancia de los padres, ojo alerta:

Iddu li muta in pezzi di ricotta
E resta sulu poi en la picciota (1)

(En blandos requesones los transmuta
Y á solas con la chica la disfruta.)

¿Pero qué son los placeres de los sentidos si les falta la llama

(1) Canto IX, estrofa 8.

vivificadora del amor? El amor es lo que el mago ambiciona; y para ello reúne en conciliábulo á los más doctos demonios, á fin de que le aconsejen acerca del modo de obtener con seguridad el corazón de las muchachas. Aquí, por las varias proposiciones de aquellos cornudos doctores, resulta evidente la sátira contra el defectuoso sexo mujeril (*il defettivo muliebre sesso*), que diría Masuccio; y *Mustamacuccu* acaba por ordenar á Farfarello que penetre en el corazón de las mujeres para indagar bien cuál es el ídolo que en él reina, pues el mago, para llegar á serles acepto, tomará aquella misma forma. ¡Ay, vanidad y corrupción! En el pecho de bien pocas mujeres brilla sin contaminación la imagen del marido; que los más extraños amores tienen domeñadas á aquellas almas de fango. Pero una dama de inconcusa virtud, prosigue Sancho, permaneció firme ante las diabólicas astucias: es mi hermana, por nombre Dulcinea, amada por el incomparable caballero Don Quijote de la Mancha, del cual admira el excelso valor, y sobre todo, el ánimo modesto que arde por ella sin conocerla, tanto que

.....cu tali innamurati
Fari vutu si pò di castitati (1)

(Con amantes de aquesa calidad,
Voto se puede hacer de castidad).

En pena de su adustez, la hermosa dama ha sido convertida por el mago en la más escuálida y horrible figura; en vano por ella han ceñido las armas muchos caballeros, y en el señor de la Mancha se halla puesta la esperanza de ahora en adelante.

Sancho conduce á Don Quijote á visitar á la transformada Dulcinea (una torpe vejancona, que era el coco de los chiquillos). Y si quiere verla libre del encantamiento, la primera condición á que deberá satisfacer es la de estar tumbado una

(1) Véase *Don Quijote enamorado de oídas*, por Ramiro Ortiz.—*Rivista d'Italia*, Junio de 1909.

noche entera encima de una reja, todo armado, con la visera calada y teniendo siempre los ojos bien cerrados; además llegará á oir las palabras que salgan de una cabezada, y al quedar despierto obtendrá del mismo Sancho buenos consejos.

Aparecen tres testigos. Un alquimista, un caballista y un hombre dedicado á la magia, grandes admiradores de Sancho y de su obra, han concertado en el entretanto dedicarse á una singular empresa: cubiertos por las tinieblas de la noche, se van á la torre solitaria donde está haciendo sus mudas pruebas Don Quijote; tienen consigo los más curiosos instrumentos y se disponen á aplicar sus estudios á aquella extraña figura, antes tan encendida en ira, á la sazón reducida por el gran maestro Panza á la inmovilidad de una momia. A todos los experimentos que se hacen en derredor suyo, el caballero, fiel á la consigna *(oh, pazienza, che tanto sostieni!)*, permanece indiferente como cosa muerta. Pero ¿de qué modo podrá resistir cuando el nigromante le corta una oreja (en el *Quijote* esa amputación es hecha por el Vizcaíno, I, 9), y el alquimista, más atrevido, para obtener grasa de hombre vivo, pone á los pies de él tal fuego que le tuesta las carnes? En vano Don Quijote, casi miembro de la secta famosa de los *Galois,* hace toda clase de esfuerzos para vencer también la prueba del fuego; pero al fin le abandona la constancia, y salta como un resorte fuera de aquel nuevo lecho de Procusto.

En tal coyuntura acude Sancho corriendo, atraído por la extraordinaria zalagarda; y mientras queda estupefacto á la vista de aquel extraño espectáculo, los tres miserables, llenos de miedo, huyen á través de la puerta entornada. Pero Don Quijote acaba por caerse al suelo, desvanecido por el dolor; y el pobre escudero, ignorando por completo de qué modo se encuentra, otorga fe otra vez á los encantamientos, como el Sancho del *Quijote* entre las burlas ingeniosas de los alegres duques. ¡Cuál no es luego el estupor de Don Quijote, cuando divisa á su fiel criado derecho y mudo junto á la puerta! Cree el buen caballero haber comenzado, en virtud de su heroica cons-

tancia, á librar á Sancho de los encantamientos; y le dirige el más dulce saludo, no sin añadir:

Ma, si sapissi, ohimè ¡quanto mi custi!

(¡Mas si supieses, ay, cuánto me cuestas!)

Y el buen sentido le responde por boca del escudero: «es verdad que yo le cuesto mucho, pero vuestra merced, señor, me cuesta bastante más: yo vivía tranquilo en mi rinconcito; y por haberos seguido me encuentro ahora mutilado y maltrecho, como una estatua egipcia sacada de las excavaciones...» Pero el buen sentido vuelve á vacilar, al oir ciertas observaciones de Don Quijote, y hete aquí que Sancho (como antaño en casa de los duques) cree, ó punto menos, que Dulcinea es de veras víctima de un encantamiento; pero llegan á tiempo para librarle de sus incertidumbres algunos pastores, los cuales le hacen tocar con la mano cómo aquellos tres monstruos son hombres de carne y hueso.

El último canto (el 12.°) condensa las doctrinas humanitarias de Meli, expresadas por boca de Sancho y recogidas en el códice arbóreo del caballero de la Mancha: se ve que el poeta siciliano es hombre de los tiempos nuevos, el cual ha sentido el soplo, en gran parte benéfico, de la Revolución.

Don Quijote, lleno de asombro por la sabiduría de las reflexiones de Sancho, saluda en él á un hombre nuevo, un órgano de incógnito poder, su guía mismo; pero además el escudero se erigirá en juez de las faltas de su amo; y habiendo éste osado ofender á su Dulcinea, declarando á otra dama superior á ella, su castigo será el de sudar en el trabajo de la azada (1). Acaso no se vió á Apolo apacentar los ganados? ¿No aró Cadmo los campos? ¿Acaso no era agricultor Cincinato? Aquí el buen sentido, que antes hemos visto ser fautor de los nuevos principios de regeneración social, teje el elogio de la

(1) Recordemos que el Quijote de Cervantes quería dedicarse al pastoreo.

agricultura: todos, grandes y pequeños, viven con las faenas de labriego, sólo que «*¡sic vos, non vobis, fertis aratra boves!*»

Cussì pr'autru lu voi porta l'aratu,
L'apa fa meli ed autru lu divora;
La pecora e la crapa, o nigri o biunni (1)
Porta li lani ed autru si li tunni (2).

(Así para otro el buey lleva el arado,
Hace la abeja miel que otro devora;
Y tienen las ovejas sus vellones
Para que otro los corte en ocasiones (3).

Mas no place á la antojadiza fortuna que llegue otra vez á la tierra la hermosa edad de oro; que el hidalgo y el plebeyo fundan en un solo todo, el uno sus nobles aspiraciones, el otro la natural tendencia á cosas de utilidad inmediata: las horas del caballero están contadas. Mientras, cansado de las fatigas campestres, descansa á la sombra de un viejo árbol, va meditando con mente inquieta sobre las injusticias que trabajan á la humanidad; y con el fin de que su código no pueda perecer tan pronto, graba en el árbol las tablas de la nueva ley.

«Pero, ¿será posible, observa Sancho, dar colorido á tan excelentes dibujos? Creo yo que sería como querer endérezar el tronco de esta añosa planta.» El pobre Quijote prueba entonces á abrazar el árbol con todas sus fuerzas, intentando muchas veces doblegar aquel rígido fuste; pero el fuerte tronco permanece tal como está, mientras que, con motivo de un esfuerzo sobrehumano, se le abre el vientre al desgraciado hidalgo, y

Tra le gambe pendevan le minugia (4).
(Colgaba entre las piernas el bandullo.)

(1) Este verso dice literalmente: «la oveja *y la cabra, negras ó blancas» (las lanas)*. Eso no está en Virgilio, sino que es ripio en busca del consonante.—Dr. L. M.

(2) Canto XII, estrofa 48.—Ariosto, *Orlando furioso,* XLIV.

(3) Ese «en ocasiones» también es ripio en busca del consonante.—Dr. L. M.

(4) Dante, *Inferno*, XXVIII.

Sancho se dirige premuroso hacia su caro compañero de fatigas; pero éste muere de resultas, y nuevo Brandimarte, apenas puede pronunciar *Dulci...*, mientras

N'esci la ...*nia* confusa'ntra un gurgiuni (1).
(Sale el ...*nea* confuso entre un suspiro.)

Aquí principia la moraleja de la fábula, expuesta por el mismo Sancho y condensada en el epitafio del Caballero de la Mancha:

La ciniri, ch' è sutta sta balata,
Fu spoggia d'un eroi di desideriu,
Chi mai sappi cunzari 'na 'nsalata;
Non ostanti pretesi in tonu seriu
Di cunzari lu munnu; allurtimata
La Parca, esercitannu lo so' imperiu,
Don Chisciotti ristau cripatu e mortu,
Sanciu zoppu, e lu munnu ancora è tortu (2).

(La ceniza que yace aquí enterrada
Es despojo de un héroe del deseo,
Que no supo aliñar una ensalada
Y pretendió aliñar el mundo feo.
Vino por fin la Parca despiadada,
Con la guadaña le soltó un arreo:
Don Quijote quedó sin tripas muerto,
Sancho cojo, y el mundo sigue tuerto.)

Ahora que conocemos toda la urdimbre del poema, antes de que yo prosiga el estudio de las relaciones que existen entre él y el *Quijote*, no puedo quedarme sin enumerar muchos parecidos que me fué dado advertir entre la labor de Meli y las obras insignes de otros poetas nuestros. Así nos confirma-

(1) Véase *Lo schermo degli Dei* (X, 25), donde Bracciolini, antes que Meli, había parodiado al Ariosto.
(2) Canto XII, estrofa 97.

remos siempre mejor en la opinión de que el abate palermitano reforzó su natural ingenio con una extensa cultura, y nos podrá resultar al mismo tiempo más manifiesta su energía asimiladora.

El poeta que con más frecuencia avalora la fantasía y el arte de Meli, es sin duda Ariosto (1). En efecto, dejando aparte aquellos caracteres generales que ya se vieron ser comunes entre el *Furioso* y el *Quijote* (2), y que, por consiguiente, también debemos notar en parte en la obra de Meli, he aquí cómo éste imita en algunos particulares el gran modelo del *Furioso*.

En el canto V (estrofa 55), cuando Don Quijote lucha contra la sombra de la nube, por él trocada en gigante (3), los movimientos con que el caballero asalta y esgrime recuerdan el duelo entre Rinaldo y Sacripante del Furioso (II, 3). ¿Os acordáis de nuestro guerrero en el asalto de la roca? Las piedras que saltan de ésta van á parar al remoto Oriente; y así nos traen á la memoria la prodigiosa fuerza balística desarrollada por Ruggero y Mandricardo en el canto XXX: en uno y otro paso se recurre á la autoridad de Turpín. También Meli, como Ariosto, se vale de un cuento bastante mordaz para flagelar á la torpe alma femenina; más bien, el boceto de *Mustamacuccu* (canto IX) toca, de modo que las agota por completo, á todas las debilidades mujeriles. Ariosto comienza el canto XXVIII haciendo protesta de estimación y simpatía para las damas, precisamente cuando se dispone á azotar sus almas impuras hasta que salte sangre; y el poeta siciliano da principio á su canto IX expresando los mismos sentimientos,

(1) Meli, como se lee en la Biografía de Gallo, estudió muchísimo desde los primeros años al Ariosto.

(2) Renier, op. cit.—Pirandello, op. cit.—y Garrone, «*L'Orlando Furioso*, considerato come fonte del *Quijote*»; estudio que habrá visto la luz en la *Rivista d'Italia*, á la publicación del presente.

(3) También la Ogresa del canto X del *Furioso* lucha contra la sombra del asaltante.

para presentarnos después el reverso de la medalla. La forma desenvuelta y la armonía del verso del poema meliano, recuerdan también muy mucho esos mismos méritos por los cuales es famoso Ariosto; y hasta he llegado á notar algunos versos copiados abiertamente del *Furioso* (1). En suma, esta obra es recordada con bastante frecuencia desde el primer canto hasta el último; y también á Meli le agrada moralizar de vez en cuando, al principio de los cantos, como lo suele hacer Ariosto.

La aventura de la ballena (la cual es en realidad un escollo solitario (2) nos recuerda, además del *Furioso* (Cantos VI, X y XI) y el IV de los cinco *Canti Aggiunti* del mismo Ariosto, el *Orlando Innamorato* (parte II, cantos XIII y XIV), la Macarrónica (Maccheronica) XVIII del *Baldus* y el Ricciardetto de Forteguerri (canto V). También en el *Innamorato* (parte I, XXVIII, 24 y 25), Orlando, que para probar la Durindana corta en dos pedazos un enorme pedrusco, recuerda á Don Quijote en el asalto de la roca (3); lo mismo digo de *Orlando Furioso*, que corta el escrito y la piedra (XXIII, 130); y de Rinaldo, el cual (*Morgante*, V, 60) hiende una roca como queso cocido *(come cacio cotto)*. Quien haya leído el *Orlandino* de T. Folengo, poema donde la caballería es francamente señalada á la irrisión, puede con facilidad recordar el estrambótico disfraz del caballero de *Menza-Cocuza* (4), las ridículas armas del Danés y las de Bovo y de Raineri (5). Todos recuerdan luego *La Secchia Rapita*, donde (canto I, estrofa 11) se lee que

> Fu chi prese, per targa, una padella,
> E un secchio in testa, in cambio di celata.

(1) «E trema di paura e di sospettu.» (Y tiembla de temor y de sospecha); Meli, XI, 61, y Ariosto, I, 34. Don Quijote jura «Chi mai di l'elmu so' irrà vistutu» (Que nunca de su yelmo irá vestido); Meli, III, 21, y Ariosto, I, 30.

(2) Meli, Cantos VI y VII.

(3) Meli, Canto V.

(4) Meli, Canto VIII.

(5) Folengo, *Orlandino*, Canto II, 12 y 23.

(Fué quien tomó un caldero de rodela,
Y en la cabeza un cubo por celada.)

También la doliente figura del Tasso asoma á veces la cabeza de hurtadillas á través de las jocosas estrofas de Meli (1); y Parini es ciertamente copiado en una vivaz descripción de la mañana y en el subsiguiente despertar de Don Quijote (2).

Las reminiscencias son, pues, bastante numerosas en Meli; por lo que, ora nos parece ver á Petrarca, que

... li salvaggi campi
Va misurannn a tardi passi é lenti (3):

(... los salvajes campos.
Va midiendo con tardos pasos lentos);

ora truena la varonil voz de Alighieri (4); ora nos hablan Virgilio y Horacio; y la Biblia se nos deja sentir en la florida expresión

Chi si agghiutti li lagrimi pri pani (5).

(Que se traga las lágrimas por panes.)

De la exposición poco antes hecha del poema de Meli, resulta manifiesto que el abate siciliano se ciñó á cantar aventuras enteramente nuevas, en general; y puesto que nunca Don Quijote había trabado contienda con las nubes ó con las peñas ó con manadas de perros, ni su loco valor había triunfado entre los hielos ó en los mares, plúgole á Meli conducir al héroe á peligros no arrostrados todavía. También donde vuelven á salir á la palestra motivos ya magistralmente tratados por Cervantes (como los coloquios con los pastores, la gruta misteriosa, la aventura del barco encantado, las narraciones de amores infelices, las bodas regocijadas por un sucu-

(1) Cantos VI; VII, estr. 40; XII, est. 30.
(2) Canto XII, estr. 4, 6, 7.
(3) Canto III, estr. 43.
(4) Canto VI, estr. 28, 29.
(5) Salmo XLII, v. 3.

lento banquete), fluye rica en originalidad la vena de Meli; y la desaparición de las cabalgaduras, justamente desde el principio, confiere á las empresas como una nueva tonalidad.

El paisaje resulta casi falto de colorido local. Mientras que en el *Quijote* es la España quien despliega ante los ojos la maravillosa variedad de sus campiñas, cuándo áridas y yermas como desiertos, cuándo negreantes de bosques, cuándo salvajes y caprichosamente pintorescas dentro de su horror, como los valles austeros de Sierra Morena, donde

Aquí lloró Don Quijote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.

No cabe duda de que Meli debió tomar su única inspiración de algunos lugares de Sicilia, tan rica en pastos, en grutas, en ganados; pero en la paleta del poeta las mágicas tintas no refulgen con los puros colores vivaces del verde y del azul, por los que es famosa la Isla del Sol, ni se encienden por las maravillosas sonrisas con que la naturaleza quiso alegrar á España.

Pero ¿cómo se nos presentan en el poema siciliano las dos inmortales figuras creadas por Cervantes? Me apresuro á decir que el Caballero de la Mancha, caballero sin caballo (así sea un Rocinante), ora cubierto con una piel de asno, ora tendido sobre una reja y hecho escarnio de tres locos, ora cojeando y encorvándose con el trabajo de la azada, ha perdido aquella dignidad que su primer autor supo conservarle hasta en las más extrañas vicisitudes. De tal manera, que de la nueva figura salida de manos de Meli se puede afirmar con razón lo que á Carlos y á los Paladines de Francia les ocurre en las novelas ó poemas de ese ciclo: cayó el antiguo prestigio, y el espíritu sublimemente caballeresco se hubiera dolido del Quijote meliano, acaso no menos que del que salió de manos del sacrílego Ave-

llaneda (1). Pero bien se comprende que Meli no debía ser muy tierno para con la caballería: á la sociedad estrafalaria y podrida de su tiempo, en la cual se había metido muy adentro el gusano de las reformas, sin la capacidad necesaria para traducirlas en acción, correspondíale un Don Quijote de burlas como el poeta lo pinta; y á la postre el poeta mismo logró con bastante eficacia reproducirnos, en su extraña concepción, su propia persona, perdida en sueños entre deseos nobles, sí, pero envueltos por las espirales de la utopia.

La clase social que desciende de magnánimos lomos *(discesa da magnanimi lombi)*, á la cual estuvo Meli obsecuente, por conveniencia más que por otra cosa, había sido ya flagelada como se debe por Parini, á causa de su vanidad que se las echaba de persona (*vanitá, che parea* persona); y continuando Meli en cierto modo la obra del abate milanés, tuvo que disfrazar á la nobleza con los despojos de un Don Quijote muy decaído, con el fin de que su labor demoledora resultase más eficaz. Miguel de Cervantes, por el contrario: «*no vino á matar un ideal, sino á transfigurarle y enaltecerle.* Cuanto había de poético, noble y hermoso en el ideal de la caballería, se incorporó á la obra nueva con más alto sentido; lo que había de quimérico, inmoral y falso, no precisamente en el ideal caballeresco, sino en las degeneraciones de él, se disipó como por encanto, ante la clásica serenidad y la benévola ironía del más sano y equilibrado de los ingenios del Renacimiento (2).»

De las tres notas características de los caballeros medioevales, la religión, la generosidad y el amor, la primera tiene su parte en el *Quijote,* si bien se mira (3); en Meli, por el contrario, no aparece por ninguna parte. Y convencido yo, por

(1) También en las comedias españolas, por lo menos en las primeras, y en las francesas de la segunda mitad del siglo XIX, desde Francisco de Avila hasta Le Lorrain, Don Quijote decae de su pristina grandeza.

(2) Menéndez y Pelayo, op. ct. (*El traductor previene que el autor no dice el título de la obra de referencia.*—Dr. L. M.)

(3) Renier, op. cit., pág. 136.

las mismas palabras ya referidas, de que la sátira era contra aquella edad necia y delirante, no logro comprender cómo en el *Don Chisciotti* no se combata también la manía innovadora que sabemos haber invadido también el campo de la religión en la segunda mitad del sigo XVIII; manía de la cual no deben de haber permanecido plenamente inmunes las personas cultas de Sicilia, por cuanto la indeferencia religiosa caracteriza á la psiquis italiana.

En el poema siciliano, la generosidad del Caballero de la Mancha da el último tumbo, á causa de la ironía de que Meli quiso rodearla: ninguna de las magnánimas empresas obtiene aquí ni siquiera la apariencia de un éxito feliz; y el pobre Don Quijote se ve obligado además á habérselas con rivales harto innobles, como faltos de razón todos ellos. Y luego la muerte de nuestro héroe, el cual acaba míseramente intentando enderezar el árbol añoso, constituye el colmo de la caricatura al ofrecer la imagen de una cigarra despanzurrada; mientras que en el *Quijote,* como observa Menéndez Pelayo, su «aspiración generosa permanece íntegra y se verá cumplida en un mundo mejor, como lo anuncia su muerte tan cuerda y tan cristiana».

Lo que hemos dicho acerca de la generosidad conviene repetirlo acerca del amor: el abate se complace en recargar bastante las tintas de la parodia; y Dulcinea, en vez de ser sólo una zafia aldeana que echa «*un olor de ajos* crudos», conviértese en la más inmunda vejancona que imaginarse pueda, recordando con sus peregrinas bellezas á aquella *Clara Perlerina,* hija de Andrés Perlerino, que fué tan minuciosamente descrita á Sancho, por desgracia suya gobernador de la Ínsula Barataria (1). Por añadidura, la vieja no vacila en recompensar los homenajes de Don Quijote llenándole la cara de arabescos con las uñas y reforzando con un tizón su arsenal de defensa. Y el caballero mismo, no ya Sancho Panza, deberá someterse á la fatal prueba de la reja, para conseguir á la don-

(1) *Don Quijote,* II, 47.

cella la deseada liberación del encantamiento: diríase que Sancho quiere tomar venganza de los azotes y de las mamonas que se le impusieron como condiciones para desencantar á Dulcinea y Altisidora. Pero el Don Quijote de Meli no sólo es objeto de ludibrio en crueles vicisitudes. Él, que quisiera μᾶλλον ἀδικεῖσθαι ἢ ἀδικεῖν (1); él, que había podido proclamar altamente, casi al término de su carrera: «Dulcinea se está entera y mis pensamientos más firmes que nunca», rompe la fe á su dama, aunque sea por un solo instante de aberración; y así el hidalgo loco, pero sin mancha, acaba por aparecerse á nuestros ojos culpable del más horrible delito con que puede cargar la conciencia de un caballero (2). ¿Y quién es, pues, la dama ante cuyos hechizos olvida Don Quijote á la reina de su corazón? ¡Aquella viudita que contrajo segundas nupcias con el antaño Rey de los Mamelucos *(quondam Re dei Mammalucchi)!*

La pena de esa culpa es harto grave, y con ella quedará aniquilada hasta la misma nobleza del Caballero: ¡Don Quijote deberá cambiar la espada por el azadón! Miguel de Cervantes, hidalgo y guerrero, habría protestado en nombre de la caballería contra una pena tan degradante infligida á su héroe; pero el abate siciliano pertenece á los tiempos nuevos y su objetivo es humillar la baronial bambolla, mísero resto de la Edad Media, para obtener la igualdad suspirada por los entendimientos más escogidos.

En la Novela española nuestro hidalgo consigue frecuentes triunfos por la maravillosa doctrina que fluye de sus fecundos labios: *El Caballero del Verde Gabán,* «todo atento á mirar y á notar los hechos y palabras de Don Quijote, acabó por declarar «*que era un cuerdo loco y un loco que tiraba á cuerdo*» (3); pero en Meli, si bien Don Quijote llega á desplegar una cien-

(1) Sócrates, en el *Gorgias.*

(2) Ya en el *Don Quijote* de Guillén de Castro (siglo XVII), nuestro caballero se había encaprichado por una doncella de Luscinda.

(3) *Don Quijote,* parte II, cap. 17.

cia admirable en cierto modo, el verdadero triunfo queda reservado al sentido de la realidad como se manifiesta en Sancho Panza».

El principal factor de la realidad contrapuesta al idealismo es precisamente Sancho Panza; pero desde la primera parte del *Quijote* á Meli debemos señalar una importante evolución. Quizá Sancho «*no entraba en el primitivo plan de la obra*, observa Menéndez y Pelayo (op. cit.), *puesto que no aparece hasta la segunda salida del héroe*»; é introducido después en la primera parte, desenvuelve en ella una acción enteramente subordinada á las obras y á los consejos de su señor; en cambio, en la segunda parte se manifiesta bastante evolucionado, y obra á menudo con independencia, dando prueba de tanta madurez de juicio, que el mismo Don Quijote concluye por alegrarse de ello con su escudero (1). En el poema siciliano, Sancho da un paso más: por su importancia y grandiosidad, ha llegado á ser el personaje principal; y esto redunda, naturalmente, en perjuicio de la figura de Don Quijote, que ya hemos visto despojarse poco á poco de aquella majestuosidad de que Cervantes había sabido rodearla constantemente. Don Quijote, en suma, pierde la aureola que resplandecía en su frente inmortal; y Sancho Panza, ingenioso, prudente, discreto, lleno de la doctrina de su señor, expurgada y avalorada por el buen sentido natural, consigue tal perfección, que con buen derecho merece llamarse el caballero de los tiempos nuevos, uno de aquellos caballeros que, hijos de la tierra fatigosa, suben armados las cimas ideales (*«figli della terra faticosa armati salgon le ideali cime»*) (2); y con sobrada eficacia representa otra faz de la psiquis meliana.

En el Sancho de Meli se puede notar una evolución semejante á la ocurrida en el escudero llamado el *Ribaldo;* el cual,

(1) *Don Quijote*, II, 12.
(2) Carducci, *Ça ira*.

en la novela donde tiene tamaña participación (1), representa la invasión del realismo español en el género literario de invención. Menéndez y Pelayo (2) halla en el Ribaldo el único antecesor conocido de Sancho Panza; yo reconozco en aquél al hermano primogénito del Panza siciliano, puesto que llega á ser tan excelsa la elevación moral y social del escudero de Cifar, que «el rey tovo por guisado de lo facer caballero, é lo fizo, é lo heredó, é lo casó muy bien, é decíanle ya el caballero amigo».

Para convencernos aún más de la importancia adquirida por Sancho en la obra de Meli, debemos echar una ojeada á las 56 estrofas de *La Visioni*, que forman un apéndice del poema, y en las cuales (estrofas 41 y 42) se nos hace conocer cuál fué la intención al componerlo (3). En *La Visioni* se le aparece al poeta Sancho Panza, el cual, dadas las debidas gracias á quien ha sabido cantarlo tan egregiamente, le manifiesta que su alma se encuentra con los más grandes poetas y filósofos en la beatitud de los Campos Elíseos; mientras que Don Quijote, por causa de sus rarezas, debe, durante seis meses del año, perseguir y aprisionar á los vientos. La apoteosis de Sancho, el buen sentido junto con el buen corazón, la pobreza virtuosa, se irradia en el segundo poema de Meli con la más refulgente luz; y el humilde escudero, eternamente bienaventurado, puede contemplar

Li grandi biddizzi di la viritati.

(De la verdad las máximas bellezas.)

La gloria de Sancho en la vida ultramundana corresponde perfectamente, como adecuado complemento, á la parte por él

(1) *Historia del caballero de Dios, que habia por nombre Cifar* (siglo XIV).

(2) Op. cit., pág. 337.

(3) Aquí me parece oportuno recordar otra composición poética de Meli, con el título de *Don Chisciotti*, breve lírica traducida al italiano por Fóscolo.

representada en la tierra junto á su señor: *Aquí el escudero ordenaba y modelaba en su mente los conocimientos que salian abortados é inadaptables de la mente de Don Quijote, para formar un hombre de buen sentido como él, filósofo ó á lo menos hombre de juicio* (1); y en los Elíseos queda premiado Sancho con la plenitud de la ciencia, mientras que Don Quijote, medio sabio, medio loco en vida, es condenado á seguir á los vientos una mitad del año.

El premio de Sancho es tanto más merecido cuanto que en esta vida mortal el pobre escudero no había podido gozar, en su justa medida, de todos los bienes que debieran ser el natural galardón de la virtud; pues, como observa Sancho mismo,

> Quannu'un si à saldata la partita,
> L'equilibriu si fa'ntra l'autra vita.
>
> (Cuando no se ha saldado la partida,
> El balance se ajusta en la otra vida.)

En tal guisa, se realiza cristianamente con *La Visioni* la doctrina humanitaria desarrollada por el poeta en el *Don Chisciotti*. En efecto, aquí no sólo nos reconoció á todos iguales, sino que exaltó al trabajador de los campos sobre los obreros de la mano y de la pluma; mas como quiera que la igualdad perfecta no es accesible en esta vida, Sancho encuentra una inestimable compensación á sus penas en los Elíseos, mientras que su amo no puede gozar enteramente de aquellos inefables bienes.

El *Quijote* (la primera parte en especial) encierra en su regazo fecundo excelentes novelas cortas, cada una de las cuales es un ejemplo conspicuo de una particular manera de novelar. Y también se pueden señalar en Meli algunos episodios y cuentos, como los del *Re dei Mammalucchi* y de *Mustamacuc-*

(1) G. Meli, en una carta á *Francesco di Paola Avolio*.

cu (1), el mito *della Sorte, del Capriccio e dell' Accidente* (2) y aquel de la *Prosperità* y de la *Necessità* (3), de los cuales los dos últimos recuerdan un artificio que fué caro al Cantor del Día. Pero Cervantes, con las novelas del *Quijote* y con las *Ejemplares*, realiza la representación de la vida española, presentándola bajo nuevo aspecto y contraponiendo la realidad á lo fantástico de su obra maestra; al paso que en Meli la novela tiene tal vez una participación más bien secundaria, siendo su objeto aumentar la variedad y la eficacia de la composición.

Ahora me pregunto yo á mí mismo: el poema heroicómico de Meli, ¿es digno, no digo de colocarse junto al *Libro Rey* de la Literatura Española, sino de considerarse al menos como un buen retoño del gran tronco cervantesco? Creo que sí. Si bien, por lo que respecta á la excelente composición, como á la elevada forma que le da vida, á la alteza y multiplicidad de los propósitos, á las enseñanzas varias y comprensivas que se condensan en ambos trabajos, á toda aquella sobria superfetación que adorna y realza, la obra española vence con mucho á la de Meli, de igual modo que la luz de Homero hizo huir todo resplandor de los más reputados poetas cíclicos.

Cosa harto pequeña parécele, en verdad, á De Sanctis el poema siciliano, al calificarlo frente al *Quijote* como «*una humorada (un concettino)* que quiere atacar á la ciencia en sus charlatanes, en sus Quijotes, en aquellos á quienes Napoleón llamaba ideólogos; *humorada* que podría ser base de un capítulo, pero muy poco adecuada para un poema» (4). En efecto, de cuanto he ido diciendo resulta claramente que la obra de Meli es mucho más que una simple *humorada:* es más bien en parte una autobiografía; es una verdadera epopeya psicológi-

(1) Esta fábula tiene de común con la narrada por la *Micomicona (Quijote,* I, 30) el propósito de truncar la vida aventurera del Caballero. La agudeza del Sancho meliano iguala, si no supera, á la de Dorotea.

(2) Canto II.

(3) Canto VIII.

(4) *Nuovi saggi critici*, Nápoles, 1901: *Giovanni Meli*, págs. 422-423.

ca; es el choque de la hinchada nobleza de la sangre con la sublime nobleza del trabajo, única que al fin triunfa; es la eterna lucha entre la ciencia vana y la utilidad práctica del buen sentido reforzado por la educación; es la alada palabra fatídica que, como la de Beaumarchais, precede á la grau Revolución; es doctrina, con sabor de Evangelio.

Acaso el genio de Meli no había nacido para la poesía narrativa; quizá le hubieran faltado alientos urdiendo una tela de más vasta trama; mientras que su espíritu exquisitamente sensible pudo haber alcanzado las más altas cumbres de la lírica. En cambio, Cervantes como poeta lírico no se eleva mucho más que *Francisco de Figueroa* y *Pedro de Padilla;* pero «constituye el *Quijote* una nueva categoría estética, original y distinta de cuantas fábulas ha creado el ingenio humano; una nueva casta de poesía narrativa, no vista antes ni después, *tan humana, trascendental y eterna como las más grandes epopeyas*» (1).

Más extensa admiración hubiera, sin duda, alcanzado el *Don Chisciotti* de Meli, si al dulcísimo dialecto siciliano hubiese preferido nuestro gentil idioma; pero, ¿cómo habría logrado el poeta tanta espontaneidad y naturalidad? De Sanctis observa que parte del poder de Meli se debe precisamente al dialecto (2).

Puede, pues, gloriarse la Sicilia de su *Don Chisciotti*, tan gracioso, tan agudo, tan lleno de útiles enseñanzas; y el buen Sancho continuará riéndose de los críticos poco benignos y repitiendo con su modo de decir irónicamente bonachón: Quien es crítico tiene siempre que criticar *(Cu'è criticu avi sempri a criticari).*

Marcos A. Garrone

(1) Menéndez y Pelayo, op. cit., pág. 312.

(2) Empero haré observar con Navanteri (op. cit., pág. 62), que con bastante frecuencia usa Meli palabras de cuño toscano, las cuales sólo tienen de siciliano la desinencia. En efecto, el abate perteneció á la escuela dialectal siciliana culta y esquivó la poesía netamente popular.

LOS AHORCADOS

I

«¡Á la una de la tarde, Excelencia!»

Como el ministro era un hombre muy gordo, predispuesto á la apoplejía, y era menester evitarle toda emoción peligrosa, tomáronse minuciosas precauciones para advertirle de que se había proyectado contra él un grave atentado. Cuando se vió que recibía la noticia con tranquilidad, le comunicaron los detalles: el atentado había de ocurrir el día siguiente, en el momento de salir de casa Su Excelencia para ir á la ponencia. Algunos terroristas, provistos de revólver y de bombas, á quienes un agente provocador había denunciado, y que estaban ahora bajo la vigilancia de la policía, reuniríanse á la una de la tarde cerca del pórtico y aguardarían á que saliese el ministro. Allí serían detenidos los criminales.

—Dispensen—interrumpió el ministro sorprendido.—¿Cómo saben que he de ir á presentar mi ponencia á la una de la tarde, cuando yo mismo sólo hace dos días que de ello estoy sabedor?

El comandante del Cuerpo de Seguridad hizo un vago gesto de ignorancia:

—¡A la una de la tarde, Excelencia!

Pasmado y á la vez satisfecho de la habilidad con que la policía había conducido el asunto, el ministro meneó la cabe-

za; en sus gruesos labios rojos apareció una sonrisa desdeñosa; hizo rápidamente todos los preparativos para ir á pasar la noche en otro palacio, con el fin de no molestar para nada á los de la policía.

Mientras las luces resplandecieron en esta nueva residencia, mientras sus familiares le expresaron su indignación y rebulleron alrededor suyo, el ministro experimentó un sentimiento de excitación agradable. Parecíale que acababan de darle ó que le iban á dar una gran recompensa inesperada. Pero los amigos se marcharon, las luces fueron apagadas. La claridad intermitente y fantástica de las lámparas de arco de la calle dió en el techo y en las paredes, penetrando á través de los altos ventanales—símbolo de la fragilidad de todos los cerrojos, de todas las paredes, de todas las vigilancias. Entonces, en el silencio y la soledad de un aposento extraño, el dignatario sintióse invadido por un terror indecible.

Padecía de una enfermedad de los riñones. Cada emoción violenta provocaba la hinchazón de la cara, de los pies y de las manos, y le hacía aparecer más pesado, más macizo. A la sazón, parecido á un montón de carne abotagada pesando sobre los muelles de la cama, sentía, con la angustia de las personas enfermas, hinchársele el rostro y hacerse como extraño á su cuerpo. Su pensamiento volvía obstinadamente á la suerte cruel que sus enemigos le preparaban. Evocó uno tras otro los atentados recientes, en que se habían arrojado bombas contra personajes tan nobles como él y hasta de más títulos; los artefactos desgarraban los cuerpos en mil piltrafas, proyectaban los sesos contra innobles paredes de ladrillo, y arrancaban los dientes de las quijadas. Y con estos recuerdos, parecíale que su cuerpo enfermo sufría ya los efectos de la explosión. Se representaba á sí mismo con los brazos arrancados de los hombros, rotos los dientes, aplastado el cerebro. Estiradas en la cama las piernas, se le adormecían inmóviles, con las puntas de los pies hacia arriba, como las de un muerto. Respiró ruidosamente, tosió, para no asemejarse en nada á un ca-

dáver; se rebulló, para oir el ruido de los muelles metálicos, los roces de la sobrecama de seda. Y para demostrarse á sí propio que estaba vivo del todo, pronunció con voz fuerte y clara:

—¡Valientes maricas! ¡Valientes maricas!

Aquellos á quienes dirigía este piropo eran los agentes de policía, los gendarmes, los soldados, todos los que protegían su vida y habían previsto el atentado. Pero por más que se removía y que exclamaba y que se sonreía por el chasco de los terroristas, no podía convencerse de estar en salvo. Por el contrario, creía sentir que la muerte, que le amenazaba, estaba ya presente y estaría junto á él hasta que los asesinos estuvieran detenidos, despojados de sus máquinas infernales y puestos en cárcel segura. Veíala en un ángulo de la habitación, derecha é inmóvil, como un soldado obediente puesto de centinela por orden de una voluntad desconocida.

—«¡A la una de la tarde, Excelencia!» Esta frase se repetía, pronunciada en todos los tonos: ora alegre é irónica, ora obstinada y estúpida. Diríase que un centenar de fonógrafos colocados en el dormitorio gritaban uno tras otro, con idiota terquedad mecánica:

«¡A la una de la tarde, Excelencia!»

Y esta una de la tarde del día siguiente, que tan poco tiempo antes no se distinguía en nada de las otras horas, había adquirido amenazadora importancia; se había salido de la esfera y comenzaba á vivir con una vida independiente, alargándose como una inmensa cortina negra que separase en dos partes la vida.

Antes de ella, y después de ella, no existía ninguna otra hora: ella sola, presuntuosa y obediente, tenía derecho á una vida particular.

Rechinando los dientes, el ministro se incorporó en la cama y se sentó. Positivamente, le era imposible dormir.

Con claridad aterradora, apretando contra la cara las manos hinchadas, se representó cómo se habría levantado al día

siguiente si no hubiera sabido nada. Hubiera tomado el café, se hubiera vestido en el vestíbulo; y ni él mismo, ni el suízo que le pondría el gabán de pieles, ni el ayuda de cámara que le habría servido el café, sospecharían la inutilidad de tales cuidados... El suízo habría abierto la puerta... Sí, ese buen suízo tan atento, de ojos azules, mirar franco y numerosas condecoraciones militares, es quien hubiera abierto con sus propias manos la terrible puerta.

—¡Ah!—exclamó de pronto el ministro en alta voz; y lentamente separó las manos de la cara. Mirando en la obscuridad, muy lejos de sí, con mirada fija y escudriñadora, alargó la mano para dar vuelta á la llave de la lámpara. Levantóse luego, y con los pies descalzos dió una vuelta alrededor del dormitorio extraño, desconocido para él; habiendo encontrado otra llave, la hizo girar también. El aposento se puso claro y agradable; solamente la cama revuelta y la colcha caída indicaban un terror que no había desaparecido aún por completo.

Vestido con camisa de dormir, enmarañada la barba, con mirar irritado, el ministro se parecía á todos los viejos atormentados por el asma y el insomnio. Cualquiera diría que la muerte, preparada para él por otros, le había desnudado, le había arrancado al lujo que le rodeaba. Sin vestirse, se echó en un sillón; sus ojos vagaron por el techo.

—¡Imbéciles!—exclamó con tono despreciativo y convencido.

Esta palabra se dirigía á los polizontes que poco antes había calificado de «valientes maricas», los cuales, por exceso de celo, le habían dado parte de todos los detalles del atentado en proyecto.

—Evidentemente—razonaba,—tengo miedo ahora porque me han advertido. Pero de no saber yo nada, hubiera tomado tranquilo el café. Y después, evidentemente, esa muerte... Pero ¿es verdad que tengo tanto miedo á la muerte? Estoy enfermo de los riñones, debo morir de eso el día menos pensado; y, sin embargo, no tengo miedo porque no sé nada. Y esos

imbéciles me dicen: «¡A la una de la tarde, Excelencia!» ¡Han creído que eso me agradaría! En lugar de ello, la muerte ha venido á colocarse en el rincón ¡y no se va! ¡No se va, porque está en mi pensamiento! No es el morir lo terrible, sino el saber que se va á morir. Sería enteramente imposible que el hombre viviera, si conociese con certeza absoluta la hora y el día de su muerte. Y esos idiotas que me previenen: «¡A la una de la tarde, Excelencia!»

Recientemente había estado enfermo, y los médicos le dijeron que iba á morir, que debiera dictar sus últimas disposiciones. No les había creído; y, en efecto, estaba vivo. En su juventud le ocurrió verse desesperado: cargó el revólver, escribió cartas, fijó la hora del suicidio; y luego, en el último momento, reflexionó. Porque siempre, en el instante supremo, puede presentarse una circunstancia inesperada; por consiguiente, ningún hombre puede saber cuándo morirá.

«¡A la una de la tarde, Excelencia!», le habían dicho esos amables cretinos. Sólo le habían informado de ello porque su muerte estaba conjurada; pues bien, estaba lleno de terror nada más que por saber la hora en que hubiera sido posible. Ciertamente, bien sabía que habían de matarle, si no una vez otra, pero no sería mañana mismo..., no sería de seguro mañana; podía dormir tranquilo, como un sér inmortal. Los imbéciles no sospechaban qué abismo habían abierto al decir con estúpida amabilidad: «¡A la una de la tarde, Excelencia!»

Con el corazón atravesado de pronto por una angustia aguda, el ministro comprendió que no tendría sueño, ni descanso, ni alegría, mientras no transcurriese aquella hora maldita, negra, y como fuera de los días. Bastaba para anonadar la luz y envolver al hombre en las tinieblas opacas de la muerte. Una vez despierto el miedo á la muerte, difundíase de fibra en fibra, se infiltraba en los huesos, trasudaba por todos los poros.

El ministro no pensaba ya en los asesinos de mañana: habían desaparecido, extraviados entre la muchedumbre de las cosas nefastas que rodeaban su vida. Temía lo inesperado, lo

inevitable: un ataque de apoplejía, una rotura del corazón, el estallido de una arteriola que de pronto no pudiera resistir el aflujo de la sangre y saltase como un guante demasiado justo para unos dedos hinchados.

Su cuello corto y grueso le daba miedo. No se atrevía á mirarse los abultados dedos, llenos de un humor fatal. Un momento antes, á obscuras, había tenido que rebullirse para no parecer un muerto; y cátate que ahora, bajo esa luz intensa, fría, hostil, espantosa, le parecía horroroso y hasta imposible moverse para encender un cigarrillo ó llamar á un criado. Se le atirantaban los nervios. Con los ojos enrojecidos y convulsos, la cabeza ardiendo, se ahogaba.

De repente, en la obscuridad de la casa dormida, entre el polvo y las telarañas, el timbre eléctrico se animó bajo el techo. La lengüeta metálica daba presurosos golpes en el borde de la campanilla sonora. Callóse y luego resonó de nuevo, haciendo un ruido continuo y aterrador.

Acudieron corriendo. Acá y allá se encendieron lámparas en las paredes y en las arañas. Eran harto escasas para que la claridad resultase intensa, pero las suficientes para hacer que aparecieran las sombras. Manifestáronse éstas en todas partes: se irguieron en los ángulos y se alargaron contra el techo, agarrándose á todos los salientes, corriendo á lo largo de las paredes. Era difícil comprender dónde estaban antes todas esas sombras taciturnas, monstruosas é innumerables, almas mudas de cosas mudas.

Una voz opaca y temblona decía no se sabe qué. Luego telefonearon al médico: el ministro estaba mal. Se hizo también venir á la esposa de Su Excelencia.

II

A pena de muerte en horca.

Las previsiones de la policía se realizaron. Cuatro terrorista s, tres hombres y unamujer, portadores de bombas, de re-

vólver y de máquinas infernales, fueron detenidos delante del pórtico de la residencia; detúvose á un quinto cómplice en su domicilio, donde se habían fabricado los aparatos destructores y tramado la conspiración. Allí se encontró una gran cantidad de dinamita, de armas. Todos eran muy jóvenes: el mayor de los hombres tenía veintisiete años; la más joven de las mujeres, diez y nueve. Les juzgaron en la fortaleza donde tenían su prisión después de haberlos detenido; se les juzgó con rapidez, á puerta cerrada, como era costumbre en aquella época despiadada.

Ante el tribunal, todos cinco estuvieron pacíficos, pero serios y pensativos: su desprecio á los jueces era tan grande, que no quisieron subrayar su audacia con una sonrisa inútil ó una alegría fingida. Estuvieron lo bastante tranquilos para proteger su alma y su gran sombra de agonía contra las miradas extrañas y malévolas. A veces, rehusaban contestar á las preguntas; otras, respondían con sencillez, con brevedad, claramente, como si hubiesen hablado á funcionarios de la estadística, deseosos de completar cuadros de cifras, y no á jueces. Tres de ellos, una mujer y dos hombres, dieron su verdadero nombre; los otros dos se negaron á dar á conocer su identidad. Manifestaron por todo lo que pasó esa curiosidad lejana y atenuada propia de las personas gravemente enfermas, llenas de una sola idea omnipotente. Echaban vistazos rápidos, cogían al vuelo una palabra interesante y tornaban á pensar, siguiendo el hilo de los pensamientos desde donde lo habían dejado.

El reo más próximo á los jueces declaró llamarse Sergio Golovín, antiguo oficial, hijo de un coronel retirado. Era muy joven, ancho de hombros, y tan robusto, que ni la prisión ni la espera de la muerte habían podido apagar los colores de sus mejillas y alterar la expresión de candor feliz de sus ojos azules. Mientras duraron los debates, no hacía más que manosearse la enmarañada barba rubia, á la cual no se había aún acostumbrado, y mirar con fijeza á la ventana frunciendo los párpados.

Era el final del invierno, época en que, entre tormentas de nieve y días de un frío tétrico, la primavera próxima envía á veces como precursor un día luminoso y tibio, ó hasta sólo una hora, pero tan apasionadamente joven y centelleante, que los gorriones de la calle se vuelven locos de alegría y los hombres parecen embriagados. A través de la ventana de arriba, sucia aún con el polvo del verano anterior, se veía un cielo muy extraño y muy bello: á primera vista parecía de un color gris lechoso y turbio; luego, al mirarlo mejor, aparecía con manchas de un color azul cada vez mas profundo, puro, infinito. Y como no se quitaba los velos bruscamente, sino que se envolvía con pudor en el velo transparente de las nubes, se hacía querer como una desposada. Sergio Golovín miraba el cielo, se retorcía los bigotes, guiñaba cuándo uno, cuándo el otro de los ojos, de largas pestañas espesas, y meditaba profundamente no se sabe qué. Una vez hasta agitó con viveza los dedos; una expresión de gozo sencillo apareció en su rostro; pero miró en derredor suyo, y su alegría se extinguió como una brasa sobre la cual se ha puesto el pie. Casi de repente, casi sin transición, el enrojecimiento de las mejillas fué substituído por una palidez cadavérica; sus dedos, de extremidades exangües, apretaron como una pinza un fino cabello arrancado con dolor. Pero el gozo de la vida y de la primavera aún era más fuerte. Algunos minutos más tarde, el rostro juvenil había recobrado su expresión candorosa y se dirigía al cielo primaveral.

También al cielo miraba una jovencita desconocida, llamada Mussia. Era más joven que Golovín, pero parecía ser mayor que él por su gravedad, por lo serio de sus ojos leales y altivos. Solamente el delicado cuello y los delgados brazos revelaban algo de inaprehensible, que es la juventud misma, y que resonaba con tanta claridad en su voz pura, armoniosa, parecida á un instrumento de subido precio y de un acorde perfecto en cada palabra. Mussia estaba muy pálida, con esa blancura apasionada peculiar de quienes se abrasan con un

fuego interior, radiante y poderoso. Casi no se movía; sólo de vez en cuando, con un ademán apenas visible, se tocaba en el tercer dedo de la mano derecha la huella de una sortija recién quitada. Miraba al cielo con tranquilidad é indiferencia, simplemente porque en aquella sala vulgar y sucia todo era hostil para ella, y parecía escrutar su mirada. Ese rincón de cielo azul era la única cosa pura y verdadera que podía mirar con confianza.

Los jueces compadecían á Sergio Golovín y odiaban á Mussia.

El vecino de Mussia, inmóvil también, en una postura un poco afectada, con las manos cruzadas entre las rodillas, era un desconocido á quien llamaban Werner. Si se puede echar el cerrojo á un rostro como á una pesada puerta, el desconocido había encerrojado el suyo como una puerta de hierro. No cesaba de mirar fijamente al suelo, y era imposible saber si estaba sereno ó profundamente conmovido, si pensaba en algo ó escuchaba las declaraciones de los agentes de policía. Era de poca estatura, de facciones finas y nobles. Producía la impresión de una fuerza inmensa y tranquila, de un valor frío é insolente. La misma cortesía con que daba sus respuestas claras y breves, parecía peligrosa en sus labios. Si el capote del preso parecía ser una vestimenta ridícula en la espalda de los otros acusados, por el contrario, ni siquiera se notaba en él: tan extraña era la prenda al hombre. Aunque Werner sólo iba armado de un mal revólver, mientras que los otros llevaban bombas y máquinas infernales, los jueces le consideraban como el jefe y le trataban con cierto respeto.

El terror insoportable de la muerte y el deseo desesperado de reprimir ese miedo, de disimularlo á los jueces, se compartían el alma de su vecino Vassili Kachirín. Desde por la mañana, desde que los presos habían sido conducidos al tribunal, se ahogaba con los precipitados latidos del corazón. Gotas de sudor le brotaban de continuo en la frente; tenía las manos húmedas y frías; adherida al cuerpo la camisa, mojada de su-

dor y helada, estorbábale los movimientos. Por un sobrehumano esfuerzo de voluntad obligaba á los dedos á que no temblasen, á la voz á ser firme y mesurada, á la mirada á estar tranquila. No veía nada en derredor suyo; el ruido de las voces le llegaba como á través de una niebla, y también como entre nieblas se ponía rígido para contestar con firmeza en alta voz. Pero en cuanto había hablado olvidaba la pregunta lo mismo que sus propias frases, y de nuevo comenzaba otra vez la lucha, muda, terrible. Ya la muerte le marcaba con una impronta tan evidente, que los jueces evitaban mirarle. Era tan difícil determinar su edad como la de un cadáver en vías de descomposición. Según sus papeles, no tenía más que veintitrés años. Una ó dos veces le tocó Werner con suavidad en la rodilla, y cada vez respondía él brevemente:

—Esto no es nada.

El momento más duro para él fué cuando sintió de pronto irresistibles ganas de gritar sin palabras, como una fiera acorralada. Entonces empujó ligeramente á Werner. Este, sin levantar los ojos, respondió en voz baja:

—Esto no es nada, Vassia. ¡Pronto se habrá acabado todo!

Consumida por la inquietud, Tania Kovaltchuk, la quinta terrorista, amparaba á sus camaradas con una mirada maternal. Aún era muy joven; sus mejillas tenían tan buenos colores como las de Sergio Galovín, y, sin embargo, parecía ser la madre de todos los acusados: tan llenas estaban sus miradas y sonrisas de tierna ansiedad, de amor infinito. No le interesaba el curso del proceso. Escuchaba á sus compañeros, preocupándole tan sólo saber si les temblaba la voz, si tenían miedo, si era menester prodigarles cuidados.

Pero no podía mirar á Vassili; su angustia era demasiado fuerte; se limitaba á hacer chascar sus dedos regordetes; admiraba con orgullo y respeto á Mussia y á Werner; su rostro adquiría entonces una expresión grave y seria; de continuo trataba de atraer con su sonrisa las miradas de Sergio Golovín.

«Querido compañero, mira al cielo. ¡Mira, mira!»—pensó ella al ver dónde dirigía él los ojos.

«¿Y Vassia? ¡Dios mío, Dios mío!... ¿Qué haría yo para reconfortarle? Si le hablo, tal vez sea peor. ¿Y si fuese á echarse á llorar?»

Como un apacible lago refleja todas las nubes errantes, su amable y claro rostro reflejaba todos los sentimientos, todas las ideas, por fugaces que fuesen, de sus cuatro compañeros. Olvidábase de que también á ella se le juzgaba y que la ahorcarían; su indiferencia sobre este particular era absoluta. En su casa fué donde encontraron un depósito de bombas y de dinamita; por extraño que parezca, recibió á tiros á la policía é hirió en la cabeza á un agente.

El juicio acabó á cosa de las ocho, cuando empezaba á obscurecer. Poco á poco, á los ojos de Sergio y de Mussia, el cielo azul se fué apagando; sin enrojecer, sin sonreir, dulcemente como en las tardes de estío, se puso grisáceo, frío, invernal. Golovín exhaló un suspiro, se estiró, alzó la vista á la ventana, donde la obscuridad glacial de la noche se mostraba ya; siempre dándose tirones de las barbas, se puso á examinar á sus jueces, á los soldados y sus armas, cruzó una sonrisa con Tania Kovaltchuk. En cuanto á Mussia, cuando el cielo se apagó, dirigió la mirada, sin bajarla á tierra, hacia un ángulo donde una telaraña se balanceaba suavemente por el invisible soplo de aire caliente llegado del calorífero, y así permaneció hasta pronunciarse la sentencia.

Después del veredicto, los condenados se despidieron de sus defensores, evitando las miradas desconcertadas, lastimeras y confusas de estos últimos; luego, por un instante, se agruparon junto á la puerta y cruzaron breves frases.

—¡Esto no es nada, Vassia! ¡Pronto se acabará todo!—dijo Werner.

—¡Pero si yo no tengo nada, hermano!—respondió Kachirín con voz fuerte, tranquila y como alegre. En efecto, la cara había adquirido ligero color, y ya no parecía la de un cadáver.

—¡Que el demonio se los lleve! ¡De todas maneras nos han de ahorcar!—juró cándidamente Golovín.

—¡Era de esperar!—contestó Werner sin turbarse.

—Mañana darán el fallo definitivo y nos pondrán en la misma celda—dijo Tania para consolar á sus compañeros.—Permaneceremos juntos hasta la ejecución.

Mussia, en silencio, echó á andar con aire resuelto.

III

«No hay que ahorcarme...»

Quince días antes del proceso de los terroristas, el mismo Tribunal militar, pero compuesto de otro modo, había juzgado y condenado á muerte en la horca al campesino Iván Janson.

Iván Janson se había contratado como jornalero agrícola en casa de un granjero acomodado, y no se distinguía en nada de los otros pobres diablos de su clase. Era natural de Wesenberg, en Esthonia; desde hacía algunos años á la fecha, iba avanzando poco á poco hacia la capital, pasando de una granja á otra. Sabía muy mal el ruso. Como su amo era un ruso llamado Lazaref, y ninguno de sus compatriotas habitaba en las cercanías, Janson estuvo casi dos años sin hablar. Guardaba silencio con los animales como con las personas. Llevaba al abrevadero el caballo, y le atalajaba sin hablarle, girando alrededor de él perezosamente, con pasos cortos y vacilantes. Cuando el caballo se ponía á cocear, Janson le golpeaba cruelmente con su enorme látigo, sin chistar palabra. La bebida transformaba en furia su terquedad fría y malévola. Entonces el restallido del látigo, escandido por dolorosos pataleos de los cascos sobre las tablas del cobertizo, llegaba hasta la granja. Para castigarle por atormentar al animal, el amo pegaba á Janson; pero, no pudiendo corregirle, renunció á pegarle.

Janson se emborrachaba una ó dos veces al mes, en particular cuando conducía á su amo á la estación. En cuanto éste se metía en el vagón, Janson se apartaba media versta y esperaba á que el tren saliese.

Luego volvía á la estación y se emborrachaba en la cantina. Regresaba á la granja á todo galope, moliendo á golpes al infeliz rocín, soltando las riendas, cantando, gritando en esthonio frases incomprensibles. Silencioso á veces, con los dientes apretados, invadido por un torbellino de furor, de sufrimiento y de entusiasmo indecibles, iba como ciego en su carrera loca; sin consideración á los transeúntes, se disparaba á un aire insensato que no retardaba ni en las vueltas ni en los descensos.

Su amo pensó en despedirlo; pero Janson no pedía grandes salarios, y sus compañeros no valían más que él.

Un día recibió una carta escrita en esthonio. Como no sabía leer ni escribir, y nadie en los alrededores conocía esta lengua, Janson tiró la carta al estercolero con una indiferencia salvaje. También trató de cortejar á la criada de la granja, probablemente por sentir la necesidad de mujer; ella le rechazó, porque era bajo y enclenque, cubierto de pecas, y él cesó en seguida de ocuparse de ella.

Pero si hablaba poco, Janson escuchaba de continuo. Escuchaba los campos tristes y desolados, donde montículos de estiércol helado semejaban una serie de pequeñas tumbas cubiertas de nieves; escuchaba la lejanía azulada y límpida, los postes telegráficos sonoros. Sólo él sabía lo que dicen los campos y los postes del telégrafo. Escuchaba también las conversaciones de los hombres, los relatos de homicidios, de robos y de incendios.

Una vez, durante la noche, estando en la choza, sonó débil y lamentable la pequeña campana de la iglesia; elevábanse llamas. Unos malhechores, venidos no se sabe de dónde, saqueaban la granja vecina. Mataron al dueño y á su mujer, y prendieron fuego á la casa. Eso produjo inquietud en la granja donde vivía Janson: día y noche quedaban sueltos los perros;

el amo tenía un fusil al alcance de su cama. Quiso dar también un arma á Janson; pero éste, después de examinar el fusil, meneó la cabeza y se negó á cogerlo. El amo no comprendió que Janson tenía más confianza en la eficacia de su cuchillo finlandés que en aquella vieja y buena escopeta.

—¡Vuestra máquina me mataría á mí mismo!—dijo.

—¡No eres más que un imbécil, Iván!

Y este mismo Iván Janson, que desconfiaba de su fusil, una noche de invierno, mientras el otro jornalero se había dirigido á la estación, perpetró un triple crimen, con una sencillez asombrosa. Después de encerrar á la criada en la cocina, se acercó á paso de lobo al amo y le dió de cuchilladas por la espalda. El amo cayó sin conocimiento; su mujer se puso á gritar y á correr por la habitación. Enseñando los dientes y con el cuchillo en la mano, Janson comenzó á registrar maletas y cajones. Luego, como si hubiera visto á la mujer del amo por primera vez, se echó de pronto encima de ella para forzarla, aunque nunca se le había pasado por las mientes. Por fortuna, la mujer tenía más fuerzas que él: no sólo se resistió, sino que medio estranguló á Janson, quien durante la lucha había dejado caer el cuchillo. En estas y las otras, el amo recobró el sentido, y la criada apareció después de echar abajo la puerta de la cocina. Janson huyó. Se apoderaron de él una hora más tarde: agachado en un rincón del cobertizo, trataba de poner fuego á la granja.

El granjero falleció pocos días después de esa tragedia. Janson fué juzgado y condenado á muerte. En el tribunal, diríase que no comprendía el sentido de lo que pasaba: miraba sin curiosidad la gran sala imponente, y se metía en la nariz un dedo encogido. Los que le habían visto el domingo en la iglesia eran los únicos que podían adivinar que se había aseado un poco: llevaba una corbata de punto, de un rojo sucio; en algunos puntos tenía los cabellos lisos y obscuros; en lo demás formaban mechones claros y raquíticos, semejantes á manojos de paja en un campo inculto y devastado.

Cuando se pronunció el veredicto de pena de muerte en la horca, Janson se emocionó de pronto. Enrojecióse violentamente, se puso á desatar y anudar otra vez la corbata, como si le ahogase. Luego agitó los brazos sin saber por qué, y declaró á uno de los jueces, señalando al presidente que había leído la sentencia:

—*Ella* ha dicho que es preciso ahorcarme...

—¿Quién es «ella»?—preguntó el presidente, con voz de bajo profundo.

Janson apuntó al presidente con el dedo y respondió con ra, mirándole por bajo:

—¡Tú!

—¿Cómo?

De nuevo Janson volvió los ojos hacia aquel de sus jueces en quien adivinaba un amigo, y repitió:

—*Ella* ha dicho que es preciso ahorcarme. No hay que ahorcarme...

—¡Llévense al condenado!

Pero Janson aún tuvo tiempo de repetir con tono grave y convencido:

—¡No hay que ahorcarme!

Y tenía un aire tan estúpido, con el dedo extendido, con la fisonomía irritada, á la cual en vano trataba de dar gravedad, que el soldado de la escolta, violando la consigna, le dijo á media voz arrastrándole:

—¡Puedes echártelas de ser un famoso imbécil!

— ¡No hay que ahorcarme! — repitió obstinadamente Janson.

Encerráronle de nuevo en la celda donde había pasado un mes, y á la cual se había acostumbrado como se acostumbraba á todo: á los golpes, al aguardiente, al campo desierto y nevado, sembrado de montículos redondos semejantes á tumbas. Hasta sintió placer en mirar de nuevo su cama, la ventana con reja, y en comer lo que le dieron; no había tomado nada desde la mañana. Ciertamente que el suceso del tribunal era des-

agradable, pero no sabía pensar en ello. No se representaba del todo qué era la muerte en horca.

—¡Vaya, hermano, te ahorcan!—le dijo su carcelero, con una benevolencia irónica.

—¿Y cuándo me ahorcarán?—preguntó Janson incrédulo.

El carcelero reflexionó:

—¡Oh, espera, hermano! ¡Necesitas compañeros; no se molesta por uno sólo, y sobre todo por un buen hombre como tú!

—Entonces, ¿cuándo?

No estaba ofendido porque no se quisieran tomar la molestia de ahorcarle á él solo; no creía en ese pretexto, convencido de que se difería la fecha de la ejecución nada más que para indultarle en seguida.

—¿Cuándo? ¿Cuándo?—repitió el guardián.—No se trata de ahorcar á un perro, que se arrastra detrás de un cobertizo y se despacha de golpe! ¡Eso es lo que tú quisieras, imbécil!

—Pues no, ¡yo no quiero eso!—replicó Janson con una mueca alegre. —*¡Ella* es quien ha dicho que es preciso ahorcarme; pero yo, yo no quiero eso!

Y por vez primera en su vida quizá, echóse á reir, con una risa estridente y estúpida, pero terriblemente alegre. Parecía que un ganso se había puesto á gritar. El carcelero miró pasmado á Janson y luego frunció el entrecejo: esa alegría bestial de un hombre á quien debían ajusticiar, insultaba á la prisión y al suplicio mismo, los hacía ridículos. Al viejo guardián, que se había pasado toda la existencia en la prisión y consideraba las leyes carcelarias como si fuesen las de la naturaleza, le pareció que la prisión y la vida entera eran una especie de casa de locos, de los cuales era el mayor el vigilante.

—¡Que el demonio te lleve!—dijo, escupiendo al suelo.—¿Por qué enseñas los dientes? ¡No estás aquí en la taberna!

Janson seguía riéndose:

—¡Y yo, yo no quiero eso! ¡Ja, ja, ja!

—¡Satanás!—replicó el vigilante, haciendo la señal de la cruz.

Durante toda la velada, Janson estuvo tranquilo y hasta alegre. Repetía sin cansarse: «No hay que ahorcarme.» Y esta frase era tan convincente, tan irrefutable, que no se inquietaba por nada. Desde hacía mucho, se había olvidado de su crimen; sólo á veces sentía no haber conseguido forzar á la mujer. Bien pronto ya no pensó más en ello.

Cada mañana preguntaba Janson cuándo sería ahorcado, y todas las mañanas le respondía con cólera el guardián:

—¡Tiempo tienes!

Y salía á escape, antes de que Janson se echara á reir.

Gracias á este cambio de palabras invariables, Janson se persuadió de que la ejecución no llegaría á ocurrir nunca.

Durante días enteros permanecía acostado, soñando vagamente con los campos desolados y cubiertos de nieve, con la cantina de la estación y también con cosas más lejanas y más luminosas. Como en la prisión estaba bien alimentado, se puso gordo.

—Ahora me amaría ella—decía para sí, pensando en la mujer de su amo. —Ahora estoy tan gordo como su marido.

No tenía más que un solo deseo: beber aguardiente y correr como un loco por los caminos con su caballo lanzado á todo galope.

Cuando los terroristas fueron detenidos, toda la prisión lo supo. Un día, al hacer Janson su habitual pregunta, el vigilante le respondió bruscamente con voz iracunda:

—Pronto será. Me parece que dentro de una semana.

Janson se puso pálido; la mirada de sus ojos vidriosos se enturbió de tal manera, que parecía estar completamente dormido. Preguntó:

—¿Te chanceas?

—Hasta ahora, no podías aguardar el momento; hoy dices que yo me chanceo. Entre nosotros no se toleran las chanzas. Vosotros sois los que gustáis de las chanzas, pero nosotros no las aguantamos—replicó el guardián con dignidad, alejándose.

Cuando llegó la noche, Janson había enflaquecido. Su arru-

gada piel, que se había vuelto lisa durante algunos días, habíase contraído en mil pequeñas arrugas. La mirada se había apagado. Los movimientos se efectuaban con lentitud, como si cada oscilación de cabeza, cada actitud del brazo, cada paso, hubieran sido una empresa difícil y que era necesario primero estudiar á fondo. Por la noche, Janson se echó en su catre, pero estuvo sin pegar los ojos; hasta la mañana permanecieron abiertos.

—¡Ah!—exclamó el vigilante al verle el siguiente día.

Con la satisfacción del sabio á quien acaba de salirle bien una nueva experiencia, examinó con atención al acusado; ahora todo iba según la regla. Satanás quedaba lleno de vergüenza; la santidad de la prisión y del suplicio era manifiesta. Indulgente, hasta lleno de sincera lástima, el viejo preguntó:

—¿Quieres ver á alguien?

—¿Para qué?

—Para decirle adiós... Por ejemplo, tu madre, tu hermano...

—No hay que ahorcarme—declaró Janson en voz baja, echando al carcelero una mirada oblicua;—¡yo no quiero eso!

El vigilante le miró sin decir palabra.

Janson se calmó un poco cuando llegó la tarde. El día se asemejaba tanto á los demás días, el cielo invernal y nebuloso brillaba tan como de costumbre, era tan familiar el ruido de pasos y de conversaciones que resonaba en el corredor, que Janson dejó de creer en la ejecución. En otro tiempo acogía á la noche con sosiego, como la hora en que era preciso dormir. Al presente, tenía conciencia de su esencia misteriosa y amenazadora. Para no creer en la muerte, es necesario ver y oir en derredor de sí el movimiento habitual de la vida: pasos, voces, luz. Ahora todo era extraordinario para él; ese silencio, esas tinieblas parecían ser los de la muerte inevitable. Enloquecido, subía el primer peldaño del patíbulo.

El día y la noche le aportaban alternativas de esperanza y de temor; lo mismo le ocurrió hasta la tarde en que sintió, en

que comprendió que la muerte llegaría dentro de tres días, en el momento de salir el sol.

Jamás había pensado en la muerte; para él no tenía forma. Pero de hora en hora sentía con claridad que había entrado en la celda, que le buscaba á tientas. Para escaparse de ella se puso á correr.

El calabozo era tan pequeño que los ángulos parecían rechazar á Janson hacia el centro. No podía esconderse en ninguna parte. En varias ocasiones, Janson golpeó las paredes con la espalda; una vez chocó contra la puerta. Osciló, dió de bruces contra el suelo y sintió que la muerte le agarraba. Pegado al suelo, con la cara tocando en el asfalto sucio y negro, Janson se puso á aullar de terror hasta que acudieron. Así que le levantaron, le sentaron en la cama y le espurrearon con agua fría, no se atrevió aún á abrir los ojos. Entreabría uno solo, percibía un rincón vacío y luminoso de la celda, y volvía otra vez á aullar.

Pero el agua fría iba haciendo su efecto. Además, el guardián de servicio golpeó paternalmente á Janson en la cabeza varias veces. Esta sensación de vida alejó la idea de la muerte. Janson durmió profundamente el resto de la noche. Durmió tendido de espaldas, con la boca abierta, dando ronquidos sonoros y largos. Por entre los párpados mal cerrados veíase el ojo blanquecino, como aplanado y muerto, sin pupila.

Después, el día, la noche, las voces, los pasos, todo llegó á ser para él un horror continuo que le sumía en un estado de asombro salvaje. Janson no pensaba en nada, ni siquiera contaba las horas; simplemente era presa de un terror mudo ante esta contradicción que enloquecía su cerebro: hoy la vida, mañana la muerte. Ya no comía nada, había dejado por completo de dormir; con las piernas cruzadas bajo el asiento, temeroso, permanecía sentado toda la noche en un taburete, ó se paseaba con paso furtivo por la celda.

Los carceleros habían cesado de prestarle atención.

—Se ha vuelto sordo; en lo sucesivo no sentirá ya nada

hasta el momento de morir—explicó el viejo carcelero, examinándole con su mirada experta.

—Iván, ¿oyes? ¡Eh, Iván!

—¡No hay que ahorcarme!—respondió Janson con voz blanca; su mandíbula inferior colgaba.

—Si no hubieras matado, no te ahorcarían—dijo en tono reprobatorio el carcelero en jefe, hombre todavía joven, importante y condecorado.

—¡Has matado para robar, y no quieres que te ahorquen!

—¡Yo no quiero!

—En lugar de decir necedades, mejor harías en disponer de lo que poseas. ¡Debes de tener alguna cosa!

—¡No tiene nada: una camisa, unos calzoncillos y una gorra de piel!

Así pasó el tiempo hasta el jueves. Y el jueves á media noche, un gran número de personas entraron en la celda de Janson. Un señor con hombreras de paño le dijo:

—¡Prepárate! ¡Hay que partir!

Siempre con la misma lentitud y la misma indolencia, Janson se puso la ropa que tenía, y se rodeó el cuello con la corbata sucia. Al mirarle vestirse, el señor de las hombreras, que fumaba un pitillo, dijo á uno de los asistentes:

—¡Qué calor hace hoy! ¡Es la primavera!

Los ojos de Janson se cerraron; se aletargaba por completo. El viejo guardián gritó:

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Despacha! ¡Te duermes!

De pronto Janson se quedó inmóvil.

—No hay que ahorcarme—dijo con indolencia.

Se puso á andar sumiso encogiéndose de hombros. En el patio le sobrecogió el aire húmedo y primaveral; el deshielo había comenzado, y gotas de agua caían con ruido alegres é innumerables. Mientras que los gendarmes subían al coche sin linterna, encorvándose y metiendo ruido con el sable, Janson se pasaba perezosamente el dedo por debajo de la nariz con destilación, y se arreglaba la corbata mal anudada.

(Continuará.) LEONID ANDREIEF

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO —Costumbres: Color de librea. — Literatura: La mujer y el sentimiento del amor en Mallarmé. — Ciencias éticas: La moral de la Naturaleza.—Lingüística: La lengua del caló (*argot*).—Filantropía: Mecenatismo americano.—Impresiones y notas: La idea de *verdad* en el pragmatismo.—Los robos en los grandes almacenes.

COSTUMBRES

Color de librea.—La interpretación alegórica de los colores, como dice en la *Rivista d'Italia* Amós Parducci, fué, con la de las flores, una ocupación bastante extendida y agradable en la más elegante sociedad cortesana, especialmente en los siglos xv y xvi. Esta interpretación, como afirma á fines del siglo xvi Equícola, variaba bastante entre los italianos, españoles y franceses, discutiéndose si eran más acertados unos ú otros símbolos, como puede verse en la obra de Cian, *Del significado de los colores y de las flores en el Renacimiento italiano* (Turín, 1894). Sabido es que con los Valois la vida de corte se hizo fastuosísima, pues á aquel tiempo pertenece la princesa Isabel, que jamás llevó dos veces el mismo vestido, y el refinadísimo Enrique III con sus *mignons*. El lujo lo dominó todo, y las variaciones del traje masculino, tan pronto largo como corto, y estrecho como ancho, con su variedad de calzados y sombreros, objetos de adorno y armaduras, excedió á cuanto

hoy puede verse en las variaciones del traje femenino. Las fiestas eran maravillosas y todo se prestaba á ello: bautismos, funerales, recepciones, revistas y paradas. Los cortejos reales recorren las calles en magníficos vestidos estupendamente soberbios, precedidos de parejas de bailarines fastuosamente engalanadas, por entre casas adornadas con alfombras, colchas y colgaduras, mientras las fuentes que se hallaban al paso lanzaban por sus surtidores arroyos de vino y de hipocrás, y del suelo brotaban delicados efluvios de plantas olorosas que embalsamaban el ambiente.

Donde, sobre todo, se desfogan los colores, es en las representaciones al aire libre y los bailes: paño y color dan al hombre honor, se decía en aquel tiempo. Algunos de esos colores, como el amarillo y el verde, pasan de las espaldas de los bufones á las de los grandes señores y á las del mismo rey. Carlos VII tenía pasión por el verde, al que luego asoció el rojo y el blanco; Luis XI conservó esos mismos colores, aunque sustituyendo á veces el negro al verde; Carlos VIII adoptó el amarillo y el rojo; pero después de su matrimonio con Ana de Bretaña les unió el violeta y el blanco; su librea, sin embargo, cambió con frecuencia, y esa fué semejante á la de Luis XI, ora roja y curtida, ora blanca y gris; Ana de Bretaña llevaba el rojo, negro y blanco; Luis XII tomó de ella el blanco y el rojo y le añadió el amarillo; Francisco I, que primeramente llevaba turquí, vermejo y cuero, lo reemplazó con el violeta, amarillo y encarnado; Enrique II, por complacer á Diana de Poitiers, llevó el blanco y negro de la «bella viuda»; Catalina de Médicis sintió predilección por el verde; Carlos IX, por el blanco, turquí y encarnado, y Enrique III, por el amarillo y violeta. La gente de iglesia y los nobles y hasta los artesanos enriquecidos por la industria y el comercio, rivalizaban en sus fiestas con las de la corte, ostentando sus trajes no menor variedad de colores.

El simbolismo de los colores tenía forzosamente que desarrollarse en semejante sociedad, y se desarrolló en efecto,

como lo muestra un tratado anónimo del siglo XV, que completa el célebre heraldo de armas Sicillo. He aquí uno de sus párrafos: «En primer lugar, señora ó señorita debe tener las pantuflas ó zapatos de color negro, que denota sencillez, porque el color más simple de todos es el negro, lo que demuestra á las damas que deben marchar con toda sencillez y no con orgullo. Después, la dama de cualquier estado que sea, debe llevar las calzas de color violeta, que significa perseverancia, á causa de que el violeta es medio entre el negro y el rojo, y tiene más del rojo que del negro, siempre subiendo; así, la perseverancia debe subir siempre, cada vez más; de cuya virtud, la dama debe estar adornada y llena, perseverando y caminando en todas las buenas obras. Luego hay que tener las ligas de librea, que serán de blanco y negro, denotando firme propósito de perseverar en la virtud; así que blanco y negro nunca cambian de color naturalmente; por lo mismo, el propósito debe ser firme sin cambiar, el cual debe ligar la calza de perseverancia; la camisa debe ser de lino blanco como la nieve, que significa la honestidad que debe haber en una dama, no manchada por ningún vicio ni pecado. Después de estas cosas, la cota debe ser de damasco blanco, que nos demuestra que la dama debe ser casta y pura de cuerpo, no manchada por pecado de lujuria, como el blanco tampoco sufre mancha sobre sí.

»Item, debe ser la pieza de delante de color rojo ó carmesí, que será llamada la pieza de buen pensamiento ardiente y caldeada hacia Dios, que debe tener siempre en su corazón. Y para ser más perfecta, tendrá el cordón ó lazo de color azul, lo que demuestra que la lealtad, denotada por el azul, debe enlazar y encerrar todo el cuerpo de una dama. Del semicinto, el tejido será negro, significando magnanimidad de aliento, que debe tener la dama en todas las cosas. La bolsa debe ser de paño de oro, rodeada de piedras preciosas que significan liberalidad; el traje, para una gran dama, debe de ser de paño de oro, que representa apostura; pues así como el oro atrae las

miradas de las gentes, así la apostura de una dama es causa de que sea solicitada y mirada. Los guantes serán rojos, lo que significa caridad, la cual se reparte por las manos de una buena señora. El adorno de tocado será de color negro, que se dice el pensar en la muerte. El cinturón es de color amarillo, que significa goce de buen amor entre la dama y su señor. Las lentejuelas, que se ponen alrededor del adorno, serán de oro, y se dicen riqueza de corazón. Los templitos por último, que se ponen alrededor de la cabeza, deben ser encarnados, que significa prudencia que toda dama debe tener en su entendimiento.»

Estas modas y esta manera de discurrir sobre los colores, es natural que excitara la fantasía de los poetas cortesanos; así, Clemente Marot decía de los adoptados por su madre: «Los colores de sus vestidos, sin decir palabra, exponen sus dolores—pues el *negro* dice la firmeza de los corazones; *gris*, el trabajo, y *cuero*, la languidez.» La poesía popular refleja estas costumbres, como puede verse en el *Cancionero Luqués*, especialmente en la titulada «Canción de los colores»:

«I. El *verde* en la boda,—llevándolo por esperanza,—en lugar de esperanza,—da desesperación.

»II. El *gris* no tendrá poder—de subírseme encima,—pues en lugar de aligerarme—me hace llevar trabajo.

»III. Del *encarnado* reniego—y no quiero llevarlo más;—demasiada gran melancolía—me hace llevar.

»IV. El *cuero*, os aseguro—es demasiado feo color,—y de él no me cuido,—pues no es más que dolor.

»V. Al *naranjado* no me inclino,—que es muy de vituperar,—amigo que gusta pegarla—no podrá tener fortuna.

»VI. Del *azul* no quiero proveerme—por su gran belleza;—un amigo debe tener—en amor lealtad.

»VII. El *negro* hará conocer—la firmeza de tener;—un verdadero amigo—debe estar detenido en un lugar.

»VIII. El *blanco* será para mí.—Yo lo he querido elegir—porque significa fe—que en amor quiero tener.

»IX. Del *amarillo* la alianza—deseo frecuentemente;—saber el goce—es contento.

»X. *Violeta* es bello color;—amor lo llevará.—Y para honrarle,—mi amiga lo llevará.

»XI. *Rojo* es bello color;—quien de él se quiere proveer,—amigo amante de honor,—debe tener alto querer.»

Resumiendo los datos recogidos en las canciones populares, podemos asignar á los diversos colores usados en el Renacimiento los símbolos siguientes:

Blanco.—Es «fe en amor», en L. (1) 43; «color de luto», en *roi Renaud;* porque con él debe vestirse la señora cuando se la va á anunciar la muerte de su esposo; «de alegría», juntamente con el amarillo, en L. 177; porque debe ser sustituído por el negro, que el hombre tomará por dolor cuando sepa que se ha casado su dama predilecta.

Azul.—«Falta de lealtad», en L. 43; «gran belleza», en L. 207; «alegría de amor», en W. 25.

Gris.—«Alivio», en L. 43; «lindo color», en W. 250; con él se vestirá una enamorada, y hará, unido al negro, su librea, para mostrar el gran dolor que sufre cuando haya perdido á su amigo por motivos de maledicencia, en G. P. CXX; es el color que lleva, unido al cuero, un «aburrido... de esperanza», en G. P. LXXXVII; y «tristeza» en el *roi Renaud.*

Encarnado.—«Melancolía», en L. 43.

Amarillo.—«Goce de contento», en L.43, y «contento», en L. 207 y 177.

Negro.—«Firmeza», en L. 43; «gran dolor», en G. P. CXX, L. 177, W. 25.

Naranjado.—Lo lleva en L. 43 «amigo que gusta pegarla»; y también lo viste «un amante *paciente*» y «rey de los

(1) L. *Cancionero Luqués.*—W. Weckerlin, *La antigua canción popular en Francia.*—G. P. Gastón París. *Canciones del siglo XV.*—H. Haupt, *Canciones populares francesas.*

desgraciados», porque ha sido hecho prisionero y ha oído de la boca misma de su dama: «me voy á hacer monjita en este conventito», en W. 293.

Rojo.—«Honor», en L. 43; «esperanza y alegría», en *roi Renaud.*

Cuero.—«Dolor», en L. 43; «perseverancia», en L. 207.

Verde.—«Esperanza», en L. 43, y en *roi Renaud*, de H; «traje verde», dice la *mignonne* de W. 360, es el traje de «muchacha abandonada».

Violeta.—«Amor», en L. 43.

LITERATURA

La mujer y el sentimiento del amor en Mallarmé.—Entre los amigos de Mallarmé los hay de varias clases: los influídos por la autoridad de sus críticos favoritos, y más, acaso, por la incomprensión de los contrarios; estos amigos quieren á un autor, porque tal gran poeta ha afirmado su predilección ó tal gran crítico la ha denigrado. Luego viene el pequeño número de los privilegiados que conocieron al maestro y su seductora conversación: cuando se acercan á su obra, ésta, transfigurada, toma de tal gesto ó de tal entonación, evocados por el recuerdo, un encanto y una luz ocultos para el lector que no conoce más que el libro. Este lector, si se declara amigo de Mallarmé, forma la categoría más interesante; porque su juicio es personal y no se halla inspirado más que en la influencia del poema mismo. Ninguna ciega devoción impide á este lector, como dice en el *Mercure de France* Pablo Delior, ser, ante todo, sincero consigo mismo, discutiendo su propia admiración y su causa. Conviene ser tímido con la belleza y esperar á que consienta en revelarse á nuestros ojos; pero se debe tener el valor, cuando no nos dice nada, de confesarlo, sin echar á nadie la culpa de que esa belleza se niegue á descubrirse á nuestra alma; precisamente cuando uno se halla eman-

cipado de toda influencia, y no pesa en el espíritu ningún prejuicio, es cuando se halla uno en mejores condiciones de apreciar el valor de un autor con absoluta independencia de sus condiciones personales, y sin otra preocupación que el valor objetivo de sus obras.

El amor se expresa por la voz inspirada de los poetas. Ellos son los que nos ayudan á amar, como ha dicho Gastón París. Nuestra alma es como un arpa abandonada que espera al músico que sepa tocarla. Llega un día en que á ciertas almas, hasta entonces vacías, habitadas por el silencio, se revela toda la posibilidad de sufrir ó de gozar que en ellas había. ¡Qué insignificantes serían nuestros amores, si no supiéramos engrandecerlos con todo el ideal que los poemas llevan sobre sus alados ritmos!

La obra de Mallarmé está llena de misterio y de sonoridades inesperadas. Hay que escuchar mucho tiempo esta voz antes de recoger todos sus matices melódicos; pero, iniciada nuestra paciencia, le es lícito percibir en su admirable diversidad una de las músicas más extensas y más nuevas que jamás se hayan cantado. El poeta que se había propuesto «acabar la transposición en el libro de la sinfonía», ha compuesto, según Delior, á quien dejamos por completo la responsabilidad de estos juicios, la más sutil y más rica orquestación verbal que exista. El valor melódico de las palabras, plenamente utilizado, da al verso de Mallarmé la persuasión *encantatoria* que buscaba. Más allá del sentido inmediato, hay otro más misterioso que se desprende de la mágica sugestión de las sonoridades. Son oboes nostálgicos, elegías de flautas, ardores apasionados y tristes de violines, y hasta esos rumores que el viento produce entre las cañas, donde la perseguida Sirinx ejecuta su metamórfosis, y se convierte en un medio de quejumbrosa armonía.

Una voz, sin embargo, falta quizá en este concierto, la única tal vez cuyos acentos hacen resonar habitualmente los poetas. Mallarmé no es un poeta del amor, ni siquiera un poeta,

si se da á esta palabra el sentido estricto de confesor ingenuo de nuestras almas. ¿Hay que ver en él únicamente un sabio mosaísta, arreglador en rara aproximación de piedras preciosas, en que pueden embriagarse nuestros ojos, pero por las que nunca se interesa nuestro corazón? No podía ser otra cosa, dada su concepción estética y su voluntad siempre consciente, de un arte de evocación y de misterio, de una forma nueva, rica en armonías, luces, olores y conceptos; tan complicado propósito es incompatible con el lirismo. El verdadero poeta es un alma inconsciente, un alma visitada por Dios y que canta tan naturalmente como los pájaros. La voz del amor la escucharemos en Mallarmé, pero nada oiremos que nos parezca impregnado de emoción sincera, ni nacido en lo íntimo del corazón. La mujer, sin embargo, ocupa en sus obras el puesto privilegiado que los líricos la conceden. ¿Cómo ha pintado Mallarmé á la mujer? ¿Cómo la ha amado en su arte? Este es el principal objeto de las notas de Delior.

Las preferencias de los poetas son diversas; varían de hombre á hombre con cada sensibilidad. De Verlaine, ese pagano místico, se ha dicho que era el poeta de las manos; Rodenbach embarcó su alma en el sueño y el misterio de los ojos; y cuando Mallarmé ha mirado á la mujer, ha quedado fascinado por uno de sus encantos, la cabellera. En *Aparición*, no ve de la bienamada más que su «chapeau de clarté» (no lo traducimos por lo prosaico de la imagen):

J'errais donc l'œil rivé sur le pavé vieilli
Quand avec du soleil aux cheveux... (1).

Placet Futile elogia á la mujer diciendo:

Blonde dont les coiffeurs divins sont des orfèvres... (2).

(1) Vagaba, pues, con la mirada clavada en el vetusto pavimento—cuando con sol en los cabellos...

(2) Rubia cuyos divinos peluqueros son orfebres...

También llama á la cabellera «tibio río» y «rubio torrente»; pero para él vale sobre todo, por «su esplendor fatal y su macizo aspecto». No la muestra viva, movediza, ni dice como Hugo: «Todo el mar parecía flotar en sus cabellos»; ni como Banville: «Sus cabellos se parecen á las olas del mar». En él, el agua está fija, semejante á oro «para siempre virgen de aromas». El soneto *Angustia* es uno de los raros gritos del artista; pero al evocar el cuerpo del animal querido, se fija ante todo en sus crines:

Je ne viens pas ce soir vainere ton corps, ô bête,
En qui vont les péchés d'un peuple, ni creuser
Dans tes cheveux impurs une triste tempête
Sous l'incurable ennui que verse mon baiser (1).

En *Tristeza de verano*, dice:

Le soleil sur le sable, ô lutteuse endormie,
En l'or de tes cheveux chauffe un bain langoureux (2).

En el mismo, más adelante, añade:

Mais ta chevelure est une rivière tiède
Où noyer sans frissons l'âme qui nous obsède
Et trouver ce Néant que tu ne connais pas (3).

Por último, en *Herodiada*, el cántico á la gloria de la cabellera, encuentra su expresión más significativa:

Le blond torrent de mes cheveux immaculés
Quand il baigne mon corps solitaire le glace

(1) No vengo esta noche á vencer tu cuerpo, ¡oh bestia!—en quien van los pecados de un pueblo, ni á abrir—en tus cabellos impuros una triste tempestad—bajo el incurable aburrimiento que derrama mi beso.

(2) El sol sobre la arena, ¡oh luchadora adormecida!,— en el oro de tus cabellos caldea un baño lánguido.

(3) Pero tu cabellera es un río tibio—donde anegar sin calofríos el alma que nos asedia—y encontrar esa Nada que no conoces.

D'horreur, et mes cheveux que la lumière enlace
Sont inmortels.
. . . . . .
Viens, et ma chevelure imitant les manières
Trop farouches qui font votre peur des crinières,
Aide-moi, puisqu'ainsi tu n'oses plus me voir,
A me peigner nonchalamment dans un miroir.
. . . . . .
Je veux que mes cheveux qui ne sont pas des fleurs
A répandre l'oubli des humaines douleurs,
Mais del'or, à jamais vierge des aromates,
Dans leurs éclairs cruels et dans leurs pâleurs mates,
Observent la froideur stérile du métal,
Vous ayant refletés, joyaux du mur natal,
Armes, vases, depuis ma solitaire enfance.
. . . . . .
Métaux qui donnez à ma jeune chevelure
Une splendeur fatale et sa massive allure!
. . . . . .
J'aime l'horreur d'être vierge et je veux
Vivre parmi l'effroi que me font mes cheveux... (1).

Leyendo ciertas notas precisas, es lícito dudar que Mallarmé, cuya poesía es tan plástica, haya sido un visual que haya sabido ver al modo de un pintor. Esas palideces mates de que habla Herodías, dice Delior que únicamente pueden

(1) El rubio torrente de mis cabellos inmaculados,—cuando baña mi cuerpo solitario, lo hiela—de horror, y mis cabellos que la luz enlaza—son inmortales...=Ven y mi cabellera imitando las maneras—demasiado feroces que hacen vuestro miedo de las crines—ayúdame, puesto que así no te atreves ya á verme—á peinarme al descuido en un espejo...=Quiero que mis cabellos, que no son flores—que esparzan el olvido de los humanos dolores,—sino oro, siempre virgen de aromas—en sus crueles relámpagos y en sus palideces mate,—observen la frialdad estéril del metal—habiéndoos reflejado, joyeles del muro natal—armas, vasos, desde mi solitaria infancia...=Metales que dais á mi joven cabellera—un esplendor fatal y su macizo aspecto...=Me complace el horror de ser virgen, y quiero—vivir entre el espanto que me dan mis cabellos...

atribuirse á la consonancia (*aromates-mates*), preguntándose si es posible encontrarlas en la gama de los rojos y de los rubios. No se comprende realmente la extrañeza de Delior, pues Mallarmé presenta el contraste del brillo y del mate del cabello, y nada hay más exacto en cualquier cabellera, según los efectos de la luz.

En *La Tarde de un fauno*, se ve que

> le splendide bain des cheveux disparaît
> dans les clartés et les frissons, ô pierreries! (1);

y en el mismo, algo más lejos, la cabellera es «una alegre y tutelar trenza». En un soneto, la cabellera aparece «como un casco guerrero de emperatriz niña»; y en otro habla de que tiene «tu cabellera desnuda para hundir mis ojos contentos».

Para un poeta que no ha publicado más de unas cincuenta poesías, se ve que la cabellera de la mujer es su pesadilla, y que constituye su preferencia literaria.

Mallarmé carece de originalidad en la expresión de los movimientos del corazón, y su acento es de perfecta indiferencia y frialdad; su melancolía es puramente decorativa, y la mujer en sus versos queda como borrada ante la decoración en que aparece. El único grito que se encuentra bodelerescamente expresado es el de *Angustia:* «Tú que sobre la nada sabes más que los muertos.» Pero ese grito no es sincero, ó, por lo menos, no nos conmueve.

Explicando el simbolismo, Mallarmé decía: «Los parnasianos toman la cosa enteramente y la muestran, y por ende, carecen de misterio; quitan al espíritu la alegría deliciosa de creer que crean. Nombrar un objeto es suprimir los tres cuartos del goce del poema que está hecho del placer de adivinar poco á poco. Sugerirlo: ese es el sueño.» ¿Ha realizado el poeta ese sueño? En el fondo, Mallarmé ha seguido siendo parna-

(1) El espléndido baño de cabellos desaparece—en las claridades y estremecimiento, ¡oh, pedrerías!

siano. A veces se percibe la impresión de misterio que busca; pero el juego de luz y sombra no procede de la palabra; es sintáxico por el giro elástico de la frase, y sobre todo *intelectual* por la omisión en la serie de asociaciones de ideas ó de imágenes de algunos eslabones intermediarios. Mallarmé es todo inteligencia. Quizá tal artista ha podido, deliberadamente, consagrarse á velar el rostro de su pasión; quizá no es más que una mentira. ¡Qué vergüenza si hubiera consentido en entregar á la piedad vulgar el sentimiento en que se hubiera confesado su corazón «en su pudor tiritante de estrella»! Hubiera sido inelegante obrar de ese modo con «el rebaño feliz de los hombres».

Mallarmé, cuya positiva esterilidad, reconocida por él repetidas veces, es innegable, otorga á la mujer el puesto que la corresponde en la labor de todo poeta; pero no la ama por sí mismo, no percibe su belleza sino como resonancia ó reflejo de otras cosas. Canta á los ojos pensando en pedrerías; engrandece la cabellera pensando en metales preciosos.

CIENCIAS ÉTICAS

La moral de la Naturaleza.—Juan Finot, el conocido director de *La Revue*, de París, ha escrito un prefacio para la colección de conferencias que la sociedad de *La moral de la Naturaleza* va á publicar para dar á conocer el objeto y las bases de la nueva doctrina, que cuenta con numerosas adhesiones de uno y otro lado del Canal de la Mancha.

¿Qué es la moral de la Naturaleza?, se pregunta Finot. Todos lo sabemos, se contesta: es la ciencia que nos enseña la necesidad de hacer el bien y de evitar el mal, enseñándonos de paso lo que es el mal y lo que es el bien. Pero ¿y la Naturaleza? ¿Hay algo más enigmático, más complejo, más indescifrable? Los siglos que se suceden no son sino cementerios sucesivos de las verdades queridas por las generaciones anterio-

res. ¿Qué ha sobrenadado de las conquistas más arrogantes de nuestro intelecto desde hace algunos siglos? La tierra es una gota de lodo, con relación al universo. Nuestro sistema solar, del que tanto nos envanecemos, no representa acaso sino la magnitud de un simple guijarro comparado con la cordillera de los Pirineos. Tenemos el sol á ciento cincuenta y nueve millones de kilómetros, y entre el sol y la estrella más próxima á nosotros, media un espacio de cuarenta y un mil millones. ¿Qué pasa en esa extensión inmensa, doscientas setenta y cinco mil veces mayor que la distancia que separa la tierra del sol? Misterio. Giramos desde hace siglos con velocidad vertiginosa, y avanzamos cada día un millón seiscientos veinte mil kilómetros hacia la constelación de Hércules; ante este viaje forzado y sin descanso, palidecen todas las excursiones de nuestra imaginación. Y si esta ciencia, la Cosmografía, la más segura de todas, según Comte, nos muestra que lo que sabemos no es nada respecto á lo que no sabemos, ¿cómo extrañarnos de que no acertemos á dar un paso sin tropezar con charadas indescifrables?

De todas las ciencias se desprende la misma imposibilidad de explicar, y hasta de conocer la existencia de los fenómenos. En el momento actual, ni siquiera sabemos cómo se forman nuestras percepciones y nuestras sensaciones. A pesar de todo, la moral de la Naturaleza tiene su razón de ser. «El hombre es una partícula de la Naturalsza, y está sometido á las mismas leyes que el resto del universo. El objeto de la Naturaleza es la vida más activa, más moral y más inteligente posible. El bien será, pues, todo lo que contribuya al acrecentamiento de la vida, al pleno desarrollo físico, estético, moral é intelectual; el mal es todo lo que aminora la vida, y la moral de la Naturaleza tendrá por objeto realizar la plena expansión del sér.»

Todas estas verdades, recogidas por Finot, las ha encontrado en una obra llena de «verdades inesperadas», que á nosotros nos producen el mismo efecto que el del descubrimiento

del Mediterráneo por el jovenzuelo saboyano, que recorre por primera vez las playas de la Côte d'Azur. Todo eso, en efecto, estamos hartos de saberlo, con sus definiciones, divisiones y clasificaciones, por cualquier libro escolar de Filosofía moral, y no hemos necesitado para averiguarlo ni la organización de los amigos de «La Moral de la Naturaleza», ni la aparición de Carlos Wagner con su *Vida sencilla*, ni la del doctor Pedro Regnier, ni la de la *Escuela de Psicología* del doctor Berillón, ni siquiera la de los *Documentos del progreso* del doctor Broda. Nos bastaba con los *Mandamientos de la Humanidad* de Tiberghien, por no subir hasta el Sermón de la Montaña de Jesucristo, ó hasta las Tablas de la Ley de Moisés; y no hablamos de Confucio ni de Laotz, ni siquiera de Séneca ó de Marco Aurelio, de Zenón ni de Platón, por haber sido más restringida la influencia de todos estos personajes en la civilización contemporánea. Es verdaderamente triste que en una nación que ha tenido bien recientemente un hombre como Julio Simón, y un libro como *La Moral*, después de veinte siglos de cristianismo, se den como *verdades inesperadas* la colección de preceptos que nos da Finot como resumen de «La Moral de la Naturaleza».

Procura explicar Finot la rápida marcha de la enseñanza de la nueva (¡!) enseñanza. Es, dice, que al lado de la moral religiosa que muchos, con razón ó sin ella, rechazan, y de la moral laica, que á tantos asusta, había un vasto dominio habitado por los indiferentes, y predicando una doctrina que conserva los mandamientos de la moral religiosa (¿dónde está entonces la novedad?) y no rechaza tampoco las razones de la moral independiente (¿qué queda entonces en la nueva escuela de nuevo?), ha conquistado ese dominio.

Las razones de «La Moral de la Naturaleza» se basan en las conquistas de la ciencia, y la moral, así comprendida, libre de las trabas de la moral religiosa, responde mejor al espíritu crítico ó independiente de nuestro tiempo. Mientras la moral, puramente laica, por otra parte, se dirige á las concien-

cias escogidas que prescinden en sus actos de todo principio de recompensa ó de castigo, «La Moral de la Naturaleza» se adaptará mejor á la generalidad de los hombres que sólo se dejan guiar por su interés, bien ó mal comprendido. Mostrando así los peligros de separarse de sus preceptos, se da á la Moral una obligación y una sanción. Como se ve, nada de esto es nuevo, como no sea la sistematización del principio mismo de esa sanción que, después de todo, más que á la Moral propiamente dicha, corresponde á la Higiene. «Vuestra «Moral de la Naturaleza», termina diciendo Finot á los adeptos de la nueva escuela, no tendrá, sin duda, esa persuasión insinuante é impresionante que nos ofrecen las delicias ó los espantajos de la vida futura; pero ¿no sabemos desde nuestro nacimiento que habitamos el cielo, del que la tierra no es más que una de las miriadas de estrellas? Por más que hagamos, no escaparemos de la bondad divina que nos ha hecho nacer y nos hará vivir en el cielo. La esperanza de ir á él ó el temor de quedarse en camino, no excitan ya nuestra virtud, ni asustan tampoco á nuestros gustos por el mal. Nuestros abuelos ignoraban que la tierra reside en pleno cielo, y su fe era, por lo mismo, más sincera, más ardiente y más incorruptible. Vosotros os apoyáis sobre todo en uno de los factores más arraigados en la conciencia humana: el amor á la vida. Se la prometéis más bella, más intensa y más larga á los que sigan vuestra doctrina. Vuestra moral hará así, indiscutiblemente, mucho bien.»

Conformes: para el que no crea en nada, bueno es que sepa que en esta misma vida tiene todo abuso su sanción; para los que crean en algo, aunque ya saben que en el pecado llevan la penitencia, bueno es también que sepan que, aparte de lo que les ocurra en la otra vida, también en ésta encuentran la recompensa de sus actos, ya en forma de salud y aumento de bienes, si se conducen bien, ya en forma de enfermedades y de menguas de fortuna, si se conducen mal.

LINGÜÍSTICA

La lengua y el caló (argot).—Por vez primera, el caló *(argot)*, lenguaje de la granujería (gitanos, ladrones, golfos y demás especies de la Corte de los Milagros), ha sido objeto de un curso público en la Escuela de altos estudios de París, que no ha desdeñado abrir sus puertas á este interesante modo de lenguaje, como, desde hace treinta años, las tiene abiertas al estudio de los *patois*.

El *argot* ha tenido sus épocas de celebridad, como cuando Granval publicó *Cartouche* ó *El vicio castigado*, con un vocabulario al final; cuando se representó la ópera cómica *Los peregrinos de la Meca*, en 1726, con un curioso diálogo en que aparecían términos de *argot*, y cuando Víctor Hugo y Eugenio Sue hicieron uso de voces semejantes en sus populares novelas. En la ópera citada hablaban Arlequín y Calender del modo siguiente:

«Arlequín.—Me voy á *bellander* (mendigar) *gourdement* (abundantemente) en todas las *entifles* (iglesias) y *piolles* (tabernas) de la *vergue* (ciudad).—Calender.—¡Cómo! ¿Sabéis *rouscailler bigorne* (hablar caló)?»

Durante algún tiempo fué moda en la mejor sociedad *rouscailler bigorne*, y hasta el mismo rey Luis XV se divertía hablando caló, con escándalo de la Pompadour. Los románticos, que pretendían dar colorido á la lengua, principalmente con términos expresivos y metafóricos, utilizaron el *argot*, y más tarde los realistas, como Zola y Richepin, se sirvieron del mismo sin escrúpulo, viendo muchas veces en sus términos imágenes que sólo existían en su espíritu refinado. Así, por ejemplo, en *lansquiner* (llover), Víctor Hugo había creído que estaba formado de *lansquenet*, y exclamaba: «¡Qué enérgica lengua! El *argot* no dice sosamente, prosaicamente, *llueve*, sino *llueven alabardas*.» La realidad, como dice Alberto Danzat en *La Revue*, de París, es algo diferente: *Lansquiner* es un deri-

vado corriente de *lanse,* que significa *agua;* de modo que el cambio se reduce á decir «cae agua», en lugar de «llueve».

Balzac, sorprendido por la palabra *pioncer*, dice: «En *argot*, no se *duerme*, se *pionce*. Observad con qué energía expresa este verbo el sueño particular de esa fiera acorralada, fatigada, desconfiada, llamada ladrón, que apenas está en seguridad, cae rodando en los abismos de un sueño profundo y necesario bajo las poderosas alas de la Sospecha, flotando siempre sobre ella. Sueño horrible, semejante al del animal salvaje que duerme, que ronca, pero cuyas orejas, forradas de prudencia, velan, sin embargo.» El mismo novelista se dispara en otro sitio sobre una simple errata de imprenta, admirando la expresión, que le parece tan pintoresca, de *rincer une cabriole* por «desvalijar una habitación». *Cabriola* es bonita, y el ladrón que saquea un cuarto, como quien hace una pirueta, es realmente diestro y elegante. Desgraciadamente, no se trata de *cabriole*, sino de *cambriole,* que es sencillamente un derivado dialéctico de *chambre (cambro* en provenzal) y ¡adiós la metáfora y la pirueta!

Víctor Hugo da en *Los Miserables* etimologías muy graciosas; así escribe, por ejemplo: «Lo más terrible que hay para el prisionero, entre las cuatro paredes que le sepultan, es una especie de castidad glacial; llama al calabozo *le castu*». El gran poeta no sabía que *castu* no es más que una forma del provenzal *casteu* (castillo). En tales condiciones, las etimologías de Víctor Hugo, como muchos términos fantásticos de *Los Miserables,* hay que aceptarlas á beneficio de inventario. Exceptuando á Francisco Billon y á Juan Richepin, que nos han dejado baladas y sonetos *bigornes,* hay que aceptar con desconfianza los términos de *argot* de la generalidad de los poetas y novelistas.

Pero ¿qué es el *argot?* En su origen no era otra cosa más que el lenguaje, y la profesión misma de los ladrones, que hablaban entre sí una jerga especial que, según los tiempos, ha llevado los nombres de *jobelin, blesquin, narquosis* y *bigorne.*

El *argot*, según la hipótesis de Lázaro Saineau, viene de *ergot*, y significa «oficio de la garra». En sentido amplio, el *argot* es toda lengua especial de las diversas clases sociales, pues cada una tiene su terminología propia, desconocida para los profanos; así existen los *argots* de los diversos oficios y profesiones, de los teatros, de los sports, de las corridas de toros y de la Bolsa (1).

Danzat cita un folleto, en muy mal francés, de Luis Botzou, en el que se enumeran nada menos que 284 *argots* parisienses, entre los qe se cuentan los *argots* de los «abonados del *Siècle*, de los ajenjistas, de las inglesas púdicas, de los viejos bonapartistas, de los burgueses de 1830 y de los arcabuceros (¡!). No hay que decir que el buen brandeburgés, tan pedante como pesado, como dice Dauzat, había tomado por oro de ley las guasas de los periodistas y de los estudiantes. Hay que conocer la vida parisién para analizar sus *argots*; el método filológico aplicado sin precauciones á las bromas de los bulevares puede dar crueles chascos hasta cuando se citan entre sus autores «á Mlle. Teresa, cancanera (sic) del Alcázar».

En todo tiempo ha habido penetración recíproca entre la lengua oficial y el *argot*. Esta penetración, que ha llegado á dar á la lengua oficial hasta un par de docenas de palabras, se acentúa de día en día por la difusión del *argot* en el pueblo, á consecuencia de la mayor mezcla de las diversas categorías y clases sociales. Evidentemente, para conocer bien una lengua, es preciso, como lo decía Carlos Nodier, no sólo conocer sus términos clásicos, sino sus dialectos, sus *patois* y sus *argots*. El *argot*, propiamente dicho, ha dejado de ser una lengua especial en cuanto han desaparecido las partidas de malandrines organizados; hoy el *argot* ha dejado de ser la lengua particular de los ladrones, y está difundida por todas las cla-

(1) Véase mi *Gramática razonada histórico-crítica de la Lengua francesa*, donde, desde hace más de veinte años, he sentado esta teoría del *argot*.

ses bajas, de donde pasa por medio de los cultivadores del habla popular, por la novela, el teatro y las canciones, á las demás clases.

La profesión influye también, no poco, sobre el lenguaje; cada oficio especializa las palabras que necesita, y así se ve, por ejemplo, que la palabra *operación*, á pesar de su carácter erudito, representa cosas enteramente distintas en boca de un cirujano, de un bolsista, de un general. Ejemplo notable de la influencia de la profesión en la formación de la lengua, lo tenemos en el *argot* de los *sports*, con su abundancia de terminos ingleses y sus formaciones elípticas.

Se afirma, generalmente, que el *argot* de los malhechores data del siglo XV; pero Danzat cree, con razón, que esta aserción es inexacta. Las circunstancias particulares creadas en Francia por la guerra de Cien años, favorecieron, sin duda, la formación de bandas de malandrines, y la consiguiente difusión de su jerga; pero el caló existía desde mucho antes, y el *Donat provenzal* habla en el siglo XIII de un lenguaje especial de los truhanes; el *Juego de San Nicolás*, de Juan Bodel, del siglo XII, contiene ciertas frases de *argot*, y no es dudoso que los buhoneros, los mendigos y los ladrones se entendían, desde muy antiguo, por medio de términos particulares que les servían para urdir sus tramas. En su origen, el *argot* ha sido el lenguaje de los harapientos, que tenía su centro principal en la Corte de los Milagros, bajo la presidencia del gran Coesre ó Rey de Tunes (1).

¿Es el *argot* lengua artificial? ¿Es una lengua de convención? Desde luego puede afirmarse que no se trata de un caso teratológico. El *argot* obedece á las leyes generales del lenguaje, y evoluciona con arreglo á los procedimientos propios de

(1) Danzat dice que es *Tunes* y no *Thunes*, relacionándolo con Túnez (Tunis), palabra que en el *argot* actual significa moneda de cinco francos. No creemos aceptable esta etimología. ¿Por qué no relacionar el *Rey de Tunes* con el *Rey de los Tunos?* El *argot* francés está lleno de voces arábigo-españolas.

las lenguas, dentro de las cuales se desarrolla, pues el *argot* no es, como se imaginan los franceses que no ven más que lo suyo, un modo francés de expresión, sino que existe en todas las demás lenguas, con variantes propias del genio de cada una, pues en todas se ha hecho sentir la misma necesidad en los mismos grupos sociales de mendigos, ladrones, buhoneros y saltimbanquis, de hablar entre sí en términos ininteligibles para los demás. El medio de comunicación entre unos y otros pueblos lo encontramos todavía en las tribus nómadas de gitanos, zíngaros y bohemios, cuyo común origen y relaciones no están todavía resueltamente definidos por la etnología. En esto, como se ve, nos apartamos completamente de lo que dice el ilustrado suplente de Pablo Passy en la Escuela de altos estudios.

Los procedimientos empleados por los argotistas no son ni pueden ser reflexivos, y en esto ya estamos de acuerdo con Dauzat. La intención es consciente; pero los medios son inconscientes, por tratarse, por regla general, de gentes incultas, completamente iletradas. Las palabras de *argot* han sido transmitidas, recogidas y transformadas por la boca y por el oído, no por la vista. Los malandrines han tomado prestados numerosos términos á las personas que hablaban una lengua diferente de la suya; así se observan en el *argot* numerosas importaciones meridionales, sobre todo provenzales, y luego italianas (¡qué lástima que el descuido con que en Francia se trata, de ordinario, cuanto concierne á España, no permita ver á Dauzat el influjo español en el *argot*, muy superior al del italiano y enlazado directamente con el influjo provenzal!). No se percibe hasta el siglo XIX ninguna influencia germánica ni inglesa. Y si esto es cierto, ¿cómo no ve Dauzat la contradicción en que incurre al relacionar el desarrollo del *argot*, y casi su nacimiento con la guerra de Cien años? Si así fuera, el *argot* estaría cuajado de términos ingleses. «¿Sería preciso deducir de esto, y la Historia confirma esta hipótesis (añade luego Dauzat) que las bandas de malhechores no tuvieron relaciones

con Alemania ni Inglaterra, sino que tenían sus principales puntos de enlace en el Mediodía?»

Según las épocas, la proporción de los elementos extranjeros varía en el *argot*. El del siglo XV es mucho más puro que el de las edades siguientes; en el siglo XIX entra el alemán en escena.

El *argot*, sin embargo, tiene sus cimientos en la lengua común: conserva multitud de arcaísmos, emplea numerosas metáforas, cambia ligeramente por elisiones y contracciones la forma de las palabras corrientes, y utiliza como principal procedimiento neológico la derivación. Actualmente, por influencia sin duda de las corrientes modernas, que con el telégrafo, el teléfono, la taquigrafía, y la necesidad de economizar tiempo, tienden todas á abreviar las palabras, el caló (y en esto ya no se trata sólo de golfos y de ladrones, sino de todo el mundo, pues la corriente es general) emplea la abreviación (*cine*, por cinematógrafo; *auto*, por automóvil; *metro*, por metropolitano, etc.), lo mismo en Francia que en todas partes (toda la buena Sociedad de Madrid dice el Polis, por el Polístilo; la *Corres*, por *La Correspondencia*, etc.).

Otro procedimiento neológico utilizado por el *argot* es el anagrama, aunque su empleo está limitado á casos muy especiales, como, por ejemplo, el de los carniceros de la Villette, que cambian *le boucher* en *loucherbem*, y *la campagne* en *Campagne de can*.

FILANTROPÍA

Mecenatismo americano.—José Gentile dedica á la filantropía de los millonarios americanos un artículo en la *Nuova Antología*, y en verdad que merece consignarse el hecho de semejantes corrientes filantrópicas en el país de los trusts, como consuelo y como ejemplo para esta caduca Europa, que apenas acierta á salir de su paso tradicional.

Sólo las donaciones hechas en el período de cuatro años,

de 1903 á 1907, con fines de cultura por la plutocracia americana, han alcanzado la cifra de mil millones de duros, igual á la tremenda indemnización de guerra que tuvo Francia que pagar á Alemania por la guerra franco-prusiana. Solo dos colosos de la riqueza, Rockefeller y Carnegie, han dado trescientos millones de duros, sin que sean, ni mucho menos, los únicos espléndidos donantes de Yanquilandia, pues hace dos años Juan Kennedy, después de haber regalado en vida muchos millones, dejó al morir treinta millones de duros á varios institutos educativos y filantrópicos, y la señora Russell-Sage ha gastado en pocos años otros veinticinco millones de la fortuna que heredó de su marido en los mismos fines.

Apenas hay ciudad en la gran Confederación americana donde este movimiento filantrópico no haya dejado hondas huellas. Muchas Universidades deben á donaciones y legados sus ricas dotaciones de decenas de millones de duros, y la iniciativa y generosidad de los particulares rivaliza con la liberalidad de las entidades públicas, en la multiplicación de instituciones populares de instrucción, educación y beneficencia. Las dos mayores Universidades de California han brotado, una de la munificencia de la señora Feba Hearts, que dió veinte millones de duros para ello; y otra, la de Palo-Alto, de la piedad de los cónyuges Leland-Stanford, que en memoria de su único hijo, muerto prematuramente, la erigieron, dotándola con treinta millones de duros. Carlos Franklyn Doe daba seis millones de duros á la Universidad de San Francisco; Rockefeller ampliaba hasta veinticinco los dados á la de Chicago, y hace un año dejaba Isaac Wiman diez millones de duros á la Universidad de Princeton; en Pittsburg ha gastado Andrés Carnegie veintidós millones de duros en la erección de una grandiosa Escuela técnica y del magnífico Instituto Carnegie, amplio edificio donde á una rica biblioteca, que otorga al público el préstamo de libros, va unido un Museo de Arte y de Ciencias naturales, alternando las conferencias instructivas con los conciertos musicales. En Filadelfia, el banquero Antonio Drexel erigía el Instituto de su

nombre, dotándolo con tres millones de duros, secundando el ejemplo dado antes en Nueva York por Carlos Prat, que gastó tres millones setecientos mil duros en otra fundación, centro de propaganda del sistema del trabajo manual en las escuelas de América.

No bastando todavía la fundación de institutos particulares de instrucción en determinadas localidades, el mecenatismo americano ha pasado al campo más vasto de la creación de fundaciones de carácter general, con esfera de acción extendida á todos los Estados Unidos. Así Rockefeller, gastando cincuenta y tres millones de duros, fundaba el *General Education Board*, con el fin de estimular el progreso de la cultura y de la educación por medio de investigaciones sobre las condiciones de la instrucción para su continua mejora. Andrés Carnegie, á su vez, instituía la «Fundación Carnegie para el adelanto de la enseñanza», que tiende á recompensar á los profesores de larga y meritoria carrera, alentando, además, por todos medios la enseñanza. Esta predilección de los millonarios americanos por la extensión de la educación popular corresponde á la atmósfera mental que se respira en América, donde hay verdadera pasión por poseer los sistemas pedagógicos más perfectos, y donde los problemas educativos ocupan constantemente las columnas de la prensa periódica. Al lado, sin embargo, de estas preocupaciones educativas, los ricos filántropos americanos no olvidan las necesidades de la beneficencia, como lo demuestran, no sólo la organización de las asociaciones de beneficencia, á cuyo frente suelen figurar grandes millonarios, sino también los magníficos edificios dedicados á hospitales, asilos é instituciones de caridad y protección, como el grandioso «United Charities Building», de Nueva York, donado por Juan Kennedy; el «Instituto Rockefeller», de la misma ciudad, para las investigaciones médicas; la «Institución Carnegie», de Wáshington, y la «Fundación de la Paz», creada por Carnegie para la «gradual abolición de la guerra y la sustitución de un procedimiento judicial á los métodos brutales de los com-

bates personales». Parece extraño que en un país donde el febril ardor de la especulación demuestra inextinguible celo por la ganancia y el bienestar material, pueda existir tan vasto movimiento filantrópico. Estamos frente al fenómeno innegable de la continua alternativa de los impulsos egoístas y altruístas en el espíritu humano; gentes que en la Bolsa y en las empresas industriales y comerciales riñen las más ásperas batallas por su ilimitado enriquecimiento, sin cuidarse de los infelices que quedan sacrificados en la pelea, experimentan una especie de descanso moral de las propias fatigas, luchas y preocupaciones, al dedicar en todo ó en parte su fortuna al beneficio público, como si desearan hacer olvidar el origen de sus riquezas, no siempre escrupulosamente adquiridas, ó bien obtener consideraciones sociales, ó hacer méritos para los cargos públicos. La prueba, sin embargo, de la sinceridad con que los donantes proceden en la mayoría de los casos, está en el secreto en que voluntariamente se envuelven muchas veces y en el carácter social de los fines á que se destinan.

La diferencia en la intensidad de este movimiento filantrópico en Europa y América, se debe en gran parte á las distintas condiciones del ambiente histórico y actual de uno y otro continente. En el viejo mundo, es grande el obstáculo que á estas tendencias opone el sentimiento de la conservación íntegra del patrimonio en las familias, sentimiento procedente, en parte, de las antiguas tradiciones hereditarias, y en parte, de las dificultades para el fácil enriquecimiento, pues la idea del patrimonio va ligada al recuerdo de una lenta y fatigosa adquisición que constituye la historia del trabajo de varias generaciones, salvo los casos de vetustas concesiones feudales; pero en América, ni tienen consistencia las tradiciones de familia, ni la historia del patrimonio tiene antigüedad ninguna; las ganancias, relativamente fáciles, predisponen á mayor generosidad, y el sentimiento de la conservación íntima del patrimonio para los descendientes tropieza con el carácter del espíritu americano, que, aun sintiendo viva la pasión de la ga-

nancia, no gusta encerrarse en el pasivo goce de la riqueza, y quiere que sus mismos hijos sean activos y trabajadores, sin comprender el gusto de «vivir de sus rentas». En tales condiciones, América es, naturalmente, un campo favorable para el desarrollo de la liberalidad por impulsos patrióticos, religiosos ó científicos. No es extraño que allí puedan los grandes millonarios tener de las riquezas el concepto que revelan las palabras de Carnegie y de Rockefeller. El primero, en su famoso artículo *El Evangelio de la riqueza,* escribía, en 1889, que «el excedente de las rentas debe ser considerado por quien lo posee, como un depósito de confianza, que está llamado á administrar de la manera que, á su juicio, pueda producir mayores resultados útiles á la comunidad». Rockefeller, por su parte, afirma que «el excedente de la riqueza de los pocos llegará á ser, en el mejor sentido de la palabra, propiedad de los muchos y será administrado para el bien común; esta riqueza, en manos de los pocos, puede trocarse en una fuerza mucho más poderosa para la elevación de nuestra raza, que si se distribuyese al público en pequeñas sumas». El príncipe de los billonarios agrega en el mismo trabajo: «Estoy seguro de que es un error presumir que la posesión del dinero en gran abundancia traiga, necesariamente, la felicidad. Los riquísimos son exactamente como los demás, y si la posesión del dinero les produce goces, es por la posibilidad de hacer cosas que den satisfacción á los demás, tanto como á sí mismos. La novedad de poder adquirir cualquier objeto que se desee, se pasa pronto; porque lo que la gente necesita buscar, no puede ser comprado con dinero.»

¿Por qué es la opinión pública en los Estados Unidos tan enemiga de esas poderosas organizaciones que monopolizan la producción? No tanto por la concentración de las grandes riquezas, como por el grandísimo poder que de ellas deriva, y que constituye una verdadera amenaza á los principios democráticos en que se halla asentada la sociedad americana. Eso explica la oposición hecha en el Senado de Wàshington al bill de Gallinger, por instigación de Rockefeller, proyectando la

elevación á ente jurídico de la fundación Rockefeller, institución filantrópica de líneas colosales, cuyo fondo inicial estaría formado por la fortuna entera del fundador. El objeto de la misma era «promover el bienestar y el progreso civil de las poblaciones de los Estados Unidos, de sus posesiones y de los países extranjeros, en la adquisición y difusión del saber, en la prevención de las enfermedades, y en el estímulo de todo elemento de humano progreso». El Senado se asustó de tal modo ante la magnitud de la fundación, que Gallinger retiró el bill antes de que se discutiera.

IMPRESIONES Y NOTAS

La idea de verdad en el pragmatismo.—El gran mérito del pragmatismo, según dice Lalande en la *Revue Philosophique*, consiste en haber definido más exactamente el problema de la verdad, y en plantearlo en términos precisos. Para los antiguos realistas, la verdad es una copia fiel, una transcripción exacta de la realidad exterior al espíritu; pero, ¿cómo puede el espíritu salir de sí mismo para asegurarse de esa exactitud? Para los idealistas, toda proposición verdadera, aunque fuese la de que César era calvo, ó que las arañas tienen ocho patas, no es verdadera sino porque resulta de un sistema eterno é infinito de implicaciones necesarias que podrían desarrollarse intemporalmente y *á priori*. Todo lo que es real es deductible, refiriéndose á principios que, á su vez, deben reducirse á la identidad y á la implicación puras. Así se subordina toda la realidad, todo el conjunto de verdades, á fórmulas vacías; y si estas fórmulas primeras tienen un contenido, no se justifican por sí mismas, sino por el acorde de sus consecuencias con la experiencia.

Para el pragmatismo, las ideas verdaderas son «las que podemos asimilar, validar, corroborar y comprobar». La idea no es verdadera en sí misma; se hace verdadera por los aconteci-

mientos; verdad equivale á comprobación. «Lo verdadero no es más que lo eficaz en el orden del pensamiento, como el bien es únicamente lo eficaz en el orden de la conducta.»

Se dirá que este concepto confunde dos sentidos de la palabra *verdad:* la creencia ú opinión particulares comprobadas ó aceptadas (por ejemplo, que el corazón humano tiene dos ventrículos), y la propiedad en virtud de la cual una idea es verdadera. En el primer sentido, las verdades son cosas humamas, concretas, y la prueba de cada una de ellas es de orden experimental, individual y concreto. Pero la verdad de estas proposiciones verdaderas es de otro orden, y por no haberlo estimado así, los pragmatistas se han visto obligados á sostener que mientras una proposición no está probada (comprobada concretamente), no es ni verdadera ni falsa, de modo que nosotros creamos la verdad de las proposiciones por el mismo procedimiento que les vale la aprobación pública. En realidad, la verdad tiene un fundamento, y las proposiciones son verdaderas antes de ser conocidas como tales; ese carácter de verdad consiste en una *comprobabilidad* independientemente de nosotros, y no en una *comprobación* actual y efectiva. La verdad, entonces, puede definirse como una *correspondencia*, término por término, entre nuestras ideas y una realidad objetiva, trascendente.

Los pragmatistas, sin embargo, miran como un ídolo metafísico, y combaten vivamente, la hipótesis de esa correspondencia entre las ideas y la realidad. Para ellos, la distinción de la idea y de la cosa es construcción de segundo orden; hay una realidad primitiva, y posteriormente aparece la distinción entre representaciones y cosas; entonces corregimos y completamos, guiados por la experiencia, el conjunto de imágenes que constituyen para nosotros el mundo exterior. En este sentido hay correspondencia entre las ideas y la realidad, pero es una correspondencia derivada, no primitiva.

Todas las proposiciones en las que existe esa correspondencia, forman un grupo, y la propiedad que todas tienen de re-

sultar así, propiedad abstractamente considerada, es lo que constituye la verdad de cada proposición, así como la *nutritividad* de un pedazo de pan consiste en toda la serie de reacciones que provoca en el organismo, una vez ingerido. ¿Puede decirse que ese pedazo de pan, antes de ser comido ó sin ser comido, ó bien el pan, en general, merece el nombre de nutritivo? Pues lo mismo ocurre con la verdad de las afirmaciones. El fundamento real del uso que hacemos de la relación llamada *verdad*, son los casos de verdad realizada y comprobada; el resto es crédito y no tiene más que un valor fiduciario.

***

Los robos en los grandes almacenes.—Nada más frecuente en las gacetillas de los diarios ni en los Tribunales correccionales de las grandes poblaciones, que el relato de los hurtos en los grandes almacenes, y la vista de los procesos ocasionados por su causa. No hace mucho, una señora de sesenta años fué detenida por uno de estos hurtos; la desgraciada, avergonzada sin duda de verse arrestada, se suicidó en la prevención. Su pasado era inmaculado; nadie se preguntó si aquel *accidente* merecía unos minutos de reflexión.

Hablando con uno de los administradores de uno de estos grandes almacenes de París, le preguntaba José Thery por qué exponían las mercancías al público de modo que éste las manipulara libremente, cayendo en la tentación de apropiárselas. El administrador le contestó: «Evidentemente; pero esa facilidad es la que nos proporciona las ventas colosales que hacemos. Nuestra clientela es, sobre todo, femenina; hay que tentarla, y ese es nuestro objeto. Una mujer desea el objeto que ve; pero cuando lo ha tocado, cuando lo ha cogido, palpado, manoseado, es mucho mejor; es casi ya como una toma de posesión; y volver á poner la mercancía en el escaparate le parece tan cruel como separarse de una cosa por la que tuviera tanto mayor gusto cuanto menos tiempo hacía que la pose-

yera. Entonces, por conservar el objeto, la cliente comete una locura, y esas locuras son las que aseguran nuestra fortuna.»

La frase es exacta, y la desgraciada que cae en la trampa, si no tiene recursos para satisfacer su capricho, no tiene más que dos salidas: el robo ó la prostitución. Jorge Courteline, á propósito de esta tentación, sabiamente organizada por los grandes almacenes, decía: «Si yo fuera juez soberano en estas materias, cada vez que hubiera un robo en un gran almacén, cargaría seis meses de cárcel al director, y garantizo que los robos cesarían en seguida; en lugar de provocar á la gente, se tomarían precauciones.» La medida es evidentemente exagerada: los robos no cesarían probablemente, pero disminuirían, y los directores de almacén se cuidarían de no quejarse de los que se cometieran. Lo indudable es que la repetición de estos casos vale la pena de fijar la atención de los tribunales y de los legisladores.

FERNANDO ARAUJO

ÍNDICE

Págs.

Itálica: El misterio de su destrucción y su ruina, por Rodrigo Amador de los Ríos 5

Las Cortes de la Revolución, por Carlos Cambronero 26

La construcción del material de guerra en España, por Leandro Cubillo 55

España fuera de España: La Colección Lázaro, en Madrid, por Augusto L. Mayer 73

La América Moderna, por Vicente Gay 77

La novela picaresca en España, por Frank Wadleigh Chandler 105

El «Don Quijote» siciliano y el «Don Quijote» español, por Marcos A. Garrone 132

Los ahorcados, por Leonid Andreief 159

Revista de Revistas, por Fernando Araujo 179

AP
60
E8
año 23
no.271-73

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY